Frédéric Martínez

EL NACIONALISMO COSMOPOLITA

La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900

BANCO DE LA REPÚBLICA / INSTITUTO FRANCÉS DE ESTUDIOS ANDINOS

El «espíritu de imitación» fue, durante mucho tiempo, la razón invocada para explicar por qué los hispanoamericanos se referían tanto a Europa en su labor de construir nuevas naciones. Pese a ser inicialmente un discurso etnocéntrico de los europeos, asombrados por la habilidad de los «bárbaros» latinoamericanos en «copiar» sus formas políticas, el discurso de la «imitación» tuvo gran fortuna en América Latina. Lo adoptaron los actores políticos que buscaban fundar su legitimidad en una supuesta «autenticidad», fueran conservadores o revolucionarios, porque les ofrecía una retórica eficaz para desacreditar a sus adversarios, al criticarlos ante la opinión pública como «serviles imitadores» de modelos «foráneos».

Este libro muestra, al contrario, cómo las referencias europeas, incluso en la «aislada» Colombia decimonónica, pueblan la imaginación política nacional no como algo ajeno, sino como algo propio; cómo todos los actores políticos, —liberales o conservadores, «pueblo» o «elites»—, lejos de «imitar», recrean e instrumentalizan las representaciones de Europa que convienen a su estrategia política; y cómo es el encuentro con la mirada inferiorizante de los europeos, lo que empuja finalmente a los cosmopolitas constructores de la nación a crear una ideología nacionalista que postula el rechazo —retórico, cuando menos— de las «influencias exteriores».

El nacionalismo cosmopolita, porque desmonta los mitos ambiguos de la imitación y de la autenticidad, propone una lectura profundamente renovada del proceso de construcción nacional en el siglo XIX colombiano.

Frédéric Martínez

EL NACIONALISMO COSMOPOLITA

La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900


EL NACIONALISMO
COSMOPOLITA
Frédéric
Martínez

El nacionalismo cosmopolita

Título original:
Le nationalisme cosmopolite. La référence à l'Europe dans la construction nationale en Colombie (1845-1900)

Traducción de
Scarlet Proaño,
revisada por el autor

El nacionalismo cosmopolita

La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900

Frédéric Martínez

BANCO DE LA REPÚBLICA / INSTITUTO FRANCÉS DE ESTUDIOS ANDINOS
Bogotá, 2001

Banco de la República, Colombia
Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima
ISBN 958-664-091-4
Este libro corresponde al tomo 105 de
la serie «*Travaux de l'Institut Français d'Études Andines*»
(ISSN 0768-424X)

Portada:
diseño de Camila Cesarino Costa
Fotografías de Juan de Francisco Martín en París, José María Samper en París,
José María Torres Caicedo en París y Antonio María Pradilla en Londres
(Colección Biblioteca Luis Ángel Arango).

Banco de la República
Bogotá, Colombia
Instituto Francés de Estudios Andinos
Casilla 18-1217. Lima 18, Perú
Fax 511 445 76 50
Armada digital e impresión:
Editora Guadalupe Ltda.
Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Contenido

Prólogo de Marco Palacios 13

Agradecimientos 27

Abreviaturas 29

Terminología 31

Introducción 35

Primera parte

Discursos europeos, conflictos colombianos (1845-1867)

Capítulo 1.

El recurso de la legitimidad europea (1845-1854)

El cosmopolitismo modernizador en la presidencia de Mosquera (1845-1849) 53
Los instrumentos importados de la construcción nacional 54
Los límites de la modernización del Estado 61
La retórica europea de la revolución liberal (1849-1854) 64
La inflación de las referencias europeas 69
La legitimación por el exterior 75
La legitimación contra el exterior 86

Capítulo 2.

La Europa imaginada

La limitada labor de los europeos en Colombia 102
El acceso a los impresos europeos 109

Libros, librerías y bibliotecas 109
Lecturas 116
La prensa europea destinada a Hispanoamérica 120
Los canales nacionales de la difusión 129
Sociabilidades, clubes y tertulias 132
La prensa nacional 135

CAPÍTULO 3.
NACIONALISMO Y COSMOPOLITISMO EN LA CONTIENDA POLÍTICA (1854-1867)

Los ejes consensuales de la imaginación política 146
Una nación integrada al curso de la civilización universal 148
América, tierra de promisión republicana 151
El ideal de una patria por encima de los partidos 156
La dinámica del poder político 157
Las figuras de la retórica liberal 163
La vanguardia republicana 164
El tabú monárquico 170
La lenta definición del conservatismo 175
El relativismo institucional 176
Los modelos del catolicismo europeo 177
La modernización de la caridad 180
El nacimiento del culturalismo conservador 187

SEGUNDA PARTE
EL VIAJE A EUROPA

CAPÍTULO 4.
LA ATRACCIÓN EUROPEA

¿Por qué viajar a Europa? 203
El sueño del viaje 204
¿Quiénes viajan? 207

Las coyunturas políticas 208
El comercio 210
Los estudios y el aprendizaje 212
Los cargos diplomáticos y consulares 218
La vida europea de los viajeros colombianos 231
París, capital de los hispanoamericanos en Europa 233
Esplendor y miseria de la vida europea 239

Capítulo 5.
El impacto del viaje

El desprecio europeo, motor del sentimiento americano 245
Los prejuicios de los europeos 246
La consolidación del orgullo republicano 251
La promoción nacional 253
La «diplomacia tipográfica»: libros y periódicos en Europa 253
Sociedades científicas, academias, congresos 268
Las sociabilidades hispanoamericanas en Europa 269
Las exposiciones universales 273
Los límites de la promoción nacional 279
La observación civilizadora 281
Turismo institucional y misiones oficiales 281
Los campos predilectos de la observación institucional 282

Capítulo 6.
Discursos y debates sobre el viaje

Un nuevo género literario: los relatos de viaje 293
Notas, cartas y diarios íntimos 293
El relato de viaje, un género nacional 298
La literatura de viaje en el debate público 302
La guerra de las representaciones 307
Las dos Europas 308
El viaje a Oriente 318
El debate sobre el viaje 326

La ideología del viaje: mérito, prestigio y patriotismo ... 326
La crítica del viaje: una experiencia inútil y nociva ... 342
Las implicaciones sociales y políticas de la crítica del viaje ... 359

Tercera parte
Los modelos importados del Estado nacional (1867-1900)

Capítulo 7.
En busca del Estado liberal (1867-1880)

La edad de oro del radicalismo colombiano (1867-1875) ... 368
El anhelo unitario ... 373
El nacionalismo en ciernes ... 380
La renovación de la atracción europea ... 383
La percepción de los acontecimientos europeos ... 384
Las misiones de observación administrativa ... 393
El ideal liberal de la inmigración ... 395
Nuevas iniciativas, nuevas decepciones ... 396
El debate sobre la inmigración ... 399
La reforma educativa ... 403
La creación de la Universidad Nacional ... 404
La misión pedagógica alemana ... 410
El fracaso del proyecto radical ... 416
El auge del movimiento católico ... 416
La estrategia del conflicto ... 423

Capítulo 8.
El discurso nacionalista de la Regeneración (1880-1900)

La denuncia de la Europa subversiva ... 433
La crítica de las «utopías importadas» ... 435
La importación del miedo a la plebe ... 437

De la subversión europea a la subversión nacional 444
La Europa ideal de los regeneradores 450
Inglaterra: la atracción del liberalismo conservador 451
España: orden católico y espiritualismo 454
Autenticidad nacional y orden social 462
El positivismo contra la importación 464
Autenticidad nacional, resignación y felicidad 465

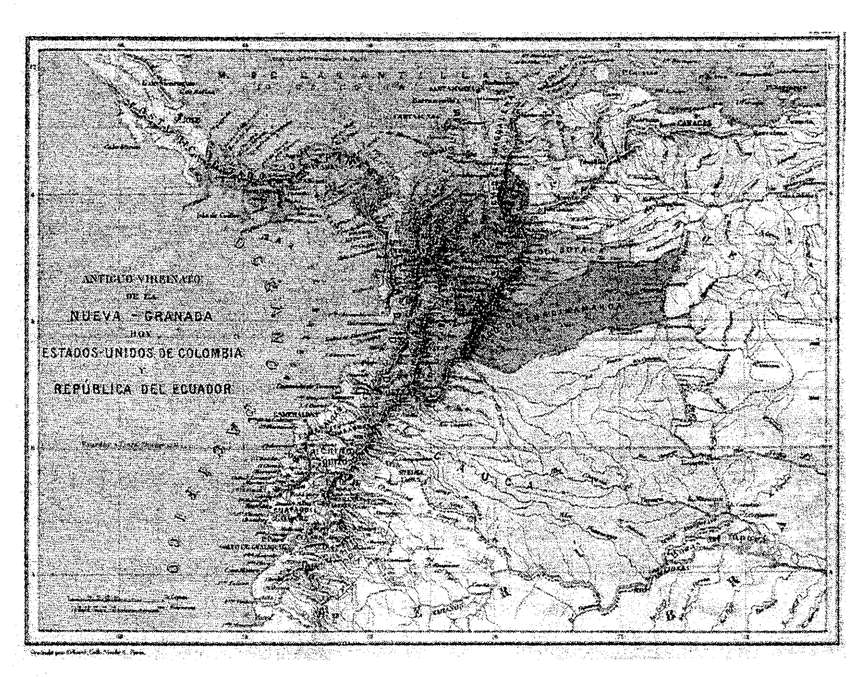
CAPÍTULO 9. EL SUEÑO DEL ORDEN IMPORTADO (1888-1900)

La construcción del orden católico 474
La esperanza frustrada de una inmigración católica 475
La importación de las congregaciones europeas 479
La búsqueda del orden público 493
El ideal civilizador de la represión 495
El sueño de un ejército profesional 502
La creación de la Policía Nacional 506
El desprestigio de la autoridad 514

CONCLUSIÓN

El cosmopolitismo inicial 532
En los orígenes del nacionalismo 537
Las desilusiones del orden importado 542

Bibliografía 549
Indice de Ilustraciones 580



Antiguo Virreinato de la Nueva Granada hoy Estados Unidos de Colombia y República del Ecuador.
Publicado en *Les États-Unis de Colombie: précis d'histoire et de géographie physique, politique et commerciale* de Ricardo Salvador Pereira, París, C. Marpon et E. Flammarion Éditeurs, 1883.
Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá.

Prólogo

En diciembre de 1992, en un seminario de historia latinoamericana realizado en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres, Frédéric Martínez leyó una ponencia que hoy podemos ver como anticipo del sexto capítulo de *El nacionalismo cosmopolita,* libro basado en la tesis doctoral que realizó bajo la dirección de François-Xavier Guerra y defendió en la Sorbona en 1997. En estos años he tenido unas cuantas oportunidades de conversar largo y tendido con el autor y de familiarizarme con sus temas y rutas, de suerte que a fines del año pasado acepté gustoso su gentil invitación a presentar el texto a los lectores colombianos. Una presentación que, advierto al amable lector, no es tanto una reseña como un breve hilado de especulaciones, asidas al texto y suscitadas por éste.

Creo que ninguno de quienes asistimos al seminario organizado por Eduardo Posada-Carbó en 1992 pudo vislumbrar el alcance de la «referencia a Europa» en el siglo XIX, vista entonces, al menos en el círculo de historiadores profesionales, como un conjunto de «influencias» inglesas, francesas o alemanas, que los criollos colombianos habrían manejado con eclecticismo. Ahora tenemos ante nosotros un espléndido trabajo monográfico que, con dominio de la historiografía del período y siguiendo una línea argumental clara y precisa, enlaza con pericia y pertinencia cinco planos, en sí mismos complejos, y consigue proponer una original lectura de la segunda mitad del siglo XIX colombiano y, como tal, deja abiertas nuevas líneas de investigación.

En palabras de Martínez, he aquí los cinco planos:

> ¿Una historia del nacionalismo? Sin duda, pero no tanto en su aspecto teórico o «sentimental» como en su aspecto funcional, instrumental: antes que un sentimiento, el nacionalismo es un instrumento útil para la conquista y la legitimación del poder. ¿Una his-

toria de los mitos políticos? Sí, y más particularmente de los mitos perennes que el régimen de la Regeneración logró dejar como legado al siglo XX. ¿Una historia de las elites? Sí; lo cual no significa que yo crea que los grupos dirigentes son los únicos forjadores de una nueva nación —en el caso de Colombia, la parte que escapa al proyecto de los grupos dirigentes es de tal magnitud, que sería aberrante creer *a priori* en el éxito de su proyecto—. Pero comenzar, y ese es mi propósito, por el estudio de los proyectos de los grupos dirigentes, de aquellos que reivindican conscientemente el papel de constructores de la nación, me parece, en efecto, necesario. ¿La historia de una generación política? Indudablemente, ya que este trabajo estudia la segunda generación política del país, aquella que en el medio siglo reemplaza en el poder a la generación de la Independencia y desaparece alrededor de 1900: la misma generación que experimentará el radicalismo liberal antes de hacer un viraje hacia el neotradicionalismo de finales de siglo. ¿La historia, en fin, de la construcción del Estado? También, y más particularmente de las dificultades de la construcción estatal en el siglo XIX, las cuales pueden aclarar aquellas que hoy día conoce el Estado colombiano en su papel de regulador de la sociedad.

La generación política que buscó forjar Estado y Nación hacía parte de la elite criolla polivalente, bien delimitada por la historiografía. Propietarios rurales y comerciantes; políticos y clérigos; pero, ante todo, publicistas. Por tanto, ser rico en la Colombia decimonónica no era condición necesaria para pertenecer a la elite y nunca fue condición suficiente. Para estar y permanecer arriba había que demostrar capacidad de opinar y crear y agitar la opinión pública. Capacidad definida a partir de las redes de sociabilidad moderna, erigidas desde la Ilustración, que permitían materializar la elaboración y divulgación discursivas. Político por excelencia a partir de 1810, el discurso adquiría significados en un entramado táctico y faccioso. Por eso cuando esta elite pareció alcanzar la cima durante la Regeneración, Martínez no duda en calificar la empresa de Núñez y Caro «ante todo como una formidable empresa retórica» .

El período de esa generación herida por el cosmopolitismo europeo, que el autor de este libro no define con el canon de Ortega y Gasset, puede entenderse mejor analizando dos temporalidades

entrecruzadas: «el tiempo corto de la Independencia», fuente primigenia del mito y del discurso y «el tiempo largo de la nacionalización de la identidad» que abarca todo el siglo XIX; la continuidad de la retórica de la identidad a través de sucesivas elaboraciones y reelaboraciones del ideal cosmopolita, choca con la discontinuidad de los proyectos de construcción estatal. El autor dictamina que los tres intentos de construir el Estado fueron un fracaso: el «neoborbónico» de Mosquera, 1845-1849; el de los radicales en su fase de madurez, 1867-1875, y, el de la Regeneración, concentrado entre 1888 y 1900.

Mosquera pretendió modernizar el Estado manteniendo el viejo orden social. Su revés espoleó una nueva clase de hombres que, a diferencia de Mosquera, no provenían de familias acostumbradas a mandar. Destruyeron el orden al bambolear sin mesura sus tres pilares: el Estado central, la Iglesia y el Ejército. Eso fue lo más que pudo hacer la revolución de medio siglo, 1849-1854, que se frenó ante la amenaza popular de 1854 magnificada por el golpe de Melo.

Del sueño liberal sólo queda después de 1854 una fórmula insustancial: «vanguardia republicana sin revolución social». Sobrepuestos de sus ilusiones juveniles, los patricios liberales tuvieron una segunda oportunidad a partir del golpe que dieron a Mosquera en 1867. Escépticos ahora de la pureza ideológica, se limitaron a buscar modelos institucionales realizables, de los cuales el sistema escolar alemán inspiró la reforma educativa de 1870 que desató otra guerra civil, dividió al liberalismo pero, ante todo, estimuló el reagrupamiento católico primero y el resurgimiento conservador después. Allí se ubica el origen del cambio de régimen en 1880 y de la nueva propuesta de reconstruir un Estado moderno a fines de esa década. Esta vez, empero, el fracaso conservador llevó a una de las más prolongadas guerras civiles del siglo.

La cronología que ofrece el libro de Martínez rompe el molde establecido en la historiografía vieja y nueva. El autor de estas líneas tiende a coincidir, particularmente en lo concerniente al último cuarto del siglo. Martínez cierra en 1900, con el fin de la Regeneración,

desechando la convención que presenta la «hegemonía conservadora (1886-1930)» como un bloque compacto. De ahí que el libro formule preguntas alternativas, más complejas y menos imbuidas de legitimismo bipartidista[1]. Por ejemplo que:

> El postulado de una Regeneración exitosa en su tarea de imponer la autoridad estatal les convino en realidad tanto a los representantes de la historiografía conservadora como a los de la historiografía liberal: mientras que los primeros encontraban allí los fundamentos de un discurso hagiográfico sobre las grandes realizaciones del régimen, los otros se complacían en denunciar su autoritarismo liberticida. Juntos invitaban a subestimar los fracasos de la Regeneración en su búsqueda de una consolidación de la autoridad estatal.

No estoy, sin embargo, del todo seguro con las fechas propuestas por Martínez para «terminar la revolución» de Independencia, alrededor de 1840. El colapso de la república bolivariana obligó al liderazgo neogranadino a poner fin a la época revolucionaria y dar curso a la construcción estatal. De allí la extendida influencia histórica de Santander y sus amigos. Y, en este punto, valga lamentar que aún no se haya publicado otra tesis doctoral parisina que puede leerse en muchos de los registros del trabajo de Martínez: la del historiador Renán Silva sobre los Ilustrados neogranadinos[2]. A pesar de la insistencia de Silva en confinar su trabajo a la época de la Ilustración, separándola de la Independencia, creo que hay argumentos para avalar la continuidad cultural e intelectual. Por ejemplo en el afrancesamiento, real o imaginario, de las elites desde fines del siglo XVIII. Por eso creo que estos textos de Silva y Martínez son complementarios.

El exilio de Santander fue para las elites colombianas del siglo XIX el modelo del viaje a Europa. Conclusión a la que sólo llego

1. Puesto que el punto aún no está resuelto remito al lector a mis propios trabajos: *Entre la legitimidad y la violencia, Colombia, 1875-1994*, Grupo Editorial Norma, Bogotá, 1995 y a la segunda parte (1875 hasta el presente) del texto escrito con Frank Safford, *Historia de Colombia. País fragmentado, sociedad dividida*, de próxima aparición.

2. Renán Silva, *Les Éclairés de Nouvelle-Grenade, 1760-1808. Généalogie d'une communauté d'interprétation*, Université de Paris I-Sorbonne, 1996.

después de leer a Martínez. En los viajes de Santander a Europa y a los Estados Unidos se hallan los elementos constitutivos del imaginario europeo. El neogranadino se beneficia de sus títulos de libertador sudamericano, republicano y liberal. Con orgullo consigna en su *Diario* los encuentros amistosos que sostuvo con Lafayette, Destutt de Tracy o Sismondi en París; Bentham en Londres; Humboldt en Berlín. Registra el deleite (¿también ideológico, de masón?) que le producen las representaciones de óperas de Mozart, Cimarosa, Donizetti, Bellini, así como haber escuchado a Paganini. Sin poseer la sensibilidad de un Stendhal se detiene en descripciones gozosas del arte renacentista conservado en «la Galería» de Florencia. El 6 de noviembre de 1830 escribe: «Yo por mí sé decir que en estos viajes en que he recorrido la Francia, la Inglaterra, parte de la Alemania y de Italia, he aprendido más que en todo tiempo pasado»[3]. Es el viaje como pedagogía, un aspecto que *El nacionalismo cosmopolita* explora detenidamente estableciendo el contrapunto de la pedagogía liberal del progreso y la pedagogía conservadora del catolicismo.

Aparte de este aprendizaje directo en el mundo europeo del arte y la conversación política, Francisco de Paula Santander visita fábricas, astilleros, «casas de refugio», prisiones, «asilos de locos»: el muestrario institucional de la modernidad foucaultiana. Del periplo europeo concluye que «Inglaterra es la nación más adelantada de Europa y como la instrucción pública es tan difundida, como la imprenta goza de la más completa libertad y todo el mundo tiene derecho a reunirse a discutir los negocios de la nación, el condado, la comunidad, etc., puede decirse que Inglaterra es el primer país del Viejo Mundo»[4].

Allí, creo, también hay un modelo y acaso un anticipo de lo que Martínez describe como el «relato de viaje». El autor contabiliza 38

3. *Diario del general Francisco de Paula Santander en Europa y los Estados Unidos, 1829-1832. Transcripción y notas de Rafael Martínez Briceño*, Bogotá, Imprenta del Banco de la República, 1963, p. 259.

4. Londres, agosto 1°., 1831, *ibíd.*, p. 353.

en el período 1845-1900 e invita a investigar su impacto en la creación de una Europa textual, es decir, de la Europa imaginada o virtual, como diríamos hoy, no sólo fijándonos en aquellos que hicieron efectivamente el viaje y se guiaron por los relatos, sino en la abrumadora mayoría de lectores que no tuvieron la oportunidad «de cruzar el charco». Sin embargo, Martínez encuentra en el «cuadro de costumbres» una respuesta criolla tradicional al relato cosmopolita; respuesta que, muchas veces, traía consigo una crítica mordaz al viajero colombiano por las Europas. Una reacción bien conocida en otras sociedades como por ejemplo la India o la China de la misma época.

Aprovechemos este punto para anticipar que *De sobremesa*, la novela de José Asunción Silva, publicada por primera vez en 1925, casi 30 años después de escrita, alcanza probablemente el punto más alto de elaboración intelectual y estilística de aquella Europa textual. El mapa que a este respecto propone Martínez nos permite entonces apreciar la inmensa distancia de la obra novelística de Silva con *María*, la famosa obra de Isaacs publicada en 1867. Si *De sobremesa* también es un diario de viaje europeo en la época de «la decadencia parisina», el viaje a Londres de Efraín, a mediados del siglo, es un mero elemento de la trama, así revele que para los miembros de la clase alta (valle) caucana el viaje era obligatorio en el *curriculum vitae*.

La cronología de los tres intentos de construcción de Estado analizados en el libro, corresponde a grandes acontecimientos del Viejo Mundo: el librecambismo inglés, las revoluciones del 48, las luchas de la unificación italiana y alemana y la consolidación del nuevo imperialismo «liberal» a fines de siglo, diferente del viejo imperialismo que dejó episodios como la expedición militar española a la isla de Santo Domingo a fines de los años cincuenta o el Imperio de Maximiliano en México, episodios que desempeñaron un papel en la divisoria liberal-conservadora colombiana.

El librecambio produjo el liberalismo manchesteriano o *Manchesterthum*, así bautizado por los alemanes con una pizca de ironía. Y, desde la primera administración Mosquera hasta 1886, *Manchesterthum* fue el alimento exclusivo de las elites de ambos partidos colombianos en materia económica, algo que Martínez da por

supuesto. Pero, aparte del contenido económico de las relaciones internacionales, el autor de este libro tiene razón en subrayar la importancia de los símbolos ideológicos. Por ejemplo, aparece un vocablo nuevo, destinado a durar: América Latina o Latinoamérica, que provino de los círculos hispanoamericanos de París aupados primero por el gobierno del Segundo Imperio y después por la III República. En esos círculos sobresalió «el conservador José María Torres Caicedo, quien representaba a la Colombia liberal». El nombre América Latina proponía la idea de una Europa formada por muchas razas, para promover en últimas la «raza latina» de la cual derivaba directamente la «raza hispánica», depositaria de más virtudes civilizatorias que las anglosajonas, según dijera Emilio Castelar, el gran liberal del siglo XIX español.

Aunque Colombia fuese un país marginal en aquella Latinoamérica de la segunda mitad del siglo XIX, *El nacionalismo cosmopolita* se dedica a describir y analizar las situaciones en que:

> Tramposa y movediza, la referencia europea se inscribe en los complejos juegos de la búsqueda del poder, del discurso político y de los conflictos en torno a la creación de un Estado nacional y, a partir de allí, de una nación. Ella es, en ese sentido, un objeto eminentemente histórico.

Movediza: el «prusianismo» de los liberales que encuentran en la nueva Alemania («protestante») el paradigma de un sistema escolar público y laico, enfrentados a los conservadores quienes encuentran oportunamente en Francia, perdedora de la guerra en 1870, el paradigma de un catolicismo social renovado.

Europa era el centro de la civilización universal, y pese a que Inglaterra fue la gran potencia económica y colonial de la época, París adquirió el rango de capital del siglo XIX como dijera Walter Benjamin. El europeísmo cosmopolita fue axiomático para las elites hispanoamericanas, subraya Martínez. Centro del mundo civilizado, Europa y el hombre europeo son *superiores* por definición. Pero el choque de civilizaciones no habría de darse con las elites latinoamericanas, a

diferencia de lo que ocurrió en Asia y el Medio Oriente. Así, por ejemplo, en los estudios históricos de Asia y el Medio Oriente se habla de la «occidentalización» y sus «respuestas» en el continuo tradición-modernización, tan diferente en China y Japón; Vietnam o la actual Indonesia. Por el contrario, las elites latinoamericanas, incluidas las mexicanas, estuvieron prestas a meterse dentro de las nuevas coordenadas civilizatorias de occidente[5]. De allí el tono despreocupado de Santander ante la conquista militar de Argelia: el 28 de junio de 1830 escribe a Francisco Soto, que «entre las cuestiones que ocupan a Europa [...] la expedición francesa contra Argel [...] se reduce a saber si Francia se apodera de aquel territorio, si se conserva para la Turquía o qué se hace»[6].

Ofuscadas por un republicanismo a ultranza que, en la pluma de un Murillo Toro o de un Benito Juárez condenaba la monarquía de Orleans y años más tarde saludó a Garibaldi, Mazzini y Cavour, las elites latinoamericanas optaron por mostrarse insensibles frente a la negación cultural «profunda» que entrañó el expansionismo europeo. La alusión mexicana viene al caso porque ayuda a subrayar, como lo hace Martínez, la marginalidad colombiana en América Latina, originada, en parte, en la baja densidad de nuestras sociedades y culturas indígenas y en la escasa importancia geopolítica del país en el siglo XIX hasta 1879, con el anuncio de Lesseps de crear una empresa para construir un canal interoceánico en Panamá.

En cuanto a los indígenas de México habrá que esperar la Revolución para ver el intento de integración nacional. En cuanto a las intervenciones extranjeras no sólo queda un museo en la ciudad de México sino un precipitado en la conciencia nacional mexicana del siglo XX.

Por añadidura Martínez devela en este punto la intensidad del miedo racial y señala los meandros del ideal de blanqueamiento de

---

5. Véase, por ejemplo, Guillermo Bonfil, *México profundo; una civilización negada*, SEP-CIESAS, México D. F., 1987.

6. *Cartas y mensajes de Francisco de Paula Santander* (compilación de Roberto Cortázar), vol. VIII, 1829-1833, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1955, p. 59.

la sociedad a fines del siglo XIX colombiano. Miedo a los chinos (los *coolies*) traídos por Lesseps a las obras del canal de Panamá. Miedo al potencial subversivo de una posible ola de inmigrantes italianos, anarquistas y comunistas, como les demostraba la experiencia en Argentina. A comienzos del nuevo siglo, que ya no será europeo sino norteamericano, en Panamá los colombianos habrían de experimentar lo que es la desventaja en geopolítica, síndrome que México había padecido desde la Independencia.

La otredad del indio y de lo indígena no fue factor decisivo en el proceso de formación de la identidad nacional colombiana. Al indio y a lo indígena se los hizo pertenecer más a la geografía, y eventualmente a una especie de historia natural de la patria, que a la polis colombiana. Tampoco fue la pérdida de territorio y soberanía a manos de las potencias factor de identidad. Ésta hubo de fraguarse, paradojalmente, en el descubrimiento que hicieron nuestros viajeros en Europa de la *inferioridad* con la cual, en últimas y pese a todas las cortesías, fueron percibidos, quizá no tanto como individuos sino en tanto y en cuanto que representantes de un país salvaje:

> Después de haber sido tanto tiempo un freno al sentimiento nacional, la defensa del estatus social se convierte, frente a Europa, en un acelerador de la nacionalización de las elites. La expansión del viaje entraña así, paradójicamente, la renovación del interés por una legitimidad «arraigada». La necesidad de identidad, la pesadilla de una sociedad anónima, las tareas de promoción nacional y la crítica del viaje, todo, en el fondo, vuelve a reorientar a los viajeros hacia su país, sugiriendo el ocaso de la legitimación por el cosmopolitismo. Pero el ejercicio de la promoción nacional en las capitales europeas, así como induce a una especie de retorno a la patria, demuestra también la vanidad del discurso del patriotismo republicano, tal como ha existido hasta entonces en un país donde el poco Estado que había, desmantelado, todavía espera ser reconstruido. La ficción democrática ya no es suficiente; es hora de dedicarse de nuevo a la tarea de la construcción estatal, y sólo los modelos europeos parecen ofrecerse como herramientas. El auge de la importación institucional, ese fruto de la

observación civilizadora, coexistirá por lo tanto con un discurso de legitimación cada vez menos cosmopolita.

Saltemos, por un momento, del concepto de elites al de clases. Nuestra historia decimonónica es la de un mosaico de regiones y pequeñas ciudades ruralizadas, aisladas unas de otras. La Colombia decimonónica padece fragmentación geográfica, social y política de las clases dominantes que a mediados del siglo son conscientes del atraso abrumador de la economía y de la distancia prácticamente infinita con las naciones paradigmáticas. Las clases dominantes no pudieron formar el capital humano ni obtener los recursos materiales y financieros con los cuales hubiesen podido emprender el anhelado desarrollo capitalista. Tampoco dispusieron de los recursos de poder para disciplinar a las clases dominadas y subalternas. No sólo debieron reconocer un enorme déficit de orden político, sino un déficit de orden social y de ahí que abundaran consideraciones sobre la nefasta relación entre los dos.

Colombia no estaba dominada por clases feudales en plan de modernizarse. De allí la inseguridad social y los remilgos; los miedos e inhibiciones de las elites de todos los pelambres políticos. De allí también la exacerbación en la lucha de símbolos y la precocidad de las guerras de representaciones que encauzaban y daban sentido a las pugnas y guerras reales. Miedos e inhibiciones que, al igual que sus «referencias» europeas, debieron filtrarse hacia abajo en la estructura social. Estamos hablando entonces de la cosmópolis como ideal en un medio de urbanización exigua.

La conciencia de las penurias materiales del país no sólo provino de las vivencias de los viajeros. También estuvo presente en el tema de las exposiciones universales. Si «las exposiciones universales fueron lugares de peregrinaje al fetiche de la mercancía»[7], los colombianos avisados sabían de sobra que las mercancías nacionales no entraban en la categoría de los fetiches

7. Walter Benjamin, *París, capital del siglo XIX*, México D. F., Librería Madero, 1971, p. 29.

exóticos, ni pertenecían al género de los verdaderamente industriales. Las páginas que dedica Martínez a explorar este problema son ricas y pioneras.

> Mientras que el universo de la retórica (periódicos, libros, discursos, banquetes) permite a los patriotas colombianos, a falta de realizaciones concretas, exaltar cuando menos las intenciones, las promesas y las leyes, las exposiciones universales en cambio, por su exigencia de productos materiales y visibles, plantean un serio problema: ¿Qué mostrar?

La inmaterialidad de la civilización se suplió con el discurso sobre los peligros sociales que entrañaba la nueva civilización industrial. Epítome de ese peligro fue la Comuna de París (1871) que, todos, liberales y conservadores, repudiaron con la misma pasión aunque por razones diferentes. Algo similar hubo de ocurrir en la España de la época. Pero el contraste (aún con la España atrasada en Europa) vuelve a subrayar la inmaterialidad del capitalismo moderno en Colombia. Aquí «las clases peligrosas» eran fundamentalmente los artesanos urbanos y no una clase obrera militante que pudiera hacer de la Comuna su mito revolucionario[8].

Más de diez años después de la Comuna, con un París en plena renovación urbanística antiproletaria, el poeta José Asunción Silva, hijo de un rico comerciante de la capital colombiana, emprende el periplo europeo, o mejor, acomete el saqueo de París[9]. Llegó a la capital francesa en diciembre de 1884, como él mismo dice, al «centro de la civilización». De esta convicción civilizadora está armado José Fernández y Andrade, el personaje principal de su novela *De sobremesa*. Cuando Fernández piensa en Colombia como en una

8. José Álvarez Junco, *La Comuna en España*, Madrid, Siglo XXI, 1971.

9. Ricardo Cano Gaviria, «El periplo europeo de José Asunción Silva. (Marco histórico y proyección cultural y literaria)» , en José Asunción Silva, *Obra completa*, edición crítica, Héctor H. Orejuela, Coordinador, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1990, p. 457.

tierra abierta a la inmigración no vacila en afirmar que será para los inmigrantes «una patria nueva, para no sentir en las espaldas el látigo inglés que los flagela».

En el saqueo de París, Silva emplea el método de la esponja. Absorbe todo y parece realizar su sueño de llegar al corazón de la vanguardia, cuando se ve forzado a regresar a Colombia en noviembre de 1885. Silva vive de cerca en París el apogeo de esa nueva época que Roberto Calasso distingue por «la aparición de los nervios como sujeto histórico» y que había comenzado antes, en la generación de Baudelaire[10].

En esos años comienza en Colombia el ascenso de la Regeneración, a la cual un Silva arruinado tuvo que arrimarse. Pero, a diferencia del poeta bogotano, los regeneradores se inspiraban en la Restauración española y en la monarquía constitucional británica que había sido tan admirada por Bolívar y Santander y que recientemente han reivindicado como modelo político renombrados autores como Lipset y Juan Linz.

Los regeneradores consideraron entonces que Francia era la patria de la subversión proletaria, de la neurastenia babilónica y del suicidio. Valga afirmar en este punto que quizá —y sin que esto tenga que ver con su suicidio— muy pocos colombianos tuvieron como Silva tantas pieles para percibir diversas formas de enajenación social y cultural: unas frente a la civilización europea, otras frente a su propia sociedad inacabada.

La legitimación de las elites colombianas continuó siendo un juego *por* el exterior y *contra* el exterior. Por la puerta de atrás la Regeneración importó el modelo de «orden público» de la Tercera República Francesa: la policía y el ejército. Al cerrarse el círculo de manipulación retórica, sólo queda la guerra civil y la de los Mil Días arrasa el último intento decimonónico de construcción estatal, cuyas fallas se advierten en la breve historia de erigir una policía moderna en el Bogotá de fines de siglo.

---

10. Roberto Calasso, *La ruina de Kasch*, Barcelona, Ediciones Anagrama, 1989, p. 285.

Quisiera proponer una última especulación derivada de este libro feraz: más que Núñez es Caro quien vuelve por los fueros de la autoridad. La autoridad del pasado que quiere imponerse al presente y al futuro. Es como si el pasado encerrara el universalismo de los valores (la religión, la familia, la lengua) negado por el particularismo del panfleto cosmopolita, los cuadros de costumbres y el romanticismo literario. En un medio preindustrial la utopía autoritaria de Caro no podía ser más que una construcción artificial del pasado, un provincianismo tradicional, un anacronismo, cuando más, nunca el nacionalismo moderno que, en cualquiera de sus variaciones, no sólo acepta sino que empuja las clases móviles.

Estas últimas especulaciones podrían, quizá, formularse como el título de un proyecto de investigación: la enajenación cultural de las elites frente a Europa y frente al pueblo colombiano. Para ser elites en la cultura y en la sociedad debían monopolizar la intermediación con Europa y Estados Unidos. En consecuencia, la legitimidad del poder habría de resultar tan precaria e incierta como el hallazgo de la identidad nacional. De allí, quizá, la fuerza gravitatoria del mito de la Regeneración en el siglo XX, a la postre trágica, tal y como señala Martínez. Tragedia que se origina en la secular debilidad estatal:

> Colombia es un país cuya historia política en el siglo XIX ofrece características que la diferencian del conjunto latinoamericano. Por un lado, la precariedad inicial de las instituciones implantadas a nivel nacional como la Iglesia, pero también, y sobre todo, el Estado: una debilidad heredada de la dificultad para recaudar impuestos en la época colonial y de una desconfianza persistente hacia el poder que perdurará a lo largo de los siglos XIX y XX, hasta el punto de hacer hoy de Colombia uno de los países, o *el* país del mundo occidental, en donde el Estado tiene menos control sobre la sociedad.

Marco Palacios
El Colegio de México, febrero de 2000



AGRADECIMIENTOS

Escribir un libro de historia es algo al mismo tiempo solitario y colectivo, y debo la realización de éste —aunque sus debilidades sean todas mías— a la ayuda y al apoyo de mucha gente. La exposición de mis deudas, por larga que sea, me parece, por tanto, ineludible.

Mi gratitud va en primer lugar a aquellos que me guiaron y me aconsejaron en mi trabajo de investigación: a François-Xavier Guerra, quien desde 1989 dirigió la tesis de doctorado que sirve de base a este libro; a Georges Lomné, quien desde el primer esbozo, me brindó un irreemplazable y permanente apoyo; a Malcolm Deas, Marco Palacios, Darío Jaramillo Agudelo, Margarita Garrido, Yves Saint-Geours, Eduardo Posada-Carbó, Gonzalo Sánchez, Patricia Londoño, Jorge Orlando Melo, Clara Isabel Botero y Clément Thibaud, quienes me dispensaron generosamente los beneficios de su calidad humana e intelectual.

Este trabajo no habría sido posible si el *Instituto Francés de Estudios Andinos* no me hubiera dado la posibilidad de consagrar una estadía de dieciséis meses en Colombia al saludable ejercicio de investigar, escribir, y disfrutar de la erudición y las intuiciones de numerosos investigadores, archivistas, curadores, y editores que me ayudaron a desenmarañar los hilos de la historia colombiana del siglo XIX: Roberto Luis Jaramillo, Catalina Reyes, Luis Javier Ortiz, Fernando Botero, Gloria Mercedes Arango, en la *Universidad Nacional,* sede de Medellín; Rocío Londoño, Medófilo Medina, Francisco Gutiérrez, Mauricio Archila, Ana María Bidegaín en la *Universidad Nacional* de Bogotá; Angelina Araújo y Gilma Rodríguez, en la Subgerencia Cultural del *Banco de la República;* Margarita Muñoz y Martha Jeanet Sierra en la *Biblioteca Luis Ángel Arango;* Magdalena

Santamaría y Alfredo Augusto Convers en la *Biblioteca Nacional;* Mario Germán Romero en el *Instituto Caro y Cuervo;* Roberto Velandia en la *Academia Colombiana de Historia;* Elvira Cuervo de Jaramillo en el *Museo Nacional;* Cecilia Galán en el *Museo de Arte Moderno;* los equipos de la *Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales,* en Medellín; del *Archivo Histórico de Cali;* y del *Archivo Central del Cauca* en Popayán; Javier Ocampo López en la *Academia de Historia* de Tunja; Pascal Riviale, Egberto Bermúdez, Benjamín Villegas, Efraín Sánchez y Fernando Carrasco.

Mi deuda es grande también hacia quienes dieron un impulso decisivo a la publicación del libro —Jean Vacher, director del *Instituto Francés de Estudios Andinos,* Jorge Orlando Melo, director de la *Biblioteca Luis Ángel Arango* y Philippe Orliange, consejero cultural de la Embajada de Francia en Bogotá— y hacia aquellos que compartieron conmigo las arduas faenas de pulir los textos: Catherine Frammery revisó la versión francesa; Scarlet Proaño tradujo el texto al español; Martha Jeanet Sierra, Leopoldo Iribarren y Henry Parra me asistieron en las revisiones de la traducción; Gilma Rodríguez dirigió la edición.

Mi gratitud va, por fin, a los amigos que me acompañaron en estos años de investigación, haciendo crecer en mí el interés por Colombia o simplemente permitiéndome compartir con ellos las reflexiones, las dudas y los entusiasmos del camino: a Jorge Suárez, Angélica Uribe, Gustavo Tamayo, Rastine Mérat, Juan Carlos Salazar, Alejandra Miranda, Paulina Encinales, Alvaro Sanjinés, Fernando Viana Ferreira, Diego Alonso, Olivier Aprile, Eddie Millet, Olivier Pissoat y tantos otros. A la memoria de Iván Cabrera, a quien debo mucho de mi afición por la Colombia rural: si el tiempo le hubiera permitido, creo que se habría reído a menudo al leer este trabajo. En fin, a mi familia, a aquellos que con su presencia, su comprensión, su confianza y su amor, me dieron la fuerza para llevarlo a cabo: entre todos, a Nicki, Toto, y Félix. Este libro es para ellos.

Abreviaturas

Archivos:

ACC	*Archivo Central del Cauca,* Popayán:
FA	Fondo *Arboleda.*
FM	Fondo *Mosquera.*
ACH	*Academia Colombiana de Historia,* Bogotá:
FSCR	Fondo *Salvador Camacho Roldán.*
AGN	*Archivo General de la Nación,* Bogotá:
	(Todos los fondos consultados forman parte de la *Sección República*).
MI	Fondo *Ministerio de lo Interior y Relaciones Exteriores.*
PN	Fondo *Policía Nacional.*
EC	Fondo *Establecimientos de Castigo.*
AMAE	*Archives du Ministère des Affaires Etrangères,* París:
ADP	Fondo *Affaires Diverses Politiques.*
CP	Fondo *Correspondance Politique.*
SA	Fondo *Série A.*
ANP	*Archives Nationales,* París:
F12	Fondo *Imprimerie, Librairie, Presse, Censure.*
BNB	*Biblioteca Nacional,* Bogotá:
Man.	Fondo *Manuscritos.*
BLAA	*Biblioteca Luis Ángel Arango,* Bogotá:
Mss.	Fondo *Manuscritos.*

BPP	*Biblioteca Pública Piloto,* Medellín, Sala Antioquia:
FMR	Fondo *Marcelino Restrepo.*

FAES	*Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales,* Medellín:
AMOR	Fondo *Mariano Ospina Rodríguez.*
AGPNO	Fondo *Pedro Nel Ospina.*

Impresos oficiales de la Nación:

Algunas precisiones sobre la organización administrativa del Estado colombiano durante el siglo XIX se encuentran en la Bibliografía.

Pres.	Mensajes anuales del presidente de la República al Congreso.
Rel.	Informes anuales del secretario o ministro de Relaciones Exteriores al Congreso.
Gob.	Informes anuales del secretario o ministro de Gobierno al Congreso.
Int.	Informes anuales del secretario del Interior al Congreso.
Ins.	Informes anuales del secretario o ministro de Instrucción Pública al Congreso.
Fom.	Informes anuales del ministro de Fomento al Congreso.
Hac.	Informes anuales del secretario o ministro de Hacienda al Congreso.
Gue.	Informes anuales del secretario o ministro de Guerra al Congreso.
Doc.	Designa la parte *Documentos,* generalmente adjunta a los informes ministeriales, frecuentemente con una paginación distinta, o sin paginación.

Otras abreviaturas:

BCB	Boletín Cultural y Bibliográfico, Banco de la República, Bogotá.
BHA	Boletín de Historia y Antigüedades, Academia de Historia, Bogotá.
HAHR	Hispanic American Historical Review.
JLAS	Journal of Latin American Studies.
M.A.E.	Ministro de Relaciones Exteriores de Francia.

Terminología

Varias palabras empleadas en este libro requieren aclaraciones semánticas:

Colombia, Nueva Granada

En aras de la simplicidad, se utilizan en este libro los términos *Colombia* y *colombianos*, aún cuando son históricamente erróneos. La primera *República de Colombia* (conocida como *Gran Colombia*) reagrupa los territorios conocidos al final de la época colonial bajo los nombres *de Virreinato de la Nueva Granada, Capitanía General de Venezuela* y *Audiencia de Quito*. En 1830, la República de Colombia se fragmenta en tres repúblicas: Venezuela, Ecuador y la *República de la Nueva Granada* que comprende los actuales territorios de Colombia y Panamá. Ese nombre se conserva hasta 1858, fecha en la cual es reemplazado por el de *Confederación Granadina*, nombre reemplazado a su vez en 1863 por el de *Estados Unidos de Colombia*. La Constitución de 1886 reinstaura el nombre de *República de Colombia*, que se conserva hasta hoy.

Civilización

En el siglo XIX latinoamericano, los términos *civilización, civilizador, civilizadora* remiten a la civilización europea, cristiana, moderna e industrial. A los ojos de los hombres de la época, Colombia se encuentra en un nivel intermedio: ya ha hecho unos pasos en el camino de la civilización pero sigue amenazada por una siempre posible victoria de la *barbarie*. Más allá de esa definición consensual, los términos *civilización* y *barbarie* también acogen significados variables según la pertenencia política de quien los emplea. Bajo la pluma de un

publicista conservador, el término *civilización* exalta los principios tradicionales de una sociedad católica organizada jerárquicamente, mientras que la *barbarie* designa, según los casos, el paganismo de las tribus indígenas que no han sido sometidas a la *civilización*, las costumbres censurables de los esclavos emancipados, la agresividad política del pueblo, el anticlericalismo de los liberales y el *rojismo* en general. Bajo la pluma de un polemista liberal, el término de *civilización* evoca los ideales de la modernidad democrática y de la supresión de las prácticas degradantes —la esclavitud, la tortura, la pena de muerte— mientras que el de *barbarie* remite a la intervención del clero en la vida política, aproximándose en su significado a otros términos predilectos de la retórica liberal: *oscurantismo* y *teocracia.*

Cuestión social

Tanto la amenaza política y social que representan los pobres como las formas de disminuir esa amenaza se califican generalmente durante el siglo XIX con el término de *cuestión social,* que utilizamos en este texto con el significado de la época.

Naciones adelantadas, civilizadas, avanzadas

La expresión *naciones adelantadas* —con sus variantes: *naciones civilizadas* y *naciones avanzadas*— se refiere durante el siglo XIX colombiano a unos pocos países de Europa occidental (Inglaterra, Francia, Suiza, Bélgica esencialmente) y a los Estados Unidos de América. En las últimas décadas del siglo, nuevos países (Alemania e Italia) entran a formar parte de este selecto grupo, mientras la participación de España en el círculo de las naciones adelantadas sigue siendo incierta y dudosa en la imaginación política colombiana.

Legación, ministro

Durante el siglo XIX colombiano, el jefe de una misión diplomática (entonces denominada *legación*) tiene generalmente el título de *enviado extraordinario y ministro plenipotenciario,* acortado en el lenguaje

común y la literatura administrativa al término de *ministro*. Cuando no tiene ese grado, es denominado *encargado de negocios*.

Publicista

El término *periodista* no existe en la Colombia decimonónica y por eso se utiliza en este libro la palabra de la época, *publicista*, que tiene la ventaja de abarcar mejor la posible multiplicidad de tareas de los que manejan la palabra escrita.

Secretario

Hasta la Constitución de 1886, los actuales *ministros* de gobierno llevaban el título de *secretarios*, denominación que se ha conservado en el texto.

Viajes, viajeros

Los términos *viajes* y *viajeros* se utilizan en este texto para designar la experiencia de los colombianos que recorren Europa, que residen allí temporalmente o que se instalan en el Viejo Continente, ya que sería demasiado fastidioso establecer una distinción entre viajeros y residentes. Eso entraña la paradoja de usar el término viajeros para designar personas, que exceptuando la travesía del Atlántico que tuvieron que hacer una vez, vivieron a veces una vida en extremo sedentaria.

En fin, se ha conservado en las citas la ortografía original.

Introducción

En el comienzo de las naciones estaba el cosmopolitismo.

Una vez concluidas las guerras de Independencia, el largo camino de las construcciones nacionales se emprende en Hispanoamérica bajo el influjo de un imaginario político cosmopolita. La improbabilidad de una restauración monárquica señala el modelo de referencia: un Estado republicano asentado en la soberanía de la nación. Los nuevos gobernantes criollos, conscientes de la magnitud de la tarea que les corresponde, no tienen otra alternativa que la de recurrir a modelos foráneos para llenar el vacío, para construir Estados y naciones que aún están por crear.

La ruptura del lazo político con la corona española implica en primer lugar la afirmación de una legitimidad propia. Una legitimidad cuya complejidad ya había sido expresada por Bolívar en 1815, en medio de los combates por la Independencia, en su célebre carta de Jamaica:

> Nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así que nos encontramos en el caso más extraordinario y complicado[1].

1. S. Bolívar, «Contestación de un Americano meridional a un caballero de esta Isla» [Jamaica], Kingston, junio 6, 1815, *Escritos políticos*, Madrid, Alianza Editorial, 1983, p. 69.

El ingreso a la vida independiente señala también a los dirigentes criollos, al mismo tiempo que la necesidad de construir el Estado, la magnitud de la tarea. Todo está por construir. Las instituciones representativas, el derecho, el aparato estatal, su organización administrativa y su poder coercitivo. Ante la doble necesidad de crear el Estado y de legitimar el nuevo poder, varios modelos nacionales ya constituidos ofrecen a los nuevos gobernantes un valioso abanico de instituciones, fórmulas políticas y discursos de legitimación. Las experiencias de otros Estados-naciones se prestan como ejemplos positivos o negativos en la reflexión de los constructores de las naciones hispanoamericanas. Desde finales del siglo XVIII, el arsenal de modelos políticos disponibles se fue enriqueciendo considerablemente: a la República Antigua, principal modelo de legitimidad para los insurgentes de las trece colonias de América del Norte, se sumaron, en el lapso de unos años, los mismos Estados Unidos, la Revolución Francesa, la Independencia de Haití, y las revoluciones liberales españolas[2]. Los vaivenes de la política europea del siglo XIX se encargarían de seguir ampliando el espectro de los modelos susceptibles de ser estudiados, adoptados y adaptados por los constructores de las nuevas naciones hispanoamericanas.

El recurso del cosmopolitismo, impuesto por la inmensa labor de construcción de la modernidad política, se ve facilitado por el hecho de que las elites criollas, al mando de las nuevas repúblicas, siguen participando de un universo cultural europeo. Dueños del nuevo orden nacional, los primeros dirigentes de las repúblicas hispanoamericanas tienen en su haber un pasado de fuerza y de poder dentro del orden colonial, y conservan de ese tiempo la profunda

2. «Efectivamente, alrededor de la segunda década del siglo XIX, e incluso antes, existe ya un 'modelo' de Estado-nación independiente, disponible para quien lo quiera saquear», escribe Benedict Anderson antes de sostener: «Sería más preciso decir que el modelo fue una mezcla compleja de elementos franceses y americanos». B. Anderson, *Imagined Communities, Reflections on the origin and spread of nationalism*, Nueva York, Verso, 1991, p. 81.

convicción de que la *civilización* emana de Europa y que debe ser *impuesta* a los pueblos del Nuevo Mundo, incluso si éstos aparecen como los nuevos depositarios de la soberanía nacional. El mecanismo de reemplazo de la antigua metrópoli administrativa por «metrópolis de substitución»[3] durante el siglo XIX asegurará la permanencia de una fuente externa de legitimidad e inspiración política, principalmente europea, en los debates políticos nacionales. El nacionalismo por crear será inevitablemente un instrumento híbrido: el oficio de constructor de la nación exige ante todo que se asuma un papel de mediación política y cultural. La política hispanoamericana se caracteriza, desde los orígenes, por un cosmopolitismo obligado e ineludible.

En aparente contradicción con ese eclecticismo indisociable del proceso de construcción nacional en Hispanoamérica aparece sin embargo, hacia finales de siglo, un discurso explícitamente hostil al cosmopolitismo. En Colombia, Carlos Holguín explica en 1893, poco después de terminar su mandato presidencial, que el capítulo de la inspiración foránea está definitivamente cerrado:

> Es acto de demencia política pretender que un país viva eternamente agitado por discusiones bizantinas que nada tienen que ver con su bienestar ni con su progreso, o en ensayos permanentes de teorías soñadas por utopistas o novelistas extranjeros[4].

La «imitación» política comienza a ser objeto de sistemáticas denuncias. Incapaz de aportar soluciones adaptadas al contexto colombiano, es acusada de obstaculizar los progresos de la construcción nacional, como lo declara al Congreso el ministro del Interior en 1892:

3. La expresión es de François-Xavier Guerra. Cf. F. X. Guerra, «La lumière et ses reflets: Paris et la politique latino-américaine», en A. Kaspi & A. Marès (eds.), *Le Paris des Etrangers*, París, Imprimerie Nationale, 1989, p. 180.

4. C. Holguín, *Cartas políticas*, Bogotá, Editorial Incunables, 1984 [1a. ed., 1893], p. 165.

> Cada pueblo, en efecto, tiene caracteres especiales que le dan fisionomía propia, y lo distinguen de los otros, ni más ni menos que como sucede en los individuos; y estas condiciones de idiosincrasia tan múltiples y variadas son las que hacen imposible adoptar instituciones trasplantadas por vía de imitación[5].

Así, aún cuando la generación de la Independencia —confrontada a la tarea de crear un nuevo Estado— había tomado como emblema el ideal cosmopolita de la República, los ideólogos de la nación, décadas después, buscan forjar un nacionalismo asentado en el rechazo a las influencias externas. El ideal de la «nación homogénea» reemplaza entonces el de la «nación cívica»[6], el «esencialismo» al «epocalismo»[7] y la preferencia particularista sustituye la inspiración universalista.

¿Por qué esta evolución? ¿Por qué razón y de qué manera el cosmopolitismo político de las décadas que siguen a la Independencia cede el paso a un nacionalismo explícitamente contrario a las influencias exteriores? En Europa, es cierto, la evolución de los nacionalismos hacia finales de siglo sugiere que la era de la inspiración universalista ha llegado a su fin. Pero en América Latina, ¿será que esos discursos, inevitablemente moldeados por los intereses y estrategias de la política nacional, traducen un rechazo verdadero de los modelos políticos exteriores, o sólo ofrecen una retórica nacionalista que oculta una realidad más compleja?

La comprensión del proceso de creación del Estado-nación requiere que se analicen en detalle los mecanismos por los cuales, dentro de un universo dominado por el cosmopolitismo político, se va forjando progresivamente una ideología nacionalista; los resortes inter-

---

5. *Gob. 1892*, pp. vi-vii.

6. Cf. Mónica Quijada, «¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano del siglo XIX», *Imaginar la Nación, Cuadernos de Historia Latinoamericana*, AHILA, N°. 2, 1994, p. 40.

7. Alusión a términos acuñados por Clifford Geertz en *The Interpretation of Cultures: Selected Essays*, Nueva York, Basic Books, 1973.

nos que explican la fluctuación de la legitimidad política de un extremo a otro, del «epocalismo» al «esencialismo». La comprensión de la articulación entre el proceso de construcción nacional y la inevitable referencia a otras naciones constituye por lo tanto la razón de ser y la ambición de este libro.

Como toda investigación histórica, este trabajo se funda en algunas intuiciones iniciales. La primera residía en la idea de que la comprensión de la articulación entre el nacionalismo y la referencia exterior constituye una clave de lectura importante de las sociedades latinoamericanas: varios viajes y estadías en América Latina me habían convencido de ello, así como numerosas lecturas sobre el inevitable tema de la identidad que, si bien habían reforzado en mí esa intuición, no me había dado las respuestas que esperaba encontrar. A mi juicio, la literatura sobre el tema trillado de la identidad padecía generalmente de un gran defecto: el de escamotear, evitando abordarla, la cuestión de los intereses y de los actores del poder político o, por el contrario, de esquematizarla en exceso. Otra convicción derivaba de la primera: la cuestión de la identidad no puede ser planteada independientemente de un análisis detallado de las dinámicas del poder político[8]. Así surgió el proyecto de abordar históricamente la cuestión de la referencia exterior con el fin de proponer una relectura de algunos mitos creados por el *latinoamericanismo* intelectual del siglo XX.

Una segunda intuición me sugería que, para los constructores de las naciones latinoamericanas del siglo XIX, el exterior era, ante todo, el continente europeo. Fuera de este horizonte, los únicos que se perfilaban como países de referencia eran los Estados Unidos y, hacia finales del siglo XIX, algunos de los países más prósperos de Latinoamérica: Argentina, Chile y Brasil. Era tentador incluir estos «exterio-

8. «No es cierto que exista una identidad natural capaz de imponerse por su fuerza propia [...] Sólo existen estrategias *identitarias*, racionalmente manejadas por actores identificables [...] y sueños o pesadillas identitarias a los cuales adherimos porque nos encantan o nos aterrorizan». J. F. Leguil-Bayart, *L'illusion identitaire*, París, Fayard, 1996, p. 10.

res» americanos que también, aunque en menor medida que Europa, son fuentes de referencias políticas, pero el lugar específico ocupado por el viejo continente, que seguía encarnando en las imaginaciones políticas hispanoamericanas el espectro monárquico —es decir un contraejemplo útil para la creación de los discursos nacionales— recomendaba a mi juicio una atención particular. Aunque se hagan viajes de negocios a Nueva York, aunque se visite la cárcel de Filadelfia o se contemplen las cataratas del Niágara, es frente a Europa, es contra Europa como se constituyen las nuevas naciones hispanoamericanas; es en torno a Europa donde se concentra lo esencial del debate político y es en gran medida de Europa que se importan modelos institucionales. Antes de que los Estados Unidos lleguen a reemplazarla en su papel de «metrópoli de substitución» en el siglo XX, el apogeo de Europa occidental es muy tangible en la América Latina decimonónica.

La tercera intuición me indicaba que el fenómeno de la «referencia a Europa», difícil de asir, encubría seguramente una complejidad más grande de lo que a primera vista parecía, como lo sugiere la reflexión de Braudel: «corrientes, contracorrientes, flujos y remolinos se entremezclan. La difusión cultural es, por naturaleza, *multivoque*...»[9]. ¿El impacto de Europa en el siglo XIX, como se complacían en repetirlo los lugares comunes de los discursos diplomáticos y de la literatura conmemorativa, sólo habría sido acaso el aporte del liberalismo moderno a unas sociedades arcaicas —el aporte de la *civilización* a unos pueblos atrasados—? ¿O habría sido al contrario, como lo proclamaban los ideólogos del latinoamericanismo, un yugo inadecuado que enajenaba la autenticidad de los pueblos del continente? Los lugares comunes de uno y otro bando invitaban más bien a la prudencia, sobre todo porque dejaban entrever claramente su propósito de satisfacer las buenas conciencias. La idea de un aporte progresista de Europa respondía tanto a los espíritus europeos imbuidos en su *misión civilizadora* como al deseo de los grupos dirigentes latinoamericanos de asentar su legitimidad en un monopolio de

9. F. Braudel, *Le modèle italien*, París, Arthaud, 1989, p. 76.

la mediación con el universo de la *civilización*. La idea de una americanidad radicalmente extraña a Europa, del mismo modo que respondía en Europa a una mala conciencia tercermundista, les convenía perfectamente a los ideólogos del latinoamericanismo, ávidos de definiciones de identidad simplificadas. Los discursos sobraban; los análisis eran excesivamente escasos.

Paulatinamente se venía forjando la cuarta intuición: la idea de que la relación con el exterior sólo se vuelve comprensible cuando se aborda desde un marco histórico nacional y en función de las lógicas nacionales. Decidí entonces dirigir el proyector hacia los actores y las dinámicas nacionales. Sólo el estudio de los conflictos políticos de un país en una época determinada permitiría comprender los mecanismos de la referencia al exterior y su significado histórico.

Frente a esas intuiciones iniciales se perfilaban también numerosos escollos. Considerar Hispanoamérica, según el enfoque de la historia tradicional de las ideas, como un simple receptor de ideas europeas constituía un primer obstáculo: el clásico peligro del *difusionismo* o europeocentrismo. Estudiar la difusión de las diferentes corrientes del pensamiento entre los actores políticos del siglo XIX, a pesar de ser en sí mismo un ejercicio interesante, no permite una comprensión global de la historia de las sociedades latinoamericanas, las cuales, justamente, en el siglo XIX, no son creadoras de escuelas o de corrientes de pensamiento en el sentido clásico de la palabra. La historia de las ideas se ve por lo tanto expuesta al grave riesgo de derivar hacia una enumeración etnocéntrica de las influencias nacionales europeas en América Latina (la «influencia francesa», la «influencia alemana», la «influencia española») que sólo permite, en el mejor de los casos, llegar a la conclusión de que el continente se caracteriza por su eclecticismo. La constatación del eclecticismo intelectual latinoamericano, en lugar de ser la conclusión, debe ser al contrario el punto de partida de cualquier análisis[10].

10. Malcolm Deas considera el eclecticismo como una constante de la cultura criolla. Cf. M. Deas, «La influencia inglesa —y otras influencias— en Colombia (1880-1930)», *Nueva Historia de Colombia*, Bogotá, Planeta, 1989, vol. III, pp. 161-182.

Una vez que el eclecticismo es considerado como un elemento de base de la vida intelectual, cultural y política de los países hispanoamericanos en el siglo XIX, puede darse inicio al estudio de su articulación con las dinámicas del poder político.

Otro riesgo consistía en limitarse al análisis de la *imagen* de las naciones europeas en Latinoamérica, sin dar suficiente importancia a su carácter funcional dentro de la política nacional. Es cierto que la imagen de un país extranjero puede cobrar significado y pertinencia en otro país, pero no siempre es el caso. Al dejar de ceñirse a lo que realmente tiene un significado político en el contexto nacional corre uno el riesgo de caer en una insípida enumeración de las imágenes y de las modas, en una mera descripción de la mimética de las apariencias, tanto más fácil en cuanto que existe en la América Latina decimonónica una permanente aspiración a apropiarse nuevos signos de distinción social venidos de Europa.

Entre intuiciones y tropiezos se iba perfilando el tema central del trabajo: el de la referencia exterior considerada como parte integrante del proceso de construcción de una nueva nación. Tres ejes fundamentales de estudio se iban distinguiendo: los discursos sobre Europa, los viajes que emprendieran a Europa los constructores de la nación, y los intentos de importación de modelos de organización europeos[11]. Entretejer estos tres enfoques permitiría sin duda percibir el fenómeno de la «referencia a Europa» en toda su complejidad.

Hasta allí, estas reflexiones parecían aplicables a toda la América Latina. Tenía entonces que preguntarme en qué contexto nacional aplicar este enfoque. Había pasado temporadas significativas en cuatro países latinoamericanos: Argentina, Brasil, México y Colombia. La transición monárquica que acompañó a la independencia del Brasil, reduciendo así la necesidad de nuevos modelos políticos y nuevos instrumentos de legitimación en ese país hizo que me dirigiera

11. Al llevar la lógica de la importación al centro del análisis de los fracasos de la «occidentalización del orden político», B. Badie invitaba a privilegiar el estudio, en los países de la «periferia», de los actores y de los mecanismos de la importación política. Cf. B. Badie, *L'Etat importé. L'occidentalisation de l'ordre politique*, París, Fayard, 1992.

hacia la América hispánica, sumergida desde la segunda década del siglo XIX en la aventura republicana. Por un momento me atrajo un enfoque comparativo, pero pronto comprendí que una tarea tan amplia me obligaría a abordar superficialmente las dinámicas de las políticas nacionales. Un enfoque nacional me pareció más asequible: a pesar de la atracción natural que ejercen México o Argentina, la historia de Colombia en el siglo XIX ofrecía perspectivas de investigación más extensas debido a una producción historiográfica menos abundante que la de los otros dos países, lo cual prometía un campo de exploración más virgen. Como lo escribió recientemente David Bushnell: «Colombia es hoy en día el menos estudiado de los países de América Latina, y tal vez el menos comprendido»[12]. Algunas intuiciones complementarias, que irían a confirmarse a medida que la investigación avanzaba, abogaban también por Colombia.

En el siglo XIX, Colombia es un país pobre, al margen de los grandes intercambios transatlánticos, sean humanos o económicos. Es un país que cuenta con muy pocos residentes europeos, ya que no ofrece mayor interés económico para las potencias y que tampoco recibe inmigración europea. Las dificultades climáticas y topográficas de los Andes ecuatoriales, la falta de fuentes de riqueza estables y fácilmente explotables, y un incesante entorno de guerras civiles son disuasivos para la llegada de capitales o de población. Pese al interés que despierta en las potencias la apertura del Canal de Panamá a finales de siglo —una región, por lo demás, algo apartada de la vida política nacional— Colombia es durante todo el siglo XIX uno de los países latinoamericanos menos integrados a la economía mundial.

Esta realidad, que ubica a Colombia en una situación exactamente inversa a la de Argentina, parecía de entrada interesante para averiguar si la referencia europea era el simple fruto de un imperialismo demográfico y económico o al contrario un elemento endógeno a la

12. D. Bushnell, *Colombia, una nación a pesar de sí misma, de los tiempos precolombinos hasta nuestros días*, Bogotá, Planeta, 1996, p. 15.

política nacional. El ejemplo colombiano, caracterizado por su bajo nivel de intercambio financiero y humano con Europa, ofrecía un terreno ideal donde abordar las dinámicas endógenas de la referencia al exterior y el papel de los actores nacionales.

El hecho de que Colombia haya permanecido menos integrada al mercado mundial en comparación con los principales países de la América hispánica, y el discurso aislacionista de los gobiernos conservadores entre 1880 y 1930 habían creado a su vez un mito del aislamiento, de una *idiosincrasia* originada por el poco contacto con el exterior, mito que encuentra su máxima expresión en el título de la novela más conocida de Gabriel García Márquez. Tanto como la difícil geografía colombiana, la idea de un temor arraigado hacia el exterior, expresado recientemente por el premio Nobel, daba aparentemente una prueba irrefutable de la existencia de una cultura del aislamiento: «Los radicales del siglo XIX y más adelante la Generación del Centenario se propusieron hacerlo [abrir las puertas del país] con políticas de inmigración masivas a fin de enriquecer la cultura del mestizaje, pero los proyectos de unos y otros fracasaron a causa de un miedo casi teológico hacia los demonios externos. Aún estamos lejos de imaginar hasta qué punto dependemos del vasto mundo que ignoramos»[13]. Mientras que el fracaso de la inmigración europea se explica simplemente por la poca competitividad «objetiva» de Colombia en el mercado internacional de la inmigración[14], García Márquez, al atribuir este fracaso a «un miedo casi teológico hacia los demonios externos» exagera la desconfianza de los colom-

13. Gabriel García Márquez, «Por un país al alcance de los niños», *Informe Conjunto de la Misión Ciencia, Educación y Desarrollo,* Bogotá, Presidencia de la República, Colciencias, julio 21, 1994, p. 6.

14. Una baja competitividad debida, en el siglo XIX, a la insuficiencia y al costo de las conexiones transatlánticas hacia Colombia, a la dificultad de acceso a las regiones interiores del país, a la obligación de atravesar las tierras bajas insalubres, a la ocupación anterior de las buenas tierras en las regiones altas, a la dificultad del desmonte en las selvas ecuatoriales, a la falta de experiencias de inmigración exitosas que hubieran podido servir de modelo, a la insuficiencia de ayudas gubernamentales y a la frecuencia de las guerras civiles. Cf. capítulos 1, 7 y 9.

bianos hacia el exterior y perpetúa así el mito del aislamiento creado por los ideólogos conservadores de finales de siglo, con claros fines políticos. Efectivamente, un relativo aislamiento material, perpetuado por la inmensa dificultad de los transportes en la Colombia del siglo XIX, no significa que las personas, los objetos, los libros, los periódicos y los imaginarios no hayan circulado. La existencia de ese mito del aislamiento requería un análisis más profundo, para comprender hasta qué punto una geografía tan accidentada había podido ser el teatro de una circulación tan considerable de la imaginación política.

En fin, Colombia es un país cuya historia política en el siglo XIX ofrece características que la distinguen en el conjunto latinoamericano. Por un lado, la precariedad inicial de las instituciones implantadas a nivel nacional, como la Iglesia[15], pero también, y sobre todo, el Estado: una debilidad heredada de la dificultad para recaudar impuestos en la época colonial y de una desconfianza persistente hacia el poder que perdurará a lo largo de los siglos XIX y XX, hasta el punto de hacer hoy de Colombia uno de los países, o *el* país del mundo occidental, en donde el Estado tiene menos control sobre la sociedad. Por otro lado, una politización precoz de la población, legado de la guerra de Independencia y de las múltiples guerras civiles que marcaron el siglo XIX[16]. La frecuencia de las guerras civiles sugiere el pronto recurso de la violencia como forma de consolidación de las estructuras jerárquicas[17] y como vía de solución a los conflictos políticos cuando la negociación, a pesar de ser el medio dominante de transacción política, fracasa: la violencia latente de las tensiones so-

15. Cf. G. M. Arango, *La mentalidad religiosa en Antioquia. Prácticas y discursos, 1828-1885*, Medellín, Universidad Nacional, 1993.

16. Cf. M. Deas, «La presencia de la política nacional en la vida provinciana, pueblerina y rural de Colombia en el primer siglo de la República», *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*, Bogotá, Tercer Mundo, 1993, pp. 175-206.

17. Cf. F. Guillén Martínez. *La Regeneración, primer frente nacional*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1986.

ciales, capaz de explotar esporádicamente en insurrecciones incontrolables, perdura, más allá de las guerras, en una atmósfera lancinante de conflicto civil.

Otra característica colombiana es la intensidad y la precocidad del radicalismo liberal que aventaja por unos años al radicalismo mexicano (habría que citar entre otras medidas el voto de las mujeres en la Provincia de Vélez en 1853, la separación de la Iglesia y el Estado aprobada el mismo año, la libertad total de prensa y de palabra y la abolición de la pena de muerte consagradas en 1863). La precocidad, también, en la toma del poder por el *pueblo*, en 1854, en un episodio que llegó a ser tildado de «Comuna de Bogotá», de manera abusiva obviamente, pero no sin razón —al menos en vista del papel que cumplió en la imaginación política de los grupos dirigentes—[18].

Finalmente, el hecho de que a la ola de radicalismo liberal le siguiera con igual precocidad un neotradicionalismo político, que se impuso a finales del siglo XIX, haciendo de Colombia uno de los pocos países del continente hispanoamericano en el que la consolidación de las instituciones nacionales no se diera bajo el signo del liberalismo sino, por el contrario, de un conservatismo político forjado en la lucha contra el adversario liberal.

Colombia, en fin, ofrecía un terreno particularmente interesante para estudiar las implicaciones de la referencia a Europa, y así, producto de la alquimia entre mis intuiciones iniciales y los meandros de la historia colombiana, nació este trabajo, sin que me sea todavía posible decir a ciencia cierta qué clase de historia es (y esa duda aun persiste).

¿Una historia del nacionalismo? Sin duda, pero no tanto en su aspecto teórico o «sentimental» como en su aspecto funcional, instrumental: antes que un sentimiento, el nacionalismo es un instrumento útil para la conquista y la legitimación del poder. ¿Una historia de los mitos políticos? Sí, y más particularmente de los mitos peren-

18. Cf. A. Shulgovski. *La «Comuna de Bogotá» y el socialismo utópico,* América Latina, Moscú, N°. 8, 1985, pp. 45-46 y N°. 9, 1985, pp. 47-56.

nes que el régimen de la Regeneración logró dejar como legado al siglo XX. ¿Una historia de las elites? Sí, lo cual no significa que yo crea que los grupos dirigentes son los únicos forjadores de una nueva nación —en el caso de Colombia, la parte que escapa al proyecto de los grupos dirigentes es de tal magnitud, que sería aberrante creer *a priori* en el éxito de su proyecto—. Pero comenzar, y ese es mi propósito, por el estudio de los proyectos de los grupos dirigentes, de aquellos que reivindican conscientemente el papel de constructores de la nación, me parece, en efecto, necesario. ¿La historia de una generación política? Indudablemente, ya que este trabajo estudia la segunda generación política del país, aquella que en el medio siglo reemplaza en el poder a la generación de la Independencia y desaparece alrededor de 1900: la misma generación que experimentará el radicalismo liberal antes de hacer un viraje hacia el neotradicionalismo de finales de siglo. ¿La historia, en fin, de la construcción del Estado? También, y más particularmente de las dificultades de la construcción estatal en el siglo XIX, las cuales pueden aclarar aquellas que hoy día conoce el Estado colombiano en su papel de regulador de la sociedad.

Una última observación: durante mucho tiempo tuve la impresión de trabajar *al margen*. Al comienzo, mi investigación se alimentaba de pequeñas anotaciones extraídas de mis lecturas. Unas pequeñas anotaciones dispersas que, dando la impresión de ser secundarias con relación al flujo central de la historia política del país, me remitían a la pregunta de Braudel: «De esos miles de detalles, de esos fenómenos de 'resonancia', en cuyos vaivenes las ondas se entremezclan, interfieren, se empujan, ¿cómo lograr hacer un cuadro coherente? Y, sobre todo, ¿cómo, a partir de ellos, aventurar un diagnóstico; rescatar una historia significativa de esta sucesión de imágenes breves, a veces simples juegos de espejos?»[19]. Sin embargo, este enfoque aparentemente secundario, me condujo poco a poco a abordar en conjunto las dinámicas políticas de la historia colombiana de

19. F. Braudel, *op. cit.*, p. 17.

la segunda mitad del siglo XIX. ¿Por qué? Porque la referencia europea es un fenómeno *general*: es imposible asirla, describirla o analizarla sin ponerla en resonancia con las dinámicas y las coyunturas políticas nacionales. Es más: les imprime a todas su sello característico. Cualquier análisis de la referencia exterior que no la inserte en las fluctuaciones de la política, no permitiría entender las verdaderas implicaciones que encierra. Tramposa y movediza, la referencia europea se inscribe en los complejos juegos de la búsqueda del poder, del discurso político y de los conflictos en torno a la creación de un Estado nacional y, a partir de allí, de una nación. Ella es, en ese sentido, un objeto eminentemente histórico.

Primera parte

Discursos europeos, conflictos colombianos (1845-1867)

Capítulo 1

El recurso de la legitimidad europea (1845-1854)

En la Nueva Granada de 1840, la obra política de la Independencia parecía haberse quedado a medio camino. Dos décadas de libertad política habían desembocado apenas en modestos avances en los dos frentes de la construcción nacional: la legitimación del poder y la construcción del Estado. En ambas direcciones, el camino se anunciaba largo y difícil.

A la sensación de una escasa legitimidad, expresada por Bolívar en su carta de Jamaica, se agregaba la conciencia de un insuficiente dominio del Estado sobre la sociedad, heredado en gran parte de la Colonia. La recurrente incapacidad de las autoridades coloniales en contener el contrabando y cobrar los impuestos había generado un déficit casi permanente en las finanzas del Virreinato de la Nueva Granada. Sólo los subsidios provenientes del Perú permitían satisfacer las necesidades de la administración del Estado y del ejército: en la Nueva Granada, claramente, el poder no estaba en posición de fuerza. En 1772, al entregar el cargo a su sucesor, el virrey Pedro Messía de la Cerda le había descrito en estos términos las limitaciones del poder colonial:

> Incidentemente queda anotado que la obediencia de los habitadores no tiene otro apoyo en este Reino, a excepción de las plazas de armas, que la libre voluntad y arbitrio con que ejecutan lo que se les ordena, pues siempre que falte su beneplácito no hay fuerza, armas ni facultades para que los superiores se hagan respetar y obedecer; por cuya causa es muy arriesgado el mando y sobremanera contingente el buen éxito de las providencias, obligando esta

precisa desconfianza a caminar con temor y a veces sin entera libertad, acomodándose por necesidad a las circunstancias[1].

Las reformas emprendidas a partir de 1760 por Carlos III con el fin de controlar mejor la América española habían creado en un primer momento la ilusión de poder vencer los obstáculos que se oponían al poder monárquico, tales como la defensa de los fueros y de las libertades tradicionales, la reticencia a pagar impuestos y la costumbre de aprovecharse de las debilidades de un gobierno que no lograba controlar gran cosa. Sin embargo, al incitar involuntariamente a la rebelión contra la administración colonial, las reformas borbónicas habían preparado el terreno para el movimiento independentista que surgiría décadas más tarde, y contribuido a obstaculizar aún más la aceptación de la autoridad estatal en la Nueva Granada. La tarea de consolidar un aparato estatal pobre y débil, en un país tan difícil de someter al poder central iba entonces a corresponderles a los nuevos dirigentes republicanos, enfrentados, además, al designio no menos abrumador de construir una nueva legitimidad.

A pesar de que la década de 1830 transcurrió bajo la amenazante sombra de la deuda de la guerra de Independencia, se habían registrado con los gobiernos de Santander indudables avances en la consolidación del Estado. Sin embargo, el decenio había concluido, con la insurrección de los *Supremos*, en un nuevo despertar del espectro federalista que venía obsesionando a los políticos colombianos desde los años de la Patria Boba. Entre 1839 y 1842, la guerra de los caudillos liberales contra el gobierno de José Ignacio de Márquez había venido a recordar que la guerra civil seguía formando parte del paisaje político granadino —un presentimiento que no desmentiría el resto del siglo XIX—.

---

1. P. Messía de la Cerda, «Relación del estado del Virreinato de Santafé, 1772», citada en E. Posada y P. M. Ibáñez (eds.), *Relaciones de mando: Memorias presentadas por los gobernadores del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1910, p. 113.

¿Cómo entonces «terminar la revolución»[2]? ¿Cómo dotar a la joven república de un régimen lo suficientemente sólido como para controlar los conflictos internos, garantizar el orden social y presentar al mundo la imagen de un gobierno asentado en su legitimidad propia? En 1843, Lino de Pombo, quien en su juventud se había destacado en la lucha independentista, escribía a su amigo Manuel Ancízar:

> Yo soi uno de los principales promovedores de una reforma definitiva en nuestro sistema de gobierno, sobre la base de una monarquía constitucional estrangera, para que por este medio echemos por fin el ancla en el maldito viaje revolucionario en que llevamos ya treinta y tres años[3].

El modelo de la monarquía constitucional, reiteradamente invocado, desde el episodio bolivariano, como solución al desconcierto político de las décadas posteriores a la Independencia, no iría sin embargo a serle de mayor utilidad a los dirigentes colombianos: el temor a una nueva ofensiva europea contra las jóvenes repúblicas hispanoamericanas constituía un obstáculo recurrente contra todo intento de restauración monárquica. La década de 1840 comenzaría más bien con un renovado interés por los instrumentos de modernización del Estado republicano, bajo el signo de un centralismo reforzado como reacción contra la insurrección de los *Supremos*. Una vez más, el intento de modernizar el aparato estatal y aumentar su control sobre la sociedad modela la ambición de los nuevos gobernantes, impregnados de conservatismo político y deseosos de ponerle fin a aquel «maldito viaje revolucionario».

EL COSMOPOLITISMO MODERNIZADOR EN LA PRESIDENCIA DE MOSQUERA (1845-1849)

En 1845, la elección de Tomás Cipriano de Mosquera a la presidencia de la República inaugura una nueva empresa de modernización del

2. Cf. P. Rosanvallon, *Le moment Guizot*, París, Gallimard, 1985.

3. Carta de Lino de Pombo a Manuel Ancízar, noviembre 30, 1843, citada en J. Ancízar Sordo, *Manuel Ancízar*, Bogotá, Banco Popular, 1985, p. 24.

Estado. Hijo de una de las principales familias de la aristocracia de Popayán, bolivariano convencido, *ministerial* —partidario del gobierno central— durante la guerra civil de 1839-1842, Mosquera llega a la presidencia como representante de una tradición centralista que, heredada de Bolívar y Santander, conserva de las reformas borbónicas la voluntad de modernizar desde arriba el aparato estatal para ampliar su dominio sobre la sociedad.

El Estado que Mosquera pretende construir conjuga el mercantilismo borbónico, la utilización de los monopolios coloniales y la aspiración a la autonomía técnica de la nación: «No hai un arquitecto, un mecánico, un agrimensor, un injeniero civil, un jeógrafo. Tenemos que mendigar conocimientos extraños para la menor obra de este jénero»[4], explica Mosquera al Congreso en 1849. La construcción de un Estado-nación moderno e independiente implica obviamente la utilización de los modelos y de los conocimientos de los países más avanzados, y la presencia en el gobierno de Mosquera de políticos cosmopolitas facilita esta tarea: sus principales secretarios de Estado tienen efectivamente una considerable experiencia del exterior.

Los instrumentos importados de la construcción nacional

Mosquera conoce el viejo continente puesto que al huir de los conflictos generados por el desmembramiento de la Gran Colombia en 1830, recorrió a Europa durante dos años luego de una escala en Nueva York. Visitó Inglaterra, Francia, Suiza e Italia, y creó estrechos vínculos con Santander y Pedro Alcántara Herrán, ambos predecesores suyos en el solio presidencial. Las cortes europeas, curiosas de política bolivariana, abrieron sus puertas al antiguo edecán del Libertador, facilitándole así la comprensión de la política europea. Mosquera observó de cerca los comienzos de la Monarquía de Julio, profundizó sus conocimientos políticos y militares, y constituyó una imponente biblioteca que trajo consigo a su regreso a Popayán en 1832.

4. *Pres. 1849*, p. 8.

Rufino Cuervo, vicepresidente de Mosquera, conoce también a Europa. Durante su primer viaje de 1835-1836, se consagró a una de sus principales preocupaciones: el estudio de las instituciones educativas y caritativas. En Francia e Italia visitó colegios, orfanatos, hospicios y asociaciones de caridad. En París fue admitido en la *Societé pour l'Instruction Elémentaire* y la *Societé de la Morale Chrétienne* que, en torno a su miembro más ilustre, Lamartine, promueve la abolición de la esclavitud, la rehabilitación de los criminales y el desarrollo de las obras de beneficencia. Su segundo viaje, en 1844, lo llevó a Francia e Inglaterra donde matriculó a su hijo Luis María en una escuela comercial superior[5].

Lino de Pombo, nombrado secretario de Hacienda en 1846, es egresado de la Universidad de Alcalá de Henares en España. Secretario del Interior y de Relaciones Exteriores del gobierno de Santander entre 1833 y 1838, Pombo encarna el conservatismo cosmopolita y modernizador. Convencido de la superioridad de la monarquía constitucional, se impone en los gobiernos de la joven república como uno de los principales promotores de la importación institucional. Detractor incansable del sistema educativo heredado de la Colonia, propone en 1832 la creación de una escuela de ingenieros según el modelo de la *Ecole Polytechnique* de Francia. En 1845 funda junto con Rufino Cuervo la primera caja de ahorros del país. En el gobierno de Mosquera, Pombo se encarga en particular de la modernización de la contabilidad pública.

Manuel Ancízar, hijo de un empleado del último virrey, huyó de Bogotá en 1819, rumbo a La Habana, donde permaneció hasta 1839, fecha en la que viajó a los Estados Unidos antes de asumir la dirección de una escuela superior en Caracas. Allí conoció a Lino de Pombo, quien en 1844 lo hizo nombrar ministro plenipotenciario de la Nueva Granada en Venezuela. En 1846, Ancízar vuelve a Colombia y un año después es nombrado secretario de Relaciones Exteriores. En el gobierno de Mosquera, Ancízar se destaca por su particular empeño en promover la inmigración y la educación popular.

5. Ángel y Rufino J. Cuervo, *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*, París, A. Roger y F. Chernoviz, 1892, t. 1, pp. 241-242 y t. 2, pp. 36-37.

Florentino González, exiliado en París desde 1840 para huir del ambiente de represión antiliberal que acompañó la guerra de los *Supremos*, fundó allí una empresa comercial a la que se dedicó hasta 1846. Después de publicar para uso de sus compatriotas una obra titulada *Elementos de ciencia administrativa*, fruto de su observación de la administración pública francesa de la Monarquía de Julio, regresa al país para encargarse de la cartera del Tesoro. Su principal contribución al gobierno de Mosquera, reflejo de su conocimiento del liberalismo económico inglés y francés, consiste en la reducción de los aranceles aduaneros, decretada en 1847 como un paso decisivo hacia la instauración del librecambio.

Aunque la trayectoria política, la herencia familiar —patriota o realista—, la formación —en España o en Estados Unidos— los separe, los colaboradores de Mosquera convergen, sin embargo, en su cosmopolitismo y en su convicción de que la construcción nacional se hará gracias al Estado que debe importar a Colombia los modelos de la *civilización*.

La contratación de extranjeros —europeos en la gran mayoría de los casos— especializados en diversas áreas científicas y técnicas se organiza a partir de 1846. Por solicitud del gobierno y a través del ministro de Colombia en Europa, Manuel María Mosquera, hermano del presidente, se contratan dos ingenieros en Francia, a fin de mejorar las vías de Bogotá a Honda y de Cali a Buenaventura. Los principales colegios y universidades del país reciben profesores europeos de matemáticas, física, química, mineralogía, medicina y agricultura. En Inglaterra se contratan dos especialistas en acuñación de monedas, quienes participarán en la reestructuración de la moneda nacional. Y el arquitecto Thomas Reed, radicado entonces en Venezuela, firma un contrato con el gobierno colombiano para fundar en la capital una Escuela de Arquitectura y para levantar los planos de un Capitolio que será la sede de «los altos poderes nacionales»[6].

6. *Pres. 1849*, p. 19. Cf. también L. J. Helguera, *The first Mosquera administration in New Granada, 1845-1849*, Ph. D. Dissertation, University of North Carolina, 1958.

La reorganización de las finanzas públicas forma también parte de las prioridades del gobierno de Mosquera. Es necesario sustituir un sistema deficiente, heredado de la Colonia, por un dispositivo eficaz de recaudación de impuestos y una nueva contabilidad pública que permita un control centralizado de los gastos. La implantación de la contabilidad moderna en todas las dependencias del Estado es uno de los pilares del plan de reestructuración de las finanzas públicas lanzado por Lino de Pombo y continuado por sus sucesores. En 1846 se introduce en las instituciones públicas la contabilidad por partida doble, llegada a través de la traducción de un documento de procedimientos contables del gobierno francés hecha por José Eusebio Caro, otro político conservador. Pese a las resistencias encontradas, Mosquera defiende la reforma, sustentándose en el ejemplo de los Estados Unidos y en la calidad del sistema francés escogido[7]. Así lo explica al Congreso en 1848:

> La Francia dio principio a sus reformas bajo el Consulado: el Gobierno de la Restauración fundó el sistema, y al cabo de 38 años, bajo el actual Rei, ha perfeccionado su obra. ¿Qué extraño, pues, puede ser, que nosotros tengamos aún que completar el nuestro, calcado por decirlo así, sobre aquel, que ha merecido ser estudiado por naciones tan adelantadas como la Gran Bretaña? En todo me anima un pensamiento para corresponder a la confianza nacional: sistema completo de principios uniformes, y procedimientos iguales de ejecución[8].

El mismo año, Florentino González, quien reemplaza a Pombo, elabora un proyecto de ley, inspirado en los modelos francés y norteamericano, con miras a crear un banco central. En 1847, como resultado de un doble proyecto de profesionalización del ejército y de constitución de un cuerpo nacional de ingenieros civiles, el

7. «Naciones adelantadas en la ciencia de gobernar como los Estados Unidos buscaron el hombre que necesitaban para desembrollar la confusión de su hacienda». *Pres. 1849*, p. 25.

8. *Pres. 1848*, pp. 7-8.

gobierno crea el Colegio Militar, inspirado en el modelo norteamericano de West Point. En 1832 Mosquera le había escrito desde Roma a José María Obando: «Llevaré algunos libros militares y ojalá pudiera decirte que ningún destino admitiría sino el de jefe del colegio militar, porque si no educamos una juventud virtuosa para confiarle las armas, qué será jamás nuestro ejército? Imitemos a los Estados Unidos en su escuela de West Point y reformémonos en nuestro ejército»[9]. En 1848 explica al Congreso: «Espero que al fin tendrá la Nación no solamente un bello plantel de oficiales científicos para el ejército, sino también una academia de ingenieros civiles que tanto necesitamos»[10]. Dos europeos participan en la creación del Colegio Militar: un matemático francés, Aimé Bergeron y un militar y geógrafo piamontés establecido en Venezuela, quien será nombrado director en 1849: Agustín Codazzi. Las armas y los uniformes se compran en Europa[11] y el equipo científico del Colegio Militar aprueba la creación, bajo la dirección de Codazzi, de la Comisión Corográfica, destinada a realizar un mapa del país, y que tendrá un papel esencial en el descubrimiento de un territorio y de una realidad nacional hasta entonces casi desconocidos[12].

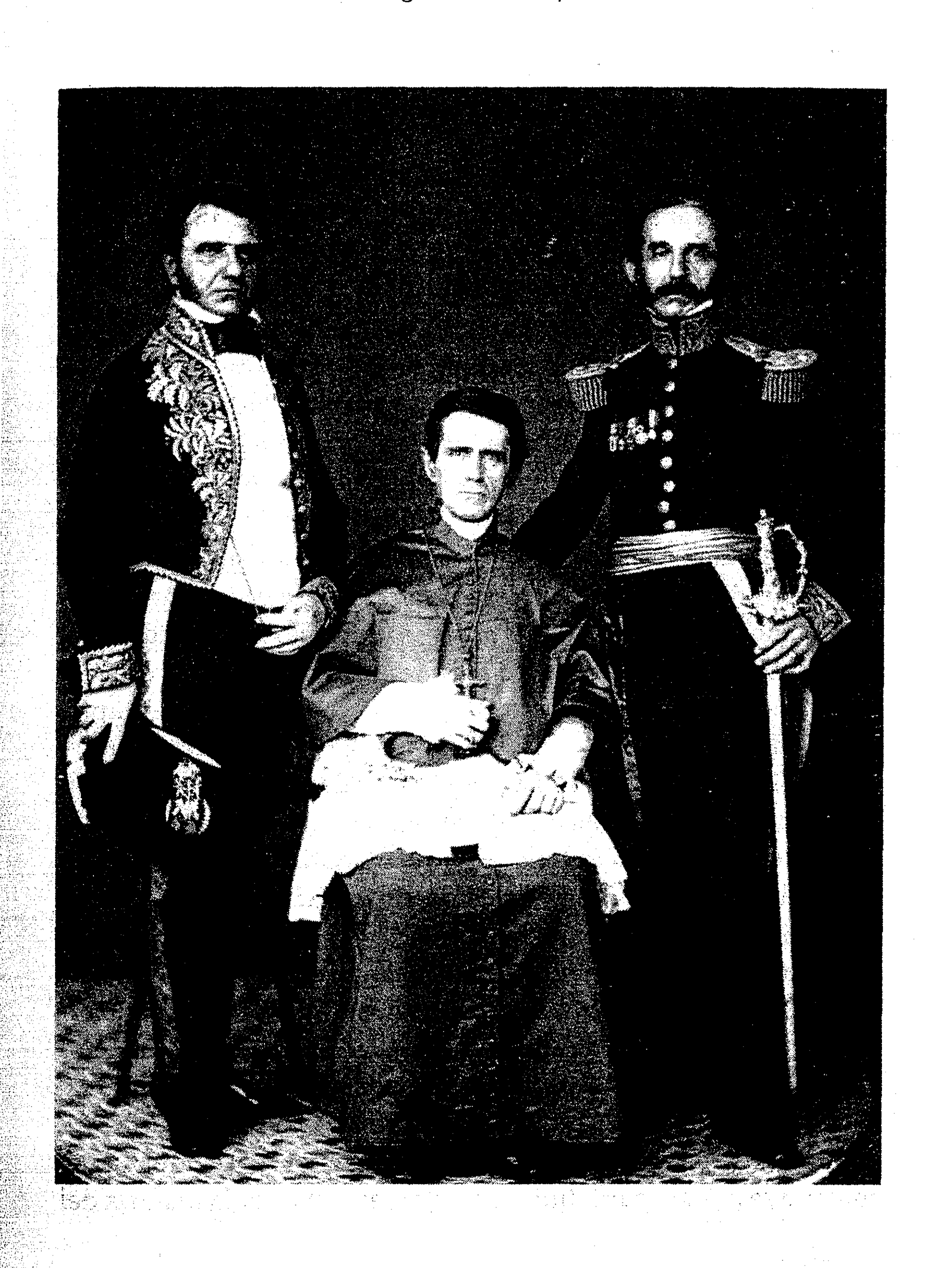
El fomento de la inmigración europea figura también en la lista de prioridades del gobierno de Mosquera. La primera ley, votada en 1823 por el Congreso de Cúcuta, con miras a promover el ingreso de campesinos europeos al país, no había tenido éxito. Con el fin de atraer a esos inmigrantes, de quienes se espera que trabajen y cultiven las tierras vírgenes, construyan carreteras, desarrollen el comercio y contribuyan a inculcar al pueblo colombiano el amor al trabajo

9. Carta de T. C. de Mosquera a J. M. Obando, Roma, abril 1°., 1832, citada en D. Castrillón Arboleda, *Tomás Cipriano de Mosquera*, Litografía Arco, Bogotá, 1979, p. 73.

10. *Pres. 1848*, p. 6.

11. «El ejército ha sido vestido y equipado tan completamente como lo están los cuerpos del ejército francés». *Pres. 1849*, p. 35.

12. Cf. E. Sánchez, *Gobierno y geografía: Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada*, Bogotá, Banco de la República, El Áncora Editores, 1998.



Los hermanos Mosquera.
De izquierda a derecha: Manuel María, ministro de Colombia en Europa; Manuel José, arzobispo de Bogotá y Tomás Cipriano, general y ex presidente de la república, Bogotá, c. 1852.
Museo de Arte Moderno, Bogotá.

y al orden, Manuel Ancízar lanza en 1847 un ambicioso plan de promoción de la inmigración. Ancízar, quien ve en los inmigrantes un factor de «poderoso impulso a la prosperidad nacional»[13], explica que se pueden esperar muchos beneficios de su llegada: «aumento de producción, aumento de luces industriales, i mejoramiento de métodos en el trabajo productivo»[14].

La nueva ley sobre inmigración, que atribuye al Estado un papel clave en la captación de los inmigrantes europeos contempla la posibilidad de adjudicar tres millones de fanegadas de tierras baldías a los colonos extranjeros, además de una ayuda financiera de 50 pesos por cada inmigrante que llegue al país. A los cónsules y vicecónsules de la República se les atribuye también la función de agentes de inmigración cuando residen en países susceptibles de suministrar candidatos, y la responsabilidad de organizar la promoción de Colombia por vía de prensa, informar a los candidatos, indagar sobre su moralidad, seleccionarlos, otorgarles un certificado de buena conducta y organizar su viaje con la ayuda de empresas de inmigración europeas. Se les encarga a los gobernadores y prefectos que organicen en sus respectivos departamentos y distritos asociaciones de apoyo para la inmigración, con la responsabilidad de establecer un inventario de las tierras baldías, sobre las cuales no existen en el país datos precisos, y elaborar mapas a fin de facilitar el asentamiento de los colonos.

Otros ejemplos revelan que la mejora de la navegación transatlántica acelera la adopción de nuevos modelos de gobierno. La circulación de publicaciones provenientes de Europa aumenta, impulsada en ciertos casos por el gobierno: la compra de 5.000 obras europeas destinadas a la Biblioteca Nacional de Bogotá, encargada al ministro en Europa Manuel María Mosquera, constituye por su magnitud un caso excepcional en la historia del

13. Circular de septiembre 10, 1847, *Colección de documentos sobre inmigración de extranjeros reimpresos en la Gaceta de la Nueva Granada, Nº. 611 del 13 de septiembre de 1847.* Bogotá, Imprenta de J. A. Cualla, 1847, p. 16.

14. Carta de Manuel Ancízar a Manuel María Mosquera, septiembre 11, 1847, *ibíd.*, p. 29.

siglo XIX colombiano[15]. Según un proyecto de ley del conservador Julio Arboleda, también de regreso de Europa, la difusión de los debates del Senado y de la Cámara requiere la contratación de seis estenógrafos europeos. Los proyectos de educación popular se inspiran, así mismo, en ejemplos extranjeros. Manuel Ancízar crea en 1847 el Instituto Caldas «organizado a semejanza de los de Norteamérica», especialmente el *New York Institute*, encaminado a impartir una educación técnica a los artesanos y a favorecer la producción artesanal, gracias a la organización de exposiciones industriales[16].

Los límites de la modernización del Estado

El amplio abanico de medidas modernizadoras desplegado por el gobierno de Mosquera entre 1845 y 1849 logra tan sólo cosechar modestos frutos. En primer lugar, varios proyectos tardan en darlos porque son obras de largo alcance, como el trazado de nuevas vías o la construcción del Capitolio, que ocuparán al Estado colombiano por varias décadas más. En otros casos, la fragilidad financiera de un Estado pobre y abrumado por su deuda externa, junto con la apatía o el rechazo puro y simple por parte de sus funcionarios de las reformas iniciadas, explican el fracaso de la modernización emprendida por Mosquera.

La falta de recursos disponibles en las arcas del Estado es la principal causa del abandono de los proyectos oficiales. El proyecto de creación de un banco central, pese a haber sido aprobado por el Congreso en 1847, termina siendo letra muerta. Así sucede también con el programa de promoción de la inmigración lanzado por Ancízar.

---

15. «Al final de la administración Mosquera se habían adquirido cinco mil volúmenes en Europa, la mayor parte de éstos destinados a la Biblioteca Nacional. Era la primera vez, desde la colonia, que las bibliotecas del país gozaban de tan cuantioso suministro». L. J. Helguera, *op.. cit.*, p. 177. Cf. también AGN, Empleados varios, t. 10, ff. 158-159, *Gob. 1848*, p. 23 y *Gob. 1849*, p. 37.

16. *Gaceta Oficial*, Bogotá, marzo 9, 1848, p. 160.

Excepto algunas respuestas entusiastas de unos pocos gobernadores, la apatía es general: ni el personal diplomático y consular, ni la administración territorial, ni los dignatarios locales solicitados por Ancízar responden a su llamado. El presupuesto calculado para contratar empresas de inmigración y dotar a los inmigrantes de un subsidio se bloquea de entrada, pues no se concede al ejecutivo la autorización para cubrir los gastos previstos por la ley. Se envía, entonces, una circular a los cónsules y vicecónsules de Colombia en Europa y Estados Unidos, que apunta a que «se apercibiesen los inmigrantes o los empresarios de inmigración de que no podían contar con los ausilios pecuniarios que se prometieran»[17]. Algunos proyectos en preparación, entre los que figura el establecimiento de 300 campesinos irlandeses en Santa Marta tienen que ser cancelados, alejando así por muchos años todo proyecto ambicioso en materia de inmigración.

Las instituciones educativas fundadas por el gobierno desaparecen prematuramente. El Instituto Caldas, destinado a impartir cursos a las clases populares, cierra en 1848. La Escuela de Arquitectura, debilitada por sus problemas financieros, decepciona a los estudiantes poco preparados para recibir una formación en el arte de la construcción, que juzgan demasiado prosaico. La institución educativa creada durante el mandato de Mosquera que se mantiene por más tiempo es el Colegio Militar, pero terminará también cerrando sus puertas en 1854[18].

Más grave aún, la reforma de las finanzas públicas desata una verdadera crisis fiscal que acarrea, en lugar de la consolidación, el debilitamiento del erario público. En efecto, la reforma tiene el doble efecto de aumentar —debido a la introducción de la contabilidad en partida doble— las cargas de trabajo de los recolectores y subcolectores quienes no entienden el nuevo sistema, y de reducir

17. *Rel. 1851*, p. 9.

18. Cf. L. J. Helguera, *op. cit.*, pp. 517-518, pp. 180-181 y F. Safford, *op. cit.*, p. 253. El Colegio Militar volverá a abrir esporádicamente sus puertas entre 1866 y 1867 y entre 1883 y 1885.

sus ingresos a raíz de la disminución de la comisión que cobran sobre el valor del dinero recaudado. Así, un movimiento de protesta, aguijoneado por la sensación de un control excesivo por parte del Estado concluye en una renuncia masiva de los recolectores de impuestos que paraliza el sistema de recaudación en todo el país y ocasiona pérdidas considerables en los fondos públicos. En 1849, el sucesor de Mosquera en el solio presidencial, José Hilario López, se verá obligado a restablecer las comisiones de los funcionarios tributarios a su nivel inicial[19].

Con el fin del mandato de Mosquera, en 1849, termina no sólo un gobierno inspirado en la ideología modernizadora del siglo XIX, sino todo un ciclo de la historia de Colombia. Es la última vez que hombres de la generación de la Independencia intentan modernizar el Estado, consolidar su legitimidad y aumentar su autoridad sobre la sociedad. Después de Santander, el gobierno de Mosquera había sido el más ambicioso en términos de construcción nacional; el que, además, contaba con las mejores probabilidades de éxito: por su magnitud, por las competencias reunidas, y por el deseo explícito de superar las divisiones políticas que la guerra de los *Supremos* había ahondado. El fracaso del gobierno de Mosquera en su intento de modernizar el Estado sin desequilibrar el orden social pone fin a los intentos de reforma parcial de las instituciones coloniales y a las políticas de «modernización conservadora»[20]. En este sentido, la primera presidencia de Mosquera constituye indudablemente el «ocaso del neoborbonismo»[21]: el Estado heredado de la colonia, luego de varias décadas de intentos, parece irreformable desde el interior. El desmantelamiento del Estado se presenta entonces como la única alternativa a su imposible modernización.

Los años de la presidencia Mosquera terminan desatando finalmente corrientes reformadoras mucho más profundas. Los comerciantes,

19. L. J. Helguera, *op. cit.*, pp. 332-341.

20. Cf. B. Badie, *L'Etat importé. L'occidentalisation de l'ordre politique.* París, Fayard, 1992.

21. F. Safford califica así los años de la primera administración Mosquera. Cf. F. Safford, *op. cit.*, p. 189.

alimentados por lecturas favorables al liberalismo económico, ven con mucho agrado las perspectivas económicas abiertas por una abolición progresiva del estanco, una reducción de las tarifas aduaneras y el desarrollo de la navegación a vapor. Perspectivas que, a la inversa, preocupan a los artesanos urbanos, quienes presienten el final de la protección de la que han gozado hasta entonces, tanto por los altos niveles de aranceles como por la lentitud de los bongos y champanes que surcan las aguas del río Magdalena. Las alusiones de Mosquera a una progresiva separación de la Iglesia y del Estado abren el camino a reformas más profundas. Es probablemente en esas medias tintas donde reside la fragilidad del plan de modernización controlada promovido por Mosquera: la tentación neomercantilista se ve superada por las promesas del modelo liberal, y las insinuaciones en cuanto a la reducción del poder eclesiástico sugieren una destrucción más radical de las instituciones coloniales, todavía relativamente intactas. Los vientos de las revoluciones europeas de 1848 terminan de convencer, a quienes todavía lo dudaban, de que ha sonado la hora del aniquilamiento de los vestigios del Antiguo Régimen.

LA RETÓRICA EUROPEA DE LA REVOLUCIÓN LIBERAL (1849-1854)[22]

El 7 de marzo de 1849, la elección a la presidencia de la República del general José Hilario López, candidato de los liberales, inaugura la revolución liberal[23]. En las filas del liberalismo confluyen algunos

22. Aunque, como lo señala Germán Colmenares, «1848 no presencia una revolución abierta sino más bien el recrudecimiento de pugnas hasta entonces latentes», el hecho que las reformas «son una resultante de la aceleración histórica producida por la intervención de grupos sociales que hasta entonces habían permanecido marginados y no lo contrario» hacen que «puede hablarse legítimamente de una revolución acaecida en 1848». G. Colmenares, *Partidos políticos y clases sociales*, Bogotá, Ediciones Universidad de los Andes, 1968, pp. 30-32.

23. El período 1849-1854 se cuenta entre los episodios más estudiados de la historia del siglo XIX colombiano. Existe una importante producción de «historia inmediata» de la época, en la que se destacan los *Apuntamientos para la Historia* de José María Samper

veteranos de la política nacional —como Ezequiel Rojas, traductor de Bentham y divulgador del radicalismo inglés en Colombia— y una joven guardia compuesta de abogados y publicistas pertenecientes a familias humildes o enriquecidas por la burocracia colonial y el comercio. En su afán de destrucción completa de las instituciones coloniales, los liberales habían encontrado la resistencia de Mosquera; las asociaciones creadas por los artesanos bogotanos como grupos de presión contra las medidas librecambistas de Florentino González les habían ofrecido una tribuna ideal para la exposición de sus principios liberales y de su retórica democrática. Rápidamente, las sociedades de artesanos cambian su nombre inicial por el de *sociedades democráticas,* reflejo de su evolución de organizaciones gremiales a instrumentos de movilización política.

La oportunidad de movilizar a los artesanos de Bogotá en favor de la joven guardia liberal se presenta el 7 de marzo de 1849 durante la elección del sucesor de Mosquera a la presidencia. Los miembros de las sociedades democráticas, concentrados alrededor de la Iglesia de San Francisco, donde tiene lugar la votación de los parlamentarios, amenazan con una explosión de ira popular si no se elige al general López, al punto que varios diputados favorables a uno de los dos candidatos conservadores, José Joaquín Gori o Rufino Cuervo, se deciden finalmente por el candidato de los *democráticos* por temor a la insurrección.

(Bogotá, 1853), las *Memorias sobre los acontecimientos del Sur, especialmente en la provincia de Buenaventura, durante la administración del 7 de marzo de 1849* de Ramón Mercado (Bogotá, 1953) y el *Diario político y militar* de José Manuel Restrepo (Bogotá, 1954), que encarnan respectivamente los puntos de vista *gólgota, draconiano,* y conservador. La historia más completa sobre el golpe de Estado de Melo es la obra de un historiador conservador, que con frecuencia adquiere tintes de panfleto: *Historia de la revolución del 7 de abril de 1854* de Venancio Ortiz (Bogotá, 1855). Más adelante, innumerables actores políticos de la época consagrarán en sus memorias extensas páginas a los años 1849-1854. En particular: las *Memorias* de Salvador Camacho Roldán (Bogotá, 1896), *Historia de una alma* de José María Samper (Bogotá, 1881) y la *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época* de Ángel y Rufino J. Cuervo (París, 1892). En el siglo XX los años 1849-1854 seguirán siendo objeto de estudio predilecto entre los historiadores (cf. *infra).*

La elección de López, un liberal de la vieja guardia y veterano de la Independencia, a menudo en desacuerdo con las propuestas más novedosas de la joven generación liberal, permite, no obstante, el acceso al poder de los *democráticos*, quienes rápidamente reciben el apodo de *gólgotas*, en referencia a un discurso en el que José María Samper, uno de sus principales representantes, compara la inspiración del socialismo a la del mártir del Gólgota.

El primer tren de reformas liberales avanza a paso de carga entre 1850 y 1851: libertad de cultos, abolición de la prisión por deudas, libertad total de prensa, libertad de enseñanza, expulsión de los jesuitas, abolición de la esclavitud y abolición de los resguardos indígenas. Estas reformas, inspiradas en parte por un afán democrático, apuntan sobre todo a reducir el poder de la Iglesia —la libertad de enseñanza pretende obviamente disminuir el control del clero en la educación— y debilitar el Estado central. La ley de descentralización de 1850 transfiere a los gobiernos de las provincias rentas y gastos hasta entonces centralizados. Los monopolios estatales sobre el tabaco y las salinas son abolidos. La fuerza pública es disminuida a 2.500 hombres, y la intervención del Estado en la beneficencia pública también es reducida.

Esta ola de reformas, en particular la abolición de la esclavitud, que desata la inconformidad de los hacendados caucanos, incita a los conservadores a tomar el camino de la rebelión armada en 1851, pero la insurrección es sofocada rápidamente. Fortalecidos por el fracaso de la sublevación conservadora, los liberales prosiguen su política de reformas con la ley de separación de la Iglesia y el Estado, la institución del matrimonio civil, la instauración del sufragio universal masculino y el reconocimiento del derecho de las provincias a diseñar su propia constitución, de acuerdo con la nueva constitución nacional promulgada en 1853.

Si bien la oposición conservadora a las reformas antiesclavistas y anticlericales es rápidamente dominada, el conflicto social bulle. La violencia explota en el Valle del Cauca, donde los esclavos liberados, enrolados en las sociedades democráticas, atacan las haciendas de

sus antiguos dueños y los flagelan con los mismos látigos que éstos utilizaban contra ellos[24]. Entre los artesanos de Bogotá cunde el desengaño frente a la permanencia del librecambismo a pesar de las promesas liberales[25]. Numerosos oficiales opuestos a la voluntad oficial de reducir al máximo el ejército se acercan al descontento artesano. Su alianza conformará el movimiento *draconiano*, un movimiento mucho más popular que el de los *gólgotas*, que se opondrá al gobierno defendiendo el proteccionismo, el ejército y la Iglesia. En la capital, la brecha entre *cachacos* y *hombres de ruana*, que coincide en gran medida con la frontera entre los *gólgotas* y los *draconianos*, se ahonda; una atmósfera de violencia social se instala.

En 1853, la elección a la presidencia de José María Obando, otro héroe de las guerras de Independencia, da a los draconianos la momentánea convicción de que el gobierno va a responder por fin a sus aspiraciones: tan grande es en los sectores populares el aura de Obando «aquel demócrata por excelencia [...] aquel héroe predestinado que es la encarnación del amor al pueblo»[26]. Pero las esperanzas puestas en Obando se esfuman cuando éste rechaza sus propuestas. El 17 de abril de 1854, un golpe de Estado dirigido por el general José María Melo y apoyado por la mayor parte de los artesanos de la capital derroca a Obando. Ante esta brutal incursión del pueblo en la política nacional, la reacción es fulgurante: los conservadores, los *gólgotas*, Mosquera y López se unen para aplastar la su-

24. Cf. J. Escorcia, *Sociedad y economía en el Valle del Cauca: Desarrollo político, social y económico, 1800-1854*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1983, y M. Pacheco, «El pueblo soberano. Sociabilidad y cultura política popular en Cali (1848-1854)», *Siglo XIX. Revista de Historia*, México, enero, 1993, pp. 119-136, y *La fiesta liberal en Cali*, Ediciones Universidad del Valle, Cali, 1992. [en adelante: *La fiesta...*].

25. Cf. D. Sowell, *The early Colombian labor movement: Artisans and politics in Bogotá. 1832-1919*, Philadelphia, Temple University Press, 1992, y «'La Teoría i la Realidad': The Democratic Society of Artisans of Bogotá, 1847-1854», *HAHR*, vol. 67, N°. 4, 1987, pp. 611-630; F. Gutiérrez Sanín, *Curso y discurso del movimiento plebeyo (1849-1854)*, Bogotá, IEPRI, El Áncora Editores, 1995; y D. Acevedo Carmona, «Consideraciones críticas sobre la historiografía de los artesanos del siglo XIX», ACHSC, N°. 18-19, 1990-1991, pp. 125-144.

26. Artículo de 1852 citado en F. Gutiérrez Sanín, *op. cit.*, p. 198.

blevación. Al cabo de varios meses de preparación para el combate, las tropas aliadas derrotan a Melo y entran en Bogotá el 4 de diciembre de 1854.

Los años de 1849 a 1854[27], años de desmantelamiento de las estructuras de la Iglesia y del Estado, y de explosión social, son testigos de una profunda recomposición de la política nacional. Surgen nuevos actores: una nueva generación de elites políticas que el grupo de los *gólgotas* encarna cabalmente: hijos de letrados o de comerciantes acomodados; jóvenes de origen más modesto pero dotados de un buen nivel de educación, que sabrán aprovechar al entrar en la arena política; y, sobre todo, el pueblo, esos antiguos esclavos y artesanos que por primera vez se convierten, a través de las sociedades democráticas, en actores políticos. Esta primera aparición de los pobres en la esfera pública, si bien parece haber quedado definitivamente descartada con la toma de Bogotá en diciembre de 1854, seguida por la deportación al istmo de Panamá de varios centenares de artesanos considerados como subversivos, se convertirá en un espectro recurrente dentro de la vida política colombiana de la segunda mitad del siglo XIX.

El surgimiento de estos nuevos actores viene acompañado de una renovación de las formas de movilización política. La masonería se reactiva: la logia Estrella del Tequendama, creada en Bogotá en 1849, desempeña un papel primordial en la revolución liberal. Nuevas sociabilidades aparecen, como la Escuela Republicana, foro privilegiado de la juventud *gólgota*, o la Sociedad Filotémica, su *álter ego* conservador, ambas fundadas en 1850. Las fronteras de los partidos políticos, por su parte, comienzan también a precisarse: en 1848, Ju-

---

27. Para un análisis global de los años 1849-1854, cf. Luis Eduardo Nieto Arteta, *Economía y cultura en la historia de Colombia*, Bogotá, El Ancora, 1983 [1ª. ed., 1942]; H. J. König, *En el camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación de la Nueva Granada*, 1750-1856, Bogotá, Banco de la República, 1994; y, sobre todo, los trabajos de Germán Colmenares: «Formas de conciencia de clase de la Nueva Granada (1848-1854)», *BCB*, vol. 9, N°. 10, Bogotá, 1966 y *Partidos políticos y clases sociales*, Bogotá, Ediciones Universidad de los Andes, 1968 [en adelante: *Partidos...*].

lio Arboleda y Mariano Ospina anuncian su decisión de fundar un partido *conservador*. Al cabo de un largo debate acerca del nombre idóneo para unir a los opositores de las reformas liberales, se impone finalmente el término *conservador*. Pese a estar todavía lejos de la estructura de los partidos modernos, la aparición de grupos políticos —que adoptan nombres, elaboran programas y buscan una presencia nacional coherente— se afianza en gran medida durante esa época. Esos grupos políticos, elitistas aún en su composición, necesitan apoyarse en estructuras de movilización popular. En respuesta al movimiento de las sociedades democráticas, rápidamente controlado por las elites liberales, se afirma el de las *sociedades populares de mutua instrucción y fraternidad cristiana*, promovidas por los conservadores a partir de 1849. La importancia que las sociedades populares otorgan a la caridad y a la asistencia médica a los más desposeídos, en contraste con las sociedades democráticas, centradas principalmente en la acción política colectiva, les va a permitir conquistar progresivamente un artesanado cada vez más decepcionado por los liberales. El clero, en fin, comienza a imponerse como un actor fundamental de la movilización electoral conservadora, quedando su alianza sellada por el cuño anticlerical del liberalismo de mediados de siglo.

La aparición de nuevos actores, la delimitación de las pertenencias políticas y sociales y el aumento de la competencia por el poder acrecientan la afluencia de referencias externas que invaden el debate público colombiano. La referencia a Europa revela entonces la multiplicidad de sus usos: de simple instrumento de modernización estatal reservado a los patricios que dominan el Estado, se convierte en manos de esos nuevos actores en arma retórica de destrucción de las instituciones coloniales y de las jerarquías establecidas.

La inflación de las referencias europeas

La invasión de las referencias a Europa en el debate político colombiano transcurre sobre el telón de fondo de la «primavera de los pueblos» de 1848. Después del Congreso de Viena, Europa había perdido

su fuerza de atracción como portadora de consignas políticas pertinentes para el Nuevo Mundo. No toda Europa ciertamente: mientras que la España de Fernando VII se encerraba en una represión sin tregua contra la oposición liberal, la monarquía constitucional francesa, en su afán de «terminar la revolución», se presentaba como una fuente de modelos institucionales útiles para los gobiernos hispanoamericanos, ocupados en resolver problemas similares. En primer lugar, para aquellos que, como Lino de Pombo o Juan García del Río[28], veían en la monarquía constitucional la única solución posible a la inestabilidad política de las jóvenes naciones hispanoamericanas; pero también para aquellos que, sin haber cuestionado jamás el ideal fundador de la República, buscaban en los regímenes políticos europeos las claves para la consolidación del Estado. Aunque pocos se hayan atrevido a ver en ella un modelo político adecuado, la Francia de Luis Felipe se había impuesto, como lo ilustra el gobierno de Mosquera, como fuente consensual de modelos de organización administrativa. Pero la referencia explícita a la Europa de los príncipes, por ser delicada en un discurso político hispanoamericano articulado en torno a la idea republicana, había sido confinada hasta 1848 al círculo restringido de los dirigentes políticos.

Las revoluciones europeas de 1848, al contrario, con su mensaje de república, de libertad, de democracia, de universalidad, y de protagonismo popular, parecían dirigirse al conjunto de los ciudadanos de Hispanoamérica. En el lapso de unos meses, la ola de las revoluciones restituye a Europa su función de paradigma político pertinente y central en Hispanoamérica.

Europa, por primera vez desde la consolidación de las independencias, parece darle la razón a América: la experiencia republicana de las jóvenes naciones hispanoamericanas, aisladas durante tres décadas frente a la Europa del Congreso de Viena, recibe por fin el reconocimiento de las *naciones civilizadas*. Si no ¿de qué otro modo interpretar el famoso episodio de Mariano Ospina —por otra parte

28. Cf. J. García del Río, *Meditaciones colombianas*, Bogotá, Incunables, 1985 [1ª. ed., 1829].

tenaz fustigador del jacobinismo— quien, cuando llega a Bogotá la noticia de la proclamación de la república en Francia, se precipita a la Catedral para hacer sonar las campanas? Más que un homenaje a la evolución política francesa, el gesto celebra la importancia de este acontecimiento para el ideal republicano, encarnado desde las independencias por el continente americano. La importancia de 1848 consiste en que brinda al Nuevo Mundo, luego de muchos años de duda, la aprobación de la *civilización* a la República. Bajo ese aspecto, las revoluciones europeas de 1848 son, en cierta forma, un acontecimiento «interior» de la política hispanoamericana.

Sin embargo, esta relativa «interioridad» del fenómeno de 1848 en Hispanoamérica no lo explica todo. Su multiplicidad explica también la extraordinaria resonancia que adquiere en el debate político colombiano[29]. Las reformas emprendidas por los republicanos franceses invitan ante todo a llevar más lejos una lógica republicana que se había quedado a medio camino en el Nuevo Mundo. La abolición

29. La resonancia de la revolución francesa de 1848 en Colombia es un tema muy estudiado. Hasta mediados del siglo XX predominó el análisis que privilegia la «influencia» de las ideas de 1848 como principal factor de explicación de los trastornos de 1849-1854 en Colombia. Esta concepción difusionista, alimentada por la reivindicación liberal de una filiación revolucionaria originada en Francia, y formalizada durante la segunda mitad del siglo XIX tanto por los conservadores ansiosos de denunciar las utopías europeas importadas, como por los liberales arrepentidos de sus errores pasados, es cuestionada a principios de los años de 1940 por L. E. Nieto Arteta, quien, abogando por una «americanización de la sociología», ataca la interpretación de la revolución colombiana como un subproducto criollo de las revoluciones europeas de 1848. En la década de 1960, Germán Colmenares, también partidario de un análisis de las causas nacionales de la revolución liberal, analiza la relación entre la referencia externa y las implicaciones nacionales a través del concepto de *formulación*. Dada la ausencia de otra formulación disponible en el universo intelectual colombiano, explica Colmenares, fue posible el influjo masivo de una retórica importada de Europa, especialmente de Francia, en los años de 1849 a 1854. Los argumentos importados se adoptan para formular los intereses de los diferentes grupos protagonistas: «Es lícito poner en duda que la Revolución de febrero haya sido objeto, en la Nueva Granada, de una interpretación que no coincide con las preferencias íntimas y los temores arraigados en los mismos Granadinos». G. Colmenares, *Partidos...*, p. 142.

de la esclavitud en las colonias francesas subraya la anomalía de la conservación de una institución semejante en la republicana Hispanoamérica. La instauración del sufragio universal también despierta la aspiración a una ciudadanía completa, escamoteada después de la Independencia por el sufragio restringido. El liberalismo revolucionario y católico encarnado por Lamartine, quien se convierte en uno de los principales héroes europeos del siglo XIX hispanoamericano, conjura el espectro de la impiedad de los revolucionarios de 1793; un espectro que después de haber alejado el liberalismo de los países hispánicos del modelo revolucionario francés, seguía amenazando el imaginario político hispanoamericano. Al reconciliar la religión y la revolución, los acontecimientos de 1848 conceden la aprobación divina a la insurrección, rehabilitando de paso al pueblo como portador de una aspiración de libertad y de justicia; un pueblo que, en ambos lados del Atlántico, siempre había sido considerado como presa de una barbarie que se debía erradicar. Una rehabilitación que, si bien no le permite al pueblo pasar a una categoría de sujeto, le facilita la transición de la condición de objeto de exclusión a objeto de interés y de codicia política: la manipulación electoral de las masas se afirma ya como proceso fundamental de la vida política colombiana.

La coincidencia de las fechas ayuda a esclarecer el impacto que tuvieron los sucesos de 1848 en Colombia. Los vientos de las revoluciones europeas llegan, en efecto, en un momento crucial de la política nacional, justo cuando la modernización administrativa de Mosquera, al venirse abajo, abre paso a reformas más profundas. En el momento mismo en que los artesanos de Bogotá comienzan a organizarse para combatir la tendencia librecambista del gobierno, los ecos del movimiento obrero francés parecen incitarlos a irrumpir en la escena política; la joven guardia liberal, que se afirma en su oposición a Mosquera, encuentra en las consignas de los revolucionarios franceses, más que una inspiración, una legitimidad.

A lo largo de 1848, *La Gaceta Oficial* sigue paso a paso el proceso de la revolución francesa: entre mayo y julio de 1848, publica sucesivamente la carta de felicitación enviada por Manuel María Mosquera,

en marzo de 1848, a Lamartine, entonces ministro de Relaciones Exteriores del gobierno provisional, una traducción de la circular enviada por Lamartine a los diplomáticos franceses en la que rinde un caluroso homenaje al pueblo, distinguido por su heroísmo y su templanza, y luego su declaración de política exterior en la Asamblea Constituyente[30]. En las columnas de *La Gaceta Oficial* comienzan de inmediato a aparecer textos menos oficiales, como el *Catecismo del obrero*, obra de un sacerdote francés dirigida «a los obreros, en nombre de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad»[31], en la que el autor exalta la nobleza moral de los artesanos. El mismo fenómeno se observa en las columnas de los periódicos que abogan por un programa más radical de reformas liberales. Un ejemplo entre muchos otros es el del periódico liberal *El Neogranadino* que en 1849 publica un *Catecismo republicano para el uso de los muchachos sin calzones*, escrito durante la revolución de 1848 por el ciudadano Bonardin, traducido al castellano para la ocasión, y que exalta la república democrática y la soberanía popular[32].

La circulación de los impresos provenientes de Europa aumenta. En 1849, Mosquera se queja del sobrecosto generado en las finanzas del Estado por una reglamentación del correo que permite la circulación gratuita de los impresos y recomienda que, en adelante, sólo los periódicos queden exentos del pago de derechos postales «pues se transportan por quintales los impresos i parece necesario que la franquicia legal se limite a los periódicos»[33].

A raíz de la circulación de los folletines, periódicos y novelas, la transposición de personajes europeos se impone en la vida pública colombiana. Por su apariencia austera y su clericalismo, Mariano Ospina, principal opositor conservador del gobierno de López, recibe el apodo de «Rodin», en referencia directa al *Judío errante* de Eugène

30. *Gaceta Oficial*, Bogotá, mayo 18, 1848, p. 311; mayo 21, 1848, pp. 319-320; julio 16, 1848, pp. 436-438.

31. *Ibíd.*, agosto 13, 1848, pp. 468-470.

32. *El Neogranadino*, Bogotá, febrero 10, 1849, pp. 43-44.

33. *Pres.* 1849, p. 28.

Süe, mientras que Obando es equiparado con el general Cavaignac[34]. El nombramiento por López de Manuel Murillo Toro en 1849 en el cargo de secretario de Relaciones Exteriores, sin que los dos hombres se conozcan personalmente, habría dado lugar al siguiente diálogo durante su primer encuentro en palacio:

> El general López se hallaba sentado en su escritorio cuando se le presentó un sujeto vestido con extremada modestia, bastante joven, delgado y muy pálido. El general levantó la cabeza y tomando a quien entraba por un importuno le preguntó secamente:
>
> —¿Qué desea Usted?
>
> —Señor, le contesta Murillo Toro, vengo a tomar posesión de la Secretaría de Relaciones Exteriores para la cual me acaba de nombrar Usted.
>
> —Perdone Usted, yo me lo imaginaba del aspecto de un Dantón[35].

La tendencia a transponer los personajes del imaginario revolucionario francés a la escena política colombiana refleja no obstante algo más que una simple influencia de las lecturas francesas: revela un mecanismo más profundo de búsqueda de legitimidad en la fuente de inspiración que constituye la política europea. Las naciones del Viejo Mundo cuentan con la autoridad que les da la *civilización*: el recurso que consiste en valerse de una formulación europea, facilitada por ciertos rasgos de similitud entre la situación política en ambos lados del Atlántico, es visto como creador de legitimidad. Es que en esos años abundan las nuevas necesidades de legitimidad social y política. Varios grupos sociales —hacendados esclavistas, clérigos, militares— se sienten amenazados por las reformas. Por otra parte, los grupos que irrumpen en la política nacional —artesanos, escla-

---

34. Cf. E. Kastos, *Artículos escogidos*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1972, pp. 35-41, y *El Neogranadino*, Bogotá, marzo 24, 1849, p. 94.

35. Anécdota contada por Eduardo Rodríguez Piñeres en la obra colectiva *Centenario de Murillo Toro, Homenaje de la Junta Nacional*, Bogotá, Águila Negra Editorial, 1916, p. 277. Más adelante, Murillo será también comparado a Ledru-Rollin o a Michel de L'Hôpital. Cf. el artículo de Carlos Arturo Torres de 1902 citado en *ibíd.*, p. 42.

vos liberados, miembros de las sociedades democráticas, jóvenes dirigentes liberales— buscan construir su legitimidad. Ese afán de legitimidad es tanto más crucial cuanto que existe una real incertidumbre frente al desenlace de los acontecimientos. La rebelión conservadora de 1851 no logra alcanzar la fuerza necesaria para hacer tambalear el poder pero el golpe de estado de Melo, por el contrario, cae como un balde de agua fría sobre los dirigentes políticos, tanto liberales como conservadores, lo que explica la rapidez de su alianza para vencerlo. El golpe de 1854, uno de los pocos golpes de Estado que ofrece la historia colombiana, también constituye el único episodio en el que grupos populares no controlados por las clases dominantes llegan al poder.

Ante este vuelco de las legitimidades establecidas, la invocación de la autoridad de las naciones civilizadas por parte de los diferentes grupos implicados se generaliza. Más que para construir un Estado-nación, la referencia a Francia, y en menor medida a Inglaterra y a los Estados Unidos, servirá para reforzar las frágiles legitimidades de los grupos en pugna. Todos ellos van, en efecto, a justificarse en función de los ejemplos de las naciones civilizadas. Pero todos, también, van a atacar los proyectos de sus contrincantes como soluciones importadas, inadecuadas a la realidad nacional. Así, en el torbellino de una revolución impregnada de discursos y representaciones de la Europa de 1848, se perfilan las dos caras de la legitimidad política en el siglo XIX colombiano: la legitimación *por* el exterior y la legitimación *contra* el exterior.

La legitimación por el exterior

Las estrategias de legitimación política de los tres grupos protagonistas en la revolución del medio siglo —los *gólgotas*, los *conservadores* y los *draconianos*— presentan una notable homogeneidad. Todos comparten la misma tendencia a buscar en los acontecimientos europeos y norteamericanos argumentos políticos que pesen a su favor; todos elaboran un discurso que revela la conciencia de estar comprometidos en una lucha universal, que va mucho más

allá de las fronteras nacionales; y todos aspiran, dentro del contexto de este conflicto generalizado, a que su patria asuma un papel de vanguardia.

La reivindicación, por parte de los liberales, de una filiación europea para justificar las reformas de los años 1849 a 1853 no es tema nuevo[36]. En un texto de 1853, Ramón Mercado, que al año siguiente apoyará el golpe de Melo, explica las reformas liberales por la «ola fecundante» de la revolución francesa de 1848:

> Al triunfar la revolución francesa en Francia, su ola fecundante partiendo de allí alcanzó nuestras playas: el jermen que traían fructificó aquí: el principio liberal triunfó entre nosotros...[37].

Si la referencia a la revolución francesa de 1848 es dominante, el estudio de las fuentes de inspiración de las reformas liberales revela, sin embargo, un trasfondo más complejo: la imaginación política se pobla, en una ecléctica combinación, de representaciones procedentes de Francia y de otras *naciones civilizadas*. El modelo norteamericano influye de manera obvia en el campo judicial. En 1851 se difunde en todo el país la institución del jurado en los procesos criminales, establecido un año antes en la provincia de Panamá a raíz de la presión ejercida por los ciudadanos estadounidenses residentes en el istmo. El sueño de una cárcel moderna, fundamentado en el modelo del *panopticon* de Bentham, toma como referencia principal la cárcel panóptica de Filadelfia. El arquitecto Thomas Reed, contratado por el gobierno de Mosquera en la isla antillana

---

36. Cf. sobre ese punto los trabajos clásicos de Jaime Jaramillo Uribe «La influencia de los románticos franceses y de la revolución de 1848 en el pensamiento político colombiano del siglo XIX», *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*, Bogotá, El Áncora, 1993 [1ª. ed., 1977], pp. 162-190 [en adelante: «La influencia...»]; *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Bogotá, Temis, 1982, y el artículo de Robert L. Gilmore, «Nueva Granada's socialist mirage», *HAHR* 36:2, 1956, pp. 190-210.

37. R. Mercado, *Memorias sobre los acontecimientos del Sur, especialmente en la provincia de Buenaventura durante la administración del 7 de marzo de 1849*, Bogotá, 1853, p. V.

de San Tomás, es encargado del diseño de una cárcel panóptica. Reed los presenta al gobierno en 1853, pero se niega a tomar en cuenta las modificaciones propuestas por los congresistas para hacer la construcción menos costosa; el proyecto será aplazado *sine die*[38]. La voluntad de reducir el ejército regular también es justificada por el ejemplo norteamericano: «Un país que se encamina a la abolición del ejército permanente necesita, más que otros, de jefes i oficiales científicos. Así lo dicta la razón, i así lo han reconocido los Estados Unidos de América, donde la fuerza de línea es poco numerosa, en el hecho de haber creado i de conservar a gran costo, el Colegio Militar de West Point», explica el presidente Obando al Congreso en 1854[39]. Y por último, el federalismo de la Constitución de 1853 también revela el influjo del federalismo norteamericano en el ideario político colombiano. Otras medidas liberales dejan en cambio entrever la inspiración del radicalismo inglés, cuyo principal exponente, Bentham, es conocido en Colombia gracias a la labor de traducción y de divulgación de Ezequiel Rojas. El discurso de las reformas liberales revela una imaginación política netamente ecléctica.

La retórica política, sin embargo, no sólo sirve para justificar las reformas, sino también para crear nuevas legitimidades. Para mantener sus alianzas populares el poder liberal echa mano de una retórica liberadora e igualitaria que va mucho más allá del alcance de las reformas; la estrategia de movilización política de los artesanos, conducida por los liberales a partir de 1847, exige efectivamente ese esfuerzo retórico.

Una de las primeras medidas de López, adoptada pocos días después de su posesión, es la utilización obligatoria del término *ciudadano* para dirigirse al Presidente de la República y a los generales. En

38. Cf. P. Gómez de Caicedo, «Consideraciones sobre el origen tipológico del Panóptico del Estado de Cundinamarca», *Revista Lámpara*, Bogotá, N°. 122, vol. XXXI, 1993, pp. 24-37, y *Rel. 1852*, p. 18.

39. *Pres. 1854*, p. 19.

1851 en Cali, los dirigentes liberales de los distritos parroquiales de Cali y Caicedo los rebautizan con los nombres de *La Libertad* y *La Democracia*. En 1852, se crea un tercer distrito: *La Igualdad*, pero los nuevos nombres serán suprimidos en 1853, después de la salida del gobernador Ramón Mercado[40].

En 1850, Zaldúa, secretario del Interior, emprende la creación de talleres industriales para luchar contra el pauperismo, retomando así la fórmula de Louis Blanc; a pesar del entusiasmo de los artesanos de Bogotá, la ley que atribuye al Estado la total responsabilidad para crear talleres industriales en las escuelas superiores y en las universidades de la República «para la enseñanza gratuita de artes y oficios en los que los granadinos deseen consagrarse» no tiene ningún efecto duradero[41]. Fuera de esa medida, el socialismo parece no haber traspasado el estado retórico en la Colombia de mediados de siglo. El término «socialismo» es, según la definición de Manuel Ancízar, utilizado en el debate político para designar un interés por la *cuestión social*[42]. Así lo entiende también José María Samper, cuando explica en su memorable discurso en la Escuela Republicana: «El socialismo, señores, no es otra cosa que una lágrima desprendida de los ojos del Salvador en la cumbre del Gólgota»[43]. Atacado por Mariano Ospina por haber utilizado un vocablo tan peligroso, Samper se explica en las páginas de *El Neogranadino:* «Yo soi socialista porque quiero la igualdad social, i nunca he traducido el socialismo sino como el reconocimiento de los derechos de todos...»[44].

El comunismo por su parte se inaugura en el vocabulario político colombiano a través del título de un diario, *El Comunismo Social,* que se dedica en particular a denunciar las desigualdades sociales exis-

40. Cf. B. Castro Caicedo, «Caridad y beneficencia en Cali, 1848-1898», *BCB*, vol. 27, N°. 22, Bogotá, 1990, p. 68.

41. Cf. J. Jaramillo Uribe, «La influencia...», p. 180.

42. R. L. Gilmore, *op. cit.*, p. 200.

43. Discurso de J. M. Samper, citado en J. Jaramillo Uribe, «La influencia...» p. 182.

44. *El Neogranadino*, Bogotá, septiembre 30, 1850.

tentes en Europa[45], así como en una serie de artículos publicados en 1849 por el irreverente periódico *El Alacrán*[46]. El autor de esos artículos, Joaquín Pablo Posada, más tarde notable partidario del régimen de Melo, denuncia vigorosamente la permanencia de las estructuras sociales coloniales —«Las cosas quedaron en el mismo estado: un pequeño círculo de opresores, un círculo inmenso de oprimidos»[47]—, y ataca nominalmente a varios ricos bogotanos, lo cual lleva a la prohibición del periódico y al encarcelamiento temporal de sus editores Posada y Gutiérrez de Piñeres.

La modernidad lingüística apenas es una faceta de esa profusión de nuevas propuestas políticas. Entre las consignas liberales, la destrucción de las instituciones coloniales ocupa un lugar prominente. La referencia externa, en sus diversas versiones, aspira a la creación de una nación moderna: se trata entonces de llevar a su término la obra de la Independencia, que quedó inconclusa. Aunque ferviente defensor de la filiación revolucionaria francesa, Ramón Mercado no ve en el 1848 europeo la *causa* de la revolución colombiana, ya que esa causa es, como lo explica, estrictamente nacional: la permanencia de una estructura social desigual, «feudal» y esclavista, heredada de la colonia. El legado español, como también lo señala, se resume así: «En política, el hábito del despotismo; en religión, supersticiones groseras; en moral, nada»[48]. La revolución francesa de 1848 no es causante, pero sí es reveladora e incitadora:

> ¿A qué se debe la simpatía que la revolución de febrero de 1848 encontró en las Repúblicas americanas i sobre todo en la Nueva Granada? ¿Cuáles eran estas antiguas causas de revolución que existían dormidas en el Continente de Colón antes de 1848 i que el grito de la Francia vino a despertar, a poner en ac-

---

45. Cf. A. Shulgovski «La 'Comuna de Bogotá' y el socialismo utópico», *América Latina*, Moscú, N°. 8, 1985, pp. 45-56; N°. 9, 1985, pp. 47-56.

46. *El Alacrán*, Bogotá, enero-febrero, 1849, N°. 1-7.

47. *Ibíd.*, N°. 7, febrero 22, 1849, p. 3.

48. R. Mercado, *op. cit.*, p. VI.

> tividad, haciéndolas dirijir su fuerza i su empuje en el sentido de la renovación de las instituciones, es decir de la reconstitución de la rejeneración de las instituciones, es decir de la reconstitución de la rejeneración de la sociedad en estos países por medio del desarrollo i planteamiento del principio democrático?[49].

No obstante, América no se contenta con ser fecundada por los vientos modernizadores y democráticos que soplan desde Europa. A excepción de Suiza y de la breve Segunda República francesa, Europa ofrece en esa época un conjunto político monárquico, más aún, un grupo de naciones que sigue amenazando la independencia de las jóvenes naciones del Nuevo Mundo, como lo demuestra el apoyo dado por España a la expedición de Juan José Flores en Ecuador en 1846. Frente al imperialismo, la aristocracia y la monarquía que todavía caracterizan en gran medida al viejo continente, la joven América reivindica su papel de vanguardia republicana, como lo expresa López en su primer mensaje presidencial: «Las rejiones vírjenes de América son los puntos destinados por la Providencia para ofrecer a la humanidad la solución más cumplida del problema del gobierno de todos en provecho de todos»[50].

De este modo, pese a su retraso objetivo en el camino de la civilización material, la Nueva Granada se presenta como la tierra prometida de la democracia:

> Ya que no es posible alcanzar a los habitantes del viejo mundo en la carrera industrial, adelantémoslos en la construcción de una sociedad en la que se acaten los principios y en que la persona del hombre sea dignificada sea cual fuere su clase y posición social[51].

Los artesanos reivindican igualmente su papel de vanguardia de las clases populares del mundo entero en sus periódicos y sus pro-

49. *Ibíd.*, pp. V-VI.

50. Mensaje presidencial de J. H. López, abril 1°., 1849, citado en H. J. König, *op. cit.*, p. 456.

51. Artículo de 1848, citado en *ibíd.*, p. 452.

clamas, una de ellas titulada *El valor de los artesanos*, «en que se les decía que su fama había volado hasta los pueblos más remotos de la Europa, que su valor había sido una vez más admirado por los estranjeros...»[52].

La afirmación política de los artesanos de la capital, desde los últimos años de la década de 1840, constituye uno de los casos más notables de construcción de una nueva legitimidad. En la elaboración de un movimiento político de defensa de sus intereses, los artesanos recurren al ejemplo de naciones en donde los ricos no son supuestamente ni tan cínicos ni tan egoístas como en Colombia. Un poema titulado *A los ricos*, publicado en el periódico bogotano *El Orden* en 1853, evoca esas naciones ejemplares, en donde los poderosos merecen el respeto de la sociedad, porque se preocupan realmente por el bienestar de los pobres:

Las casas de caridad
De asilo y beneficencia
Su interés y su piedad
Escitan a competencia
I son una realidad[53].

El discurso de los artesanos, difundido a través de sus tribunas, asociaciones, periódicos y hojas volantes, opone la codicia de los oligarcas y el oportunismo de los *empleómanos* a la virtud, la honestidad, el sentido del trabajo y la dignidad de los artesanos. Es más: su preocupación por el bienestar de toda la sociedad, por la educación popular, su ideal generoso y solidario, los convierte, a sus ojos, en los verdaderos representantes de la civilización en el país. La articulación del patriotismo con los modelos exteriores reside en un discurso que atribuye al país el papel de faro de la emancipación obrera, como lo expresa este poema dedicado a los miembros de la sociedad democrática de Bogotá en 1850:

---

52. V. Ortiz, *op. cit.*, p. 46.

53. Citado en F. Gutiérrez, *op. cit.*, p. 87.

Artesanos honrados i patriotas
Laboriosos amigos de las ciencias [...]
Seguid sin desmayar ni un solo instante
De la virtud por la segura senda,
Dando el ejemplo a las naciones cultas,
De civismo, de honor i de modestia[54].

Aunque menos conocida que su contrapartida liberal, la referencia conservadora a Europa no es menos importante. Una ojeada a las páginas de los periódicos conservadores de la época basta para convencerse de ello. El estudio de uno de los periódicos más importantes de la capital, *El Día*, fundado en 1840 y redactado por José María Torres Caicedo, y de dos periódicos fundados en 1849, *La Civilización*, de Mariano Ospina y *El Catolicismo*, órgano del arzobispado de Bogotá, revela en efecto una gran inspiración europea, y particularmente francesa.

El republicanismo moderado francés, el conservatismo español y la actualidad católica europea en general, ocupan un lugar preponderante en las páginas de estos periódicos. Discursos y artículos de Lamartine, de Thiers, de los ministros de Luis Napoleón Bonaparte o del ideólogo conservador español Donoso Cortés son reproducidos en sus columnas. El rechazo a las ideas de Voltaire por parte de los académicos franceses en 1836 (Royer-Collard, Villemain, Barante, Say, Cousin) es objeto de un extenso artículo de *El Catolicismo* en 1849[55]. Se detalla la actualidad del catolicismo en Europa en cada entrega del periódico: se anuncia la bendición de una nueva Iglesia católica en Londres; se transmite la buena noticia de la consagración del tercer convento de la orden de los Predicadores en Flavigny, seguida del discurso pronunciado en la ocasión por Lacordaire[56]; se publica el relato de la vida ejemplar de un misionero de Cochinchina[57]. A

54. Artículo de 1850, citado en *ibíd.*, pp. 36-37.
55. *El Catolicismo*, Bogotá, noviembre 15, 1849.
56. *Ibíd.*, noviembre 1°., 1849.
57. *Ibíd.*, enero 15, 1850.

partir de su décimacuarta edición, *El Catolicismo* cita sus fuentes extranjeras, periódicos católicos en su mayoría europeos: cuatro periódicos parisinos, dos madrileños, dos londinenses, uno suizo, uno italiano, uno dublinés, uno chileno y uno neoyorquino[58]. Lo esencial de la actualidad internacional es tomado del periódico católico francés de Louis Veuillot, *L'Univers*. Más que noticias, los publicistas colombianos extraen argumentos de la prensa católica y conservadora europea. Así, por ejemplo, los redactores de *El Catolicismo* retoman los argumentos utilizados por el obispo de Langres, monseñor Parisis, para justificar la necesidad de una prensa católica[59].

La retórica de estos periódicos revela la convicción que tienen los conservadores colombianos, desde entonces expuestos a los excesos del liberalismo, de estar involucrados en una lucha mundial:

> La sociedad se divide hoi en dos pueblos, confundidos todavía por los intereses materiales, pero separados sobre todo a lo que toca el orden moral [...] El uno de estos pueblos cree todo lo que el otro niega, ama todo lo que el otro aborrece, defiende todo lo que el otro ataca [...] Estos dos pueblos, cuyas fuerzas se contrapesan todavía en el mundo europeo, harto trabajado por la irrelijión, han hecho en los tres siglos pasados ensayos parciales: comienzan ahora en nuestra América; pero ya resonó en Francia i otros puntos de la Europa una señal de combate más serio; i no será estraño, sino mui probable, que las escenas se repitan en todas partes, sea más tarde, sea más temprano[60].

En los artículos de Mariano Ospina, para quien la civilización europea y cristiana —«bajo cuya influencia existimos»[61]— está amena-

---

58. *El Universo, La Universidad Católica, Los Anales de Filosofía Cristiana* (Francia), *El Católico, La Esperanza* (España), *El Verdadero Tableto, El Almacén Católico* (Inglaterra), *El Católico de Lugano* (Suiza), *Anales de las ciencias relijiosas* (Italia), *La Revista de Dublín, La Revista Católica* (Chile), *El Expositor Católico* (Nueva York). La lista es tomada de *El Catolicismo*, Bogotá, mayo 15, 1850.

59. *Ibíd.*, agosto 9, 1849.

60. *Ibíd.*, noviembre 1°., 1849.

61. «¿Qué es la civilización?» *La Civilización*, Bogotá, agosto 9, 1849, p. 2.

zada por el pauperismo y la corrupción moral[62], se encuentra la misma idea de una lucha internacional que opone dos bandos irreconciliables, la civilización cristiana y la barbarie proletaria:

> La sociedad en Francia i en los países que la siguen de más cerca, aparece dividida en dos grandes bandos mortalmente enemigos; el bando de la civilización pretende sujetar al otro, el de la barbarie esterminar a su contrario. Las sangrientas escenas de mayo i junio de 1848 en París son las primeras escaramuzas de esta lucha social[63].

En contraste con las sociedades corruptas del viejo continente, los Estados Unidos, descritos como «la nación modelo, la nación privilejiada a saber: que la doctrina social, las instituciones i las costumbres marchando en perfecta armonía, tienen una eficacia irresistible»[64], son los únicos que ofrecen una esperanza de salvación para la civilización cristiana. Los proletarios norteamericanos, a diferencia de sus homólogos europeos o colombianos, son profundamente virtuosos:

> Apandillarse en grandes clubes, o sociedades de artesanos, de obreros i de vagabundos, para propalar que la propiedad es el robo, que las doctrinas que sustentan el edificio de las instituciones son quimeras perniciosas, para insinuar que es lícito el degüello de los hombres ilustrados para que todos sean iguales en ignorancia, i el asesinato i el despojo de los ricos para que haya igualdad de fortunas o de miseria, reunirse en fin para inmoralizar i corromper la sociedad ignorante i lanzarla contra la parte más civilizada, no se le ocurre allí ni al literato ni al obrero[65].

---

62. «La corrupción de las masas proletarias no es ya en Francia, i en otros países de Europa, el efecto lento de causas aisladas; es una cosa organizada, sistematizada; hai, por decirlo así, en las grandes ciudades, inmensos talleres de inmoralización, pues esto es con propiedad un club popular», *ibíd.*, p. 2.

63. *Ibíd.*, p. 2.

64. *Ibíd.*, p. 2.

65. *Ibíd.*, p. 3.

La idea de que el orden católico, el único que encarna la civilización, debe ser importado, se va así consolidando en el ideario político conservador. A propósito del golpe de Melo, otro conservador, Félix V. Caro escribe en 1854:

> Bien se ve que esta revolución es sólo hecha i sostenida por los militares, sinónimo en Bogotá de salvajes, jugadores, borrachines, tramposos, etc., i por la jente más inmoral i corrompida de la sociedad, que de seguro no es la más numerosa, i si acaso logra esta jente perpetuarse en el mando, digo que se acabó la nación, no existe ni república ni dictadura, sino un inmenso territorio habitado por unos salvajes, pero no como los salvajes del tiempo de la conquista, porque esos salvajes eran más valientes i no estaban envilecidos con el crimen, estos salvajes cobardes i malvados unos i obejunos [*sic*] otros tendrán que ser conquistados i aniquilados después como se ha destruido la raza india, i digo esto porque una masa de hombres que se deja gobernar por un puñado de bandidos no puede ni debe formar nación, debe aniquilarse i las otras naciones debían emprender la conquista con la fuerza i después importar de nuevo la moralidad i la relijión, perdidas hoi día en este país...[66].

La reconquista moral y religiosa del país será posible una vez que la ola fecundante del conservatismo europeo llegue a su vez a las costas americanas. El 19 de marzo de 1853, José Manuel Restrepo, al conocer la proclamación del Segundo Imperio en Francia, expresa:

> Esta variación tendrá un influjo favorable sobre la opinión de la Nueva Granada. Las doctrinas socialistas y los rojos comunistas de Francia repercutían sobre nosotros y miserables copistas querían practicarlas. Reprimidas en su origen, nos parece que en la Nueva Granada principia una reacción saludable contra las doctrinas exageradas en todo género[67].

---

66. F. V. Caro, Borrador del Diario de la Revolución del 17 de abril de 1854. BLAA, Mss. 96, p. 18.

67. J. M. Restrepo, *Diario político y militar,* t. IV. Imprenta Nacional, 1954, p. 279.

La legitimación contra el exterior

La legitimación *contra* el exterior, es decir, la denuncia de la utilización de una referencia exterior por parte del adversario político se impone como un fenómeno más recurrente, más poderoso todavía que el de la legitimación *por* el exterior. Todos los protagonistas del debate público estigmatizan la peligrosa tendencia de sus enemigos a imitar fórmulas extranjeras inadaptables al contexto nacional. Una denuncia que, de manera evidente, les permite resaltar su propio patriotismo y, por ende, su propia legitimidad.

La retórica de la denuncia desempeña un papel central en el proceso de delimitación progresiva de las todavía mal definidas adhesiones políticas[68]. La creación de un imaginario negativo de la imitación, presente en la cultura política nacional desde la Independencia, se confirma entre 1849 y 1854: aunque todas las tendencias políticas recurran a los ejemplos foráneos para demostrar su voluntad civilizadora, todas son atacadas por su supuesta tendencia a imitar desaforadamente.

El ideario liberal constituye una presa fácil para los detractores de la imitación. En 1853, Manuel Murillo, hábil artífice del populismo liberal, reprocha a Florentino González —convertido en chivo expiatorio de los artesanos de Bogotá por su papel protagónico en la instauración del librecambismo— su mística del enriquecimiento, atribuida a su permanencia en la Francia de la Monarquía de Julio: «Si usted hubiera gobernado o gobernara la República, en tres meses, habría usted perdido el país con su liberalismo a la Luis-Felipe»[69]. Los conservadores, si bien tienen pocos puntos de desacuerdo fundamental con los liberales —aparte de las medidas anticlericales y, para algunos de ellos, la abolición de la esclavitud— van en cambio a ensañarse contra su política de movilización popular, cuyas consecuencias sobre el orden social son a su juicio excesivamente dañinas. La crítica conservadora acusa al gobierno de López de haber introducido deliberadamente en Colombia las here-

68. Cf. capítulo 3.

69. Artículo de 1853 citado en G. Colmenares, *Partidos...*, p. 117.

jías socialistas, francesas en su mayoría, y de haber sacrificado el orden social a las exigencias de su estrategia partidista, permitiendo que corriera a través de las sociedades democráticas un viento de indisciplina social que culmina con el *zurriago*, mientras que el fantasma del jacobinismo se cierne sobre el régimen de Melo. Venancio Ortiz relata que «El Dr. Mercado [secretario del Interior de Melo] recibía consejos terribles de un individuo que se firmaba *Robespierre*»[70]. Ese *Robespierre* en ciernes aconsejaba a Mercado que utilizara la Iglesia para movilizar el pueblo en favor de la revolución, repartiera dinero para ganarse a las mujeres de los artesanos, sembrara el temor de que, en el caso de una victoria contra Melo todos los artesanos serían fusilados, y organizara un levantamiento en masa, además de otras técnicas de movilización popular. De igual forma, la tentación jacobina del regicidio, convertida en propuesta de ajusticiar al arzobispo de Bogotá, monseñor Manuel José Mosquera, también cruza el Atlántico: numerosos relatos evocan la iniciativa de un joven bogotano quien, en 1850, durante una reunión de la Escuela Republicana, se ofrece para ser el verdugo del prelado[71]. Ejemplos como éste suministran a la retórica conservadora un álbum de espantajos simbólicos: pese a las fluctuaciones ideológicas de los grupos conservadores colombianos durante el siglo XIX, la denuncia del origen extranjero de la ideología de los *rojos* constituirá una línea directriz admirablemente estable en la definición del conservatismo, y su arma privilegiada de movilización política. Ella da lugar a una producción panfletaria de asombrosa profusión. En su literatura de combate, los conservadores reconstruyen una genealogía de la subversión procedente de ultramar. Genealogía que, por supuesto, comienza con los «espíritus fuertes» del siglo XVIII y los excesos de la Revolución Francesa:

70. *Ibíd.*, p. 112.

71. El periodista liberal Juan de Dios Restrepo —que firma con el seudónimo «Emiro Kastos»—, relata este episodio en el periódico *El Neogranadino* en 1850 y relativiza las intenciones del joven Morales Montenegro, atribuyéndolas a un momento de «locura, pues sabemos que no tiene mal corazón». En todo caso, «todo el mundo rechazó con horror esas manifestaciones sangrientas, esas palabras insensatas». E. Kastos, *op. cit.*, p. 48.

> Fue también al principio de este siglo el abanse [*sic*] que hicieron los sansculotes [*sic*] en París, y el horrendo grito de Libertinaje se oyó retumbar en toda la Francia. ¡Qué escándalo! ¡Qué espantoso grito! Por allí víctimas del furor de Robespierre; por allá la barbarie y la desolación[72].

La explosión de 1848 viene entonces a intensificar el flujo de la subversión europea. Colombia, por lo tanto:

> Vio, delante de la Europa que arde como una inmensa hoguera, y de las repúblicas americanas que ven reflejarse en ambos mares las llamas de aquel incendio: vio [...] consumarse en silencio una imprevista revolución, disfrazada con el sencillo ropaje de una elección de presidente[73].

La similitud entre subversión colombiana y subversión europea es demasiado evidente:

> ¿No son los rojos granadinos dignos discípulos e imitadores de los rojos franceses i de los que fueron antes conocidos como los sansculottes de la revolución? Sí, porque hai identidad en su fisionomía, identidad en sus principios, identidad en sus procedimientos. Alagan [*sic*] al pueblo, predicándole democracia, igualdad, fraternidad, etc., pero son tan demócratas como el Emperador Nicolás, tan iguales como pudiera serlo un pavo respecto a un grajo, y hai tanta fraternidad entre ellos como la que puede haber entre dos fieras que están a punto de despedazarse[74].

Numerosas medidas son denunciadas como simples productos del traslado de la subversión francesa a América: el exilio del arzobispo

---

72. Carta anónima, Bogotá, octubre 23, 1850, dirigida a Mariano Ospina, entonces redactor del periódico *La Civilización*. FAES, AMOR/C/9, f. 7.

73. J. F. Ortiz, *El Tío Santiago*, Bogotá, Cualla, 1848, citado en G. Colmenares, *Partidos...*, p. 103.

74. Artículo de 1850 citado en M. Pacheco, *La fiesta...*, p. 79.

de Bogotá[75] y la Constitución de 1853[76] en particular. La crítica a la revolución francesa de 1848 se entremezcla indisolublemente, en un mismo debate, con las críticas a los excesos de la política de los *rojos* colombianos: estigmatizar la úna equivale a denunciar la otra. En 1858, al escribir un panfleto anónimo contra el gobierno radical del Estado de Santander, un conservador contrapone la exaltación de la revolución por los liberales a su vivencia de la revolución de 1848 en París, que evoca en términos poco halagüeños:

> Nosotros hemos seguido esa revolución paso a paso, hemos asistido casi diariamente a la Asamblea Legislativa, hemos tenido largas discusiones verbales con esos pretendidos republicanos, i estando en la escena, interesándonos por los sucesos, en contacto con los hombres públicos por nuestra posición, no hemos podido ver, estando cerca, a esos seres virtuosos, a esos ciudadanos modelo de abnegación de que se nos habla[77].

La denuncia de la influencia subversiva francesa en Colombia es alimentada además por el análisis de algunos conservadores franceses, quienes observan aterrados la difusión en el continente americano de las doctrinas que han combatido en su país. En 1850, R. M. Taurel, un viajero francés, envía desde Lima, después de recorrer a Colombia, una apología de la Compañía de Jesús al arzobispo de Bo-

75. El arzobispo Manuel José Mosquera, que muere en Marsella en 1853 camino a su exilio romano, es descrito por un periodista hispanoamericano residente en París como «víctima de las pasiones sublevadas en su desdichada patria, por el ejemplo pernicioso de París. Socialistas hubo allí porque los hubo en Francia». F. Frías, *Muerte del Arzobispo de Bogotá,* París, diciembre 12, 1853, p. 5.

76. «Esperamos que su duración sea corta y nos fundamos en que sus disposiciones principales son contrarias a los usos, costumbres y habitudes de nuestro pueblo! Pobres de los granadinos entregados a tantos empíricos e ignorantes que copian a Proudhon, Louis Blanc, Girardin y otros franceses que son sus modelos, muchos sin haberlos leído», escribe José Manuel Restrepo con ocasión de su promulgación. J. M. Restrepo, *op. cit.,* p. 356.

77. *El programa radical i el orden social,* Bogotá, Imprenta de la Nación, 1858, p. 12.

gotá. La expulsión de los jesuitas, explica, no es más que un indicio adicional de la ciega adopción en América de las doctrinas de la subversión europea:

> Acostumbrado por desgracia a reconocer las huellas de la impiedad en las ruinas que ésta produce, he podido encontrar en medio de la decrepitud general rápidos progresos del mal moral que agita al país. Pero hay algo que me llama sobre todo la atención: como fuente de esos males se cita la influencia de principios y libros franceses[78].

Aterrado por la representación dominante en Colombia de una Francia impía y revolucionaria, Taurel se esfuerza por demostrar que los principios subversivos de 1848 fueron derrotados en Francia, y que desde entonces su patria ha reconquistado progresivamente «el título glorioso de Nación Muy Cristiana»[79]. Dos años más tarde, Charles de Mazade, comentarista conservador de la *Revue des Deux Mondes,* retoma el análisis de Taurel acerca del impacto de las ideas francesas allende los mares: inspirado en los panfletos escritos contra el gobierno de López por Julio Arboleda y otros conservadores colombianos, Mazade ofrece una magistral disertación sobre el tema de la imitación política en Hispanoamérica:

> Nuestro país tiene el magnífico y ruinoso privilegio de sacudir al mundo con su aliento, y de compartir con él sus tormentosas experiencias [...] Nuestros caprichos repercuten de polo a polo, nuestros sistemas se incorporan con avidez y son popularizados sin ton ni son por los pregoneros de ambos mundos, y ¡sólo Dios sabe qué extraño curso toman a veces los caprichos y sistemas en esas lejanías! Nuestras revoluciones y modas se calcan y se repiten a los cuatro vientos [...] Es muy probable en realidad, —¿no ocurre acaso con frecuen-

78. R. M. Taurel, *De la question religieuse en France et de la Compagnie de Jésus. Lettre à Sa Grandeur Monseigneur Mosquera, Archevêque de Bogota, Métropolitain de Nouvelle-Grenade,* Lima, Imprenta de Joseph Marie Massias, s. f. [1850], p. 3.

79. *Ibíd.,* p. 10.

cia?— que aquellas modas sean olvidadas del todo entre nosotros mientras siguen reinando entre nuestros ingenuos imitadores[80].

Así ocurre con el socialismo, «fruto de una civilización extrema y corrupta» que no tiene razón de ser en América: el derecho al trabajo, en particular, no se plantea en «un país donde faltan brazos para trabajar y no trabajo para los brazos»[81]. ¿Cómo explicar entonces esta ola de socialismo presente en Chile y la Nueva Granada, que sin duda se debe a «un nivel más marcado de cultura intelectual, lo que no quiere decir otra cosa que una familiaridad más grande con los movimientos del pensamiento europeo»[82]? Eso se debe, responde Mazade, a la naturaleza propia del genio latinoamericano, un genio esencialmente imitador:

> Los hispanoamericanos no imitan sólo circunstancialmente o por cierta necesidad generada por una emancipación prematura; ellos imitan por instinto, por naturaleza. Una fuerte inclinación los empuja a reproducir todo lo que se hace en el Viejo Mundo, y lo que para nosotros resulta más extremo y excéntrico es lo que más posibilidades tiene de avivar esas imaginaciones indefensas[83].

Al analizar las medidas radicales del gobierno de López, Mazade se admira de la obstinación de los dirigentes colombianos, guiados por el peligroso principio de la «soberanía del número», en perseguir las quimeras de la subversión francesa:

> Es cosa sin duda inaudita ver así en ese suelo virgen tomar forma y convertirse en gobierno los sueños, las pesadillas, las sombras de los sistemas y los fantasmas con los que nuestras inteligencias

80. Ch. de Mazade, «Le socialisme dans l'Amérique du Sud», *La Revue des Deux Mondes*, París, abril-junio, 1852, pp. 641-642.

81. *Ibíd.*, p. 646.

82. *Ibíd.*, p. 649.

83. *Ibíd.*, p. 647.

> bizantinas se divierten a veces, en un pasatiempo que los corrompe y en un tormento que los degrada![84].

Acto seguido, el artículo de Mazade, publicado en Bogotá en una traducción española, desata la polémica en Colombia. Manuel Ancízar, entonces en misión diplomática en Chile, responde en un folleto titulado *Anarquía i Rojismo en la Nueva Granada*[85], en el que, atacando la inexactitud de las afirmaciones de Mazade, explica que la Nueva Granada no está en absoluto sometida al despotismo de los *rojos*. A su vez, la defensa de Ancízar será refutada por otro polemista conservador, quien desde Nueva York envía un panfleto en el que denuncia, además de las fechorías del gobierno de López, la humilde extracción de Ancízar, hijo de un cocinero del virrey Sámano, y a quien le critica sin tregua su «morcillesco discurso»[86], y su «defensa tan mal guisada, tan mal adobada, tan mal condimentada, tan indigesta»[87]:

> Sabido es de todo el que sabe algo, que no fueron sino los llamados nobles, aristócratas u hombres distinguidos por sus talentos y su riqueza, los que dieron la libertad y la independencia a los proletarios, a los esclavos, a los indíjenas abyectos, a los hijos de los cocineros y a toda la masa de seres degradados que no tenían ideas ningunas ni de lo que eran, ni de lo que podían ser[88].

Detrás de la crítica de la imitación se perfila así un odio social avivado por el temor de que en todos los niveles de la sociedad los subalternos lleguen a usurpar el lugar de los amos. Paralelamente, la crítica de la imitación aparece cada vez menos como un monopolio conservador. A medida que va aumentando la oposición de los arte-

---

84. *Ibíd.*, p. 654.

85. Manuel Ancízar, *Anarquía i Rojismo en la Nueva Granada,* Santiago, Imprenta de Julio Belin, marzo 21, 1853.

86. *Anarquía y Rojismo en Nueva Granada. Contestación al folleto publicado en Chile por Manuel Ancízar sobre esta materia.* Nueva York, Imprenta de S. W. Benedict, 1853, p. 10.

87. *Ibíd.*, p. 9.

88. *Ibíd.*, p. 15.

sanos y de los draconianos al gobierno, el tono de los discursos oficiales se endurece. En su primer mensaje presidencial en 1853, Obando previene a sus conciudadanos en contra de:

> Los ecos destemplados venidos a nuestras playas y repetidos por una que otra concavidad de nuestros Andes, las voces que han proclamado en Europa, como verdades inconcusas de la democracia, el derecho al trabajo, la asistencia gratuita, el falansterio, el banco industrial, el banco del pueblo, la limitación de la propiedad de la tierra, el crédito gratuito y la asociación artificial. Pues todos esos sueños, todos esos delirios, se han inventado allende los mares para embaucar al pueblo, haciéndole esperar que no se morirá de hambre ni se helará de frío[89].

El imaginario de la amenaza subversiva europea comienza entonces a extenderse. En el pueblo boyacense de Turmequé, unos «imparciales y amantes de la Justicia» —así firman su panfleto—, denuncian la exagerada censura, por parte de las autoridades y el clero, de la agitación liberal que tiene lugar en el pueblo: «Preciso es confesar que las autoridades le dieron a este motín más importancia del que se podía tener, i que el miedo les hacía ver en cada indio un revolucionario a la Robespierre»[90].

Los adversarios de los conservadores —gólgotas, draconianos, y artesanos— no dejan al contrario de denunciar su monarquismo rampante, su voluntad solapada de subyugar al pueblo y estrangular la libertad. Se les atribuye la intención de restablecer los títulos nobiliarios, abandonados durante las guerras de Independencia; corren rumores acerca de una posible simpatía de Mosquera y de las grandes familias caucanas hacia la campaña de Flores en Ecuador, apoyada por la corona española. El mismo Mosquera fustiga el espíritu de imitación de Europa que conduce a Mariano Ospina y

89. Mensaje presidencial de J. M. Obando citada en G. Colmenares, *Partidos...*, p. 145.

90. *Acontecimientos de Turmequé, desde el 11 de setiembre último, hasta la fecha* [octubre 10, 1853], p. 4.

a Julio Arboleda a llamar conservador el partido que están creando. El término *conservador*, explica Mosquera, es un absurdo en el contexto político del Nuevo Mundo:

> En 1848, en la Cámara de Representantes, el señor Julio Arboleda pronunció un discurso manifestando la conveniencia de fundar en la República un partido denominado conservador, repitiendo casi literalmente un discurso de M. Guizot, pronunciado en la Cámara de diputados de Francia. Después de la sesión pasó a la casa de gobierno el doctor Mariano Ospina, que también era representante, manifestándome que era necesario organizar el partido conservador para contrariar las ideas anárquicas que comenzaban a dominar entre la juventud liberal; y le contesté que yo era progresista y de ninguna manera debía organizarse entre nosotros lo que se llama en Europa partido conservador, y le proporcioné el diario de debates de París para que leyese el discurso de Guizot. Tanto a él como a Arboleda les hice ver que lo que se denominaba en esa época en Francia e Inglaterra partido conservador, era el que quería conservar la tradición monárquica, o sea la legitimidad de los reyes, con instituciones liberales que garantizaban la representación popular y los derechos individuales. Sin embargo de estas observaciones, estos señores y algunos de sus amigos comenzaron a organizar el partido conservador...[91].

El discurso de los artesanos y de los draconianos se dedica a fustigar el egoísmo de los ricos y su carencia de sentimiento patriótico, que los empuja a recurrir a ideologías importadas: su librecambismo en particular, que lleva a la ruina a los talleres, constituye a los ojos de los artesanos la prueba más inequívoca de la ausencia de conciencia nacional entre los grupos dirigentes. Pero otros indicios revelan también el cosmopolitismo irresponsable de los poderosos. El periódico *El 17 de abril* denuncia en 1854 los riesgos de la venta del istmo de Panamá por Florentino González, el

91. T. C. Mosquera, *Los partidos políticos*, publicado en J. O. Melo (ed.), *Orígenes de los partidos políticos en Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, p. 249.

hombre que encarna para los artesanos todo el egoísmo de los ricos liberales[92]. González, «tratando de marcharce [*sic*] ahora para el estranjero, cuando la República se halla en dificultades que aún amenazan peligro, conducta que ha usado en casos semejantes desde 1840 para acá»[93] —y, quien, en efecto busca irse a Europa con un cargo diplomático para sustraerse a la hostilidad popular— es señalado por Ramón Mercado como el símbolo de la cobardía de los ricos, siempre dispuestos a dejar el país cuando la situación se deteriora.

El tono culto que adoptan los políticos de la clase dirigente al referirse a Europa exaspera a los partidarios de Melo. Miguel León, uno de sus principales lugartenientes, fustiga la «serie de inexpertos que se creen intelijentes porque plagian al europeo o porque recitan un discurso que buenas trasnochadas les ha costado el retenerlo»[94]. La ira de los partidarios de Melo contra el cosmopolitismo de los ricos se vuelve en contra de los mismos extranjeros, en especial en contra de los representantes de las *naciones civilizadas*, quienes, unánimemente hostiles a Melo, apoyan a sus ojos un orden cínico y desigual. El hecho de que los representantes extranjeros utilicen su inmunidad diplomática para proteger a los que buscan evadir las contribuciones forzosas decretadas por Melo, termina por convertirlos en blanco de la hostilidad de sus partidarios. Así, un artículo en el periódico *El 17 de abril* estigmatiza la actitud de los extranjeros quienes «se figuran que aquí todo es juego, que nuestras balas son de algodón, que nuestras lanzas son de papel, i que los hombres que están resueltos a prodigar su sangre hoi, lo mismo que mañana, si fuere necesario, se están muriendo de miedo por las amenazas de las escuadras, de los cañones i de los disgustos de los Reyes de Europa. ¡Funesta equivocación! Lo mejor sería que no salieran de la raya de la estricta neutralidad que deben observar»[95]. La tensión crece cuando, en noviembre de 1854, un grupo de partidarios de Melo amenaza a unos diplomáticos extranjeros en una calle de la capital:

92. Cf. F. Gutiérrez, *op. cit.*, p. 102.

93. R. Mercado, *op. cit.*, p. LXVI.

94. Citado en F. Gutiérrez, *op. cit.*, p. 197.

95. Artículo de 1854 citado en V. Ortiz, *op. cit.*, p. 79.

> Cuando ellos [los ministros extranjeros] se hallaban aún en la puerta de la casa de aquel ministro [del gobierno de Melo] han sido lanzados por los defensores del 17 de abril gritos de muerte contra los extranjeros; gritos que fueron seguidos de amenazas i de injurias proferidas contra los agentes de naciones amigas de la Nueva Granada. El culpable autor de esta escena lúgubre, i principal promovedor de ella, llamado José Vega, jefe de una compañía de demócratas, ha ido más lejos aún: ha dirijido las pistolas que tenía en la mano contra el pecho de los representantes de naciones extranjeras[96].

En los días siguientes unas partidas de hombres armados invaden las legaciones de Francia y Estados Unidos. Ramón Mercado responde a las quejas de los ministros francés y norteamericano condenando formalmente los hechos, pero advirtiendo que los ministros extranjeros deben observar una absoluta neutralidad ante los asuntos de política interior. El zapatero Vega, cabecilla de esas operaciones, es finalmente absuelto unos días después del derrocamiento de Melo, a pesar de los llamados a la inflexibilidad del francés Goury du Roslan.

Además de estas expresiones de ira popular, los partidarios de Melo enarbolan la bandera del patriotismo ofendido para defender, contra el extranjerismo de los poderosos, al clero nacional. Como lo explica el editor del periódico *El 17 de abril:*

> Nosotros no queremos, como lo quieren los radicales, que se niegue a los sacerdotes la ciudadanía... ni queremos tampoco, como los conservadores, la reimportación de los hijos de Loyola porque, en cuanto cristianos, sí creemos en la suficiencia apostólica de nuestro clero nacional...[97].

Aunque la toma de Bogotá en diciembre de 1854 sella el final de la revolución del medio siglo, su impacto en el imaginario político

---

96. Carta del ministro francés Goury du Roslan, diciembre 19, 1854, Atentados contra los ministros extranjeros en 1854, BLAA, Mss. 151.

97. Artículo de 1854 citado en V. Ortiz, *op. cit.*, p. 230.



El general José María Melo.
Veterano de la guerra de Independencia, el general José María Melo da un golpe de Estado el 17 de abril de 1854. Apoyado por el ejército y los artesanos de Bogotá, Melo encarnará en el imaginario político de los grupos dirigentes, durante la segunda mitad del siglo XIX, la amenaza popular en su versión más atemorizante: la toma del poder.
Galería de Notabilidades Colombianas, Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá.

colombiano apenas comienza una larga carrera. En medio del tumulto de las arengas, de los enfrentamientos y de las riñas callejeras, de las leyes de reforma y de las guerras civiles, las líneas divisorias de la política se han ido precisando; a los protagonistas, atrapados en el torbellino de los acontecimientos, les ha faltado perspectiva. El período de reflexión sobre el legado de esos años comienza.

Los años 1849 a 1854 tienen el carácter distintivo de las conmociones ocurridas en el tiempo corto de las revoluciones: estos años constituyen una especie de adelanto en el siglo XIX colombiano, una experiencia colectiva que desborda a sus propios protagonistas y que exige, incluso para ellos mismos, ser estudiada, analizada y digerida para poder entenderla cabalmente. La nueva generación política, aquella que irrumpe a finales de la década de los cuarenta y que va a gobernar el país hasta finales de siglo, conservará en su imaginario la impronta de las escenas de la revolución liberal. Tres décadas más tarde, los veteranos del liberalismo seguirán examinando el papel que desempeñaron entre 1849 y 1854, y los dirigentes de la Regeneración continuarán esgrimiendo los espectros surgidos en esos años[98].

La afluencia de referencias exteriores revela ya su funcionalidad en el debate público nacional. La fuerza de la revolución francesa de 1848 reside precisamente en la pertinencia de los ejemplos que ofrece a los distintos actores políticos colombianos: el pueblo convertido en protagonista político, los esclavos en ciudadanos, los revolucionarios en cristianos y una nación *civilizada* en República. No es la difusión de noticias, de ideas y de escritos la que crea la referencia exterior: es la conveniencia de los modelos europeos en la estrategia de los actores de la política nacional la que acelera su difusión[99].

La funcionalidad de la referencia exterior ayuda a comprender su eclecticismo fundamental: lo que se difunde en el debate públi-

98. Cf. capítulo 8.

99. «Los modelos políticos occidentales tendrían pocas posibilidades de universalizarse si no encontraran, más allá de su lugar de origen, un movimiento activo de captación». B. Badie, *op. cit.*, p. 120.

co es lo que sirve y resulta eficaz. La revolución francesa de 1848 predomina frente a otras referencias, inglesas o norteamericanas, no por una hipotética preferencia francófila de los actores colombianos —incluso si quienes leen francés son más numerosos de los que conocen el inglés— sino porque sus consignas se adecúan particularmente al contexto nacional y porque los actores políticos colombianos ven cierto parecido entre las dinámicas políticas en juego en los dos países.

La revolución de 1848 incrementa indiscutiblemente ese sentimiento de semejanza puesto que Francia, mediante la revolución, converge con América en la vía de la República y parece acercarse a ella: en el lapso de unos meses, se acorta la distancia imaginaria que separa a Colombia de Europa y especialmente de Francia, lo cual explica la facilidad y la celeridad con las que los actores nacionales asimilan y transmiten las representaciones procedentes de ultramar. Hasta el primer tercio del siglo XX, Europa seguirá siendo el universo de referencia primordial de la política colombiana; el paradigma norteamericano es evocado para exaltar el federalismo, construir una cárcel panóptica o crear un colegio militar, pero el principal componente exterior de la imaginación política colombiana viene del viejo continente. El apogeo de Europa se advierte en Latinoamérica por la posición central que ocupa la referencia europea en el proceso de construcción nacional.

Una referencia que comienza a revelar toda su complejidad. En primer lugar, porque queda claro desde entonces, que la crítica de la imitación política, sin haber tomado aún la forma de un verdadero discurso en contra de las influencias externas, constituye el corolario obligado de toda referencia exterior. En segundo lugar, la experiencia vivida entre 1845 y 1854 ha demostrado la diversidad de usos de la referencia externa: fuente de modelos prácticos para la construcción del Estado, ésta ofrece también un arsenal retórico para la lucha por el poder, bien sea para justificarlo o para desacreditarlo. Después del fracaso de Mosquera, la voluntad de consolidar el Estado nacional se desvanece por largo tiempo, y la referencia europea va a servir entonces, ante todo, para consolidar las adhesiones políticas

definidas por el conflicto. Así, en 1855, diez años después de la posesión de Mosquera, Venancio Ortiz, haciendo eco a su discurso presidencial de 1849, concluye:

> No hai en la Nueva Granada químicos, ni botánicos, ni arquitectos, ni maquinistas, ni lapidarios, ni ebanistas, ni literatos, ni jeógrafos, ni matemáticos, ni nada, sino en una escala muy reducida: sólo hai políticos en grande abundancia... i son tan intensos los odios que la diferencia de opiniones produce, que no bastan para templarlos, ya que no para estinguirlos, las más íntimas relaciones de parentezco u de amistad[100].

En la década siguiente, más que a un depósito de modelos institucionales, Europa se parecerá a ese onírico «almacén de los estandartes»[101], descrito en un opúsculo de 1851, en donde se venden las banderas de las diferentes tendencias que, vigentes en la política europea, van a servir también para reforzar las líneas divisorias de la política colombiana.

100. V. Ortiz, *op. cit.*, p. 3.

101. *Sueño de un Granadino*, Bogotá, Imprenta de «El Día», 1851.

glés Robert Stephenson —hijo del inventor del ferrocarril— en las minas de Mariquita, Tolima, constituyen dos de los escasos ejemplos de mineros extranjeros exitosos; a finales de siglo, las minas del Tolima siguen siendo explotadas por un grupo de mineros escoceses[3]. Las oportunidades que brindan el añil y el café atraen a los más intrépidos. El inglés Tyrell Moore, luego de haberse consagrado a la minería y a unos proyectos de colonización europea en Antioquia, se dedica al cultivo del café en las tierras cálidas de Cundinamarca. Los norteamericanos George Crane y Joseph Gooding, después de haber fracasado en el cultivo del añil, deciden intentar de nuevo con el café en la misma región[4]. Algunos europeos —como el sueco Carlos de Greiff en Antioquia, o el alemán Geo von Lengerke en Santander— se destacan como pioneros en la construcción de vías y puentes. Ante los rigores de las tierras vírgenes, los demás europeos que llegan a Colombia prefieren la comodidad de las ciudades, en donde se dedican al comercio. El hecho de que la cuarta parte de los extranjeros (377 de 1.527) establecidos en Colombia según el censo de 1851, vivan en la ciudad de Panamá, refleja este predominio del comercio. Bogotá, en cambio, la segunda provincia en número de extranjeros[5], cuenta únicamente con 157, de los cuales sesenta son ingleses (38%), veintisiete franceses (17%), trece norteamericanos, siete escoceses, seis alemanes, seis españoles, tres italianos, dos irlandeses, uno danés y otro polaco[6].

Si algunos comerciantes europeos logran amasar considerables fortunas —como el italiano Cerruti en Cali, los hermanos Kopp en Bucaramanga, el francés F. de Bedout en Medellín— otros, por el contrario, subsisten a duras penas. A finales de la década de 1850, el geógrafo

3. P. d'Espagnat, *Souvenirs de la Nouvelle-Grenade*, París, Fasquelle, 1901, pp.180-182.

4. M. Rivas, *Los trabajadores de tierra caliente*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1972, pp. 297-303.

5. Exceptuando la provincia de Santander, debido a la gran cantidad de venezolanos que en ella residen.

6. «Cuadro de los estranjeros residentes en la República al tiempo de levantar el censo de la población de 1851», *Gob. 1852, doc.*, sin paginación.

francés Elisée Reclus traza un irrisorio retrato del círculo de compatriotas suyos en Riohacha, que se reúne todas las noches frente a la casa del herrero Rameau o en el patio del vicecónsul. Entre ellos se encuentran el viejo Chastaing, carpintero-ebanista, el mismo Rameau —quien después de salir de El Havre por oferta de un negociante francés que buscaba un ingeniero capaz de perforar un pozo artesiano en la Guajira, termina convirtiéndose en herrero, armero, mercachifle y jefe de comedor—, y el capitán Delarroque, encallado en Riohacha después de un naufragio. Éste último es un aventurero ingenioso: «Ocho días después de su llegada ya tenía un pequeño peculio: con el sebo que los carniceros de Riohacha botaban a la calle levantó una modesta fábrica de velas y obtuvo utilidades que le permitían soñar con viajar a California y convertirse en minero»[7].

Además de los que vienen a buscar fortuna, otros europeos, por lo general más calificados, llegan al país contratados por el gobierno para desempeñar una misión científica o pedagógica. En 1822, Francisco Antonio Zea, ministro de Colombia en Europa, había contratado un grupo de científicos europeos, entre ellos, el químico Jean-Baptiste Boussingault y el zoólogo François-Désiré Roulin[8]. Después de las contrataciones hechas por Mosquera en la década de 1840, la tendencia a contratar docentes en el extranjero se reduce en las dos siguientes décadas a raíz de la privatización de la educación. Algunos profesores europeos van a enseñar sin embargo en colegios privados como es el caso de Charles Saffray, quien da clases de francés y de física en un colegio de Medellín a finales de los años de 1850, o Víctor Touzet, traductor al francés de las obras de Ezequiel Rojas y profesor en varios colegios de Bogotá. La contratación de profesores extranjeros vuelve a retomarse a finales de los sesenta gracias a la política educativa de los gobiernos radicales. Durante la Regenera-

7. E. Reclus, «Un voyage à la Nouvelle-Grenade, Paysages de la nature tropicale», *La Revue des Deux Mondes*, París, marzo 15, 1860, p. 423.

8. Cf. M. Combes, *Roulin y sus amigos, burguesía desvalida y arriesgada, 1796-1874*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942.

Capítulo 2

La Europa imaginada

La Europa que a mediados de siglo invade el debate público colombiano es una Europa imaginada. A diferencia de los cosmopolitas secretarios de Mosquera, los nuevos actores políticos surgidos de la revolución liberal —jóvenes *gólgotas*, artesanos, antiguos esclavos— no tienen experiencia alguna del «mundo civilizado», y se refieren en sus discursos a una Europa que conocen más «de oídas» que «de vistas». La generación política de mediados de siglo empezará, gracias al desarrollo de la navegación a vapor y del comercio, a tener acceso a Europa durante la década de 1860; y la lenta mutación, en el debate público, de la Europa imaginada a la Europa real se sentirá realmente en los años setenta[1].

Las representaciones de Europa que se debaten en Colombia son profundamente modeladas por las dinámicas de la política nacional. En vez de revelar máquinas propagandísticas manejadas desde Europa, un estudio detenido muestra, al contrario, la preeminencia de los actores nacionales en los procesos de difusión de las referencias políticas europeas. Durante la segunda mitad del siglo XIX, la referencia a Europa se *nacionaliza* cada vez más: los actores políticos colombianos, quienes captan la información, la filtran, la traducen y la comentan en función del contexto nacional, se apropian el discurso sobre Europa. Comprender las implicaciones de la referencia exterior en el debate político colombiano exige que se reconozca la importancia fundamental de esos mediadores culturales nacionales, cuya influencia sólo irá creciendo a medida que el viaje a Europa se vaya imponiendo como práctica común entre los grupos dirigentes.

---

1. Cf. capítulos 4, 5 y 6.

LA LIMITADA LABOR DE LOS EUROPEOS EN COLOMBIA

La presencia de europeos en el país —y de extranjeros en general, si se incluye a los norteamericanos— no basta en sí para explicar los fenómenos de circulación cultural. En primer lugar, porque, durante el siglo XIX, la presencia de extranjeros en Colombia es mínima. Fuera del istmo de Panamá, el país no despierta la codicia de las potencias extranjeras. El oro del Chocó y de Antioquia, las minas del Tolima y de Boyacá, y los cultivos de exportación rentables atraen unos pocos empresarios extranjeros. Luego de la ola de fascinación, durante las primeras décadas del siglo, por un Nuevo Mundo portador, en la imaginación europea, de fabulosas riquezas inexploradas, la experiencia de la realidad termina calmando los entusiasmos. La inestabilidad de los precios de los productos de exportación implica un riesgo muy grande, como lo demuestra el agotamiento sucesivo de los principales ciclos de exportación de la época: tabaco, algodón, quina y añil. Y esto sin mencionar los demás riesgos que amenazan a los capitalistas extranjeros: dificultades climáticas, topográficas y expoliaciones durante las guerras civiles. La pobreza generalizada y el desarrollo tardío de los ferrocarriles constituyen otros factores que explican la poca presencia europea en el país, así como el fracaso casi total de las medidas tendientes a favorecer la inmigración europea, a pesar de los reiterados intentos de varios gobiernos[2]. Debido a la ausencia de grandes capitalistas y de colonos provenientes de Europa, el perfil de los europeos en Colombia —aparte de los científicos, los profesores y, más tarde, los religiosos contratados por la Iglesia de la Regeneración— se reduce a un puñado de comerciantes y a unos cuantos empresarios audaces, especialmente en el sector minero. El francés Jean-Baptiste Boussingault en Antioquia o el in-

2. Cf. capítulo 1, «Los límites de la modernización del Estado», capítulo 7, «Nuevas iniciativas, nuevas decepciones» y capítulo 9, «La esperanza frustrada de una inmigración católica».

glés Robert Stephenson —hijo del inventor del ferrocarril— en las minas de Mariquita, Tolima, constituyen dos de los escasos ejemplos de mineros extranjeros exitosos; a finales de siglo, las minas del Tolima siguen siendo explotadas por un grupo de mineros escoceses[3]. Las oportunidades que brindan el añil y el café atraen a los más intrépidos. El inglés Tyrell Moore, luego de haberse consagrado a la minería y a unos proyectos de colonización europea en Antioquia, se dedica al cultivo del café en las tierras cálidas de Cundinamarca. Los norteamericanos George Crane y Joseph Gooding, después de haber fracasado en el cultivo del añil, deciden intentar de nuevo con el café en la misma región[4]. Algunos europeos —como el sueco Carlos de Greiff en Antioquia, o el alemán Geo von Lengerke en Santander— se destacan como pioneros en la construcción de vías y puentes. Ante los rigores de las tierras vírgenes, los demás europeos que llegan a Colombia prefieren la comodidad de las ciudades, en donde se dedican al comercio. El hecho de que la cuarta parte de los extranjeros (377 de 1.527) establecidos en Colombia según el censo de 1851, vivan en la ciudad de Panamá, refleja este predominio del comercio. Bogotá, en cambio, la segunda provincia en número de extranjeros[5], cuenta únicamente con 157, de los cuales sesenta son ingleses (38%), veintisiete franceses (17%), trece norteamericanos, siete escoceses, seis alemanes, seis españoles, tres italianos, dos irlandeses, uno danés y otro polaco[6].

Si algunos comerciantes europeos logran amasar considerables fortunas —como el italiano Cerruti en Cali, los hermanos Kopp en Bucaramanga, el francés F. de Bedout en Medellín— otros, por el contrario, subsisten a duras penas. A finales de la década de 1850, el geógrafo

3. P. d'Espagnat, *Souvenirs de la Nouvelle-Grenade*, París, Fasquelle, 1901, pp.180-182.

4. M. Rivas, *Los trabajadores de tierra caliente*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1972, pp. 297-303.

5. Exceptuando la provincia de Santander, debido a la gran cantidad de venezolanos que en ella residen.

6. «Cuadro de los estranjeros residentes en la República al tiempo de levantar el censo de la población de 1851», *Gob. 1852, doc.*, sin paginación.

francés Elisée Reclus traza un irrisorio retrato del círculo de compatriotas suyos en Riohacha, que se reúne todas las noches frente a la casa del herrero Rameau o en el patio del vicecónsul. Entre ellos se encuentran el viejo Chastaing, carpintero-ebanista, el mismo Rameau —quien después de salir de El Havre por oferta de un negociante francés que buscaba un ingeniero capaz de perforar un pozo artesiano en la Guajira, termina convirtiéndose en herrero, armero, mercachifle y jefe de comedor—, y el capitán Delarroque, encallado en Riohacha después de un naufragio. Éste último es un aventurero ingenioso: «Ocho días después de su llegada ya tenía un pequeño peculio: con el sebo que los carniceros de Riohacha botaban a la calle levantó una modesta fábrica de velas y obtuvo utilidades que le permitían soñar con viajar a California y convertirse en minero»[7].

Además de los que vienen a buscar fortuna, otros europeos, por lo general más calificados, llegan al país contratados por el gobierno para desempeñar una misión científica o pedagógica. En 1822, Francisco Antonio Zea, ministro de Colombia en Europa, había contratado un grupo de científicos europeos, entre ellos, el químico Jean-Baptiste Boussingault y el zoólogo François-Désiré Roulin[8]. Después de las contrataciones hechas por Mosquera en la década de 1840, la tendencia a contratar docentes en el extranjero se reduce en las dos siguientes décadas a raíz de la privatización de la educación. Algunos profesores europeos van a enseñar sin embargo en colegios privados como es el caso de Charles Saffray, quien da clases de francés y de física en un colegio de Medellín a finales de los años de 1850, o Víctor Touzet, traductor al francés de las obras de Ezequiel Rojas y profesor en varios colegios de Bogotá. La contratación de profesores extranjeros vuelve a retomarse a finales de los sesenta gracias a la política educativa de los gobiernos radicales. Durante la Regenera-

7. E. Reclus, «Un voyage à la Nouvelle-Grenade, Paysages de la nature tropicale», *La Revue des Deux Mondes*, París, marzo 15, 1860, p. 423.

8. Cf. M. Combes, *Roulin y sus amigos, burguesía desvalida y arriesgada, 1796-1874*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942.

ción, una afluencia de congregaciones docentes europeas perpetuarán, con un tinte católico, esta tendencia recurrente a contratar profesores en el extranjero[9].

En cuanto a los diplomáticos europeos, es difícil vislumbrar de su parte un verdadero protagonismo en términos de difusión cultural. Algunos se vinculan por afición personal a empresas científicas o educativas del país, como el ministro británico Robert Bunch, miembro de la Academia de Ciencias Naturales de Bogotá. Aparte de esto, sólo un caso deliberado de propaganda cultural europea se da en la época: la misión del literato español José María Gutiérrez de Alba. Como «agente confidencial» de su gobierno, encargado de fomentar el sentimiento hispanista en Colombia, Gutiérrez de Alba se integra de inmediato a los círculos literarios bogotanos y se consagra a una intensa actividad periodística y literaria a partir de 1870. De regreso a España en 1883, continuará colaborando con los periódicos colombianos y se convertirá en el embajador peninsular de las letras colombianas.

La red de vínculos personales que los europeos dejan a su paso en el país es sin duda el legado más importante de su presencia en Colombia. Científicos, profesores y comerciantes, una vez regresados a sus respectivos países siguen siendo a menudo promotores del país y miembros activos de los círculos colombianos en las diferentes capitales europeas. Así van formándose verdaderas redes, como el círculo del químico francés Boussingault, después de su estadía en Colombia en los años veinte. De regreso a París al final de la década, abre las puertas de los círculos científicos franceses a Joaquín Acosta. Las amistades de Acosta se transmiten, por intermedio de José María Samper, su yerno, y de Ezequiel Rojas, a una nueva generación de colombianos, entre los cuales algunos visitarán a Boussingault en su retiro de Alsacia. Otros personajes claves son el danés Bendix Koppel, quien al cabo de 25 años en Bogotá regresa a Dinamarca en 1883 y representa

9. Cf. capítulo 7, «La reforma educativa» y capítulo 9.

varias veces al país en el *Congrès des Américanistes*[10], Robert Stephenson y Pierre Fourquet, tutores de varios jóvenes colombianos que se van a estudiar a Europa. En los años cuarenta el británico Thomas Fallon, quien se dedica a la explotación de las minas de Santa Ana, en Mariquita, Tolima, confía sus tres hijos a su socio Stephenson, para que éste, de regreso a Inglaterra, se haga cargo de su educación. Tomasa y Cornelia irán a París al convento de las ursulinas, mientras que Diego entrará en un instituto protestante en Londres, luego a un colegio superior jesuíta y finalmente a la Escuela de Ingeniería de Newcastle, antes de regresar a Colombia en los años cincuenta.

En junio de 1851, el francés Pierre Fourquet, radicado en Medellín y amigo del comerciante Marcelino Restrepo, lleva a Vicente, hijo de Marcelino, de 14 años, a París y lo inscribe en la escuela de los hermanos de las Escuelas Cristianas de Passy. En 1855, por insistencia de Fourquet, Vicente Restrepo entra en la Escuela de Minas, pero «saturado de geometría descriptiva, de mecánica y de cálculo diferencial»[11], la abandona unos meses después para estudiar química en un laboratorio parisino. Marcelino Restrepo, durante su estadía en París en 1862, se hospeda en casa de Fourquet[12]. Éste, tutor de estudios de numerosos jóvenes colombianos en París, especialmente antioqueños, se destacará como una figura clave de las amistades colombianas en Francia. Fourquet será descrito sin embargo, en una de las crónicas de José María Cordovez Moure, como un tutor de mucha respetabilidad, pero incapaz de prevenir el descarrío de inocentes jóvenes colombianos, pervertidos por los vicios de la vida parisina[13].

Una vez de regreso a Europa, los profesores, que a diferencia de los comerciantes vuelven generalmente a su país, desempeñan un

---

10. Cf. capítulo 5, «Las sociabilidades hispanoamericanas en Europa».

11. V. Restrepo, *Apuntes autobiográficos con comentarios y notas del padre Daniel Restrepo S. J.*, Bogotá, Editorial Centro, 1939, p. 16.

12. Cf. cartas de Marcelino Restrepo, BPP, FR.

13. Cf. J. M. Cordovez Moure, *Un viaje a Europa*, Bogotá, Librería Americana, 1911, pp. 3-34, y capítulo 6, «La crítica del viaje: una experiencia inútil y nociva».

papel particularmente importante en esa función de enlace con los viajeros colombianos, en particular por el prestigio que les confieren sus conocimientos. En Medellín, la carta escrita con ocasión de la salida de Charles Fisanne, maestro de química analítica en la Universidad de Antioquia durante cuatro años, muestra hasta qué punto este profesor francés se había granjeado la estima de las buenas familias antioqueñas. Entre los firmantes de la carta, en la que se exaltan los méritos del profesor, se encuentran los hermanos Pedro Nel y Tulio Ospina, Manuel Uribe Ángel, Pedro Alcántara Herrán, Ramón Arango, médico formado en París y miembro de la Sociedad Geográfica de París; Andrés Posada Arango, médico y miembro de la Sociedad Botánica de Francia; Carlos Greiffenstein, antiguo alumno de la Academia de Minas de Freiberg y director de las minas de Echandía y, por último, el presidente del Estado de Antioquia, Marceliano Vélez, quien da fe de las cualidades pedagógicas y científicas de Fisanne[14].

Algunos profesores y científicos, después de su regreso a Europa, buscan volver a Colombia. Es el caso de Bergeron, un profesor de matemáticas contratado por Mosquera durante su primera administración y a quien Murillo frecuenta en 1862 en París[15], o de Elisée Reclus, de quien José María Samper se hace amigo en la Sociedad Geográfica de París en 1861, y recomienda calurosamente al mismo Mosquera, para enseñar en la Escuela Politécnica, reorganizar el Colegio Militar o completar los trabajos de Codazzi[16].

Una última faceta de la presencia de extranjeros en el país se observa en las giras de espectáculos, en particular las compañías de ópera. En 1892, un director de orquesta llamado Patin, que da una serie de conciertos en Bogotá, compone una *Bogotá High Life Polka* en honor a las «señoras y señoritas de esta capital»[17]. Además de las modas artísticas, las giras contribuyen en ciertos casos a difun-

14. AMAE, ADP, Colombia, caja N° 2.

15. Carta de M. Murillo a T. C. de Mosquera, París, mayo 30, 1862, ACC, FM, D42449.

16. Carta de J. M. Samper a T. C. de Mosquera, París, diciembre de 1861, ACC, FM, D40893.

17. *Colombia Cristiana*, Bogotá, diciembre 21, 1892.

dir un imaginario político o religioso de Europa, como sucede, a principios de los años de 1870, con la gira del norteamericano Farrand, quien lleva por todo el país su *optorama*, ancestro del proyector de diapositivas. Su paso por Antioquia desencadena un entusiasmo irrefrenable. La importancia de la imaginería religiosa en las sesiones de Optorama —cuadros de Rafael, Rubens, Cánova, Da Vinci, Correggio, como también clichés de iglesias europeas—, sugiere la intervención del clero antioqueño, ávido de utilizar las últimas innovaciones técnicas para difundir las luces de la religión, en la selección de las imágenes:

> En la tercera función nos mostró el señor Farrand la famosa basílica que se ve destacar en el cielo de Italia [...] Es tan fiel la imagen que puede distinguirse con perfección la inscripción grabada en el monumento de Sesóstris: «Jesucristo reina, Jesucristo manda»[18].

Al tiempo que llegan muestras de entusiasmo de varios pueblos antioqueños —Yarumal, Amalfi, Aguadas—, el Consejo de la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús le envía un homenaje a Farrand en nombre de las «matronas antioqueñas» y del clero: «Viajar así por el mundo, copiando las obras de Dios y derramando el bien acá y allí, es ejercer un verdadero apostolado de evangélicas doctrinas prácticas de caridad y de civilización»[19].

Al intervenir en la selección de las imagenes presentadas, el clero y las asociaciones católicas de Antioquia habían transformado la gira de Farrand en una empresa ambulante de propaganda religiosa mediante la imagen: prueba sugerente de la rapidez con que los actores nacionales filtran la información proveniente del exterior para reutilizarla y someterla a sus propios propósitos. Así, frente a la poca actuación de los extranjeros en materia de difusión cultural y política, en un país aislado como lo es entonces Colombia, los mediadores culturales nacionales van a ocupar un lugar central: son ellos, ante

18. *Resumen de la Prensa respecto de las funciones de optorama exhibidas en Colombia por el Señor Camilo Farrand*, Medellín, Imprenta del Estado, 1871, p. 9.

19. *Ibíd.*, p. 17.

todo, quienes obtienen la información, traen al país los debates extranjeros y los difunden en la política nacional.

EL ACCESO A LOS IMPRESOS EUROPEOS

El libro, en la Colombia de mediados de siglo, es todavía por definición un bien importado de Europa. Las escasas obras nacionales o las que emanan de plumas hispanoamericanas y norteamericanas no son más que una excepción frente a esa abrumadora preeminencia del libro europeo: una preeminencia que, aunque relativizada por el decisivo aumento de la producción colombiana e hispanoamericana, será todavía observable a finales de siglo.

Libros, librerías y bibliotecas

El libro, además de importado, es también un bien escaso en esa época. Las bibliotecas de los conventos, los colegios y las universidades, algunas bibliotecas privadas como la de Joaquín Acosta y la Biblioteca Nacional de Bogotá concentran lo esencial de los libros existentes en el país. Después de la decisión de Mosquera, en 1848, de comprar centenares de libros en Europa para la Biblioteca Nacional, sólo compuesta entonces de obras traídas durante la Colonia, la renovación de los fondos se empantana en las dos décadas siguientes. En 1868, el director de la biblioteca, José María Quijano Otero, se queja de esta situación y solicita un presupuesto para renovar los fondos:

> Desde 1847 no se han traído de Europa nuevos libros para enriquecer la biblioteca, de manera que de los adelantos que ha hecho la civilización en todos sus ramos en los últimos veinte años, no existe nada en la Biblioteca Nacional[20].

El Congreso aprueba un presupuesto de 2.000 pesos para la compra de libros. Pero las compras se demoran. Quijano aboga entonces por el

20. Informe del Bibliotecario Nacional, *Int. 1868*, p. 91.

canje con otras repúblicas hispanoamericanas[21]. En esta época, la Biblioteca Nacional cuenta con 22.457 obras de las cuales: 7.307 son en latín (es decir un 33% del fondo total), 5.700 en francés (25%), 3.892 en castellano (es decir un 17% del fondo total) —de las cuales 1.551 (7%) son obras nacionales—, y 998 en inglés (4%)[22]; el francés por lo tanto se impone sobre el castellano como idioma moderno del conocimiento. Paulatinamente, la Biblioteca Nacional se va enriqueciendo con donaciones casuales de bibliotecas privadas como las de Joaquín Acosta, Manuel Ancízar o Rufino Cuervo, o con adquisiciones de libros procedentes de los conventos clausurados en virtud de los decretos liberales.

Además de este lento proceso de adquisición de fondos, la red de bibliotecas públicas comienza, en los años setenta, a extenderse gracias a las iniciativas del gobierno radical, de los mecenas o de algunas asociaciones promotoras de la instrucción pública. En 1874 se crea en Bogotá la Librería del Congreso a la que se otorga un presupuesto de 1.000 pesos para su primer año de funcionamiento[23]. En Medellín, el médico Manuel Uribe Ángel inaugura una biblioteca pública que es bautizada como «Biblioteca de Zea»[24]. En Honda, la Sociedad de Instrucción Mutua abre una biblioteca en 1875 con ayuda de donaciones de José María Samper y su esposa Soledad Acosta, Manuel Amador Fierro, Nicolás Pereira Gamba y Lázaro María Pérez[25]. Dotada inicialmente con 281 títulos, varios de ellos en francés o en inglés, la biblioteca de Honda también posee algunas colecciones de periódicos extranjeros como *La Italia Roja* —probablemente donada por Pereira Gamba, un liberal anticlerical que tiene intereses comerciales en Italia— o los famosos *Correo de Ultramar* y *El Americano*[26].

---

21. Informe del Bibliotecario Nacional, *Int. 1870, doc.*, pp. 4-6.

22. *La Ilustración*, Bogotá, marzo 30, 1870.

23. *Int. 1876*, p. 91.

24. Cf. el catálogo de la Biblioteca de Zea publicado por M. Uribe Ángel, Medellín, 1893, UA, Fondos Misceláneos, t. 160.

25. *Estatutos de la Biblioteca de Honda*, Honda, 1875.

26. Cf. en este capítulo, «La prensa europea destinada a Hispanoamérica».

En 1872, con el fin de facilitar la consulta de libros en la Biblioteca Nacional de Bogotá, el gobierno encarga al rector de la Universidad Nacional instalar salas de lectura en la planta baja del edificio de la misma, las cuales permanecerán abiertas todos los días hasta las diez de la noche[27]. Durante los catorce meses en los que se llevaron datos sobre la asistencia a la sala de consulta se calcula un promedio de 430 lectores al mes, cuyos principales intereses se concentran en la lectura de obras literarias (24%), de historia (24%), y de periódicos (17%). La consulta de obras de ciencias físicas o de matemáticas (9%) y de jurisprudencia (7%) es menos común, y la lectura de obras religiosas, técnicas, de medicina o de filosofía es mínima[28]. A pesar de todos los intentos por ampliar la red y el acceso a las bibliotecas, éstas siguen siendo una fuente muy limitada de acceso a los libros europeos. Aparte de los grupos dirigentes y de ciertos sectores de las clases medias urbanas —artesanos, funcionarios, militares—, el analfabetismo sigue dominando, y la compra de libros por cuenta propia sigue siendo el principal medio de acceso a las producciones intelectuales europeas.

A mediados de siglo, el comercio especializado de libros es todavía poco común en Colombia. Carencia que presumiblemente explica la frecuencia con la que son robados los libros y periódicos. En 1849, los redactores del periódico *El Neogranadino* se quejan de la frecuencia con la que desaparecen los periódicos que se les envían desde Europa. «Aún los periódicos de Europa nos faltan frecuentemente, como algunos de la costa i provincias del Norte. A nadie culpamos, pero es cierto que esos despojos bien merecen una protesta»[29]. Dos años más tarde, en 1851, el periódico *El Día* señala que han desaparecido varios libros de la biblioteca de Joaquín Acosta, una de las mejor dotadas del país: obras de Prescott sobre los Reyes Católicos y la conquista de México, tratados de física, anatomía, una historia del arte,

27. *Int. 1872*, p. 36.

28. «Estadística de la concurrencia a la Biblioteca Nacional», *Int. 1878, doc.*, p. 57.

29. *El Neogranadino*, Bogotá, febrero 24, 1849.

el *Cours d'Etudes Historiques* de Daunou y obras de Platón y de Maquiavelo[30].

En la década de 1850, parece que sólo dos verdaderas librerías funcionan en la capital: la de la imprenta de *El Neogranadino* y la de Simonnot, un francés radicado en Bogotá en 1851, quien se dedica a vender libros en francés y en español. A éstas se agrega, a finales de la década, la imprenta de *El Mosaico*, especializada en obras literarias nacionales: las *Armonías económicas* de Bastiat y *La cabaña del tío Tom* son los únicos libros extranjeros que figuran en su catálogo de 1860. En 1856, el periódico del arzobispado de Bogotá, *El Catolicismo*, denuncia a Simonnot por vender libros inscritos en el índice expurgatorio, en particular los de Rousseau, Robertson, Eugène Süe, Hugo, George Sand, Volney, Bentham: «Si no están prohibidos son por lo menos peligrosas la Moral Universal de Holbach i las novelas de Dumas i de Balzac»[31]. Por lo demás, la venta de libros se limita a entregas a pequeña escala, cuya llegada es anunciada por los comerciantes, generalmente mediante la prensa o por letreros en los escaparates. A comienzos de los cincuenta, en Medellín, el joven Vicente Restrepo descubre las obras de los grandes autores románticos porque su padre, el comerciante Marcelino Restrepo, los vende en su tienda[32]. Poco a poco, el número de librerías o tiendas que venden libros aumenta. En 1874, Medellín cuenta por lo menos con seis establecimientos de venta de libros, según los anuncios publicitarios insertados en el *Boletín Industrial*. Varios de estos establecimientos son auténticas librerías, y la de los hermanos Gutiérrez parece ser la mejor surtida. En su catálogo se encuentran numerosas obras religiosas, francesas en su mayoría: Auguste Nicolas, Fleury, Gaume y Henri Lasserre, gran promotor de los milagros de Lourdes, pero también románticos franceses y españoles —Chateaubriand, Larra, Campoamor— y clásicos españoles: *Gil Blas*, *Don Quijote*, y obras de Quevedo[33].

30. Cf. *Int. 1865*.

31. *El Catolicismo*, Bogotá, julio 8, 1856, p. 202.

32. V. Restrepo, *op. cit.*, p. 11.

33. *Boletín Industrial*, Medellín, noviembre 5, 1874, p. 114.

Hasta la década de 1870, el bibliófilo puede escoger entre tres tipos de librerías: las librerías religiosas, las librerías de novelas, y las librerías «liberales», las únicas que ofrecen títulos censurados por el Vaticano. La librería de Fernando de Cayzedo en Bogotá ofrece un buen ejemplo de librería católica, no tanto por el predominio de las obras religiosas en su catálogo de 1870 —49 sobre un total de 103 libros— sino también por la ausencia de novelas populares francesas. Aparte de las publicaciones religiosas, Cayzedo vende algunos libros científicos, algunas gramáticas, diccionarios, libros de retórica, así como textos históricos y filosóficos —Solís, Marmontel, Guizot—, y muy pocos textos literarios, cuidadosamente seleccionados: Corneille, Molière, Goldoni, Walter Scott, Lamartine. En general, las obras francesas, profanas o religiosas —Bossuet, Calmet, Gaume, Didon— predominan. La Librería Torres Caicedo, fundada en 1870 en la capital por el conservador Lázaro María Pérez, y que lleva ese nombre en homenaje al publicista radicado en París[34], introduce por primera vez la producción literaria de otros países hispanoamericanos, pero vende sobre todo novelas francesas[35]. En los años ochenta el panorama de las librerías colombianas se amplía algo más, la capital cuenta entonces con cuatro librerías: la de Fidel Pombo, ingeniero y director del Museo Nacional, especializada en publicaciones científicas; la Librería Americana de Miguel Antonio Caro, especializada en libros religiosos y en literatura española, tanto clásica (la *Gran Biblioteca de Autores Españoles,* de Rivadeneira, la *Colección de Escritores Castellanos,* la *Colección de Autores Españoles,* de Brockhaus) como contemporánea (Pérez Galdós, Valera, Alarcón, Emilia Pardo Bazán, Campoamor, Núñez de Arce, Bécquer, Balmes, Menéndez y Pelayo); la Librería Colombiana, fundada en 1882 por

---

34. Cf. en este capítulo, «La prensa europea destinada a Hispanoamérica».

35. Un extracto del catálogo de la librería publicado en 1893 en el periódico de L. M. Pérez, *El Heraldo,* revela esa preferencia por la novela frívola francesa, como lo señalan, por ejemplo, los títulos inscritos bajo la letra Z: «Zoc Chien-Chien, gran novela dramática de A. Matthey, traducida del francés por Enrique Pastor y Bedoya. Zizi, historia de un gorrión de París, por Henri Demesse, traducción de Arturo Vinar del Roig. Zita la Saltimbanqui, de Hector Malot, traducción de Ángel de Luque».

Salvador Camacho Roldán, orientada a la filosofía, la historia, las ciencias sociales, y la literatura inglesa y norteamericana[36]; y por último, la Librería Barcelonesa, de los catalanes Soldevila y Curriols, especializada en la venta de novelas folletinescas francesas o españolas de mediocre calidad y malas traducciones de grandes autores franceses (Hugo, Lamartine, Gautier, Flaubert, Renan, Taine)[37].

Las bibliotecas públicas o privadas se mantienen al día a través de la compra de libros en el exterior o su encargo a los que cruzan el Atlántico. Entre las librerías preferidas por los lectores colombianos en el exterior figuran las de Clémentine Denné-Schmitz[38] o la Librería Castellana en París, ambas especializadas en obras en español. La librería española de Bethencourt en la isla antillana de Curazao, frente a las costas venezolanas, merece una mención particular: su variedad no deja de impresionar a los colombianos que hacen escala allí durante su travesía a Europa. En 1874, Luciano Rivera y Garrido, al cruzar por primera vez el Atlántico, alude a ella muy impresionado:

> Me llamó sobremanera la atención el surtido establecimiento de libros de un comerciante español, el señor Agustín Bethencourt. No existe en toda la República de Colombia una sola librería que pueda competir con aquella, por la abundancia y variedad de las obras, y por la baratura relativa de los precios. Allí hay libros en casi todos los idiomas, sobre todo en castellano, y entre ellos tuve la grata satisfacción de ver producciones de compatriotas nuestros, tales como los *Viajes por Europa* y la *Miscelánea* del señor José María Samper, la

---

36. *El Conservador*, Bogotá, abril 25, 1896, p.101.

37. Evocando la libertad tomada de los traductores de la Librería Barcelonesa con el fin de crear títulos atractivos —así por ejemplo, *Madame Bovary* se convierte en *¡Adúltera!*, y *Mademoiselle de Maupin* en *¿Hombre o hembra?*— Laureano García Ortiz recuerda que «algunos letrados bogotanos creían candorosamente conocer estos autores a través de esas traidoras traducciones, aunque Lamartine les resultara inferior a Forero Salazar, Víctor Hugo a Don Peregrino Sanmiguel, Renán escasamente equivalente al doctor Ledesma y Taine a Constancio Franco». L. García Ortiz, «Las viejas librerías de Bogotá», *Conversando...*, Bogotá, Kelly, 1966, pp. 278-279.

38. Cf. capítulo 5, «La 'diplomacia tipográfica': libros y periódicos en Europa».

> *Gramática latina* de los señores Cuervo y Caro, la *María* del señor Jorge Isaacs, y otros. El señor Bethencourt es una persona muy estimable, que quiso favorecerme con señaladas muestras de atención, por lo cual su recuerdo me será siempre grato. Me manifestó que tenía deseo de establecer relaciones con algunas casa editoras de Colombia para colocar en Curazao las publicaciones que se envíen de ello. Lo aviso al señor Borda, al señor Gaitán, a los señores Pontón y Compañía, y a todos los editores de nuestro país que quieran entenderse con él, asegurándoles que encontrarán un corresponsal diligente y honrado[39].

La circulación de los libros acompaña los viajes transatlánticos. En 1850, Sergio Arboleda recibe en Popayán, su ciudad natal, numerosas cartas de un compatriota suyo que le escribe desde Flavigny, Francia, aconsejándole lecturas religiosas[40]. Próspero Restrepo envía desde París las últimas publicaciones de la literatura católica francesa a su hermano Vicente en Medellín[41]. Entre 1865 y 1874, Rafael Núñez envía regularmente a Mosquera libros y periódicos europeos[42], en particular las obras de Renan recién publicadas[43]. La rápida obtención en Colombia de libros susceptibles de desencadenar grandes polémicas reviste a veces una importancia estratégica para los publicistas que se dedican a la crítica de las últimas producciones intelectuales europeas. Así, cuando Renan publica la *Vida de Jesús*, libro que origina una de las principales po-

---

39. L. Rivera Garrido, *De América a Europa*, Palmira, Imprenta de Materón, 1875, pp. 22-23.

40. Esas cartas, cuyo autor se desconoce por no llevar firma, se conservan en el fondo Sergio Arboleda, ACC.

41. En una carta de 1881, Vicente le recuerda a Próspero que espera su envío de libros de monseñor Dupanloup. Cf. carta de Vicente a Próspero Restrepo, Bogotá, julio 20, 1881, BPP, FR.

42. Cf. cartas de R. Núñez a T. C. de Mosquera, El Havre, julio 7, 1866, ACC, FM, D48899, y Villiers, junio 4, 1869, ACC, FM, D51723.

43. Carta de R. Núñez a T. C. de Mosquera, París, febrero 11, 1866, ACC, FM, D48898. Cf. también carta fechada en El Havre, julio 4, 1869, ACC, FM, D51724, en la que le anuncia que va a enviarle el último libro de Renan, y la carta fechada en Liverpool, abril 17, 1874, ACC, FM, D56042, acompañando su envío con *El anticristo* de Renan.

lémicas del siglo XIX en Colombia, los primeros en publicar un comentario al respecto en Bogotá son los liberales José María Rojas Garrido y Ricardo Becerra. El conservador José Manuel Groot, principal detractor colombiano de Renan —publicará en efecto una refutación de la *Vida de Jesús*— explica a Mariano Ospina en 1867 la dificultad de obtener el libro para poder, a su vez, criticarlo:

> No habían reunido más que dos ejemplares de Mr. Renan y éstos los tenían sólo ellos [Rojas Garrido y Becerra]. De las refutaciones que de él se habían hecho en Europa apenas teníamos noticia de dos, que ningún conservador tuvo cuidado de mandarnos tan oportunamente como los masones mandaron a sus hermanos el libro de Renan. Concebí el proyecto de escribir una lijera refutación de este autor, pero no podía conseguirlo[44].

Lecturas

Si bien es imposible establecer el nivel exacto de conocimiento de las lenguas europeas en Colombia, ciertos indicadores permiten estimarlo: una profusión de libros en francés y en inglés; la frecuencia de anuncios en la prensa para la venta de gramáticas, diccionarios y métodos de aprendizaje de lenguas extranjeras, en especial el francés y el inglés; la publicación de métodos lingüísticos por parte de varios eruditos colombianos[45]. Finalmente, el estudio de los países europeos en donde permanecen los viajeros[46] y de las traducciones nacionales sugieren sin gran sorpresa, un predominio del francés, seguido del inglés y en menor medida del italiano, mientras que al alemán sólo tienen acceso los pocos colombianos que se educaron en Alemania.

La palabra impresa, por lo tanto, remite a los lectores a un universo cultural casi enteramente europeo. En un párrafo de su autobio-

44. Carta de J. M. Groot a M. Ospina, Bogotá, abril 6, 1867, FAES, AMOR/C/ 14, f. 33.

45. Es el caso, por ejemplo, de José Manuel Rivas Groot, quien en 1886 publica un método titulado *El inglés al alcance de los niños*. O también de César Guzmán, especialista en gramática inglesa.

46. Cf. capítulo 4, «La vida europea de los viajeros colombianos».

grafía, similar a muchos otros que se encuentran diseminados en las memorias de sus contemporáneos, Vicente Restrepo evoca así su gusto precoz por la lectura:

> Uno de mis gratos entretenimientos fue siempre la lectura; el primer mueble que tuve fue un estante para libros. Chateaubriand, César Cantu, Thiers, Madame de Stael eran mis autores favoritos; igualmente leía con gusto algunos clásicos españoles. Entre los poetas prefería a Lamartine y a Víctor Hugo[47].

Las obras literarias de la época ofrecen interesantes testimonios sobre las lecturas más frecuentes: es el caso de *María*, publicada en 1867 por el vallecaucano Jorge Isaacs e inspirada en sus años de juventud en la hacienda de El Paraíso[48]. En las páginas de la novela se citan trece libros pertenecientes a la biblioteca de Efraín, el personaje central. De esas trece obras, sólo tres autores no son franceses: Shakespeare, Cervantes y el filósofo católico español Donoso Cortés. Entre las diez obras de autores franceses, muchas son religiosas: la *Défense du christianisme*, del conde de Frayssinous (1825), una traducción del *Christ devant le Siècle* de Roselly de Lorgues (1835), otra de *L'imitation de la Très Sainte Vierge* de Rouville (1766). Chateaubriand (*Le génie du Christianisme, Atala*) ocupa el lugar predilecto que los lectores colombianos del siglo XIX siempre le reconocieron. Isaacs evoca así el efecto benéfico de su lectura en la frágil y delicada María: «Las páginas de Chateaubriand iban lentamente dando tintes a la imaginación de María. Tan cristiana y llena de fe, se regocijaba al encontrar bellezas por ella presentidas en el culto católico»[49].

Entre las otras obras mencionadas en la novela se encuentran algunas recopilaciones de textos de finales del siglo XVIII —traducciones de obras como *Les Veillées du Château* de la condesa de Genlis y

---

47. V. Restrepo, *op. cit.*, p. 28.

48. Jorge Isaacs, *María*, Madrid, Cátedra, 1993. El realismo autobiográfico de la novela permite atribuirle relativa fiabilidad a la evocación de las lecturas favoritas de María y Efraín.

49. *Ibid.*, p. 78.

Les Soirées de la Chaumière, de Ducray-Duminil—, o algunas obras históricas y políticas francesas —*De la démocratie en Amérique* de Tocqueville, la *Galerie morale et politique* de Ségur, o el *Journal de Napoléon à Sainte-Hélène*—.

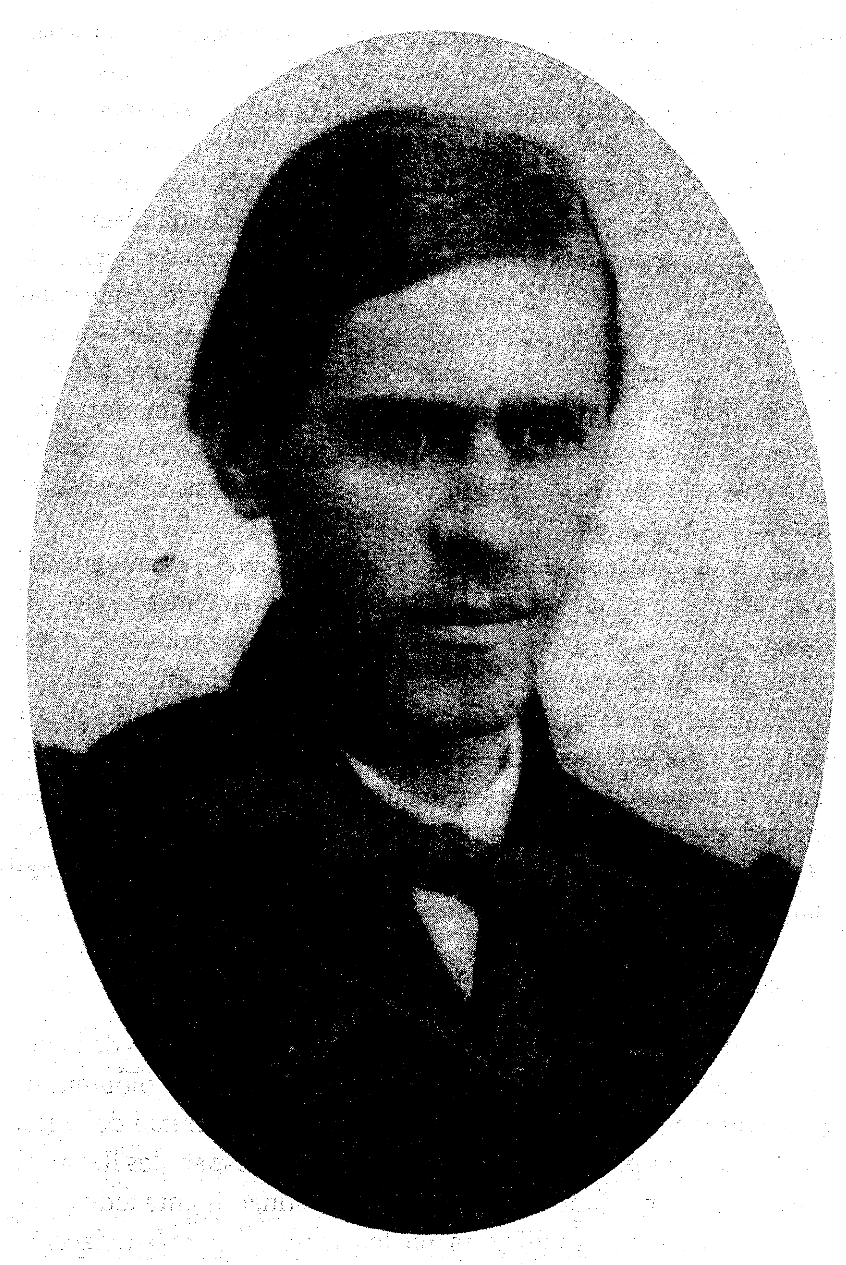
Otro testimonio valioso es brindado por el diario de lectura de un joven liberal, Tomás Cuenca, que conserva los comentarios de sus lecturas hechas entre 1858 y 1860[50]. El estudio de ese diario revela varias tendencias interesantes. En primer lugar, casi todos los libros mencionados son de autores europeos. Los libros de autores franceses representan un 80% del total. Así, de cuarenta y seis libros, treinta y siete son de autores franceses, tres de autores italianos (Cesare Cantú y Silvio Pellico), tres de autores ingleses (Bacon, Robertson y Bentham), uno de Goethe, y, única excepción a la preeminencia europea, un libro del norteamericano Fenimore Cooper sobre Cristóbal Colón. En segundo lugar, la importancia de obras religiosas francesas (cinco de cuarenta y seis, es decir un poco más del 10%) es digna de interés, si se tiene en cuenta que Cuenca pertenece a la joven guardia liberal: allí aparecen Bossuet, Auguste Nicolas, dos obras de Lamennais, una historia de los jesuitas de Crétineau-Joly, y una biografía de Lamennais por el padre Gerbet. Dos obras de Joseph de Maistre y una de Bonald, adalides del pensamiento tradicionalista francés, se cuentan también entre los libros leídos por Tomás Cuenca durante esos dos años. Obviamente, la defensa del absolutismo y del papado emprendida por de Maistre indigna a Cuenca:

> Maistre defiende a despecho de la historia i de la moral todos los crímenes, todas las iniquidades que han venido de la Iglesia: O! Ceguedad! Llega hasta disculpar las más grandes iniquidades de los más culpables Pontífices[51].

Sorprende, sí, la poca presencia de lecturas socialistas o utópicas frente a esta considerable presencia de literatura religiosa y tradicio-

50. Tomás Cuenca, Diario de lectura, BLAA, Mss. 5.

51. *Ibíd.*, p. 92.



Tomás Cuenca.
Galería de Notabilidades Colombianas, Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá.

nalista francesa: Cuenca lee una explicación del sistema societario de Fourier y la *Historia de diez años* de Louis Blanc, nada más. Por lo demás evoca el proudhonismo a través de las opiniones sobre el tema de los políticos conservadores Guizot y Eugène de Mirecourt. Las lecturas históricas, políticas, económicas y jurídicas se nutren de varias fuentes: Guizot, Cantú, Robertson, Talleyrand, Bastiat, Bentham. La novela histórica es representada por Dumas, Scribe, Cooper. La ficción denota un fuerte gusto por lo romántico, donde se mezclan los precursores —Bernardin de Saint-Pierre, Goethe, Madame de Staël— y, por supuesto, los principales representantes del género: Chateaubriand, Lamartine, Víctor Hugo. En fin, la abrumadora presencia de obras del siglo XIX demuestra la «actualidad» de la lectura de obras europeas: de un total de cuarenta y seis obras, sólo seis son anteriores al siglo XIX.

Así, en la Colombia de las décadas de 1850 y 1860, el universo de la lectura sigue siendo un universo casi exclusivamente europeo. El proceso de creación de una literatura nacional, que comienza a ser tangible en los años sesenta, llevará a reducir paulatinamente el peso de Europa en las lecturas de los colombianos. Una sorprendente homogeneidad aparece en las lecturas de los actores del debate público, y sugiere un universo literario que varía poco en función de las adhesiones partidistas: los radicales leen los autores ultramontanos, de igual modo que los conservadores leen los grandes éxitos del romanticismo republicano.

La prensa europea destinada a Hispanoamérica

A pesar de haber crecido considerablemente desde finales de la década de 1840, la circulación de impresos europeos en Colombia sigue siendo relativamente escasa durante la segunda mitad del siglo. Los principales periódicos franceses, ingleses o españoles llegan al país, pero en cantidades limitadas: están destinados ante todo a políticos ilustrados y a publicistas que los necesitan para la redacción de sus propios periódicos. El público en general casi no tiene acceso a ellos. Así, aunque la prensa europea influya en forma decisiva

sobre el debate público, mediante artículos traducidos al español publicados en los periódicos colombianos, su difusión «material» en el país es muy baja: son muy pocos los distribuidores comerciales de periódicos europeos en Colombia[52]. Sólo la prensa europea destinada específicamente a la América hispánica, alcanza una difusión amplia en el país.

Ésta constituye un conjunto bastante heterogéneo de empresas periodísticas europeas que difunden, desde el Viejo Mundo —París, Londres, Madrid— hacia el Nuevo, periódicos redactados en español y adaptados *a priori* a los intereses de los lectores hispanoamericanos, pero con distintos trasfondos ideológicos.

Varias de esas publicaciones perpetúan la gran tradición de los periódicos independentistas hispanoamericanos publicados en Londres como *El Repertorio Americano* de Andrés Bello. Es el caso, en cierta medida, de *El Español de Ambos Mundos,* fundado en Londres en 1860 por un periodista chileno y dos liberales españoles. José María Samper publica en ese periódico una serie de artículos que vuelve a publicar en 1861, en París, bajo el título de *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas,* la obra emblemática del liberalismo radical colombiano. A pesar de inclinarse por una victoria conservadora en Colombia[53], *El Español de Ambos Mundos* es un periódico sospechoso en Europa: figura en la lista de las publicaciones extranjeras cuya circulación es prohibida en Francia por la censura imperial[54]. Otros periódicos se imponen como instrumentos de propaganda hispánica destinada al Nuevo Mundo, sea en su versión conservadora y ultramontana —es el caso de *Altar y Trono,* publicado en Madrid a partir de 1857—, o en su versión liberal, con periódicos como *La América, Crónica Hispano-Americana,* ór-

52. En 1867, Francisco Ramírez Castro y Lázaro María Pérez aparecen como los dos únicos agentes distribuidores de periódicos extranjeros en Bogotá. Cf. J. M. Vergara y Vergara, *Almanaque de Bogotá y guía de forasteros,* Bogotá, Gaitán, 1866.

53. Carta de J. M. Samper a T. C. de Mosquera, París, octubre 30, 1861, ACC, FM, D40892.

54. ANP, F18 550, «Journaux étrangers introduits en France, 1850-1886».

gano de los liberales españoles lanzado en Madrid el mismo año. *El Eco Hispano-Americano*, publicado desde 1854 por el español José Segundo Flórez, busca ante todo promover allende los mares la política «latina» de Napoleón III.

Numerosos españoles se encuentran entre los colaboradores de esos periódicos, pero los dueños de los periódicos parisinos son casi todos editores franceses que buscan sacar provecho de su inversión. Los hispanoamericanos por su parte, durante las décadas de 1850 y 1860, todavía no están muy presentes en la prensa destinada a sus países natales, aunque el nombramiento en 1860 del publicista colombiano José María Torres Caicedo, como principal redactor del *Correo de Ultramar* ofrece un buen ejemplo de cómo un periódico, originalmente europeo, puede llegar poco a poco a *americanizarse*. Habrá que esperar en todo caso la década de 1870 para que se consolide en Europa una verdadera corriente de prensa hispanoamericana, en manos de hispanoamericanos y, en la mayoría de los casos, portadora de un mensaje liberal y continentalista[55].

Los periódicos publicados en Londres, París, Madrid o Nueva York[56] destinados a la América hispánica, constituyen la mayor parte de las publicaciones extranjeras vendidas en Colombia. Puesto que no existen, en la mayoría de los casos, cifras de tiraje y de distribución de dichos periódicos en los diferentes países, resulta difícil evaluar su difusión. Las listas de los distribuidores comerciales de estos periódicos sugieren sin embargo una difusión bastante amplia. Así, en 1870 en Bogotá, la agencia distribuidora Medina Hermanos vende los siguientes periódicos extranjeros: *L'Indépendance Belge, La Moda Elegante Ilustrada, La Ilustración Española y Americana*, y *El Correo*

55. Cf. capítulo 5, «Sociedades científicas, academias, congresos».

56. Luego de París y Londres, Nueva York es otro gran centro editorial para la prensa hispanoamericana. Durante el siglo XIX, periódicos como *El Noticioso de Ambos Mundos, El Revisor, La América, El Latino-Americano, El Progreso, La Revista Ilustrada de Nueva York* y *Las Tres Américas*, circulan en las colonias hispanoamericanas de la ciudad y, más allá, en Hispanoamérica en general.

de Ultramar[57]. Los periódicos extranjeros vendidos en el almacén de Venancio A. Calle en Medellín son *El Nacional* de Lima, *El Eco de Ambos Mundos* de Londres, *La América Ilustrada* y *La Independencia* de Nueva York; *La Ilustración Española y Americana* se vende en la tienda de Jorge Bravo[58].

Varios testimonios de la época reflejan la popularidad de esas publicaciones en Colombia. En 1874, Luciano Rivera Garrido se entusiasma al conocer, durante un viaje en ferrocarril entre Bordeaux y París, a José Segundo Flórez, «antiguo redactor de *El Eco Hispano-Americano*, periódico muy conocido en América»[59]. Las colecciones de periódicos, cuyos grabados, casi inexistentes en la prensa colombiana hasta la década de 1880, realzan el valor simbólico, son por lo general conservadas en los estantes de las bibliotecas o pasan de mano en mano. En un texto Nicolás Tanco evoca «aquellos ranchos con el suelo sucísimo y lleno de hoyos, con las paredes adornadas de viñetas del *Correo de Ultramar* o *La Ilustración*; con calabazas colgadas de las vigas y costales de arroz o mazorca de maíz en las esquinas...»[60].

A mediados de siglo, los periódicos destinados a la América Latina, reflejando la nacionalidad de sus dueños y de la mayoría de sus redactores, son todavía portadores de intereses europeos y difunden una propaganda hispanista, católica o imperial.

El semanario *El Correo de Ultramar, periódico universal*, publicado en París a partir de 1842 por dos franceses, Lassalle y Melan, es el periódico más popular en Hispanoamérica hasta su absorción en 1886 por *La Ilustración Española y Americana*, una revista fundada en Madrid en 1870. En 1860, el *Correo* se vende en trece ciudades de Colombia, incluyendo ciudades secundarias como Riohacha, Pamplona o Mompós. En 1880, la lista de agencias distribuidoras muestra una

57. *La Ilustración*, Bogotá, abril 23, 1870.

58. *Boletín Industrial*, Medellín, septiembre 15, 1873, p. 12.

59. L. Rivera Garrido, *op. cit.*, p. 208.

60. N. Tanco Armero, *Recuerdos de mis últimos viajes. Japón*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1888, p. 193.

circulación en catorce ciudades colombianas. En los años cincuenta, José María Torres Caicedo, quien abandona el país luego de un duelo desafortunado con un periodista liberal, comienza a trabajar como tipógrafo en ese periódico. Su experiencia anterior en la prensa —como redactor principal del periódico conservador *El Día* en Bogotá en 1849 y 1850— le permite pasar rápidamente a la redacción. En 1860 es nombrado redactor en jefe de la sección de política del periódico, es decir, su principal redactor.

El Correo de Ultramar representa la vertiente conservadora de la prensa europea destinada a Hispanoamérica. Las noticias comerciales con el precio de las materias primas en los mercados europeos alternan con asiduas crónicas sobre las familias reales europeas y con resúmenes, redactados por Torres Caicedo, de artículos sacados de los principales periódicos conservadores hispanoamericanos. Sus artículos sobre Colombia, inspirados en los periódicos de oposición al régimen liberal —en especial *El Porvenir* de Bogotá—censuran con vehemencia los gobiernos liberales. La severidad de sus juicios, difundidos por toda Hispanoamérica gracias a la gran influencia del *Correo,* le valdrá numerosas enemistades liberales en su país[61].

Con motivo de su nombramiento como redactor de la sección política del periódico en 1860, Torres Caicedo informa a sus lectores de las exigencias de la censura imperial; de inmediato anuncia que respetará la obligación de reserva que ésta le impone, a pesar de no estar de acuerdo con el régimen de restricciones que pesa sobre la prensa francesa: «La ley de las advertencias o admonestaciones, la supresión o suspensión de las hojas diarias o periódicas, y esto aun por vía gubernativa imponen una excesiva reserva»[62]. Al mismo tiempo, Torres Caicedo propone hacer de su periódico un foro intelectual latinoamericano:

61. Cf. sobre la polémica entre Torres Caicedo y los dirigentes liberales, *Las cartas cruzadas entre el Señor Manuel Murillo i el Jeneral José Hilario López i la réplica del Señor José María Torres Caicedo,* s.f. [1858].

62. *El Correo de Ultramar,* París, marzo 22, 1860.

> Las columnas del Correo están abiertas a todos los ingenios latinoamericanos. Siempre recibiré con placer las hermosas producciones de los literatos y políticos del Nuevo Mundo. Si los autores favorecen a la redacción con un ejemplar de sus obras, se mencionarán en este periódico, y también se dará de ellas un análisis. Como se piensa crear una Revista bibliográfica, justo y conveniente será que en ella figuren las obras hispanoamericanas[63].

Pese a este tímido comienzo de *americanización*, el *Correo de Ultramar* seguirá siendo un periódico esencialmente europeo, difusor de una información «eurocéntrica» hacia Hispanoamérica, y no una verdadera tribuna latinoamericana. Prueba de ello es la declaración emitida por el prefecto de policía de París en una carta de 1867 en la que le responde al ministro francés del Interior, quien le había pedido un informe sobre los periódicos extranjeros impresos en París, «que tratan de asuntos políticos y de economía social, y cuya distribución está destinada exclusivamente a los países extranjeros»[64]. El beneplácito emitido por el prefecto de policía señala claramente el carácter inofensivo del periódico en materia política. En sus crónicas sobre México, el *Correo*, a pesar de su posición de principio independentista, se muestra bastante favorable al emperador Maximiliano:

> *El Correo de Ultramar* existe desde hace 25 años. La imprenta es Mourgues, calle J. J. Rousseau 8, y aparece tres veces por semana. Sus oficinas están situadas en el Passage Saulnier N°. 4. Su divulgación es muy amplia en la América Meridional. El señor Torres Caicedo, originario de Colombia, es su redactor político principal. La publicación es partidaria de la independencia de las repúblicas de la América del Sur, y rechaza cualquier injerencia de las potencias europeas en esta parte del Nuevo Mundo. No se presenta hostil a Francia[65].

63. *Ibíd.*

64. Carta del prefecto de policía al ministro del Interior de Francia, 14 de marzo de 1867, ANP, F18 550, «Journaux étrangers introduits en France, 1850-1886».

65. *Ibíd.*

El Eco Hispano-Americano, el otro periódico destinado a Hispanoamérica tolerado por la censura imperial francesa, es publicado de 1854 a 1872 por el español José Segundo Flórez, positivista y partidario de Napoleón III, y su compatriota Ramón de la Sagra. El periódico, apadrinado por la editora Clémentine Denné-Schmitz, propietaria de la principal librería española de París, obtiene la autorización del gobierno a condición de limitarse a una estricta enunciación de los hechos políticos que relata, sin agregarle comentarios. Pese a que la censura imperial ve con malos ojos las tendencias socializantes, peor aún, proudhonianas, de Ramón de la Sagra, el periódico —que desde su aparición lucirá la divisa «Orden y Progreso»— obtiene rápidamente la confianza del gobierno de Napoleón III: «Flórez preconiza nuestra constitución de 1852 y nuestras formas políticas», escribe el prefecto de policía de París al ministro del Interior en 1862[66].

Además de propagar el modelo imperial francés, Flórez difunde una propaganda cultural hispanista. En la primera entrega de su periódico *El Eco de Ambos Mundos* —precursor de *El Eco Hispano-Americano*— en 1852, Flórez había definido claramente su ambición:

> Servir de intérprete y mensagero fiel [...] con los numerosos pueblos españoles del otro hemisferio [...] fraternizar con nuestros antiguos hermanos de América, nosotros españoles de nacimiento y de sentimiento, españoles netos, españoles puros, y a quienes por consiguiente la comunidad de origen de raza, de creencias, de costumbres, de idioma, de civilización en fin, une con los más preciosos vínculos de profunda y eterna simpatía a esos pueblos que nunca podrán dejar de inspirarnos el mayor interés[67].

La Ilustración Hispano-Americana, el suplemento de literatura, artes y modas de *El Eco Hispano-Americano,* pretende contribuir a «esa grande misión de propaganda universal, [...] ese apostolado que todos reconocen a la nación francesa, para la grande obra de la rejeneración intelec-

---

66. Citado en F. Gambrelle, *Publier à Paris sous le Second Empire: l'apostolat de journalistes espagnols d'inpiration comtiste,* Université de Paris I, 1990, p. 10.

67. Artículo de *El Eco de Ambos Mundos* de 1852, citado en *ibíd.*

tual y de la civilización moral y material del mundo moderno...»[68]. La revista de José Segundo Flórez obtiene rápidamente cierto eco en Colombia: es distribuida en seis ciudades en 1855, en once en 1859. Varios periodistas conservadores —José Joaquín Ortiz, Lázaro María Pérez— envían sus colaboraciones. Conscientes de la preponderancia de París en la prensa destinada a América Latina, los periodistas madrileños comienzan a tratar de ganar terreno. En 1857, el publicista liberal Eduardo Asquerino funda en Madrid la revista *La América, Crónica Hispano-americana*. Deseoso de fundar un foro exento de conflictos partidistas, logra agrupar una prestigiosa lista de colaboradores españoles: Castelar, Cánovas del Castillo, Pi y Margall, Núñez de Arce, Campoamor, Alarcón, Bretón de los Herreros y Amador de los Ríos. Su objetivo es contribuir a que España reemplace a Francia como metrópoli cultural de los países hispanoamericanos. En 1859, haciendo un balance de los dos años de publicación del periódico, Asquerino escribe:

> España carecía del contacto inmediato con sus antiguas posesiones del Nuevo Mundo; pues aun cuando se publicaban en Francia diferentes periódicos que propendían a neutralizar esta falta, estos periódicos, a los cuales no queremos aludir desfavorablemente, partían, sin embargo, de tierra estranjera y faltaban, por lo mismo, a las primeras condiciones de su propósito. Nuestra Crónica ha sido, pues, el primer órgano hispano-americano que alcance preponderancia en el Nuevo Mundo, y eche los fundamentos de la gran liga que, en tiempos más o menos remotos, unirá a toda la familia que hoy apartan los mares y las discordias internas[69].

La América, que milita especialmente en favor de la creación de un ministerio de Ultramar, del establecimiento de líneas de vapor entre España y la América Hispánica, y de la organización de una Exposición Hispanoamericana en Madrid, obtiene la colaboración de prestigiosas plumas hispanoamericanas: el argentino Juan Bautista

68. *La Ilustración Hispano-Americana*, París, octubre 15, 1857.
69. *La América. Crónica Hispano-Americana*, Madrid, marzo 8, 1859, p. 1.

Alberdi, el chileno Diego Barros Arana, el venezolano Rafael María Baralt, y los colombianos José María Samper y José María Torres Caicedo. Pero por su posición frente a la cuestión cubana y por su ideal fundamentalmente «hispanista», la revista de Eduardo Asquerino no logra constituirse en verdadero foro latinoamericano.

Otros periódicos tradicionalistas españoles propagan desde París o Madrid el modelo de la monarquía católica. El lanzamiento en diciembre de 1855 en París de la revista *El Eco del Mundo Católico*, editada por el español Eduardo Vélez de Paredes, es de inmediato acogido y destacado por la prensa católica colombiana[70]. La primera entrega publica una carta póstuma, fechada en noviembre de 1853, del arzobispo Manuel José Mosquera, quien, rumbo a su exilio romano, felicita a Vélez por su proyecto de publicar un periódico católico para la América española. El periódico del arzobispado de Bogotá, *El Catolicismo*, publica en sus páginas el primer editorial del nuevo periódico español:

> La dirección de El Eco del Mundo Católico se entenderá con el Dr. Don José Caixal, director de la Librería Religiosa, que fundó en Barcelona el dignísimo Sr. Arzobispo de Cuba, i con el editor propietario de la Biblioteca Clásica de Relijión, que se publica en Madrid, para facilitar la propagación de las buenas doctrinas, i todos juntos oponer un fuerte dique a la plaga de folletos, diarios i malos libros que inundan los Estados hispano-americanos[71].

Unos años más tarde, en 1869, el semanario madrileño sugestivamente titulado *Altar y Trono*, «revista hispanoamericana redactada por los más célebres escritores católico-monarquistas»[72], y que defiende un modelo monarquista católico ultrajado por la última revolución española de 1868, llega a los lectores colombianos por intermedio de dos agentes comerciales, Joaquín F. Vélez en Cartagena y Bernardo Medina —el agente del *Correo de Ultramar*— en Bogotá. El

70. *El Catolicismo*, Bogotá, enero 29, 1856.

71. *Ibíd.*

72. *Altar y Trono*, Madrid, mayo 5, 1869.


LA AMÉRICA
CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

La América, Crónica Hispano-americana, Madrid, 1859.
Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá.

editor, quien lamenta la importancia de Francia y la inexistencia de España en los intercambios marítimos con la América hispánica, hace un llamado al acercamiento y al desarrollo de las relaciones marítimas con aquellos pueblos hermanos.

LOS CANALES NACIONALES DE LA DIFUSIÓN

Más allá de los estrechos círculos de los grupos dirigentes, la difusión de los debates europeos es obra de los publicistas nacionales.

¿Existe acaso para el pueblo una Europa imaginada? Varios indicios así lo sugieren. En 1849, en Cartagena, un grupo de letrados de la ciudad organizaba sesiones de lectura y de discusión pública sobre obras de Lamartine y Lamennais[73]. La Europa imaginada existe en el discurso de los artesanos, como también en los apodos atribuidos a los políticos colombianos a partir de perso-

73. Cf. J. Jaramillo Uribe, *op. cit.*, 171.

najes de las novelas folletinescas francesas; revistas como *El Correo de Ultramar* llegan hasta los más humildes ranchos. La politización de la sociedad, de manera general, es un catalizador de las referencias externas[74]. Durante un viaje entre Barranquilla y Santa Marta a finales de los años cincuenta, Elisée Reclus descubre la curiosidad que el viejo continente despierta en los pescadores de la costa Atlántica:

> Cuando volví donde los pescadores no pude, como la primera vez, eludir las preguntas y, muy a pesar mío, tuve que sentarme en la arena al lado de varios mestizos que ponían a secar los pescados al humo de una fogata. Mi amigo Zamba había evidentemente hablado muy bien de mí, puesto que mis interlocutores no dejaban de abordar todos los temas que él y yo habíamos tocado. Así pues, me dispuse a hablar durante horas y horas sobre Madrid, París y Londres, sobre industria, ciencias y artes. Ellos, ávidos de preguntas, me escuchaban entusiasmados y yo mismo, feliz de encontrar una audiencia tan benévola, olvidaba el olor limoso de los pescados y el humo sofocante para entregarme por completo al placer de enseñarles muchas cosas que ellos ignoraban. El pescador más joven, el que me escuchaba con mayor atención, había oído hablar no sé dónde de Atenas. Me interrumpía frecuentemente «¡Dicen que hay muchos templos hermosos en Atenas! ¡En Atenas hay estatuas muy lindas! La Universidad de Atenas es la más famosa, ¿no es cierto? ¿Hay otra lengua más bella que el *latín* de Atenas?» — ¡Qué extraño este eco lejano de Grecia en las playas de la Atlántida! La gloria de Fidias y Pericles tomó dos mil años en atravesar los mares para que unos pescadores de América hablen de ella ahora como si esta gloria fuera todavía la más esplendorosa del viejo mundo![75]

---

74. Como Claudio Véliz lo sugiere: «Aunque ni el artesano ni el trabajador manual urbanos podían tomar el té en vajilla de plata inglesa ni comer en platos de porcelana francesa, pudieron abrazar las ideas políticas francesas y los principios económicos ingleses». C. Véliz, *La tradición centralista de América latina*, Barcelona, Ariel, 1984, p. 179.

75. E. Reclus, *op. cit., La Revue des deux Mondes*, París, diciembre 1°., 1859, pp. 657-658.

La difusión de un imaginario europeo más allá de los círculos cultos refleja la intensa actividad de divulgación emprendida por los intermediarios nacionales: publicistas, clérigos, maestros y políticos. Una actividad de divulgación que, si por un lado colma la ambición civilizadora de esos ilustrados letrados, responde por el otro a las exigencias de la lucha política. La repentina aparición del pueblo, durante la revolución liberal, como actor ineludible en la escena política, contribuye a ampliar el espectro del debate político, obligando a las diferentes fuerzas políticas a catequizar el pueblo para ganar su apoyo. El surgimiento de una nueva competencia alrededor del control del pueblo constituye el motor más eficaz de divulgación de la argumentación política europea. La difusión cultural sólo existe en tanto sea necesaria políticamente; en la Colombia de mediados de los cincuenta, la voluntad de controlar la plebe, que aparece como demasiado manipulable por el adversario, explica la masiva difusión de los argumentos importados de la *civilización*, en su versión liberal o conservadora[76]. La comprensión de los mecanismos de difusión de las referencias europeas exige que se reconozca el papel fundamental desempeñado por los intermediarios nacionales.

---

76. En su artículo sobre la politización de la sociedad colombiana en el siglo XIX, Malcolm Deas señala la fuerza de difusión que tenían las noticias en un país marcado, no obstante, por una gran fragmentación regional: «Hay intercambios más o menos continuos, y por donde pasa el comercio pasan las noticias: poco comercio todavía puede traer mucha noticia» (p. 185). «No sabemos mucho sobre tiraje y redes de distribución, no hay estadísticas de circulación de la prensa hasta los años recientes. Tirajes reducidos, distribución provinciana, precio relativamente alto; claro que por lo tanto en el campo no llegaba sino a los pocos letrados. Sirve como arma [...] Se leía en voz alta. Por lo menos desde 1849 existe una prensa que se dirige a los artesanos y al pueblo; existe una prensa que unifica la línea clerical; desde el general Santander en adelante, son pocos los políticos que no cuidan esa arma, y si la cuidan, no la cuidan a causa de una desinteresada preocupación popular. Tienen en mente determinada audiencia». M. Deas, «La presencia de la política nacional en la vida provinciana, pueblerina y rural de Colombia en el primer siglo de la república», *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*, Bogotá, Tercer Mundo, 1993, p. 188.

Sociabilidades, clubes y tertulias

Las sociabilidades culturales y políticas constituyen un primer foco de difusión de ideas, textos y debates europeos. La red de las logias masónicas, radicadas principalmente en Cartagena, Popayán, Bogotá y en diferentes ciudades de Santander[77], es un primer ejemplo de círculos vinculados a Europa a través de sus relaciones e intercambios con las logias extranjeras. En los años de 1870, luego de su viaje a Europa, Salvador Camacho Roldán representa, en el seno de la Gran Logia de Colombia, a la *Grand Lodge of England*. Así mismo, en 1875, en la ceremonia de posesión del Príncipe Albert Edward, futuro Eduardo VII, Felipe Zapata representa ante la *United Grand Lodge of England*, a la Gran Logia de Colombia[78].

La Gran Logia de Colombia, creada en 1866, posee en su biblioteca los estatutos de muchos de los Grandes Orientes europeos: en especial los de Bucarest, Hamburgo, Bélgica e Italia. Los boletines de los de Francia, Bélgica, España y Brasil le llegan con regularidad. Los intercambios con las logias europeas son frecuentes. En 1874, una asociación francesa en favor de la educación laica escribe a los masones de Bogotá para presentarles su proyecto en contra de la educación católica. Entusiasmados, éstos organizan una recolección de fondos para apoyar el proyecto. En fin, ante los ataques del clero colombiano que difunde panfletos antimasónicos europeos, los masones colombianos recurren a los argumentos anticlericales esgrimidos por la masonería europea. Como respuesta a la pastoral de mayo de 1876, en la que el obispo de Antioquia, Joaquín Guillermo González, ordena al pueblo católico rebelarse contra un gobierno liberal al que acusa de ser el juguete de la herejía masónica, los masones de Bogotá

77. Hasta mediados de los años sesenta, Cartagena, sede del *Grande Oriente Neogranadino*, es el centro de la masonería colombiana. En 1866, la creación del *Grande Oriente de Colombia*, con sede en Bogotá, confedera las numerosas logias de Cundinamarca, Santander y Cauca. Cf. Américo Carnicelli, *Historia de la masonería colombiana*, Bogotá, t. 2 (1833-1940), 1975.

78. *Boletín Masónico*, Bogotá, junio 1°., 1874 y julio 1°., 1875.

publican el panfleto publicado en Francia unas semanas antes por el gran orador Malapert en contra del estudio sobre la masonería de monseñor Dupanloup[79]. En función de las necesidades, los debates europeos se trasladan a Colombia, a veces directamente.

Los círculos literarios, por su parte, al tiempo que intentan fomentar la creación de una literatura nacional, constituyen un poderoso canal de difusión de las referencias europeas. Uno de los más célebres, el Liceo Granadino, fundado el 20 de julio de 1855 por un grupo de literatos bogotanos a partir del modelo del Liceo Español creado en Madrid en 1837, se atribuye una misión eminentemente patriótica:

> Esta corporación que tiene por objeto metodizar entre sus miembros el estudio, mediante la distribución del trabajo, consagrando sus esfuerzos a la propagación i desarrollo de las ciencias, de la literatura, de los trabajos industriales, i de las bellas artes, brindando estímulo a todos los talentos, abriendo campo a sus manifestaciones i encaminada con perseverancia a fundar en su seno la base de una futura Academia Nacional, que llene en la Nueva Granada los altos fines de un instituto semejante[80].

La ambición patriótica del Liceo Granadino se puede leer en su composición bipartidista. Entre los liberales se encuentran José María Samper, Santiago Pérez, Medardo Rivas, Ricardo Becerra, y Joaquín Pablo Posada, ex redactor del periódico *El Alacrán*; entre los conservadores están José Joaquín Ortiz, Lázaro María Pérez, Mario Valenzuela, Venancio Ortiz, Carlos Holguín y José María Vergara y Vergara. El mismo equilibrio aparece en la conformación de la Academia Nacional que, fundada en el seno del Liceo con el fin de consagrarse a «la propagación i desarrollo de las ciencias, bellas artes, literatura, trabajos industriales, i mui especialmente a la creación de nuestra Historia i estudio de la lengua

---

79. *Ibíd.*, N°. 20-21, junio, 1876.

80. *Liceo Granadino, colección de los trabajos de este instituto*, t. 1, Bogotá, Imprenta de Ortiz i Compañía, 1856, p. 3.

nacional»[81], reagrupa de igual forma a liberales y conservadores: durante un año la Academia revivirá el ideal de la primera Academia Nacional, fundada en 1826 por Santander.

La prematura desaparición del Liceo Granadino y de la Academia Nacional no impedirá la perpetuación de su espíritu literario, patriótico y apolítico[82]. El Mosaico, círculo literario que comienza a reunirse en Bogotá a partir de 1858 con los mismos miembros encarna la continuidad del Liceo. Luego de una interrupción entre 1861 y 1864, las reuniones de El Mosaico vuelven a retomarse bajo el impulso de José María Samper, de regreso en Colombia luego de su permanencia en Europa y Perú. En 1870, El Mosaico sigue en pie: una semana después de su llegada a Bogotá, José María Gutiérrez de Alba es invitado por Samper a una de sus reuniones. Samper le explica así el principio de la tertulia:

> Años há que diez, doce o más de mis amigos, acostumbrados a venir siempre los sábados por la noche a esta su casa, a pasar cuatro o cinco horas en franca y cordial conversación, ocupándose principalmente en lecturas e improvisaciones literarias y artísticas; sin perjuicio de hablar de todas las cosas y de algunas otras. Esta reunión se ha llamado «El Mosaico», a causa de su composición personal; pues a ella concurren caballeros de diversos matices políticos, religiosos y literarios, que armonizan perfectamente[83].

En 1871, en fin, bajo el decisivo impulso de José María Vergara y Vergara, quien viaja a Madrid con este propósito, la Academia Co-

81. *Ibíd.*, p. 207.

82. Uno de sus miembros, Juan Francisco Ortiz, señala en efecto que, pese a su corta existencia, «raya en milagroso [...] que subsistiera entre nosotros, por un año, una corporación literaria bien organizada y en vía de progreso, sin recibir el más pequeño auxilio del gobierno ni de los particulares». J. F. Ortiz, *Reminiscencias*, Bogotá, Librería Americana, 1914, p. 349.

83. Carta de José María Samper a J. M. Gutiérrez de Alba, Bogotá, mayo 27, 1870, *in* J. M Gutiérrez de Alba, *op.cit.*, BLAA, Mss. 506.

lombiana recién creada es reconocida por la Real Academia Española: durante varios años perpetuará la tradición apolítica de los círculos literarios bogotanos[84].

La prensa nacional

La prensa nacional es el principal canal de difusión de la referencia europea en el debate público colombiano. La obtención, selección y traducción de los textos europeos son las tareas primordiales del publicista colombiano del siglo XIX, ya que transmitir los debates al público nacional exige que se filtren y se traduzcan.

La gran cantidad de traducciones de textos políticos al español —en especial del francés y del inglés— hechas en la península ibérica o en el resto del continente hispanoamericano podría sugerir que el oficio de traducción que incumbe a los periodistas colombianos es apenas secundario. Sin embargo, el análisis de los circuitos de difusión de la información demuestra todo lo contrario: en la mayoría de los casos, los colombianos se ven obligados a hacer ellos mismos la traducción de los textos europeos que desean publicar en sus periódicos. En efecto, los barcos que llegan a Colombia con paquetes de periódicos y revistas parten de Saint-Nazaire o de Southampton. No existen enlaces marítimos directos con España y tratar de proveerse de noticias europeas a partir de los periódicos españoles no es muy viable; éstos apenas complementan los periódicos franceses e ingleses que los periodistas reciben regularmente. A excepción de la prensa hispánica e hispanoamericana de París, Londres y Madrid, que evita las penas de la traducción, la información llega a Colombia a través de los periódicos franceses o ingleses. Su publicación en el país requiere por lo tanto que se traduzcan.

Las traducciones hechas en Colombia abarcan ampliamente el campo de la producción intelectual europea. Muchos traducen del francés, los que traducen del inglés son un poco menos numero-

84. Cf. capítulo 7, «El nacionalismo en ciernes».

sos y son pocos los que traducen del alemán[85]. Entre las obras traducidas se encuentran obras de economía, de filosofía política y de moral —Samuel Smiles, George Sidney Camp, Hyppolite Taine, etc.— y literatura religiosa europea. Después de Juan Antonio Marroquín, quien a principios de los años cincuenta traduce el *Compendio de catecismo de perseverancia* de Gaume, el periodista católico José Joaquín Ortiz publica en 1865 un *Testimonio de la historia i de la filosofía acerca de la divinidad de Jesucristo, sacado de Cantú, Nicolás i Gaume.* La polémica que surge tras la publicación de la *Vida de Jesús* desencadena una ola de traducciones de obras francesas escritas por los detractores de Renan como la *Respuesta a la Vida de Jesús de M. Renan* de Auguste Gratry, publicada en 1865, o la traducción del *Jesucristo* del padre H. Didon hecha por José Vicente Concha, empleado de la Librería Americana de Miguel Antonio Caro y futuro presidente de la República. Por otra parte, la poesía francesa o inglesa, la novela folletinesca y el teatro, encuentran muchos traductores, sobre todo en la capital, pero también en las principales ciudades del país. En 1864, Camilo A. Echeverri traduce *Lucrecia Borgia* de Hugo; Aníbal Galindo e Ignacio Gutiérrez Ponce, apasionados por la poesía inglesa, publican traducciones de Milton y Byron. En Medellín, la obra francesa *Fe, Esperanza i Caridad,* traducida por Emiliano Restrepo Echevarría es representada dos veces en 1856. En Bogotá, José Leocadio Camacho, incansable defensor de la causa de los artesanos y gran impulsor de la educación de las masas urbanas, traduce obras de Dumas, Girardin y Félix Pyat para las representaciones populares del teatro La Gallera.

Como consecuencia de este intenso movimiento de traducción comienza a perfilarse una nueva vertiente en la incipiente literatura nacional: las novelas y los dramas de temática europea. La Revolu-

85. Entre los traductores del francés, habría que citar por ejemplo a José Joaquín Ortiz, editor de *El Catolicismo;* Ignacio Borda editor de *El Hogar* o José Belver; del inglés, a Aníbal Galindo, Lorenzo María Lleras, Diego Mendoza o César Guzmán; del alemán, a Eustacio Santamaría y Aureliano González Toledo.

ción Francesa y el Primer Imperio francés brindan innumerables episodios con los que se ejercitan los escritores colombianos. Felipe Pérez escribe una obra titulada *Carlota Corday;* Jorge Isaacs, *María Adrian o los montañeses de Lyon;* Adrianó Scarpetta lleva a las tablas un drama situado durante la ocupación de Madrid por las tropas de Ney, y que lleva el elocuente título de *El Cadalso no deshonra, inmortaliza.* Obras de Víctor Hugo —como *Amy Robsart,* en versión de Jorge Isaacs— y otras más, son igualmente adaptadas.

Si el trabajo de traducción resulta fácil para los más experimentados en el manejo de lenguas extranjeras, gracias por lo general a sus años de permanencia en Europa, aquellos que carecen de práctica se encuentran a menudo en serias dificultades: «He traducido todo el artículo de *La Revue Critique* para *La Industria;* pero temo que algunas frases de la traducción digan lo contrario de lo que dice el original; pues no he entendido algunos pasajes de éste. Consultaré el punto con César Guzmán o con Diego si queda tiempo para ello; si no dejaremos correr la cosa como la hice, que por eso no se ha de acabar el mundo» escribe Luis Lleras a Rufino Cuervo en 1884[86].

Los publicistas colombianos seleccionan en sus periódicos europeos predilectos la información que se adecúa más al contexto nacional y a sus propios propósitos políticos. Mientras que los periódicos liberales utilizan *La Presse* de Girardin o *Le Journal des Débats,* la mayoría de los periódicos conservadores prefieren el periódico ultramontano francés *L»Univers,* publicado por Louis Veuillot, aunque también publican artículos traducidos de periódicos franceses de provincia como *La Revue des Bibliothèques Paroissiales d´Avignon, L´Ami de l´Ordre* de Amiens, *Le Messager de la Charité, L´Union Corrézienne, L´Argus Soissonnais, La Gazette de Lyon,* etc. La traducción y reedición de artículos de la prensa católica francesa por los periódicos conservadores colombianos trae consigo

86. Carta de Luis M. Lleras a R. J. Cuervo de diciembre 17, 1884, citada en G. Hernández de Alba (ed.) *Epistolario de Rufino José Cuervo con Luis María Lleras y otros amigos y familiares,* Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1969, pp. 144-145.

una gran difusión de imágenes piadosas, forjadas en el contexto europeo: los héroes católicos de la guerra de Crimea, el clero español víctima de las persecuciones anticlericales, la multiplicación de las conversiones al catolicismo en la Inglaterra victoriana, o incluso la vida ejemplar de Bayard. En 1850, el viajero francés Taurel, asombrado por el gran contraste que cree ver en Colombia entre la inmensa circulación de la prensa liberal y socialista francesa y la poca presencia de la prensa católica europea, apunta:

> Yo añadiría que desde mi estadía en América veo circular los periódicos franceses de la oposición más avanzada tales como *Le Constitutionnel, La Presse, Le National* y hasta *La Voix du Peuple* de Proudhon, pero ninguno de los periódicos que profesan los principios de orden como *La Gazette de France, La Quotidienne, L'Assemblée Nationale, L'Opinion Publique;* casi no se conocen los títulos de nuestros folletos religiosos como *Le Moniteur Catholique,* fundado recientemente bajo el auspicio del Arzobispado de París, cuyo redactor en jefe, el señor Poujoulat, es un escritor muy apreciado por los católicos; *L'Univers,* periódico religioso, órgano del célebre obispo de Langres, monseñor Parisis; *L'Ami de la Religion; Le Journal des Villes et des Campagnes,* hoja del clero secundario; *L'Arche d'Alliance,* órgano de la sociedad de *L'Océanie; Les Annales de la Propagation de la Foi; Les Annales des Missions Catholiques; L'Espérance de Nancy; La Gazette du Midi,* de Marsella, que en su posición busca conocer y propagar las noticias religiosas no sólo de Francia sino de Italia, España y de Africa, mediante las comunicaciones cotidianas a través de la navegación a vapor entre Marsella y esos países. Les señalo esta laguna a los amigos de la buena prensa del Nuevo Mundo[87].

La constatación de la amplia difusión en Colombia de doctrinas impías procedentes de Europa no solamente aterra a Taurel: le impide además darse cuenta de hasta qué punto circula ya la prensa cató-

87. R. M. Taurel, *De la question religieuse en France et de la Compagnie de Jésus,* Lima, Imprimerie de Joseph Marie Massias, s.f. [1850], p. 56.

lica francesa en el país[88]. Sus recomendaciones de 1850 «a los amigos de la buena prensa del Nuevo Mundo» son, sin embargo, oídas: la difusión de las imágenes y discursos de la Europa católica no iría sino a aumentar durante las décadas venideras.

Poco a poco, a partir de la década de 1850, la búsqueda de corresponsales en Europa completa el mecanismo de obtención de información, hasta ese momento basado fundamentalmente en la recepción de periódicos europeos. Inicialmente, los publicistas colombianos contratan colegas europeos, generalmente españoles. Así, al evocar la creación del periódico conservador *El Porvenir* en 1855, Juan Francisco Ortiz escribe en sus memorias que «como uno de los requisitos del periódico americano es la sección de noticias europeas, se contrató con un español, Vilches, residente en Londres, para que remitiera una revista quincenal de los sucesos más interesantes que ocurrieren en el viejo mundo, pagándole veinticinco pesos mensuales»[89]. En 1858, *El Tiempo* publica los artículos en contra del Segundo Imperio francés, que desde Londres envía un tal Pauli, hijo de un italiano y una española, empleado en la fábrica de las famosas pastillas Holloway[90]. Otros ejemplos son las correspondencias de *La América* de Bogotá, enviadas durante el año de 1872 por un periodista de la *Ilustración Hispano-Americana*, o incluso las de *Colombia Cristiana*, escritas en 1892 por el cónsul de Colombia en Barcelona Antonio Rubió y Lluch.

L'Univers, que se impone rápidamente como periódico de referencia para la prensa católica colombiana, ofrece correspondencias redactadas específicamente para el público colombiano. En 1873, Miguel Antonio Caro se dirige al periódico de Louis Veuillot para enriquecer el suyo —*El Tradicionista*, fundado en 1871— con una revista de Europa. Accediendo a la solicitud de Caro, Veuillot le encarga a uno de sus redactores, un tal Rastoul, que le envíe al publicista

---

88. Cf. capítulo 1, «La legitimación contra el exterior».

89. J. F. Ortiz, *op. cit.*, pp. 322-323.

90. ANP, F18 550, «Periódicos extranjeros introducidos en Francia, 1850-1886».

colombiano, dos veces al mes, un análisis de la actualidad europea. La colaboración de *L'Univers*, no sólo es fuente de prestigio, sino que aparece como prueba de ortodoxia: «Baste decir que *El Tradicionista* está en un todo de acuerdo con las opiniones de *L'Univers*» escribe entonces Miguel Antonio Caro[91].

La búsqueda de corresponsales extranjeros por parte de los redactores de periódicos ávidos de legitimidad transatlántica, comienza a convertirse incluso en objeto de burla. Así, en 1849, el periódico satírico *El Alacrán* publica la lista, evidentemente ficticia, de sus corresponsales en Europa: Lamartine en París, Narváez en Madrid, Louis-Philippe en Londres y Radetzki en Viena. Joaquín Pablo Posada agrega: «No hemos tenido tiempo para establecer otras ajencias pero esta dificultad será mui pronto allanada, pues esperamos noticias de nuestros corresponsales que deben llegarnos mui pronto»[92]. En el cuarto número del periódico se publican falsas felicitaciones, supuestamente dirigidas a los redactores de *El Alacrán*, por parte del *Illustrated London News*, del *Times* y de la *Démocratie Pacifique* de París[93].

A partir de la década de 1860, la expansión del viaje a Europa comienza a permitir que los corresponsales europeos sean reemplazados por compatriotas, cuya visión periodística es más pertinente, más familiar, y más adaptada al público nacional; al nacionalizarse, el discurso sobre Europa se va a volver también cada vez más polémico[94].

La multiplicación de las referencias a Europa se afirma por lo tanto como un fenómeno nacional, animado por actores nacionales: lejos de ser únicamente el producto de un movimiento de difusión unilateral, organizado desde Europa con un propósito consciente de propagan-

---

91. Artículo de *El Tradicionista*, de 1873, citado en C. Valderrama Andrade, *El Centenario de «El Tradicionista»*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1972, pp. 17-20.

92. *El Alacrán*, Bogotá, enero 28, 1849, p. 8.

93. *Ibíd.*, febrero 11, 1849, pp. 7-8.

94. Cf. capítulo 6.

da, la referencia europea se va constituyendo en un fenómeno indisociable del proceso político interior, de la elaboración de proyectos de construcción nacional y, más generalmente, de las tensiones, estrategias y conflictos que acompañan la búsqueda del poder.

Capítulo 3

Nacionalismo y cosmopolitismo en la contienda política (1854-1867)

La alianza sellada entre liberales y conservadores para aplastar el gobierno de Melo y los sectores populares que lo apoyan desemboca en un gobierno de unión nacional que, durante dos años, reagrupa a políticos de ambos partidos bajo la presidencia del conservador Manuel María Mallarino. Pero en 1856, la elección del conservador Mariano Ospina —en las primeras elecciones presidenciales por sufragio universal masculino, según lo estipulado en la Constitución de 1853— frente a sus dos contendientes, Manuel Murillo Toro y Tomás Cipriano de Mosquera, conlleva la exclusión de los liberales del poder central. El alcance de la elección de Ospina, quien durante su mandato busca restaurar el poder de una Iglesia debilitada por las reformas liberales será, no obstante, muy limitado debido a un nuevo brote de federalismo. En los dos años que van de 1855 a 1857, Colombia se divide efectivamente en ocho «Estados Soberanos», que llegan a nueve en 1861 con la creación del Estado del Tolima.

Así, en la oscilación entre federalismo y centralismo que caracteriza el siglo XIX colombiano, el péndulo se inclina nuevamente hacia el federalismo. La Constitución de 1853, al autorizar a cada provincia para tener su constitución propia, había abierto la vía al federalismo. La oleada de proclamaciones de los Estados Soberanos, iniciada en 1855, desemboca en 1858 en una nueva constitución que sanciona la organización federal del país y adopta el nombre de Confederación Granadina.

En vista de la evolución posterior del federalismo colombiano es difícil imaginar hasta qué punto éste pudo entonces aparecer como una opción racional. En vez de violentar a fuerza de voluntarismo

estatal una tradicional tendencia a la autonomía regional —un voluntarismo que recordaba inevitablemente las veleidades absolutistas de los Borbones—, la federación se presentaba ante los actores de la época como un compromiso inteligente entre el poder central y las libertades regionales; como una opción más idónea que la de un centralismo que buscaba forzar la realidad y someterla a su ideología sin tener necesariamente los medios para ello, tal como lo había demostrado el fracaso del neoborbonismo de los años cuarenta. Y obviamente, ejemplos prestigiosos como los Estados Unidos o Suiza abogaban por el modelo federalista, que los liberales venían defendiendo desde años atrás. Pese a que la forma federal no era parte del ideario conservador, los conservadores terminan aceptándola también, sobre todo una vez que el gobierno de la Unión vuelve a pasar a manos liberales.

En 1859, el probable apoyo dado por Ospina a un levantamiento conservador contra el gobierno radical del Estado de Santander, dirigido por Murillo Toro, brinda a Mosquera, entonces presidente del Estado de Cauca, el pretexto para romper con el gobierno de la Unión y organizar la insurrección. Luego de dos años de guerra civil, su victoria, el 18 de julio de 1861, devuelve el poder político a los liberales, con quienes Mosquera se va a asociar a partir de entonces. En los años comprendidos entre 1861 y 1867 no sólo prosigue el proyecto liberal (con la tercera expulsión de los jesuitas, el cierre de numerosos conventos, la venta de los bienes de la Iglesia, la consagración de las libertades de prensa y de palabra, la abolición de la pena de muerte y la reducción del ejército), sino que aparece una creciente tensión, en el seno del liberalismo, entre los *radicales* —un calificativo que reemplaza el de *gólgotas*, en desuso después de 1854— y los *mosqueristas*. Esta lucha latente desemboca en 1867 en un conflicto abierto cuando Mosquera da un golpe contra el congreso radical, lo que lleva a su destitución, su juicio y su exilio por tres años[1].

1. Cf. capítulo 7.

Los conservadores, excluidos del poder central y debilitados por el exilio de varios de sus dirigentes —Bartolomé Calvo, Pedro Alcántara Herrán, Leonardo Canal, los hermanos Ospina, quienes huyen a Guatemala luego de su presidio en el fuerte de Bocachica, e Ignacio Gutiérrez Vergara, exiliado en España— emprenden una lenta reconquista del poder regional. El levantamiento de los conservadores en Antioquia en 1864 lleva a Pedro Justo Berrío al poder, en el que permanecerá hasta 1875, convirtiendo ese Estado en inexpugnable bastión del conservatismo colombiano. Tolima en 1867 y Cundinamarca al año siguiente pasan, así mismo, a manos de los conservadores —por muy poco tiempo en Cundinamarca, ya que el presidente de la Unión, el liberal Santos Gutiérrez, encuentra rápidamente un pretexto para destituir a Ignacio Gutiérrez Vergara—.

Después de las presidencias de Mallarino (1855-1857) y de Ospina (1857-1861), rápidamente debilitados por la indisciplina de los Estados, el predominio vuelve a los liberales a pesar de la constante tensión que enfrenta a mosqueristas y radicales. Aunque unánimemente hostiles a la política gubernamental de extensión de las libertades públicas y de debilitamiento de la Iglesia, los conservadores se muestran, durante los años sesenta, como un grupo dividido y desorganizado, al que ni siquiera la solidez del gobierno de Berrío en el Estado de Antioquia alcanza a reforzar. El conservatismo de esos años se caracteriza por la voluntad de superar las rivalidades regionales y de reagrupar las fuerzas disgregadas por la federación, con el fin de reconquistar el poder central.

La organización federal del país, establecida reiteradamente por las Constituciones de 1858 y de 1863, constituye evidentemente un serio obstáculo para la realización de cualquier proyecto estatal. El juego político de los nueve Estados, que conlleva una mezcla de negociaciones y de violencias políticas, reduce las posibilidades de intervención del Estado central, el cual cuenta con un margen de maniobra particularmente limitado. La vida política va a desplazarse en cierta medida hacia el mosaico de experiencias políticas que conforman la vida pública de los diferentes Estados Soberanos.

En este contexto, los ejemplos de la política europea, más que modelos de construcción nacional, van a suministrar, sobre todo, fórmulas y líneas divisorias que, a pesar de ser esencialmente retóricas, terminan desempeñando un papel fundamental en la lenta delimitación de las identidades políticas. La importación de las discordias europeas ejerce un papel central en el proceso de diferenciación de los partidos políticos en Colombia.

LOS EJES CONSENSUALES DE LA IMAGINACIÓN POLÍTICA

Luego de la aparición formal de las dos grandes tendencias políticas, la alianza de los gólgotas y los conservadores para acabar con el régimen de Melo demuestra por primera vez la posibilidad de un «frente nacional» en defensa de los intereses comunes de los grupos dirigentes. Así, la dura represión de la insurrección de 1854 que acarrea la deportación de centenares de artesanos bogotanos a los climas mortíferos del istmo de Panamá, deja claramente demostrada su firme determinación de impedir a toda costa la toma del poder por el pueblo. El manifiesto de Ibagué, firmado en 1854 por dirigentes liberales y conservadores, da al discurso político una nueva tonalidad, elitista y consensual:

> Para defender las instituciones y castigar ese atentado, se han unido los hombres de bien de todos los partidos. El espectáculo es sobremanera consolador. En torno de nuestro hermoso pabellón, emblema de nuestra nacionalidad y nuestras glorias, se ven reunidos hoy con un sólo objeto, animados por un mismo sentimiento, todos los hombres honrados del país; todo lo que él encierra de más respetable, de más culto, de más virtuoso[2].

En efecto, a partir de entonces los dirigentes liberales toman clara conciencia de los peligros de la manipulación popular, lo que tiende

2. Citado en I. Gutiérrez Ponce, *Vida de don Ignacio Gutiérrez Vergara y episodios históricos de su tiempo*, t. 2, Bogotá, Kelly, 1973, p. 180.

a reducir sus diferencias con los conservadores. La exclusión de los sectores populares de los estratos superiores del poder político ofrece la mejor garantía de consenso entre las elites liberales y conservadoras. La elección de Mariano Ospina en 1856 acaba enterrando las divisiones entre conservadores y liberales en lo que se refiere al sufragio universal: los conservadores, confiando en el poder electoral de la Iglesia, ya no le tienen temor, y los liberales, por el contrario, ya no lo defienden con tanto entusiasmo[3]. El sufragio universal desaparecerá de la Constitución en cinco de los nueve Estados Soberanos durante el federalismo[4], y una mezcla de manipulación popular y de fraude partidista se impondrá como forma predilecta en el manejo de las elecciones.

De este modo, la toma de Bogotá el 4 de diciembre de 1854 inaugura un período rico en consensos dentro de un universo político que, socialmente parece haberse restringido de nuevo. Esta contracción de la política nacional, que sólo será cuestionada por el ideal persistente de una república de los artesanos, se presenta como la mejor garantía de paz política. La aparición de muchos otros ejes consensuales entre las elites liberales y conservadoras así lo sugiere.

---

3. Una hoja suelta titulada *El Triunfo*, firmada por «Muchos Liberales» y que propone en julio de 1861 el programa por implementar luego de la victoria de Mosquera, pone la limitación del sufragio en el primer lugar de las prioridades liberales: «1. Limitación del sufragio, de manera que sólo puedan ir a las urnas aquellos que saben leer y escribir». Citado en I. Gutiérrez Ponce, *op. cit.*, t. 2, p. 379. El mismo año, José María Samper, en un fascículo titulado *El programa de un liberal*, escrito por él en París para la Convención Constituyente, señala que la institución del sufragio universal en Colombia está viciada por el control que ejerce la Iglesia sobre las masas. Cf. J. M. Samper, *El programa de un liberal*, París, Thunot, 1861, p. 25.

4. A mediados de la década de 1870 solamente los Estados de Panamá, Magdalena, Bolívar y Cauca habían conservado el sufragio universal masculino. Los Estados de Cundinamarca, Santander y Boyacá habían limitado el sufragio a los hombres que sabían leer y escribir, mientras que Antioquia basaba el derecho a votar en la independencia económica y Tolima ofrecía una combinación entre alfabetismo y propiedades. Sobre este punto, cf. H. Delpar, *Red against blue. The liberal party in Colombian politics, 1863-1899*, Alabama, The University of Alabama Press, 1981, p. 104.

Una nación integrada al curso de la civilización universal

El ideal del progreso se impone en primer término como un rasgo común de la cultura política nacional, en su versión liberal o conservadora. Ese anhelo de progreso se expresa a menudo en la curiosidad unánime respecto de lo que sería una Colombia modernizada. Así por ejemplo, al evocar sus sueños ante los espléndidos paisajes de los Andes colombianos, el conservador Juan Francisco Ortiz escribe:

> ¡Qué de veces prolongaba mi paseo hasta la cumbre de un cerro que llaman Pan de Azúcar, por la forma cónica que ostenta; y en aquel magnífico belvedere que domina los verdes llanos de Mariquita, el Tolima coronado de perpetua nieve, el páramo del Ruiz y el curso del caudaloso Magdalena, que fecundiza esos campos ubérrimos, llenos de tabacales y de plantaciones útiles, me ponía a cavilar lo que serían, con el andar del tiempo y con la paz, una vez que penetre en ellas el elemento europeo con los pasmosos adelantos del presente siglo![5].

Unos años más tarde, en 1873, el periodista liberal Adriano Páez escribe a su madre después de visitar la Exposición Universal de Viena:

> Es de sentir que no hubiéramos nacido dos o tres siglos más tarde. Entonces la civilización habrá transformado en ciudades las selvas del Meta, del Orinoco y del Amazonas. Calcula como será una Exposición Universal, en el siglo XXII, bajo el cielo americano![6]

Otra convicción común entre los dirigentes políticos es la que asocia ineludiblemente la modernidad con el librecambio y la libre circulación de bienes, personas e ideas. El ideal de un libre comercio no sólo económico sino también político y cultural, una vez

5. J. F. Ortiz, *Reminiscencias*, Bogotá, Librería Americana, 191[illegible], p. 238.

6. A. Páez, «La exposición de Viena, cartas de un colombiano», *El Americano*, París, noviembre 30, 1873.

descartada la tentación proteccionista encarnada por el movimiento de los artesanos, se impone unánimemente entre los círculos dirigentes colombianos.

En una conferencia que da en el seminario de Popayán en 1857, Sergio Arboleda, uno de los principales exponentes del conservatismo, explica que la repartición de la producción a nivel mundial es fruto de la voluntad divina. Ese librecambismo teológico lleva a Arboleda a reconocer a los cultivos de exportación una prioridad absoluta[7].

Un librecambio de la imaginación política, reivindicado indistintamente por liberales y conservadores hace eco al librecambio económico. En 1858, el secretario del Interior, el conservador Manuel Antonio Sanclemente, quien explica en el Congreso que «ideas, comercio, descubrimientos, adelantos, ausilios, todo es permutable entre los pueblos»[8], ofrece un análisis agudo de la internacionalización política que caracteriza el siglo XIX:

> Es que los ensayos peligrosos, los desaciertos consumados cercenan provechos de la comunidad jeneral: que no hai adelantos ni retrocesos indiferentes en este taller de obreros, en donde el átomo imperceptible que lleva su tributo al fondo social influye más o menos directamente en bien o en mal de los otros[9].

El mayor inconveniente de la universalización de la cultura política, percibido nítidamente por los dirigentes colombianos, reside en la ineludible y difícil necesidad de la experimentación política. Como

---

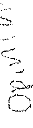
7. «Nosotros no debemos fomentar aquellas artes cuyos productos obtenemos de Europa mejores y más baratos. Si queremos gastar telas finas, adornar nuestros salones con espejos y muebles elegantes o recrear nuestra vista con esculturas, cuadros y mosaicos, debemos sacar de nuestras tierras el valor equivalente en tabaco, añil, vainilla, caucho, zarzaparrilla, azúcar y mil productos más de las regiones equinocciales». S. Arboleda, «El Clero puede salvarnos y nadie puede salvarnos sino el Clero», *La República en la América Española,* Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1972, p. 335.

8. *Gob. 1858,* p. 6.

9. *Ibíd.,* p. 7.

lo explica Mariano Ospina en su mensaje presidencial de 1858, la forma federal permitirá una aceleración de la experimentación política, necesaria para alcanzar la civilización:

> Las diferentes escuelas políticas que controvierten en la prensa i en la tribuna han procurado reducir a instituciones, en los Estados en que han alcanzado mayoría, sus opuestas doctrinas. Si, como es de desearse, se establecen jenuinamente estas teorías antagonistas, i se las deja obrar el tiempo necesario para que puedan ser juzgadas por sus efectos, se obtendrá por este medio seguro la más interesante i fecunda esperiencia, no solo para la Nueva Granada, sino para todas las Naciones de nuestra raza en América. Cuanto más decidido sea el antagonismo de estas instituciones, tanto mejor se dejarán conocer sus efectos en el progreso moral, intelectual i material del país. Si hubieran de ensayarse una en pos de otra en toda la confederación las diversas teorías que los desocupados caviladores de Europa lanzan al mundo, i que nosotros acogemos con ardor, la Nación no llegaría a ver consolidadas sus instituciones en un siglo; pero haciéndose la esperimentación de muchas i contrarias especulaciones a un mismo tiempo en los Estados, i contrastando las prácticas opuestas, no se necesitará largo tiempo para que la verdad triunfe, i puestas a un lado las teorías que caigan en descrédito, la actividad intelijente de nuestra juventud se consagrará a objetos más fecundos para la prosperidad jeneral[10].



Esta búsqueda de la modernidad, esta sensación de vivir una era de integración a la civilización universal —Obando explica a los parlamentarios en 1854 que «un país como el nuestro que [...] empieza a figurar en el catálogo de las naciones civilizadas...»[11]— corresponde con el deseo, tan a menudo expresado, de ver figurar a Colombia como una república moderna en la escena de las naciones. El discurso político revela una fuerte preocupación por la opinión de las naciones civilizadas. El problema de la imagen del país en el exterior

10. *Pres. 1858*, p. 11.

11. *Pres. 1854*, p. 8.

sorprende por su recurrencia. En 1861, Ospina, sitiado en la capital por las tropas insurgentes de Mosquera, lamenta poco antes de la última ofensiva el impacto negativo de «estas detestables revueltas» sobre la reputación del país[12]. Unos años más tarde, el secretario del Interior se lamenta de que «nuestro descrédito, como pueblos turbulentos, ha ido más lejos que nuestro nombre»[13].

América, tierra de promisión republicana

A pesar de su inevitable atraso en términos de *civilización* material, Colombia cuenta con una gran ventaja: sus instituciones republicanas, que le permiten, junto a las otras repúblicas del Nuevo Mundo, ser superior a Europa en el terreno institucional, y por lo tanto moral.

La denuncia de la opresión monárquica y del pauperismo que socavan las sociedades europeas se suma a las argumentaciones más antiguas del criollismo cultural[14], así como a un discurso de la virtud republicana, nacido de las revoluciones francesa y norteamericana, para defender los logros del Nuevo Mundo. En América nadie se muere de hambre, explican los exponentes conservadores o radicales de ese neocriollismo político; no hay, o hay muy pocas guerras entre las naciones; el mestizaje es un factor democrático[15] y las instituciones republicanas son infinitamente superiores a las de la monarquía. Colombia es, sin duda, tierra de promisión.

En 1856, durante una sesión del Liceo Granadino en Bogotá, el radical Ramón Gómez presenta una disertación en felicidad

---

12. *Pres. 1861*, p. 11.

13. *Int. 1866*, p. 27.

14. Cf. Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo, Historia de una polémica, 1750-1900*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955.

15. «La democracia es el gobierno natural de las sociedades mestizas» escribe J. M. Samper en 1861. J. M. Samper, *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, s.f. [1ª. ed., París, 1861], p. 79.

comparada al término de la cual la balanza se inclina en favor del Nuevo Mundo:

> Oh! señores, aunque la Europa nos deslumbre con su civilización, sabed que no es tierra prometida al jenio; allí los reyes no os permitirían hablar porque vuestras palabras quemarían sus tronos ni la policía dejaría que ninguno os escuchase, porque, al escucharos el pueblo, no quedaría piedra sobre piedra. [...] decidme, qué nube puede oscurecer mañana el horizonte de la América? [...] qué maldición nos puede caer por aquí donde no hai un jemido que no tenga eco, aquí donde no se brota una lágrima que no sea enjugada por nuestro pabellón. Pero ved la Europa: millares de desterrados suspiran por su Patria en playas extranjeras, millares de oprimidos pagan con el martirio su adhesión a la libertad[16].

Los años cincuenta y sesenta, después de la esperanza republicana de 1848, son años de decepción hacia el viejo continente, en donde los príncipes sojuzgan a los pueblos y buscan esclavizar otras naciones. Es el caso de España, que después de haber apoyado la campaña de Flores en Ecuador en 1846 lanza su armada contra Santo Domingo en 1859 y luego, en los años sesenta, contra Chile y Perú. Es el caso de Francia, sobre todo, que dirige la expedición a México con el apoyo de España e Inglaterra. Colombia contribuirá con su contingente de mártires a la defensa de la independencia continental: el joven ingeniero bogotano José Cornelio Borda muere en la defensa del Callao en 1866, y el general Melo, exiliado a México y enrolado en las tropas de Juárez, muere fusilado en Chiapas por el ejército invasor.

La tensión con las potencias europeas culmina a mediados de los años sesenta. En 1858, Mariano Ospina advertía ya en su mensaje presidencial contra ese sentimiento de superioridad europea, que encubre en realidad una censura al carácter progresista de las institu-

16. Ramón Gómez, «Discurso sobre el influjo de la revolución de la Independencia suramericana en la civilización», *Liceo Granadino, Colección de los trabajos de este instituto*, t. 1, Bogotá, Imprenta de Ortiz y compañía, 1856 [en adelante: *Liceo Granadino*...], p. 228.

ciones americanas. Detrás del evidente desprecio se oculta, además, la determinación de las potencias para impedir que los Estados débiles construyan su libertad:

> La Nueva Granada, como las demás Repúblicas Hispano-Americanas, con alguna feliz escepción, es mal conocida y peor juzgada en las Naciones poderosas llamadas a tener frecuentes relaciones con ella. Como se la supone sumida en la barbarie, los frecuentes cambios introducidos en nuestras instituciones, se juzgan una prueba de incapacidad para gobernarnos; la adopción y la promulgación de doctrinas miradas con horror o con desprecio en aquellas Naciones, se tienen por una demostración de nuestra ignorancia i falta de criterio político i moral; las revueltas i guerras repetidas que aflijen estos paises se miran como señales inequívocas de desgobierno i anarquía. De esto resulta que cuando aquí se aclama fervorosamente la rapidez con qué la República recorre sendas no trilladas de progreso político i de perfección social, allá nos juzgan caminando a paso acelerado acia *[sic]* el salvajismo. Para comprender el desdén que tan desventajosos conceptos inspiran acia *[sic]* nosotros en aquellas adelantadas rejiones, llamadas por su alta civilización a dispensar a los pueblos incipientes la reputación o el descrédito, basta leer, no sólo las publicaciones superficiales de sus diarios, sino los escritos más serios de la jeneralidad de sus historiadores i estadistas, para reconocer la deplorable ignorancia en que se hallan de nuestra reciente historia, del estado i circunstancias actuales de estos paises, i hasta de su jeografía. Como el aprecio o la desestimación están en el ánimo de los que juzgan, i no basta a cambiarlos la voluntad de los juzgados; por errónea e injusta que sea la opinión que de nuestro país se tiene, ella produce, como si fuera esacta, sus naturales efectos, i nos priva de las ventajas que un conocimiento mejor de nuestro estado i de sus verdaderas circunstancias debiera procurarnos[17].

El despotismo y la arrogancia de Napoleón III exasperan. José Joaquín Borda, un conservador partidario de Julio Arboleda, y quien unos años más tarde sería acusado por otros conservadores, partida-

17. *Pres. 1858*, p. 5.

rios de Herrán, de ser un peligroso fanático de la teocracia, compone en 1856 un poema en francés a la gloria de los proscritos y de las *personae non gratae* del régimen imperial:

Lamartine! Dumas! Hugo! je vous envie,
Vous avez sacrifié les grandeurs et la vie,
Pour le Peuple souffrant.
Lamartine! Dumas! Hugo! vaillants athlètes
Prêchant la Liberté, vous avez eu vos têtes
Sous les coups d'un tyran[18].

La definición republicana de la identidad nacional llega a su apogeo. Todos, conservadores o liberales, insisten en su convicción republicana. «La República es la forma política de la actualidad» escribe en Popayán Sergio Arboleda[19]. Otro periodista conservador de primer orden, José María Quijano Otero, escribe en su artículo programático titulado *Nuestra bandera* que «el partido conservador de Colombia no admite otro sistema de gobierno que el republicano democrático, representativo, alternativo y responsable, bajo la forma federal»[20]. El sentimiento nostálgico de la desaparición de las tradiciones republicanas americanas por la invasión de costumbres aristocráticas provenientes de Europa comienza a propagarse. En sus memorias, Salvador Camacho Roldán evoca con nostalgia el carácter republicano de las distracciones en la Bogotá de sus años mozos, cuando las diferentes clases sociales se mezclaban para los baños en los chorros, o los paseos en la Sabana, costumbre que «ha desaparecido por el predominio de ideas menos democráticas importadas de Europa»[21].

En el mismo orden de ideas, una de las principales preocupaciones del conservatismo de los años cincuenta y sesenta es la de defen-

18. *Liceo Granadino...*, p. 68.

19. S. Arboleda, «Nuestro Símbolo», *op. cit.*, p. 240.

20. *La América*, Bogotá, septiembre 4, 1872, p. 53.

21. S. Camacho Roldán, *Memorias*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946, t. 1, p. 141.

der la compatibilidad del catolicismo con la República, cosa nada fácil, sin duda, debido a la evolución de las posturas del Papa Pío IX. Esta defensa de un republicanismo católico, más allá de líneas divisorias europeas, se alimenta mucho más de fuentes americanas —el republicanismo católico de la Independencia— que de fuentes europeas: los conservadores colombianos, aunque defienden incansablemente la compatibilidad entre la religión y la república, son adversarios férreos del catolicismo liberal europeo. Sergio Arboleda, uno de los principales ideólogos del republicanismo católico, considera lamentable que la idea republicana haya llegado a Colombia a través de la Revolución Francesa: «Las ideas de República, libertad e igualdad vinieron aquí de la Francia revolucionaria, y por desgracia entraron a nuestra patria con todo el cortejo de sofismas y pasiones de que se las había rodeado en aquella nación»[22].

La idea republicana, prosigue Arboleda debe entonces depurarse de las doctrinas impías francesas, para dejar el paso a un patriotismo republicano y católico, como el que en 1856 evoca Ricardo Carrasquilla:

> Por eso yo con orgullo
> Me llamo republicano;
> I por eso ser cristiano
> Es mi gloria i mi blasón[23].

En 1869, en el Congreso Internacional de la Paz en Lucerna, José María Samper, quien se está acercando al conservatismo, defiende la conciliación de la libertad y el catolicismo en un discurso que le vale, según relata, las felicitaciones de Víctor Hugo y de Jules Barni, y responde con vehemencia a las críticas del liberal Diógenes Arrieta, uno de los principales representantes del positivismo en Colombia, quien sostiene que el catolicismo es un peligro para la libertad[24].

---

22. S. Arboleda, *op. cit.*, p. 394.

23. Ricardo Carrasquilla «Patria i Relijión», *Liceo Granadino*, t. 1, pp. 20-21.

24. Cf. J. M. Samper «Los partidos en Colombia», Bogotá, Incunables, 1984 [1ª. ed., 1873], p. 133.

El ideal de una patria por encima de los partidos

La atmósfera consensual de la presidencia de Mallarino entre 1855 y 1857 favorece la crítica de los partidos y la formulación de una ideología patriótica por encima de las barreras partidistas. Una de las críticas más violentas a los partidos proviene de Sergio Arboleda, quien en un artículo titulado «Nuestros principios» presenta un análisis incisivo de la vida política colombiana:

> Más de medio siglo hace que nos hallamos divididos en política, siempre hablando de los principios y siempre matándonos por los principios, y hasta ahora no hemos visto que ningún partido haya formulado los que profesa[25].

Existen dos grandes bandos, explica Arboleda, «uno católico, otro afilosofado o incrédulo»[26], pero sus dirigentes políticos se cuidaron de no elaborar una definición precisa de sus programas, a fin de poder extender lo más posible su base política. Los estrategas clientelistas que buscan el poder se encargan así de mantener deliberadamente una situación ambigua, puesto que saben que una formulación demasiado precisa, más que ayudarlos, amenazaría con limitar su margen de acción. Esta falta de claridad, como lo explica Arboleda, genera incongruencias tales como que se encuentren incrédulos dentro del partido de los católicos y católicos dentro del partido de los incrédulos. Los dos partidos, que de igual forma han recurrido a la demagogia, son igualmente responsables de esa situación:

> Ambos partidos tomaron por base de conducta política la alucinación y el engaño, pretendiendo afirmar la República sobre cimientos de movediza arena. Hablemos claro: ninguno de ellos ha servido francamente a los principios: su principal interés ha sido apoderarse cuanto antes del gobierno, confundiendo miserablemente el medio con el fin[27].

---

25. S. Arboleda, *op. cit.*, pp. 245-251.

26. *Ibíd.*

27. *Ibíd.*, p. 248.

Esta corriente cuestionadora de los partidos inspira los nuevos círculos literarios y políticos, como el Liceo Granadino, la primera Academia Nacional y el grupo de El Mosaico, y crea un espíritu que, aunque eclipsado por la violencia de la guerra civil de 1860-1861, perdurará por largo tiempo, sin llegar jamás a ser dominante. En efecto, durante el siglo XIX la nación existe menos en el patriotismo culto de la república de las letras, que en la retórica legitimadora de los partidos enfrentados por el acceso al poder. El republicanismo ecuménico deberá a menudo silenciarse frente a la guerra discursiva de los partidos.

LA DINÁMICA DEL PODER POLÍTICO

La frecuencia y la violencia de las guerras civiles en la Colombia decimonónica sugiere que el poder político representa un objetivo crucial para los grupos enfrentados; y lo es, en efecto, por muchas razones.

En primer lugar, por el carácter en extremo limitado de la actividad económica. A pesar de las bonanzas generadas por los ciclos de exportación del tabaco, del añil y de la quina entre finales de los años cuarenta y mediados de los setenta, y posteriormente del café en los noventa, cierta penuria caracteriza la vida en Colombia, incluso para los sectores *a priori* más pudientes. Colombia es, en comparación con otros países latinoamericanos en la misma época, un país donde no abundan las fortunas.

Así, aunque los recursos del Estado sean muy limitados, en semejante contexto de penuria no resultan nada despreciables. La *empleomanía* —esa obsesión por conseguir puestos administrativos a cambio de un favor y no por mérito propio— tan criticada por los polemistas como una tara nacional, se origina en cierta medida en la Colonia. Pero las razones de su persistencia se encuentran también en la fragilidad del progreso económico. Ante las enormes dificultades, y los riesgos que supone un proyecto de colonización agrícola o de explotación minera —la única oportunidad, en la época, de enriquecerse por el trabajo sin disponer de un capital inicial—, no sor-

prende que en muchos casos se prefiera cierta inacción en la amenidad de las labores políticas y periodísticas, en espera de una coyuntura política favorable para la obtención de un cargo administrativo.

La penuria económica explica en gran parte la monopolización de los cargos públicos por los detentores del poder en provecho de sus amigos, familiares y correligionarios políticos. Más que a un fanatismo político cualquiera, ese clientelismo responde a un interés bien entendido: dada la escasez de recursos del Estado es obvio que no hay suficiente lugar para todos. Esta concepción neopatrimonial, o simplemente patrimonial, del Estado alimenta el círculo vicioso. La monopolización de los puestos por parte de los grupos que detentan el poder incita a los grupos excluidos a la rebelión armada como única alternativa para sacar provecho del sistema. A la inversa, quienes están en el poder, teniendo siempre en cuenta que también pueden ser expulsados y nuevamente privados de la posibilidad de acceso a los recursos disponibles, buscan aprovechar al máximo las oportunidades que les da el poder mientras lo tienen en la mano.

De allí nacen esas frecuentes combinaciones de cargos públicos con comercios privados. Cuando la coyuntura política es desfavorable, se abandonan los cargos políticos y todos vuelven a ocuparse de su otra fuente de ingresos. Los abogados vuelven a sus bufetes, los maestros a las escuelas, los comerciantes se reinstalan detrás de sus mostradores y los terratenientes van con mayor frecuencia a pedir cuentas a los mayordomos de sus haciendas. Los diplomáticos extranjeros de la época, a su llegada al país, suelen asombrarse de tanto vaivén entre cargos públicos y actividades privadas. En 1884, Lanen, cónsul general de Francia, escribe así en referencia al nombramiento de Mariano Tanco en la cartera de Relaciones Exteriores:

> El nombramiento del señor Tanco para el Ministerio de Asuntos Exteriores ha sorprendido al público. Es un negociante que posee una especie de bazar donde se vende todo tipo de mercancías, vestidos, fósforos, licores, etc., etc. Tenemos por qué sorprendernos de

que el señor Núñez le haya confiado la dirección de las relaciones exteriores de Colombia[28].

Este diplomático francés, habituado ya a una rígida separación de funciones, no logra entender que estar detrás del mostrador de «una especie de bazar» no es en absoluto incompatible con la capacidad para ejercer el cargo de ministro de Relaciones Exteriores: una capacidad que Mariano Tanco, rico negociante cosmopolita formado en Europa en economía política, posee indiscutiblemente.

Un cargo oficial puede constituir una vía rápida de ascenso social. No faltan los ejemplos de hombres públicos de origen pobre o modesto que se enriquecen gracias a un nombramiento diplomático. Murillo, por ejemplo, oriundo de un pueblo tolimense, es uno de ellos; o incluso Rafael Núñez, hijo de un modesto oficial de Cartagena, quien se enriqueció —aunque moderadamente— gracias a la obtención de los dos cargos consulares más lucrativos de Colombia: El Havre y Liverpool. Sobre todo, el estar cerca de los círculos dirigentes permite el acceso a las oportunidades económicas que sólo abre el poder político. Las oportunidades de enriquecimiento van de la compra de tierras a bajo precio a raíz de la abolición de los resguardos indígenas o de la venta de las tierras del clero, cuyos precios bajan vertiginosamente una vez que los compradores son amenazados de excomunión, al beneficio personal sacado del manejo de la deuda en Inglaterra, de las comisiones pagadas por la compra en Europa de armamento, uniformes o material educativo solicitados por el gobierno o, durante la Regeneración, de las emisiones clandestinas del papel moneda.

Así, para aquellos de origen modesto o «emergente», y que tienen la suerte de ascender en la pirámide social, el acceso al poder político se plantea en términos de búsqueda de ventajas y consolidación de su posición social. Pero para quienes corrieron con la suerte de nacer en las capas privilegiadas de la sociedad, el acceso al poder

28. Carta del cónsul Lanen al M.A.E. francés, citada en L. C. Ortiz, *La correspondance politique des diplomates français en Colombie*, Université de Paris I-Sorbonne, 1989.

significa por lo general, más que la oportunidad de ganar, la esperanza de no perder. Para ellos, el objetivo no es tanto el ejercicio directo del poder político, que casi siempre se delega a personas de extracción más modesta, sino la perspectiva de mantener buenas relaciones con el gobierno.

En efecto, el Estado colombiano es a lo largo del siglo XIX un Estado expoliador. Las revoluciones justifican los préstamos forzosos —el término es, evidentemente, un eufemismo ya que la esperanza de que se reembolsen es más que ilusoria—, las expropiaciones y todo tipo de expoliación. Los reclutamientos forzados de campesinos, característicos de las guerras civiles, despojan al campo de la fuerza laboral útil a los terratenientes. La historia colombiana de la segunda mitad del siglo XIX ofrece innumerables ejemplos de contribuciones forzosas. Luego de las instauradas por el gobierno de Melo en 1854, el alzamiento de Mosquera contra Ospina a principios de los sesenta da lugar a numerosas expropiaciones arbitrarias. En los archivos personales de Luis María Cuervo, hijo de Rufino Cuervo y rico hacendado conservador de la Sabana de Bogotá, se conservan las numerosas cartas que los representantes del nuevo poder le envían en 1862 solicitándole con respeto pero también con firmeza, les fueran entregados: primero caballos, al día siguiente ganado y más adelante, carretas[29]. La resistencia de los hermanos Arboleda —propietarios de algunas de las haciendas más ricas del país en los alrededores de Popayán— a los ejércitos de Mosquera, justificará su expropiación total en 1865[30]. En 1885, la guerra dirigida por las fuerzas del gobierno contra la insurrección liberal será esencialmente financiada con las contribuciones forzosas impuestas a los ricos liberales pacifistas[31]. Numerosos políticos advierten claramente este círculo vicioso. En 1858, Mariano Ospina explica el vínculo existente entre penuria y expoliación: «Cuanto más reducido es un Estado

29. BLAA, Mss. 66.

30. Cf. *Int. 1865*.

31. Cf. carta de Salvador Camacho Roldán a su hijo Gabriel, Bogotá, octubre 23, 1885, ACH, FSCR.

político, tanto más se presta a la formación de pandillas, que por el fraude o la violencia usurpan los Poderes públicos, i se mantienen luego en ellos por la persecución i la fuerza»[32].

Trece años más tarde, el radical Felipe Zapata, secretario del Interior de Eustorgio Salgar, denunciará con admirable lucidez, en un análisis de los males del federalismo presentado al Congreso en 1871, el círculo vicioso de las revoluciones políticas:

> El decreto de un cabecilla de revolución que exige contribuciones forzosas, desiguales i enormes a los propietarios pacíficos; la violencia que se hace a los ciudadanos desvalidos para obligarlos a cometer el delito de turbar el orden público; las prisiones arbitrarias; las prohibiciones i gravámenes al comercio de otros Estados, i la larga serie de atentados que se cometen en cada movimiento local, son hechos que se repiten frecuentemente[33].

Los poderosos, los propietarios, también pierden en este juego. Sin embargo sus pérdidas son a menudo pasajeras, mientras que para las «grandes masas populares» que evoca Zapata, el perjuicio es por lo general irreversible:

> Ellos [«labriegos pacíficos», «humildes trabajadores»] no saben quién gobierna, ni se curan de ello; pero sí son enemigos de la guerra, porque ésta como todas las plagas que caen sobre la especie humana, se ceba en los desgraciados; porque para ellos la guerra es la falta de trabajo i de pan; el robo de sus animales; la destrucción de sus labranzas; la fuga i el abandono de sus casas, la prostitución de sus familias; la orfandad, la mutilación, la mendicidad i la muerte. ¿Qué les importa a las masas populares quién gobierna ni cómo se gobierna, si ninguna situación política ahuyenta la miseria de sus hogares, ni disipa la oscuridad de sus almas? Ante el derecho revolucionario las masas populares no significan nada; son materia inerte

32. *Pres. 1858*, p. 12.
33. *Int. 1871*, p. 13.

i contribuyente; verdadera carne de cañón; brazos para el lazo del recluta, espaldas para la vara del cabo[34].

La cabal comprensión de ese círculo vicioso —que por lo general ocurre cuando los dirigentes, después de haberse beneficiado del sistema, se convierten repentinamente en sus víctimas— lleva a los más sagaces a reconocer que las críticas provenientes de las naciones civilizadas, aunque ambiguas y llenas de prejuicios, tienen un fondo de verdad. Así, en 1869, José María Samper, cada vez más marginado por el poder radical, escribe con amargura a Mosquera desde París:

> Al hallarme ahora en Europa, he tenido muchas ocasiones de avergonzarme y afligirme, a causa del mal concepto en que se halla por acá nuestra patria, como país inseguro, sin estabilidad, sin cordura en su política; y esto me ha hecho hacerme cargo de muy dolorosas verdades[35].

Samper explica que su carrera política fue frustrada por su voluntad de no comprometerse con los radicales y que él trabaja para garantizarle la tranquilidad a sus hijas pero que «todo es en balde, pues las revueltas políticas me dejarán en la miseria»[36]. La historia le dará la razón antes de que la Regeneración le permita recuperar su posición política y social: acusado por el gobierno radical de haber incitado a la rebelión conservadora de 1876 verá su periódico cerrado, su imprenta confiscada y se exiliará por unos meses en Venezuela.

Sin embargo, la lucidez y la denuncia resultan impotentes ante la descomunal fuerza del sistema. Lo que predomina es la lógica del conflicto por el poder, haciendo inútiles los esfuerzos por reducir la violencia, e irrisorias las escasas tentativas de conciliación entre los partidos. Los períodos de tregua, como lo expresa con pesimismo

34. *Int. 1871*, p. 13.

35. Carta de J. M. Samper a T. C. de Mosquera, París, noviembre 7, 1869, ACC, FM, D51803, f.1.

36. *Ibíd.*, f.4.

Sergio Arboleda, dependen de la buena voluntad pasajera de los dirigentes: «no hay más garantías que las que da acaso el buen carácter de tal o cual de los gobernantes»[37].

La lógica implacable de la competencia por el poder político contribuye así a la definición de proyectos nacionales antagónicos que sin embargo tienen originalmente mucho en común. En ese proceso de diferenciación, de delimitación de las estrategias liberales y conservadoras, la referencia a Europa desempeña un papel cada vez más importante. La búsqueda de legitimidad, tan crucial en la carrera al poder, pasa primero por la elaboración de un proyecto de contenido «nacional». Esta inevitable modalidad en toda estrategia política pone al descubierto la verdadera naturaleza del nacionalismo que comienza a perfilarse en la Colombia decimonónica: más que la expresión ideológica de una entidad hipotética —la nación—, el nacionalismo aparece como un instrumento indispensable en la conquista del poder político. En un país desprovisto de un verdadero aparato estatal capaz de crear una nación, como lo es Colombia en esa época, la nación sólo existe en la competencia de grupos políticos en torno a la legitimidad nacional. Es en esas estrategias de legitimación donde se debe estudiar la articulación entre la definición nacional y la referencia exterior.

LAS FIGURAS DE LA RETÓRICA LIBERAL

El sueño liberal de esos años ya no es el sueño de una sociedad democrática: las conmociones de los años cincuenta demostraron los peligros de ese ideal. Se trata más bien de la aspiración a una sociedad patriarcal pero vanguardista, a una vanguardia republicana sin revolución social. Los liberales satisfacen su relativo silencio en torno a la *cuestión social* con un discurso de felicidad republicana de la que, según ellos, gozan todos los ciudadanos co-

37. S. Arboleda, *op. cit.*, p. 249.

lombianos. La denuncia de una Europa monárquica y despótica, en la que obviamente se incluye a los conservadores, acusados de monarquistas y teocráticos, facilita considerablemente el trabajo de la propaganda oficial.

La vanguardia republicana

El proyecto liberal no se resume obviamente a una retórica liberadora. Más allá de la profusión de los discursos, algunas medidas apuntan a modelar la nueva sociedad liberal. La lógica de las libertades se amplía: a la libertad de prensa, decretada a comienzos de los cincuenta, se suma la libertad absoluta de palabra, consagrada por la Constitución de 1863. El ejército regular es reducido y la duración del mandato presidencial se acorta a dos años. La limitación del poder central, ya visible en la Constitución, se confirma en 1867 con una ley aprobada por el Congreso, opuesto a Mosquera, en la cual se dispone que el Estado Central no está habilitado para intervenir militarmente en caso de conflicto entre los Estados Soberanos. La extensión de las libertades no se hace solamente contra el Estado sino también contra la Iglesia. Las dos presidencias de Mosquera (de 1861 a 1864 y de 1866 a 1867) son años de ataque frontal contra la Iglesia y, esta vez, sobre todo contra su poder económico. Una de las primeras medidas adoptadas luego de la toma de Bogotá por las tropas de Mosquera es la desamortización de los bienes de manos muertas. Decretada el 9 de septiembre de 1861, la venta de los bienes de la Iglesia constituirá el gran proyecto de esta última fase de la carrera política del gran general. Y por último, una medida ilustrada alimenta por varias décadas el orgullo y la retórica liberales: la abolición total de la pena de muerte, consagrada por la Constitución de 1863.

Para los liberales, la abolición de la pena de muerte por delitos políticos, aprobada en 1848, tenía por consecuencia lógica su abolición total a mediano plazo. El rechazo del Congreso al proyecto de cárcel panóptica presentado por Thomas Reed en 1853, por considerarlo demasiado costoso, frena el proceso, debido a la insistencia de algunos sobre la necesidad de construir prisiones seguras

antes de suprimir la pena capital. En 1856, el presidente Mallarino se opone a la abolición total de la pena de muerte debido a que no existen establecimientos correccionales que permitan compensarla. La poca esperanza de construir rápidamente una penitenciaría, debido a los altos costos que acarrearía para el erario público, empuja finalmente a los liberales a no aplazar más la abolición de la pena de muerte, y a inscribirla en la Constitución de 1863. El mismo año, el ministro de Colombia en Gran Bretaña, el liberal Antonio María Pradilla, le hace llegar a Víctor Hugo, entonces exiliado en Guernesey, un ejemplar de la nueva Constitución, explicándole lo importantes que fueron sus obras en la evolución de las mentes que llevó a la abolición total de la pena capital en Colombia. El poeta le responde entonces con una carta que representa el más glorioso homenaje europeo al liberalismo de las instituciones colombianas:

> Me envía Usted un ejemplar de su constitución en nombre de su libre República. Su constitución ha abolido la pena de muerte y usted tiene la bondad de atribuirme una parte en ese magnífico progreso. Agradezco con profunda emoción a la República de los Estados Unidos de Colombia. Al abolir la pena de muerte, ella da un ejemplo admirable. Da un doble paso, el uno hacia la felicidad y el otro hacia la gloria. La gran senda está abierta. Que América camine, Europa seguirá[38].

Mientras que la mayoría de los conservadores es hostil a la supresión de la pena capital, el orgullo abolicionista constituye uno de los ejes esenciales del patriotismo liberal, que inspirará durante décadas una multitud de escritos basados en el modelo hugoniano: el liberal Medardo Rivas escribirá *Memorias de un ajusticiado* y Fidel Cano, fundador del periódico *El Espectador* en Medellín, publicará en 1889

38. Carta de Víctor Hugo a A. M. Pradilla, Hauteville House, octubre 2, 1863, BNB, Man., t. 523.

las poesías abolicionistas de Víctor Hugo rindiéndole homenaje en un texto titulado «Víctor Hugo y la pena de muerte»[39]. El restablecimiento de la pena de muerte en la Constitución de 1886 explica entonces ese renacer de la autoridad del poeta francés.

Por lo demás, el legado de los gobiernos que se suceden hasta el arresto de Mosquera en 1867 es, aunque rico en discursos, muy pobre en medidas. El despertar de una Europa imperialista a comienzos de los sesenta constituye un argumento ideal de movilización política para los gobiernos radicales. El brote de imperialismo europeo en América, en esos años, es algo más que un espectro útil para la movilización política: su aparición preocupa realmente a los colombianos[40]; pero los ideólogos del liberalismo logran sacar un admirable provecho de la nueva situación, reforzando el discurso del patriotismo liberal y estigmatizando a los conservadores, al pintarlos como peligrosos monarquistas.

Mucho antes de su viaje a Europa, Manuel Murillo Toro y José María Samper ya tenían en muy baja estima el régimen imperial francés. En 1858, el ministro representante de Francia en Bogotá, el barón Goury du Roslan, favorable a los conservadores, había alertado al ministro de Relaciones Exteriores de Francia sobre la violencia de las diatribas contra el Imperio publicadas por el periódico liberal *El Tiempo*, redactadas por Samper y Murillo, entre otros. El ministro había solicitado en vano a su colega del Interior una investigación sobre el origen de esos artículos, según él, «una sarta

39. Cf. M. Rivas, *Obras*, t. 1, Bogotá, Imprenta de Fernando Pontón, 1883, p. 239, y *El Cadalso, poesías de Víctor Hugo traducidas por Fidel Cano*, Medellín, Imprenta de El Espectador, 1889.

40. En 1861, Manuel María Mosquera, al anunciar a su hermano el proyecto de expedición a México, le escribe: «Es el primer ataque al principio 'Monroe' y es posible que sea seguido de otros más. Al fin parece decidirse la Europa occidental a intervenir en las cosas americanas». Carta de Manuel María a T. C. de Mosquera, Londres octubre 1°., 1861. ACC, FM, D40425. Unos meses después, Murillo por su parte le escribe al gran general: «El proyecto de monarquizar a Méjico se prosigue, digan lo que quieran ciertas declaraciones oficiales». Carta de M. Murillo a T. C. Mosquera, París, marzo 31, 1862, ACC, FM, D42448.

de embustes»[41]. Cuando en 1861 Goury se entera del nombramiento de Murillo como ministro de Colombia en Europa, escribe al ministro de Relaciones Exteriores de Francia para desaconsejarle que reciba a ese representante del gobierno *de facto* de Mosquera. Al conocer los informes elaborados por Goury sobre esos exóticos opositores al régimen imperial francés, Napoleón III habría exclamado: «*Quelle dêche! Même au-delà des mers je rencontre des ennemis!*»[42]. Nada indica, evidentemente, que la anécdota sea verídica; el caso es que existe, real o inventada, y revela todo un imaginario de la resistencia a la opresión, todo un ideal de la joven virtud republicana americana que desafía a golpe de denuedo el poder corrupto de los monarcas decadentes.

Cuando Murillo y Samper, entonces secretario de la legación, se encuentran en París en 1862, la tensión con el gobierno francés crece. Los preparativos de la expedición *liberticida* de México y la negativa francesa a reconocer el nuevo régimen —de acuerdo con las recomendaciones de Goury du Roslan— acrecientan la indignación de los diplomáticos colombianos. Murillo escribe entonces a Mosquera:

> La petulancia de los hombres de Estado i de los Gobiernos de Europa pasa de raya: nos quieren tratar como salvajes i es forzoso que estudiemos i practiquemos un sistema que sin comprometernos les haga sentir que no somos bueyes de carga; i sobretodo que no estamos dispuestos a aceptar como a Procónsules del antiguo Imperio Romano a esas nulidades que envían a hacer fortuna en América, en calidad de agentes diplomáticos[43].

Más de una vez se fustiga la arrogancia francesa; Samper, quien afirma que Napoleón III está condenado a «vivir inquietando a todo

41. ANP, F18 550, «Journaux étrangers introduits en France», 1850-1886.

42. A. J. Restrepo, «Honroso percance del Doctor Murillo», *Centenario de Murillo Toro. Homenaje de la Junta Nacional*, Bogotá, Águila Negra Editorial, 1916, p. 97.

43. Carta de M. Murillo a T. C. de Mosquera, París, mayo 30, 1862, ACC, FM, D42449.

el mundo, suscitando problemas por todos lados, a fin de mantener la fascinación de una gloria falsa que obra poderosamente sobre la vanidad francesa...»[44], declara inútil mantener relaciones diplomáticas con Francia. Cuando Mosquera le propone reemplazar a Murillo, nombrado ministro en los Estados Unidos, Samper no acepta, en nombre de esa convicción y explica a Mosquera que prefiere aceptar otra oferta: la dirección del periódico limeño *El Comercio*. El mismo Mosquera, nombrado tres años después ministro de Colombia en Europa, experimenta también la indiferencia de los príncipes europeos: en julio de 1865, habiendo hecho el viaje a Berlín y luego a La Haya para presentar sus credenciales, recibe como única respuesta que los reyes de Holanda y Prusia no están manejando los asuntos de sus reinos sino que están descansando en lujosas estaciones termales. Indignado con esos lujos monárquicos financiados con la explotación de los súbditos, escribe a su amigo Luis Bernal: «¡Qué contrastes y qué cosas se ven en este mundo que llamamos civilizado!»[45].

Frente a esa recrudecimiento de la tiranía europea, una joven república como Colombia aparece, en el discurso liberal, como el santuario de la libertad. Esta imagen inspira una enumeración de las conquistas del liberalismo que invade el discurso político liberal, en especial los catecismos cívicos que explican las nuevas medidas en un debate imaginario que con frecuencia reproduce los debates europeos leídos en la prensa[46]. Republicana por esencia, la sociedad colombiana se distingue también en el discurso liberal por su carác-

---

44. Carta de J. M. Samper a T. C. de Mosquera, París, mayo 28, 1862, ACC, FM, D42948, f. 3.

45. Carta de T. C. de Mosquera a Luis Bernal, Mainz, julio 27, 1865, ACC, FM, D47034, f. 1.

46. «No entraré pues, en la refutación de un adversario del juri *[sic]* M. Gach, Presidente de un Tribunal de 1ª. instancia en el departamento del Lot», escribe el autor de un catecismo liberal de Antioquia a finales de los años cincuenta. Cayo Calígula (seudónimo), *Ensayo político i literario. Diálogo entre Polidoro i Ramiro*, Marinilla, 1857, p. 20. Cf. también Cerbeleón Pinzón, *Catecismo republicano para instrucción popular*, Bogotá, Imprenta de El Mosaico, 1864.

ter democrático heredado del mestizaje de su población: los años sesenta representan por lo tanto la edad de oro de la retórica igualitaria y meritocrática del mestizaje, como lo ilustran las observaciones de Felipe Pérez en la geografía que publica en 1865. Luego de evocar la cuestión de la composición étnica del país, señala:

> Estas diferencias nada significan en el país para los efectos civiles ni políticos, pues hay la más completa igualdad ante la lei i la sociedad por lo que el camino a los cargos i los honores públicos está abierto a todos, no por el color de su piel, ni por la forma de su cráneo, sino por su talento, su ciencia, su virtud, o su valor[47].

Las conquistas del liberalismo colombiano se convierten en eco de la lucha de los republicanos europeos. Se rinde homenaje a esa Europa liberal, oprimida, y se saluda a sus héroes, como en ese mensaje en el que Medardo Rivas se dirige en inglés a Kossuth con motivo de su llegada a Nueva York:

> *In the name of the democrats of New Granada I salute you [...] My country suffered, as yours, for centuries the opprobious yoke of Kings; as yours, it sweared to obtain independence and liberty; and eventually our just cause succeeded, so that we are now free and happy. [...] Till the hour of redention is arrived, should the European democrats seek a shelter, in New Granada they will find a home, honor and liberty*[48].

América, en fin, es maestra en republicanismo. Las predicciones sobre el porvenir de una Europa finalmente modelada por la voluntad de los pueblos es bocadillo predilecto de los embajadores colombianos de la libertad: «Mi convicción profunda en vista del estado actual de Europa es que dentro de dos años o la Europa será libre i toda constitucional, en virtud de oportunos e indispensables concesiones de estos gobiernos (particularmente los de Francia, Austria,

---

47. F. Pérez, *Jeografía de los Estados Unidos de Colombia, escrita de orden del Gobierno por Felipe Pérez,* París, Librería de Rosa y Bouret, 1865, pp. 177-178.

48. M. Rivas, *op. cit.*, p. 8.

Rusia, Prusia i Turquía, España i Grecia, que son de los más retrógrados o reaccionarios) o estos pueblos se hallarán en plena revolución, i una revolución mucho más grave, jeneral, profunda i eficaz que la de 1848» escribe Samper a Mosquera en 1862[49].

El tabú monárquico

La vocación republicana del Nuevo Mundo no está, sin embargo, a salvo de la tiranía europea, como lo explican los liberales; conviene por lo tanto censurar la simpatía de los conservadores hacia la causa monárquica y papal, que sigue siendo susceptible de amenazar el reino de las libertades en América. Mosquera, sin duda el mayor detractor de la Iglesia en la Colombia decimonónica, se especializa en la retórica del complot papal contra las libertades. Camino a Europa a comienzos de 1865, escribe desde el puerto istmeño de Colón una alocución titulada *A los colombianos*, en la que revive la amenaza eclesiástica:

> Al suelo de Colombia acaban de llegar individuos que por sus precedentes i sus doctrinas nos autorizan para mirarlos como emisarios de Roma, particularmente en esta época de agitación i de incertidumbre en Europa, que los más grandes pensadores luchan contra las tendencias del romanismo...[50].

La psicosis de la invasión extranjera llega a su cúspide. Ese mismo año, Carlos Arboleda aconseja a Mosquera volver lo más pronto posible para tomar las riendas del país «de lo contrario Colombia se pierde porque caeremos en manos de los fanáticos y del poder de ellos pasaremos al de una potencia extranjera»[51]. La internacional negra, aliada de los príncipes, amenaza la libertad colombiana. La denuncia del complot teocrático será el tema central de los dos testamentos políticos de Mosquera: su último discurso como presidente del Estado de Cauca en 1873 y su folleto titulado *Los partidos en Co-*

49. Carta de J. M. Samper, París, mayo 28, 1862, ACC, FM, D42948, f. 3.

50. T. C. de Mosquera, «A los colombianos», Colón, enero 26, 1865, ACC, FM, D47033.

51. Carta de C. Arboleda a T. C. de Mosquera, ACC, FM, D46538.

lombia, publicado al año siguiente, en donde acusa a los radicales de abrir el camino a la dictadura teocrática:

> El partido contrario al tradicionista es el gólgota, que adultera el sufragio popular para adueñarse del poder público; y está corrompiendo la verdadera República, atacando el derecho de propiedad en varias leyes llamadas de crédito público, para disminuir la deuda nacional y creyendo al mismo tiempo que la prescindencia en las usurpaciones eclesiásticas darán un buen resultado; pero cuando vean como en otros tiempos la potestad eclesiástica erigida en poder público, tendrán que lamentar su error sin poderlo remediar[52].

Para los liberales, la complacencia de los conservadores colombianos hacia los déspotas europeos, particularmente los del Vaticano y de las Tullerías, se expresa de diversas maneras. En primer lugar, se acusa a los conservadores de llamar a una intervención militar europea para derrocar al gobierno liberal. En este sentido, el síndrome mexicano funciona perfectamente en Colombia. No se trata tan sólo de una quimera de la imaginación liberal: luego de la victoria de Mosquera, dichas tentativas ocurren realmente. En septiembre de 1861, dos meses después de su victoria, los representantes del Estado de Antioquia escriben a Napoleón III para quejarse de las fechorías del gran general:

> La enumeración de sus escándalos i delitos sería larga, i traería a la memoria de V. M. el recuerdo de los crímenes de Tiberio, Calígula, Nerón, Domiciano, Cómodo, Heliogábalo i Dioclesiano de quienes Mosquera es miserable imitador. También recuerda a los funestos corifeos de la Revolución Francesa, de esa revolución colosal que el Augusto tío de V. M. sepultó providencialmente[53].

---

52. Texto de T. C. de Mosquera en J. O. Melo (ed.) *Orígenes de los partidos políticos en Colombia. Textos de Manuel María Madiedo, José María Samper y Tomás Cipriano de Mosquera*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, p. 292.

53. Carta del «Estado Federal de Antioquia», Medellín, septiembre 1861, a Napoleón III, FAES, AMOR/E/2, Pieza 66, f. 1.

Después de haber ensalzado a Francia, «nación cristianísima» —«La Francia como el Sol esparce en benéfica luz sobre todos los puntos donde hai moral, donde hai justicia i sumerge en antros tenebrosos la iniquidad»[54]—, los autores de la carta solicitan a Napoleón III una intervención de la escuadra francesa de las Antillas para liberar a los hermanos Ospina encerrados por Mosquera en el fuerte de Bocachica, cerca de Cartagena. Al año siguiente, Samper escucha en París rumores acerca de otra intervención militar francesa, esta vez a solicitud de dos conservadores caucanos, Nicanor Hurtado y Enrique Arroyo, partidarios de Julio Arboleda quien, hasta su asesinato unos meses después, persiste en creer que puede derrotar a Mosquera. Samper, quien reconoce no darle mayor crédito a ese rumor, informa sin embargo a su cuñado Manuel Ancízar[55].

Aunque la amenaza de una inminente intervención imperial es bastante remota, la importación de ideas y medidas antiliberales es algo que se les reprocha duramente a los conservadores. Es el caso de un panfleto de los masones de Cartagena, quienes en 1869 se quejan del origen europeo de las medidas antimasónicas tomadas por el obispo Bernardino Medina:

> Pretender implantar a América, extraña a las maquinaciones políticas i religiosas del viejo mundo, i a naciones europeas preservadas por una feliz organización de los estragos de la levadura revolucionaria, la severidad i rudeza de tales condenaciones es un craso error, que puede conducir a funestas consecuencias[56].

En fin, hablar de Napoleón III sin condenar de manera explícita su despotismo, como lo hacen algunos conservadores, es una actitud

54. *Ibíd.*, f. 2.

55. «Consiste el plan en armar aquí una expedición secreta, bajo apariencias de colonización o de exploración, que se arrojaría sobre Cartajena para hacer una contrarevolución en perjuicio de nuestra seguridad». Carta de J. M. Samper a M. Ancízar, París, julio 30, 1862, ACC, FM, D42954, f. 4.

56. *Los masones de Cartagena ante los hombres sensatos*, Cartagena, Imprenta de Ruiz e hijo, abril 25, 1869, p. 3.

inevitablemente censurada por los polemistas liberales. José María Vergara y Vergara, secretario de la legación en Francia en 1870, acompaña a José María Torres Caicedo, entonces ministro titular, a la recepción de año nuevo en el palacio de las Tullerías. En las páginas que envía al periódico bogotano *La Ilustración*, Vergara evoca con ironía las puerilidades de la corte y la personalidad del emperador a través de las pocas palabras que intercambia con Torres:

> ¿Quién es Presidente ahora? —El General Gutiérrez, Sire. ¿I cuando acaba? —En abril. ¡Pero cómo! Hace mui poco que comenzó a gobernar. ¿No duran cuatro años los Presidentes? —Antes era así, pero según la última Constitución, no duran sino dos. —Es bien poco. —Sí, Sire[57].

El hecho de que Vergara haya dejado de emitir una condena formal en contra de la tiranía imperial lleva a otro redactor del periódico, quien toma el seudónimo significativo de *Cincinato*, a acusarlo de complicidad con la monarquía; la redacción de *La Ilustración* defiende entonces a Vergara. Las burlas sutiles del hombre de letras no responden a la sed de denuncias grandiosas que exige la retórica política.

Irónicamente, la crítica a la complacencia imperial termina por devolverse contra el gran vapuleador del papismo, el gran general Mosquera. En efecto, en septiembre de 1861, no habiendo transcurrido dos meses desde su victoria sobre las tropas conservadoras, Mosquera escribe a Napoleón III una carta animada por un trasfondo de vanidad aristocrática: comenzando por recordarle su encuentro en Londres en 1831, le explica que «no es de ahora ni por las circunstancias actuales que me he vuelto un admirador respetuoso del insigne mérito de Napoleón el Grande y su familia»[58], y le informa acerca del origen común de los condes de Montijo y de los duques de Alba y Feria, ascendientes suyos, lo que lo convierte

---

57. *La Ilustración*, Bogotá, marzo 19, 1870, p. 178.

58. Carta de T. C. de Mosquera a Napoleón III, Bogotá, septiembre 13, 1861, AMAE, ADP, Colombia., caja N°. 1.

en primo lejano de la emperatriz. El hermano de Mosquera, más avezado que él en las sutilidades de la diplomacia europea, teme que la carta no sea tan buena idea: «La carta que has escrito al Emperador Napoleón, y cuya copia me remites, es en sí respetuosa y obsequiosa; pero quién sabe como la habrá recibido, porque sé que es muy quisquilloso en materia de *vieilles connaissances,* que vengan a recordarle haberlo conocido *battant le pavé;* y también lo es *à l'endroit* de los emparentados de cerca o de lejos con Da. Eugenia...»[59]. La tensión entre los dos gobiernos terminará sin embargo por disminuir. En 1866, el emperador agradece a Mosquera el envío de un mapa de Colombia y le obsequia a cambio un ejemplar de su biografía de Julio César[60], mientras que la emperatriz, quien finalmente acusa recibo de la genealogía enviada por Mosquera para demostrar su parentesco[61], irá incluso a regalarle al gobierno colombiano una estatua en bronce de Cristóbal Colón, destinada a ser erigida en la ciudad de Colón, a la entrada del canal interoceánico del istmo de Panamá. Pero la complacencia imperial de Mosquera no pasa inadvertida en el país y brinda a sus adversarios una magnífica ocasión para estigmatizar sus tendencias autoritarias. En 1867, *La Bruja,* periódico satírico y anti-mosquerista, no hace más que publicar parodias de decretos del presidente, en las que constantemente se hace referencia al emperador bajo el apelativo de «mi primo Napoleón»[62].

El liberalismo de los años dominados por Mosquera, —1861 a 1867 con sólo el intervalo de la presidencia de Murillo entre 1864 y 1866— deja en definitiva un legado muy pobre en materia de construcción del Estado nacional. Antes de volver a la defensa de un Estado fuerte a finales de la década, el liberalismo de esos años, desgarrado por

59. Carta de M. M. a T. C. de Mosquera, Londres, diciembre 1°., 1861, ACC, FM, D40427.

60. Carta de Napoleón III a T. C. de Mosquera, París, febrero 2, 1866, ACC, FM, D48900A.

61. Carta de Eugenia de Montijo a T. C. de Mosquera, París, febrero 5, 1886, ACC, FM, D47980A.

62. Cf. *La Bruja,* Bogotá, enero 25, 1867, p. 129.

la tensión entre *mosqueristas* y radicales, se presenta como una combinación entre una empresa de desmantelamiento de la Iglesia y el Estado en favor de intereses privados y una retórica republicana que busca convencer al pueblo de su felicidad y justificar así su manipulación con fines electorales. Este particular perfil del liberalismo de los sesenta comenzará a moldear, a la inversa, la estrategia de los conservadores.

LA LENTA DEFINICIÓN DEL CONSERVATISMO

En la Colombia decimonónica el conservatismo se va definiendo lenta y difícilmente. Los conservadores colombianos son, como los liberales, republicanos a pesar de algunas tentaciones por la monarquía constitucional, partidarios de las libertades, prendados de modernidad política, educativa y material. Según la famosa anécdota, el más intransigente representante del conservatismo político colombiano, Mariano Ospina, se lanza a tocar las campanas de la Catedral de Bogotá cuando llega la noticia de la insurrección parisina en 1848. Conservadores y liberales pertenecen claramente a un mismo universo de pensamiento político.

La tendencia *ministerial* que desemboca en 1848 en el movimiento conservador, había dominado políticamente la década de 1840. El fracaso de la tentativa neoborbónica de modernización del Estado, encarnada por Mosquera antes de que se convierta también al federalismo liberal, significa la consunción de la imaginación política conservadora y de su fuerza inspiradora. La ola de reformas liberales que sofoca la insurrección conservadora de 1851 parece incluso por un instante haber acabado con el conservatismo como fuerza política. Pero de los años 1849 a 1854 ven entonces sellarse otra alianza, decisiva para el futuro del movimiento conservador: el acercamiento entre el conservatismo y la Iglesia.

Durante mucho tiempo, la diferenciación del partido conservador se hace por contraste con las consignas liberales: los conservadores abandonan progresivamente los terrenos dominados por los liberales, para tratar de monopolizar los campos dejados vírgenes

por sus adversarios. Más allá de los grandes debates sobre las libertades públicas, la teocracia, el centralismo o el liberalismo económico, las fuerzas políticas allegadas al conservatismo confluyen lentamente en torno a una idea central: la convicción de tener que responder al riesgo de la «tiranía del número» no tanto a través de la mecánica electoral, como lo creen los liberales, sino mediante una revitalización de las estructuras de control social, y en particular de la Iglesia.

El relativismo institucional

La instrumentalización sistemática del orgullo republicano por parte de los liberales contribuye a alejar de él a los conservadores, quienes perciben poco a poco la inutilidad de competir en ese terreno y se orientan hacia otras consignas políticas. Así, el republicanismo conservador, sin disiparse del todo, comienza a dar lugar progresivamente a cierto relativismo institucional, presente ya después de la Independencia en la fascinación que muchos bolivarianos sentían por la monarquía constitucional. En los años sesenta se multiplican las críticas conservadoras a la pretensión republicana de dar lecciones a Europa. En 1865 en Bogotá, un partidario de Julio Arboleda, autor de un folleto titulado *República y América*, denuncia la exageración de los liberales en su crítica al emperador Maximiliano y afirma que la Europa revolucionaria, que ofrece un arsenal de justificaciones políticas a las fechorías de los colombianos *rojos*, es más peligrosa para América que la Europa monárquica[63]. Así, la exaltación del buen gobierno independientemente de su forma se impone como una herramienta de definición conservadora frente al énfasis que ponen los liberales en la retórica republicana. En los años ochenta, en el discurso de los ideólogos de la Regeneración, el relativismo institucional alcanzará su apogeo[64].

Si América es tierra de promisión, para los conservadores es cada vez más la tierra prometida de un catolicismo que se debe recons-

63. J. F. E. Torres, *República y América. Alta política*, Bogotá, Impreso por Foción Mantilla, 1865, p. 8.

64. Cf. capítulo 8, «La Europa ideal de los regeneradores».

truir recurriendo a Europa. Si bien muchos conservadores desconfían de la «teocracia», es no obstante en torno al ideal católico, avivado por las orientaciones papales y el régimen de García Moreno en Ecuador, que el conservatismo se va a reorganizar progresivamente. La renovación católica en Europa ofrece de antemano instrumentos de reconquista.

Los modelos del catolicismo europeo

Mientras los liberales sueñan con el reconocimiento de sus obras por los papas del republicanismo europeo, los conservadores aspiran a que los verdaderos papas reconozcan sus desventuras. Las cartas de apoyo, como la que en 1862 envía Pío IX al arzobispo Herrán a raíz del decreto de desamortización de los bienes de manos muertas[65], son para los conservadores tan valiosas como el estímulo de un Víctor Hugo para los liberales.

La atmósfera intelectual del conservatismo, en efecto, se ve impregnada de la actualidad europea de la misma manera que el imaginario liberal. Los panfletos antimasónicos europeos son traducidos o adaptados por prelados y polemistas católicos. El obispo de Santa Marta, Rafael Celedón, declara en un panfleto escrito en 1876: «Figúraos ahora que en cada ciudad, en cada pueblo se abre una logia como puede suceder, y que todas esas logias están estrechamente unidas por medio de terribles juramentos con las logias madres y abuelas que existen en Europa»[66]. La abundante literatura contra Renan propone compilaciones de textos religiosos europeos[67]; la difusión y traducción de textos europeos contra el catolicismo liberal se acelera y los panfletos ultramontanos franceses, italianos o españoles se amontonan en los estantes de las bibliotecas católicas colombianas.

65. Carta del Papa Pío IX al arzobispo de Bogotá, Roma, febrero 24, 1862, ACC, FM, D42664.

66. Rafael Celedón, *La Logia en Sud-América. Diálogos entre un masón y un católico,* París, J. E. Gauguet, 1885, p. 86.

67. Cf. capítulo 2, «Lecturas».

Cada vez más se tiene la convicción de que la reconquista católica del país —un ideal que comienza a poblar los sueños políticos y sociales de los conservadores— sólo puede realizarse si se siguen las orientaciones, los métodos y las formas de organización del clero europeo. Sergio Arboleda, gran ideólogo del conservatismo, explica el papel que debe desempeñar un partido conservador:

> Entendámonos: tampoco pretendemos fundar escuela; pues la escuela a que pertenecemos existe: es la misma de los publicistas católicos de Europa, y nada nuevo tendremos que decir: apenas nos tocará expresar alguna vez nuestra opinión sobre la manera de aplicar sus doctrinas a la política republicana[68].

La acción del clero, remedio contra la inmoralidad, debe hacerse siguiendo el modelo francés: «Tratemos pues de formar un clero virtuoso, ilustrado, patriota que semejante al clero francés alumbre el campo de las ciencias físicas y políticas con la luz radiosa de la verdad teológica y habremos cumplido con poner los medios»[69]. La campaña organizada por la Iglesia tras la instauración del sufragio universal masculino por la Constitución de 1853 para incitar a los católicos colombianos a participar en la votación —exitosa, ya que desemboca en la elección de Mariano Ospina—, se basa ampliamente en la publicación de declaraciones del clero francés: *El Catolicismo* publica en 1855 varios llamados redactados por prelados franceses —monseñor Parisis, obispo de Arras, monseñor Sibour, arzobispo de París—, con ocasión de las elecciones de 1848, incitando a los católicos a participar en el voto:

> Los escritores públicos representantes del principio religioso i moral, en las épocas eleccionarias más que nunca, tienen el deber de recordar a los católicos, cuales sean los suyos i como han de desempeñarlos. Así se ha practicado con buen suceso en Francia.

68. S. Arboleda, *op. cit.*, p. 249.
69. *Ibíd.*, p. 369.



Sergio Arboleda.
Galería de Notabilidades Colombianas, Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá.

> Allí la prensa católica excita en estas épocas a los hombres relijiosos a que tomen parte activa en las elecciones para que la causa del catolicismo i de la moral triunfe de los ataques solapados o descubiertos de los falsos liberales, de los sectarios del filosofismo[70].

La creciente referencia a la renovación católica europea comienza también a tener consecuencias más visibles. En 1856, la publicación en *El Catolicismo* de un artículo sobre la inauguración de una cruz monumental en Mazamet en la provincia francesa del Tarn, da lugar a un proyecto para erigir una cruz colosal en el cerro de Guadalupe. «La anterior edificante noticia nos sujiere la idea de hacer una cosa semejante en la católica Bogotá» escribe entonces el editor del periódico[71], señalando pocos días después que «si la cruz levantada en Mazamet tiene 15 metros o 18 i 1/2 varas de altura, la que se levante en nuestra cordillera no puede ser menor que aquella»[72]. A los pocos días, se firma una petición para convencer al arzobispo de Bogotá de organizar una colecta con el fin de realizar el proyecto. La Congregación de Caridad, dirigida por la muy devota Silveria Espinosa de Rendón, prestará rápidamente su apoyo al proyecto y al cabo de un mes, el arquitecto Thomas Reed accede a la solicitud del arzobispo de estudiar la posibilidad de levantar una cruz monumental en el cerro de Guadalupe.

La modernización de la caridad

La modernización de la caridad se impone progresivamente como uno de los ejes centrales de la estrategia conservadora ya que la inoperancia oficial de los liberales en ese terreno les deja el campo abierto. En efecto, en los círculos liberales, la lógica de las libertades individuales pesa más que la preocupación por la instrucción y el bienestar de las clases populares. La brecha abierta entre el liberalis-

70. *El Catolicismo,* Bogotá, junio 26, 1855.
71. *Ibíd.,* septiembre 25, 1855.
72. *Ibíd.,* octubre 9, 1855.

mo radical y los artesanos de Bogotá por los acontecimientos de 1853 y 1854, aprovechada por los grupos conservadores y la demagogia de Mosquera, contribuirá durante mucho tiempo a mantener una desconfianza mutua: el amor de los liberales por el bienestar de las clases populares seguirá siendo, a nivel oficial, un amor esencialmente platónico.

El andamiaje de la beneficencia pública que heredan los liberales al asumir el poder en 1849 es indudablemente bastante deficiente. Se compone de tres lazaretos para todo el país y de algunos hospitales de caridad y casas de beneficencia, fundados por lo general por comunidades religiosas durante la Colonia. Estos establecimientos, cuya responsabilidad incumbe a las alcaldías, reciben en su mayoría una ayuda del Estado. Sin embargo, a pesar de lo escueta que es la participación financiera del Estado, los gobiernos liberales la recortan todavía más. Así, en la década de 1860, la rúbrica «Beneficencia Pública», en los informes anuales de los secretarios de Estado se reduce a su mínima expresión. Las iniciativas oficiales en ese terreno son cada vez más escasas: en 1863, el liberal Enrique Cortés, partidario del modelo de caridad pública inglesa[73], apoya la circular de la alcaldía de Bogotá que, ante el recrudecimiento de la mendicidad, acentuada por la última guerra civil, promueve las donaciones para la casa de refugio de la capital.

La hostilidad de los liberales a la caridad pública se debe a varios factores. Desde la perspectiva de su obsesión por destruir las estructuras sociales del antiguo régimen, la caridad pública recuerda la Colonia y reanima el espectro de una sociedad pasiva, atrasada y dominada por la influencia del clero. La caridad pública encarna, sin duda alguna, una realidad contraria al sueño liberal. El célebre en-

73. «En Inglaterra, el Distrito tiene obligación de mantener a sus pobres, llevados los ingleses de la idea antes enunciada, han establecido las casas de trabajo (*work-houses*) en que los pobres son mantenidos y obligados a trabajar, estando sometida la población pudiente a una contribución especial, con el objeto de sostenerlos (*poor-rate*)». Enrique Cortés, «Organización de la Caridad Pública» [artículo de 1863], *Escritos varios*, París, Imprenta Suramericana, 1896, p. 412.

sayo titulado *La miseria en Bogotá*, publicado en 1867 por Miguel Samper, hermano de José María y máximo representante del liberalismo clásico en Colombia, expresa perfectamente las ambigüedades liberales acerca del problema de la caridad y de la *cuestión social* en general. La miseria que se observa en la capital se debe, según él, a la acción conjunta del clero y de los partidos. El clero, a través de la peligrosa práctica de la caridad, conforta a los pobres en su ya natural tendencia a no trabajar lo suficiente; es más, ciertos clérigos hasta incitan al odio y al conflicto social al cuestionar abiertamente el principio de propiedad. En cuanto a los partidos, al utilizar sin consideración al pueblo en sus guerras civiles, apartan a los artesanos de sus talleres y a los agricultores de los campos.

Contra la caridad, el proteccionismo y la exhortación al odio social, Samper preconiza el trabajo, la frugalidad, el aseo, el ahorro y el respeto a la propiedad, pasa luego a criticar duramente la pereza, la envidia, el alcohol y las «pasiones sensuales»[74]. Inspirado en la ideología victoriana del *Self-Help* de Samuel Smiles y la del *Enrichissez-vous* orleanista, Samper propone el ideal del ascenso social como único antídoto a la guerra de clases:

> Esa clase llamada en Francia burguesa, que entre nosotros se traduce por clase media, aquella que goza de las comodidades de la vida sin el fastidio del ocio, no tiene otras barreras que la protejan contra la invasión de la pobreza, sino la previsión, la economía, el ahorro, y la frugalidad, que, unidos al trabajo, dan el capital[75].

Samper descarta el proteccionismo por considerarlo una pura quimera y explica a los artesanos que no deben dejarse arrastrar por el odio social. Al encomiar el «restablecimiento de la confianza entre obreros y capitalistas»[76] hace notar que, al comprar sus productos, el rico le da al pobre con qué subsistir. El llamado de Samper a la crea-

74. M. Samper, *La miseria en Bogotá*, Bogotá, Incunables, 1985 [1ª. ed., 1867], p. 71.
75. *Ibíd.*, p. 75.
76. *Ibíd.*, p. 73.

ción de una cultura del ahorro y del trabajo recomienda el rechazo de todo tipo de caridad pública, mas aboga por el fomento de una caridad privada, la cual garantiza una ayuda más racional para quienes realmente la necesitan:

> Detestamos la caridad oficial, pero reconocemos en la asociación voluntaria para socorrer al desgraciado los mismos elementos de fuerza que la industria ha derivado de aquel fecundo principio. Ojalá que las preocupaciones o la avaricia dejaran de ser obstáculos para el desarrollo y progreso de las sociedades de caridad recientemente organizadas en Bogotá, y que fuera un hábito arraigado en todas las familias el de estar suscritas a una o más sociedades de esta clase. Más de un falso mendigo dejaría el oficio y los vicios de muchos de ellos serían corregidos[77].

La demostración de Samper no logra no obstante ocultar cierta inconsistencia de la posición liberal en ese campo. El apoyo brindado a título personal, por varios prominentes liberales, a organizaciones y congregaciones caritativas muestra los límites de la ideología del ascenso social frente a la realidad de su *status* de elites patriarcales tradicionales. Entre los grandes benefactores liberales de la época habría que citar a Manuel Ancízar, Ramón Gómez y Medardo Rivas, quien publica ditirambos sobre las hermanas de la Caridad, y el mismo Miguel Samper, quien escribe su estudio sobre la miseria en Bogotá para la Sociedad de San Vicente de Paúl.

En contraste con las ambigüedades y las disensiones liberales, los conservadores demuestran tener una visión mucho más coherente de la cuestión social, que, articulada en torno a la idea y a las prácticas de la caridad, apunta a granjearse la simpatía de los artesanos, aprovechando su desengaño respecto del liberalismo radical, que lleva a los más conspicuos dirigentes artesanales de Bogotá —en especial Ambrosio López y José Leocadio Camacho— al conservatismo. En sus intentos por organizarse en materia de educación y de asis-

77. *Ibíd.*, pp. 17-18.

tencia mutua, los artesanos señalan que «con estas bellas teorías [las del poder liberal], el pueblo colombiano, feliz por la forma de gobierno que se ha dado, no lo es por su estado de civilización ni por su riqueza industrial»[78] y no dejan de criticar incisivamente el egoísmo del poder. Una proclama de 1866 explica:

> Quisimos por nosotros mismos, ya que el gobierno no tomaba la iniciativa, establecer una casa de instrucción para civilizar al pueblo, es decir, a nuestros hermanos pobres, i para alentar el progreso de las artes. También fue la tradición francesa la que nos movió en sentido tan digno: vimos que allí florecían las artes i que su gobierno, lo mismo que los demás gobiernos de Europa, daba especial importancia a la clase obrera en jeneral...[79].

Frente a Mosquera, quien busca captar en beneficio propio la hostilidad de los artesanos hacia los radicales, los conservadores buscan también maneras de complacerles: en 1857, después de denunciar la preparación de un golpe comunista por parte de «algunos personajes siniestros, de esos que hicieron los primeros papeles en la cómica dictadura de Melo»[80], el redactor del periódico conservador *El Porvenir* responde a la reacción indignada de los artesanos de la capital precisando que entre los conspiradores «no figura un solo artesano, ni un solo hombre de ruana»[81]. La caridad, hasta ese momento practicada en el marco tradicional de la cofradía, comienza en los años cincuenta a dotarse de formas de organización más modernas, importadas por colombianos instalados en Europa: en 1858, desde París, Torres Caicedo envía a su copartidario Anselmo Pineda un estudio de 300 páginas sobre las instituciones de caridad en Europa y le informa que le hará llegar, apenas sea publicado, otro estudio sobre el

78. *Cosas de artesanos*, Bogotá, Echeverría Hermanos, marzo 22, 1866.
79. *Ibíd.*
80. *Al Público. El redactor del Porvenir*, Bogotá, noviembre 10, 1857.
81. *Ibíd.*

tema, escrito por Louis Veuillot[82]. En 1855, Soledad Soublette O'Leary y Silveria Espinosa de Rendón fundan en Bogotá, bajo los auspicios del arzobispado, una Congregación de Caridad. Entre sus objetivos figuran la asistencia a los mendigos y huérfanos, la intervención en hospitales y prisiones y sobre todo «la adquisición de las limosnas que son necesarias para subvenir a los gastos de traslación i conservación de las religiosas que vengan de Europa o de la América del Norte, a establecer en este arzobispado el instituto de las hermanas de la Caridad»[83]. Ante las críticas del periódico liberal *El Tiempo*, que propone que las sumas recaudadas sirvan más bien para la construcción de un asilo para niños pobres, *El Catolicismo* responde mencionando un decreto de Napoleón III publicado en *Le Moniteur*, cuya lectura, según el editor, convence de que el establecimiento y la dirección de un asilo de niños requieren un método y un personal capacitado inexistentes en Bogotá. Las hermanas de la Caridad, una vez establecidas en Bogotá, podrían, en cambio, divulgar los métodos básicos del manejo de las instituciones de beneficencia.

Una vez recolectados los fondos, las piadosas damas de la Congregación de Caridad visitan al dirigente conservador Ignacio Gutiérrez Vergara, quien se encarga entonces de solicitar a Manuel María Mosquera la contratación en Francia de cinco hermanas de la Caridad y dos padres lazaristas. En diciembre de 1856 se le remiten los fondos, pero él no logra que las dos congregaciones se instalen en Colombia. El desaliento generado por el fracaso lleva a la disolución de la congregación en 1860.

Mientras tanto, otra sociedad caritativa, que va a ser más duradera, aparece en la capital: la Sociedad de San Vicente de Paúl. En 1857, el padre chileno Victor Eyzaguirre, de paso por Bogotá en un recorrido por América Latina en busca de fondos para el seminario americano fundado ese mismo año en Roma, el Colegio Pío Latinoamericano, propone a los miembros de la Academia Religiosa, una asociación

82. Carta de J. M. Torres C. a A. Pineda, París, septiembre 15, 1858, BNB, Man. 440, f. 457.

83. *El Catolicismo*, Bogotá, junio 19, 1855.

católica de la capital, crear una Sociedad de San Vicente de Paúl según el modelo francés, implantado en Chile varios años atrás[84]. En 1833 un grupo de estudiantes católicos reunidos en torno a Frédéric Ozanam había fundado en París las *Conférences de la Charité de Saint-Vincent de Paul*, creando así un modelo rápidamente diseminado en Europa y América.

La sociedad de Bogotá, que comienza a funcionar en octubre de 1857, luego de la consagración de todos sus miembros al Sagrado Corazón de Jesús, se propone impartir la doctrina cristiana a los pobres del hospital de la Caridad y a los prisioneros, así como recolectar limosnas para los pobres vergonzantes[85]. En 1859, el presidente de la sociedad, Rafael María Gaitán, publica un reglamento, calcado del reglamento adoptado en 1834 por la sociedad parisina, que define sus atribuciones y la divide en tres secciones: limosnera, docente y hospitalaria, a las que se agregan dos nuevas secciones en 1866: hijas de San Vicente y sopa de San Vicente: la una dedicada a asistir a los huérfanos, la otra a la alimentación de los ancianos. Durante los años sesenta, la sociedad comienza a abrir establecimientos de beneficencia en la capital. En 1861, un hospital de San Vicente de Paúl —que funciona hasta 1872, fecha en la cual la sección hospitalaria de la sociedad decide curar a los enfermos en sus casas— y una escuela de niñas comienza a funcionar en Bogotá, seguidos por un asilo para niños de la calle. En 1860 se inaugura el «bazar de los pobres» que, organizado cada año, constituirá una de las fuentes de financiamiento más importantes de la Sociedad de San Vicente de Paúl. El apoyo del arzobispo Herrán a las actividades de la sociedad a su regreso del exilio en 1864 le valdrá el apodo «de arzobispo de la caridad».

En 1867 el arzobispo Herrán intenta sin éxito la incorporación de la Sociedad de San Vicente de Paúl de Bogotá a su homóloga de Roma; en 1869 José María Vergara y Vergara, uno de los miembros fundado-

84. José Manuel Marroquín Osorio, «Orígenes de la Sociedad de San Vicente de Paúl», *BHA*, N°. 280, vol. XXV, febrero de 1938, Bogotá, pp. 108-109.

85. A. J. Uribe (ed.), *Sociedad Central de San Vicente de Paúl de Bogotá. Celebración del quincuagésimo aniversario (1857-1907)*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1908, p. 55.

res de la sociedad aprovecha su estadía en París para estudiar la posibilidad de integrarla a su homóloga parisina, pero en vano. En 1885, la sociedad parisina propondrá la integración bajo la aceptación de todos los puntos del reglamento parisino, pero los dirigentes de la sede de Bogotá preferirán conservar su organización propia[86].

Siguiendo el ejemplo de las obras benéficas de la Sociedad de San Vicente de Paúl, aparecen otras organizaciones y periódicos tales como *La Caridad,* fundado en 1864 o los *Anales de los establecimientos de beneficencia,* mediante el cual Vergara se propone salvar la memoria de las instituciones de beneficencia heredadas de la colonia y «poner nuestros deteriorados establecimientos de beneficencia i educación bajo la salvaguardia de la opinión pública»[87]. El movimiento de la caridad, que irá de la mano con el movimiento conservador, está lanzado.

El nacimiento del culturalismo conservador

Mientras las formas de acción se renuevan, se consolida también el arsenal retórico de los conservadores, que, cada vez más, articulan su discurso en torno de la crítica a las instituciones e ideologías importadas de Europa por los liberales, esos «hijos legítimos de Voltaire y de Marat»[88]. En 1860, desde las columnas del *Correo de Ultramar,* José María Torres Caicedo acusa a los liberales santandereanos, alzados contra el gobierno de Mariano Ospina, de no ser más que unos viles imitadores de Girardin y, peor todavía, de Proudhon[89]. La denuncia del plagio la hace también Sergio Arboleda quien considera que la Independencia «fue un efecto de la gran revolución de 1793 y que se pareció a ella como una hija se parece a su madre»[90] y cita ejemplos de plagios previos como los primeros actos de Independen-

86. *Ibíd.,* pp. 106-107.
87. *Anales de los establecimientos de educación y beneficencia de Bogotá,* Bogotá, 1865.
88. M. Briceño, *La revolución, 1876-1877,* Bogotá, Imprenta Nueva, p. 113.
89. *El Correo de Ultramar,* París, febrero 29, 1860.
90. S. Arboleda, «Nuestra Revolución...», *op. cit.,* p. 376.

cia de Cartagena, Antioquia y Bogotá, que mencionan al Ser Supremo. Para construir una verdadera república católica, se debe por lo tanto olvidar los sofismas franceses que llegaron a Colombia de la mano de la idea republicana.

Poco a poco se va esbozando el viraje de la retórica conservadora hacia el *culturalismo*. El secretario de Relaciones Exteriores de Mariano Ospina, lejos de negar el impacto de las ideas y de las experiencias políticas francesas, que evoca extensamente, explica que del genio francés sólo hay que tomar «lo que conviene al nuestro i sea compatible con la situación en que nos hallamos, nos haga partícipes de su saber i de sus descubrimientos, i no de los estravíos con que en circunstancias graves suele poner a tributo...»[91]. Si el genio propio de la nación colombiana no es tomado en cuenta, se corre el gran riesgo de cometer los mismos errores de las naciones que «olvidando las tradiciones de raza i poderío, cometieron la locura de dejar el puesto de modelo, de ser orijinales, por el triste papel de imitadoras, avasallándose, ya que no al influjo de la fuerza, sí a pueriles sujestiones»[92], pondera el secretario del Interior de Ospina. Aunque el tono es moderado, la crítica a los liberales es apenas disimulada.

Derivándose de ese discurso culturalista en formación, la reivindicación de la herencia española comienza a despuntar. Después de Sergio Arboleda, José María Vergara y Vergara se impone como su más brillante portavoz. En una larga serie de cartas en las que defiende el valor de la herencia española, Vergara le responde en 1859 a Manuel Murillo Toro quien, sin vacilación alguna, había declarado en un discurso en el Senado que «todo lo malo que tenemos proviene de nuestro orijen español»[93]. Reunidas bajo el título de *Cuestión española*, esas cartas representan sin duda, dentro de la historia de la Colombia independiente, la primera apología argumentada de la hispanidad y de su legado a la nación.

91. *Rel. 1858*, pp. 26-27.

92. *Gob. 1858*, pp. 7-8.

93. J. M. Vergara y Vergara, *Cuestión española. Cartas dirijidas al doctor M. Murillo*, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1859, p. 3.

Vergara propone en sus cartas una crítica detallada de la leyenda negra de la colonización española, leyenda que no es más, explica, que el fruto de la propaganda de los protestantes y filósofos franceses y anglosajones, como lo es ese fuerte sentimiento antihispánico que invade a la América española del siglo XIX. Al reivindicar fervientemente su sentimiento hispánico, Vergara desentona en el debate colombiano de la época: retomando los términos del debate entre latinos y anglosajones, que comienza a dividir el mundo occidental, Vergara relativiza las crueldades cometidas durante la Conquista, alaba el sentido humanitario de las Leyes de Indias y la obra del catolicismo español, niega la decadencia de la España decimonónica y exalta el espiritualismo hispánico como el mejor escudo contra el materialismo anglosajón. El rechazo al legado ibérico es, según Vergara, un absurdo para los colombianos puesto que sin darse cuenta están totalmente modelados por su origen peninsular, hasta en la naturaleza misma de sus conflictos políticos:

> Nuestros partidos políticos no creáis que son invención nuestra. Vuestro partido gólgota no es el furioso partido liberal de Francia, el de bombas en el teatro: razonadores, astutos e intelijentes como sóis, sóis los mismos del partido liberal en España. El partido draconiano, ¿no es el mismo reaccionario i absoluto en que se apoyó Fernando VII en España, como se apoya en el de la Nueva Granada cierto héroe de nuestros días, por quien profesan un fanatismo profundo sus partidarios? El partido conservador, despacioso en su andar, mesurado, inútil para las conspiraciones, relijioso i apegado a sus tradiciones, no es el mismo brillante partido conservador de Francia: es el de España, menos en su realismo. Nuestras guerras civiles no son los horrorosos i brillantes levantamientos de Paris: son los pronunciamientos de España[94].

Al observar que el peso de las calumnias antihispánicas va en relación inversa a la cantidad de colombianos que conocen Espa-

94. *Ibíd.*, p. 52.

ña, o cuando menos, sus producciones intelectuales[95], Vergara aboga por un acercamiento a la que él aún llama, con una pizca de provocación, la «metrópoli»; y reconoce que su resistencia a un cosmopolitismo que percibe como antinatural está guiada por «la convicción seria que tengo de que los pueblos españoles se debilitan porque se afrancesan o se inglesan, permitáseme el uso de estas dos palabras»[96].

La crítica de la imitación de las costumbres europeas comienza también a afirmarse mediante la literatura costumbrista, que ofrece una descripción burlona y sentimental de las costumbres colombianas. El costumbrismo, expresión fundamental de la incipiente cultura nacional, es cultivado tanto por autores liberales como conservadores. Salvador Camacho Roldán, José María Samper, Felipe y Santiago Pérez, Medardo Rivas, Manuel Ancízar, David Guarín, personalidades liberales de primer orden, figuran en el índice del *Museo de cuadros de costumbres*, primera obra colectiva del género publicada por El Mosaico en 1866[97].

La imitación de las modas europeas es uno de los elementos de burla predilectos de los autores costumbristas. Medardo Rivas evoca un personaje de su época de estudiante —alrededor de 1840—, un tal Latorre, obsesionado por todo lo inglés, quien no frecuenta sino ingleses y cambia el tradicional chocolate por el té. Sus compañeros terminan por darle el apodo poco envidiable de «Lord Creston»: un juego de palabras con la sonoridad «inglesa» de *crestón*, palabra que designa a los malos gallos de pelea y, por extensión, a los tontos[98]. En

95. «Del millón i medio de individuos que pueblan estas rejiones, apenas habrá ciento que conozcan la España. Los demás, nos seguimos por las relaciones de los viajeros i por las historias escritas en Inglaterra i en Francia. Pero de los historiadores españoles, desde Mariana hasta La Fuente, no conocemos sino los nombres. Me olvidaba nombrar las novelas francesas que son las otras fuentes en que hemos bebido esos raros conocimientos que poseemos sobre la calumniada península», *ibíd.*, p. 16.

96. *Ibíd.*, p. 65.

97. *Museo de cuadros de costumbres*, Biblioteca de El Mosaico, Bogotá, F. Mantilla, 1866.

98. M. Rivas, *Viajes por Colombia, Francia, Inglaterra y Alemania*, Bogotá, Imprenta de F. Pontón, 1885, p. 646.

1867, Ángel Cuervo publica un largo poema en ocho cantos a la gloria de los dulces tradicionales santafereños, mientras se comienza a sentir la invasión de los bizcochos franceses en la capital. Más grave que el imperialismo gastronómico de este pueblo que ya «logró invadir el mejicano suelo»[99] es la facilidad con la que los bogotanos, fascinados por la novedad, cambian sus dulces tradicionales por la pastelería francesa:

> Se originó la plaga en el instante
> En que unos desertaron, según cuento,
> Y de un franchute a la *boutique* se entraron
> A comerse los dulces que encontraron[100].

Si el costumbrismo trasciende las fronteras de los partidos, los conservadores logran sacar un mejor partido del género para difundir sus mensajes políticos y erigirse en defensores de la tradición, en contra de los liberales cuya supuesta fascinación por una modernidad de pacotilla fustigan sin descanso. En primer lugar, son más numerosos los conservadores que se ejercitan en el arte del cuadro de costumbres. A la lista de los más conocidos —José Manuel Marroquín, José María Groot, José María Vergara, José Caicedo Rojas, Juan Francisco Ortiz, Lázaro María Pérez, Rafael Carrasquilla, Ignacio Gutiérrez Vergara y José Joaquín Borda— habría que añadir una multitud de nombres que revelan la misma tendencia política. En segundo lugar, los conservadores son más hábiles para dibujar caricaturas ridículas en las que es imposible no reconocer a los políticos liberales. Al erigirse en depositarios del buen gusto colonial, en caballeros herederos de las mejores virtudes aristocráticas, los costumbristas conservadores se ensañan más que todo contra los representantes de las clases humildes que ascendieron socialmente gracias a su ambición personal y a la demagogia de los políticos liberales.

99. Á. Cuervo, *La dulzada. Poema en ocho cantos y un epílogo, por el postre santafereño*, Santafé de Bogotá, Imprenta de Nicolás Gómez, 1867, p. 5.

100. Á. Cuervo, *op. cit.*, p. 6.

Mezclando la crítica social con la crítica política, los costumbristas denuncian la codicia y el mal gusto del siglo XIX, buscando ante todo desacreditar a una generación de ambiciosos políticos de pueblo que se beneficiaron de las reformas liberales. La máscara europeizante de su ascenso social es violentamente atacada en los cuadros de costumbres.

El gusto por las modas europeas encuentra su mejor detractor en José María Vergara y Vergara: sus dos principales escritos sobre este tema, publicados durante 1865 y 1866, describen con nostalgia burlona la lenta desaparición de las costumbres tradicionales en la antigua Santa Fe. *Lenguaje de las casas* describe el interior de tres casas: la casa santafereña, la de Santa Fe de Bogotá y la de Bogotá, tres denominaciones de la capital que remiten a los lectores a tres momentos bien diferenciados del siglo XIX. La primera, la de Pedro Antonio de Rivera, que las indicaciones de Vergara permiten situar en los primeros años del siglo, conserva el encanto aristocrático y añejo de la época colonial; la segunda, la de las hijas de «Facundo Torrenegra, prócer de la Independencia»[101] revela el gusto neoclásico y afrancesado de los años posteriores a la Independencia. En su descripción de los grabados que decoran las paredes Vergara anota: «Cada lámina tiene al pie la explicación en francés y español, o mejor dicho, en francés y francés. Véase un ejemplo: [...] Mentor obliga a Telémaco de se precipitar en el mar». La última, la de Juan Manuel Dorronsoro y Matilde del Pino, refleja el eclecticismo europeizante de los años sesenta: se trata de una «casa *à la dernière*»[102]. Después de examinar los grabados —Lamartine, Garibaldi, La Reina Victoria, planos de Nueva York y San Francisco— y las tarjetas desordenadas que llevan apellidos alemanes impronunciables, Vergara finje asombro al abrir el álbum que allí se encuentra:

> En una de las mesas hay un *álbum*... pero no el álbum rococó, de versos y más versos, moda sumamente pasada, sino el álbum ac-

101. J. M. Vergara y Vergara, «Lenguaje de las Casas», *Las tres tazas y otros cuentos*, Bogotá, Minerva, 1936, p. 151.

102. *Ibíd.*, p. 157.

> tual: retratos y más retratos; pero ¡qué retratos! Abrámoslo ¡Jesús, qué parecido! ¿Quién? ¡Alejandro Dumas! Siguen Eugenio Pelletan, el Cardenal Caraffa, el General Rebus, Víctor Hugo, Ravaillac, Russi, Napoleón III, la Patti, la Grisi, un grupo del mercado de las verduleras de París, otro ídem de la Chambre des Députés, el retrato de Víctor Manuel con bata y gorro, el cigarro en la mano y un pie con pantuflos, alzado sobre una silla[103].

Las tres tazas retoma la misma trilogía —Santa Fe, Santa Fe de Bogotá, Bogotá— para describir, en el primer cuadro, una recepción en casa de unos «francófilos» en 1866. El tradicional chocolate santafereño ha sido esta vez reemplazado, luego del café traído por los ingleses de la legión británica, por té y galletas francesas. El anfitrión, el marqués de Gacharná «es un francesito natural de Sutamarchán» que se enriqueció gracias a su comercio de textiles llamado «Gacharná and Company» y vivió unos meses en Europa[104]. Los invitados, con nombre afrancesado —«El doctor Herrera Espada se convirtió en Mr. La Forgue de l'Epée...» y «Casimiro Viñas fue llamado Casimir de la Vigne»— hablan en un español repleto de galicismos, de «la guerra de Austria y de la política de Napoleón como de una cosa familiar» y sólo conocen la actualidad colombiana a través de los periódicos franceses. Llega la hora de la despedida: «En lugar de aquellos cordiales abrazos de antaño, había sólo reverencias. La despedida se limitaba a un *Bonne nuit, madame. -Bonne nuit, monsieur. -Bonímadam. -Bonímosie*»[105].

Con su crítica de la mimética europeizante y su reivindicación del legado español, el conservatismo de finales de siglo comienza a perfilarse. Su tono culturalista de denuncia de las modas foráneas —ridículas socialmente, también son peligrosas políticamente— coexistirá con una inspiración política muy marcada por el conservatismo europeo: las formas de organización católica experimentadas en Europa

103. *Ibíd.*, p. 159.
104. *Ibíd.*, p. 36.
105. *Ibíd.*, p. 44.

aparecen cada vez más, en efecto, como las mejores armas contra el poder liberal. Un poder liberal que si parece estar desfalleciendo en su versión federal y *mosquerista*, se va a renovar considerablemente en su proyecto nacional gracias al arresto, en 1867, del gran general Mosquera por un grupo de dirigentes radicales.

¿Qué habrán aportado finalmente tantas referencias europeas durante los años transcurridos entre la primera investidura presidencial de Mosquera en 1845 y su destitución en 1867? Pocos modelos, en definitiva, para la organización del Estado; pero en cambio, en el lento proceso de delimitación de las adhesiones partidistas, innumerables elementos de definición política, signos de pertenencia, líneas divisorias. Entrar a la escena de las naciones civilizadas supone en cierta medida hacer suyas sus discordias: la adopción retórica de esas discordias ratifica indudablemente, la entrada de Colombia en el universo de las naciones.

Sin haber accedido a la modernidad material, la del ferrocarril y los faroles de gas, Colombia sí confirma en el curso de esos años su entrada en el universo del progreso político: sus instituciones progresistas, como la abolición de la esclavitud y de la pena de muerte, la separación de la Iglesia y del Estado, o la libertad absoluta de prensa parecen ser las mejores pruebas de ello. Más allá, sin embargo, de esas grandes reformas liberales, domina la evidencia de una modernización de contenido esencialmente retórico. La construcción del Estado nacional se hace todavía esperar.

A la reducción del dominio estatal corresponde una tendencia a la hipertrofia del debate público: la inflación retórica que acompaña los conflictos de poder nacionales, regionales y locales esconde también un vacío, o al menos una insuficiencia de creación institucional. La sobreproducción constitucional —desencadenada por la Constitución de 1853 que otorga a las provincias el derecho de promulgar su propia constitución, y confirmada en los años que siguen por la creación de los Estados Soberanos— no debe engañar: no es más que otra manifestación de esa inflación retórica.

El auge del viaje a Europa, sensible a partir de la década de 1860, vendrá a complicar aún más las implicaciones de la referencia exterior. Los relatos de los viajeros, la creciente cantidad de artículos enviados por los colombianos que viajan por el viejo continente y publican periódicos en español en las grandes capitales europeas confirmarán el movimiento de americanización y de nacionalización de la referencia europea. La temática patriótica se enriquecerá con un sentimiento nacional reforzado por el contacto con los prejuicios europeos y por la necesidad, acrecentada por el viaje, de trabajar para hacer figurar la patria en la escena de las naciones. La importación institucional se enriquecerá con las recomendaciones y las observaciones de los viajeros. Paralelamente, la evocación de los peligros europeos se cargará del peso de la experiencia; la crítica del viaje vendrá a alimentar la burla de la pretensión de los viajeros y la denuncia de su estúpida idolatría del extranjero, portadoras de un mensaje político más profundo.

El progresivo auge del viaje a Europa concordará igualmente, contribuyendo a aclararlas, con las mutaciones fundamentales de las lógicas políticas en juego en Colombia: con el creciente deseo de los conservadores de establecer una estrategia política en los espacios dejados vacantes por el poder liberal; con la toma de conciencia, en las filas liberales, del *impasse* del federalismo de los años sesenta. La búsqueda de la libertad política llega a su fin; la construcción del Estado comienza. En esa inflexión fundamental de la política colombiana, el viaje a Europa va a desempeñar un papel esencial.

Segunda Parte

El viaje a Europa

Capítulo 4

La atracción europea

En el transcurso del siglo XIX, el viaje a Europa deja de ser una aventura excepcional para convertirse en una etapa codificada, «banalizada», de la formación de las elites. «¿Quién tiene en nuestros días suerte tan mezquina que no pueda hacer su viajecito al otro lado del charco?»[1] se preguntan los autores del *Museo de cuadros y costumbres*, publicado en 1866.

Un viaje a Europa, a mediados de siglo, constituía todavía una experiencia bastante excepcional. Mosquera y sus principales secretarios de Estado —González, Pombo, Cuervo— ya habían cruzado el océano; al igual que José Hilario López, Ezequiel Rojas y José María Melo, pero ninguno de los representantes de la joven guardia liberal había hecho un viaje al exterior. En el bando conservador, Nicolás Tanco y Julio Arboleda se cuentan entre los pocos políticos jóvenes que conocían a Europa, en donde habían hecho parte de sus estudios. A finales de los años sesenta, la relación con Europa ya es distinta. Muchos políticos, publicistas, pedagogos y comerciantes, llegados a la edad adulta a mediados de siglo, han cruzado ya el océano o se preparan a hacerlo; las colonias colombianas en París y en Londres han crecido considerablemente; la prensa comienza a publicar los relatos de los viajeros; los autores costumbristas se burlan de las costumbres ridículas de los viajeros mal adaptados a su regreso al país y se debate la conveniencia de enviar a los jóvenes a estudiar a Europa. A finales de siglo, en fin, el viaje a ultramar constituye una

1. *Museo de cuadros de costumbres*, Biblioteca de El Mosaico, Bogotá, Foción Mantilla, 1866, p. II.

etapa casi obligatoria de la formación de las elites; la excepción entre los hombres públicos consistirá, como lo atestiguan los casos de los presidentes Miguel Antonio Caro y José Manuel Marroquín, en no tener experiencia real del mundo *civilizado*.

Escribir la historia del viaje a Europa de los colombianos del siglo XIX no deja de plantear ciertas dificultades. La principal reside en la gran dispersión de los datos disponibles. Con excepción de unas pocas fuentes que brindan información sistemática, reconstituir el fenómeno del viaje a Europa supone recopilar datos en los documentos más diversos. Una amplia consulta de las fuentes de la época permitió crear una base de datos de 580 colombianos que viajaron a Europa entre 1845 y 1900[2].

A finales de la década de 1840, la mejora de los transportes fluviales y marítimos gracias a la introducción del vapor influye poderosamente sobre la expansión del viaje. En el Magdalena, la navegación a vapor reemplaza los antiguos bongos y champanes. En 1887 Salvador Camacho Roldán estima que el tráfico en el Magdalena es diez veces mayor al de 1850[3]. En el océano, los vapores ingleses de la *Royal Mail*, de la *West India & Pacific*, y de la francesa *Compagnie Générale Transatlantique*, que parten de Southampton, Liverpool, El Havre y

2. Todas las cifras presentadas en este capítulo provienen de la compilación de datos referentes a 580 colombianos de los cuales se pudo establecer que viajaron a Europa entre 1845 y 1900. La variedad de las fuentes utilizadas para crear esa base de datos (listas de personal diplomático y consular, relatos de viajes, periódicos publicados en Colombia o en Europa, correspondencias privadas, memorias de congresos europeos, catálogos de exposiciones universales, diccionarios biográficos) permite suponer que esa muestra es representativa del fenómeno del viaje en su conjunto, aunque los azares de la investigación pueden haber originado distorsiones que son obviamente difíciles de evaluar, tratándose de un campo todavía virgen de la historia colombiana. Lejos de considerarse como una fuente definitiva sobre el tema, esta base de datos debe ser vista como un indicador de tendencias donde las cifras relativas son más fidedignas que las cifras absolutas. La base de datos se encuentra publicada en F. Martínez, *Le nationalisme cosmopolite. La référence à l'Europe dans la construction nationale en Colombie (1845-1900)*, Université de Paris I-Sorbonne, 1997.

3. Cf. J. O. Melo, «Vicisitudes del modelo liberal» en J. A. Ocampo (ed.), *Historia económica de Colombia*, Bogotá, Tercer Mundo, 1994, p. 128.

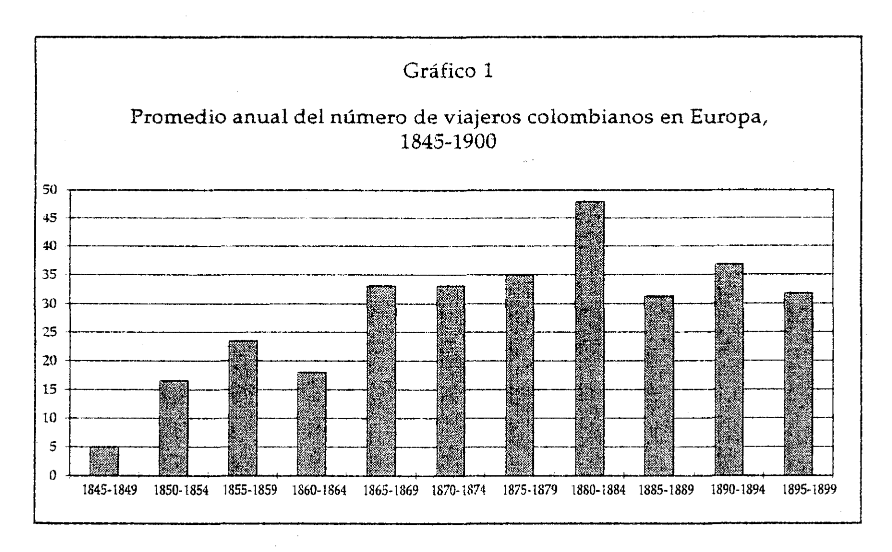
San Nazario, llegan a los puertos atlánticos de Colón en el istmo de Panamá y de Sabanilla, puerto de Barranquilla, y principal punto de entrada hacia el interior de Colombia[4]. Los navíos de la *North & South American*, a su vez, ofrecen conexiones regulares hacia Nueva York; las salidas hacia Hamburgo, Marsella, Génova o Barcelona en cambio, no son muy frecuentes u obligan a cambiar de navíos en las islas del Caribe. A pesar de su intensidad durante la segunda mitad del siglo XIX, la fiebre del ferrocarril no desemboca en realizaciones concretas antes de las primeras décadas del siglo XX. A finales de siglo, sólo unos pocos tramos pueden hacerse en tren: de Bogotá a Facatativá, de Medellín a Puerto Berrío en el Magdalena, y de Barranquilla al puerto de Sabanilla. El ferrocarril de Cali a Buenaventura apenas se terminará de construir en 1914.

En 1835, la primera travesía de Rufino Cuervo, de Bogotá a Génova, dura 115 días. Al llegar al puerto ligurino, los viajeros deben guardar todavía 14 días de cuarentena antes de poder desembarcar[5]: es decir, que para llegar a Italia desde la capital colombiana necesitaron más de cuatro meses. A finales de siglo, Europa se encuentra a unas dos semanas de *steamer* de la costa Atlántica colombiana, y el viaje por ríos y caminos de herradura hasta ciudades como Bogotá o Medellín puede hacerse en cuatro semanas.

Viajes transatlánticos e intercambios comerciales van de la mano. La base de datos ofrece cifras que, incluso en los años de mayor afluencia, alcanzan apenas un nivel de 50 colombianos presentes

4. En la costa Pacífica, el puerto de Buenaventura ofrece una salida marítima para las ciudades del suroccidente colombiano, Popayán y Cali. Sin embargo, este puerto sólo comienza a tener real importancia a partir de 1914, gracias a la inauguración simultánea de la línea de ferrrocarril Cali-Buenaventura y del canal de Panamá. En las décadas anteriores, la dificultad de atravesar por tierra el istmo de Panamá, y sobre todo los peligros del viaje en la selva de la ladera oeste de la cordillera occidental disuadían a los viajeros de tomar esa vía. Jorge Isaacs ofrece en *María* un sobrecogedor relato de la subida en la cordillera de Buenaventura a Cali. Cf. J. Isaacs, *María*, Madrid, Cátedra, 1993, pp. 290-314.

5. A. & R. J. Cuervo, *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*, París, A. Roger y F. Chernoviz, 1892, t. 1, p. 240.

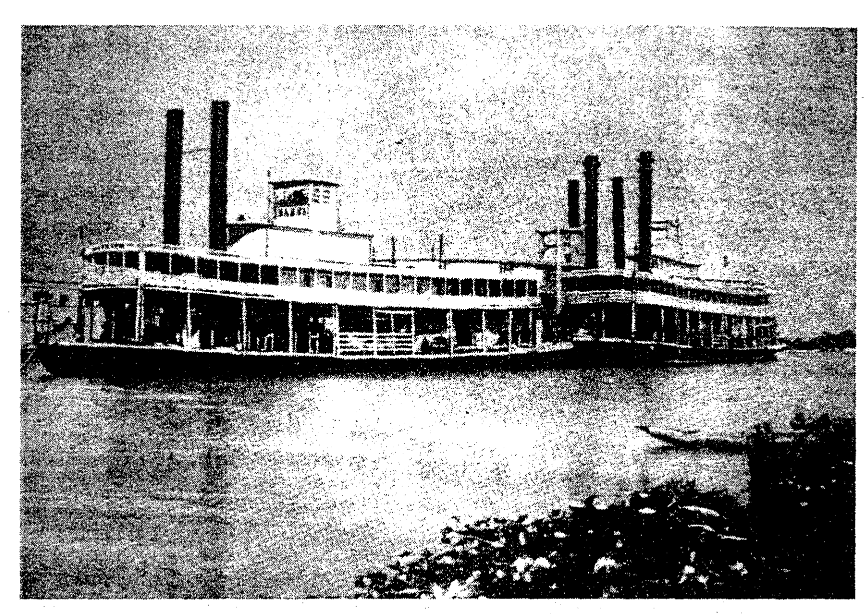


Fuente: Base de datos de 580 viajeros, F. Martínez.

simultáneamente en Europa (véase Gráfico 1). Incluso suponiendo esas cifras muy inferiores a la realidad, no se trata de un fenómeno masivo, pero el flujo de viajeros muestra una fuerte tendencia al aumento durante la segunda mitad del siglo XIX: el promedio anual de colombianos presentes en Europa es, según los datos compilados, inferior a diez antes de 1850, se sitúa entre 15 y 25 de 1850 a 1865, entre 25 y 35 de 1865 a 1880, sobrepasa los 40 a comienzos de los ochenta, y se estabiliza por encima de los 30 viajeros entre 1885 y 1900.

La curva de los colombianos que viajan a Europa a partir de mediados de siglo sigue la de la expansión de los intercambios comerciales de Colombia con sus principales socios comerciales europeos: Inglaterra, Francia y Alemania en particular[6]. El desarrollo de los vínculos interoceánicos y la reducción de los aranceles aduaneros favorece la creación de agencias de exportación e importación, que prosperan con la aparición de productos de exportación más lucrativos que en las décadas pasadas. Los efímeros ciclos del tabaco, del algo-

6. Cf. en este capítulo, «La vida europea de los viajeros colombianos».



Vapores en el Magdalena.
Fotografía extraída de Clímaco Calderón & Edward E. Britton, *Colombia 1893*, Nueva York, 1893.

dón, de la quina y del añil entre 1850 y 1880 son reemplazados, en los años noventa, por el del café, mucho más estable.

Si los movimientos comerciales proveen el telón de fondo —una progresiva integración en la economía mundial que entraña el aumento de los intercambios transatlánticos— los detalles del cuadro se tienen que buscar en otros fenómenos de contenido más político y cultural.

¿POR QUÉ VIAJAR A EUROPA?

Responder a esta pregunta no es tan simple. Una enumeración de las razones más obvias de por qué se viaja a Europa no sería suficiente para dar cuenta de toda la textura, de toda la dimensión del fenómeno. En muchos casos, una explicación lógica, «profesional», apenas sería un comienzo de respuesta. En términos de estricta necesidad,

muchos colombianos del siglo XIX hubieran podido prescindir de cruzar el océano; y sin embargo, lo hicieron.

El viaje a Europa es un fenómeno complejo, irreductible a estrictas explicaciones racionales. Buena parte de la respuesta debe buscarse en una explicación «cultural»: la curiosidad por el Antiguo Mundo que desde la infancia viene siendo nutrida por la lectura, una irresistible atracción hacia la modernidad material que éste encarna, la vaga sensación de que hay que conocerlo antes de morir, la influencia de una sociedad en la que la práctica del viaje se generaliza entre la *gente decente*, y una confusa aspiración al prestigio que el viaje confiere.

Resulta por lo tanto difícil proponer una «tipología» de los viajes. En primer lugar, la poca especialización y la costumbre de dedicarse a distintas actividades, que hacen extremadamente compleja la clasificación profesional —la figura del propietario-comerciante-abogado-publicista-político-poeta siendo común en la época— produce la misma dificultad a la hora de estudiar el fenómeno del viaje. En segundo lugar, el frecuente cambio de actividades lleva a relativizar cualquier clasificación demasiado estricta. ¿Cuántos colombianos que se van gracias a un nombramiento en un cargo diplomático o consular deben dejarlo poco después de su llegada a raíz de un cambio político, dedicándose luego al comercio o al periodismo? ¿Cuántos otros, por el contrario, que se van a estudiar o hacer negocios consiguen después de unos meses un cargo diplomático que les permite prolongar su estadía? La frontera entre las diversas actividades es inasible: nadie se dedica a una sola actividad, ni en Europa ni en Colombia. La comprensión del fenómeno del viaje debe entonces hacerse a través de aproximaciones sucesivas, por cortes, por superposiciones de varios puntos de vista, que permitan percibir su complejo entramado de motivaciones profesionales, políticas, religiosas y culturales.

El sueño del viaje

El sueño del viaje es uno de los principales productos del imaginario europeo de las elites colombianas. Que termine haciéndose o no, el

viaje a Europa es ante todo un viaje imaginario, alimentado por la lectura. Un viajero como tantos otros, Nicolás Pardo, evoca en 1873 el origen esencialmente literario de su deseo de viajar:

> Visitar la Europa, conocer sus maravillas, estudiar su historia, sus antigüedades, sus descubrimientos y sus progresos, y cuanto concierne a la marcha civilizadora de la humanidad, había sido el sueño dorado de nuestra juventud. La lectura de viajes de escritores célebres de nuestro siglo, como Chateaubriand y Lamartine, Dumas y Ochoa, Lafuente y Madama Stael, habían excitado ardientemente nuestra imaginación con sus bellas y poéticas descripciones de campos, ciudades y monumentos[7].

De la misma manera, el sueño de viajar a Oriente hunde sus raíces en una experiencia literaria. Al evocar su excesiva afición por la lectura de relatos de viajes a Tierra Santa, el clérigo José Santiago de la Peña escribe en 1858:

> Cada vez que leía alguno de estos viajes a la Palestina, más aumentaba en mí el deseo de hacerlo, pero se me hacía una cosa muy difícil, o diré imposible, por la mucha distancia, por no saber idiomas, por mi salud quebrantada [...] por no tener los recursos necesarios para los muchos gastos que se orijinan...[8].

Una vez en Europa, las impresiones visuales de los viajeros no son más que un eco, animado esta vez, de las imágenes que poblaban su imaginación: en su descripción de un paisaje inglés, Medardo Rivas señala que el campo «[...] le parece al viajero de América una pintura de esas que llegan a su país, y que no le es dado ver animada y llena de vida»[9]. En una carta dirigida a su esposa en 1880, Carlos Holguín evoca el carácter casi onírico de su primera percepción de Europa:

---

7. Nicolás Pardo, *Recuerdos de un viaje a Europa,* Bogotá, Imprenta de La América, 1873, p. 7.
8. J. S. de la Peña, *Noticias de Jerusalén,* Bogotá, Imprenta Torres Amaya, 1860, p. 3.
9. M. Rivas, *Viajes por Colombia, Francia, Inglaterra y Alemania,* Bogotá, Imprenta de Fernando Pontón, 1885, p. 363.

> Estoy sorprendido de lo que yo conocía a Paris por conversaciones y libros o pinturas. Desde que llegué eché a ver por todas partes edificios, columnas, estatuas, bulevares, plazas, sitios y paseos que como que me los sabía de memoria y apenas los he visto los he reconocido... Es también necesario educar los sentidos para aprender a admirar, y sólo después de fijarse en las cosas mucho y muchas veces, principia uno a verlas con los ojos del cuerpo del mismo modo que antes las veía con los ojos del alma[10].

Los ojos del alma, en efecto, habían observado con asombrosa intensidad la Europa imaginada por los lectores colombianos. El contacto con la Europa real revela inesperadamente a los viajeros la profundidad de su impregnación, la intimidad de su relación con la cultura literaria europea. En 1870, José María Vergara y Vergara, asiduo lector de Chateaubriand desde la infancia, llega a Saint-Malo en peregrinaje literario y, a manera de biógrafo improvisado, comienza a relatar la vida del gran hombre a un puñado de curiosos que rondan esa tarde por su tumba en el islote del Grand-Bé:

> Había una pareja de recién casados, unos artesanos y una madre con dos jovencitos. Todos ellos se sentaron en derredor de la tumba: el novio se sentó junto a mí y a lado de él su novia que cogía una de sus manos entre las suyas. Todo mi auditorio conocía vagamente a Chateaubriand y el que más adelantado estaba sabía que había sido un *guerrero*! Fue menester, pues, rectificarles las ideas. Como yo tenía la palabra y todos oían con atención, menos la novia, que no veía sino a su esposo, menos la chiquilla, que como una mariposa revolaba en torno de la tumba, se estableció un completo silencio en el cual no se oía sino mi voz, que en una lengua extraña para mí y despacio, porque no la poseía lo suficiente para hablarla como propia les contaba la vida del hombre sobre su cadáver. Esto era extraño y extraña también la esce-

10. Carta de C. Holguín citada en H. Holguín y Caro, *Carlos Holguín. Una vida al servicio de la República*, Bogotá, 1981, t. 2, p. 658.

na de un americano hablando de un bretón en una playa de Bretaña. De vez en cuando una ola más recia sonaba al despedazarse en los escollos o se oía el viento en una ráfaga más silbadora[11].

Diez años antes, en otro atardecer marino y al otro lado del océano, Elisée Reclus había discurrido sobre Europa, respondiendo a la curiosidad de los pescadores de la Ciénaga Grande, en la costa Atlántica colombiana[12]. Ahora en cambio, se trataba de un literato bogotano que evocaba para unos humildes campesinos bretones, no las exóticas costumbres de su lejana patria, sino la vida de Chateaubriand. «Yo no hubiera podido hablar tanto en una lengua extraña si no me hubiera servido muchas veces de las palabras mismas del muerto, que se me habían quedado en la memoria cuando leía su libro póstumo en la Biblioteca Real de París» explica Vergara[13]. Los azares de los viajes revelan a las elites colombianas hasta qué punto están impregnadas de cultura europea.

¿Quiénes viajan?

Los colombianos que atraviesan el Atlántico en la segunda mitad del siglo XIX, viven en los principales centros urbanos del país. En primer lugar figuran las tres principales ciudades coloniales, cuna de las grandes familias de origen aristocrático: Cartagena (el Estado[14] de Bolívar representa el 10,5% de los viajeros), Popayán (el Estado del Cauca, el 16,9%) y Bogotá (el Estado de Cundinamarca, más de la tercera parte). Antioquia, cuya economía, basada en el oro, comienza a diversificarse, suministra un gran contingente de viajeros (23,6%), aventajando regiones de poblamiento más antiguo como Santander o Boyacá. De

11. J. M. Vergara y Vergara, «Un manojito de hierba», *Las tres tazas y otros cuentos,* Bogotá, Minerva, 1936, p. 83.

12. Cf. capítulo 2, «Los canales nacionales de la difusión».

13. *Ibid.*, p. 87.

14. Las divisiones administrativas utilizadas para la clasificación regional de los viajeros colombianos son las de los «Estados Unidos de Colombia» (1863-1886).

orígenes regionales variados, los viajeros colombianos que atraviesan el Atlántico se diferencian también por sus afinidades espirituales y políticas. Cerca del 10% de ellos son masones (56 de 580) mientras que los clérigos representan un 5% (29 de 580). Liberales y conservadores, que se reparten en dos grandes campos el escenario político nacional, viajan en proporciones comparables a Europa, aunque se puede advertir cierto predominio de los conservadores (sobre 242 viajeros de quienes se conoce la fe política, se cuentan 129 conservadores, 88 liberales y 25 regeneradores), debido al hecho de que durante la segunda mitad del siglo XIX, los liberales pasan más tiempo en el poder que los conservadores (fuera del episodio de la presidencia de Ospina entre 1857 y 1861, éstos sólo llegan al poder después de 1886). Los años de 1851, 1861 y 1877, testigos de la victoria de las tropas liberales, dan la señal de la huida para numerosos conservadores.

Las coyunturas políticas

Los cambios políticos influyen directamente sobre la presencia colombiana en Europa. Los primeros años de la década de 1880, que ostentan el nivel más alto de viajeros colombianos en Europa en todo el siglo XIX, lo demuestran claramente. El país se encuentra entonces en un contexto de severa recesión económica debida a la caída de los precios del tabaco y de la quina, originada por la crisis europea que comienza en la década de 1870: un factor objetivamente desfavorable para la expansión de los viajes a ultramar. Pero la coyuntura política nacional constituye el verdadero factor determinante: Rafael Núñez, quien acaba de llegar al poder, atado por un sinnúmero de deudas políticas, distribuye cargos diplomáticos y consulares y aumenta su número para poder cumplir con los compromisos adquiridos durante la contienda electoral[15].

Todo cambio de gobierno tiene ganadores y perdedores, y los éxitos y las derrotas influyen sobre los viajes. Frecuentemente los más

15. Cf. en este capítulo, «Los cargos diplomáticos y consulares».

acomodados entre los perdedores abandonan el país para ir a vivir en alguna capital europea durante unos años y de ese modo sustraerse a las incertidumbres de la política nacional. En ese vaivén transatlántico cuyo ritmo es dado por los cambios de gobierno, los decretos de exilio son escasos. De los 580 viajeros reseñados que atraviesan el Atlántico por lo menos una vez durante la segunda mitad del siglo, sólo diez (es decir menos del 2%) son víctimas de un decreto de exilio. El exilio europeo es un lujo que no todos pueden costear y muchos de los exiliados se dirigen a Ecuador, Perú, Venezuela o Guatemala. Ese bajo número se debe también al hecho de que el exilio formal es relativamente poco utilizado en las persecuciones políticas del siglo XIX porque no es necesario. Tratándose de una medida siempre percibida como severa y hasta cruel, las presiones e intimidaciones de todo tipo contra los adversarios del poder bastan para reemplazarla: los opositores cuyas riquezas están amenazadas y que se sienten *personae non gratae* deciden en la mayoría de los casos embarcarse por su propia iniciativa para evitar mayores problemas.

Sin embargo, se advierten algunas oleadas de exilios formales durante la segunda mitad del siglo. En primer lugar están los exilios decretados por el gobierno liberal a comienzos de los cincuenta, de los cuales el más estrepitoso es el del arzobispo Mosquera; posteriormente, los que decide Mosquera tras su victoria de 1861 en contra de algunas personalidades conservadoras como Ignacio Gutiérrez Vergara —quien vivirá en Madrid unos años— y altos prelados como los obispos Vicente Arbeláez y Manuel Canuto Restrepo. Otros religiosos serán exiliados luego de la derrota de los conservadores en la guerra civil de 1876-1877[16] entre ellos monseñor Montoya, monseñor Bermúdez y, de nuevo, monseñor Restrepo —estos dos últimos buscan refugio en Roma—. La última oleada de exilios será la de los liberales acusados de conspiración contra el orden público por el gobierno de la Regeneración. Entre ellos, Modesto Garcés y Santiago Pérez —exiliado en 1893, muere en París en 1900— también buscarán refugio en

16. Cf. capítulo 7, «La estrategia del conflicto».

Europa. Los exilios más o menos voluntarios, según los casos, dibujan la fisionomía de las colonias colombianas en el viejo continente. Así, si un ligero predominio liberal comienza a sentirse en la diáspora colombiana en Europa hacia finales de los años noventa, las décadas de 1850 y 1860 presencian, a raíz de la revolución liberal y, más tarde, de la victoria de Mosquera, una fuerte concentración conservadora en Europa. Los dos emisarios de Mosquera, José María Samper y Manuel Murillo Toro, perciben la hostilidad que les tienen las colonias colombianas de Francia e Inglaterra y Murillo se queja explícitamente a Mosquera en 1862 de esta «pandillita de godos» que obstaculiza sus gestiones en Europa y los Estados Unidos[17].

El comercio

El comercio constituye la columna vertebral de la presencia colombiana en Europa y las casas comerciales transatlánticas su pilar más sólido. Inicialmente, quienes preparan sus baúles mandan imprimir participaciones de viaje y los reparten entre sus conocidos para proponer sus servicios. A comienzos de los años cuarenta, Florentino González, quien se prepara a salir de Bogotá, envía a sus allegados la siguiente nota: «Florentino González saluda a U. y pide órdenes para Inglaterra»[18]. En 1844, Rufino Cuervo llena a mano los nombres de los destinatarios de la tarjeta que mandó imprimir para anunciar su viaje: «Rufino Cuervo saluda afectuosamente a su estimable amigo el Señor [Gobernador Anselmo Pineda] y pone en su conocimiento que habiendo resuelto partir para Europa en asuntos propios a principios del próximo marzo, le será mui grato recibir y desempeñar las órdenes con que quiera favorecerle el Señor [Pineda]»[19].

El crecimiento de las exportaciones a finales de los años cuarenta da lugar a la creación de importantes casas comerciales colombianas

---

17. Carta de Manuel Murillo Toro a T. C. de Mosquera, Nueva York, octubre 10, 1862, ACC, FM, D42452.

18. BNB, Man., t. 446, f. 213.

19. BNB, Man., t. 437, f. 226.

en Europa: en Londres, los de los cartageneros Pedro Merino & *Sons* y de los antioqueños Montoya & Sáenz, exportadores de tabaco; en Liverpool, la firma antioqueña Santamaría Uribe; en París, las agencias del cartagenero Juan de Francisco Martín, del momposino José Germán Ribón, y de los hermanos Vengoechea de Santa Marta. En la década siguiente, se crean varias otras empresas en torno a la exportación del tabaco y a la importación de productos de todo tipo, en especial maquinaria agrícola, entre las cuales van a afirmarse empresarios de la cordillera Oriental como los Rizo, los Samper, y los Camacho Roldán. El apogeo de la quina en 1872 y 1873 hace prosperar a comerciantes del Cauca como los hermanos Olano, o los hermanos Reyes, quienes sin ser caucanos construyen allí su fortuna gracias a la explotación de la preciosa corteza en las selvas del Putumayo. Las siguientes recomendaciones, escritas por José Camacho Roldán a su hermano menor Salvador antes de su viaje a Europa en 1866, describen precisamente lo que esperaba un comerciante de un viaje al exterior:

> Mucho nos prometemos de su viaje: buenas relaciones en los Estados Unidos i Europa, conocimiento estenso de esos mercados, establecimiento de relaciones con los fabricantes para obtener facturas por cuenta i mitad, esto en lo general del negocio, i si además U. lograse entrar en alguna empresa de mejora material para el país, que dé alimento bien remunerado a nuestros brazos, las penalidades consiguientes al viaje serían suficientemente compensadas[20].

En Europa, el *comisionista* realiza todo tipo de operaciones comerciales contra el pago de una comisión sobre el valor de la compra o la venta y propone incluso operaciones bancarias. Las casas comerciales especializadas en ese tipo de operaciones se multiplican durante la segunda mitad del siglo XIX: las agencias de Rafael García, Juan Ordóñez, Juan Nepomuceno Uribe, y Ricardo Pereira en París, así como

---

20. Carta de J. Camacho Roldán a su hermano Salvador, Bogotá, 1866 (s.f.), ACH, FSCR.

las de Enrique Cortés, Joaquín Ferro, Filemón Buitrago radicadas en Londres y Nueva York, se suman a las firmas establecidas en Nueva York por Pedro Alcántara Herrán, su suegro Tomás Cipriano de Mosquera o los hermanos Camacho Roldán. Estas casas comerciales publican un gran número de anuncios publicitarios para quienes desde Colombia puedan requerir sus servicios. En 1869, Sergio Arboleda recibe en Popayán una circular impresa enviada desde París por la agencia comercial de Miguel Vengoechea en la que se ha llenado su nombre a mano, y donde se le anuncia el inicio de operaciones bancarias transatlánticas a partir del primero de enero de 1870[21].

Otro aspecto del comercio de importación es la compra de armas en Europa cuando se acerca el fragor de la guerra civil. En 1861, Liborio Mejía, enviado por Mosquera a Europa para comprar armas, se encuentra con serias dificultades para cumplir su misión. Desembarca en Liverpool, se dirige a Birmingham, a París y a Bruselas, en vano: «Todas las fábricas están ocupadas trabajando para los EE.UU., para el Papa, para España, para Rusia... »[22]. Finalmente, y luego de sortear la hostilidad de los conservadores colombianos allá presentes, logra comprar en Hamburgo 4.000 fusiles, 500 carabinas, 300 espadas y 500.000 cartuchos. En 1895, decidido a enfrentar una insurrección liberal en preparación, el gobierno de Miguel Antonio Caro encarga al coronel Isaías Luján la compra de 3.000 fusiles Mauser y dos millones de cartuchos para que los haga llegar urgentemente a Colombia[23].

Los estudios y el aprendizaje

Los estudios superiores son otro factor que explica la presencia colombiana en Europa. Una quinta parte de los colombianos que cruzan el Atlántico entre 1845 y 1900 cursan estudios en Europa[24]. De

21. Carta de M. Vengoechea a S. Arboleda, París, diciembre 7, 1869, ACC, FA, S.862.
22. Carta de Liborio Mejía a T. C. de Mosquera, París, octubre, 1861, ACC, FM, D40339.
23. AMAE, ADP, caja N° 3, telegrama de febrero 25, 1895 a I. Luján.
24. 124 de 580 viajeros, es decir el 21,3%.

esos estudios, que tienen un costo alto para las familias, se espera un resultado concreto: un diploma prestigioso que será un arma sólida para el futuro de los hijos, conocimientos prácticos, familiaridad con una o varias lenguas europeas y, algunas veces, una red de contactos útiles para la empresa familiar.

Así, las motivaciones morales e incluso políticas —hacer que los hijos adquieran los valores «anglosajones» del trabajo y la previsión, por ejemplo, o, en el caso de los conservadores, sustraerlos de la mala influencia de una educación laica— no son muy determinantes. El 80% de los jóvenes colombianos que estudian en Europa recibieron su educación primaria y secundaria en Colombia. Exceptuando el caso específico de los niños nacidos en Europa o que viven con sus padres en Londres o París[25], los jóvenes colombianos van a Europa para realizar estudios universitarios, casi nunca antes. Los casos de hijos enviados a Europa para que reciban una educación primaria o secundaria se restringen a los hijos de extranjeros —Carlos Balén, de padre francés, que estudia en el Liceo Charlemagne en París, o Diego Fallon, de padre británico, que estudia en Inglaterra. En otros casos, los hijos acompañan al padre —Luis María Cuervo, los hijos de Medardo Rivas en Inglaterra y Ernesto Restrepo, alumno de la Escuela de Saint-Jean de Passy donde su padre Vicente fue alumno— o son confiados a un tutor, europeo o colombiano.

El costo de unos años en el viejo continente y el deseo de garantizarles a los hijos un ambiente de adecuada moralidad, actúan sin duda como un eficaz parapeto en contra de la tentación de hacer estudios superfluos. Por lo tanto, y contrariamente a lo que muchas denuncias podrían hacer creer[26], no existe en la Colombia decimonónica un frenesí irracional por los estudios en el extranjero.

Los estudios superiores se concentran en la medicina, la ingeniería o las ciencias aplicadas (química, mineralogía, etc.): disciplinas que objetivamente no pueden adquirirse en Colombia, incluso des-

25. Nicolás Tanco, Vicente Restrepo, Julio Arboleda, los hijos de éste, los de José Triana o de Ricardo Santamaría por ejemplo.

26. Cf. capítulo 6, «La crítica del viaje: una experiencia inútil y nociva».

pués de abierta la Universidad Nacional en 1868. De 102 jóvenes reseñados que cursaron estudios en Europa durante la segunda mitad del siglo XIX, 45 estudiaron medicina, 32 ingeniería, nueve derecho o economía política, otros nueve bellas artes y siete estudios religiosos. La medicina es la primera carrera que se realiza en el exterior —en la mayoría de los casos, en la Facultad de Medicina de París—. Algunos médicos jóvenes —José Ignacio Barberi e Ignacio Gutiérrez Ponce, por ejemplo— completan su formación en Inglaterra, pero la norma de la medicina francesa es absolutamente dominante en Colombia. La ingeniería —de ferrocarriles y minas en especial—[27], la física, la química y la metalurgia se estudian por lo general en Alemania o Francia. Una caja de archivos del ministerio de Relaciones Exteriores francés, que conserva algunas solicitudes de admisión en las escuelas francesas efectuadas por la legación colombiana entre 1882 y 1895 confirma el predominio de estudios de medicina e ingeniería. De siete solicitudes, tres están dirigidas a la Escuela de Puentes y Calzadas, dos al Conservatorio de París, una a la Escuela de Minas y otra a la Facultad de Medicina[28]. La pintura[29] o la música[30] se estudian también en París y hacia finales de siglo, en Roma o Madrid. Y por último, las carreras religiosas que se siguen especialmente en el Colegio Pío Latinoamericano, fundado en Roma en 1857, representan el 6,9% de los estudios superiores de los jóvenes colombianos en Europa.

La familia es la que asume, en la mayoría de los casos, la pesada carga financiera que representa el envío de uno o más hijos a Europa para completar sus estudios superiores. Pero la idea de que la ad-

27. Entre los estudiantes de esas disciplinas en el extranjero, cabe mencionar a Fidel Pombo, José Cornelio Borda, Rafael Arboleda (ingeniería civil), Eustacio Santamaría, Santiago Pérez Triana, Pedro Nel y Santiago Ospina y Vicente Restrepo (mineralogía, física, química).

28. Cf. AMAE, ADP, Colombia, cajas Nos. 1, 2 y 3.

29. Epifanio Garay, Ismael Ramírez, Pantaleón Mendoza, Salvador Moreno.

30. Jesús Buitrago, José María Ponce de León, Paulo Emilio Restrepo, Isabel de Vengoechea.

quisición de ciertos conocimientos, útiles para el país, pueda ser financiada por la comunidad, se difunde progresivamente. Así, luego de haber costeado la estadía en Europa de Joaquín Acosta en los años veinte, el gobierno contrata en 1857 al botánico José Jerónimo Triana, formado en la Comisión Corográfica dirigida por Codazzi, con el objeto de que publique en París una flora colombiana. En la misma época, los miembros del Liceo Granadino deciden financiar los estudios en París de un joven violinista llamado Jesús Buitrago; sin embargo, terminará defraudando a sus benefactores: al encontrarlo por casualidad en la capital francesa unos años después, Aníbal Galindo reconocerá en él los estigmas de la vida de perdición a la que se había rápidamente entregado[31].

El aprendizaje industrial en Europa, también objeto de animados debates en la Colombia decimonónica, es en realidad un fenómeno marginal. En 1865, Manuel Ponce de León visita las salinas en Alemania y Austria y se entusiasma con la idea de llevar al país algunas técnicas que permitan reducir los costos de producción de la sal[32]. A finales de los setenta, los hijos de Mariano Ospina, siguiendo al pie de la letra las indicaciones mandadas desde Medellín por su enérgica madre Enriqueta Vásquez, se dedican a cumplir un programa intensivo de visitas de fábricas. Mientras que Tulio se especializa en las aplicaciones de la corteza de la quina, Pedro Nel trabaja en su proyecto de montar una fábrica de licores a su regreso a Medellín: «Yo trabajo hace un més en una casa donde se fabrican licores, o mejor se falsifican con parte de licores finos i gran cantidad de alcohol, agua i azúcar...»[33]. Pese a la oportunidad de adquirir tras bastidores una experiencia de la industria europea, Pedro Nel, quien informa regularmente a sus padres sobre el progreso de sus conocimientos, expresa a veces sus

31. A. Galindo, *Recuerdos históricos*, Bogotá, Imprenta de «La Luz», 1900, p. 126.

32. Carta de Manuel Ponce de León a T. C. de Mosquera, París, agosto 24, 1865, ACC, FM, D47210.

33. Carta de P. N. Ospina a sus padres, París, noviembre 5, 1879, FAES, AGPNO/C/35, f. 28.

dudas acerca de la utilidad real de esa inversión: «Me mortifica mucho pensar en los inmensos gastos que estamos ocasionando...»[34].

El cuadro es, por lo demás, muy pobre: apenas pueden encontrarse algunos casos de aprendizaje y de experiencias profesionales en química, ingeniería y metalurgia. En 1853, Pastor Ospina consigue, a través de una pasantía en un laboratorio parisino, una formación básica en química, aplicada en particular al tratamiento de la quina, pero se da cuenta rápidamente de que no va a poder obtener todos los secretos de la fabricación, y le cuenta a su hermano Mariano que su experiencia en la cristalización del sulfato sólo le será útil en el caso de que quiera montar a su regreso una fábrica de ácido sulfúrico que utilice las fuentes de azufre del Ruiz[35]. Ingenieros formados en Europa como Andrés Triana, hijo del botánico José Jerónimo Triana —diplomado de la Escuela de Puentes y Calzadas de París, sólo vendrá a Colombia por una breve temporada a finales de siglo— o Rafael Arboleda Mosquera, hijo de Julio Arboleda, formado en la Escuela Central de París y en Dresde, aportarán su experiencia al país —éste último, como ingeniero en la construcción de ferrocarriles después de una experiencia similar en España y Portugal—. En el campo de la metalurgia se destacan los escasos ejemplos de Julio Barriga, quien se consagra a su aprendizaje en Europa entre 1874 y 1876, y el fundidor Juan Nepomuceno Rodríguez, quien es enviado a Europa en los años ochenta por el gobierno de Núñez para perfeccionar sus conocimientos y es nombrado a su regreso director del taller-modelo de metalurgia, abierto en 1892 en la plaza de Nariño de Bogotá.

Sin embargo, el aprendizaje en el exterior, considerado *intelectualmente* como el *nec plus ultra* de la educación técnica e industrial por las elites colombianas, sedientas de cultura práctica para sus hijos, es un fenómeno tan marginal como problemático. Problemático porque, como lo explica Ramón Gómez, es difícil, debido a la

34. *Ibíd.*, Londres, agosto 20, 1879, FAES, AGPNO/35, f. 26.

35. Carta de Pastor Ospina a su hermano Mariano, octubre 30, 1853, BNB, Man., t. 194, f. 64.

desconfianza de los industriales europeos, conseguir en Europa un puesto de aprendiz que permita realmente adquirir conocimientos industriales:

> Recomendamos a nuestros compatriotas que vayan un día a ver el gran depósito de agua del Mont-Souris, obra nueva i que ha costado más de cuatro millones de francos, las fábricas de vidrios planos que hai a corta distancia de Paris, la de Porcelana de Sèvres, la de Gobelinos i otras a las cuales se puede ir por el ferrocarril de cintura. Pero no se crea que en Europa es fácil aprender una industria i que basta para ello tener aplicación i visitar talleres i fábricas, porque de paso diremos que deseando que un miembro de nuestra familia conociese la manera de hacer vidrios planos se dirijieron algunos amigos a los dueños de estos establecimientos para que le enseñasen el oficio pagando, i tanto los de Francia como los de Béljica contestaron que por sus reglamentos era prohibido admitir aprendices extranjeros en sus fábricas[36].

El aprendizaje agrícola tampoco es fácil: desde Cádiz, en 1853, Pastor Ospina escribe a su hermano Mariano que allá no hay nada para aprender en materia de agricultura y que intentará perfeccionar sus conocimientos en Francia, lo cual «no es tan fácil como parece, pues se necesita llegar en las estaciones oportunas i tener medios para visitar detenidamente las fincas rurales»[37]. Por otra parte, como lo señala Felipe Zapata desde Londres en 1876, a propósito de un joven colombiano de quien es tutor, los gastos del aprendizaje son elevados[38]. Las posibilidades más alcanzables de aprendizaje son las pasantías como aprendices comisionistas en una casa comercial co-

---

36. R. Gómez, *Apuntes de viaje*, Bogotá, J. B. Gaitán, 1880, p. 62.

37. Carta de Pastor Ospina a su hermano Mariano, Cádiz, noviembre 6, 1852, FAES, AMOR/C/9, f. 29.

38. «Pero si [Don Casimiro] piensa que aprenda un oficio entonces debe ponerlo como aprendiz en un taller, pero eso no cuesta aquí menos de 80 a 100 libras que deben pagarse adelantadas». Carta de Felipe Zapata a Aquileo Parra, Londres, marzo 3, 1876, BLAA, Mss. 426.

lombiana radicada en Europa. El santandereano Adolfo Harker comienza así su carrera con los Santamaría Uribe en Liverpool a finales de los años cuarenta. La experiencia de Carlos Ponce de León, quien antes de fundar la empresa textil Nacional de Tejidos habría comenzado su carrera en Manchester como barrendero en una fábrica, es sin lugar a dudas muy excepcional[39].

El aprendizaje en talleres, fábricas o en laboratorios europeos no tendrá finalmente mucho éxito, a raíz de las pocas oportunidades que brinda en ese entonces la actividad industrial en Colombia, pero también debido al desfase entre el origen social de los jóvenes que tienen la oportunidad de ir a Europa y el nivel social de los oficios asequibles a través del aprendizaje. Entre las múltiples oportunidades de formación que ofrece Europa a los viajeros colombianos, la de convertirse en un buen obrero no resulta muy atractiva para la mayoría de ellos, ávidos de conocimientos más prestigiosos.

Los cargos diplomáticos y consulares

Más de una tercera parte de los colombianos (35,6%) que viajan a Europa entre 1845 y 1900, se hacen tarde o temprano acreedores a un cargo diplomático o consular. Esta cifra tan alta se debe en parte a una probable distorsión debida a la naturaleza de las fuentes utilizadas[40]; pero es también el reflejo de la inexistencia, en la época, de una función diplomática y consular de carrera.

El cargo diplomático, cuando es prestigioso, no sólo representa una etapa dentro del *cursus honorum* político, sino que además, resulta ser la mejor manera de subvencionar una temporada en Europa motivada por razones de otra índole. Así, los personajes cons-

39. *Primer Centenario de la Independencia de Colombia*, 1810-1910, Bogotá, Escuela Tipográfica Salesiana, 1911, p. 222.

40. Las listas de personas nombradas en esos puestos, publicadas con regularidad por la cancillería son efectivamente las únicas fuentes que proporcionan una información sistemática sobre los viajes de los colombianos a Europa. Es probable por esa razón que los viajeros que en un momento u otro ocupan un cargo diplómatico estén ligeramente sobrerrepresentados en la base de datos utilizada (cf. nota 2 de este capítulo).

picuos de Colombia, políticos, científicos, geógrafos, periodistas, comerciantes, militares, educadores, a los que en un momento u otro de su permanencia fuera del país no se les hubiera confiado una responsabilidad diplomática o consular, son escasos.

El mecanismo de atribución de cargos diplomáticos responde esencialmente a dos lógicas: la retribución política y el manejo del patrimonio familiar. El nepotismo salta a la vista en las listas de las personas nombradas para esos puestos. Basta mencionar las familias de los presidentes y expresidentes de la República: Herrán, Mosquera, Mallarino, Otálora, Holguín y Marroquín consiguen para alguno de sus hijos, o todos, cargos diplomáticos y consulares; y Núñez, para su hermano menor Ricardo. Son muchos los miembros de las poderosas familias Samper, Ancízar, Hurtado, Aldana y Gutiérrez que se benefician de esos nombramientos. En ciertos casos, el manejo de los puestos como patrimonio familiar es obvio. Cuando Próspero Pereira Gamba, rico comerciante liberal, abandona el cargo de cónsul en San Nazario en 1873, deja en él a su hijo Ricardo. Los hijos de Manuel Ancízar, Jorge y Manuel, que se dedican al manejo de su próspera agencia comercial en Manchester, se alternan en el cargo consular de esa ciudad durante toda la década de 1890.

La retribución política, o al contrario la voluntad de alejar a un adversario incómodo es otro factor clave de los nombramientos. Muchos testimonios de la época revelan la intensidad de las presiones ejercidas sobre el gobierno para la obtención de esos cargos, sin duda los más codiciados en el arsenal de las herramientas de retribución política. En 1890, el influyente conservador José Manuel Marroquín escribe al ministro de Relaciones Exteriores para recomendarle el nombramiento en Europa de Aurelio Mutis, hijo de una buena familia santandereana: «A más de los méritos personales del doctor Mutis, media la circunstancia de haber prestado importantes servicios al gobierno en la última guerra»[41]. Le solicita al ministro una respuesta rápida a fin de poder responder a los dos «padrinos» de Mutis, un

41. Carta de J. M. Marroquín a L. C. Rico, s. f., BLAA, Mss. 348.

influyente general y el gobernador de Santander. Por otro lado, la designación a un cargo diplomático permite también a los dirigentes saldar sus deudas morales. El liberal Aníbal Galindo, hijo de un prócer de la Independencia tolimense fusilado durante la guerra de los *Supremos* por orden de Mosquera, obtiene sin dificultad su nombramiento al cargo de secretario de la legación de París en 1866. Deseoso de conocer a Europa, Galindo se había acordado de la deuda moral que le tenía el gran general. El mismo año, a cambio de la revisión de la geografía de Colombia escrita por Mosquera, Pedro María Moure, establecido en París y agobiado por la estrechez financiera, le pide insistentemente un puesto de cónsul —tiene en mente el de El Havre, que por ese entonces ocupa Rafael Núñez—. Una vez nombrado cónsul en Italia, le escribe de nuevo a Mosquera para agradecerle y sobre todo para preguntarle: «Quién, cuándo, cuánto y en dónde se me paga?»[42].

El caso del publicista conservador José María Torres Caicedo constituye un ejemplo significativo de los beneficios que se esperan del nombramiento de un adversario político. Opositor declarado del gobierno liberal, cruza el Atlántico en 1851 luego de haber recibido una herida muy grave en un duelo con un periodista liberal; en 1856, el regreso al poder de los conservadores acarrea su nombramiento como secretario de la legación colombiana en París. El virulento juicio que emite dos años más tarde en contra del gobierno de José Hilario López indigna a éste, tratándose de un hombre que ha sido premiado con un nombramiento diplomático:

> Nada dice el señor Torres en cuanto a la pródiga recompensa que le han valido esas aventuras. No es cualquier cosa ser nombrado Secretario de la Legación Granadina en Europa, elevada a la categoría de primer órden en la República i por consiguiente dotada con un sueldo considerable[43].

---

42. Carta de P. M. Moure a T. C. de Mosquera, París, octubre 31, 1866, ACC, FM, D48782.

43. *Las cartas cruzadas entre el señor Manuel Murillo i el jeneral José Hilario López i la réplica del señor José María Torres Caicedo*, s.f. (1858), p. 3.

La designación a un puesto diplomático que no responda a una lógica de retribución no deja de causar asombro. José María Samper, nombrado en 1862 por Mosquera encargado de negocios en Francia en ausencia del ministro titular Manuel Murillo, expresa al gran general su asombro por ser objeto de semejante «recompensa», pese a que, como él mismo lo explica, no había «[...] prestado ninguna cooperación al movimiento», es decir, a la guerra lanzada por Mosquera en contra del gobierno de Ospina[44].

La utilización de los puestos diplomáticos como medio de redistribución familiar o política implica su frecuente renovación. Los felices elegidos saben bien que sólo se trata de un beneficio temporal: en efecto, el gobierno necesita disponer libremente de esos cargos, y no podría permitirse inmovilizarlos al dejarlos ocupados por la misma persona durante demasiado tiempo. Más que un verdadero desapego con respecto a las ventajas del *status* diplomático, es sin duda la plena conciencia de ese mecanismo lo que lleva en 1876 al radical Felipe Zapata, entonces ministro en Londres, a declarar al presidente Aquileo Parra que está completamente dispuesto a entregar su cargo cuando éste lo requiera:

> Sentiría en el alma que Ud. me hiciese la injusticia de no nombrar a alguna de las personas que merecen este puesto por temor de que yo considerase tal nombramiento como una falta de estimación y miramiento hacia mi persona. Creo que Ud. me conoce bastante para hacer justicia a mi desinterés y a mi nobleza. Esta legación me cayó de las nubes por chiripa, y estoy dispuesto a separarme de ella sin sentimiento alguno[45].

Obtener un cargo en Europa supone la movilización, la activación de redes familiares y políticas, y la elaboración de estrategias a veces complejas. El político conservador Julio Arboleda relata en 1859 a un

44. Carta de José María Samper a T. C. de Mosquera, París, junio 28, 1862, ACC, FM, D42949, f. 1.

45. Carta de F. Zapata a A. Parra, Londres, marzo 3, 1876, BLAA, Mss. 426, f. 2.

amigo las principales razones del apoyo de Fidel Pombo a la candidatura del adversario conservador de Arboleda, el ex presidente Pedro Alcántara Herrán: «Herrán es el que más conviene a *nuestra* familia, porque de otro modo mi papá no saldrá de la N[ueva] G[ranada] y Herrán sí lo mandará a los Estados Unidos o a Europa, que es lo que nos conviene» le explicó Pombo[46].

El dinero constituye obviamente una poderosa motivación en la búsqueda de cargos diplomáticos; el sueldo es, entre todas, la primera de las recompensas. A finales de los años cincuenta, cansado de su activismo político, el dirigente radical Manuel Murillo Toro le expresa al conservador Juan Francisco Ortiz su deseo de irse a Europa con un cargo diplomático: «Hombre, [...] si alguno me diera diez mil pesos me iba para Europa y me dejaba de estas arracachas de política americana que me tienen aburrido»[47]. Luego de la victoria de Mosquera, Murillo es nombrado ministro en Francia y en Inglaterra con cerca de 40.000 pesos de sueldo, una suma considerable en aquel entonces. Los ingresos de los diplomáticos y de los cónsules —sueldo más viáticos— son en efecto envidiables si se los compara con lo que se espera obtener de otras actividades en Colombia. Los consulados más lucrativos son los de Europa: Liverpool, El Havre, Hamburgo y San Nazario, y los salarios de las legaciones en Europa son los más elevados[48].

A mediados de los años setenta los gobiernos radicales emprenden la reducción de los costos del servicio diplomático y consular. Un decreto de 1874 introduce una reducción de una sexta parte de los salarios de los cónsules de El Havre, Liverpool, Hamburgo, Nueva York y San Nazario, y la supresión de los viáticos para 1874-1875. En 1883, una ley reorganiza el servicio y prevé que los ingresos consulares, considerables en los grandes puertos, no vayan al cónsul sino

46. Carta de J. Arboleda a Camilo Ordóñez, París, diciembre 15, 1859, BLAA, Mss. 170, f. 2.

47. J. F. Ortiz, *Reminiscencias*, Bogotá, Librería Americana, 1914, p. 276.

48. Cf. *Int. 1865*, pp. 20-21 y *Rel. 1881*, p. 20.

al Estado, que utilizará una parte para pagar los sueldos: «Los consulados de la República en Liverpool, Nueva York, Southampton, San Nazario, El Havre y Hamburgo han sido hasta el presente ricas minas cedidas por el Gobierno en beneficio particular, contra las más claras conveniencias nacionales»[49]. Pese a las reducciones salariales en las últimas tres décadas del siglo, el acceso a los cargos diplomáticos seguirá siendo una infalible fuente de enriquecimiento.

Si bien es determinante, la motivación financiera no es la única. La proliferación de cargos consulares o legatarios *ad honórem* en Europa, da fe del interés por el *status* diplomático. Los diplomáticos que ven su misión a punto de concluir y que han decidido permanecer en el país sin renunciar a su posición social, proponen por lo general al gobierno continuar en sus funciones sin devengar sueldo alguno, a cambio de la conservación del prestigio diplomático.

De este modo, el 17% de las personas reseñadas en las listas diplomáticas y consulares en Europa entre 1845 y 1900 ejercen en algún momento su función *ad honórem* (36 de 207). En 1884 se cuentan siete puestos *ad honórem* en Europa: uno en la legación de París, uno en la de Londres, uno en la de Madrid, dos en la de Berlín y dos en la de Bruselas[50]. La esperanza de acceder al gran mundo, aguijoneada por las tribulaciones de Torres Caicedo en la corte imperial de las Tullerías, o de Carlos Holguín, compadre de la Reina de España y asiduo de la corte de la reina Victoria, mantiene viva esa aspiración al *status* diplomático.

El servicio diplomático, en fin, no apunta solamente a defender los intereses de la nación, sino también a aprovechar la proximidad de la modernidad europea para cultivarse y perfeccionarse. El servicio diplomático y consular está efectivamente concebido como un instrumento de formación de las futuras elites nacionales: una formación personal, auspiciada en cierta forma por el Estado, a cambio de algunos servicios. En 1852, el secretario de Relaciones Exteriores

49. *Rel. 1884*, p. 59.

50. Cf. lista de los agentes diplomáticos y consulares de Colombia, *Rel. 1884*, pp. 33-37.

del gobierno de López había definido en estos términos la misión de los funcionarios en el exterior:

> Además de hacernos conocer bajo el aspecto moral ya indicado, i del mercantil e industrial no menos importante que nos conviene, tendrán ocasión de estudiar el país en que residen i de hacer productivos en bien del suyo natal, los conocimientos que adquieran[51].

En 1854, su sucesor proponía acelerar la renovación del personal diplomático y consular a fin de ofrecer más oportunidades a los jóvenes colombianos:

> Cuando un individuo ha permanecido algún tiempo en país estranjero, viviendo en contacto diario con los medios de progreso i civilización empleados en naciones adelantadas, su regreso a su país podría ser conveniente por las nuevas ideas, datos i luces que necesariamente le trajera. Proporcionaría por último este sistema a la juventud granadina facilidades para que, alternando periódicamente en el servicio de las Legaciones, pudiese adquirir en el Estranjero útiles i variados conocimientos[52].

En 1883, el presidente José Eusebio Otálora, que aboga por la extensión del servicio diplomático, ofrece la mejor definición del diplomático como protagonista-clave de la construcción nacional:

> Cada colombiano que abandona temporalmente su suelo natal para viajar por las regiones de Europa y América, por poco observador que haya sido, regresa siempre trayendo en su inteligencia un caudal de conocimientos y luces, que esparce luego en sus conversaciones y trabajos y que viene a formar una fuerza latente que ayuda a impeler, si se quiere con lentitud pero de una manera indudable, el carro de una vasta cultura en la sociedad en que vuelve a residir; porque Europa, especialmente, es una gigantesca escuela de

51. *Rel. 1852*, p. 3.
52. *Rel. 1854*, p. 15.

lecciones objetivas prácticas, que el extranjero aprende diariamente aún sin darse cuenta de ello[53].

Esta concepción del servicio diplomático explica la naturalidad con la que los actores de la época dan cuenta del poco trabajo y de la utilización «cultural» de las largas horas ociosas que les dejan sus funciones. Noticias como ésta, publicada en 1883 en un periódico de Bogotá, no sorprendían en lo absoluto a los lectores colombianos del siglo XIX:

> Los señores D. Pantaleón Mendoza y D. Ismael Ramírez Márquez han sido nombrados adjuntos a la Legación en España con el fin de que puedan ir a perfeccionar sus estudios en el arte de la pintura, en el que especialmente el primero es ya ventajosamente conocido entre nosotros y a quien el viaje a la vieja Europa le proporcionará amplios horizontes y escuela para dar honra a la patria[54].

Tampoco eran objeto de asombro para sus destinatarios las cartas como la del joven Leopoldo Hincapié, estudiante de medicina en París, en que solicita a sus «protectores» un puesto diplomático que le permita finalizar sus estudios:

> Yo les prometo a UU. que sabré agradecer con toda el alma la colocación que UU. me consiguieren aquí en Europa con el gobierno y que presentaré un grado y una tesis magníficas [...] A mi regreso en Colombia, si UU. me consiguieren un consulado que me facilite los medios de terminar mi carrera, yo seré, gracias a UU., un buen médico y un apoyo positivo para mi pobre y numerosa familia[55].

A pesar de los intentos de reorganización y profesionalización en los años ochenta, los testimonios de finales de siglo sugieren la permanencia de estas prácticas. Aníbal Galindo, en sus memorias pu-

53. *Pres. 1883*, p. 12.

54. *Papel Periódico Ilustrado*, Bogotá, enero 31, 1883.

55. Carta de L. Hincapié a A. B. Cuervo, París, agosto 25, 1888, documentos A. B. Cuervo, BLAA, Mss. 30, pieza 113.

blicadas en 1900, explica que su motivación principal para solicitar un cargo diplomático en Europa en 1866 era la imposibilidad de «resistir al deseo de ir a contemplar las maravillas de la próxima Exposición Universal de los productos de la industria»[56]. De igual forma, el poeta y político conservador Guillermo Valencia relata su experiencia como secretario de legación en París entre 1896 y 1899 como un período particularmente fausto de su juventud:

> El General Reyes, nombrado Ministro de Colombia en París, me llevó consigo como Secretario. Hay que pensar lo que eso significaba para una persona como yo, que tenía fiebre de lectura y estudio [...]. Temeroso de que la oportunidad fuera corta, vivía día y noche en los museos y las bibliotecas, oía a todos los catedráticos de la Sorbona, cualquiera que fuese su materia: ciencias políticas, medicina, helenismo [...]. Un día dejaron de llegar los sueldos de los secretarios. Había estallado la guerra de los Mil Días y el fisco de la república no estaba para lujos diplomáticos. Tuve que regresar a Colombia[57].

Otras razones menos confesables que la adquisición de conocimientos motivan ciertos nombramientos: en una carta de 1889 a Antonio B. Cuervo, uno de los pilares del gobierno regenerador, Lázaro María Pérez, el viejo publicista conservador explica que al establecerse en Sevilla para cuidar su delicada salud en vez de asumir su cargo de ministro en Berlín, no hace más que seguir las instrucciones del vicepresidente Carlos Holguín: «Recuerdo mucho que el Dr. Holguín me dijo que no me daba secretario, porque no quería que viniese a montar oficina, sino simplemente a procurar el restablecimiento de mi salud»[58].

56. A. Galindo, *op. cit.*, p. 108.

57. G. Valencia, *Discursos y páginas históricas*, citado por A. Araújo (ed.), *Epistolario de Rufino José y Angel Cuervo con corresponsales colombianos*, 2ª parte, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1994, p. 390.

58. Carta de L. M. Pérez a A. B. Cuervo, Sevilla, diciembre 16, 1889, BLAA, documentos A. B. Cuervo, Mss. 31, pieza 157.

La consecuencia más evidente de esas prácticas es la frecuente incompetencia de las personas elegidas. Aunque motivada por cierto rencor personal, la descripción que hiciera José María Samper del desempeño de Murillo Toro, elegido por Mosquera en 1861 como ministro de su gobierno en Europa, apunta a la ineficiencia de los nombramientos puramente políticos. Murillo, quien tiene la delicada misión de obtener el reconocimiento del gobierno de Mosquera por un gobierno francés que le es claramente hostil, no cuenta en realidad con ninguna de las cualidades requeridas para la misión: no tiene experiencia diplomática y no habla francés, ni inglés, ni italiano. En su obstinación por presentar sus cartas de acreditación al ministro de Relaciones Exteriores de Napoleón III, y al no seguir los consejos de Samper —quien sabía de la oposición del ministro francés en Colombia al gobierno de Mosquera y al mismo Murillo por sus artículos contra el Segundo Imperio— de que intentara preferiblemente un acercamiento confidencial, Murillo fracasa en su misión diplomática y no logra que se reconozca el nuevo régimen[59]; su misión, es verdad, tenía pocas probabilidades de éxito.

Veinte años después, en 1883, el presidente Otálora nombra como ministro en Francia a su íntimo amigo Francisco de Paula Mateus y a su propio hijo Carlos como secretario. «No conoce Europa y no habla ni entiende el francés», escribe entonces Lanen, el cónsul general de Francia en Bogotá, al ministro francés de Relaciones Exteriores; es más, «algunos de sus amigos políticos me han asegurado que no se puede dar crédito alguno a sus palabras»[60].

Las denuncias sobre la calidad del servicio diplomático —que por lo general emanan de exdiplomáticos o de los mismos cónsules— se

---

59. J. M. Samper, *Historia de una alma*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1948 [1ª. ed., 1881], t. 2, pp. 303-316.

60. Carta del cónsul Lanen al M.A.E., Bogotá, julio 29, 1883, AMAE, Serie A, caja 9, carpeta 2, Colombia. Unos meses más tarde, una votación en la Cámara retira a Mateus la confianza de los representantes exigiendo su repatriación a Colombia, junto con el joven Otálora. Suspendido provisionalmente, en 1885 Mateus será de hecho reintegrado a sus funciones, las cuales ejercerá hasta 1887, fecha en la que pasará a ser ministro en Italia.

multiplican, motivadas tanto por una justa indignación como por el deseo de menoscabar al adversario político. Se denuncia en primer lugar la creación de puestos diplomáticos que no tienen otra justificación que el clientelismo. En 1896, un artículo titulado «Viajes de recreo», publicado en el periódico *El Conservador*, señala la organización de misiones diplomáticas ficticias —como por ejemplo el pretexto de traer estatuas importadas— con el fin de permitir que viajen unos «jóvenes regeneradores»: «Se inventan empleos ultramarinos y... buen viaje! »[61]. En 1870, en un panfleto en el que Eustacio Santamaría arregla cuentas con José María Torres Caicedo, escribe:

> Soy el único cónsul colombiano en Europa que durante la legación de este señor [J. M. Torres Caicedo] ha cumplido estrictamente con su deber; el único, lo digo con la boca llena y lo puedo probar a la hora que quiera al que lo desee; soy el único que ha creído que el empleo de cónsul es una cosa seria y no una canongía, como lo han creído los demás, que les permitiera vivir en donde les diera la gana, y dar en arrendamiento a personas extrañas los consulados[62].

Por otra parte, se estigmatiza la costumbre propia de los cónsules de entremezclar sus negocios comerciales con la defensa de los intereses nacionales: «Ningún país americano que tenga en estima su decoro debe mantener en el carácter de cónsules, y muchos menos de cónsules generales en Europa, individuos cuya profesión sea el comercio o que estén empleados en casas comisionistas, porque esto tiene el aire de querer favorecer los intereses del agraciado con menoscabo evidente de los intereses de los otros comerciantes», escribe en 1892 Filemón Buitrago, editor del periódico *Les Deux Amériques*[63]. Ricardo Pereira, en un artículo de 1878, ofrece un retrato pesimista del servicio diplomático y consular:

61. «Viajes de recreo», *El Conservador*, Bogotá, abril 30, 1896, p. 111.

62. Eustacio Santamaría, *Cosas del Señor J. M. Torres Caicedo*, Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1870, p. 11.

63. *Les Deux Amériques*, París, septiembre 25, 1892, p. 2.

Como ninguno de ellos puede incluir en su presupuesto la partida correspondiente para atender a los gastos de una buena representación, se ven en el caso de aceptar los servicios que oficiosa y gratuitamente les brindan los europeos o los nacionales que desean gozar de las ventajas y consideraciones que procura un nombramiento de esta naturaleza; y que, cuando no es este el caso, la mayor parte de estos nombramientos sirven a los gobiernos, ya para mantener a distancia algun revolucionario temible, ya lo que es menos censurable, para facilitar a los jovenes sin recursos los medios de terminar su educación científica en Europa; ya para premiar servicios eleccionarios o de otro órden, rara vez para dar lustre y honor al país por los méritos de sus representantes[64].

Entre otros vicios del servicio diplomático figuran la inestabilidad del personal, consecuencia de la utilización de estos puestos como instrumento de retribución, los casos de personas que, una vez nombradas, llegan al país y cobran su sueldo pero no ejercen nunca sus funciones[65] y el poco volumen de trabajo.

Ante las persistentes críticas, los sucesivos gobiernos despliegan diversas estrategias para defender el papel civilizador del diplomático, y demostrar que la función diplomática no es una sinecura costosa para el Estado. En 1866, el secretario del Interior y de Relaciones Exteriores evoca la difícil situación del servicio consular —pago irregular, costo de la vida en el extranjero: «la condición de los citados servidores nacionales dejenera muchas vezes de honrosa i apetecible, en precaria i llena de zozobras»[66]. En los años ochenta, a consecuencia de la explosión de

64. Ricardo S. Pereira «Unión andina. Servicio diplomático y consular», *Los Andes*, París, noviembre 16, 1878, p. 122.

65. «Tiene conocimiento el Poder Ejecutivo de que algunos de los Agentes consulares de la República han partido al lugar de su destino y regresado a Colombia sin haber entrado en el ejercicio de sus funciones». Carta del secretario de Relaciones Exteriores, noviembre 9, 1883, *Rel. 1884*, p. 62.

66. *Int. 1866*, p. 69. El mismo año, Rafael Núñez, quien el año anterior había asumido el cargo de cónsul en El Havre escribe a Salvador Camacho Roldán: «Para mí el consulado se ha resuelto en *mucho ruido for nothing*, como decía Shakespeare. Los gastos de instalación quedan perdidos además de los de transporte de N.Y. al Havre». Carta de octubre 3, 1866. Cartas de Rafael Núñez a Luis Carlos Rico, 1876-1893, BLAA, Mss. 99, pieza 52.

nombramientos «irregulares» por un Núñez acribillado de deudas políticas, surge del Congreso y de varios cancilleres sucesivos un intento por retomar el control de la situación. Se emprende una campaña de reducción del número de puestos diplomáticos, y de los correspondientes salarios, que incluye entre otras medidas la supresión de los superfluos consulados de Lyon, Tours, Ostende, Amberes, Manchester, Cádiz, Barcelona y Santander y la restricción de los cargos *ad honórem*. Estos últimos, si bien no representan gastos para el Estado, afectan el buen funcionamiento del servicio diplomático y consular al crear cierta confusión y son además inconstitucionales, puesto que la constitución no otorga al ejecutivo el poder de crear cargos *ad honórem*. Además, sólo benefician a los interesados, quienes utilizan su título con fines puramente personales y en la mayoría de los casos no cumplen con ninguna de sus obligaciones. Sería preferible, explica el secretario, que la presidencia se abstuviera de tales nombramientos, o por lo menos que consulte previamente al diplomático encargado[67].

Sin embargo, la inercia del clientelismo es más fuerte. En 1874, cuando el joven secretario de Hacienda, Nicolás Esguerra, sugiere una reducción del presupuesto del servicio diplomático, Manuel Murillo Toro, desencantado por dos mandatos presidenciales, le habría explicado:

> Nicolás, usted va a tumbar à Santiago [Pérez]; es cierto que las Legaciones y los Consulados que usted propone suprimir no son imprescindibles; pero, en vez del gasto que implican, el Secretario de Guerra tendrá que pedir el aumento del pie de fuerza, porque los aspirantes a estos puestos fundarán periódicos, agitarán el país, tramarán revueltas, etc. Esos gastos no pueden dejar de hacerse; lo único que hay es que no deben figurar en el presupuesto de Relaciones Exteriores sino en el de Orden Público. Que hace usted con A., con B. y con C.? A esa gente hay que tenerla con un destino de esa clase al cual creen tener derecho imprescriptible[68].

---

67. *Rel. 1884*, p. 60.

68. *Centenario de Murillo Toro. Homenaje de la Junta Nacional*, Bogotá, Águila Negra Editorial, 1916, p. 286.

En 1884, el secretario de Relaciones Exteriores Julio E. Pérez concluye con realismo:

> Pero todos sabemos cómo pasan las cosas entre nosotros, y cuán difícil es para un Presidente abstenerse de ciertas condescendencias que a primera vista parecen inocentes, pero que, en el fondo y con el tiempo, son verdaderamente perniciosas[69].

La hipertrofia del servicio diplomático, producto del clientelismo imperante, seguirá por mucho tiempo manteniendo abiertas las puertas de Europa a numerosos colombianos cercanos al poder político y deseosos de conocerla.

LA VIDA EUROPEA DE LOS VIAJEROS COLOMBIANOS

En el siglo XIX, la capital predilecta de los hispanoamericanos es París, seguida, en menor medida, por Londres. El Gráfico 2 muestra la gran estabilidad de la jerarquía de los cinco países preferidos por los viajeros colombianos. Francia, a la cabeza, está muy por encima de los demás, seguida por Inglaterra, que a su vez sobrepasa con creces al último grupo de países visitados: Italia, España y Alemania. Los demás países están en un segundo plano y dan lugar a visitas cortas, pero no a estadías prolongadas. Suiza, Bélgica y en menor medida Holanda forman a veces parte de una gira por Europa occidental. Los viajes a los países escandinavos, Europa Oriental o Rusia son excepcionales, sin mencionar el Extremo Oriente, a donde llega en la época un sólo viajero colombiano: Nicolás Tanco. Unas decenas de colombianos, en fin, emprenden el viaje a Tierra Santa, que incluye Palestina y, según los trayectos, Grecia, Constantinopla, Líbano y Egipto.

Roma, ciudad predilecta de los clérigos, comienza a finales de siglo, gracias a la expansión de la red diplomática y de los estudios artísticos, a ver llegar nuevos contingentes de colombianos, como es

69. *Rel. 1884*, p. 60.

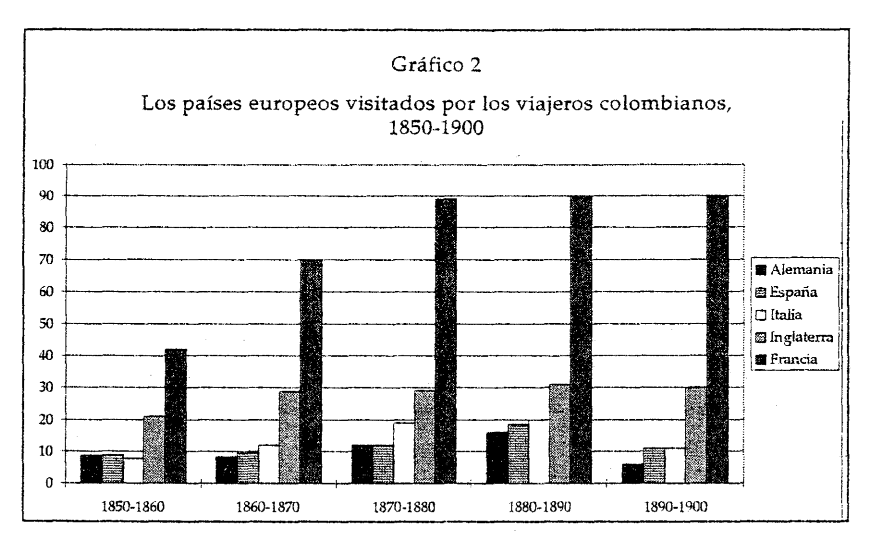


Gráfico 2

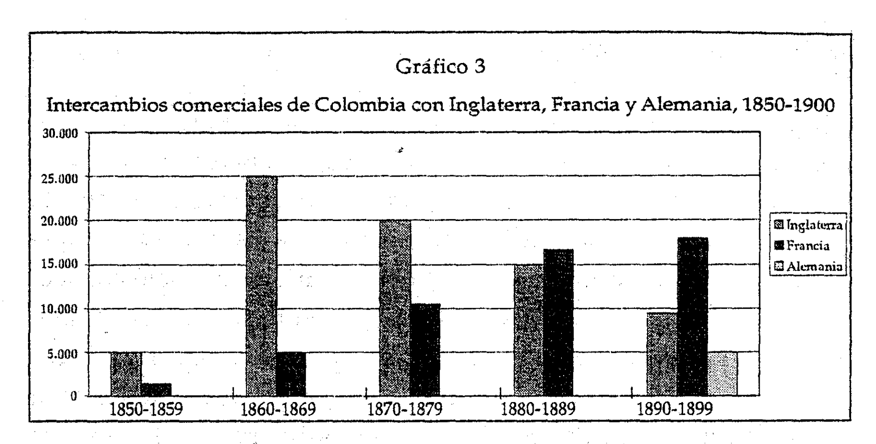
Los países europeos visitados por los viajeros colombianos, 1850-1900

Fuente: Base de datos de 580 viajeros, F. Martínez.

Número de viajeros colombianos que hacen una estadía en cada uno de los países mencionados durante cada uno de los cinco decenios de la segunda mitad del siglo XIX.

también el caso de Madrid, Barcelona y Sevilla. En Inglaterra, algunos comerciantes colombianos se establecen en Liverpool y Manchester. En Alemania, se concentran principalmente en las universidades de Leipzig, Dresde y la Escuela de Minas de Friburgo; Berlín no cuenta con una verdadera colonia colombiana.

La supremacía de París indica que el factor económico no lo explica todo: el número de colombianos presentes en París equivale a partir de los años sesenta a cerca de tres veces el número de sus compatriotas que residen en Londres, mientras que Inglaterra sigue siendo el primer socio económico de Colombia hasta finales de los años setenta, con un volumen de intercambio que sobrepasa ampliamente al de Francia (véase Gráfico 3). Londres goza en ese entonces de la fuerza de atracción que le confiere su posición de capital económica y financiera del mundo occidental. En Londres se contratan los préstamos y se renegocia la deuda contraída durante las guerras de Independencia; varias empresas comerciales colombianas se establecen en Inglaterra. Sólo en las dos últimas décadas del siglo comienza a



Fuente: J. A. Ocampo, *Colombia y la economía mundial*, Bogotá, Tercer Mundo, 1994. Valor total en miles de pesos oro de las importaciones (pp. 432-434) y de las exportaciones (pp. 417-420).

La ausencia de datos sobre las exportaciones colombianas hacia Inglaterra en los años 1850-1854 aminora la cifra reseñada para la década de 1850. Los datos sobre los intercambios comerciales de Colombia con Alemania sólo son disponibles a partir de la década de 1890.

disminuir el predominio económico inglés frente al crecimiento de los intercambios comerciales con Francia y Alemania. Sin embargo, París, desde muchos años atrás, venía siendo el gran centro de los colombianos en Europa.

París, capital de los hispanoamericanos en Europa

El predominio de la *Ciudad Luz* como lugar de estadía de los viajeros colombianos refleja un fenómeno observable en toda Latinoamérica[70]. No existe un factor único que pueda explicar el predominio parisino. París se impone como lugar de paso obligado para ciertas disciplinas, como por ejemplo, la obtención del diploma de la Facultad de Medicina que constituye una etapa obligatoria para quien desee, a finales del siglo XIX, tener algún éxito en el ejercicio de la medicina en Colombia. Del resto, las actividades son las mismas y el comercio, la diplomacia, los estudios, las visitas a los monumen-

70. Cf. F. X. Guerra, «La lumière et ses reflets: Paris et la politique latino-américaine», en A. Kaspi & A. Marès (eds.), *Le Paris des Etrangers*, Imprimerie Nationale, París, 1989.

tos históricos, a las instituciones modernas y la asistencia a las reuniones de los círculos hispanoamericanos conforman, tanto en Londres como en París, el horizonte de sus vidas. Entender el predominio de París remite, por lo tanto, a factores más inmateriales.

El estudio de los viajes de los colombianos en el siglo XIX revela en primer lugar cierta sensibilidad de América Latina al síndrome de la «Europa francesa» del siglo XVIII[71]. América conoció en efecto, por intermedio de la península ibérica, el fenómeno cultural y lingüístico del «afrancesamiento de Europa», que impuso el francés como idioma de las elites europeas, mientras la monarquía borbónica intentaba aclimatar el absolutismo francés allende los Pirineos. Amplificadas por la resonancia a comienzos del siglo XIX de una revolución cuyo mensaje ideológico había sido filtrado por los liberales españoles[72], confirmada por la experiencia política de la Monarquía de Julio y renovada por los vientos de 1848, las representaciones de Francia perduran, bajo formas movedizas, en el imaginario hispanoamericano: sea porque Francia encarna en Colombia, como lo señala Elisée Reclus «el representante más glorioso de las razas latinas»[73], o porque, como lo explica en 1861 un capitán francés de paso por Santa Marta «tanto conservadores y liberales, los unos con tendencias tiránicas y los otros con ideas algo comunistas, aman por igual a los franceses»[74]. El *status* de la lengua francesa como principal *lingua franca* de los hispanoamericanos al cruzar el Atlántico y la vivacidad de la imaginación literaria contribuyen a que los colombianos tengan de entrada una impresión de familia-

---

71. Cf. L. Réau, *L'Europe française au Siècle des Lumières*, París, Albin Michel, 1971.

72. Cf. F. X. Guerra, «Révolution française et révolutions hispaniques: filiations et parcours», *Problèmes d'Amérique Latine*, París, N°. 94, 1989, pp. 24-25.

73. E. Reclus, «Un voyage à la Nouvelle-Grenade, Paysages de la nature tropicale», *La Revue des Deux Mondes*, París, febrero 1°., 1860, p. 615.

74. Carta del lugarteniente Hocquart al ministro de la Marina y de las Colonias de Francia, Santa Marta, diciembre 25, 1861, citada en L. C. Ortiz, *La correspondance politique des diplomates français en Colombie, 1860-1903*, Université de Paris-I, Sorbonne, enero, 1989, p. 102.

ridad con aquel país, a pesar de que esta impresión se vea a veces cruelmente desmentida por la realidad[75]. ¿Cómo no imaginar sentirse en casa en Francia, cuando se ha frecuentado tanto su literatura y su actualidad política a través de la lectura y el debate? La atracción de París, por lo tanto, reside principalmente en esa sensación de una profunda y antigua familiaridad.

Un signo de este sentimiento de familiaridad es precisamente la naturalidad con que los colombianos, al llegar a la capital francesa, buscan conocer a sus héroes literarios: la visita a los hombres ilustres constituye en efecto una etapa obligatoria de la estadía en París. Además de las visitas de cortesía que se hacen gracias a las recomendaciones de compatriotas mayores —José María Samper visita a Boussingault y Aníbal Galindo al príncipe Napoleón[76], quienes en los primeros años de la Independencia habían estado en Colombia—, es frecuente que los viajeros recién desembarcados escriban cartas de admiración a sus escritores favoritos. Por ejemplo, Felipe Pérez escribe a Dumas y a Lamartine al llegar a París en 1864[77]; Aníbal Galindo, tres años después, le lleva personalmente una carta a Dumas, lo cual le vale una invitación a su salón. De paso por Nueva York, en los años cincuenta, Nicolás Tanco escribe, en su afán de conocerlo, al historiador Prescott: «En Francia había hecho esto mismo con Lamennais, Lamartine y otras notabilidades...»[78]. Lamartine, objeto de un verdadero culto, es el mejor ejemplo de esas peregrinaciones literarias. En 1858, José María Samper va a visitarlo provisto de una carta de recomendación del viejo maestro liberal Ezequiel Rojas, quien había conocido al poeta en París durante los años cuarenta. Samper relata al poeta la inmensa popularidad de que goza en toda la América española y el éxito de su *Historia de los girondinos* y de su *Viaje a*

75. Cf. capítulo 5, «Los prejuicios de los europeos».

76. Cf. A. Galindo, *op. cit.*, pp. 120-122.

77. Cf. F. Pérez, *Episodios de un viaje*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946 [1ª. ed., 1882], p. 183.

78. N. Tanco Armero, *Viaje de Nueva Granada a China y de China a Francia*, París, Simon Raçon, 1861, p. 86.

Oriente, que es, junto al *Telémaco* de Fenelón, el libro favorito de los colombianos que aprenden a leer en francés. Meses después, Samper y Torres Caicedo visitan nuevamente a Lamartine para proponerle que escriba una biografía de Bolívar y así preste un gran servicio a la patria colombiana, mejorando al mismo tiempo su situación financiera gracias a un libro llamado a ser un éxito de librería. Lamartine finalmente rechazará la propuesta, arguyendo su ignorancia de la América española[79]. En 1875, Luciano Rivera Garrido, satisfecho de sus encuentros parisinos, explica que éstos no se dan tan fácilmente como se cree al otro lado del Atlántico:

> No es tan fácil, como se cree en América, conocer en las grandes ciudades a aquellos personajes célebres en la política, la literatura, las artes y las ciencias, cuyos nombres llenan el mundo entero. Consagrando al asunto una atención especial, por mi parte tuve la satisfacción de conocer al general Mac-Mahon, en una revista que pasó a ochenta mil hombres en la explanada de Longchamps; a Mr. Thiers, al gran Víctor Hugo, a Pelletan, a Gambetta y otros personajes políticos, en Versalles; a Alejandro Dumas hijo, en la plaza del Palacio Real, en el momento en que bajaba de su carruaje para entrar a casa de un amigo; y a Monseñor Bauer, el célebre orador católico, de origen judío, en el templo de San Agustín. Digan lo que quieran los enemigos de esa espiritual curiosidad que despiertan los hombres célebres, es con particular placer que se les conoce; y queda en el alma algo semejante a lo que se experimenta cuando se satisface una necesidad, después de que se les contempla de cerca[80].

La fascinación ejercida por París parece también residir en la conciencia de los peligros de corrupción moral que encierra[81]. Así lo podría sugerir la carta del hijo de Mariano Ospina, lleno de entusiasmo por la propuesta de su padre de dejar Londres e ir a pasar las fiestas

---

79. J. M. Samper, *op. cit*, t. 2, pp. 187-194.

80. L. Rivera Garrido, *De América a Europa*, Palmira, Imprenta de Materón, 1875, p. 103.

81. Cf. capítulo 6, «La crítica del viaje: una experiencia inútil y nociva».

de Navidad de 1862 en París: «Por lo que me dise [*sic*] de ir a pasar los asuetos en París me ha alegrado mucho porque creo que me iré a divertir mucho pero tengo miedo de que olbidaré [*sic*] todo el Inglés que he aprendido que será una gran lástima»[82]. Con la perspectiva, en cambio, de dejar a París para volver a Londres, Carlos Holguín escribe a otro hijo de Ospina en 1880: «Tengo ya un mes de estar en este insondable París y en estos días me regreso para mi nebuloso Londres. Aquí he estado muy contento y aprovecharé para volver toda ocasión que se me presente»[83]. En 1895, Pastor Restrepo, establecido en París, intenta explicar a su hermano Próspero lo que lo retiene allí: «Para moverme y venir aquí sí que no tengo jamás pereza; es una atracción invencible, que me domina y por fuerza que me atrae siempre a este precipicio de París que mientras más viejo más me encanta: será que estoy loco?»[84]. A la atracción natural de la *Ciudad Luz*, y en menor medida de la «nebulosa Londres» una atracción favorecida por las líneas transatlánticas que llevan a los viajeros colombianos a desembarcar en San Nazario, El Havre, Liverpool o Southampton, se añade la fuerza incitadora de las colonias de compatriotas ya instaladas en las dos metrópolis.

En efecto, en la Colombia decimonónica nadie se embarca para Europa al azar. Partir supone contar con una red de parientes o amigos, ir recomendado, ser recibido a la llegada. Los viajeros, que cruzan el Atlántico en grupo y a veces acompañados por europeos establecidos en Colombia, son generalmente acogidos en casa de parientes o amigos, mientras que los clérigos llegan a las instituciones religiosas; en cuanto a quienes se instalan en los hoteles predilectos de la colonia colombiana, reciben de inmediato la visita de sus compatriotas. Viajar a Europa significa a menudo reencontrarse con sus hermanos, reconstituir una familia separada por la distancia, o

82. Carta de Manuel Ospina a su padre Mariano, Clapham, diciembre 16, 1862, FAES, AMOR/C/11, f. 244.

83. Carta de Carlos Holguín a P. N. Ospina, París, noviembre 28, 1880, FAES, AGPNO/C/44, f. 5.

84. Carta de Pastor Restrepo a su hermano Próspero, París, agosto 31, 1895, BPP.

llevarla consigo. Un gran número de viajeros atraviesa el océano con esposa e hijos. Algunas familias colombianas, dependiendo de las idas y venidas de unos y otros, permanecen durante largos períodos en Europa y en especial en París. Las familias Arboleda, Mosquera, Herrán, Valenzuela, De Francisco, Tanco, Ribón, Vengoechea, Herrera, Suárez Fortoul, Zapata, Pradilla, Santamaría, conforman así «dinastías» colombianas más o menos radicadas en el viejo continente. En muchos casos existen vínculos entre ellas. Los Gutiérrez están relacionados con los Ribón y los Ponce de León; los Arboleda con los Mosquera, los Pombo y los Herrán; los Zapata con los Parra y los Pradilla.

El fenómeno de esas familias radicadas durante largos períodos en Europa —en total, el 20% de los viajeros (118 de 580) se quedan más de dos años en Europa— da lugar a la creación de sociabilidades propias. Con frecuencia, las familias mantienen su base en Europa y solamente los padres regresan a Colombia cuando sus intereses económicos o políticos así lo exigen. El caso de Julio Arboleda, quien, dejando su familia, parte de París en 1860 para dirigir las tropas conservadoras en contra de la insurrección de Mosquera es un buen ejemplo. Luego de su muerte en 1862, su familia, considerada *non grata* en Colombia, prolongará su permanencia en París. Esas familias prestigiosas, con un pie en cada lado del Atlántico, también alimentan la actualidad social colombiana, con sus muy comentadas idas y venidas. Los jóvenes que nacen y crecen en Europa regresan para descubrir una patria que no conocen o que conocen poco. Es el caso de Julio Arboleda quien se educa en Europa en las décadas de 1830 y 1840 y luego de sus hijos, décadas más tarde; es el caso de los hermanos Mariano y Nicolás Tanco, quienes, educados en París, redescubren la patria en los años cuarenta; lo mismo ocurre con Vicente Restrepo una década más tarde; y es el caso, igualmente, de los hijos de Medardo Rivas que crecen en Inglaterra a finales de los setenta. Los matrimonios entre miembros de la colonia colombiana en París alimentan la crónica mundana, como el que se celebra en 1855 entre Andrés Santamaría y Manuela Hurtado[85], el de Enrique Ponce de León en

---

85. Participación de matrimonio de A. Santamaría y M. Hurtado, París, agosto 8, 1855, ACC, FM, D34214.

1878, o incluso el de Natalia Tanco, hija de Mariano Tanco, que le vale en 1895 esta dedicatoria de Carlos Arturo Torres:

> Flor del suelo colombiano,
> Que a exhalar vas tu fragancia
> Del clásico sol de Francia
> Bajo el brillo soberano[86].

Esplendor y miseria de la vida europea

Esta brillante vida social sugiere una holgada situación financiera de las familias que residen en Europa, pero muchos colombianos, al contrario, viven modestamente en Europa. Unas pocas fortunas, amasadas gracias a los negocios, se destacan: las de los Santamaría, los De Francisco y los Herrán. El médico bogotano Andrés María Pardo, quien reside en París en 1866, relata con asombro el lujo que reina en esos tres hogares. «Ricardo Santamaría reside [...] en una de las mejores calles de París, 'Calle Real' N°. 12, y con inmensa comodidad»[87]; la opulencia de Juan de Francisco Martín, que vive en Neuilly, en el Château de Saint-James, lo deslumbra también. En una descripción detallada del menú de la cena a la que es invitado, Pardo anota: «Creo que es el Granadino que vive con más lujo en Europa. Su bajilla [*sic*], sus adornos de plata, sus muebles de damasco de seda dan a su casa un esplendor sólo visto en los grandes palacios»[88].

Además de los fastos de la mansión de los De Francisco, la expansión de los viajes de turismo y la creciente costumbre de cruzar el Atlántico para «tomar las aguas» en las estaciones termales europeas denota la holgura financiera de ciertos viajeros. Europa, en aquella época, es el *único* destino turístico —sin exceptuar, no obstante, Nueva York y Palestina— que los colombianos acomodados aspiran a conocer. Es obviamente muy difícil clasificar un viaje como «turístico» sabiendo

86. *El Heraldo*, Bogotá, diciembre 3, 1895, p. 215.

87. A. M. Pardo, Diario de viaje a Europa, junio 30, 1866, BLAA, Mss. 10.

88. *Ibíd.*, junio 28, 1866.

que los intereses comerciales, las actividades científicas, los estudios o los cargos diplomáticos, se mezclan a menudo estrechamente con la simple curiosidad de viajar. Algunos testimonios revelan, sin embargo, que en ciertos casos la motivación principal de los viajeros es contemplar el espectáculo de la civilización europea por lo menos una vez antes de morir: «En todo caso, quien lo haga [el viaje transatlántico] quedará libre de la triste consideración de salir de este mundo sin haber visto lo mejor que hay en él»[89], como lo escribe en sus memorias el dirigente radical Aquileo Parra. Así, periplos como los de Filomeno Borrero, un rico comerciante conservador de Neiva quien emprende en 1865 una verdadera gira de dos años por el mundo —que incluye las Américas, Europa occidental y central y el Medio Oriente[90]—, el de los hermanos Cuervo por toda Europa en 1878[91] o el de Aquileo Parra en 1866 a los Estados Unidos, Inglaterra, Francia e Italia, revelan un enfoque esencialmente turístico. Tanto como la historia milenaria de la civilización europea, la modernidad del siglo fascina: el *Crystal Palace,* el túnel bajo el Támesis y los diques de Londres figuran entre las innovaciones más admiradas por los viajeros, como lo escribe Samper a finales de los años cincuenta:

> El siglo XIX, que es de cosmopolitismo y regeneración democrática, tiene su arquitectura en los *Diques* y *Muelles* grandiosos, los vastos *Embarcaderos* de ferrocarriles, los inmensos *Palacios* de hierro y cristal de las Exhibiciones, los *Túneles* asombrosos, los *Navíos-ciudades,* los *Mercados* magníficos y las *Fábricas* monumentales[92].

Además de la fascinación del progreso, la motivación religiosa constituye una poderosa invitación al viaje a ultramar. Llegar a

---

89. Aquileo Parra, *Memorias,* Bogotá, Imprenta de «La Luz», 1912, p. 480.

90. Cf. «Viajes del Sr. Filomeno Borrero», y «Don Filomeno Borrero, viajero colombiano», *La Caridad,* Bogotá, enero 27, 1870 y julio 7, 1870.

91. Cf. Mario Germán Romero (ed.), *Epistolario de Ángel y Rufino José Cuervo con Rafael Pombo,* Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1974.

92. J. M. Samper, *Filosofía en cartera,* Bogotá, Imprenta de «La Luz», 1887.

Tierra Santa, recibir la bendición papal en Roma, asistir a una misa en la basílica de San Pedro, ver el Santo Sudario en Turín, asistir a la licuefacción de la sangre de San Genaro en Nápoles y hacer una peregrinación a Lourdes o a Loreto figuran dentro del programa de los viajeros piadosos. Emiliano Isaza, quien durante su primera estadía en Roma en 1885 no logra obtener una audiencia con el Sumo Pontífice, escribirá con amargura: «Resultaba, pues, fallida, una de las principales esperanzas que tiene al ir a la ciudad eterna todo católico: ver al Padre Santo y recibir su augusta bendición»[93].

El restablecimiento de la salud constituye otra razón para viajar a Europa. Los médicos lo prescriben con frecuencia para fortalecer los organismos débiles. Los adelantos de la medicina europea tanto como las precarias condiciones de higiene en amplias zonas de Colombia, así como cierta mitología sobre los climas, hoy en día en desuso, alimentan la idea de que una temporada en Europa puede ser benéfica para la salud; todo esto a pesar de los peligros del viaje oceánico y de la larga travesía por los climas abrasadores del valle del Magdalena. En 1874, Vicente Restrepo, preocupado por los problemas de salud de sus tres hijos, teme que al pasar toda su juventud bajo la influencia del clima de Medellín, se queden «débiles y enfermizos quizá para el resto de su vida»[94]. Emprende entonces un viaje a Europa, durante el cual su hija menor, Elisa, es víctima de la fiebre en Barranquilla y más adelante de una bronquitis en plena travesía del Atlántico. Pese a esta peligrosa experiencia, y advirtiendo la fragilidad de su propia salud, Restrepo decide cruzar el Atlántico por tercera vez en 1883: «Al fin me persuadí que sólo un viaje a Europa podía tener la eficacia de volverme la salud»[95]. Esta vez casi muere en el barco a raíz de una severa disentería contraída durante la escala en Martinica. Otros viajes son más afortunados; sin embargo, Ramón Gómez, quien en

93. E. Isaza, «Viaje por Italia», *La Nación*, Bogotá, octubre 6, 1885.

94. Vicente Restrepo, *Apuntes autobiográficos con comentarios y notas del padre Daniel Retrepo S. J.*, Bogotá, Editorial Centro, 1939, p. 46.

95. *Ibíd.*, p. 58.

1879 va a tomar las aguas en las estaciones termales de Vichy y Pougues en Francia, preconiza la construcción de establecimientos termales en los pueblos de Choachí, Quetame y Tabio, ricos en fuentes de agua caliente y cercanos a Bogotá, para que los enfermos puedan seguir ese tipo de tratamiento sin tener que viajar a Europa.

La vida de los colombianos en Europa, sin embargo, no siempre se parece a una larga temporada en una estación termal. La instalación definitiva en Europa no siempre es fruto de la fortuna, y muchos de los que eligen quedarse no son, propiamente hablando, ricos: es el caso de Pedro María Moure, un payanés radicado en París en 1839, quien ejerce funciones diplomáticas durante el Segundo Imperio y muere en la capital francesa en 1886; de José María Torres Caicedo, quien vive en París desde 1851 hasta su muerte en 1889, o de Felipe Zapata, quien a finales de los años setenta se queda a vivir en Londres donde muere en 1902. Es el caso también de varios eruditos que se alejan definitivamente de Colombia en la segunda mitad del siglo XIX. José Jerónimo Triana, botánico de la Comisión Corográfica, se instala en París en 1857, con la misión oficial de publicar en Francia una obra sobre las plantas útiles de Colombia. Una vez terminado el contrato, es nombrado cónsul en París, cargo que desempeña hasta su muerte en 1890, lo cual le permite profundizar sus trabajos de botánica (en especial la clasificación de los archivos de la Expedición Botánica de José Celestino Mutis conservados en Madrid). Triana, delegado colombiano en la mayoría de las exposiciones universales parisinas[96], miembro de la Sociedad Geográfica de París, del Instituto de Francia, y de la Sociedad de Historia Natural de Dresde, colecciona distinciones honoríficas europeas. Ezequiel Uricoechea, diplomado en la Universidad de Yale en 1852, completa su formación universitaria en Berlín; allí conoce a Humboldt y en 1854 publica sus *Memorias sobre las antigüedades neogranadinas*. De regreso a Colombia en 1857 se dedica a la enseñanza de la química y la mineralogía, funda una sociedad de naturalistas, ocupa el cargo de

96. Cf. capítulo 5, «Los límites de la promoción nacional».

director de Instrucción Pública, y vuelve finalmente a Europa en 1868. En 1878 es nombrado profesor de árabe en la Universidad Libre de Bruselas, y muere en Beirut en 1880 durante su primer viaje de estudios al Medio Oriente. Otro lingüista, Rufino José Cuervo, se instala en París en 1882 con su hermano Ángel luego de haber vendido su cervecería de Bogotá; Ángel morirá en París en 1896 y Rufino José en 1908.

Si los eruditos logran llevar un tren de vida modesto pero decente, no siempre es el caso de aquellos jóvenes colombianos que, atraídos por el espejismo de Europa, tratan de quedarse el mayor tiempo posible a pesar de sus bajos recursos, recurriendo a los padrinos potenciales que el destino pone de vez en cuando en su camino. Así, en 1865 en París, el joven Narciso Benítez, luego de haberle declarado su apego a la causa liberal, explica en una carta a Mosquera, quien se encuentra en París como ministro de Colombia, que no ha podido terminar sus estudios debido a la muerte de su cuñado, que era también su protector:

> Sin recursos de ninguna clase y sin amigos que pudieran servirme en la desgracia hace siete meses que me encuentro luchando, por decirlo así, con la miseria, sin haber encontrado una mano generosa que me estendiera su protección en esta Babilonia que llaman París[97].

En realidad, el dueño del hotel de la calle Vaugirard donde Benítez se hospedaba lo había echado a la calle porque ya no le podía pagar. Benítez encuentra entonces a dos compatriotas[98] que se hacen cargo de él, prueba, sin duda, de que, más allá del patetismo de su discurso, las solidaridades nacionales seguían existiendo en la Babilonia francesa.

Aunque la atracción europea se ejerza en ellos de distintas maneras, una gran homogeneidad se desprende de la experiencia europea de los viajeros colombianos del siglo XIX. Una homogeneidad per-

97. Carta de Narciso Benítez a T. C. de Mosquera, París, s.f. [1865], ACC, FM, D46583.
98. *Ibíd.*, diciembre 30, 1865, ACC, FM, D46584.

ceptible en particular en el *impacto* del viaje, tanto en la inevitable consolidación del orgullo nacional, como en la toma de conciencia de que Europa ofrece un amplio abanico de modelos aplicables en Colombia. El viaje al Viejo Mundo, por la ineludible confrontación que implica con los prejuicios imperantes en la percepción europea de América del Sur, refuerza el sentimiento nacional, el deseo de trabajar para el reconocimiento internacional de la ignorada patria; lleva también a los viajeros a tomar conciencia de la vanidad del discurso de la superioridad republicana de América, tan manoseado por los dirigentes políticos. Enfrentados a la realidad europea, los viajeros colombianos sienten agudizarse su deseo de aprender, su voluntad de observar de cerca las instituciones políticas y sociales que contribuyeron al auge de Europa occidental, con la idea de contribuir útilmente, a su regreso a Colombia, al éxito del proyecto político que defienden. La búsqueda de modelos importables conjugada con el ejercicio de un patriotismo militante es en definitiva la combinación que dará su particular textura a la experiencia europea.

Capítulo 5

El impacto del viaje

El viaje a Europa es la piedra angular de los procesos de construcción nacional en el siglo XIX latinoamericano. La sacudida provocada por el encuentro con la Europa real repercute tanto en el discurso político como en las formas de construcción de la nación. Indignados por la ignorancia y los prejuicios europeos hacia los pueblos de la América meridional, los viajeros colombianos, al igual que los otros latinoamericanos, sienten que su sentimiento de pertenencia nacional se consolida en Europa. Se dedican a las tareas de la promoción nacional: se empeñan en hacer conocer su patria bajo un aspecto positivo y reivindican sus avances en la vía de la civilización, frente a un público europeo que no está del todo dispuesto a reconocerlos. Al mismo tiempo, preocupados por el progreso nacional, se dedican a la observación civilizadora: estudian las instituciones de los países que visitan en busca de modelos que puedan a su regreso implantar en Colombia.

Los actores de ese doble proceso de promoción nacional y de observación civilizadora son los viajeros que actúan en nombre propio, motivados por una dinámica de identidad muy natural, un sentido patriótico más o menos agudo, un deseo de participar útilmente en la realización de su ideal político, y una esperanza de reconocimiento y prestigio personal. La acción del Estado en ese terreno tarda en hacerse sentir.

EL DESPRECIO EUROPEO, MOTOR DEL SENTIMIENTO AMERICANO

El descubrimiento de los prejuicios europeos hacia los latinoamericanos, es, al fin y al cabo, el legado más importante del viaje; ese

aterrador encuentro con la ignorancia y el desprecio, percibidos con tanta intensidad por los viajeros colombianos, desempeña a su vez, como reacción, un papel fundamental en la aparición de un sentimiento de pertenencia y de identidad nacional.

El viejo continente era, aunque lejano, un universo familiar para esos viajeros colombianos impregnados de lecturas, referencias y conocimientos europeos. El proceso de Independencia había despertado un esbozo de sentimiento nacional, pero la permanencia de una sociedad jerárquica, sumada al origen europeo de su universo intelectual, había contribuido a mantener entre las elites colombianas la convicción de que, aunque políticamente nacionales, seguían siendo culturalmente europeas. La experiencia del viaje a Europa desmiente cruelmente esta ilusión, puesto que les enseña que los europeos no están en absoluto dispuestos a reconocer a los latinoamericanos como iguales: la imagen devuelta por el espejo europeo es casi siempre la de unos pueblos atrasados y al margen de la civilización occidental. En vez de reconocimiento y familiaridad, lo único que encuentran por parte de los europeos es un sentimiento de diferencia, distancia y superioridad. En vez de poder asimilarse discretamente, sólo encuentran el rechazo, el desdén o peor aún, la curiosidad mezclada de desprecio que despierta generalmente la barbarie[1].

Los prejuicios de los europeos

La profusión de testimonios de los viajeros colombianos sobre la ignorancia y los prejuicios de los europeos revela la fuerza del choque:

1. Retomando el análisis de Benedict Anderson sobre el impacto de la imprenta en la creación de un sentimiento de pertenencia a un conjunto más amplio que la comunidad inmediata, local o regional (cf. B. Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London, New York, 1983), se podría concluir que existe entre los colombianos cultos del siglo XIX, una «comunidad imaginada» que los engloba, junto con Europa, en el universo de la civilización; y sólo con el viaje a Europa se dan cuenta de que esta «comunidad imaginada» no es percibida de la misma manera por los europeos, para quienes los hispanoamericanos forman parte de un universo cultural que perciben como radicalmente extraño; y sobra decirlo, irremediablemente *inferior*.

la toma de conciencia de una diferencia mayor de la que imaginaban, acentuada por el desprecio europeo, refuerza una definición nacional que exalta las virtudes americanas en oposición a los vicios de las sociedades europeas. El discurso republicano americano sale inicialmente fortalecido de la experiencia europea.

Los prejuicios europeos que descubren los viajeros colombianos durante su estadía en Europa son efectivamente aterradores. Más aún que prejuicio, la completa incapacidad de algunos europeos para entender el origen de los viajeros revela pura y simple ignorancia. Así, cuando éstos se presentan como «americanos españoles» o «hispano-americanos», la mayor parte de los europeos sólo comprende a medias: se los toma según los casos por españoles de España o por norteamericanos[2]. Felipe Pérez, quien recorre Europa durante los años de la guerra de secesión estadounidense, explica:

> Aquí en Europa no se sabe que hay América del Sur, esto es, se ignora la existencia del continente meridional, que empieza en el Istmo de Panamá y termina en la Tierra del Fuego, o se cree que la *América del Sur* son los Estados rebeldes del Norte, que obedecen a Davis. Es por esto por lo que, cuando se nos pregunta de donde somos y que decimos que de la América del Sur, nos preguntan en seguida: —Es decir que Ustedes están por la esclavitud?[3].

El hecho de presentarse como oriundos de un país llamado «Nueva Granada» o «Colombia» tampoco disipa los malentendidos, y el frecuente cambio de nombre de la República en el siglo XIX agrava

---

Del resquebrajamiento de esa comunidad imaginada, de la toma de conciencia de que el lugar que les es asignado en Europa es el de seres humanos de segunda clase va a nacer la ideología nacionalista.

2. «Cuando nosotros decíamos que éramos americanos, se nos tomaba por *yankees*, equivocación que más de una vez nos fue útil en regiones a donde no ha llegado jamás la pobre y desconocida bandera de Colombia», F. C. Aguilar, *Recuerdos de un viaje a Oriente*, Bogotá, Imprenta del Tradicionista, 1875, p. 40.

3. F. Pérez, *Episodios de un viaje a Europa*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946 [1ª. ed., 1881], pp. 187-188.

aún más el problema de designación de aquellos que pasan de ser granadinos, a ser neogranadinos y finalmente colombianos. En 1881, Carlos Holguín escribe a su esposa luego de su recepción en Windsor como ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de Colombia: «A mi regreso, me vine casi todo el tiempo con Lord Huntly quien estuvo muy fino y durante la hora que tardó el tren conversamos sobre América. Después de que le dí muchas señas sobre Colombia me dijo: 'Sí, ya entiendo, British Columbia'. Tuve que volver a empezar desde el principio...»[4].

En primer lugar, los europeos no logran convencerse de que los latinoamericanos forman parte del universo cultural occidental. En 1840, José Hilario López, encargado de negocios ante la Santa Sede, hace escala en la isla griega de Skiros rumbo a Palestina, y conversa con un sacerdote católico quien, luego de admirarse del origen de López y de su compañero de viaje, les pregunta cuántos años les tomó venir de América del Sur, y, estupefacto cuando López empieza a declamar versos de Virgilio en latín, le pregunta de qué modo lenguas como el francés, el italiano o el latín pudieron llegar a tan lejanas regiones[5]. A finales de la década de 1850, el cabello rubio y el francés correcto de José María Samper causan asombro en el salón literario de Lamartine[6].

En cuanto a aquellos europeos que están al tanto de la existencia de un continente al Sur del Istmo de Panamá, sus reacciones no son nada alentadoras: en el vapor que lo lleva a Constantinopla en 1874, el padre Aguilar conversa con un negociante ateniense quien le explica que

4. Carta de C. Holguín citada en H. Holguín y Caro, *Carlos Holguín. Una vida al servicio de la República*, Bogotá, 1981, t. 2, p. 663.

5. «Dios mío! Y es posible que los sudamericanos sepan latín y francés a más del italiano en que Ustedes hablan! Quién puede haber llevado a tan remotas y casi ignoradas regiones las lenguas que Ustedes conocen? O acaso Ustedes las han aprendido en Europa? Riéndome, como era natural, de la ignorancia de mi interlocutor, le hice comprender que no estábamos tan atrasados como se creía por acá, dándole una idea de aquellos países», José Hilario López, *Memorias*, Medellín, 1969, [1ª. ed, París, 1857], p. 400.

6. J. M. Samper, *Historia de una alma*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1948, t. 2. [en adelante *Historia...*], pp. 188-191.

se oye frecuentemente hablar de revoluciones en la América española pero que raras veces se escucha que se haya realizado algún progreso por esas tierras[7]. Hasta el patrimonio artístico americano es objeto del desprecio europeo, como lo ilustra el episodio del encuentro entre Ángel Cuervo y un curador del Louvre: «el experto del museo del Louvre me dijo al presentarle varios cuadros antiguos [del gran pintor colonial Vásquez Ceballos] traídos de Bogotá: '*ça ne vaut rien: ce sont des tableaux de pacotille que l'on faisait à Séville pour les couvents de l'Amérique*'»[8]. En fin la tendencia de los europeos cultos a confundir entre sí a los pueblos hispanoamericanos, no deja de irritar a los viajeros. Relatando su visita a una exposición industrial en Londres en 1868, el médico antioqueño Andrés Posada Arango anota:

> Recuerdo un pedazo del cable transatlántico de 1866, y varias muestras de tabaco de Ambalema, Palmira y Jirón, que además de su nombre de lugar tenían el nacional de Venezuela, haciendo ver lo ignorada que está aún nuestra geografía. Esto me hizo acordar de Deslandes, que refiere en su higiene que los *Peruanos* de las provincias de Quito y Popayán mascan coca, que es como si dijera que los Ingleses de las provincias de París y Nápoles son aficionados a la cerveza[9].

Así, y por mucho tiempo, la percepción europea del viajero suramericano será la de un espécimen exótico siempre sospechoso de barbarie. Como lo escribe Felipe Pérez en 1864: «Donde leen *América del Sur* por casualidad, traducen, algo libremente, *salvajes*»[10]. Veinte años más tarde, otro viajero liberal, Medardo Rivas, atribuirá esta imagen de la América del Sur como tierra de salvajismo a su

7. F. C. Aguilar, *op. cit.*, p. 50.

8. «Eso no vale nada: son cuadros de pacotilla que se hacían en Sevilla para los conventos de América», Moreli (seud.) [Á. Cuervo], *Conversación artística*, París, Imprentas reunidas, 1887, p. 118.

9. Andrés Posada Arango, *Viaje de América a Jerusalén, tocando en París, Londres, Loreto, Toma i Ejipto*, París, A. E. Rochette, 1869, p. 48.

10. F. Pérez, *op. cit.*, pp. 150-151.

triste misión de cristalizar los fantasmas europeos y a la tendencia de los viajeros a exagerar sus hazañas en esas regiones «pues ninguno de ellos se conforma con no haber matado tigres en los caminos, con no haber sido atacados por trîbus salvajes, ni haber tenido en las ciudades españolas citas a media noche y peleas a puñal»[11].

En las últimas décadas del siglo, con el crecimiento de las colonias latinoamericanas, el «latinoamericano» se convierte en uno de los personajes de la farándula cosmopolita de las grandes capitales europeas. El «brasilero» de las operetas de Offenbach o el «rastacuero» pasan a ser imágenes emblemáticas: advenedizo, pretencioso, grotesco, ávido de glorias mundanas y de placeres comprados, el «rastacuero» se impondrá por mucho tiempo como el arquetipo del latinoamericano en Europa. Frente a esta incómoda representación de ellos mismos, los viajeros colombianos, como muchos otros latinoamericanos, reivindicarán con insistencia su no-asimilación a los «brasileros» y «rastacueros». Incluso integrarán ese personaje al arsenal de la literatura satírica sobre el viaje, movidos por la tenaz voluntad de dejar claro que el «rastacuero» es el otro[12].

Frente a ese flujo de imágenes degradantes de salvajismo y rastacuerismo, los viajeros colombianos intentan proponer otro retrato, más aceptable de la singularidad americana. El orgullo republicano, nacido en la Independencia, desempeñará un papel primordial en estos esbozos de definición nacional.

---

11. M. Rivas, *Viajes por Colombia, Francia, Inglaterra y Alemania,* Bogotá, Imprenta de Fernando Pontón, 1885, p. 219.

12. Valga recordar además que los colombianos del siglo pasado parecen efectivamente haber tenido poca propensión al «rastacuerismo», con excepción quizá del espléndido comerciante medellinense Carlos Coriolano Amador (cf. L. F. Molina Londoño y O. Castaño Zuluaga, «El burro de Oro. Carlos Coriolano Amador, empresario antioqueño del siglo XIX», *BCB,* Vol. 24, N°. 13, 1987, pp. 3-27). Sus fortunas limitadas, sus costumbres de sobriedad y de frugalidad, propias de cierta cultura tradicional colombiana, su reflejo arraigado de esconder sus riquezas para evitar la expoliación o el robo, y su poca inclinación al oropel impedía tal vez a los viajeros colombianos más que a cualquier otro, reconocerse en la caricatura del «rastacuero».

La consolidación del orgullo republicano

Inevitablemente, el encuentro con Europa aviva en los viajeros colombianos un sentimiento republicano que, siendo ampliamente manejado por la retórica del poder liberal, se convierte entonces en el eje central de la definición nacional. La identidad republicana se reafirma en efecto al cruzar el Atlántico: pertenecer a un país de instituciones modernas, republicanas y progresistas es el elemento más tangible de orgullo nacional para un país como Colombia, cuyo nivel de producción agrícola e industrial es extremadamente bajo durante todo el siglo XIX y cuyas realizaciones materiales son muy limitadas.

El contacto con la Europa monárquica reaviva el orgullo por el legado de la Independencia —el régimen republicano, la abolición de las castas y de los títulos nobiliarios— y de las reformas liberales —abolición de la esclavitud, abolición de la pena de muerte—. En una palabra: un orgullo republicano que constituye el meollo de la definición nacional. En 1858, el misionario José Santiago de la Peña reza en Palestina por la patria y las otras tres repúblicas andinas en las que ha vivido: Ecuador, Perú y Chile[13]. En 1864, al embarcarse en Nueva York para Europa, Felipe Pérez percibe inmediatamente el ambiente de «antiguo régimen» que reina a bordo del vapor:

> No hacía media hora que estábamos a bordo del *Persia;* aún no se habían levantado las anclas ni tapado las válvulas, y ya se me había hecho sentir que no habitaba el continente de las repúblicas. Todos los pasajeros eran europeos, habaneros o mexicanos, y se hablaba mucho de la reina Victoria, de la reina, del Emperador, y hasta, quien lo creyera! del aventurero de Maximiliano! Oh! Allí todo olía a cetro, a trono, a púrpura... qué sé yo![14].

Bogando en las aguas del antiguo régimen, los viajeros sienten crecer su orgullo republicano. Promover los avances institucionales

13. J. S. de la Peña, *Noticias de Jerusalén,* Bogotá, Francisco Torres Amaya, 1860, pp. 41-42.
14. F. Pérez, *op. cit.,* p. 148-149.

de la patria es para los viajeros colombianos la principal manera de reivindicar su participación en el movimiento de la civilización moderna. La conciencia de representar la vanguardia republicana les permite sentirse parte de la vasta comunidad de los hombres comprometidos con la libertad. La entusiasta respuesta de los republicanos europeos, interesados en difundir la idea republicana en el mundo, refuerza sin duda la expresión de este sentimiento.

Las expresiones de admiración hacia las repúblicas hispanoamericanas abundan. En 1840, el general López queda conmovido por el homenaje que unos militares republicanos griegos, a quienes conoce en el camino, rinden a las repúblicas bolivarianas. En 1855, el geógrafo Elisée Reclus, quien intenta establecer una colonia agrícola en la Sierra Nevada de Santa Marta, descubre con entusiasmo rasgos de republicanismo en la sociedad costeña, y revive con su pluma toda la utopía americana: «Allá, en la joven república americana no hay comensales infelices en el gran banquete; la tierra fecunda alimenta generosamente a todos sus hijos, el aire de la libertad se respira en todos los pechos»[15].

Durante su primer viaje a Europa entre 1858 y 1863, José María Samper tiene la grata sorpresa de descubrir la simpatía que las jóvenes naciones americanas inspiran a los miembros del salón republicano de Jules Simon. Samper declara que Michelet se encuentra «animado de grandes simpatías por los pueblos juveniles del Nuevo Mundo»[16] y se alegra por el americanismo republicano de Jules Simon[17]. En 1873, José Camacho Roldán siente un placer inesperado cuando en una cena en Versalles, el publicista Edouard Laboulaye evoca su patria en términos elogiosos:

---

15. E. Reclus, «*Un voyage à la Nouvelle-Grenade, Paysages de la Nature Tropicale*», *La Revue des Deux Mondes*, París, mayo 1, 1860, p. 83.

16. J. M. Samper, *Historia*... p. 198.

17. «No sólo mostraba grande interés por el progreso de las Repúblicas Americanas y el triunfo práctico y definitivo de las instituciones libres en el Nuevo Mundo, sino que frecuentemente citaba como ejemplos las buenas soluciones que habíamos logrado dar en América, con la libertad, a muchos problemas políticos y económicos, verdaderamente sociales, que estaban por resolver y eran temibles en Europa», *ibíd.*, p. 195.

> La comida fue animada, se habló en bastante intimidad de todo, hasta de Colombia que tiene la desgracia de no ser siquiera conocida geográficamente, ¿Lo creerá U.? Sólo M. Leboulais [*sic*] la conocía, estimando nuestras instituciones, nuestras costumbres i lo que me fue más agradable oir de su boca por nuestra probidad política i financiera; por nuestra notable cultura en medio de nuestro atraso material[18].

LA PROMOCIÓN NACIONAL

Confrontados al desprecio europeo, los viajeros colombianos, sean comerciantes, eruditos, periodistas, diplomáticos, estudiantes, sacerdotes, liberales o conservadores, desdican sus energías a hacer figurar la patria en la «escena de las naciones». Todos convergen en el mismo propósito de demostrar que Colombia no es un país de salvajes ni de «rastacueros», sino una república moderna, digna del reconocimiento internacional y prometedora en cuanto a perspectivas económicas. Las tareas de la «promoción nacional» van a desempeñar un papel clave en el esbozo de una ideología nacional en Colombia.

La «diplomacia tipográfica»: libros y periódicos en Europa

Ante la ignorancia imperante en Europa en cuanto a la América hispánica, y la poca «visibilidad» de una república «secundaria» como Colombia, la tarea de la promoción nacional se anuncia larga y difícil. En el transcurso del siglo XIX sólo se alcanzará a superar la primera fase de ese proceso de valoración: la elaboración y la difusión en el mundo «civilizado» de una información básica sobre la geografía, los climas y las instituciones. En cuanto a la construcción de una imagen de la nación destinada al exterior, Colombia se quedará entre los países latinoamericanos menos avanzados en este campo, como lo demuestra su poca figuración en las exposiciones universales.

18. Carta de José Camacho Roldán a su hermano Salvador, París, agosto 18, 1873, ACH, FSCR.

La primera etapa de la promoción nacional consiste en reunir información detallada sobre el país, hasta entonces inexistente o dispersa, crear obras de referencia y luego difundir mediante la prensa las informaciones compiladas en los libros. José María Samper, en una carta a Mosquera a principios de los sesenta, recomienda «esta diplomacia tipográfica que aquí es de la mayor importancia»[19]: «Lo que importa es un trabajo completo, aunque conciso, que dé a conocer todas las condiciones del país, que lo haga simpático en Europa i atraiga acia [*sic*] él la atención de estas sociedades»[20].

La producción de obras básicas sobre Colombia, primer paso en la tarea de desciframiento de una realidad nacional todavía mal conocida, tiene, como todas las acciones de promoción nacional, una función tanto interna como externa: establecer un inventario de las riquezas naturales para darlas a conocer en el extranjero, trabajando al mismo tiempo en la construcción de una cultura nacional, necesaria para la educación de las generaciones futuras. De ese nacionalismo extrovertido, dirigido hacia la búsqueda del reconocimiento internacional, surgirá también una toma de conciencia nacional que se orientará progresivamente hacia el país: es decir, hacia sus habitantes, más que hacia sus jueces europeos.

La edición de las primeras geografías de Colombia se hace invariablemente en el exterior, debido a la necesidad de imprimir mapas y grabados, pero también porque las grandes capitales europeas, especialmente París, ofrecen mejores perspectivas de difusión de esos patrióticos trabajos. En 1847, en su segundo viaje a Europa, Joaquín Acosta publica en París el primer mapa de la Nueva Granada, y su traducción de las memorias del químico francés Boussingault, —quien se había dedicado a la extracción de metales preciosos en Antioquia durante los años veinte—, así como una obra historiográfica sobre la conquista y la colonización[21]. En 1863 Felipe Pérez atraviesa el océa-

19. Carta de J. M. Samper a T. C. de Mosquera, París, mayo 28, 1862, ACC, FM, D42948, f. 5.

20. *Ibíd.*, París, diciembre 21, 1861, ACC, FM, D40893.

21. Cf. J. Acosta, *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada*, París, 1848.

no con el encargo oficial de publicar en París una versión abreviada de los trabajos geográficos de la Comisión Corográfica[22]. En 1866, el general Mosquera publica en Londres su *Compendio de geografía general, política, física y espacial de los Estados Unidos de Colombia*[23], que retoma un trabajo suyo publicado anteriormente en Nueva York en 1852[24]. En los años ochenta, Ricardo Pereira, hijo de Nicolás Pereira, y Ricardo Núñez, hermano de Rafael, publicarán a su vez en Europa unas geografías de Colombia[25].

Más allá de los encargos oficiales, son cada vez más numerosos los colombianos que publican libros en Europa, sobre todo en París, entonces capital de la edición hispanoamericana. En 1874, Adriano Páez exalta el trabajo de Clémentine Denné-Schmitz, cuya ayuda le permite editar la *Revista Latinoamericana*. Páez invita a sus lectores a enviar obras a la librería Denné-Schmitz, cuyo catálogo ya contiene libros de varios autores colombianos: José María Torres Caicedo, José María Samper, José María Vergara y Vergara. Librerías como Garnier, Rosa & Bouret o Chernoviz son otros nombres clásicos de la edición hispánica en París. Un rápido estudio de las obras publicadas en París por autores colombianos durante la segunda mitad del siglo XIX revela una multitud de editoriales de menor importancia —algunas no especializadas en la edición en español— a donde los autores llegan con sus manuscritos: la Imprenta Sudamericana, creada por dos colombianos, Emiliano Isaza y Filemón Buitrago[26]; la Biblioteca de la Europa y América, Lahure, la Imprenta Nueva, las Imprentas reunidas, Dentu, Schlaeber, Thunot, Simon Raçon, Paul Dupont, Rochette,

---

22. Cf. *Jeografía jeneral de los Estados Unidos de Colombia, escrita de órden del Gobierno por Felipe Pérez*, París, Rosa y Bouret, 1865.

23. Londres, Imprenta Inglesa y Extranjera de H. C. Pander, 1866.

24. T. C. de Mosquera, *Memoria sobre geografía física y política de la Nueva Granada*, Nueva York, 1852.

25. R. S. Pereira, *Les États-Unis de Colombie, précis d'histoire et de géographie physique, politique et commerciale*, París, Marpon y Flammarion, 1883 y R. Núñez & H. Jalhay, *La République de Colombie*, Bruselas, Imprimerie Désiré Stevenlinck, 1893.

26. Cf. *El Heraldo*, Bogotá, enero 19, 1886.

Barthier, Blot, Dubuisson, Noirot, Cagniard (en Rouen), Lemâle aîné (en El Havre) y Durand (en Chartres). Las imprentas que publican en español ven su clientela renovarse, en función de las recomendaciones personales, a medida que van llegando nuevos viajeros hispanoamericanos. En 1892, Soledad Acosta de Samper, de regreso de España donde representó a Colombia en los congresos del Cuarto Centenario del descubrimiento de América, solicita a los hermanos Cuervo que le recomienden una imprenta francesa que trabaje en español a precios razonables, con la idea de publicar el texto de sus conferencias pronunciadas en Madrid. Rufino José Cuervo le recomienda la de Durand en Chartres, con la que él mismo suele trabajar, puesto que sus precios son más bajos que los de París[27].

Los autores colombianos prefieren publicar sus obras en Europa, no sólo por la mejor calidad editorial[28], sino, sobre todo, por las perspectivas de difusión incomparablemente más amplias que las que ofrecen una edición en Bogotá, Cartagena o Medellín. Publicar en París o en Londres abre la posibilidad de obtener reseñas en uno de los periódicos europeos impresos en español y de alcanzar un prestigio internacional.

Los periódicos hispanoamericanos de Europa, puesto que su difusión es más rápida que la de los libros y su alcance mucho mayor, desempeñan un papel esencial en las actividades de promoción nacional, sobre todo aquellos periódicos de ideología continentalista de los años setenta, que de entrada asumen funciones de foro para los periodistas y gobiernos latinoamericanos.

---

27. Carta de Rufino J. Cuervo a S. Acosta, diciembre 7, 1892, en A. Araújo Vélez (ed.), *Epistolario de R. J. y A. Cuervo con corresponsales colombianos*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1990, pp. 120-121.

28. La posibilidad de insertar grabados en los libros sólo aparece en Colombia en los años setenta, gracias al material adquirido en Europa para imprimir los manuales escolares ilustrados de la reforma pedagógica (cf. capítulo 7, «La misión pedagógica alemana»). La primera revista publicada en Colombia con grabados de buena calidad es el *Papel Periódico Ilustrado*, publicado a partir de 1881 por Alberto Urdaneta, quien después de hacer sus primeros pasos en la revista parisina *Los Andes*, se destaca como pionero del grabado impreso en el país.

Esa nueva oleada de periódicos surge tras una larga espera. Desde los años sesenta, los pioneros de la promoción nacional vienen recomendando la creación de un dispositivo, organizado y subvencionado por el Estado, de «diplomacia tipográfica» en Europa, aunque también se acostumbran a compensar su ausencia con los medios que tienen a la mano. En un comienzo, el interés es partidista: se trata, para los liberales colombianos, de oponer un contrafuego a la argumentación conservadora de la prensa europea destinada a América Latina, o de utilizar los periódicos liberales europeos para defender la causa del liberalismo en América, sofocada por el monopolio periodístico de una prensa hostil. Sin ser partidario del gobierno liberal de Mosquera, José María Samper lo defiende, en 1861, en el periódico londinense *El Español de Ambos Mundos*, favorable, sin embargo a la causa conservadora; en 1866, Núñez alerta sobre el poder nocivo del periódico redactado por Torres Caicedo, el famoso *Correo de Ultramar*, y de la importancia de no dejar sus ataques sin respuesta: «Mui importante sería hacer uso de los diarios de París como medio de publicidad de nuestra marcha política [...] Entretanto, el *Correo de Ultramar* sigue hostilizándonos...»[29].

La inspiración de la diplomacia tipográfica pasará sin embargo de partidista a patriótica. El primer impulso de Samper, es decir, la defensa de la causa liberal en Colombia, cede muy pronto el paso a un interés más amplio: dar a conocer su patria a la opinión pública europea. El plan de promoción nacional que expone a Mosquera desde París en 1861, se basa en la utilización de la prensa europea como medio de publicidad patriótica —«no dejaremos nunca de mano el interés de apoyarnos en la prensa europea»— y en la esperanza de una inversión oficial:

> Considero de la mayor importancia que se provea el Poder Ejecutivo de un fondo de $5000 siquiera, destinado a sostener publicaciones en el esterior, en defensa del país i su gobierno. De ese

29. Carta de Núñez a T. C. de Mosquera, El Havre, octubre 5, 1866, ACC, FM, sin numeración.

> modo, nos hallaríamos en aptitud para llenar esa parte importantísima de nuestra misión, asegurándonos el apoyo de un diario respetable de Paris, otro en Londres i otro en Bruselas, i pudiendo publicar i distribuir gratis, cuando fuese necesario, algunos folletos. [...] Una de las cosas esenciales sería una publicación en francés que revelase con precisión i ventaja el estado de nuestras rentas, instituciones, industrias, comercio, i la importancia de nuestras minas, tierras, etc, etc...[30].

Frente al silencio oficial respecto de esas iniciativas, los pioneros de la promoción nacional se acostumbran a no contar más que con sus propias fuerzas. Una vez abandonado su proyecto de editar un libro en francés sobre Colombia, al año siguiente Samper se interesa por un proyecto de enciclopedia hispanoamericana que tiene la casa editorial Hachette. En respuesta a la preocupación de los republicanos franceses por el probable menoscabo de la influencia francesa en América Latina a raíz de la expedición mexicana, el editor propone la publicación de una «vasta empresa de publicidad para nuestras repúblicas», con el propósito de atraer las simpatías hispanoamericanas. Samper, según la propuesta del editor, formaría parte del «Comité franco-hispano-americano que ha de impulsar la grande obra»[31]. Una gran obra que, como tantas otras, no vería la luz del día. Unos años más tarde, la correspondencia de Nicolás Pereira Gamba con el secretario del Interior expresa la soledad del promotor de la nación, desprovisto de todo tipo de apoyo oficial para sus gestiones encaminadas a la defensa de la buena imagen de la patria. Al salir de Colombia, Pereira lleva ocho bultos con productos nacionales (minerales, corteza de quina, fique, pájaros, mariposas, insectos y granos diversos) para ofrecerlos a museos, asociaciones científicas, y personas escogidas, con la esperanza de que puedan suscitar algún interés por su patria. En la Biblioteca del Congreso de Washington, los únicos

---

30. Carta de J. M. Samper a T. C. de Mosquera, París, octubre 30, 1861, ACC, FM, D40892.

31. *Ibíd.*, París, mayo 28, 1862, ACC, FM, f.4.

documentos acerca de Colombia que encuentra son la geografía de Mosquera y algunos panfletos de la guerra de 1861 que dan una imagen polémica del país. Pereira convence entonces a los bibliotecarios de quemar todos esos panfletos y les ofrece a cambio un ejemplar de la Constitución de 1863, algunos trabajos geográficos «y otros cuantos libros y producciones de los cuales podamos enorgullecernos con mucha razón»[32].

A comienzos de los años setenta esos sueños de diplomacia tipográfica comienzan precisamente a tomar forma, debido a la renovación de la prensa hispanoamericana en Europa. Aunque dominada durante mucho tiempo por las exigencias de una difusión política y cultural, sea imperial, hispanista o católica, la prensa europea destinada a América Latina conoce en la década de 1870 un verdadero movimiento de *americanización* que, en la mayoría de los casos, se da bajo la influencia de una ideología republicana y liberal. La supresión de la censura imperial en el primer centro editorial hispanoamericano, París, permite la aparición de nuevos títulos.

El primero de esos nuevos periódicos, *El Americano*, fundado en París en 1872, no llega a vivir sino hasta 1874. Durante su breve existencia, sin embargo, alcanza una gran resonancia entre los medios liberales colombianos. Su fundador y principal redactor, el periodista uruguayo Héctor Florencio Varela, no es un desconocido en los medios liberales colombianos: en el Congreso de la Paz, organizado en Ginebra en septiembre de 1867 en presencia de Garibaldi, Bakunín y Edgar Quinet, Varela, quien representa a Hispanoamérica responde a las declaraciones calumniosas de un oscuro militar suizo sobre los salvajes americanos con un apasionado discurso sobre la democracia en las Américas: «Si yo hablo ahora es para dar constancia de que los americanos guardamos en el corazón y el espíritu los principios de la Revolución Francesa»[33]. Su discurso desencadena el entusiasmo y en 1868, el Congreso decide concederle a título honorífico

32. Carta de N. Pereira Gamba al secretario del Interior, Bogotá, agosto 7, 1872, AGN, SREMI, t. 82, f. 1001.

33. *Bulletin du Congrès de la Paix à Genève*, septiembre 9, 1867, pp. 112-115.

la nacionalidad colombiana por tan exaltada defensa del republicanismo hispanoamericano[34].

El Americano es una empresa ambiciosa: del primer número se imprimen 18.400 ejemplares, de los cuales mil van para Colombia. La revista está ilustrada con numerosos grabados (retratos de personajes políticos, escritores, sitios geográficos y monumentos históricos de la América hispánica) y busca una activa colaboración hispanoamericana. A los pocos meses de lanzada la revista, la posición independentista de Varela sobre la cuestión cubana provoca la retirada de la mayor parte de los colaboradores españoles y la ruptura con los periódicos de Madrid.

Las cartas enviadas al periódico por los lectores colombianos, en especial por el político liberal Medardo Rivas, permiten recrear la historia de su acogida en los círculos liberales del país. En una carta escrita a Varela en junio de 1872, Rivas evoca la impaciencia creada por el anuncio de la publicación del nuevo periódico. Informado por Varela del lanzamiento de *El Americano,* Rivas publica inmediatamente la noticia en la *Revista de Colombia,* mientras que la prensa católica trata por el contrario de desacreditar el periódico: «La ansiedad se aumentaba, porque vuestro periódico, sumamente retardado en el camino, no llegaba, y ya leíamos los ataques que los periódicos ultramontanos de Lima le dirigían»[35]. Los ocho primeros números de la revista llegan finalmente a Bogotá:

> Los primeros números de *El Americano* que han llegado a esta ciudad, parecen haber producido muy grata impresión entre las gentes de cultura, ideas progresistas y gusto, a juzgar por las conversaciones privadas de los círculos más distinguidos[36].

---

34. «Honra al argentino [*sic*] Héctor Varela por la defensa de las repúblicas de Suramérica en el Congreso de la Paz de Ginebra», AGN, Fondo Congreso, 1868, legajo 4, f. 434-442.

35. *El Americano,* París, septiembre 17, 1872.

36. *Ibíd.,* julio 9, 1872, p. 273.

Afirmándole que su periódico será aborrecido por todos los partidos reaccionarios de América, Rivas felicita a Varela por haber fundado una publicación americanista y liberal capaz de contrarrestar la propaganda conservadora europea:

> Es que nada ha habido más funesto que los periódicos que en nuestra hermosa lengua se han estado redactando por americanos en Europa, puestos al servicio de los reyes, mendigando humildes sus favores, trabajando por causas odiosísimas, y olvidados de la América, que si no aborrecen, al menos desconocen, y transmitiéndonos las costumbres de las cortes, las preocupaciones de esa vieja sociedad, las tendencias absolutistas de los gobiernos, las exageradas pretensiones de la Iglesia, los egoistas sentimientos de la *bourgeoisie,* las modas de los ricos, los refinamientos de una civilización que enerva y languidece; y jamás sirviendo de eco a las aspiraciones de independencia, libertad y república que son el Credo político de la joven América. El rey se casa; el emperador pasea; el Papa llora; en Mabille se baila[37]: he aquí lo que han estado transmitiendo eternamente de la Europa a la América esos periódicos, como si la América tuviese nada que ver ni con el rey, ni con el emperador, ni con el papa, ni con Mabille[38].

El periódico de Varela, tanto por su calidad como por su contenido decididamente americanista, desencadena numerosas reacciones espontáneas en Colombia. Un veterano de las guerras de Independencia propone a Varela enviarle relatos de las batallas de Bomboná, Pichincha y Ayacucho que vivió como joven soldado y le compra una acción del periódico. Un productor de tabaco de Ambalema escribe a Varela para pedirle que publique una revista de precios de los productos agrícolas hispanoamericanos en los mercados europeos —ya que, explica, los negociantes los llevan a la baja en perjuicio de los productores, y las fuentes consulares no

37. El baile parisino más famoso de la época.

38. *Ibíd.*, septiembre 17, 1872.

son fiables—, y le recomienda por otro lado que preste atención a la regularidad de los envíos ya que los retrasos son frecuentes y desaniman a los lectores. Manuel María Madiedo y Manuel Murillo Toro también escriben a Varela[39]. Los colaboradores latinoamericanos sobran y tan sólo los colombianos son alrededor de veinte; Rafael Núñez, Ramón Gómez, Adriano Páez, los hermanos Pereira Gamba que residen en ese entonces en Europa, escriben con regularidad para el periódico.

Convencido finalmente por el entusiasmo que despierta el periódico en los medios liberales, el gobierno comienza también a tomar conciencia de lo importante que puede llegar a ser una tribuna internacional como *El Americano* para la promoción del liberalismo colombiano; la candidatura oficial del radical Santiago Pérez a las elecciones presidenciales de 1872, comunicada al periódico, será apoyada por la redacción[40].

Luego del prematuro final de *El Americano* —víctima, como la gran mayoría de los periódicos hispanoamericanos de Europa, de insalvables dificultades financieras— uno de sus colaboradores colombianos, entonces cónsul de Colombia en El Havre, Adriano Páez, emprende a su vez la creación de una revista americana: la *Revista Latino-americana.* Su duración será incluso más corta, puesto que Páez apenas logrará publicar siete números, entre junio y diciembre de 1874.

La *Revista Latino-americana,* la primera revista parisina dirigida por un colombiano, obtiene desde el comienzo un apoyo entusiasta. Además, la ya considerable experiencia periodística de Páez —que había publicado durante varios años, en su ciudad natal de Cúcuta, la *Gaceta de Santander*— garantiza su calidad. Distribuida en siete ciudades colombianas desde su lanzamiento y enviada gratuitamente a los presidentes de las repúblicas hispanoamericanas y a los principales periódicos y bibliotecas del continente, la revista recibe contribuciones de reconocidas plumas colombianas: Rafael Núñez, Justo

39. *Ibíd.,* diciembre 4, 1872.

40. *Ibíd.,* abril 7, 1873.



Adriano Páez.
Galería de Notabilidades Colombianas, Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá.

Arosemena, Victoriano de Diego Paredes, Jorge Isaacs, Manuel Ancízar, entre otros.

Como todas las publicaciones latinoamericanas de Europa, la *Revista Latino-americana* se propone difundir en América las luces de la civilización europea; sin embargo, Páez no concibe su revista como un simple medio de difusión de la civilización europea hacia una América ávida de novedades extranjeras. Según sus propios términos, el propósito es que «la revista imponga a los Sur-americanos el movimiento político, científico y literario de Europa, y a los Europeos el movimiento americano»[41]. Páez va a buscar sobre todo hacer de su revista un órgano de promoción, ante la opinión europea, de las repúblicas americanas y en especial de su patria, destinada, como lo recuerda, a un brillante porvenir: «otra Nueva York existirá a orillas del Meta, otra Londres reposará muellemente en las faldas de los Andes»[42].

En la difícil tarea de dar a conocer las jóvenes naciones latinoamericanas en Europa, Páez cuenta con un gran número de colaboradores americanos y propone un ambicioso programa de promoción. En primer lugar, la publicación de crónicas mensuales, en varios idiomas, sobre la actualidad política, comercial, científica y literaria de cada uno de los países hispanoamericanos: es, según explica Páez, el medio más eficaz para dar «crédito a nuestros paises, que tanto lo necesitan para obtener inmigración y capitales»[43]. Las crónicas deben ser redactadas en un estilo breve y conciso, que respondan a las expectativas de los lectores europeos, y ser enviadas regularmente en los vapores transatlánticos a los principales periódicos europeos y a los cónsules en Europa. Luego vienen la publicación de estudios detallados sobre cada una de las repúblicas —comenzando por su geografía, por lo general ignorada en Europa— y el envío a las principales bibliotecas y academias europeas y norteamericanas de una

41. *La Revista Latino-americana*, París, junio, 1874, p. 166.
42. *Ibíd.*, p. 2.
43. *Ibíd.*, p. 172.

selección de obras nacionales; la creación de una librería hispanoamericana en París, que venga a reforzar los esfuerzos ya loables de la librería Denné-Schmitz; la idea, finalmente, de realizar una especie de enciclopedia nacional que Páez publicaría en París a partir del modelo del *Paris-Guide* hecho para la exposición universal de 1867, que contaría con la colaboración de las más prestigiosas plumas colombianas. Miguel Samper sobre economía, Manuel Ancízar sobre educación universitaria, Diego Fallón sobre música, Santiago Pérez sobre las instituciones republicanas, entre otros. Páez confía en su patriotismo: «Espero el apoyo más decidido de ustedes y de toda la prensa colombiana»[44]. Sin embargo, no tendrá el tiempo de apreciar la buena voluntad patriótica de sus compatriotas. Debilitada por un programa de difusión gratuita demasiado ambicioso, y viéndose en insalvables dificultades financieras, la revista debe cerrar en diciembre de 1874.

Luego de la experiencia de *El Mundo Americano* —una revista fundada en París en 1875 por dos venezolanos, Miguel Tejera y Andrés Parra Bolívar— quienes se proponen promover en Europa a los países latinoamericanos «cuales son: llenos de vida, ricos de producciones y abundantes de todo lo que ha menester el hombre para gozar de una vida feliz, en cuanto ella puede serlo sobre la tierra»[45], la antorcha de la prensa americanista es retomada en junio de 1878 por tres jóvenes colombianos —Ignacio Gutiérrez Ponce y Alberto Urdaneta, conservadores, y Ricardo S. Pereira, liberal—, quienes fundan en París el semanario *Los Andes*. Menos apegado a una bandera política y más «cultural» en su contenido que sus predecesores, *Los Andes*, tendría por su calidad gráfica —el periódico contiene un gran número de grabados hechos por Alberto Urdaneta— gran resonancia en los círculos cultos de Colombia.

44. *Ibíd.*, N°. 4, p. 551.

45. *El Mundo Americano*, París, N°. 3, octubre 1, 1875, p. 25. El periódico cuenta con varios colaboradores colombianos —Próspero Pereira Gamba, Ezequiel Uricoechea y Joaquín Esguerra Ortiz— y es distribuido en cinco ciudades: Bogotá, Medellín, Popayán, Barranquilla y Panamá, hasta su cierre en 1877.

El mismo espíritu de promoción nacional presente en *El Americano, La Revista Latino-americana* y *El Mundo Americano,* anima a los redactores de *Los Andes,* quienes aplauden la labor de Varela, Páez y Tejera:

> El programa de un periódico latino-americano en París, no puede ser otro que el de defender en Europa aquellas jóvenes repúblicas a las veces tan injustamente atacadas; llevar a América noticia de los adelantamientos alcanzados por las ciencias, las artes y la industria en el viejo continente; y por último servir de lazo de unión intelectual y de medio para darse a conocer unos de otros, a esos mismos países[46].

Como vínculo entre los diferentes países latinoamericanos, el periódico debe servir para «fomentar el sentimiento del americanismo, tan poderoso en la raza anglo-sajona, tan flojo y casi nulo en la nuestra»[47]. En octubre, el veterano de la prensa americanista de Europa, Torres Caicedo, manda una carta de apoyo al nuevo periódico[48]. Y el equipo editorial, deseoso de una buena difusión en América Latina, modifica las fechas de publicación para el primero y el quince de cada mes, de manera que el periódico pueda ser enviado en cada uno de los barcos que cada mes parten para el Nuevo Mundo. Sin embargo, la redacción da rápidamente a conocer las dificultades financieras del periódico. En diciembre de 1878, poco antes del final de su existencia, la redacción incita a los gobiernos suramericanos a suscribir todas las escuelas y bibliotecas populares, lo que le permitiría al periódico ser publicado semanalmente. Pero una vez más, la falta de fondos y de un verdadero apoyo oficial, llevan a la prematura desaparición de la revista.

---

46. «Explicaciones» de R. S. Pereira, *Los Andes,* París, octubre 16, 1878, pp. 98-99.

47. *Ibíd.*

48. «En nuestra América se lee mucho; hay hojas españolas que en Europa se publican, destinadas a esos Estados de 38 millones de habitantes; una de ellas, es muy antigua y muy útil; la otra, dirigida por un publicista notable y un gran poeta; pero la concurrencia seria útil a todos. *Los Andes* tienen un carácter particular, y pueden vivir al lado de sus hermanos mayores, aun contando, seguro estoy de ello, con su apoyo». Carta de J. M. Torres Caicedo, octubre 9, 1878, *ibíd.*, p. 99.



Primera entrega de la revista *Los Andes*, París, 1878.
Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá.

Sociedades científicas, academias, congresos

Las sociedades científicas, las academias, y los congresos científicos o literarios constituyen otro foro esencial para promover la patria, y una gran fuente de prestigio para aquellos colombianos que logran franquear sus augustos umbrales.

Los eruditos colombianos se dedican ante todo a la geografía, la botánica, la geología, la medicina, la lingüística, y en las últimas décadas del siglo, a la arqueología. La recomendación de un personaje prestigioso reemplaza a veces la erudición científica como llave de entrada a esas doctas sociedades: la red de amistades científicas de su suegro, Joaquín Acosta, y del mentor de la juventud liberal de los años cincuenta, Ezequiel Rojas, abre a José María Samper las puertas de la *Société de Géographie de Paris*, de la *Société Orientale et Américaine d´Ethnographie* —denominada más tarde *Société Américaine de France*— y del *Cercle des Sociétés Savantes*, a finales de la década de 1850, a pesar de sus pocos conocimientos científicos, como lo confiesa él mismo en sus memorias[49]. La falta de conocimientos geográficos, etnológicos y arqueológicos de su amigo Torres Caicedo tampoco impide a Samper recomendarlo a la *Société Américaine de France* y al *Comité d´Archéologie Américaine.* De allí, Torres Caicedo emprende vuelo en el mundo de las sociedades científicas, es elegido presidente de la *Société Américaine de France* en 1867 y luego, siendo ministro de El Salvador en París, desempeña un papel importante en la creación del *Congrès des Américanistes*, cuya primera sesión tiene lugar en Nancy en 1875[50]. En su tercera sesión, reunida en Bruselas en 1879, Torres propone la creación de una sección especial destinada al estudio de la América moderna[51].

49. «Me vi habilitado de geógrafo, a semejanza del médico de Molière, y forzado a estudiar mucha geografía y familiarizarme con mapas, libros de viajes, etc., para no hacer muy triste papel en la sabia Sociedad». J. M. Samper, *Historia...*, t. 2, pp. 202-203.

50. Congrès International des Américanistes, *Compte-rendu de la première session*, Nancy, 1875, t. 1, pp. 33-36; *Compte-rendu de la seconde session*, Luxemburgo, 1877, t. 1. pp. 19-21.

51. *Compte-rendu de la troisième session*, Bruselas, 1879, t. 1, pp. 65-66.

El caso de Torres Caicedo, quien alcanza una posición importante en las sociedades americanistas de Europa, más por habilidad política que por sus escasos conocimientos científicos, no deja sin embargo de ser un caso excepcional: los colombianos admitidos en las sociedades científicas europeas lo son en general por mérito científico. En 1863, Felipe Pérez es admitido en la *Société de Géographie de Paris* luego de haber publicado, por encargo del gobierno, la geografía de Colombia derivada de los trabajos de la Comisión Corográfica. La *Société de Géologie de France* acoge a dos especialistas reconocidos en la fundición de metales preciosos en Antioquia, Pedro Nel Ospina, el hijo de Mariano Ospina, y Vicente Restrepo. Otro antioqueño, el médico Andrés Posada Arango, integra la *Société Botanique de France* debido a sus múltiples trabajos sobre plantas medicinales colombianas. Cabe agregar a estos ejemplos las varias admisiones en sociedades científicas de médicos colombianos formados en Europa, sin contar los numerosos congresos de medicina europeos en los que participan en representación de su país.

El Congreso de Americanistas ofrece una buena muestra de la producción erudita de Colombia en la época. Fuera de los cónsules designados por el gobierno para garantizar una presencia oficial, los representantes colombianos en las sesiones del Congreso entre 1875 y 1900 son reconocidos eruditos: se encuentra el historiador José María Quijano Otero, director de la Biblioteca Nacional, Liborio Zerda, rector de la Universidad Nacional, Ricardo Pereira, diplomático, geógrafo y autor de una obra sobre los límites territoriales del país; y las dos personalidades científicas colombianas más reconocidas en los medios eruditos de Europa de finales de siglo: el lingüista Ezequiel Uricoechea y el botánico José Jerónimo Triana.

Las sociabilidades hispanoamericanas en Europa

Además de las sociedades científicas, de las academias, de los salones y congresos europeos, el viaje a Europa ofrece la oportunidad de participar en los círculos latinoamericanos, de ampliar las amistades

continentales y el sentimiento continentalista. Las capitales europeas, París y Londres en particular, constituyen junto con Nueva York los únicos lugares del mundo en donde puede expresarse verdaderamente una dinámica continental a través de las colonias latinoamericanas que allí se cruzan y comienzan a mezclarse.

La vida de las colonias hispanoamericanas en las capitales europeas, tan estrecha en los años cincuenta y sesenta, comienza a ampliarse en los años setenta. Numerosas asociaciones se crean, varias de las cuales tienen un carácter estrictamente nacional: es el caso de la Sociedad Politécnica de Colombia, creada en 1876 en París por un grupo de jóvenes colombianos deseosos de contribuir a la causa patriótica, entre los que se encuentran médicos como José Tomás Henao y Jorge Enrique Delgado. Esta sociedad llegará a vivir varios años[52]. Sin embargo, las asociaciones que reivindican una vocación continental son más frecuentes. Algunas aparecen en las universidades que cuentan con un gran contingente de estudiantes latinoamericanos, como la Sociedad Hispano-Americana, fundada en la Universidad de Leipzig en los años setenta, y en la que participa, entre otros, Santiago Pérez Triana[53]; la mayoría se forman en las grandes capitales y reúnen a diplomáticos, periodistas y comerciantes, que comparten el ideal bolivariano de la unidad. París concentra la mayoría de las asociaciones latinoamericanas, entre las cuales se encuentran la Sociedad de la Unión Latinoamericana fundada en 1879 por José María Torres Caicedo e Ignacio Gutiérrez Ponce; la *Académie d'Amérique Latine* renombrada luego *Association de l'Amérique Latine;* la Biblioteca Bolívar, creada en 1883; y la Sociedad América, cuyo secretario es un joven médico colombiano, Andrés Carrasquilla.

Estas asociaciones continentales buscan promover las repúblicas hispanoamericanas, generalmente a nivel más simbólico que comercial. Se destacan, sin embargo, algunos intentos por fomentar los intercambios comerciales, como el de Pedro S. Lamas, un diplomático

52. Cf. M. Rivas, *op. cit.*, pp. 675-676.

53. S. Pérez Triana, *Reminiscencias tudescas,* Madrid, Imprenta de Fernando Fe, 1902, p. 27.

uruguayo quien, ansioso de contribuir a la promoción de América Latina, propone en 1882 la organización de una exposición permanente de productos nacionales de los países de la región, con el objeto de estimular las exportaciones y las inversiones europeas[54]; sin embargo, y por intereses obvios, el fomento de la inmigración o de las inversiones europeas se hará desde una perspectiva estrictamente nacional, dejando para más tarde cualquier cooperación real entre los países latinoamericanos. El continentalismo se encontrará por lo tanto confinado al terreno de las intenciones y de la retórica, encontrando en la exaltación de las glorias continentales su tema predilecto, y en los banquetes, la prensa y los folletos, sus formas favoritas de expresión.

La misión de la Biblioteca Bolívar, creada en París en 1883, año del centenario del Libertador, por el venezolano Carrillo y Navas, es recolectar y difundir información sobre los países latinoamericanos. Desde sus inicios, varios colombianos participan en este proyecto[55], entre ellos, Ramón Santo Domingo Vila e Ignacio Gutiérrez Ponce, quien se convierte en su presidente en 1888. En su discurso inaugural, Gutiérrez celebra el hecho de que exista en el seno de «la capital del mundo civilizado, un centro de las producciones intelectuales del Nuevo Mundo; una república en pequeño, destinada a ensayar la semilla de unión y concordia internacional, que sembrado luego en las diversas comarcas de nuestro Continente, pueda producir valiosos frutos»[56]. Su informe de 1889 ofrece un interesante cuadro sobre la promoción de conocimientos básicos sobre América Latina en la Europa de finales de siglo[57]. La biblioteca cuenta entonces con 3.000 libros, periódicos y mapas geográficos de los países latinoamerica-

54. Pedro S. Lamas, *Exposición permanente latino-americana en París. Consideraciones generales. Bases orgánicas*, Sceaux, Imprenta de Charaire e hijo, 1882.

55. Cf. *Revue Sud-Américaine*, París, agosto 1, 1883.

56. I. Gutiérrez Ponce, *Reminiscencias de vida diplomática (1879-1923)*, Londres, The White Friars Press, 1926 [en adelante: *Reminiscencias...*], p. 104.

57. *Asociación de la Biblioteca Bolívar, Informe del Presidente D. Ignacio Gutiérrez Ponce*, París, Noirot, 1889, p. 7.

nos. Gutiérrez planea subsanar inmediatamente los problemas financieros de la biblioteca, y espera que se cumplan las promesas de ayuda financiera de algunos gobiernos (Ecuador, Venezuela, Honduras), mediante una contribución solicitada a los miembros de la colonia hispanoamericana de París, pero al año siguiente los problemas financieros se agravan: la Biblioteca Bolívar debe cerrar sus puertas y lega su fondo a la *Bibliothèque Mazarine* del *Institut de France*[58].

Los años de 1880 y 1890 ven en la capital francesa una proliferación de banquetes latinoamericanos, organizados en su mayoría, en el Hotel Continental (escogido probablemente por el mensaje político que encierra su nombre), como los banquetes del 12 de octubre y el del centenario de Bolívar, organizado por Torres Caicedo, en eco a las celebraciones bolivarianas realizadas en Colombia. Al mismo tiempo, la percepción de los límites del continentalismo, incluso en su estricta dimensión simbólica, incita a los viajeros colombianos a celebrar también las grandes fechas de la historia patria. En 1872, en París, un banquete organizado por José María Torres Caicedo y Ramón Gómez reúne unos veinte colombianos para la celebración del 20 de Julio, en eco a la fiesta patria organizada en Bogotá[59]. Héctor Varela, el editor de *El Americano,* se une a ellos. Alrededor de la mesa, «compuesta, más que de liberales y conservadores, de sinceros patriotas», los invitados rivalizan de elocuencia patriótica[60]. En 1879, en la euforia de la creación de la Compañía del Canal de Panamá, Ferdinand de Lesseps está presente en el banquete patriótico del 20 de julio organizado por Alberto Urdaneta y Ricardo Pereira, en el Café Riche en París. Luego del brindis por el éxito del proyecto, Lesseps ofrece financiar el pedestal de la estatua de Cristóbal Colón, —que años antes ofreciera a Mosquera la emperatriz Eugénie— para que sea erigida en la ciudad de Colón, a la entrada del canal[61].

58. I. Gutiérrez Ponce, *Reminiscencias...*, pp. 106-107.

59. Cf. capítulo 7, «El nacionalismo en ciernes».

60. Cf. N. Pardo, *Recuerdos de un viaje a Europa*, Bogotá, 1873, pp. 240-244.

61. Cf. J. M. Quijano Wallis, *Memorias autobiográficas, histórico-políticas y de carácter social,* Grottaferrata, Tipografía Italo-orientale, 1919, pp. 380-385.

Las exposiciones universales

Las exposiciones universales, por ser la más emblemática vitrina de la civilización moderna, concentran el entusiasmo de los viajeros y su deseo de ver figurar la patria en ellas. El foro que ofrecen es el más atractivo, pero también el más difícil para un país con una producción agrícola, artesanal e industrial tan limitada como la Colombia decimonónica. Esa dificultad fundamental es claramente percibida desde las primeras exposiciones por los observadores latinoamericanos. En 1856, *El Catolicismo* publica un artículo del chileno Ambrosio Montt, en el que deplora la poca presencia hispanoamericana en la exposición universal de París de 1855. Al evocar la alegría de ver, en el Palacio de la Industria, letreros con los nombres de México o Perú, Montt escribe: «sólo los que han vivido en Europa [...] alcanzan a formarse una idea del placer que aquí se siente cuando se oye el nombre de nuestros países junto al de las naciones que tienen el primer rango en el teatro del universo»[62]. Montt, sin embargo, no puede ocultar su decepción frente a los objetos presentados —un *carricoche* dorado de México y unos óleos del Perú— que a su parecer dan una idea muy pobre de la actividad y de las potencialidades económicas de esos países: lanza un llamado a los países americanos para que salgan a presentar sus verdaderas producciones: minerales, mármoles y piedras preciosas; café, cacao, algodón, arroz, vainilla, añil; platería, muebles, tejidos, tapices, sombreros y vajilla. Entusiasmado con esta propuesta, el redactor de *El Catolicismo* comenta en el periódico el artículo de Montt:

> En él se hacen importantes indicaciones de que todos debemos aprovecharnos para dar a conocer al europeo las riquezas i ventajas naturales que encierra nuestro suelo, i que debemos hacer valer por propia conveniencia, si no por patriotismo. Tiempo es ya de ocuparnos más en lo real i positivo que consiste en la industria protejida por la paz i la concordia, que en lo especulativo e imajinario de las cien-

62. *El Catolicismo*, Bogotá, abril 8, 1856, p. 71.

cias políticas i formas gubernamentales, que al cabo de 46 años, únicamente nos han traído guerras, pobreza i descrédito[63].

Mientras que el universo de la retórica (periódicos, libros, discursos, banquetes) permite a los patriotas colombianos, a falta de realizaciones concretas, exaltar cuando menos las intenciones, las promesas y las leyes, las exposiciones universales en cambio, por su exigencia de productos materiales y visibles, plantean un serio problema: ¿Qué mostrar?

Pese a la importancia del obstáculo, la perseverancia de los colombianos residentes en Europa permite asegurar una modesta participación del país en las exposiciones parisinas de 1855, 1867, 1878 y 1889. Colombia figura en la exposición londinense de 1851 pero no en la de 1862. Su participación, prevista inicialmente en las exposiciones de Viena (1873), de Filadelfia (1876), de Amberes (1885) y de Barcelona (1888), es finalmente cancelada. En 1892 y 1893, el gobierno logra organizar una participación oficial en la exposición del IV Centenario en Madrid y en la de Chicago, pero la participación de Colombia en las exposiciones universales se caracteriza, por un fracaso casi sistemático de las iniciativas oficiales. No se trata en sí de falta de interés por parte de los gobiernos, que reciben invariablemente con entusiasmo las invitaciones de las naciones europeas y toman medidas encaminadas a favorecer la participación nacional. Cuando, en 1865, se recibe la invitación de Francia para participar en la exposición de 1867, el secretario de Relaciones Exteriores reserva inmediatamente 25 metros cuadrados en el Palacio de la Industria, y encarga a Salvador Camacho Roldán la organización de la presencia nacional[64]. En 1876, el Congreso aprueba un presupuesto de 25.000 pesos para que Colombia pueda estar presente en la «fiesta civilizadora» que es la exposición de Filadelfia[65]. En 1887, el Congreso autoriza la participación en la exposición parisina de 1889 y la ley que

63. *Ibíd.*, p. 71.
64. *Int. 1865.*
65. *Int. 1876*, p. 121.

define las grandes categorías de los productos de exposición y que preve el *status* de cónsul *ad honórem* para quienes participen en París en la organización de la presencia colombiana, asigna una suma de 30.000 pesos para el evento. En 1888, Vicente Restrepo, entonces ministro de Relaciones Exteriores, responde con entusiasmo a la invitación del ministro español Bernardo de Cólogan a participar en las celebraciones del IV Centenario, y recomienda al Congreso la aprobación de los presupuestos necesarios[66].

Pero el entusiasmo oficial —la historia de la presencia colombiana en las exposiciones lo revela— no es en absoluto una garantía de éxito. Muchos proyectos de participación, incluso aprobados por el Congreso y dotados de presupuestos satisfactorios, fracasan. Las guerras civiles, por ejemplo, que en algunos casos coinciden con las fechas de las eventos, explican ciertas cancelaciones de último momento: la sublevación conservadora de 1876 trae como consecuencia la anulación de la participación en la exposición de Filadelfia, a fin de evitar gastos superfluos mientras que el conflicto civil se extiende a todo el territorio nacional «renunciando así la ocasión de haber hecho conocer en uno de los pueblos más grandes del mundo nuestra industria i productos naturales»[67]. La invitación a participar en la exposición de París en 1878 le llega al ministro de Relaciones Exteriores en ese mismo contexto, y puesto que la guerra impide una participación oficial, el ministro de Hacienda estima por lo tanto conveniente «apelar a la cooperación privada de los colombianos i de las asociaciones patrióticas que hai en el país» para asegurar una presencia colombiana en la exposición[68]. La guerra civil de 1885 impide a su vez la participación en la exposición de Amberes[69].

No obstante, los reiterados fracasos de las participaciones oficiales no son siempre imputables a problemas de orden público; razo-

66. *Rel. 1888*, p. 104.

67. *Int. 1876*, p. 121.

68. *Int. 1878*, p. 101.

69. *Memoria sobre la Exposición universal de Amberes, dirigida a su gobierno por J. M. Vásquez Durán, consul de los EE.UU. de Colombia en Amberes*. Amberes, J. Theunis, 1885, p. 3.

nes más oscuras pero, así mismo, más triviales, conducen al naufragio de varios proyectos de participación. A pesar del entusiasmo con que Salvador Camacho Roldán se dedica a partir de 1865 a la tarea de organizar la presencia nacional en la exposición parisina de 1867, las vitrinas de Colombia siguen vacías pocos días antes de la inauguración[70]. La presencia en la exposición de París en 1889 resulta en un fracaso similar y José Jerónimo Triana, quien a último momento salva la participación colombiana, explicará lacónicamente en su informe: «Colombia tenía previsto participar igualmente en el gran concurso y había tomado medidas en consecuencia; pero al final fue obligada a renunciar a causa de dificultades imprevistas»[71]. La comisión encargada en Colombia de organizar la participación en la exposición de 1889, había juzgado insuficiente la colección reunida como para asumir los gastos que exige una participación oficial[72]. Además, las reticencias ideológicas aparecidas entre las filas conservadoras hacia una exposición organizada en homenaje a la Revolución Francesa habían sin duda convencido al gobierno de que la «neutralidad» era preferible a una inútil división de sus partidarios; así, mientras que el periódico *El Heraldo*, de Lázaro María Pérez, publica un gran número de descripciones de las maravillas de la exposición, otro periódico conservador, *El Orden*, ostenta durante todo el verano de 1889 un silencio despectivo al respecto. Rufino José Cuervo, evocando para un compatriota suyo los progresos de la representación colombiana en comparación con la de 1878, suspira: «Lástima que sea hecha en conmemoración de la parte mala de la revolución de 1789»[73].

Aunque la dificultad de reunir colecciones dignas de ser expuestas se atribuya generalmente a la irresponsabilidad de unos

70. A. Galindo, *Recuerdos históricos*, Bogotá, Imprenta de La Luz, 1900, p. 122.

71. J. J. Triana, *La Colombie à l'Exposition Universelle de 1889*, París, Lahure, 1889, p. 1.

72. *Fom. 1890*, p. 164.

73. Carta de R. J. Cuervo a F. Patiño, París, junio 8, 1889, citada en A. Araújo Vélez (ed.), *op. cit.*, p. 304.

«indolentes comisionados»[74], desde el comienzo, la falta de interés por parte de los productores colombianos se presenta como un serio obstáculo para participar en las exposiciones: en 1851, Rufino Cuervo, quien junto con un grupo de entusiastas compatriotas (Lino de Pombo, José Manuel Restrepo, Pedro Fernández Madrid y Juan Manuel Arrubla) funda en Londres la Sociedad Central Neogranadina con el fin de organizar la presencia colombiana en esta primera exposición universal, no logra reunir un verdadero fondo de productos nacionales y debe replegarse sobre una menguada colección compuesta de sus posesiones personales: cacao, tapioca, nuez moscada y algunas esmeraldas de Muzo[75].

Ante la indiferencia de los productores y los pocos logros de las veleidades oficiales, los promotores de la participación colombiana en las exposiciones tienen que actuar solos, con medios limitados e improvisados. Juan de Francisco Martín, ministro de Colombia en Francia, reúne, junto con algunos compatriotas, una colección de productos nacionales para la exposición parisina de 1855: oro, plata, platino, cobre, hierro, hulla, esmeraldas, nácar, carey, corteza de quina, bálsamo de Tolú, cera vegetal, café, cacao, tabaco de Ambalema, vainilla, joyas de oro y plata de Panamá, bordados de Bogotá, vajillas de madera de Pasto y sombreros de paja de Neiva[76].

En 1867, al ver que los estantes de Colombia en el Palacio de la Industria siguen vacíos a pocos días de la inauguración, el botánico José Jerónimo Triana decide hacer lo necesario para garantizar una presencia, aunque sea modesta, de su patria, y presenta un envase de tintura verde extraída de la chilca, una planta que crece en el Sur de Colombia, con el cual gana el primer premio —un cheque de tres mil francos— el diploma y la medalla de oro del grupo

---

74. *Revista Latino-americana*, París, N°. 4, septiembre, 1874.

75. G. F. Duncombe y F. M. Harman, *Catálogo oficial de la Gran Exposición de los productos de la industria de todas las naciones, 1851*, Londres, Spicer y Clowes, 1851, p. 269.

76. *Rapport sur l'Exposition Universelle de 1855 présenté à l'Empereur par S. A. I. le Prince Napoléon, président de la commission*, París, Imprimerie Impériale, 1857, p. 203.

de productos químicos en la sección de la industria universal[77]. Del resto, la participación colombiana pasa relativamente inadvertida[78]. Triana buscará un reconocimiento en Colombia, tratando de hacer publicar en el *Diario Oficial* los elogios escritos por el cónsul colombiano en París[79].

A partir de esa fecha y hasta su muerte en 1890, Triana se impone como el gran artífice, como el hombre providencial que resuelve siempre la ineficacia de la organización oficial y logra garantizar a último momento una presencia colombiana en las exposiciones. En 1874, nombrado vicepresidente de la exposición internacional de horticultura de Florencia, expone una colección de tabaco, café, añil y otras plantas de la flora nacional[80]. En 1878, Triana salva *in extremis* la participación colombiana en la exposición parisina, ya que el gobierno había dejado vencer el plazo de inscripción: Triana obtiene un espacio en la sección de Guatemala para dar testimonio de los progresos alcanzados en materia de botánica y de pedagogía, y se lleva un premio en cada una de las categorías. La medalla de bronce obtenida en la sección de pedagogía es la más notable, explica, en vista de la fuerte competencia con otras naciones en esa área; el premio obtenido en la sección de botánica pone también de manifiesto la calidad de los trabajos de la Comisión Corográfica. Triana recibe una entusiasta felicitación por parte del gobierno colombiano[81].

Luego de la exposición de 1889, las exposiciones de Madrid en 1892 y de Chicago en 1893 ven por primera vez el éxito de una parti-

77. A. Galindo, *op. cit.*, p. 123.

78. «La Nueva Granada ha tenido poca presencia en la Exposición. Sus riquezas minerales son considerables, sobre todo en cuanto a explotación aurífera, que se encuentra en plena actividad en la provincia de Antioquia y Chocó. El país posee una mina muy rica de esmeraldas, la de Muzo, que es cada vez más abundante». M. V. Martin de Moussy, *L'Amérique Centrale et l'Amérique Méridionale à l'Exposition Universelle*, París, Paul Dupont, 1867, p. 25.

79. Carta de J. J. Triana de julio 7, 1868, publicada en A. Soriano Lleras, *Lorenzo María Lleras*, Bogotá, Ed. Sucre, 1958.

80. *Revista Latino-americana*, París, N°. 3, agosto, 1874.

81. *Int. 1879, doc.*, pp. 63-66.

cipación oficial organizada por el gobierno colombiano, gracias a la creación, en 1891, de una comisión presidida por el conservador Carlos Martínez Silva. En su informe al gobierno, Martínez Silva relata el éxito obtenido por la colección de objetos precolombinos ofrecida por Vicente Restrepo, y anuncia con optimismo que numerosas personas pudieron hacerse una idea de lo que es Colombia y manifestaron su voluntad de aportar capitales y establecer industrias[82].

Los límites de la promoción nacional

La experiencia de las exposiciones universales, o de la publicación de una revista latinoamericana en Europa demuestra sin embargo que hacer figurar a Colombia en la escena de las naciones no es una tarea fácil.

La energía desplegada por los viajeros y la profusión de sus iniciativas contrastan con la precariedad de sus realizaciones: las revistas no duran, las asociaciones deben cerrar sus puertas luego de algunos años, la participación en las exposiciones universales casi siempre resulta en fiasco. La indecisión del gobierno colombiano ante las iniciativas tomadas en Europa por esos emprendedores viajeros hace que la tarea de promoción de la patria en tierra extranjera termine siendo agobiante y desalentadora. Luego de años de esfuerzos para asegurar una presencia colombiana en las exposiciones universales, Triana explica en 1889 que la pobreza de la producción industrial colombiana hace irrisorio el sueño de presentar otra cosa que no sea productos naturales:

> De ninguna manera me preocupé por las producciones que muestran los avances de un país en la industria, las artes, las manufacturas, etc, puesto que no se le puede pedir nada de eso a un país nuevo como Colombia al que no se ha llevado la inmigración[83].

---

82. «Informe de los comisionados Carlos Martínez Silva y Enrique de Narváez al Ministro de Fomento», *Diario Oficial*, Bogotá, noviembre 22, 1893.

83. J. J. Triana, *op. cit.* , p. 2.

Una pregunta insoluble comienza a plantearse: ¿Debe comenzarse promoviendo la nación en el exterior como una nación civilizada, o es mejor trabajar primero en el país para implantar la civilización moderna? ¿Debe construirse la nación desde el exterior para los espectadores europeos, o desde el interior, en la realidad de una organización social y política? Ambas vertientes son obviamente necesarias, y si el viaje a Europa multiplica las oportunidades de promover la nación, también acelera la inevitable toma de conciencia de que la promoción no es suficiente. A pesar de todos los obstáculos que encuentra, el manejo, desde las capitales europeas, de la retórica del progreso nacional es incomparablemente más fácil que la construcción real del progreso. Congresos, banquetes, periódicos no reemplazan el ineludible trabajo de la consolidación estatal cuya necesidad, luego de años de deriva federalista, vuelve a imponerse con fuerza. La obstinación por figurar en las exposiciones universales tampoco suplirá un progreso económico, frenado en Colombia por la continua amenaza de conflictos electorales y de guerras civiles. A la progresiva toma de conciencia del estancamiento del liberalismo federalista hará eco la de los límites de la promoción nacional en Europa. El discurso del orgullo republicano, desgastado por su utilización inmoderada en la retórica liberal, se llevará en su ocaso —un ocaso muy claro a partir de los años ochenta— la obsesión por la publicidad de los avances institucionales.

Exceptuando la tenacidad de Triana y de Torres Caicedo[84], la promoción nacional en Europa constituye, para la mayoría de viajeros

84. El caso de Torres Caicedo, el único colombiano de la época que consagró toda su vida a las tareas de la promoción nacional, merece sin duda un lugar aparte. No sólo debido a su personalidad atormentada —muere loco en 1889 en París— y a su megalomanía discreta, descrita por varios de sus contemporáneos, sino también al hecho de haber dejado su país muy joven y de no haber regresado nunca, Torres Caicedo se había alejado material y afectivamente de la patria, a pesar del papel central que ocupaba en la colonia colombiana de París. Los casos de otros colombianos que se quedan a vivir en Europa — J. J. Triana, R. J. y Á. Cuervo, E. Uricoechea, R. S. Pereira, S. Pérez Triana, I. Gutiérrez Ponce, M. Vélez Barrientos, P. M. Moure— muestran, así mismo, un alejamiento progresivo del acontecer político nacional. Para aquellos colombia-

colombianos, una experiencia de juventud, útil sin duda, pero demasiado estéril como para consagrarle mucho tiempo sin perjuicio. La promoción nacional es más una etapa que un oficio. Pero es una etapa legitimadora: luego de haber, a través de ella, consolidado o alcanzado la notoriedad, es tiempo de volver a Colombia para capitalizar el prestigio adquirido en el exterior.

LA OBSERVACIÓN CIVILIZADORA

La importación de los modelos institucionales observados en Europa permite también a los viajeros —quienes ya han demostrado su patriotismo al hacer ondear la bandera de la Colombia republicana en el Viejo Mundo— erigirse, a su regreso al país, en «institutores» de la nación.

Viajar a Europa significa en efecto poder observar directamente las instituciones y las formas de organización estatales, religiosas, asociativas o industriales, impregnarse de ellas para reproducirlas y adaptarlas; la observación de los modelos europeos adquiere mayor importancia a medida que se van disipando las quimeras de la promoción nacional y de la superioridad republicana del Nuevo Mundo. La lenta agonía del federalismo y la renovación de una voluntad de construcción estatal, palpable desde finales de los años sesenta, dan una pertinencia renovada a la observación de las instituciones europeas.

Turismo institucional y misiones oficiales

A la hora de estudiar las instituciones para evaluar su posible adopción, el enfoque cambia; se vuelve más «funcional». Admirar ya no es suficiente: se debe entender, analizar, tomar nota, describir el funcionamiento de las organizaciones y pensar cómo inspirarse en ellas o adaptarlas al contexto nacional. Varios campos de observación de

---

nos expatriados, sea cual sea la intensidad de sus vínculos epistolarios, una estadía prolongada en el Viejo Mundo trae como consecuencia una menor implicación en el debate político nacional.

los viajeros colombianos en Europa encontrarán aplicación práctica antes de que finalice el siglo: la educación, las cárceles, el orden público, las congregaciones religiosas y las instituciones de beneficencia.

La observación institucional emana inicialmente de ese contingente de observadores improvisados, de analistas diletantes, de libres auditores de la conferencia de la civilización moderna que son los viajeros. Sólo en las tres últimas décadas del siglo las dos principales instituciones nacionales, la Iglesia y el Estado, ávidas de modelos de organización reproducibles en el país, comienzan a sistematizar y a organizar lo que en un principio no era más que un turismo institucional.

El campo predilecto de estos observadores improvisados son las instituciones, educativas, militares, penales, caritativas o religiosas. Para los viajeros, Europa se impone como un depósito de modelos institucionales y la descripción que hacen de ella impactará profundamente el proceso de construcción del Estado[85].

Los campos predilectos de la observación institucional

Liberales y conservadores ven *grosso modo* lo mismo en Europa. La oposición de los testimonios y de los discursos nace más de una diferencia de énfasis que de una diferencia de experiencia: discursos antagónicos reflejan experiencias similares[86]. Sin embargo, a la hora de observar instituciones aparecen algunos sesgos partidistas, en particular la preferencia conservadora por las instituciones caritativas y las congregaciones religiosas, y la preferencia liberal por las cárceles.

Curiosamente, no es en la observación de las instituciones políticas donde la permanencia en Europa se revela más enriquecedora para los viajeros: en la Colombia decimonónica, la familiaridad, nacida de las lecturas, con la política europea —en especial la inglesa y la francesa— es de hecho parte de la cultura básica del hombre de

85. Cf. capítulos 7 y 9.

86. Cf. capítulo 6, «La guerra de las representaciones».

bien. Los viajeros colombianos dirigen más bien sus miradas hacia las instituciones sociales, hacia los establecimientos religiosos educativos o de caridad, insuficientemente descritos en la prensa, y cuyo funcionamiento se entiende mejor visitándolos: las instituciones de beneficencia, las prisiones, las escuelas y las instituciones religiosas —que obviamente reflejan preocupaciones nacionales— captan con prioridad la atención de los viajeros.

Las instituciones de beneficencia ofrecen ejemplos de respuestas al problema, dejado en abandono por el gobierno, de la agravación de la miseria urbana. Hospicios, hospitales, asilos y círculos de beneficencia despiertan la admiración unánime de los viajeros. Personalidades políticas tan opuestas como los conservadores Rufino Cuervo, Nicolás Tanco, José Joaquín Borda o los liberales José María Samper, Medardo Rivas, Nicolás Pardo y Ramón Gómez se admiran ante las obras de beneficencia en Europa.

Londres y París son en la época las capitales internacionales de la beneficencia. José María Samper señala ya en 1862 la calidad de los hospitales londinenses[87] y, en 1885, Medardo Rivas defiende la beneficencia británica como modelo absoluto:

> En ninguna parte del mundo hay, como en Londres, *cunas para expósitos, salas de maternidad, casas de asilo, depósitos de niños de obreras, casas de beneficiencia, casas de trabajo para los muchachos; hospicios* para los ciegos, los mudos, los estropeados, los sordos y los locos; *hospitales* para los obreros, los marineros, los militares y los empleados; *casas de curación* para los caballos, los perros y los gatos, ni mayor número de institutos para ofrecer el bienestar a la clase desvalida de la sociedad[88].

Francia es el otro país modelo en materia de beneficencia. Nicolás Tanco publica en su libro de 1861 las cifras de la caridad oficial en

---

87. J. M. Samper, *Viajes de un colombiano a Europa*, París, E. Thunot, 1862 [en adelante: *Viajes...*], t. 1, pp. 115 y 125.

88. M. Rivas, *op. cit.* , p. 291.

Francia entre 1850 y 1855 y elogia su capacidad a corregir las desigualdades sociales[89]. En 1866 en París, el médico Andrés María Pardo visita el hospital Lariboisière, a cargo de las hermanas de la Caridad, y anota en su diario datos como estos: 18 enfermerías, 60 dispensarios y 800 enfermeras[90]. Dos décadas más tarde, Medardo Rivas describe el hospicio de sordomudos, los inválidos, el hospital de los *Quinze-Vingts*, los manicomios de París y exalta la labor de Pinel, el benefactor de los enfermos mentales.

El estudio de las instituciones de caridad no se limita a visitas: los viajeros consiguen los reglamentos de los establecimientos y los mandan a Colombia. En 1850, José Joaquín Borda copia el reglamento del hospicio de Filadelfia y se lo envía a Anselmo Pineda[91]. La circulación de los reglamentos de las instituciones caritativas entre Europa y Colombia se puede reconstruir a través de la correspondencia privada. En 1858, José María Torres Caicedo promete al mismo Anselmo Pineda una abundante documentación sobre los establecimientos de beneficencia europeos. De la carta siguiente se desprende que el envío no ha llegado, y Torres promete mandar lo más pronto posible la próxima obra de Louis Veuillot sobre ese tema:

> Extraño mucho que Ud. no haya recibido un cuaderno de 300 páginas sobre establecimientos de beneficiencia que envié a Ud. a Bogotá desde el 31 de Marzo. Está anunciado por el mes de diciembre una obra completa de M. Veuillot, redactor de l'*Univers*, que tratará detenidamente de todos los establecimientos de Caridad que se hallan en Europa. Inmediatamente que salga a luz, prometo a Ud. que le enviaré un ejemplar con alguno de los compatriotas que sigan para Bogotá[92].

---

89. N. Tanco, *op. cit.*, pp. 173 y sigs.
90. A. M. Pardo, Diario de viaje a Europa, marzo 30, 1866, BLAA, Mss. 10.
91. Carta de J. J. Borda a Anselmo Pineda, París, marzo 15, 1850, BNB, Man., t. 447, f. 130-132.
92. Carta de J. M. Torres Caicedo a A. Pineda, París, septiembre 15, 1858, BNB, Man., t. 440, f. 457.

Cuando en 1880 el 'Sapo' Ramón Gómez, gran artífice de la manipulación electoral liberal, pero también afamado benefactor de muchas obras caritativas colombianas, visita algunas casas de beneficencia parisinas —gracias a su amigo Picard, miembro del círculo de beneficencia de Passy—, recoge cuidadosamente sus estatutos para llevarlos a Colombia. También visita, con el mismo entusiasmo, la sede de las hermanas de la Caridad en Tours[93].

Si para los conservadores se trata de la aplicación de un precepto cristiano fundamental, que además resulta ser un factor eficaz de orden social, los liberales en cambio se entusiasman con el noble proyecto, hasta ese momento muy poco promovido por el gobierno, de reducir el sufrimiento material del pueblo. Luego de un viaje a Suecia, Nicolás Pereira Gamba aboga por la construcción por el gobierno de viviendas populares: garantizar a las clases desposeídas acceso a la comodidad y a la propiedad es la mejor manera de remediar el problema social, ya resuelto en Suecia, pero que sigue amenazando de manera alarmante a Francia e Inglaterra. Pereira ofrece al secretario del Interior los libros y documentos reunidos en Suecia, en especial «unos planos de construcción de casas de obreros», señalando que él los juzga «de suma utilidad para nuestro país, porque la adaptación de sus modelos introduciría una mejora de trascendentales ventajas en las habitaciones de nuestros trabajadores»[94]. Aunque las finanzas, públicas o privadas, no estén siempre disponibles, cierta unanimidad se dibuja entre los viajeros colombianos en torno a los modelos europeos de caridad y de beneficencia.

No todas las instituciones europeas despiertan tanto consenso. El elogio de la cárcel moderna, correctora más que represiva, y portadora de la abolición de la pena de muerte, forma parte del patrimonio de la modernidad; en este sentido, pertenece tanto a conservadores como a liberales. Sin embargo, durante la segunda mitad del siglo XIX, el ideal de la cárcel moderna se convierte en un *leitmotiv* liberal,

---

93. Ramón Gómez, *Apuntes de viaje*, Bogotá, J. B. Gaitán, 1880, p. 51.

94. Carta de N. Pereira Gamba al secretario del Interior, Bogotá, agosto 7, 1872, AGN, SREMI t. 82, f. 1002.

lo que empuja a los viajeros liberales a contar en detalle sus visitas a las prisiones europeas, elogiando la reducción de penas y la rehabilitación de los prisioneros por medio del trabajo. En los Estados Unidos, el panóptico de Filadelfia se convierte en el sitio más visitado por los viajeros colombianos, superando incluso las cataratas del Niágara. Durante su gira europea entre 1858 y 1862, José María Samper multiplica las visitas a instituciones penales; en especial a la casa correccional de Génova, los panópticos de Lausanne, Dublín y las cárceles de Gante y Saint-Gallen. Samper ofrece en seis páginas una descripción muy precisa de la casa correccional de Génova, que encarna ante sus ojos un sistema penitenciario virtuoso, basado en el aislamiento, el trabajo y la capacidad de redimirse; la administración de la prisión panóptica de Dublín se encarga de los detenidos que salen de la prisión para que se reincorporen a la sociedad a través del trabajo; en el Cantón de Vaud, la pena de muerte ha sido abolida, al igual que los trabajos forzados, las confiscaciones y las degradaciones públicas[95]. Medardo Rivas visita a finales de los años setenta las cárceles parisinas de Sainte-Pélagie y de Saint-Lazare y nota que en Francia «no está el sistema penitenciario a la altura de las *Casas de Cincin* en Nueva York o del *Panóptico de Filadelfia*; pero la suerte del delincuente ha mejorado, las prisiones son sanas, no hay crueles castigos»[96]. Como lo resume José María Samper en 1862:

> Es consolador observar que en todas partes el desarrollo de la libertad corre parejo con la mejora del régimen penitenciario, como se ve en los Estados de Norte América, en Suiza, en Bélgica, en Baden y en la Gran Bretaña[97].

Inspirada por los relatos de los viajeros, la creación de un sistema penal humano y moderno será una de las principales metas de los gobiernos radicales de los años setenta.

---

95. J. M. Samper, *Viajes*... t. 2, pp. 51-57; pp. 292-293 y p. 89.
96. M. Rivas, 1885 *op. cit.*, p. 650.
97. J. M. Samper, *Viajes*... t. 2, p. 413.

La educación constituye otro terreno privilegiado de observación para los viajeros colombianos, en primer lugar porque la adquisición de una formación superior en Europa, pese a ser muy debatida[98], es una atractiva perspectiva para los padres deseosos de asegurar a sus hijos una posición de prestigio y poder; y obviamente, porque Europa aparece como una fuente de modelos pedagógicos portadores de civilización y aplicables a Colombia. Quienes siguieron estudios superiores en Europa son a menudo sus más fervientes defensores. Un buen ejemplo es el caso de Eustacio Santamaría, quien a comienzos de los años cincuenta se va a Alemania a estudiar química y economía política, y funda varios colegios a su regreso a Colombia, antes de organizar finalmente, en los años setenta, la misión pedagógica alemana[99]; Santiago Pérez Triana, estudiante en Leipzig y Dresde en la misma época, y más adelante defensor del sistema universitario alemán, es otro ejemplo. La experiencia de los estudios en Europa también facilita la apreciación crítica de los sistemas educativos europeos: Nicolás Tanco, educado en Francia y Estados Unidos en los años cuarenta, señala que el sistema educativo de la Francia imperial es demasiado centralizado, demasiado enfocado en la educación superior y muy poco en la educación primaria, que carece gravemente de espíritu republicano y que en general, el esfuerzo educativo en ese país es insuficiente[100].

Los que llegan a Europa en una edad más madura no son menos perseverantes en su tarea de observar los sistemas educativos europeos. José María Samper concede un visto bueno a la educación suiza; describe el esfuerzo del Cantón de Vaud en el campo educativo, la abundancia de bibliotecas públicas, el carácter obligatorio de las escuelas populares en Berna y la calidad de las escuelas públicas de Saint-Gallen. También queda impresionado por el adelanto educati-

---

98. Cf. capítulo 6, «La crítica del viaje: una experiencia inútil y nociva».

99. Cf. capítulo 7, «La misión pedagógica alemana».

100. N. Tanco, *op. cit.*, pp. 131 y sigs. y 183 y sigs.

vo en Wiesbaden[101]. Alemania, Estado-nación en proceso de formación, es el país que más llama la atención de los viajeros colombianos prendados del progreso pedagógico. Para Medardo Rivas, quien reconoce la calidad de las reformas educativas de Gladstone en la Inglaterra de los años setenta —aplaude en particular la generalización de la enseñanza primaria y la admisión de mujeres en las comisiones escolares—, la educación alemana es sin embargo el modelo a seguir:

> Las escuelas son la institución fundamental de Alemania, el vínculo de su nacionalidad, la causa de su regeneración, el origen de su grandeza, y las que han formado sus costumbres y mejorado el carácter y la condición moral e intelectual del pueblo; y el Estado se ha apoderado de ellas para dirigir el gran movimiento, y hacer que la nación no falte a su magnífico destino[102].

Si la educación laica concentra la atención de los liberales, el interés por las formas de movilización del clero y por las sociedades católicas europeas es grande entre los conservadores: en eso también la observación completa la lectura. «Europa, me decía mi buen padre, que tiene tanta fama de descreída, puede dar lecciones en materia de fe y fervor religioso a América, que tanto blasona de católica»[103] escribe Luciano Rivera Garrido en 1875; además de las etapas del viaje católico —iglesias, peregrinaciones, audiencias con el Papa— Europa también ofrece a los católicos colombianos modelos de organización y movilización. Los establecimientos educativos, las instituciones de caridad, las congregaciones misioneras —los franciscanos de Palestina o las hermanas de la Caridad— revelan el vigor del catolicismo europeo y estimulan la formación del movimiento católico colombiano[104].

---

101. J. M. Samper, *Viajes*... t. 2, pp. 89, 141, 245 y 335.

102. M. Rivas, *op. cit.*, p. 568.

103. L. Rivera Garrido, *De América a Europa*, Palmira, Imprenta de Materón, 1875, pp. 201-202.

104. Cf. capítulo 3, «La lenta definición del conservatismo», capítulo 7, «El fracaso del proyecto radical» y capítulo 9, «La construcción del orden católico».

Finalmente, otras instituciones «imitables», aunque menos importantes, logran también captar la atención de los viajeros colombianos. La organización oficial de una simbología nacionalista merece una mención particular. Los ejércitos europeos, por lo menos hasta finales de los años setenta, son percibidos más en su dimensión patriótica que en su dimensión estrictamente militar. La estatuaria nacionalista europea impresiona también a los viajeros: las estatuas y monumentos londinenses provocan la admiración de José María Samper y Felipe Pérez y en 1886, María Teresa Arrubla dictamina que el monumento de Víctor Manuel en Roma, que reúne todas las glorias de Italia, es un modelo absoluto de monumento patriótico[105].

Las descripciones detalladas de las instituciones europeas alimentan el flujo de impresos que atraviesa el océano, a través de artículos y reseñas destinados a los editores de los periódicos colombianos. A comienzos de 1860, José María Samper sistematiza el envío de correspondencias a los editores de los periódicos de Colombia y de otros países suramericanos. Unos años más tarde, nombrado cónsul en El Havre en 1864, y luego en Liverpool de 1870 a 1874, Rafael Núñez retoma la antorcha y se consagra a una intensa actividad periodística:

> Así, he procurado conseguir la correspondencia noticiosa de algunos periódicos suramericanos, con lo cual, i lo poco que produce el consulado del Havre hago frente a la *situación fiscal*, reduciendo muchísimo el *presupuesto de gastos*...[106].

Durante diez años, Núñez publica sin cesar en los periódicos colombianos análisis políticos y económicos sobre las naciones europeas. Entre otros temas, sus artículos contienen reflexiones sobre el liberalismo, el proteccionismo, la religión como factor de cohesión social, la participación de los obreros en las utilidades de las empresas, la cuestión social, la política exterior de las po-

---

105. M.T. Arrubla, *Viajes por España e Italia*, Bogotá, Imprenta de La Ilustración, 1886, p. 166.
106. Carta de R. Núñez a T. C. de Mosquera, París, febrero 5, 1866, ACC, FM, D48897.

tencias, la cuestión irlandesa, la revolución española y las ventajas y desventajas de los diversos regímenes políticos europeos. En realidad, los innumerables artículos sobre la actualidad europea que envía Núñez a los periódicos colombianos entre 1865 y 1874 le traen, más que ingresos adicionales, una sólida reputación de analista político y de hombre de Estado, que contribuirá, en gran medida, a su éxito en la vía del poder[107].

Entre los principales cronistas de la política europea, cabe mencionar a José María Vergara y Vergara quien, en su viaje de 1869 a 1871, publica sus análisis de la situación política europea en las columnas del periódico bogotano *La Ilustración*; a Carlos Holguín, quien en los años ochenta envía a los periódicos conservadores, en especial al *Repertorio Colombiano*, sus crónicas políticas; pero sobre todo a Eustacio Santamaría porque, junto con Samper y Núñez, encarna el prototipo más completo del observador institucional: Santamaría, cónsul de Colombia en El Havre antes de ser nombrado cónsul en Berlín en 1871, envía a los periódicos liberales colombianos —*El Diario de Cundinamarca* y *La Revista de Colombia* de Bogotá, *El Heraldo* de Medellín— una multitud de artículos en los que trata en detalle de las ventajas del ferrocarril, del telégrafo, de los concursos agrícolas, de las escuelas veterinarias, de las exposiciones industriales y universales, de las conferencias populares y la pedagogía en general, de las instituciones de beneficencia pública y de la oportunidad de introducir esas innovaciones en Colombia[108]. En sus artículos, Santamaría lleva a su apogeo el género de la difusión institucional por las elites cosmopolitas.

Si el viaje tiene en definitiva un impacto tan fuerte, es porque en él se cifran las problemáticas fundamentales de la construc-

---

107. La mayor parte de los artículos escritos entonces por Núñez están reunidos en *Ensayos de critica social*, Rouen, Imprenta de E. Cagniard, 1874.

108. Los artículos de Eustacio Santamaría están reunidos en *Conversaciones familiares sobre industria, agricultura, comercio, etc...* La Haya, Lemâle aîné, 1871, 3 t.

ción nacional. En primer lugar, porque el encuentro con Europa y su consecuente transformación de universo imaginado a realidad experimentada genera una desilusión de Europa y un desengaño que favorecen la toma de conciencia nacional. Ante los prejuicios de los europeos, incapaces en su gran mayoría —y aunque sea a menudo con una condescendiente benevolencia— de ver en los colombianos otra cosa que *bárbaros* nacidos en una región atrasada, y no como éstos mismos se perciben —como ilustrados ciudadanos de una nación moderna y republicana— la reivindicación de la identidad nacional se impone. Al buscar, con el fin de articularlos para el exterior, los elementos de una definición nacional necesaria para existir frente a Europa, los pioneros de la promoción nacional comienzan a tomar en serio el proyecto de conocer más a fondo su propio país. Así, el discurso de la toma de conciencia patriótica en el extranjero, a pesar de sus excesos[109], es mucho más que una pose de los viajeros: es una realidad innegable, precisamente porque la fantasía europea de los grupos dirigentes se derrumba cuando entran en contacto con Europa. Más allá de reducirlos a la triste condición de exóticos bárbaros o *rastacueros*, Europa tampoco reconoce su preeminencia social, su rango, su papel de elites ilustradas: identificándolos indistintamente con la mayoría indígena o con cualquier otra clase subalterna de la sociedad, los «proletariza». Así, la fuerza que cobra la toma de conciencia nacional se debe en gran medida a un reflejo de defensa del *status* social. Es ante todo debido al trato indistinto y anónimo dado por los europeos a las elites latinoamericanas, a ese no-reconocimiento de lo que son, que los viajeros se convierten irrevocablemente en americanos. La patria no es solamente la tierra de los ancestros; también es el lugar en donde se asientan el poder y el reconocimiento social. Así, mientras que la conciencia exacerbada de la jerarquía social había actuado durante mucho tiempo como un obstáculo al sentimiento nacional —porque para las elites el sentirse europeas era la mejor manera de diferenciarse de la plebe—, la experiencia europea empu-

109. Cf. capítulo 6, «La ideología del viaje: mérito, prestigio y patriotismo».

ja al contrario a los viajeros a definirse como colombianos y por lo tanto a sentirse más anclados en su país.

Después de haber sido tanto tiempo un freno al sentimiento nacional, la defensa del *status* social se convierte, frente a Europa, en un acelerador de la *nacionalización* de las elites. La expansión del viaje entraña así, paradójicamente, la renovación del interés por una legitimidad «arraigada». La necesidad de identidad, la pesadilla de una sociedad anónima, las tareas de promoción nacional y la crítica del viaje, todo, en el fondo, vuelve a reorientar a los viajeros hacia su país, sugiriendo el ocaso de la legitimación por el cosmopolitismo. Pero el ejercicio de la promoción nacional en las capitales europeas, así como induce a una especie de retorno a la patria, demuestra también la vanidad del discurso del patriotismo republicano, tal como ha existido hasta entonces en un país donde el poco Estado que había, desmantelado, todavía espera ser reconstruido. La ficción democrática ya no es suficiente; es hora de dedicarse de nuevo a la tarea de la construcción estatal, y sólo los modelos europeos parecen ofrecerse como herramientas. El auge de la importación institucional, ese fruto de la observación civilizadora, coexistirá por lo tanto con un discurso de legitimación cada vez menos cosmopolita.

Capítulo 6

Discursos y debates sobre el viaje

De la travesía del Atlántico nace un nuevo discurso sobre Europa: el relato de viaje. Aparecido en los diarios íntimos, en las apuntaciones escritas apresuradamente en el camino y en las cartas a los amigos o familiares, el relato de viaje surge como género literario a partir de la década de 1860. Desprovisto de esteticismo e impregnado de la convicción de que la descripción de las naciones «civilizadas» es obra patriótica, el discurso de los viajeros contribuye a intensificar la referencia a Europa y a aumentar su densidad polémica.

UN NUEVO GÉNERO LITERARIO: LOS RELATOS DE VIAJE

Las vivencias del viaje parecen, profundamente, ir de la mano con la escritura. Los viajeros colombianos del siglo XIX son, a través de sus diarios íntimos y de sus cartas, escritores itinerantes, incluso antes del auge del género del relato de viaje. El anhelo de compartir sus experiencias con sus allegados, el saber que están viviendo un momento único de su existencia, la solemnidad debida a los peligros del viaje y a la posibilidad nunca descartable de no regresar, contribuyen a esa necesidad de escribir, así como la cultura clásica de las elites colombianas, impregnadas de los grandes relatos de viaje románticos, especialmente los de Chateaubriand y Lamartine.

Notas, cartas y diarios íntimos

Las cartas del viajero a su familia o el diario íntimo que abre apenas se despide de los suyos constituyen a menudo una primera experiencia de escritura y de introspección. Las incorrecciones estilísticas

y los errores de ortografía que aparecen a veces en esos documentos revelan esa falta de familiaridad con la escritura. Peregrinos y comerciantes, poco acostumbrados a la redacción, se ponen a contar sus tribulaciones en el extranjero y al publicar sus relatos. Muchos apelan modestamente a la indulgencia del lector ante la insuficiencia del estilo[1].

Lo importante es, en todo caso, compartir las impresiones, y los viajeros saben que hay en su lejana patria un auditorio lleno de curiosidad. Sus cartas pasan de mano en mano y son leídas en voz alta en el círculo de amigos y familiares. Adolfo Harker, un comerciante conservador de Santander, relata en sus memorias el éxito que tuvieron las cartas escritas a su madre por su segundo esposo, José María Coronado, durante su viaje a Europa entre 1871 y 1872:

> El Doctor Coronado era un hombre sumamente observador, y muy agradable y correcto en su correspondencia epistolar; así que las cartas que escribió a mi madre acerca de sus impresiones de viaje y de todo cuanto vio en los países que recorrió en Europa, eran interesantísimas, siendo leídas con sumo agrado, aún fuera del círculo de nuestra familia[2].

El interés cada vez mayor que despierta este tipo de testimonios lleva a los amigos o a los parientes del viajero a proponer sus cartas a los editores de libros o de periódicos para que sean publicadas. Por su parte, la prensa se muestra ávida de relatos escritos por plumas nacionales. En los círculos literarios, la carta a los amigos se convierte en la forma predilecta del viajero para contar las aventuras del viaje; ésta tiene la virtud, mucho más que la carta enviada a la familia, por lo general más formal y sentimental, de permitir el

---

1. Filomeno Borrero, un rico comerciante de Neiva, escribe en el prólogo de su relato de viaje: «En esta ocasión tuve el cuidado de llevar un diario en que apuntaba todo lo que veía y me pasaba; es este diario, a veces muy poco minucioso, y no otra cosa, lo que doy a luz». F. Borrero, *Recuerdos de viajes a América, Europa, Asia y Africa en los años de 1865 a 1867*, Bogotá, Ortiz Malo, 1869, pp. 3-4.

2. Adolfo Harker Mutis, *Mis recuerdos*, Bogotá, Cosmos, 1954, p. 91.

humor, la ironía y los guiños literarios, como lo ilustran las cartas escritas por José María Vergara y Vergara durante su viaje a Europa entre 1869 y 1871 a sus amigos literatos: José Joaquín Ortiz, Ricardo Carrasquilla, José María Quijano Otero, Manuel Pombo y José Manuel Marroquín[3]. En casos como éste la identidad del remitente y de los destinatarios garantiza la publicación de las cartas en los periódicos de la capital.

Las cartas escritas por los viajeros ajenos a los círculos cultos y por lo tanto desprovistas de ambiciones literarias contrastan con los relatos de los literatos experimentados, por su ausencia de afectación y la sinceridad de su tono. Esas cartas ofrecen por lo general un retrato menos complaciente y más verídico del viaje a Europa[4]. Éste se revela a menudo como una experiencia desagradable. La descripción de las molestias de la travesía del Atlántico reemplaza los ensueños oceánicos bajo noches estrelladas que llenan las primeras páginas de los relatos publicados. Una vez en Europa, la sensación de fealdad, de tristeza, de suciedad y de decepción es a veces sorprendente. En 1853, Pastor Ospina escribe a su hermano Mariano:

> Ginebra sobre el lugar donde el Ródano sale del lago dicen que es bella: yo no he encontrado la belleza de esa ni de ninguna otra ciudad, porque me parece que no merecen este nombre unas calles

3. Cf. J. M. Vergara y Vergara, «Un manojito de hierba», *Las tres tazas y otros cuentos* [en adelante: *Las tres tazas...*], Bogotá, Minerva, 1936, y la serie de artículos «De Santafé a París», publicadas en *La Caridad*, Bogotá, 1869-1871.

4. Sería ingenuo reconocer sistemáticamente a los relatos de viaje un valor de «testimonio» ya que muchos son textos elaborados para el público; sin embargo, es muy difícil evaluar en cada texto el grado de «sinceridad» o, al contrario, de «distorsión» de las impresiones reales del viajero. De manera general —sin que sea una regla estricta, porque un relato inédito puede haber sido escrito para el público y un relato publicado puede al contrario ser una edición no revisada de cartas dirigidas estrictamente a amigos o parientes íntimos— los relatos publicados por personalidades literarias o políticas revelan una elaboración discursiva cargada de una fuerte intencionalidad, mientras que los relatos no publicados en la época y escritos por viajeros insospechables de ambición literaria revisten un valor más fiable de «testimonio».

> más o menos anchas formadas por casas más o menos altas con tiendas más o menos surtidas que es lo que hai en todas ellas[5].

En el diario íntimo de Andrés María Pardo, un médico bogotano que parte por seis meses a Europa en 1866 y recorre a Francia, Italia, España e Inglaterra con sus tres hermanos, el viaje aparece como una sucesión de sinsabores que le hacen olvidar rápidamente su entusiasmo inicial. La ausencia de su familia le es insoportable —«Si estuviera con mi familia, con mis queridas hijas, entonces gozaría de las ventajas de Europa»[6]—, la mala calidad de los hoteles le pesa, la comida le es indigesta y el clima le parece peligroso, particularmente en Inglaterra —«Lo que he visto de Londres es sumamente triste y feo»[7]—; se deprime frente a la pobreza de Roma[8], de Londres, de Barcelona, donde la catedral lo decepciona: «Es bien fea, como casi todo edificio gótico»[9]. El hastío del viaje se trasluce claramente: «He perdido por Europa las ilusiones constantes que sobre ella tenía y me he aburrido de ver iglesias»[10]. El sentimiento de soledad y fastidio es abrumador:

> Estoy aburrido. En medio de dos millones y medio de habitantes estoy solo, perfectamente solo de cuerpo y alma. Nadie me conoce, nadie me alhaga [*sic*]. Ser en Europa estranjero es horrible, al revez [*sic*] de lo que sucede en mi tierra[11].

5. Carta de Pastor Ospina a su hermano Mariano, agosto 30, 1853, BNB, Man., t. 194, f. 66.

6. A. M. Pardo, Diario de viaje a Europa, abril 18, 1866, BLAA, Mss. 10.

7. «El clima en Inglaterra me sienta mal. Los alimentos son insoportables, carne cruda, pepinos incípidos *[sic]* y papas acuosas. Estos son los alimentos ingleses. La Inglaterra se hizo para los ingleses pero para la raza latina es imposible». *Ibíd.*, junio 2, 1866.

8. «Lo que he visto de la ciudad es muy sucio, parecido a las calles de Bogotá. Huele muy mal. La ropa se pone a secar en la calle. Hay una horrible pobreza. Todos piden limosna y hay que darles porque su facha excita el corazón más duro». *Ibíd.*, abril 24, 1866.

9. *Ibíd.*, mayo 8, 1866.

10. *Ibíd.*, abril 19, 1866.

11. *Ibíd.*, abril 20, 1866.

n tien-

gotano
Italia,
o una
asmo
con
s de
es
n-

Además de la percepción, quizá un tanto excesiva, inconvenientes del viaje a Europa y el sufrimiento moral cen a menudo en los documentos inéditos. «Nunca en mi v sabía de antemano, i aún creo que lo dije— me había ab había estado más solo i me había cuidado menos de dive cribe Pedro Nel Ospina a su madre desde Hamburgo en años más tarde, Inés Arboleda le escribe a su padre de York: «Yo no sé si esto le sucede a todos; pero yo no puedo he tenido [desde su partida de Popayán] un rato de gusto en todas partes me siento como que no estoi»[13].

Esos testimonios «íntimos» ofrecen valiosas indicaciones sentimiento de inutilidad y de futilidad del viaje que casi n rece en los relatos publicados. El hecho, p haya conocido a muchos m y asistido

> bres, sus inclinaciones, sus medios de instrucción i engrandecimiento i esto no es labor de 15 días: conocer a Broadway i la 5a Avenida será agradable a la vista pero nada más. Por esto no voi para allá: yo no habría de detenerme más de 15 días[15].

El relato de viaje, un género nacional

Escribir sus impresiones de viaje en cartas o en diarios íntimos no es ninguna novedad; durante la primera mitad del siglo, Santander, Joaquín Acosta y Rufino Cuervo habían escrito cartas y diarios íntimos durante su estadía en Europa, pero éstos no fueron publicados en vida[16]. Lo nuevo es que, desde mediados de siglo, esas impresiones y esas cartas comienzan a ser publicadas. Marcados por su origen epistolar, los relatos de viaje, aparecen primero como cartas publicadas en serie en los periódicos. La publicación en forma de libro aparece más tarde, generalmente cuando el autor, después de su regreso, emprende la compilación de su correspondencia para hacer de ella una obra homogénea. Los políticos, por otra parte, una vez retirados de la vida pública, escriben sus memorias y en ellas consagran inevitablemente un capítulo a sus días en el extranjero. Es el caso, por ejemplo, de los ex presidentes José Hilario López, Aquileo Parra, Rafael Reyes, y de notables personalidades como Vicente Restrepo, José María Quijano Wallis, Ignacio Gutiérrez Ponce, José María Samper, Adolfo Harker o Aníbal Galindo.

A partir de la publicación póstuma, en 1847, por Rufino Cuervo, de las cartas escritas por el joven Manuel Ignacio Cordovez Moure

---

15. Carta de José Camacho Roldán a su hermano Salvador, París, octubre 6, 1873, ACH, FSCR.

16. Cf. por ejemplo el diario de viaje de Santander en Europa durante su exilio europeo de 1829 a 1832 [F. de P. Santander, *Diario* (Europa y los Estados Unidos), Bogotá, Editorial Incunables, 1984]; los fragmentos del diario de J. Acosta, publicados en su biografía escrita por su hija (S. Acosta de Samper, *Biografía del general Joaquín Acosta, prócer de la independencia, historiador, geógrafo, hombre científico y filántropo*, Bogotá, Librería Colombiana, 1901); o el diario de Rufino Cuervo en su biografía publicada por sus hijos (A. & R. J. Cuervo, *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*, París, Roger & F. Chernoviz, 1892, 2 t.).

en su viaje a Oriente —el primer peregrinaje a Tierra Santa emprendido por un colombiano—, el relato de viaje comienza a imponerse como un género de moda: un fenómeno que, siguiendo la curva de los viajes, es especialmente sensible a partir de la década de 1860. El interés por las vivencias de los viajeros reside en el contacto directo que tienen aquellos con ese «laboratorio europeo» que atrae poderosamente las miradas hispanoamericanas. En los relatos de aquellos que vieron de cerca el continente europeo, los lectores colombianos tienen la sensación de contemplar, con un entusiasmo mezclado de inquietud, el espectáculo del futuro.

El apogeo del género se sitúa entre las décadas de 1860 y 1880; hacia finales de siglo, esta veta narrativa comienza a agotarse, víctima de su éxito, y pierde mucho de la pertinencia política que la había caracterizado en las décadas anteriores. Los relatos de viaje del siglo XX, más literarios, más estetizantes, se apartarán progresivamente del género del relato de viaje «civilizador», tan característico del siglo XIX latinoamericano.

Durante la segunda mitad del siglo XIX es Europa la que cristaliza la atención de los viajeros escritores: de los 38 principales relatos de viaje publicados en Colombia entre 1845 y 1900, 33 ofrecen una descripción de itinerarios europeos, diez describen un viaje a Oriente —Egipto, Palestina, Turquía, Líbano— y seis a los Estados Unidos. Finalmente están dos destinos «marginales»: otros países de Latinoamérica y el Extremo Oriente. Un solo colombiano, aventurero y organizador de la inmigración china hacia Cuba, Nicolás Tanco Armero, llega a Asia durante el siglo XIX.

A pesar de la falta de cifras de difusión, la doble publicación —artículos de prensa que son reeditados en forma de libros— y el carácter repetitivo de los escritos de los viajeros sugieren el éxito del género. Las descripciones sin sorpresas de los itinerarios más trillados se publican con la mayor facilidad en las columnas de los periódicos. En fin, las numerosas respuestas a las suscripciones,

generalmente lanzadas a través de la prensa para la publicación de libros de viaje, dan fe del éxito del género[17].

El interés que suscitan, a partir de mediados del siglo, los relatos de viaje escritos por autores colombianos se debe a su carácter «nacional». La principal razón que invoca Rufino Cuervo para la publicación de las cartas de Manuel Ignacio Cordovez Moure es que ellas son la obra «de un hijo de nuestras selvas, sin los viejos hábitos, sin las exajeradas pretensiones ni el fatal escepticismo del europeo»[18]. Años más tarde, en 1859, Domingo Arosemena declara querer llenar el deplorable vacío de escritos serios sobre los lugares santos en las letras colombianas. Señala asimismo que en Chile, Perú, México y otros países latinoamericanos ya existe una literatura nacional sobre el tema. Según lo explica en su introducción, su libro no aporta más que un relato escrito en un «lenguaje nacional», por un hijo de la patria que describe con sinceridad las cosas que ha visto con sus propios ojos[19].

Poco a poco se va formando un cuerpo nacional de relatos de viaje: en 1869, el escritor José Caicedo Rojas, quien prepara la edición de las notas escritas por Rafael Duque Uribe en 1858 durante su viaje a tierra santa, recuerda en su introducción la lista de los viajes a Oriente publicados por sus compatriotas. Caicedo Rojas se enorgullece de que los colombianos viajen relativamente más que los demás suramericanos, no solamente por curiosidad, por el gozo de los placeres mundanos o por asuntos de negocios, sino también debido al «laudable deseo de adquirir una educación sólida, provechosa para

17. Cf. por ejemplo la publicidad para la suscripción del relato de viaje a Europa de Nicolás Pardo en el *Boletín Industrial*, Medellín, septiembre 15, 1873, p. 12. La lista publicada en el libro de L. Rivera Garrido en 1875 da una cifra de 181 suscriptores, entre los cuales están algunas librerías (Foción Mantilla, de Bogotá; Venancio Calle, de Medellín), allegados y personalidades como Jorge Isaacs, Eliseo Payán, Modesto Garcés, Primitivo Crespo y Santiago Eder. Cf. L. Rivera Garrido, *De América a Europa*, Palmira, Imprenta de Materón, 1875.

18. M. I. Cordovez Moure, *La primera visita de un granadino a la tierra santa*, Bogotá, José A. Cualla, 1847, p. 2.

19. D. Arosemena, *Sensaciones en Oriente o Impresiones bíblicas de un Granadino en la tierra santa*, Nueva York, Robert Craighead, 1859, p. V.

sí mismos y también para su patria»[20]. Tres años más tarde en París, el periodista conservador José María Torres Caicedo se felicita en su prefacio a las *Impresiones de viaje de Italia a la Palestina y Egipto* de Nicolás Pardo, de que los colombianos se distinguen de sus hermanos americanos por su interés en los viajes, contribuyendo de ese modo a dar de su patria una imagen ilustrada[21]; el caucano Luciano Rivera Garrido expresa en 1875 su orgullo de contribuir con su libro *De América a Europa* al «fondo común» de la literatura colombiana[22]. Esta filiación literaria nacional, en la que las cartas de Cordovez figuran como el texto fundador, revela cierta ambigüedad con relación a los textos procedentes de Europa.

El viaje a Europa aparece en la mayoría de los casos como la realización de un sueño que tiene su origen en la lectura de obras europeas. La abundancia de referencias literarias en los relatos de viaje así lo demuestra. Entre los autores más citados en esas reminiscencias literarias, Lamartine ocupa indiscutiblemente el primer lugar. Al tener ante sus ojos la alcaldía de París, el viajero evoca la defensa que Lamartine hiciera de la bandera tricolor en contra de la bandera roja en 1848; en la Conserjería, su descripción de la última cena de los girondinos; los que atraviesan la Borgoña mencionan el Castillo de Urcy, célebre por las *Confidences*, y su casa natal de Mâcon. Frente al Golfo de Nápoles o en Constantinopla o en el Líbano, las referencias al poeta también son inevitables[23]. Chateaubriand, cuya gloria es grande entre los conservadores colombianos por ser el abanderado del catolicismo, es otro héroe literario; referencias a Hugo, Dumas, Madame de Staël, Byron, Volney y Rousseau se encuentran también

---

20. R. Duque Uribe, *Recuerdos de la Tierra Santa*, Bogotá, Echeverría Hermanos, 1869, p. XX.

21. N. Pardo, *Impresiones de viaje de Italia a la Palestina y Egipto* [en adelante: *Impresiones...*], París, Barthier y Cía., 1872, p. 5.

22. L. Rivera Garrido, *op. cit.*, prólogo, sin paginación.

23. Los viajeros colombianos por otra parte, se muestran indignados por el «ocaso» del poeta en los años cincuenta y sesenta, mientras que en Hispanoamérica éste se encuentra en el cénit de su gloria. Felipe Pérez, quien escribe a Lamartine una carta llena de admiración en 1864, señala como prueba de la decadencia literaria del Segundo

en las páginas escritas por los viajeros. De igual manera, el sueño de un viaje a Palestina se origina esencialmente en la literatura europea —en especial en el *Itinéraire de Paris à Jérusalem* de Chateaubriand y en el *Voyage en Orient* de Lamartine—; las referencias a estas dos obras abundan. Si ciertos autores reconocen su frenesí en la lectura de relatos europeos de viajes a Oriente, otros en cambio manejan con más prudencia la referencia a los textos europeos y explican, como prueba de patriotismo religioso, que aquellos textos fueron poco determinantes en su anhelo de visitar la Tierra Santa. Entre los sueños de su infancia, transcurrida en la piadosa Medellín, Andrés Posada recuerda ante todo el anhelo de conocer algún día a Jerusalén. Rafael Duque señala en su libro *Recuerdos de la Tierra Santa* publicado en Bogotá en 1869:

> No eran las relaciones de Viaje a Oriente, a que siempre fui aficionado, las que habían hecho nacer en mí ese deseo: era esta una inclinación innata, puede decirse, fomentada sí por la piedad ejemplar de mi madre. Esos bellos libros de Chateaubriand, Lamartine y tantos otros viajeros felices no habían sido más que el riego que había hecho brotar esa semilla depositada en mi corazón[24].

La literatura de viaje en el debate público

Los relatos de viaje reflejan también las líneas divisorias de la política colombiana, y el discurso sobre Europa —sea liberal o conservador— se plantea en el debate público como pedagogía nacional. El discurso

---

Imperio el hecho de que Lamartine haya sido «proscrito de los salones de la corte» (F. Pérez, *Episodios de un viaje*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946 [1ª. ed. 1881] p. 155). En 1871, Nicolás Pardo, quien va a visitar la casa natal de Lamartine en Mâcon y su casa de Saint-Point, donde el poeta había muerto un año antes, se indigna por el hecho de que esos lugares no hayan sido declarados monumentos históricos y reclama el traslado de sus cenizas al Panteón. Francia, recuerda Pardo, le debe a Lamartine que la haya salvado de las hordas comunistas en 1848. Cf. N. Pardo, *Recuerdos de un viaje a Europa* [en adelante: *Recuerdos...*], Bogotá, Imprenta de La América, 1873, pp. 234-235.

24. R. Duque Uribe, *op. cit.*, p. 2.

de los viajeros conservadores es ante todo una pedagogía católica. En 1847, Rufino Cuervo expone las motivaciones que lo empujaron a publicar las cartas de Cordovez Moure:

> Al emprender este trabajo hemos consultado no tan sólo nuestras simpatías por la familia, sino también una idea de patriotismo. El buen juicio y la erudición que manifiesta el jóven Cordovez al hablar de la Grecia, las comparaciones que de ella hace con nuestra patria, y el tierno respeto con que pinta las emociones que esperimentó al ver la ensangrentada roca sobre la cual el Salvador del mundo rindió el último suspiro para reconciliar la tierra con los cielos, son cosas con las cuales se hace algo más que satisfacer la curiosidad: con su lectura, el filósofo medita, el político calcula y el hombre relijioso se edifica[25].

Unos años después, Domingo Arosemena explica en la introducción de su libro *Sensaciones en oriente*: «sería feliz si con mi obra pudiera inculcar estas verdades, en el corazón de algunos niños que desde la infancia dudan de las cosas sagradas, i suponen fabulosos los hechos en la Biblia referidos»[26]. El *Viaje a Roma y a Jerusalén*, publicado por monseñor Manuel C. Restrepo en 1871 en París, es sin duda el que ofrece la mejor ilustración del relato de viaje como empresa de pedagogía religiosa: «Mi único deseo es que los que lean este libro adquieran sentimientos relijiosos, si por su desgracia no los tienen, y que los aviven y confirmen más y más, si por su dicha los poseen en su corazón»[27]. Al describir en detalle los lugares santos o el culto católico en Roma, monseñor Restrepo explica que lo hace porque ninguno de sus compatriotas se preocupa por transmitir a sus lectores una idea precisa de los oficios religiosos de la Ciudad Eterna. La descripción de los lugares emblemáticos del cristianismo es uno de los múltiples recursos de la pedagogía católica.

---

25. Introducción de Rufino Cuervo a M. I. Córdovez Moure, *op. cit.*, p. 4.
26. D. Arosemena, *op. cit.*, p. V.
27. M. C. Restrepo, *Viaje a Roma y a Jerusalén*, París, Paul Dupont, 1871, pp. 618-619.

Si los relatos de viaje aparecen, cuando son escritos por plumas conservadoras, como instrumentos de catequización, se convierten bajo las plumas liberales en herramientas de la pedagogía del progreso. En 1862, José María Samper formula claramente el proyecto ideológico del relato del viaje liberal:

> Viajo *por* mi patria, es decir con el solo fin de serle útil, y escribo para mis compatriotas los Hispano-colombianos. He creído que lo que importa más por el momento no es profundizar ciertos estudios, sino vulgarizar o generalizar nociones. A los pueblos de Hispano-Colombia no les ha llegado todavía el momento de los estudios fuertes, por la sencilla razón de que la inmensa masa popular no tiene aún la noción general del progreso europeo. Hasta tanto que esa masa no haya recibido la infusión elemental de luz y fuerza que necesita para emprender su marcha (porque hoy no se *marcha* sino que se anda a tientas) el mejor servicio que se le pueda hacer es el de la simple vulgarización de las ideas elementales. Después vendrá el tiempo de los trabajos laboriosos y profundos.
>
> La inmensa mayoría de los Hispano-colombianos no conoce, por falta de contacto íntimo con Europa, los rudimentos o las verdaderas condiciones del juego general de la política, las letras, la industria, el comercio, y todos los grandes intereses vinculados con Europa. De ahí provienen graves errores de apreciación, de imitación o de indiferencia que se revelan en la política, la literatura, la legislación y las manifestaciones económicas de Hispano-Colombia.
>
> Desvanecer, si puedo, esos errores, dándole a la expresión de lo que me parece la verdad las formas simpáticas de lo pintoresco y el atractivo de una rápida, fiel y animada narración, tal es el objeto de estas páginas de impresiones[28].

La voluntad, compartida por liberales y conservadores, de hacer del relato de viaje un instrumento de pedagogía nacional revela que existe

---

28. J. M. Samper, *Viajes de un colombiano en Europa* [en adelante: *Viajes...*], París, E. Thunot, 1862, t. 2. pp. 2-3. En aquellos años, José María Samper había decidido llamar «Hispano-Colombia» a la América Hispánica.

un consenso sobre la pertinencia de las experiencias europeas en el contexto nacional; pero también refleja el anhelo de las elites de adueñarse de las representaciones políticas del viejo continente. Este deseo de apropiarse y controlar el discurso sobre Europa se fundamenta también, tanto para los liberales como para los conservadores, en la convicción de que la difusión incontrolada de escritos europeos puede ser peligrosa políticamente y que es preferible filtrarla y controlarla.

En el bando liberal, José María Samper observa en 1862 que los únicos escritos sobre Europa, hasta entonces asequibles a los lectores colombianos son novelas como las de Alejandro Dumas «que desnaturalizan las cosas a fuerza de ingenio, exageración o fantasía, y prescinden de los hechos sociales, ocupándose sólo de lo pintoresco y divertido»[29], o de obras especializadas incomprensibles para los no-iniciados. Samper explica que ya es hora de realizar una gran síntesis pedagógica sobre Europa, adaptada al lector hispanoamericano: es justamente lo que se propone hacer con sus *Viajes de un colombiano a Europa*. Del lado conservador, liberarse de los intermediarios europeos significa evitar la contaminación de la impiedad y del ateísmo, presente incluso en ciertos relatos de viaje a Oriente escritos por plumas europeas. José Santiago de la Peña, él también lector asiduo de este tipo de obras, recomienda a los fieles la mayor prudencia frente a ellas:

> El venir a la Palestina à visitar los Santos Lugares de nuestra redención lo considero como una cosa necesaria a todo cristiano, pues no es lo mismo leer las relaciones de los viajeros i peregrinos porque todo cuanto puedan decir estos es nada, i no puede formarse idea de lo que es en realidad: cada uno cuenta las cosas como las ha visto, según como las concibe, i según esté su corazón desposeído de las ideas que infunde la relijión[30].

El intermediario europeo es peligroso. Domingo Arosemena queda aterrado por la tolerancia de Lamartine respecto al islam;

29. *Ibíd.*, p. 3.

30. J. S. de la Peña, *Noticias de Jerusalén*, Bogotá, F. Torres Amaya, 1860, pp. 55-56.

monseñor Restrepo previene a sus lectores contra las blasfemias de Renan en su *Vida de Jesús*. La impiedad europea, además de ser impresa y difundida, puede incluso contaminar la percepción misma de la Tierra Santa. En 1858, José Santiago de la Peña observa con horror el nacimiento del turismo europeo en Palestina y señala que «querer unir a un mismo tiempo la piedad i la diversión como lo hacen algunas caravanas de la Europa, no tiene buen éxito, i por razón natural se desconciertan i escandalizan los que las observan»[31]. Por eso propone la separación de las nacionalidades en las caravanas a Palestina y la organización por el clero colombiano de una caravana suramericana. El control del viaje a Tierra Santa por parte de la Iglesia nacional es la única garantía contra la difusión del ateísmo europeo. Así, mientras los conservadores se empeñan en oponer la descripción de una Europa engrandecida por su piedad a la difusión de escritos socialistas, comunistas y ateos, los liberales buscan contrarrestar la difusión de embrutecedores panfletos de propaganda ultramontana, nocivos para la educación política del pueblo. La voluntad de cortar el cordón umbilical que une a Colombia con los debates europeos va acompañada de un intento de creación de otro cordón, sanitario esta vez.

Así, estimulada por el enfrentamiento de los partidos, la «nacionalización» de la referencia a Europa comienza a tomar ímpetu a partir de mediados del siglo XIX, sugiriendo que la primera etapa de la emancipación del discurso reside en la creación de una literatura nacional sobre otras naciones. La paradoja, sin embargo, sólo es aparente: el valor de referencia central que se le reconoce a la Europa Occidental explica la importancia del «discurso sobre el otro» en ese movimiento de búsqueda de identidad. Crear un discurso sobre Europa —¿habría que decir, sobre el *futuro*?— es sin duda una etapa esencial en el proceso de afirmación nacional[32]. No es un azar del calendario que el auge del relato de viaje concuerde cronológicamente

31. *Ibíd.*, p. 73.

32. En un análisis que podría aplicarse perfectamente a la Colombia decimonónica, Mary Louise Pratt escribe acerca del viaje a Europa de Domingo Faustino Sarmiento

con la aparición del costumbrismo, el primer género literario propiamente nacional: esta concordancia sugiere la consustancialidad del discurso sobre el otro y del discurso sobre sí mismo. La progresiva «nacionalización» de la referencia a Europa termina por convertirla en parte integrante del debate público en Colombia. Los actores de la referencia son, más que nunca, actores nacionales. La lucha entre las dos modernidades en conflicto en el mundo occidental —una modernidad católica e inclinada hacia el «orden» y una modernidad laica más sensible al «movimiento»— viene entonces a reforzar las líneas divisorias de la política nacional. La guerra de las representaciones librada en los relatos de viaje es un pálido pero significativo reflejo de las verdaderas guerras civiles que se libran en Colombia.

LA GUERRA DE LAS REPRESENTACIONES

Dos Europas se desprenden de la lectura de los relatos de viaje colombianos decimonónicos: la Europa de los liberales y la de los conservadores. Entre los autores de relatos de viaje se encuentran dirigentes políticos liberales como José María Samper, Salvador Camacho Roldán, Enrique Cortés, Ramón Gómez, Felipe Pérez y Medardo Rivas, y entre los conservadores —que son mayoría[33]— políticos como Carlos Holguín, autoridades eclesiásticas —como el obispo de Pasto, monseñor Manuel C. Restrepo, conocido por sus ideas monarquistas y

---

en los años cuarenta: «La novedad no reside en el hecho de que Sarmiento haya viajado al extranjero o ni siquiera en dónde haya estado. La novedad está en que él escribió un libro al respecto. Los criollos hispanoamericanos viajaban con frecuencia a Europa y enviaban a menudo a sus hijos a estudiar allá, pero nunca produjeron una literatura sobre Europa. Podría decirse que, en tanto individuos sujetos a la colonia, ellos no tenían una autoridad del discurso o una posición de legitimidad desde la cual se pudiera elaborar una imagen de Europa. Dentro de las estructuras coloniales no existía un proyecto ideológico capaz de dar nacimiento a una representación criolla de Europa», M. L. Pratt, *Imperial eyes: Travel writing and transculturation,* Routledge, Londres y Nueva York, 1992, pp. 189-190.

33. De 28 autores de relatos de viaje de quienes se conoce la fe política, diecinueve son conservadores y nueve son liberales.

exiliado en dos ocasiones por el poder liberal, el misionero José Santiago de la Peña y el padre jesuita Federico C. Aguilar—, comerciantes —como Filomeno Borrero y Rafael Duque Uribe— y literatos que, aunque muchos no ejerzan verdaderas funciones políticas, desempeñan un papel central en la elaboración y difusión de una ideología conservadora como Soledad Acosta, Ángel Cuervo, Lorenzo Marroquín, Alberto Urdaneta y José María Vergara y Vergara.

Las dos Europas

Las representaciones de Europa difundidas a través de los relatos de viaje no se resumen, naturalmente, a una oposición entre dos visiones, una liberal y otra conservadora. Numerosos puntos en común o reflejos de experiencias similares en Europa confieren a los relatos, más allá de las fronteras partidistas, innegables rasgos de semejanza. La voluntad pedagógica, el rechazo del esteticismo —que hace que los autores se inclinen por lo *útil* y lo *edificante* más que por lo *bello*—, la visión de Europa como fuente de instituciones ejemplares, la fascinación por los signos exteriores de la modernidad europea son comunes a todos los viajeros. Declaraciones como la del padre Aguilar quien, al volver a Colombia, reconoce que echa de menos «la industria, los adelantos, el movimiento»[34] de Europa, o de Andrés Posada Arango, quien ensalza las conquistas de la ciencia cuando ve por primera vez un puente metálico en el ferrocarril de Saint-Nazaire a Nantes, forman parte del patrimonio común de la literatura de viaje colombiana:

> Yo vi con emoción alzarse en la llanura ese arco triunfal de nueva especie, severo monumento que no celebra bárbaras matanzas ni recuerda las conquistas compradas con la sangre inocente derramada en los combates, sino los triunfos pacíficos de la industria, la gloria inmarcesible de la ciencia![35].

34. F. C. Aguilar, *Recuerdos de un viaje a Oriente*, Bogotá, Imprenta de El Tradicionista, 1875, p. 19.

35. A. Posada Arango, *Viaje de América a Jerusalén tocando en París, Londres, Loreto, Roma i Ejipto*, París, A. E. Rochette, 1869, p. 29.

La tendencia de los autores a describirse en el universo opulento y cosmopolita de las capitales europeas trasciende también las fronteras políticas. Al tiempo que ofrecen una mirada sobre las naciones europeas, los que hablan de Europa ofrecen un retrato de sí mismos, colocándose en el prestigioso escenario del universo moderno: «Quien no haya estado una vez siquiera en Europa o los Estados Unidos, no puede tener idea de lo que es viajar con comodidad», afirma Aquileo Parra en sus memorias[36]. Los relatos de viaje ofrecen el autorretrato de una elite culta, distinguida por su familiaridad con el universo de las grandes metrópolis del mundo civilizado[37]. Otra semejanza que une a los autores de relatos de viaje, liberales o conservadores, es su percepción común del peligro social que amenaza a las sociedades europeas: miseria, vicios, corrupción, prostitución, disolución de los lazos familiares y sociales, falta de control social, suicidio, socialismo. Una notable unanimidad se desprende cuando se trata de condenar la Comuna de París: este episodio cristaliza todo el horror de las elites colombianas frente a la amenaza de las *clases peligrosas.*

Pero el afán catequizador, conservador o liberal, incita a los viajeros a forzar la realidad para adaptar las descripciones a sus propósitos. Europa está cargada de demasiada ejemplaridad como para no darle a los más nimios detalles un significado útil en la contienda política. Así, los relatos de viaje que más se amoldan a las exigencias del discurso político —los de Samper por el liberalismo o los de monseñor Restrepo por el conservatismo— también son los más contrastados, los más bipolares: el texto parece estar depurado de anécdotas que no sirvan el propósito político del autor. Las lí-

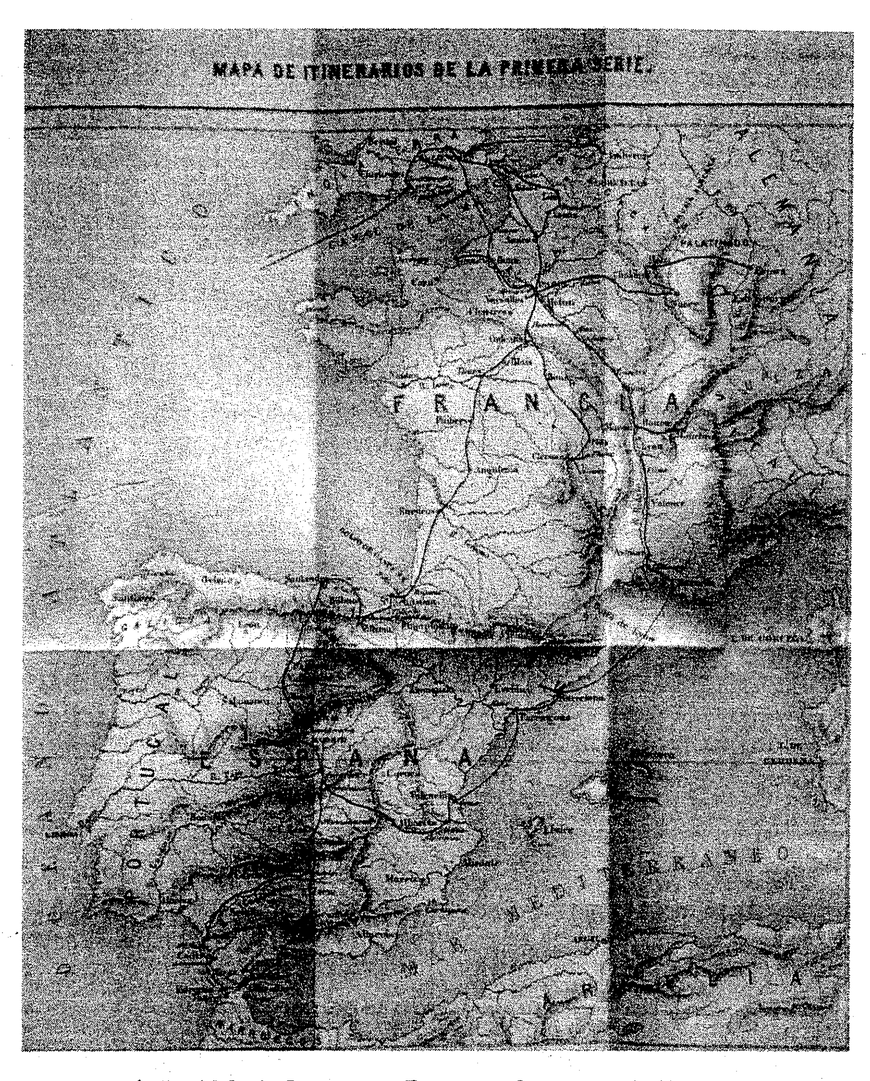
36. A. Parra, *Memorias*, Bogotá, Imprenta de La Luz, p. 475.

37. David Viñas, en su estudio sobre los relatos de viaje argentinos del siglo XIX subraya el papel de distinción social que desempeña el discurso sobre Europa: «Es así como Europa a partir de Caseros [1852], y en especial luego de 1880 a través del grupo social que detenta la literatura, se convierte en proyección y ratificación de las distancias sociales; es decir Europa exalta y sacraliza las distancias sociales instauradas en América», D. Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1964, p. 46.

neas divisorias se acentúan, los contrastes se profundizan: dos Europas aparecen.

Los textos publicados por José María Samper durante su primer viaje a Europa entre 1858 y 1862 —*Ensayo sobre las revoluciones políticas*, los dos volúmenes publicados de *Viajes de un Colombiano en Europa* (de cuatro previstos inicialmente) y las *Cartas de un americano*, publicadas en el periódico limeño *El Comercio* en 1862— ofrecen la mejor ilustración de una representación liberal de Europa. Samper lleva al paroxismo la tendencia general a someter la descripción de la realidad a la lógica de la demostración, hasta el punto de proponer, más que una descripción, una verdadera alegoría liberal de Europa. Siguiendo la lógica del *Ensayo*, que llama a la destrucción de las instituciones coloniales en Hispanoamérica, Samper ve, en cada uno de los países que visita —Inglaterra, Francia, España, Suiza, Alemania, Bélgica— los signos del conflicto entre el espíritu democrático y el antiguo régimen: un conflicto edificante para quienes, como él, aspiran a la victoria definitiva del liberalismo sobre los vestigios de la Colonia. Así lo explica en el *Ensayo sobre las revoluciones políticas*, un título plagiado de Chateaubriand, cuando describe el edificio híbrido que es la sociedad colombiana: «Ese techo nuevo, mal ajustado es la república democrática, y esas murallas cuarteadas, pero resistentes son las instituciones y costumbres oligárquicas de la Colonia. Colombia no tendrá paz ni estabilidad ni armonía, en tanto que su extravagante edificio no haya sido enteramente renovado»[38]. Durante su viaje, Samper se da cuenta de que Europa también es un edificio híbrido y que las bases del antiguo régimen están todavía sólidas aunque el avance democrático se haga sentir ineluctablemente. Observa a Europa a través del prisma exclusivo de la grandiosa lucha entre libertad y opresión y, así filtrada, la restituye en sus relatos. En todas partes, hasta en el corazón de las grandes ciudades, utiliza el

38. J. M. Samper, *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas* [en adelante: *Ensayo...*], Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, s. f. [1ª. ed., París, 1861], pp. 45-46.



Itinerario de José María Samper en Francia y España en 1859.
Grabado extraído de José María Samper, *Viajes de un colombiano en Europa*, París, Thunot, 1862, tomo 1. Un grabado publicado en el tomo 2 presenta el itinerario de sus viajes a Suiza, Alemania y Bélgica.
Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá.

mismo tamiz para su lectura e identifica la misma línea divisoria entre lo antiguo y lo moderno.

Barcelona y la «libre y activa Cataluña», que por su actividad industrial se parece a una «comarca inglesa», pertenecen indudablemente al campo del progreso. Samper, al evocar a Barcelona, exalta el valor de la palabra dada, el amor al trabajo y el sentimiento igualitario ligado a la cultura del trabajo: «como todos trabajan, todos se tienen por iguales y se tratan con una sencillez que permite la fusión de todas las clases sociales»[39]. Las Provincias Vascongadas, entregadas a la industria y al comercio, o Málaga, uno de los principales centros del liberalismo, encarnan ante Samper «la España laboriosa, republicana, independiente, individualista»[40]. En Madrid en cambio, la línea divisoria entre la antigua y la nueva España atraviesa la ciudad, así como en Valencia o Valladolid: «Valladolid es quizá la ciudad española que hace resaltar mejor el contraste de la vieja y la moderna España»[41]. Por un lado está el urbanismo claro y luminoso del siglo XIX, la comodidad, la luz, la limpieza, la actividad, el cosmopolitismo y el liberalismo; por el otro, los barrios góticos —Samper manifiesta en varias ocasiones su repugnancia por el estilo gótico, no tanto por motivos estéticos como por la sociedad que evoca— las calles sinuosas y sucias, la mendicidad, los conventos, el encierro y la oscuridad que sugieren la resistencia al progreso y el conservatismo político. En efecto, explica Samper, «El conservatismo no tiene sus fortalezas en España sino en las ciudades donde reinan la inmovilidad y el silencio»[42]. Toledo forma sin duda parte de éstas últimas, al punto que la califica de «museo de la vieja España, custodiada por clérigos, militares y mendigos»[43]. Otras ciudades encarnan el inmovilismo clerical: Friburgo en Suiza, ciudad marcada por la vieja impronta de los jesuitas, y en Bélgica, Lovaina, Brujas y Malinas,

39. J. M. Samper, *Viajes...*, t. 1, pp. 223, 231 y 229.
40. *Ibíd.*, t. 1, p. 503.
41. *Ibíd.*, t. 1, pp. 269, 247 y 483.
42. *Ibíd.*, t. 1, p. 380.
43. *Ibíd.*, t. 1, p. 325.

paralizadas por la decadencia clerical: «En todos mis viajes he podido observar que el progreso de las ciudades está en razón inversa del número de sus canónigos, frailes y demás seres inútiles, que duermen, cantan y consumen. Malinas es a Bélgica lo que Toledo a España y Friburgo a Suiza»[44]. La descripción de las antiguas ciudades eclesiásticas europeas brinda a Samper la oportunidad de ensalzar la venta de los bienes de la Iglesia decretada por Mosquera en 1861 —el año de la publicación de los *Viajes de un Colombiano en Europa.* Su insistencia en la decadencia de las ciudades sometidas a la influencia del clero anuncia el sombrío futuro de Colombia si no logra deshacerse del dominio de la Iglesia. El contraejemplo europeo habla por sí mismo.

Pero el clero no es el único obstáculo que se opone a la victoria del principio democrático en Europa. En Alemania, «país de reyezuelos», no obstante agradable a Samper por la relativa tolerancia religiosa que lo caracteriza, la aspiración democrática está ahogada por la tiranía de los príncipes. En las ciudades antiguas como Nuremberg, Hannóver, Colonia o Maguncia «se ve donde quiera el estilo enteramente feudal, el sello de los pueblos en acción, de las clases sociales en lucha, del capricho y de las tradiciones de la época feudal»[45]; en las ciudades transformadas por el urbanismo moderno como Francfort, Stuttgart, Dresde, Hamburgo o Berlín no sopla libremente el espíritu democrático como en España, Bélgica o Suiza: la modernidad alemana es creación de los príncipes y no de los pueblos. Francia decepciona igualmente a Samper: lejos de encontrar, como lo imaginaba, un espíritu democrático, intacto y vivaz, contenido a duras penas por el autoritarismo imperial, descubre aterrado que «el verdadero fondo del pretendido espíritu democrático de los franceses no es el sentimiento del derecho individual y colectivo, sino la envidia y la vanidad —la envidia social, de persona a persona y de clase a clase, y la vanidad nacional o de raza

44. *Ibíd.*, t. 2, p. 382.
45. *Ibíd.*, t. 2, pp. 289 y 310.

y nombre común». Francia, explica, que se caracteriza no por un verdadero espíritu democrático sino por un igualitarismo envidioso y agresivo, encarna la «negación de toda superioridad permanente»: está corroída por la «guerra social en permanencia, la guerra sorda, poco aparente, pero incesante»[46]. E Inglaterra, por último, «verdadera imagen de la civilización, del progreso de la humanidad», que se destaca también por sus instituciones liberales, está debilitada en su papel de modelo político por una estructura social jerárquica que avala inmensas desigualdades. La bipolaridad europea se expresa en el contraste de las sombras y las luces londinenses «oro y mugre», «grandeza y oprobio»[47]. Como Tocqueville al descubrir a Manchester en 1835, Samper percibe la lucha que enfrenta a la *civilización* y a la *barbarie* en el campo de batalla que es la capital inglesa[48]:

> Londres es la ciudad-escuela por excelencia porque abriga en su hirviente seno todos los elementos de la lucha terrible empeñada entre la civilización y la barbarie, es decir: la justicia y la iniquidad, el goce fecundo y la miseria[49].

Finalmente es en Suiza y en Bélgica donde Samper encuentra la mejor respuesta a su esperanza de ver el principio democrático vic-

---

46. J. M. Samper, «Cartas de un Americano», *El Comercio,* Lima, junio 28, 1862.
47. J. M. Samper, *Viajes...,* t. 1, pp. 85 y 91.
48. Antes de que en 1845 Domingo Faustino Sarmiento, con la publicación de "Facundo», convirtiera la fórmula «civilización y barbarie» en el *leitmotiv* de la política latinoamericana en el siglo XIX, la expresión aparece bajo la pluma de Tocqueville cuando, luego de haber visitado a Manchester en 1835, trata de dar cuenta del mecanismo por el cual la civilización industrial, por más que represente el apogeo de la evolución humana, devuelve una parte de la humanidad a una condición cercana a la barbarie y evoca esta «reunión de las ventajas de un pueblo pobre y de un pueblo rico, de un pueblo ilustrado y de un pueblo ignorante, de la civilización y de la barbarie». «Voyage en Angleterre et en Irlande de 1835, idées, opinions, récits, conversations», en A. de Tocqueville, *Voyages en Angleterre et en Irlande,* París, Gallimard, 1982, p. 185. Sarmiento, hay que recordarlo, era asiduo lector de Tocqueville. La larga carrera del lema «civilización y barbarie» ofrece un ejemplo más, y no de los menores, del éxito en Latinoamérica de fórmulas forjadas inicialmente para describir realidades europeas.
49. J. M. Samper, *Viajes...,* t. 1, p. 141.

torioso en suelo europeo. Bélgica, «liberal, industriosa y progresista» lo seduce por su libertad de opinión y de prensa, por su cultura parlamentaria, por su hospitalidad hacia los refugiados políticos franceses, italianos, alemanes, rusos y austriacos. Suiza, por último, brinda a los liberales colombianos una verdadera lección de democracia: el federalismo, el espíritu democrático, la modernidad del sistema judicial, la ideología ilustrada de la reducción de penas, el interés por la educación y la tolerancia religiosa definen el panorama político de la Confederación. En un tren suizo Samper descubre el *wagon* sin compartimento, que interpreta como prueba irrefutable de democracia: «La promiscuidad de los grandes wagones no se acomoda en rigor sino a las costumbres democráticas, y bajo este aspecto me pareció perfectamente suiza»[50]. El paisaje de Lausana constituye, para un Samper siempre dado a las visiones alegóricas, otro símbolo ineludible de la democracia suiza:

> Amigo como soy de las comparaciones y de buscar la significación de los contrastes, confieso que me sentí encantado al recorrer esa pequeña altiplanicie, en cuyos edificios veía la prueba del progreso humano y de los triunfos de la democracia[51].

La catedral de Lausana, convertida en templo reformado, simboliza la libertad religiosa; el castillo medieval, que pasó a ser la sede del Consejo de Estado, evoca la victoria de las leyes sobre el feudalismo; las antiguas edificaciones conventuales, transformadas en universidades, proclaman el advenimiento del libre debate contra la verdad revelada; y el Palacio Cantonal encarna la legislación «en nombre de la soberanía, la libertad y la igualdad del pueblo»[52].

El paisaje europeo, por lo tanto, habla por sí solo: es testigo, para quien sabe interpretarlo, de los progresos de la lucha del liberalismo

---

50. *Ibíd.*, t. 2, p. 150.
51. *Ibíd.*, t. 2, p. 98.
52. *Ibíd.*, t. 2, p. 99.

contra el Antiguo Régimen. Con el sentido visual que lo caracteriza, Samper delimita durante su viaje las imágenes simbólicas de la lucha entre el liberalismo y el conservatismo, a fin de proponer la cartografía bipolar de Europa que exige la pedagogía cívica liberal.

El cuerpo de relatos de viaje conservadores, si no encierra una empresa editorial tan ambiciosa como la de Samper, ofrece una representación de Europa comparable en todos los aspectos, pero a la inversa. Su geografía simbólica difiere sensiblemente de la de los relatos de viaje liberales, en gran medida porque los itinerarios de viaje de los conservadores colombianos incluyen destinos poco escogidos por sus compatriotas liberales: Lourdes, Lisieux, Loreto, Turín, Nápoles, Roma, Palestina. Pero también, porque el prisma de lectura de los conservadores los invita a escoger en la realidad europea otros símbolos, ejemplos y contraejemplos.

La impiedad deja cernir su amenazante sombra sobre la descripción de Europa elaborada por los viajeros conservadores. Las páginas de los relatos conservadores evocan las víctimas inocentes de la Revolución Francesa para prevenir a sus lectores contra el jacobinismo y la impiedad, traídos a Colombia por los liberales. En 1855, Nicolás Tanco, en su visita a la *Conciergerie*, piensa en la triste suerte de los girondinos y en las demás abominaciones del Terror; en 1865, en Lyon, Filomeno Borrero recuerda los crímenes perpetrados por Couthon en 1794; en Nantes, Andrés Posada piensa en los ahogamientos organizados por Carrier durante la «nefanda revolución de 1789»[53]. En París, monseñor Restrepo, quien visita la Capilla Expiatoria de Luis XVI, dedica frente a la plaza de la Concordia un pensamiento al rey ajusticiado. La evocación de los *espíritus fuertes* que inspiraron la revolución o que perpetúan su legado de impiedad surge a menudo en un recodo del viaje. Al subir por la escalera de la torre de la catedral de Estrasburgo, Borrero advierte un grafiti supuestamente dejado por Voltaire: «Hasta Voltaire dejó allí el suyo, que parece muy fuera de su lugar en el campanario de una iglesia»[54]. En el convento italiano

53. A. Posada Arango, *op. cit.*, p. 30.

54. F. Borrero, *op. cit.*, p. 252.

de Monte Cassino, monseñor Restrepo descubre una inscripción bíblica grabada por Ernest Renan, el enemigo más odiado de los clérigos colombianos, y deja libre curso a su indignación: «Sí, aquel mismo desgraciado Renan que ha recorrido los caminos de Galilea por donde andaba Jesús [...] aquel desgraciado, repito, siempre tiene en sus labios palabras de Jesús; y el Salvador le dirá a cada momento: no me insultes, no me blasfemes más»[55]. Hasta los reyes europeos se han contaminado con la impiedad: Víctor Manuel, sepulturero del poder temporal del papa, ídolo de los liberales colombianos, constituye el blanco predilecto de las críticas de los viajeros conservadores. La impiedad parece irrefrenable: al atravesar España en 1892, Soledad Acosta se sorprende de la poca asistencia a misa[56]. Pero frente a la ola de impiedad que inunda Europa, los viajeros conservadores ven también afirmarse una Europa católica, fortalecida por las luchas del siglo XIX. Como lo explica en 1869 Andrés Posada Arango, quien busca defender la imagen de una Francia católica:

> La patria de San Luis no ha apostatado por entero; aún se cantan en sus templos las alabanzas del Altísimo, se lleva la ofrenda a sus altares, se enjugan las lágrimas del desgraciado i se busca en el santuario de la penitencia la paz y el perdón. La cátedra sagrada no ha enmudecido todavía: los Bossuet, los Massillon, tienen aún sus sucesores; la fe cuenta con adalides como Gaume y Augusto Nicolas[57].

El discurso conservador sobre Europa evoca a los oradores sagrados franceses, el trabajo de las congregaciones, la grandeza de la Iglesia galicana y de sus prelados, monseñor Dupanloup y Sibour y la política católica de Napoleón III. En Italia, el itinerario conservador pasa por Turín con el fin de admirar el Santo Sudario —«Es lo mejor que he visto en Europa» escribe en 1866 Andrés María

55. M. C. Restrepo, *op. cit.*, p. 556.
56. S. Acosta de Samper, *Viaje a España en 1892*, Bogotá, 1893, t. 1, p. 25.
57. *Ibíd.*, p. 35.

Pardo en su diario de viaje[58]—, Loreto, Nápoles para asistir a la licuefacción de la sangre de San Genaro, la misa en San Pedro de Roma y la visita al Sumo Pontífice. En fin, el viaje a Oriente brinda la oportunidad de sentir el vigor de la Europa católica en su tarea de evangelización.

El viaje a Oriente

El viaje a Oriente es la punta de lanza de la pedagogía conservadora. Fuera de las *Impresiones de viaje de Italia a la Palestina y Egipto* publicadas por el liberal Nicolás Pardo en 1872, el relato de viaje a Oriente es un género exclusivamente conservador; su apogeo coincide significativamente con la hegemonía liberal. Entre 1847 y 1875 nueve relatos publicados por conservadores evocan, por lo menos parcialmente, Oriente. En todos esos años, la Iglesia colombiana incita a los viajeros a publicar el relato de su peregrinación a Tierra Santa, con el objeto de hacer frente al anticlericalismo de los gobiernos liberales. En 1856, el periódico *El Catolicismo,* órgano del arzobispado de Bogotá, publica una carta de Domingo Arosemena escrita en Palestina. El editor anota:

> Esperamos que el señor Arosemena, a ejemplo de Chateaubriand i del Abad Geramb, estimule a la juventud contemporánea con la relación circunstanciada de su viaje e impresiones que recibió al estudio de la sagrada escritura i a la visita provechosa de los Santos Lugares que la recuerdan[59].

En su introducción a *Sensaciones en Oriente* publicado tres años más tarde, Arosemena revela que el proyecto de publicar un libro para sus compatriotas se debe a la exhortación del clero. Así mismo, en 1869, el obispo de Medellín aconseja al obispo de Pasto, monseñor Restrepo, publicar el relato de su viaje a Oriente: «Déme Ud ese gusto, pues que

58. A. M. Pardo, Diario de viaje a Europa, abril 18, 1866, BLAA, Mss. 10.
59. *El Catolicismo,* Bogotá, febrero 5, 1856.

esa clase de publicaciones aprovechan mucho al pueblo cristiano, y con especialidad al de Antioquia, tan distinguido por su piedad»[60].

La convicción según la cual el viaje a Palestina es un acto militante de defensa del clero colombiano se generaliza: en 1870, el editor del periódico católico *La Caridad* comenta de este modo el viaje a Oriente de dos eclesiásticos:

> Deseándoles feliz viaje y próspera vuelta, celebramos su proyecto que no puede menos de redundar en pro de la Iglesia por los nuevos conocimientos que adquirirán los peregrinos viajeros visitando los lugares donde tuvo lugar nuestra redención, y las cultas ciudades de Europa[61].

La presencia occidental en Oriente provee a la retórica conservadora un variado álbum de imágenes ejemplares, que exaltan el modelo colonial europeo: la admirable devoción de los misioneros de Tierra Santa, la resistencia de los religiosos perseguidos por los poderes impíos de Europa, la labor civilizadora del cristianismo y los progresos de la modernidad católica. El viaje a Oriente ofrece la oportunidad de conocer religiosos de todo el mundo y de erigir en ejemplos a las víctimas de las persecuciones anticlericales. Monseñor Restrepo conforma una galería de mártires de la impiedad moderna: un sacerdote español que pierde la vista debido a malos tratos o un padre polaco que le muestra los estigmas recibidos en la lucha contra los «cismáticos»[62]. De igual manera, esos vivos símbolos incitan al obispo de Pasto a retomar sus diatribas contra las persecuciones anticlericales en Colombia. Para los cristianos, el despotismo otomano es incluso preferible a la tiranía republicana, concluye él: «Sí, yo pensé que son más libres y felices los que viven bajo el resplandor de la media luna, y con la cabeza inclinada bajo el cetro de la sublime puer-

60. Carta de monseñor Valerio Antonio Jiménez, obispo de Medellín y de Antioquia, agosto 11, 1863, Introducción a M. C. Restrepo, *op. cit.*, sin paginación.

61. *La Caridad*, Bogotá, julio 16, 1870.

62. M. C. Restrepo, *op. cit.*, pp. 227 y 346-352.

ta, que los que viven en medio de las farsas despreciables que se llaman repúblicas»[63]. Los franciscanos de Oriente son otro modelo de devoción y resistencia a la adversidad. Amenazados por el islam circundante y la presencia cada vez mayor de los rusos ortodoxos, también se encuentran abandonados de las potencias cristianas que no prestan suficiente atención a la salvaguardia de los lugares santos. Aunque la política oriental de las potencias europeas, y en particular la del Segundo Imperio, es a veces criticada por su insuficiencia, Francia recibe a pesar de todo los elogios unánimes de los viajeros: Arosemena anota que en Oriente «la Francia es la personificación del Cristianismo»[64], mientras que Nicolás Tanco, al observar en 1861 los avances de los imperialismos inglés y francés en el Extremo Oriente, declara que Francia debe conservar allá su influencia protegiendo las misiones católicas ya que «sólo los obreros católicos pueden fundar sólidamente el edificio social contrapesando la influencia del protestantismo inglés»[65].

El Oriente, tierra nueva de conquista y evangelización, es el lugar por excelencia donde el cristianismo se impone como fuerza civilizadora y en donde libera su «genio». En términos tomados de Chateaubriand, de quien cita abundantemente el *Itinerario de París a Jerusalén*, las *Memorias de ultratumba* y *El genio del cristianismo,* Domingo Arosemena exalta la obra civilizadora del catolicismo —el humanismo, la libertad, la abolición de la esclavitud, la dignidad de la mujer, la familia— frente a un Islam que sólo trae, según explica, la degradación de la moralidad, la disolución del lazo familiar, la sumisión de la mujer, el despotismo y el inmovilismo. Para el liberal Nicolás Pardo, el único remedio contra la miseria, la ignorancia, la ausencia de educación y de periódicos, la servidumbre de la mujer,

63. *Ibíd.,* p. 229. Restrepo es el único personaje público de la época abiertamente partidario de la monarquía.

64. D. Arosemena, *op. cit.,* p. 35.

65. N. Tanco Armero, *Viaje de Nueva Granada a China y de China a Francia,* París, Simon Raçon, 1861, p. 402.

la poligamia, el despotismo, la corrupción, la arbitrariedad del poder y demás males de que adolece el imperio otomano es el evangelio: «sólo el Evangelio con sus principios morales, republicanos y civilizadores es capaz de rehabilitarlo»[66].

La obsesión por la modernidad material es otro rasgo común de los relatos de viaje a Oriente. El espectáculo del progreso de la civilización occidental, moderna y cristiana, frente a la «barbarie» musulmana, no deja de fascinar. Aquí también aparece un mapa simbólico de Oriente en donde Alejandría, El Cairo, Beirut y Constantinopla representan la vanguardia de una civilización europea conquistadora. En 1871, monseñor Restrepo evoca el Cairo en estos términos: «Es digno de atención el movimiento y actividad que se notan en aquella gran ciudad, que va poco a poco dejando de ser de los moros, para pasar al dominio de la civilización cristiana; pues se ve en el Cairo, como en todo el Oriente, que la raza europea va ganando terreno en todo sentido: en la arquitectura, en las artes, en el idioma, en las costumbres y en todos los usos»[67]. Beirut, ciudad «semi-europea» retiene la atención de todos los viajeros por su comercio, su urbanismo y su prosperidad: «Los paseos se ven recorridos por lujosos carruajes y las plazas públicas adornadas de bellos jardines. Los periódicos americanos y europeos circulan con profusión y la imprenta —ese faro inextinguible del porvenir— ejerce en ella su influjo civilizador» señala Pardo[68]. Constantinopla ejerce la misma fascinación sobre quienes la visitan: en ella hay coches de caballos, tranvías urbanos, calles pavimentadas, faroles de gas, colegios europeos, instituciones católicas y protestantes, hoteles, iglesias y hospitales.

Esta abundancia de imágenes de la civilización material europea, en un discurso conservador que busca ante todo ofrecer una pedagogía católica, revela al mismo tiempo el lento retroceso de una

66. N. Pardo, *Impresiones...*, p. 127.
67. M. C. Restrepo, *op. cit.*, pp. 340-341.
68. N. Pardo, *Impresiones...*, pp. 104-105.

weltanschauung religiosa. Así, el significado religioso de la lucha entre Occidente y Oriente se borra imperceptiblemente, y la oposición entre cristiandad y gentilidad se ve reemplazada por la oposición entre civilización moderna y barbarie. Tradicionalmente, el viaje a Oriente es edificante porque permite conocer los lugares de la pasión y meditar sobre la ruina de los imperios y la vanidad de las cosas humanas. Sin embargo, esta concepción teológica de la historia basada en el sueño de la estatua del profeta Daniel —la estatua de los pies de arcilla que simboliza la destrucción y la sucesión de los imperios—, si bien es invocada todavía, va borrándose progresivamente. El Oriente sigue siendo edificante, pero ahora, sobre todo, porque es el escenario privilegiado para contemplar la obra civilizadora de la Europa decimonónica.

La descripción de Jerusalén brinda el mejor ejemplo de sustitución de una visión religiosa por una visión moderna y laica: cuando todos los demás viajeros se decepcionan frente a la fealdad, la tristeza y la insignificancia de la ciudad, monseñor Restrepo es el único en señalar que la decadencia de Jerusalén es producto del castigo divino. Para los demás, sólo el «atraso» de los pueblos ignorantes permite explicar su aspecto miserable. Luego de Cordovez, quien en 1846 se asombra al llegar a las murallas «sin haber encontrado antes, como sucede en las ciudades de Europa y aún de América, quintas, alamedas, movimiento de población, algo, en fin, que indicara la cercanía de una capital»[69] el piadoso Posada confiesa su decepción: «No hai plaza, ni paseos, ni fuentes, ni estatuas, ni teatros»[70].

La obsesión por el urbanismo europeo, la ausencia de una percepción estética del «exotismo» de los lugares que diferencia radicalmente a los viajeros colombianos de sus homólogos europeos, revela la carga de «europeidad» que Oriente reviste para ellos. Oriente, en efecto, tiene esa extraña virtud de hacerlos sentir europeos. En Europa no hay ninguna posibilidad de que esto ocurra: el *mare mágnum*

69. M. I. Cordovez Moure, *op. cit.*, p. 21.
70. A. Posada Arango, *op. cit.*, p. 121.

de prejuicios de los europeos hacia los suramericanos lo impide. Mientras que Europa tiende a hacer olvidar la «europeidad», es decir, la «occidentalidad» del criollo americano, Oriente en cambio la reafirma. En 1846 Cordovez había observado que, en tierra musulmana, el americano tiene en común con el europeo el ser completamente extranjero; es la ventaja de la religión católica, que hace que todos los hombres sean hermanos. Aquí también, a esta identificación mediante la religión, se va a superponer otro tipo de identificación desprovista de sentido religioso y basada en el acceso a la participación, junto con los europeos, en cierto número de signos de modernidad: lujosos hoteles (el Gran Hotel de Europa en Beirut, el Hotel Oriental y el Hotel del Comercio en El Cairo) y primeras clases en los vapores que atraviesan el Mediterráneo oriental. El mundo de los viajeros a Oriente de la segunda mitad del siglo XIX es por lo tanto un mundo lujoso, descrito a porfía por los conservadores colombianos. Nicolás Tanco, quien viaja con el hijo de Lord Aberdeen, observa que ningún suramericano ha puesto su firma en el libro de viajeros del Hotel Oriental del Cairo; el padre Aguilar, con una evidente satisfacción, se pone en la escena del universo cosmopolita y políglota del vapor que lo lleva de Trieste a Corfú: «Casi todos los pasajeros de primera, inclusas las señoras, hablaban muy bien tres o cuatro idiomas. Nosotros nos entendíamos con los pasajeros y tripulación en francés o italiano, lenguas sabidas por todos, y a las veces en inglés con nuestro americano, ensayando también de cuando en cuando algunas frases en griego antiguo, que eran bien comprendidas por los descendientes de Pericles»[71]. Se simpatiza con viajeros ingleses y se recorre Palestina en caravanas italianas o francesas. En un cambio de nacionalidad simbólica, Domingo Arosemena, quien pierde su pasaporte en Jaffa, lo reemplaza en Beirut por un documento que le expide el consulado de Francia, en ausencia de una representación consular colombiana: «Era la mejor garantía con que podía contar

71. F. C. Aguilar, *op. cit.*, p. 35.

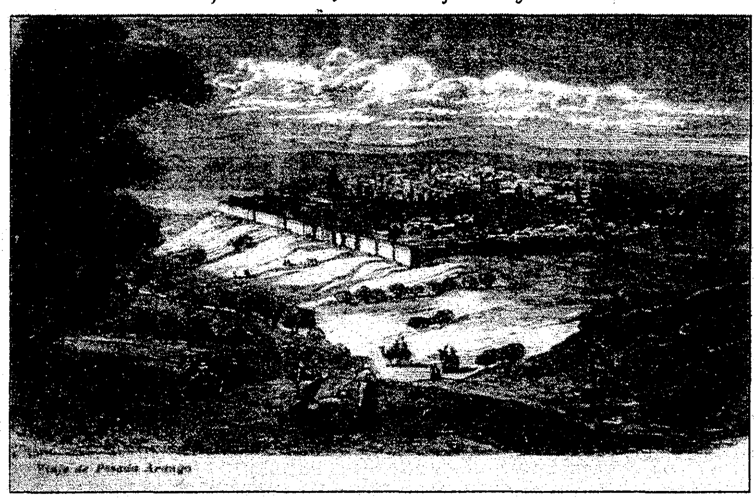
para viajar con alguna seguridad pues para los turcos, franco i europeo son sinónimos»[72].

Teatro de la confrontación entre el Occidente cristiano y la *barbarie* musulmana, el Oriente permite a los viajeros colombianos confirmar su pertenencia a la modernidad europea, clasificándolos de entrada del lado de los *civilizados*. Allí vuelven a encontrar su posición social de elites cultas que Europa les había negado, y pueden entonces elaborar un discurso civilizador sobre un pueblo ignorante al que únicamente la acción pedagógica del poder podrá integrar a la vida moderna.

No sorprende, por lo tanto, el raudal de comparaciones entre Oriente y América. La similitud entre los musulmanes y los aborígenes del Nuevo Mundo es en efecto un lugar común inevitable en los relatos de viajes, reflejo de la tentación colonial que ofrece Oriente a los viajeros colombianos: «Allí están los días enteros los perezosos Turcos fumando su pipa, con una indolencia igual a la de los salvajes de América» anota Cordovez[73]. El editor de los viajes de Rafael Duque, el escritor José Caicedo Rojas escribe en 1869: «Si no fuesen odiosas las comparaciones, e inoportunas en este lugar, qué bien vendría aquí una entre los pueblos musulmanes y los pueblos sur-americanos»[74]. Esta fiebre comparativa, inexistente en los relatos de viaje a Europa, invade los textos consagrados a Oriente. Además de la degradación moral y física de los indígenas se compara la suciedad de las calles, el entorno, la cocina, las fisonomías, la hospitalidad del pueblo y su ignorancia, las creencias paganas, los instrumentos de música tradicionales, el retraso de la industria y el comercio, el clima y los paisajes. Hasta la penetración de las costumbres europeas en Oriente recuerda a los viajeros colombianos la evolución que su patria conoce; en especial, obviamente, los progresos de la impiedad europea. «Entre los Turcos que se han educado en Inglaterra, Francia

72. D. Arosemena, *op. cit.*, p. 35.
73. M. I. Cordovez, *op. cit.*, p. 15.
74. R. Duque, *op. cit.*, p. 103.

Dos visiones del Viejo Mundo: Jerusalén y el *Crystal Palace de* Londres.



Vista de Jerusalén. Grabado extraído de Andrés Posada Arango, *Viaje de América a Jerusalén tocando en París, Londres, Loreto, Roma i Ejipto*, París, A. E. Rochette, 1869.



El *Crystal Palace* de la Exposición Universal de 1851 en Londres. Grabado extraído de Medardo Rivas, *Viajes por Colombia, Francia, Inglaterra y Alemania*, Bogotá, Imprenta de Fernando Pontón, 1885. Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá.

o Alemania, se nota lo mismo que entre nuestros liberales de por acá, sumo indiferentismo religioso [...] el Turco *ilustrado*, como el liberal colombiano, han perdido su religión, pero no la han sustituido por ninguna otra, de manera que son deístas, ateos prácticos, *animales*»[75] escribe el padre Aguilar en 1875, antes de concluir:

> Entre la gente ilustrada y el pueblo hay en Grecia una enorme desproporción, como sucede también en Colombia; mucho atraso, miseria y barbarie se ocultan bajo ligera corteza de civilización. Entre ese pueblo y el nuestro hay muchos puntos en común y una notable similitud[76].

El espejo de Oriente brinda a los viajeros conservadores una comparación de profundo significado nacional: al atribuir a la plebe colombiana los rasgos de la «barbarie» otomana, se están también atribuyendo a ellos mismos una misión civilizadora idéntica a la de los europeos en Oriente.

EL DEBATE SOBRE EL VIAJE

Tanta utilización del discurso sobre el Viejo Mundo no significa, sin embargo, que el consenso en torno a la conveniencia nacional del viaje sea total. En los años sesenta comienzan a formalizarse los argumentos que cuestionan la utilidad del viaje a ultramar, hasta desembocar en una verdadera polémica. Mientras que los promotores del viaje defienden su función civilizadora y nacionalista, sus detractores objetan su valor pedagógico, precisamente en nombre de la inadaptación en el contexto del Nuevo Mundo de la experiencia adquirida en el Viejo.

La ideología del viaje: mérito, prestigio y patriotismo

No todo en el discurso de los viajeros es pedagogía. A través de sus cartas, artículos y relatos se perfila también una verdadera ideología

75. *Ibíd.*, p. 144.
76. F. C. Aguilar, *op. cit.*, pp. 105-106.

del viaje; una ideología civilizadora que tiende así mismo a otorgarles a ellos mismos la autoridad, el mérito y el prestigio que ofrece el contacto con las *naciones adelantadas*.

En primer lugar, el viaje a Europa da mérito, crea valor. Ser más útil, más piadoso o más republicano: éstas son, en un primer momento, las virtudes que se le reconocen al viajero, por lo menos antes de que aparezca la corriente de crítica al viaje. En 1880, al regreso de su viaje allende los mares, Tulio y Pedro Nel Ospina reciben en Medellín una carta de Carlos Martínez Silva, quien desde Bogotá los felicita por volver «cargados de ciencia y de merecimientos al hogar paterno y al seno de nuestra sociedad, que tanto los necesitaba a Us. y que tanto bien reportará de sus trabajos»[77]. El discurso fúnebre pronunciado en honor al joven ingeniero José Cornelio Borda, muerto en 1866 en la defensa del Callao contra los españoles, da una buena idea del mérito reconocido a la familiaridad con la civilización europea:

> Todo cuanto vio durante ellos [los años de su estadía en Europa] y de cuanto tuvo conocimiento, lo sujetó su espíritu analizador al más minucioso exámen: leyes y costumbres, museos y bibliotecas, templos y toda clase de edificios urbanos; caminos, puentes y calzadas; arsenales y fortificaciones; sin que se le pasase por alto nada de cuanto ha aglomerado, en aquella parte del globo, el trascurso de los siglos y la civilización sucesiva de cien generaciones. Sus memorias de viaje, que por modestia no había querido publicar, están llenas de curiosas e interesantes observaciones[78].

El viaje a Europa, lejos de ser únicamente utilitario, también refuerza la espiritualidad de los más devotos. Así lo explica Vicente Restrepo cuando recuerda, durante las exequias del presbítero Manuel Tirado Villa, su viaje de 1865 a Londres, París y luego a Italia, en

77. Carta de C. Martínez Silva a T. y P. N. Ospina, Bogotá, octubre 5, 1880, FAES, AGPNO/C/44, f. 6.

78. *Corona fúnebre del coronel D. José Cornelio Borda, ingeniero civil y militar*, Lima, Montemayor, 1866, p. 7.

donde recorrió las iglesias y los lugares santos antes de ir a presentar «el tributo de sus homenajes i de su fe al Pontífice mártir de nuestros días, al Padre de los fieles, Pío IX»[79]. La oración fúnebre pronunciada durante las exequias de José María Vergara y Vergara en 1873 ilustra perfectamente la radical oposición, al menos en el imaginario político, entre el viaje conservador y el viaje liberal:

> Es verdad que nuestros viajeros del mundo se reirán de la *simpleza* y vulgaridad de un colombiano que apenas llega a Europa, va a envolverse en la pesada atmósfera del fanatismo desmintiendo así los avances del progreso que tienen esos países [...] ¿En dónde hay civilización, en el viajero que al presentarse en Europa corre precipitadamente a tomar la copa de Babilonia en los clubs, en los casinos, en los teatros, en los paseos, en los bailes, en las juntas comunistas, en la sociedad perdida y en todos los focos de corrupción en que abundan las sociedades europeas? ¿O en los viajeros que buscan los centros de caridad, las sociedades humanitarias, los templos católicos, los colegios y universidades cristianas, y asisten con placer a oir a un padre Félix, a un Lacordaire, a un Newman, a un Manning, a un Gil o a un Viseman? ¿Donde se adquiere más ciencia para llenar nuestra misión en la tierra, acompañando a Victor Hugo, Rochefort, Gambetta y Garibaldi, o aprendiendo en la escuela de aquel que enseñó: *qui sequitur me non ambulat tenebris, sed habebit lumen vitae*?[80].

El valor religioso del viaje a Europa no solamente reside en el reforzamiento de la piedad, a través de oraciones en lugares santos y bendiciones papales; a veces también, como lo explica con orgullo monseñor Restrepo, consiste en una participación directa en la causa del catolicismo bajo la tutela de las principales autoridades eclesiásticas: «en el mes de julio de 1866, tuvimos la gloria de que el Santo Padre nos dijera en Castelgandolfo estas palabras: 'No debe Ud. re-

79. V. Restrepo, *Sobre la muerte del pbro. Manuel Tirado Villa,* Medellín, 1869, p. 14.

80. A. M. Amézquita, *Oración fúnebre pronunciada por el señor doctor Antonio Amézquita en las honras que por el alma del señor D. José María Vergara y Vergara tuvieron lugar en la Iglesia de San Francisco el día 22 de febrero de 1873,* Bogotá, Imprenta de La América, 1873, p. 17.

gresar todavía a su patria, porque ahora sirve aquí más a la Iglesia'»[81]. Para los liberales, por el contrario, el viaje a Europa tiene principalmente la virtud de reforzar el sentimiento republicano de los viajeros que, habiendo abandonado momentáneamente las «sencillas escenas» de la democracia americana han sido confrontados en Europa con las «intrigas de la aristocracia». En 1862, José María Samper había efectivamente planteado el viaje al Antiguo Mundo como un ejercicio necesario para el fortalecimiento del sentimiento republicano:

> Y por qué dejar tan lejos todo ese mundo que se adora? Es que el demócrata de Colombia necesita nutrir su espíritu con la luz de la vieja civilización y fortalecer su corazón republicano con las severas enseñanzas de una sociedad ulcerada profundamente por la opresión y el privilegio[82].

Recorrer Europa ofrece al viajero colombiano «plebeyo por su nacionalidad, como todo demócrata, educado en la vida republicana» numerosas oportunidades de afirmar su identidad republicana. Presentado en 1859 a la reina de España, Samper, quien se define como «hijo del Nuevo Mundo y Republicano» se niega a besarle la mano ya que, según él mismo explica, se sentiría herido en su «altivez de republicano». Y agrega: «ignoro personalmente los misterios de este mundo de tinieblas [la corte]»[83]. El contacto con Europa tiene en efecto la virtud de fortalecer la conciencia republicana americana, subestimada no solamente por la mayoría de los europeos sino por los mismos hispanoamericanos, quienes, padeciendo una deplorable tendencia a desvalorizar sus glorias nacionales, olvidan que América es la patria de la democracia por excelencia. En eso, los primeros argumentos en favor del viaje a Europa se asemejan a la retórica del patriotismo liberal de los años sesenta. Samper, desde Europa, se

---

81. M. C. Restrepo, *Carta pastoral que el ilustrísimo señor obispo de Pasto dirige a sus diocesanos desde Roma, fuera de la Puerta Pía,* París, Imprenta de Jorje Kugelmann, 1870, p. 7.

82. J. M. Samper, *Viajes...,* t. 1, p. 2.

83. *Ibíd.,* t. 1, pp. 271-272 y 284-285.

esfuerza por fomentar un orgullo nacional basado en los logros institucionales y las conquistas democráticas de una sociedad colombiana transformada por las reformas liberales, y estigmatiza la tendencia a la imitación política, en especial si se refiere a las instituciones monárquicas europeas[84]. Los viajeros conservadores también exaltan el régimen republicano como garantía de independencia; y muchos de ellos deploran las pocas perspectivas republicanas que deja presagiar la Francia del Segundo Imperio.

Poco a poco, sin embargo, el discurso sobre el valor patriótico del viaje a Europa se irá haciendo más complejo, más sutil. El discurso sobre el orgullo republicano se transforma imperceptiblemente en un discurso sobre la madurez política adquirida gracias a la familiaridad con el Viejo continente. La idea de que el distanciamiento de la patria y el contacto con el mundo *civilizado* es factor de madurez política llevaba años abriéndose camino. En 1853 —cinco años antes de cruzar el océano— Samper deplora la falta de experiencia europea o norteamericana en Mariano Ospina, quien «con sólo haber viajado algunos años y conocido a fondo el carácter de la civilización moderna y la estructura de la sociedad inglesa y americana [...] habría dado grandes ideas y bellas instituciones a la República»[85]. A comienzos de los años sesenta un comentador señalaba que el viaje a Europa y a los Estados Unidos le había quitado al dirigente liberal Murillo Toro parte de su intransigencia ideológica, al punto de que comenzaba a pensar en una intervención económica del Estado, cosa inconcebible en él apenas unos años antes[86]. Una vez elegido presidente de la República en 1864, el mismo Murillo recibe una carta de un grupo de damas católicas de la alta sociedad bogotana en la cual le expresan su esperanza de que él, después de haber recorrido varios países donde reina la tolerancia religiosa, tenga en adelante más clemencia

---

84. Cf. J. M. Samper, *El programa de un liberal, dedicado a la convención constituyente de los Estados Unidos de Nueva Granada*, París, E. Thunot, 1861, pp. 9 y 20.

85. J. M. Samper, *Apuntamientos para la Historia*, 1853, citado en E. Gómez Barrientos, *Don Mariano Ospina y su época*, Medellín, Imprenta Editorial, 1913, t. 1, p. 261.

86. A. Parra, *op. cit.*, p. 133.

frente al culto[87]. Unos años después, a comienzos de los ochenta, José María Samper, ya convertido al catolicismo y al conservatismo, se impone como uno de los principales exponentes del discurso de la madurez patriótica a través del viaje.

A finales de 1870 Samper publica en sus memorias tituladas *Historia de una alma* una reescritura de su viaje a Europa entre 1858 y 1862. Su evolución política y espiritual exigía en efecto una segunda versión que permitiera dar de la experiencia-clave del viaje una interpretación más acorde con sus nuevas convicciones. Esta vez, el principal legado del viaje, lejos de ser el fortalecimiento del liberalismo militante, es el acceso a la madurez política. Apartado del espíritu partidista característico de su país y dedicando su tiempo a visitar y estudiar los países y las capitales de Europa, Samper siente desvanecerse, en esa nueva versión, su intransigencia liberal y su intolerancia ideológica[88]. El trato que tiene con varios conservadores colombianos residentes en París (José María Torres Caicedo, Juan de Francisco Martín) lo lleva a reconsiderar sus posiciones políticas y, en especial, a cuestionar el radicalismo liberal de su juventud.

> El hombre esencialmente *americano* comenzaba a ceder el paso, en mi ser moral, cuando ya casi se despedía de la primera juventud, al hombre *cosmopolita*, modificado por las enseñanzas del Viejo Mundo, que comenzaba a entrar en la madurez de sus impresiones y pensamientos[89].

La influencia benéfica de su permanencia en Europa aporta a Samper la convicción de que el patriotismo debe trascender el espíri-

87. J. M. Cordovez Moure, *Reminiscencias, Santafé y Bogotá*, citado en *Centenario de Murillo Toro, Homenaje de la Junta Nacional*, Bogotá, Águila Negra Editorial, 1916, p. 103.

88. Se le reconoce entonces unánimemente al alejamiento del contexto nacional la virtud de engendrar una visión menos partidista. Vicente Restrepo explica por ejemplo en sus memorias: «Alejado de las luchas políticas por mi educación enteramente francesa, e ignorante de nuestra historia contemporánea, que aún no había pensado en estudiar, yo no me sentía miembro de ningún partido». V. Restrepo, *op. cit.*, p. 30.

89. J. M. Samper, *Historia...*, p. 266.

tu del partido. En una discusión en el café Mazarin en París, Samper toma la defensa del conservador Mariano Ospina, entonces presidente de la Nueva Granada, contra las acusaciones de traición a la patria que le hacen sus compañeros liberales apoyados por los franceses. Samper, causando gran asombro, se justifica con vehemencia:

> Aquí soy *neo-granadino* más que liberal. Aquí no tengo *bandera de partido* sino la bandera *nacional* de mi patria, y no consiento en que delante de mí y de ciudadanos que no son compatriotas, se insulte al *presidente de mi país*[90].

El sentimiento, siempre dominante, de hacer patria al trabajar en Europa para que Colombia figure en la escena de las naciones explica por qué aquellos que atraviesan el Atlántico elaboran progresivamente una verdadera ideología del viaje patriótico. El contacto con Europa parece crear automáticamente el deseo de consagrarse al progreso nacional. En 1879, de regreso de Francia, el político liberal Ramón Gómez anota:

> Es imposible que el que haya permanecido algun tiempo ausente de su país no sienta al regresar un vehemente deseo de ayudar a la prosperidad de su patria, i al mantenimiento de la paz pública. Es en el estranjero donde se desarrolla con más fuerza el sentimiento de la fraternidad para con sus conciudadanos, i donde se percibe claramente el inmenso mal que producen esas ajitaciones constantes de la política que al fin enjendran el descrédito i la inseguridad i alejan los capitales i los empresarios de esas ricas naciones, que andan buscando en lugares nuevos una colocación más ventajosa[91].

Cuando en 1881 Carlos Holguín relata su encuentro con Ferdinand de Lesseps, lo que le permite dar a sus compatriotas noticias del pro-

---

90. *Ibíd.*, p. 175.
91. Ramón Gómez, *Apuntes de Viaje*, Bogotá, J. B. Gaitán, 1880, p. 15.

yecto de canal interoceánico, muestra su preocupación por el éxito del proyecto:

> Porque una de las cosas que no sabemos allá es cómo se desarrolla en nosotros por acá el amor por aquel pedazo de tierra infortunada que se llama la patria ausente; y mientras más pequeña y desgraciada la vemos, más nos interesamos por ella[92].

Patriotas por su función de intermediación cultural, los viajeros lo son también por convertirse ellos mismos en hombres experimentados, maduros, calificados, y por tanto aptos para dirigir los destinos de la nación. Preocupados por aumentar su prestigio personal en la patria, los viajeros tienden también a dedicar muchos esfuerzos a la promoción de su propia experiencia europea.

El prestigio de la experiencia europea, obviamente, no es algo nuevo en Colombia. En 1846, la elocución «peninsular» del joven Julio Arboleda, educado en Europa, había causado gran impresión en el Congreso:

> Su primer discurso causó sensación extraordinaria pues nunca tal vez se había oído en la tribuna de este país ese género de elocuencia literaria y compuesta, tanto en el fondo como en la forma. La forma sobre todo: los ademanes, las inflexiones de la voz, la pronunciación española de c y la z, denotaban estudios teóricos del arte y buenos ejemplos de los países europeos, en donde aquél había recibido su primera educación[93].

A medida que se generaliza el viaje al exterior, se extiende la idea de que la sociedad colombiana debe gratitud y reconocimiento a aquellos que contribuyen, de una manera u otra, a la tarea patriótica de dar a conocer mejor la patria en las naciones civilizadas,

---

92. C. Holguín, «Revista de Francia», *El Repertorio Colombiano,* Bogotá, enero, 1881, p. 86-87.

93. S. Camacho Roldán, *Memorias,* Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946, t. 1, p. 156.

hacen resonar su nombre en los cenáculos eruditos del Viejo Mundo, difunden mediante la prensa sus conquistas republicanas y hacen figurar sus productos en las exposiciones universales. Las noticias de las colonias hispanoamericanas de Europa que difunde la prensa colombiana evocan irresistiblemente la metáfora de un teatro donde la masa de lectores colombianos observa desde la tribuna la actuación de sus compatriotas en el escenario de las capitales europeas. En 1872, la madre de Rafael Reyes, en ese entonces joven exportador de quina, lee en el periódico *El Americano* el discurso pronunciado por su hijo con ocasión de la celebración del 20 de Julio en París: «Este periódico fue a Bogotá en donde estaba mi madre. Mi tío José Prieto se lo llevó, y cuando lo leyó derramó lágrimas de satisfacción, las que cayeron en la carta que me escribió en esa ocasión»[94].

Ese mismo año, el secretario del Interior felicita a Nicolás Pereira Gamba por sus actividades de promoción nacional en Europa[95]. Tres años más tarde, el secretario del Interior y de Relaciones Exteriores exalta la labor de promoción que realiza Adriano Páez con la *Revista Latinoamericana*, y lamenta profundamente que el presupuesto de 10.000 pesos aprobado el año anterior para publicar una obra sobre Colombia, no haya sido prorrogado. Si la revista hubiera sido publicada sistemáticamente en inglés o en francés, explica, habría sido de una enorme utilidad para el país[96]. Otro ejemplo: el nombramiento de Ezequiel Uricoechea como profesor de árabe en la Universidad Libre de Bruselas aparece en todos los periódicos de Bogotá. Su ami-

---

94. R. Reyes, *Memorias 1850-1885*, Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1986, p. 97.

95. «El Poder Ejecutivo [...] aplaude y recomienda su conducta patriótica pues de la manera más desinteresada hizo cuanto estuvo a su alcance, durante su viaje, por dar a conocer en el extranjero nuestras instituciones, la riqueza i los productos de nuestro suelo, i el grado de adelanto que han alcanzado las letras y las artes en este país». Carta de G. Colunje, secretario del Interior a N. Pereira Gamba, Bogotá, agosto 9, 1872, AGN, SREMI, t. 82, f. 1004.

96. «Entre esas publicaciones [destinadas a dar a conocer los progresos del país y los recursos de su suelo], debo recomendar especialmente la que ha estado haciendo el Cónsul en el Havre, señor Adriano Páez». *Int. 1875*, p. 146.

go Miguel Antonio Caro anuncia su nombramiento y le transmite «la felicitación que le envía la patria regocijada»[97].

No obstante, el reconocimiento a las proezas de los viajeros en Europa no siempre resulta tan fácil ni tan fluido. Muchos indicios sugieren que en ciertas ocasiones los viajeros necesitan recordar a sus compatriotas o a su gobierno que ellos merecen su consideración. ¿A qué más atribuir —a no ser a la pura y simple vanidad, que en algunos casos no deja de ser muy probable— esas largas listas de títulos de todo género acumulados durante su permanencia en Europa? A José María Samper se le presenta en el frontispicio de uno de sus libros como «I.C. [Insigne Corresponsal] de la Real Academia española, [...] miembro de varias sociedades sabias»; de su amigo Torres Caicedo se recuerda, en un libro publicado en París en 1865, que es «ex-encargado de negocios de Venezuela, oficial de la Legión de Honor, miembro de la Sociedad de Economía Política de París, de la Asociación para el Desarrollo de las Ciencias Sociales, etc., etc.»[98].

A veces, la búsqueda del reconocimiento gubernamental apunta, más que a la obtención de un apoyo oficial, a la pura satisfacción del reconocimiento. Así, en 1868, José María Triana da cuenta a su cuñado Lorenzo María Lleras del envío por parte del cónsul en París de un reporte elogioso sobre su trabajo en la exposición de 1867 y le pide que se encargue de hacerlo saber en Colombia: «Traten que no pase desapercibido y que lo publiquen», y le hace llegar dos copias en bronce de la medalla obtenida en la exposición: «Si lo creen útil ofrezcan a mi nombre uno de los facsímiles de la medalla al Congreso, y hagan buen uso de los otros documentos»[99]. Las luces de Europa, cuyos reflejos se distinguen en Bogotá, en Popayán o en Medellín, son también las que difunden los compatriotas que brillan en la prestigiosa escena de las capitales europeas.

---

97. *El Zipa*, noviembre 2, 1878, citado en A. Uricoechea, «Ezequiel Uricoechea y Rufino J. Cuervo», *BHA*, agosto, 1917, p. 635.

98. J. M. Torres Caicedo, *Les principes de 1789 en Amérique*, París, Dentu, 1865.

99. Carta de J. J. Triana a L. M. Lleras, París, abril 7, 1868, citada en A. Soriano Lleras, *Lorenzo María Lleras*, Bogotá, 1958, p. 204.

Mientras que los colombianos radicados definitivamente en Europa no tienen mucho que esperar del reconocimiento de sus labores patrióticas, aquellos —los más numerosos— que quieren volver al país, saben que pueden sacar cierto provecho político de su estadía allende los mares. El estudio de la densidad política del viaje revela una relación intensa entre los políticos y sus partidas o retornos, desde Europa, a la patria.

El paradigma del regreso desde el extranjero para salvar la patria comienza entonces a imponerse como una de las etapas obligadas en la carrera de todo gran hombre de Estado. Bolívar regresando a América luego de haber jurado en Roma su emancipación, o Santander, quien vuelve del exilio en 1832 para tomar las riendas de la Nueva Granada, proveen los modelos de referencia. Julio Arboleda, quien deja París en 1860 con la firme intención de salvar la Confederación Neogranadina de las garras de su tío, Tomás Cipriano de Mosquera, ofrece sin duda el primer caso de un «regreso patriótico» en la segunda mitad del siglo XIX. Le sigue de cerca Murillo en 1864, quien, siendo ministro de Colombia en los Estados Unidos, es elegido presidente. Murillo llega a la patria como presidente electo en un navío de guerra norteamericano, puesto a su disposición por Lincoln. Al año siguiente, Mosquera, a solicitud de sus partidarios, vuelve de Europa para salvar la patria. El retorno patriótico figura igualmente entre las etapas esenciales de la vida de los grandes prelados: a comienzos de la década de 1870, monseñor Bermúdez y monseñor Restrepo, nombrados obispos de Popayán y Pasto respectivamente, regresan a la patria desde Roma —después de asistir al Concilio Vaticano— para salvar a Colombia de la impiedad liberal. Rafael Núñez, quien deja Europa en 1874 después de haber sido elegido senador, sigue los pasos de muchos de sus ilustres predecesores: convencido por las promesas de sus copartidarios, navega hacia Colombia seguro de que será el candidato liberal de las elecciones de 1875, es decir, el presidente de 1876 a 1878. Las intrigas electorales de los liberales lo deciden sin embargo de otro modo, y Aquileo Parra, finalmente elegido como candidato oficial, gana las elecciones con-

tra Núñez —convertido mientras tanto en candidato independiente— quien deberá esperar unos años más para ocupar el solio presidencial.

Esas travesías transatlánticas brindan numerosas oportunidades de dirigirse a la nación con énfasis, gracias a la solemnidad que brinda la distancia. Las más grandiosas declaraciones, las más patrióticas y más proféticas también son las que se lanzan, impregnadas de los sentimientos encontrados de la partida, desde los muelles donde se embarca para atravesar, en un sentido u otro, el imponente océano: *Para la historia,* panfleto escrito en 1856 en París por José Hilario López, o el mensaje titulado *A la nación* que, cuarenta años después dirige Rafael Reyes a sus compatriotas desde la capital francesa en momentos en que se prepara para volver a Colombia a presentarse en las elecciones presidenciales de 1897, ilustran el soplo grandioso que el espacio atlántico da a las declaraciones políticas.

Pero la relación privilegiada que mantiene el político con el viaje no sólo es de regreso; también es de ida. Aquí también Bolívar, muerto en Santa Marta en 1830 antes de embarcarse para Europa, brinda un augusto antecedente: la suerte del gran hombre de Estado colombiano, según el paradigma bolivariano, es la de cosechar la ingratitud de sus compatriotas. Rafael Núñez, quien regresa de Europa para acceder finalmente, unos años después, a la presidencia, parece haber sido el hombre de Estado más obsesionado por volver a atravesar el océano. En 1886, el cónsul de Francia, Daloz, observa perplejo las veleidades de volver a Europa de un Núñez en la cima de su gloria. Más allá de una explicación, algo anticuada, sobre el «genio imitador» de las «razas latinas», Daloz presiente la indefinible densidad política de esos anhelos de partida:

> Es muy difícil, en definitiva, conocer la verdad sobre sus movimientos proyectados y la realidad de sus móviles. Yo me inclino a creer que él querrá ensayar la alternancia de estadías en el extranjero con el ejercicio presidencial puesto que el ejemplo del éxito conseguido así por Guzmán Blanco parece haber tenido una fuerte impresión en todos los personajes preponderantes de las repúblicas

> hispanoamericanas, y el genio de las razas a las que pertenecen es esencialmente imitador[100].

Núñez, efectivamente, no deja de pensar en un regreso a Europa, sin duda para asumir plenamente su destino de hombre de Estado. «Si yo no consigo, por milagro, restablecer el concierto, tendré que expatriarme pues no quiero autorizar los funerales de la patria» escribe al gobernador de Antioquia, Marceliano Vélez en 1887[101]. Unos meses más tarde resume a Vélez sus tentativas de salida y le advierte que no se sorprenda si sus planes se hacen realidad:

> No habrá poder humano ni consideración que me cierre el camino de la expatriación [...] Sólo Dios ha podido hacer de mí un gobernante, pero no tengo vocación para ello. En 1884 estuve resuelto a emigrar y por eso demoré mi venida a Bogotá. En Agosto de 1886 estuve con equipaje listo, y un retraso de cuatro horas del vapor fue la verdadera causa de haberme quedado pues durante el retardo llegaron a Cartagena las noticias de la revolución proyectada entonces. Todo esto se lo comunico sencillamente, como lo siento, y a fin de que no le produzca sorpresa mi súbita manera de proceder en un momento dado[102].

Los imperativos de la política nacional impedirán, sin embargo, que Núñez realice sus designios: «Precisamente para no desentenderme de los asuntos nacionales y del partido no me marché para Europa» escribe a Pedro Nel Ospina en 1889[103]; efectivamente, cuando la muerte lo sorprende en su ciudad natal de Cartagena, en sep-

---

100. Carta del cónsul Daloz al M. A. E. de Francia, Bogotá, abril 11, 1886, citada en L. C. Ortiz, *La correspondance politique des diplomates français en Colombie*, Université de Paris I, 1989, p. 349.

101. Carta de R. Núñez a M. Vélez, Cartagena, marzo 17, 1887. BLAA, Mss. 674, pieza 38.

102. Carta de R. Núñez a M. Vélez, Anapoima, septiembre 20, 1887, BLAA, Mss. 674, pieza 46.

103. Carta de Núñez a P. N. Ospina, Cartagena, julio 11, 1889, FAES, AGNO/C/44, f. 9.

tiembre de 1894, no es hacia Europa sino a Bogotá donde pensaba embarcarse, a fin de retomar su cargo de presidente que había delegado al vicepresidente Miguel Antonio Caro. Otros no realizaron su proyecto a causa de otro obstáculo de la política nacional: el «vértigo», la «locura» de la guerra civil. En 1861, Julio Arboleda, al despedirse del médico francés Charles Saffray, quien lo siguió por un tiempo en su campaña militar contra las fuerzas mosqueristas, le confía su temor de no poder volver a Francia en donde dejó a su familia y a sus más queridos afectos. Su funesto presentimiento se hará realidad: ya que será asesinado unos meses después[104]. Dos décadas más tarde la historia se repetirá, esta vez en las filas liberales: seis días antes de encontrar la muerte en la hecatombe de La Humareda, la batalla que marcará el aniquilamiento de la rebelión liberal de 1885 contra el gobierno de Núñez, el liberal Luis María Lleras expresa a su compadre Rufino José Cuervo, instalado en París, su anhelo irrealizable de dejarlo todo y llegar a Europa para sustraerse a la absurdidad de la guerra:

> Compadre, la guerra es un vértigo, es una locura, una insensatez; y los hombres más benévolos se vuelven bestias feroces; el valor del guerrero es una barbaridad; pero cuando uno toma las armas, no puede, no debe dejarlas en el momento del peligro, no puede volver la espalda a amigos, enemigos y hermanos, sin cometer la más baja de las acciones, sin ser un cobarde y un miserable. Preciso es que responda yo de mis acciones en las horas de prueba y amargura; que mi carácter se temple en la adversidad, y que cumpla hasta el fin con las obligaciones que me impuse de soldado, y con las del patriotismo, como yo las entiendo. Perdone, compadre, toda esta palabrería vacía quizá de sentido para quien juzga las cosas con ánimo tranquilo y desapasionado; pero es el caso que no acierto a explicarme, y que sin embargo tengo que buscar una escusa para no tomar hoy mismo el vapor de la Mala, satisfaciendo así una de mis

---

104. C. Saffray, *Viaje a la Nueva Granada*, Bogotá, Incunables, 1984 [1ª. ed., *Le Tour du Monde*, París, 1872], p. 258.

> mayores aspiraciones: hacer un viaje a Europa y estrechar a Ud. y a Ángel entre mis brazos[105].

Antes de dejarse invadir por un irresistible deseo de volver a irse, el progresivo ascenso de Rafael Núñez hacia la presidencia a finales de los años setenta constituye sin duda el más perfecto ejemplo de utilización política de la legitimidad brindada por la estadía en Europa. Gozando ya, a través de sus correspondencias publicadas en los periódicos colombianos durante sus años europeos, de una imagen de hombre de Estado familiarizado con la política internacional, y pasando por alto las críticas de algunos de sus adversarios que pretenden pintarlo como un hombre demasiado cosmopolita[106], Núñez sabe utilizar mejor que nadie el prestigio europeo durante su carrera a la presidencia. Una vez sentado en el solio presidencial, seguirá utilizando el discurso de la experiencia europea como fuente de competencia y de legitimidad, difundiéndolo incluso a través de sus colaboradores. El discurso al Congreso en 1885 del ministro de Gobierno, Diógenes Arrieta, es una obra maestra del género. En ese texto que, sin mayor sorpresa constituye una apología de Núñez, el programa político de la Regeneración es presentado como un producto directo de su experiencia en Europa:

> A poco de terminada la revolución que coronó su triunfo con la Constitución de 1863 y la reorganización política de la República, el

105. Carta de Luis María Lleras a R. J. Cuervo, Barranquilla, junio 11, 1885, en G. Hernández de Alba (ed.), *Epistolario de Rufino José Cuervo con Luis María Lleras y otros amigos y familiares*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1969, p. 150.

106. Rafael Núñez, al regresar a Colombia para participar en la lucha electoral de 1875, es acusado por sus adversarios políticos de no tener suficiente «arraigo» en el país. Eduardo Posada Carbó, *Elections and civil wars in Nineteeth Century Colombia: the 1875 presidential campaign*, *JLAS*, N°. 26, 1994, pp. 621-649. En 1862, J. M. Samper expresaba ya sus temores acerca de los reproches que no dejarían de hacerle sus copartidarios por no haber «participado de los sacrificios y peligros de la lucha, por estar *gozando* en Europa». Carta de J. M. Samper a T. C. de Mosquera, París, junio 28, 1862, ACC, FM, D42949, f. 5.

Doctor Rafael Núñez siguió a Europa, nombrado Cónsul de Colombia en Liverpool. Allí permaneció diez años[107]. Hemos dicho en otra parte, y queremos repetir aquí, que la ausencia de la Patria, siquiera por un corto tiempo, es semejante a la perspectiva aérea que el Ticiano trajo a la pintura; suaviza los toques fuertes, rectifica o esconde las innobles depresiones de las líneas en las figuras de los hombres y en los contornos de los hechos, y comunica a todo el cuadro el tranquilo apacible color del cielo querido que le sirve de fondo.

Los pequeños rencores que aquí nos agitan, estos rencores de cada día, esta fragua de mezquinas pasiones que sopla a cada instante sobre las inspiraciones de la conciencia y sobre los impulsos de la voluntad; esta atmósfera viciada, en que necesariamente nos sentimos arrastrados a estimar a los hombres y a los partidos con el criterio de una ambición no satisfecha, o bajo la impresión de los favores de un día, no nos acompañan fuera de la Patria.

Ocultas las riberas nativas entre las brumas del horizonte lejano, y llegada la primera hora de melancolía por los afectos que quedan detrás, el espíritu del hombre sacude al punto el polvo de estas miserables rencillas lugareñas que aquí amancillan el carácter, envenan los ánimos y extravían la voluntad.

Libre, así, el entendimiento de preocupaciones, y transportado a la región más alta y más serena, solo obran ya sobre él, en tratándose de la Patria, los móviles de los grandes intereses, los estímulos del bien, de la verdad, y del amor. Desaparecen entonces las líneas divisorias de los bandos políticos, la acritud de nuestras controversias, la intolerancia de nuestras costumbres: el compatriota se torna en hermano, y el sentimiento de la rivalidad política en sentimiento fraternal[108].

Sigue una larga digresión sobre la manera en que la observación cotidiana de la política inglesa permitió que Núñez adquiriera una gran madurez en el manejo de los asuntos de Estado, además de un verdadero espíritu patriótico.

---

107. Se trata de una ligera distorsión en cuanto a los países de residencia de Núñez en Europa: cf. capítulo 8, «Inglaterra: la atracción del liberalismo conservador».

108. Diógenes Arrieta, *Exposición preliminar a la Memoria de Gobierno de 1885*, pp. CXX-CXXI.

La lectura del discurso de Arrieta permite fácilmente comprender hasta qué punto los colombianos que no habían cruzado el océano podían irritarse con tanta retórica sobre el mundo exterior. Los argumentos de los ideólogos del viaje, en efecto, llevan implícitamente a la conclusión de que aquellos que no han viajado no pueden ser verdaderos patriotas ni alcanzar una verdadera visión política. La virulencia de los términos utilizados por Arrieta («esta fragua de mezquinas pasiones», «esta atmósfera viciada», «miserables rencillas lugareñas que aquí amancillan el carácter, envenan los ánimos y extravían la voluntad», etc.) es reveladora de los excesos de la ideología del viaje. No es asombrosa por tanto, la vehemencia de la respuesta de sus detractores.

La crítica del viaje: una experiencia inútil y nociva

Lo que buscan ante todo los detractores del viaje es demostrar la inutilidad y la nocividad de una estadía en el Viejo Mundo, y el primer capítulo de la crítica del viaje apunta a la creciente tendencia de enviar a los jóvenes colombianos a estudiar a Europa. Solos o vagamente supervisados por un familiar, un amigo, o, peor, un comisionista, los jóvenes estudiantes están expuestos a todos los riesgos de depravación que presentan las capitales europeas, y París en particular. En 1862, desde la capital francesa, Uladislao Vásquez manifiesta a Mariano Ospina su deseo de no dejar a sus hijos allá cuando tenga que regresar a Medellín:

> Esta ciudad es sumamente peligrosa para un joven de la edad de Pedro, i por esto estoi haciendo lo posible por llevarmelo a trabajar, persuadido como estoi que aquí no hace sino perder su tiempo, gastar más de lo que debería gastar i esponerse a mil males con la prostitución que aquí reina[109].

París, capital de los estudiantes hispanoamericanos, aparece también como capital del vicio y de la inmoralidad; algunos ejemplos de

109. Carta de U. Vásquez a M. Ospina, París, diciembre 29, 1862, FAES, AMOR/C/11, f. 245.

descarrío estudiantil lo atestiguan, como el de Jesús Buitrago, financiado por el Liceo Granadino para estudiar violín en París, o el de Darío Mazuera, su compañero de perdición. En 1889, el periódico *El Heraldo* de Bogotá relata el suicidio en París del joven médico Alejandro Restrepo Restrepo. Este joven abusaba de la morfina y había comenzado a consumir cocaína poco antes de su muerte[110]. Las justificaciones al respecto son a veces más elocuentes que los episodios conocidos. Así, Vicente Restrepo siente la necesidad de escribir en su autobiografía, cuando evoca su vida estudiantil en un colegio religioso de París, que su «vida en Passy fue inocente y pura»[111]; y más adelante, evocando su amistad parisina con el futuro presidente del Ecuador, Gabriel García Moreno: «Más de un año vivimos en la grata intimidad que produce la afición a la ciencia, sin pensar en asomarnos una sola vez a los bailes y los cafés del barrio latino»[112]. En 1892, la noticia necrológica del joven Andrés Carrasquilla, un estudiante de medicina muerto en París a la edad de 25 años, publicada en el periódico parisino *Les Deux Amériques*, da una idea de las sospechas que podía suscitar la muerte prematura de un estudiante en una capital europea. El redactor explica que el joven Carrasquilla murió por exceso de trabajo y no de cualquier otra enfermedad: no estaba acostumbrado a las diversiones vulgares[113]. El temor a la depravación lleva por lo tanto a cuestionar la creencia en los beneficios de la educación europea. «Yo no mandaría por mi cuenta ningún jóven a educarse en Paris a no ser en el seminario de San Sulpicio o en los colegios dirijidos por los jesuitas»[114] escribe monseñor Restrepo en 1871. Este miedo a las malas influencias no es en ningún caso exclusivo de las sensibilidades conservadoras que tienden a ver en Europa en general, y en París en particular, un nido de

110. *El Heraldo*, Bogotá, noviembre 20, 1889.

111. V. Restrepo, *Apuntes autobiográficos con comentarios y notas del padre Daniel Restrepo S. J.* [en adelante: *Apuntes*...], Bogotá, Editorial Centro, 1939, p. 15.

112. *Ibíd.*, p. 17.

113. *Les Deux Amériques*, París, septiembre 25, 1892.

114. M. C. Restrepo, *op. cit.*, p. 49.

vicios y de irreligión. Los liberales, al igual que los conservadores, temen por los peligros a los que podrían exponer a sus hijos al enviarlos a estudiar solos en las capitales europeas.

Otra objeción fundamental reside en la idea de una inadaptación de la educación recibida en Europa a las necesidades de los jóvenes colombianos. Inadaptación de conocimientos en primer lugar. ¿Será que una formación europea puede prepararlos adecuadamente para la realidad colombiana? Medardo Rivas lo duda y aconseja a los padres de familia una solución más acorde con la realidad que optar por la escuela superior londinense en la que inscribió a sus hijos: «a propósito de este vivo deseo, me atrevo a dar un consejo a los hombres acomodados de Colombia, y especialmente a los de nuestras tierras cálidas, que, deseosos de educar a sus hijos, los envían a Alemania a que mueran tísicos, a Francia a corromperse o a Inglaterra a inutilizarse, y es el de que en vez de mandarlos a iniciarse en los misterios de una civilización que ningún punto de contacto tiene con la de las tierras cálidas de nuestro país y de la cual por mucho que aprendan, nada pueden aplicar, los envíen a Jamaica»[115]. Sin embargo, el discurso de la inutilidad en Colombia de los conocimientos adquiridos en Europa no es fiel reflejo de la realidad: el predominio de la medicina y la ingeniería, disciplinas universales, en las carreras de los estudiantes colombianos en Europa, lo demuestra muy claramente. En realidad, ese sentimiento de inadaptación se debe menos a una duda real sobre la utilidad de los conocimientos acumulados que al temor a que una larga permanencia en Europa durante los años decisivos de la juventud pueda volverlos dependientes, de manera irreversible, de un modo de vida inadaptado a la realidad de su país. Adolfo Harker expresa en sus memorias sus dudas en cuanto al carácter benéfico de su formación en Inglaterra:

> Sea como fuere, mi permanencia de cerca de cuatro años en Inglaterra en la edad en que el medio en donde uno vive puede obrar decisivamente sobre el carácter y sobre las ideas, produjo sus efectos en mí,

115. M. Rivas, *op. cit.*, p. 136.

> no sé si para mi bien o para mi mal. Me inclino a creer que más para lo último que para lo primero, porque es una desgracia tener ideas y costumbres que no son en general las de la tierra en que se vive[116].

En fin, los estudios en Europa resultan extremadamente costosos. En 1876, Felipe Zapata confiesa desde Londres a Aquileo Parra sus incertidumbres sobre la utilidad de la educación en Inglaterra de un joven compatriota llamado Wenceslao a quien supervisa en ausencia de su padre:

> Wenceslao está muy grande, ha mejorado moralmente mucho y ya habla inglés; pero por lo demás creo que ha aprendido poco [...] Como ya es un hombre quiere disponer de mucho dinero; y aunque yo no le doy sino tres chelines semanales, sus gastos aquí son fuertes y creo que no corresponden a la utilidad que sacará del viaje. En mi anterior le manifesté que si Don Casimiro aspira a que Wenceslao sea hombre ilustrado en ciencias y letras, debiera ponerlo en la Universidad de Bogotá. Aprender un oficio aquí cuesta mucho dinero, pues exigen un fuerte premio anticipado, y si el alumno no tiene aplicación y disposiciones se corre el riesgo de perder el dinero. Wenceslao sin embargo ha ganado mucho con el viaje en robusteza, moralidad y buena educación. Bajo este punto de vista no se ha gastado mal el dinero, pero temo que sus conocimientos científicos no causarán asombro en Colombia[117].

En 1856, Vicente Restrepo, quien estudia en París, disuade a su padre de enviar a su hermano menor Pastor: siendo aún tan joven, correría el riesgo de ser víctima de la disipación reinante y hacerlo viajar para que sólo aprenda inglés y francés tampoco se justificaría. Una temporada breve sería más provechosa: «Como Pastor debe venir a Europa tarde o temprano, me parece que haría bien en mandarlo con Wenceslao [otro hermano de Vicente y Pastor]; así podría viajar

116. A. Harker, *op. cit.*, p. 23.

117. Felipe Zapata, Cartas a Aquileo Parra, Londres, marzo 3 y abril 10, 1876, BLAA, Mss. 426.

con fruto, pues como yo conozco un poco estos países, le haría observar lo que valga la pena»[118]. Igual para su hermano Wenceslao: «Para él espero que este viaje tendrá mucha utilidad, pues todo va a ser una observación continua»[119]. En fin, después de un análisis completo del sistema educativo francés realizado en París en 1879, Ramón Gómez concluye que los estudios en Europa sólo se justifican en caso de una educación superior especializada, inasequible en Colombia, y en ningún caso para estudios secundarios[120].

La prudencia prevalece efectivamente en el momento de considerar la posibilidad de estudios en Europa. Se pesan con sumo cuidado ventajas y desventajas y las más de las veces la conclusión es negativa, lo que explica que el recurso de los estudios en el exterior se limite generalmente a las carreras deficientes o inexistentes en el país como la medicina, la mineralogía y la ingeniería: en ello no hay nada de frenesí ni de moda irracional. La percepción de una tendencia a la autodesvalorización nacional explica la obstinación de los detractores del viaje en contra de quienes deciden enviar ciegamente a sus hijos al extranjero. Pero éstos son muy pocos, y la crítica de los estudios en Europa revela otra motivación latente: denunciar la avidez de los representantes de las «clases emergentes» que buscan acceder —ellos o sus hijos— al prestigio social que ofrece el viaje a Europa.

Otra corriente de la crítica del viaje, en tono sarcástico, se concentra en las irritantes manías y las excesivas pretensiones de los viajeros. La sátira de los viajeros se impone pronto como forma predilecta para denunciar la fiebre del viaje. Pedro María Moure, radicado definitivamente en París, desata la polémica con el prefacio que escribe en 1861 para el relato de viaje a China de su compatriota Nicolás Tanco. Mientras tanto, la literatura costumbrista ve prosperar un nuevo personaje, entre ridículo y despreciable: el colombiano que ha viajado a Europa y espera convertir a su regreso esta experiencia en fuente de prestigio.

118. V. Restrepo, *Apuntes...*, p. 23.
119. *Ibíd.*, p. 19.
120. R. Gómez, *op. cit.*, pp. 68-75.

El vergonzoso comportamiento de ciertos compatriotas en las capitales europeas, en donde se creen sustraídos al juicio de sus semejantes, inspira descripciones igualmente incisivas.

La tendencia de las elites hispanoamericanas a viajar y a instalarse en Europa es pintada por sus detractores como una aberración, un movimiento antinatural, una emigración a la inversa. La necesidad de poblar un país como Colombia para que sea labrado, cultivado y civilizado es tan grande que no se justifica que familias enteras abandonen el suelo natal para ir a las capitales sobrepobladas del Viejo Mundo. La argumentación patriótica ocupa un lugar considerable en la denuncia de la «emigración» americana hacia Europa. En un texto de 1861, Moure, citando a Lamennais, Musset, Chateaubriand, De Maistre, Sterne, se pronuncia en contra del viaje, que describe como una indefendible frivolidad:

> Si las facilidades para viajar seducen a los unos, las dificultades y la mayor distancia parece que empujan a los otros, sobre todo a los americanos del Sur, que invirtiendo la tendencia general de la emigración despueblan nuestra América para poblar la Europa; confundiendo así la oficina estadística que no puede explicarse el fenómeno del poco aumento de la población del nuevo mundo. Viejos, jóvenes, niños, mujeres, todos vienen a Europa, principalmente a París, en donde cada república ha fundado una colonia en cuyo seno se cumplen todos los actos solemnes de la existencia: nacen, crecen, se educan —así lo esperamos— se casan, se multiplican y hasta mueren[121].

En 1886, el periodista Ricardo S. Pereira escribe desde París para la revista *Colombia Ilustrada* un artículo titulado «Inmigración y emigración». Al recordar que la máxima según la cual «aumento de población equivale a aumento de riqueza» es completamente desconocida en la América andina, presenta la emigración hacia Europa como una

121. P. M. Moure, Introducción a N. Tanco Armero, *op. cit.*, p. VI-VII.

quimera que desemboca en la mayoría de los casos en el fracaso y finalmente en la miseria; por el contrario, la suerte de haber nacido en América es algo que muchos europeos quisieran poder comprar. En respuesta a la célebre frase de un Bolívar desengañado, Pereira concluye: «De Europa o Asia, donde hay países que padecen plétora de población, puede emigrarse a Europa; de América sólo puede y debe emigrarse a América»[122].

La denuncia de la «emigración» americana hacia Europa revela obviamente cierta exageración. Que cierto número de familias adineradas vayan a vivir algunos años a Europa es indiscutible; que América del Sur se quede por ello despoblada es obviamente falso. Los argumentos de los detractores del viaje alimentan en realidad cierta confusión: utilizando la retórica del poblamiento civilizador, ellos hacen referencia principalmente al ideal agrario de la colonización. Sin embargo, los americanos que «emigran» a Europa tienen un perfil muy diferente: se trata a lo sumo de una «fuga de cerebros» de la cual un Triana, un Uricoechea o un Rufino Cuervo dan buenos ejemplos. El peso de las enemistades políticas y las difíciles condiciones de la actividad científica y erudita en Colombia explican esta emigración calificada y amargamente deplorada por algunos[123].

Como corolario de la sátira de las modas europeizantes[124], la literatura costumbrista acoge un nuevo personaje: el colombiano presumido que ha viajado a Europa. En 1866 aparecen los dos primeros especímenes del género: el «Marqués de Gacharná» —descrito por

122. R. S. Pereira, «Inmigración y emigración» [texto fechado en París, enero 1, 1886], *Colombia Ilustrada*, mayo 15, 1889, p. 45.

123. Rafael Reyes escribe en sus memorias respecto de J. M. Torres Caicedo: «Se vió obligado a expatriarse, como lo han hecho multitud de colombianos por iguales causas, llevando sus capacidades y energías a otros países, mientras el propio carecía de ellas y quedaba en poder de hombres apasionados. Esta es una de las causas principales del atraso y ruina de Colombia». Lamenta también que los hijos de José Jerónimo Triana, Antonio y Andrés hayan escogido realizar su carrera industrial en Barcelona, en lugar de hacerlo en Colombia: «Estas fuerzas podrían haber servido a su patria». R. Reyes, *op. cit.*, pp. 96-97.

124. Cf. capítulo 3, «El nacimiento del culturalismo conservador».

Vergara y Vergara en *Las tres tazas*— quien antes de recibir «a la francesa» a sus amigos bogotanos «logró ir a París: vivió en un quinto piso, devorando escaseces dos años mortales»[125] y «Boca-de-lobo», esbozado por Joaquín Borda para el *Museo de cuadros y costumbres*, primera recopilación del género costumbrista en Colombia y publicada el mismo año por la tertulia de El Mosaico[126].

El personaje central de *Un viajero*, apodado «Boca-de-lobo» a causa de sus mandíbulas caídas, es descrito por Borda como un «pobre diablo». De modesto origen provincial, sin éxito en sus primeras incursiones en la política pueblerina y hasta desafortunado en el amor, Boca-de-lobo aparece desde un comienzo como un fracasado y un resentido. Se queja de no poder alcanzar sus aspiraciones «a causa, según decía él, de las injusticias sociales»[127]. Favorecido por una inesperada herencia, decide embarcarse para Europa. En Francia, Inglaterra y España dilapida rápidamente su pasajera fortuna. Enceguecido por un lujo comprado, se siente subir de *status* e intenta, sin lograrlo, comprar un título de nobleza en España antes de regresar a Colombia sin un centavo en el bolsillo. El narrador lo encuentra un día en una calle de la capital. Su apariencia física revela una extraña mezcla de pobreza y esnobismo. Se indigna por el hecho de que su viejo amigo lo abraza «en Inglaterra eso no se hace»; se queja del provincianismo de Bogotá y de la barbarie nacional, relata con nostalgia su desenvoltura en el universo de las capitales europeas y profiere innumerables palabras de desprecio por el país: «Un año de viaje bastó para convertirlo en el enemigo más implacable de su patria»[128].

Una novela corta de Soledad Acosta de Samper, publicada en 1869, brinda una descripción parecida de un político de provincia convertido por un viaje a Europa en el más desenfrenado «rastacuero»:

---

125. J. M. Vergara y Vergara, *Las tres tazas...*, p. 36.

126. J. J. Borda, «Un viajero», *Museo de cuadros de costumbres*, Bogotá, Biblioteca de «El Mosaico», Foción Mantilla, 1866, t. 1, pp. 150-155. Borda explica que es necesario «incrustar uno de ellos [ejemplos de viajeros presumidos] en la galería de costumbres del país. El lienzo que le toca está vacío: es preciso llenarlo». *Ibíd.*, p. 151.

127. *Ibíd.*, p. 151.

128. *Ibíd.*, pp. 153-154.

> Sin relaciones ni posición, se entregó a los vicios y acabó de corromper el escaso corazón con que la naturaleza lo había dotado. Alimentando su espíritu con la lectura de obras escépticas como las que entonces estaban de moda, imitaciones de los nuevos sistemas filosóficos de la moderna Alemania, el joven americano se convirtió en un materialista sin ningún sentimiento de virtud. Resuelto a crearse una carrera brillante en su país, volvió con mil proyectos ambiciosos, y muy pronto se hicieron notar sus artículos en los periódicos de uno y otro partido. Poseía una memoria muy feliz, una instrucción regular y cierta elocuencia irónica, aunque superficial, con que se engaña fácilmente. Se firmaba B. de Miraflores y decían que en París había pasado por *barón*. Hablaba francés e inglés con bastante correción y siempre adornaba su conversación con frases y citas de autores extranjeros. Se vestía con un lujo extravagante y de mal gusto y daba almuerzos en que desplegaba un boato charro con que alucinaba al vulgo[129].

El tipo del «recién desempacado»[130] comienza entonces un largo itinerario literario. En 1886, Francisco de Paula Carrasquilla ofrece en un artículo titulado *Tipos de Bogotá, El recién llegado de Europa*[131], la descripción de un dandy presumido, vestido a la última moda, que habla con acento francés, evoca París a cada instante, hace alarde de una irreprimible sensación de superioridad, tiene vergüenza de la rusticidad de su familia y desprecia todo lo nacional. El hecho de que Carrasquilla lo tilde de *petimetre* —una adaptación del francés *petit maître* muy en uso en el siglo XVIII español— revela los orígenes peninsulares de esa representación criolla de un afrancesado presumido y grotesco.

La arrogancia del viajero que regresa a Colombia encuentra su contrapartida en la mediocridad de su protagonismo en Europa.

---

129. S. Acosta de Samper, «Dolores», *Cuadros y novelas de la vida Sur-americana*, Bogotá, 1869, pp. 11-12.

130. J. J. Borda, *op. cit.*, p. 150.

131. F. de P. Carrasquilla, en *Tipos de Bogota*, Bogota, F. Pontón, 1886. "El recién llegado de Europa». El texto fue reproducido por *El Orden*, Bogotá, febrero 6, 1894, p. 35.

Incluso antes de que las inmoralidades del baile y la atracción de los placeres comprados sean denunciados en Colombia, la esterilidad de la fiebre consumista del viaje es atacada por sus detractores. La crítica de superficialidad es en efecto una vertiente esencial de la crítica del viaje. Al igual que Boca-de-lobo, quien no aprende estrictamente nada útil durante su viaje, Basilio, el político pueblerino pintado por Soledad Acosta, apenas logra sacar de su viaje a Europa una conversión al materialismo filosófico y algunas citas en francés e inglés que sirven para deslumbrar a su auditorio. El «recién llegado» de Carrasquilla «por desgracia sólo pudo contraer el contagio de los vicios degradantes en los arrabales de la gran ciudad»[132].

Antes de hacerse odioso en su propio país, el viajero hispanoamericano se cubre de ridículo en Europa. Los autores de relatos de viajes censuran esos grotescos comportamientos, debido sobre todo a una notable desmesura en la imitación: «El joven novicio con pretensiones a elegante, o aspirante a relaciones encumbradas (particularmente español o hispano-colombiano) se muestra poseído del vértigo de la imitación, haciendo a veces de sí mismo una caricatura», anota José María Samper en 1862, al observar a los jóvenes hispanoamericanos en Baden-Baden[133]. El viajero se vuelve también despreciable por su incontrolable vanidad, su arribismo y su ansia de prestigio social que lo lleva a hacerse pasar por lo que no es. Medardo Rivas ofrece una descripción sin concesiones de la mitomanía de los hispanoamericanos en Europa. Uno de sus amigos lo presenta como su traductor y uno de sus sobrinos se hace pasar en Londres por un artista italiano: «En París todos los americanos son grandes dignatarios de su país o hijos del Presidente»[134]. Entre tantas identidades postizas la más común por supuesto es la de los títulos nobiliarios: muchos americanos compran condecoraciones extranjeras en desuso para figurar en los bailes y recepciones o añaden un

---

132. *Ibíd.*

133. J. M. Samper, *Viajes...*, t. 2, p. 301.

134. M. Rivas, *op. cit.*, p. 251.

Sumergidos en una idolatría al extranjero que los lleva a desvalorizar todo lo nacional, los viajeros, sintiéndose investidos de autoridad suficiente, se proponen —y según Coronado eso es justamente lo más insoportable— «desempeñar a su vuelta a la patria el papel de reformadores de las costumbres»[141].

Unos meses después de la publicación del artículo-manifiesto de Coronado, *El Repertorio Colombiano* publica, a la inversa, una apología del viaje por el incansable viajero Nicolás Tanco, quien responde, con más de veinte años de retraso, a las objeciones formuladas por Moure en la introducción a su *Viaje de Nueva Granada a China*, así como a los argumentos de Coronado. Tanco, al igual que todos los apologistas del viaje, estigmatiza también los recorridos puramente turísticos que no enseñan nada a quienes los hacen y producen relatos de viaje superficiales; él hace al contrario una apología del viaje «ilustrado» propio de las personas cultas. Un viaje bien hecho permite observar la civilización con sus propios ojos, borra las ideas falsas, acerca a los pueblos y refuerza el amor por la patria al estar temporalmente separado de ella. Tanco atribuye al viaje a Europa un papel importante en la obra de grandes patriotas como Bolívar, Miranda o Zea. La utilidad del viaje es bien entendida en Europa, en donde ha sido reconocido como una etapa importante en la formación de los jóvenes de familias distinguidas, en especial de aquellos que están llamados a gobernar: «Negar, pues, la utilidad de los viajes, es un capricho, que por muy hábil y graciosamente que se le defienda, no deja de ser excéntrico»[142]. En la misma época, otro gran ideólogo del viaje, José María Samper, continúa defendiendo su irremplazable valor educativo[143].

---

141. C. E. Coronado, *op. cit.*, p. 217.

142. N. Tanco Armero, «Los Viajes», *El Repertorio Colombiano*, Bogotá, diciembre, 1880, pp. 451-452. «Júzganlo así los hombres ilustrados, y viajan cuantos pueden, principalmente los jóvenes de las familias más distinguidas de Europa, y casi todos los presuntos herederos de los tronos visitan los lugares más apartados de la tierra antes de entrar en la penosa faena de gobernantes que los arraiga en la patria».

143. «La mejor educación posible del carácter y del espíritu es la que se adquiere con los viajes» escribe en Montevideo en 1884. J. M. Samper, *Filosofía...* p. 119.



Nicolás Tanco Armero en China.
Fotografía tomada en China, Hong-Kong probablemente, c. 1859. Nicolás Tanco, publicista conservador bogotano, destacado por sus diatribas en contra del gobierno liberal de José Hilario López, prefiere exiliarse en 1851. Se instala en Cuba en donde las autoridades españolas lo encargan de organizar la importación de mano de obra china para las plantaciones de caña de azúcar, y pasa varios años en el Extremo Oriente para cumplir su misión. Autor de dos libros de relatos de viaje, Tanco se destaca como uno de los principales representantes en Colombia de la ideología civilizadora del viaje, como lo ilustra su artículo titulado «Los viajes», publicado en 1880 en el *Repertorio Colombiano*.
Colección de Elvira Cuervo de Jaramillo, Bogotá (cliché: Juan Camilo Segura).

Estos argumentos en favor del viaje, sin embargo, parecen proceder de otra época: el fin de siglo se acerca. El ideal anticuado del viaje «ilustrado», propio de la ideología cosmopolita de mediados de siglo se desvanece lentamente, dando lugar a una representación dominante de la opulencia de las colonias hispanoamericanas de Europa. La prensa refleja esta evolución: los periódicos hispanoamericanos del Viejo Mundo pierden poco a poco la inspiración americanista y republicana característica de los años setenta. En las dos últimas décadas del siglo XIX ya no tienen esa ambición, esa densidad patriótica, esa convicción de estar desempeñando un papel histórico de promoción de la idea continental. Los periódicos publicados en Europa se transforman imperceptiblemente en órganos de la vida mundana de las colonias hispanoamericanas, de las cuales proyectan hacia el otro lado del océano, una imagen de lujo y de prestigio. Así, *El Correo Hispano-Americano*, lanzado en París en 1870, define de esta manera su misión:

> La numerosa colonia hispano-americana residente en Paris, verdadera capital del mundo civilizado, carecía hasta ahora de un periódico que defendiera sus más caros intereses[144].

Otro buen ejemplo es el periódico *Europa y América*, fundado en 1880 por Federico de la Vega, un periodista liberal español radicado en París en los años sesenta y periodista de *El Americano*, amigo de Vergara, Samper y Jorge Isaacs. A pesar de las colaboraciones de algunos escritores colombianos como Adriano Páez, Ángel Cuervo o Jorge Isaacs, *Europa y América* no ofrece a los lectores mucho más que una crónica de la vida hispanoamericana en París; periódicos como *La Revue Sudaméricaine* dirigida en París por el uruguayo Pedro S. Lamas (1882-1890), *América en París* (1891-1892) que publican edificantes crónicas de vida social hispanoamericana, o *Les Deux Amériques*, una «revista franco-anglo-española, destinada especialmente a las colonias extranjeras residentes en París», publicada a

144. *El Correo Hispano-Americano*, París, febrero 23, 1870.

partir de 1892 y dirigida por el colombiano Filemón Buitrago, tienen las mismas características. En este último periódico, aparte de los artículos escritos por Buitrago a la gloria de la Regeneración, el grueso de la información se refiere a la vida de los ricos hispanoamericanos residentes en París. Así, por ejemplo, se informa sobre la baja de los precios de la vivienda en los barrios preferidos de los hispanoamericanos:

> Varias familias suramericanas que residían en París desde cierto tiempo han dejado la capital o están a punto de hacerlo a raíz de la crisis monetaria que se da en sus respectivos países. Esas partidas, bastante numerosas, han acarreado una baja muy sensible en el precio de los apartamentos, amoblados o no, de las casas cercanas a los Campos Eliseos y a la Glorieta de «L'Etoile», lugar habitual de residencia de las familias americanas[145].

La perspectiva ya no es la misma: de objeto de aleccionamiento, de exhortación patriótica y de divulgación civilizadora, el lector hispanoamericano parece haber pasado a la simple condición de espectador del deslumbrante espectáculo que ofrecen sus privilegiados compatriotas instalados en las grandes capitales del mundo *civilizado*, París en especial. Olvidada, la ambición pedagógica y nacionalista cede su lugar a un cuadro vistoso del universo de los ricos hispanoamericanos residentes en la capital francesa. Privada de su dimensión ejemplar y civilizadora, Europa parece limitarse ahora a ser un bien material, un simple símbolo de distinción social.

Estimulada por esta evolución, la crítica al viaje culmina hacia comienzos de la década de 1890 con una serie de artículos publicados en París por Ángel Cuervo bajo el sugestivo título de *Etnografía*. Cuervo los vuelve a publicar en 1893 en forma de libro, con el título no menos sugestivo de *Curiosidades de la vida americana en París*. Los artículos de Cuervo ofrecen un retrato mordaz de la colonia colombiana y más globalmente de las colonias hispanoamericanas en París. La mediocri-

145. *Les Deux Amériques*, París, junio 1, 1894, p. 7.

dad, el arribismo, la ignorancia, el «rastacuerismo», la presunción, la estupidez y la corrupción de las costumbres se unen en ese mundo de apariencias. Cuervo, ridiculizando sin cuartel las manías y las aspiraciones características de los hispanoamericanos en Europa, se burla de los que renuncian al sentimiento republicano para reivindicar su origen español, concebido como menos «plebeyo»; de los falsos nobles y de los padres de familia que buscan casar a sus hijas con nobles europeos; de los que, al no atreverse a afrontar la vida europea, se protegen en el mundo cerrado de las colonias hispanoparlantes; de los estudiantes, de los comisionistas, de los cónsules, de los ociosos, de los rastacueros y de los jóvenes colombianos nacidos en Europa. Todas sus actividades son objeto de sus despiadados sarcasmos: los banquetes patrióticos, los discursos latinoamericanistas, la participación en las sociedades científicas, la publicación de libros, de relatos de viajes o de periódicos, y el envío de «correspondencias de Europa» a los periódicos hispanoamericanos. La virulencia de los artículos de Cuervo y en especial de aquellas líneas en donde afirma de manera algo imprudente que, pese a las apariencias, no hay en 1891 ningún estudiante colombiano inscrito en la Facultad de Medicina de París desencadena en Colombia una polémica sin precedentes. Los padres de los jóvenes efectivamente inscritos en la Facultad de Medicina y que vieron en las preocupantes insinuaciones de Cuervo sobre las actividades reales de sus vástagos un grave atentado a su honor familiar exigirán numerosas rectificaciones[146].

Las provocadoras afirmaciones de Ángel Cuervo, si bien son generalmente excesivas, tienen en cambio la virtud de revelar la dinámica central de la sátira de los colombianos en Europa: se trata de

146. Cuervo se basó para afirmar eso en un cuadro publicado en *Le Journal des Débats*, al parecer errado. El periódico *El Heraldo* restablecerá la verdad: «A pesar de la cita de *Le Journal des Débats*, el 15 de octubre de 1891 cursaban en la facultad de París los doctores Manuel Cantillo P., Miguel Rueda, Andrés Carrasquilla, Manuel Antonio Pérez, un joven Santamaría (hijo de D. Eustacio), Indalecio Camacho y Rafael Barreto». «Curiosidades de París», *El Heraldo*, Bogotá, noviembre 30, 1893, citado en M. G. Romero (ed.), *Epistolario de Ángel y Rufino Cuervo con Rafael Pombo*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1974, p. 164.

revelar el doble juego de esos viajeros que se autoinstituyeron como intermediarios culturales entre el Antiguo y el Nuevo Mundo. Desde Europa, en efecto, la perspectiva es diferente: los que observan desde allí a las colonias hispanoamericanas pueden medir la brecha que separa la realidad de la experiencia de los viajeros de lo que van a contar a su regreso al país. Bajo la pluma de los detractores del viaje la atracción mórbida por los placeres y la mundanidad corrupta del Viejo Mundo parece reemplazar la sed de aprender y la virtud republicana: en lugar de adquirir conocimientos útiles para la patria, los estudiantes no aprenden nada y se dejan llevar por la corrupción; en lugar de frecuentar a los hombres ilustres como lo pretenden, otros viajeros, que no hacen sino balbucear el inglés o el francés, se quedan encerrados en cuartos de hotel de tercera categoría.

Es obvio que no todos los viajeros son culpables de tales infidelidades a la verdad. Pero más allá de los excesos propios de toda caricatura, la sátira del viaje, exponiendo a la luz del día las torpezas y bajezas que muchos se habían cuidado de disimular, pretende disipar la cortina de humo que envuelve la estadía en Europa y desacreditar de antemano a los que, contando con la credulidad de sus compatriotas, buscan abusar de su posición de intermediarios culturales entre la periferia y el centro de la *civilización*.

Las implicaciones sociales y políticas de la crítica del viaje

La crítica del viaje, tan recurrente en la segunda mitad del siglo XIX, encubre, por tanto, implicaciones más complejas que la sola denuncia de la tendencia de los viajeros a la depravación o de sus ridículas pretensiones a su regreso.

¿Quiénes son los detractores del viaje? En primer lugar, colombianos que han pasado largos años en Europa: objetivamente, son los que mejor pueden observar el doble juego de los viajeros. El primero de ellos, Pedro María Moure, abandona definitivamente Colombia en 1839 para radicarse en Francia. Admirador de Luis Napoleón Bonaparte, quien lo hace diplomático del Segundo Imperio, Moure encarna el prototipo del colombiano aclimatado en el París imperial. Ángel Cuervo,

el más mordaz caricaturista de los colombianos en París, se instala definitivamente en esta ciudad en 1882. Lo mismo sucede con Ricardo S. Pereira, quien estigmatiza la emigración americana hacia Europa. Carlos Eduardo Coronado, José Joaquín Borda, Soledad Acosta de Samper, todos vivieron en Europa. En segundo lugar, los exponentes de la crítica al viaje son principalmente conservadores (Moure, Cuervo, Acosta de Samper, Coronado, Borda). Los liberales (Pereira, Pérez, Rivas y Samper) no logran sobresalir tanto como sus adversarios conservadores en el arte de la burla de los viajeros.

Si bien no es posible reducir la crítica del viaje a una estricta posición política, es indudable que ella constituye una inspiración predilecta de la retórica conservadora, ya marcada en los años sesenta por una orientación «culturalista». El político mediocre descrito por Soledad Acosta es uno de esos personajes que han ascendido en la pirámide social gracias a la política liberal: la prueba irrefutable de su pertenencia al bando liberal es su lectura mal digerida de los materialistas alemanes. Y liberales son también los viajeros arquetípicos que, según Coronado, pretenden desempeñar a su regreso el papel de «reformadores de las costumbres».

Pero la crítica política no lo explica todo: liberales y conservadores ridiculizan por igual al viajero materialista e inculto. Frecuentemente las polémicas sobre el viaje se dan entre conservadores como la de principios de los años ochenta que enfrenta a Carlos Eduardo Coronado con Nicolás Tanco. Samper, convertido al conservatismo, continúa defendiendo la utilidad patriótica del viaje. En 1893, la polémica desencadenada por los escritos del conservador Cuervo opone a dos periódicos conservadores de Bogotá, *El Correo Nacional* y *El Heraldo.*

El debate sobre el viaje no está únicamente motivado por la crítica partidista, sino también por la crítica social, que denuncia el ascenso masivo de los «advenedizos» en la sociedad colombiana: el nuevo rico y el arribista se imponen como los personajes centrales de la comedia de la vida hispanoamericana en Europa. El personaje de Borda, «Boca-de-lobo», es de humilde extracción. El nombre imaginario de su pueblo de origen, Tuliné, que evoca los nombres del altiplano de la

cordillera oriental, suena a una rusticidad impregnada de sangre indígena. De su personaje señala Borda que a su paso por el río Magdalena, tenía «el rostro más amarillo que de ordinario»[147]. «Boca-de-lobo», un hombre que busca —en vano, obviamente— hacer olvidar su origen humilde, «se hubiera avergonzado de ella [su familia], al verla en la capital»[148]. Luego de la experiencia del viaje a Europa, excepcional para un hombre de su condición, las cosas retoman su curso natural. Cuando el narrador lo encuentra luego de su regreso, advierte de inmediato que, habiendo dilapidado su fortuna, es pobre de nuevo. Sólo le quedan las costumbres amaneradas del viajero presumido. El político pueblerino que ha viajado a Europa gracias a sus intrigas partidistas, descrito por Soledad Acosta, es un advenedizo salido de la nada. A diferencia de la pareja Samper-Acosta, aquél llega a Europa «sin relaciones ni posición», marca indeleble de un origen plebeyo, que busca ocultar con excesos de «rastacuerismo». Es obviamente contra los advenedizos, sean «exitosos» o «fracasados», que se ensañan los detractores del viaje. El discurso se hace perfectamente explícito en los artículos de Cuervo:

> Querer ser gente a fuerza de dinero, a más de ser una tontería, es peligroso cuando el caudal es de los que se agotan por aquello de que de donde sale y no se echa de acabarse tiene[149].

A pesar de todos sus esfuerzos de disimulación el nuevo rico que busca adquirir en Europa la legitimidad social y el prestigio que su nacimiento no le dio se delata a cada instante. Su ignorancia[150], su relación obsesiva con el dinero[151] y una infinidad de otros signos lo revelan inexo-

147. J. J. Borda, *op. cit.*, p. 151.

148. *Ibíd.*, pp. 151-152.

149. Á. Cuervo, *Curiosidades de la vida americana en París*, Chartes, Imprenta de Durand, 1893, pp. 107-108.

150. «El orgullo les hace olvidar lo limitado de su caletre, y cuando menos se piensa salen con algún desatino mayúsculo». *Ibíd.*, p. 186.

151. «En nada se diferencia tanto un caballero de antigua raza de un advenedizo, que de mercachifle o especiero paró en gran señor como en la manera de apreciar los sueldos». *Ibíd.*, p. 209.

rablemente. Rafael Reyes relata en sus memorias la presencia en París, en 1872, de un vendedor de chicharrón del barrio bogotano de Egipto, llamado José María Garzón, quien se hizo rico gracias a sus prósperas actividades comerciales. Los comentarios de Reyes sugieren hasta qué punto la presencia de ese representante de la *guacherna* de Egipto, apodado «el chicharronero» entre sus distinguidos compatriotas, debió parecerles inapropiada. Reyes viaja con Garzón a Roma, le consigue el frac requerido para la audiencia con el Santo Padre y lo lleva al Vaticano, preocupado por su conducta en el mundo refinado de las cortes europeas:

> Garzón José María continuaba en extremo emocionado. Yo lo veía pálido y que el sudor le corría por el rostro. Lo tenía a mi lado y le advertía que tratara de dominarse para no dar un grito al ver al Papa. El me miraba y hacía todos mis movimientos, como hace un soldado recluta con su instructor[152].

El mensaje de los patricios está claro: los advenedizos podrán tener acceso a Europa pero no accederán a la distinción que ésta ofrece a los hombres de alcurnia. Sólo las personas cultas pueden sacar provecho e incluso prestigio de una estadía en Europa. El dinero, en su visión del mundo, no abre las puertas del prestigio social.

El debate sobre el viaje es finalmente revelador de la forma en que los grupos dirigentes responden a la apropiación por una clase «inferior» de un signo de distinción que habían monopolizado hasta entonces: el acceso a Europa. La denuncia del surgimiento del «plebeyo», del «advenedizo», del «rastacuero» en la escena de la vida hispanoamericana en Europa responde sin duda a una percepción exagerada de las elites. No hay indicios que permitan concluir en una invasión por los «nuevos ricos» del universo exclusivo del viaje a Europa. A lo sumo se pueden ver ejemplos, cada vez más frecuentes, pero aún así muy escasos, de colombianos de origen modesto que logran cruzar el

152. R. Reyes, *op. cit.*, p. 94.

Atlántico. El caso del «chicharronero» Garzón, contado por Rafael Reyes es todavía, incluso a finales del siglo XIX, muy excepcional. Así, una de las principales motivaciones de la crítica del viaje reside, más que en una invasión real, en la percepción de una mayor presencia de colombianos recién enriquecidos. Una percepción que refleja la abrumadora impresión, en el imaginario de los grupos dirigentes, de una creciente pérdida de control sobre la sociedad. Un pueblo rebelde y unos nuevos ricos insolentes: la sociedad colombiana parece salirse más y más de sus límites jerárquicos. La confusa percepción del peligro, alimentada con el imaginario europeo de la amenaza social crecerá a medida que se acerque el fin de siglo.

El auge del debate sobre el viaje revela finalmente una profunda mutación de las fuentes de la legitimidad política. Alrededor de 1880, el paradigma del viaje civilizador de las elites «ilustradas» se desvanece. Esgrimir los modelos de la civilización para aplicarlos a Colombia ya no convence; a raíz de la expansión del viaje, la cuestión de la legitimidad se ha vuelto más compleja. La grandilocuencia republicana de los viajeros liberales exaspera a los conservadores; el discurso moralizador de los viajeros conservadores irrita a los liberales. El complejo de superioridad patriótica de todos aquellos que cruzan el Atlántico, sean liberales o conservadores, acarrea involuntariamente un endurecimiento de la crítica de la imitación, mientras que los defensores del orden jerárquico fustigan la nueva tendencia de los plebeyos en completar su ascenso social con un viaje a Europa.

La ideología del viaje, porque termina cristalizando a su alrededor las líneas divisorias de la sociedad colombiana, tiene finalmente como efecto restringir la validez de la legitimidad adquirida en el exterior y dar inicio a una nueva legitimidad fundada en la autenticidad, la nacionalidad, e incluso la referencia a un pueblo mítico portador de arraigo y de rechazo a las influencias externas: en pocas palabras, anunciar el discurso nacionalista de la Regeneración. Obviamente, la legitimidad creada por el viaje está lejos de extinguirse; sin embargo, a finales del siglo XIX, ya no es suficiente y debe ser completada por un discurso nacionalista de rechazo al exterior. La

evolución del discurso de los viajeros hacia un alejamiento prudente de Europa —observable en los escritos de Núñez— y luego hacia la consolidación de una retórica de la felicidad nacional que contrasta con la felicidad ficticia y la miseria que se ven en Europa, revela la evolución hacia un discurso de legitimación menos cosmopolita. Atentos a la transformación de los nacionalismos europeos, los ideólogos conservadores de la nación, acostumbrados a una ya antigua práctica de denuncia de la imitación, comienzan, retomando la iniciativa contra la retórica liberal, a construir una nueva legitimidad «culturalista» y «autenticista». Ante el tribunal ficticio de la nación soberana, ellos lograrán, mejor que a la inversa, desprestigiar a sus adversarios radicales tildándolos de «viles imitadores».

Así se va perfilando la combinación de las últimas décadas del siglo. Frente a la conciencia del *impasse* del liberalismo federalista de los años sesenta —aumentada por la toma de conciencia, en Europa, de los límites del discurso de la superioridad republicana— la importación institucional, estimulada por la actividad de los viajeros en Europa, va a consolidarse ahora como modo principal de construcción del Estado. Pero la reivindicación pura y simple de los modelos importados será cada vez menos fácil en el debate político. Allí reside la gran paradoja del siglo XIX colombiano: la denuncia de la imitación se impone como herramienta predilecta para negar la legitimidad del adversario político antes de que una verdadera importación normativa haya tenido tiempo de llevarse a cabo. La retórica se difunde más rápido que los modelos de organización, lo que contribuirá a hacer más difícil aún la construcción del Estado. Los promotores radicales de la importación institucional, quienes durante los años setenta buscan crear un nacionalismo oficial, lo experimentarán en carne propia: su proyecto nacional se verá confrontado a la poderosa estrategia «autenticista» de sus adversarios políticos. En las tres últimas décadas del siglo XIX, esas retóricas políticas opuestas ocultarán, sin embargo, el mismo anhelo, compartido entre liberales y conservadores, de construir un orden estatal con herramientas importadas.

Tercera parte

Los modelos importados del Estado nacional (1867-1900)

Capítulo 7

En busca del Estado liberal (1867-1880)

Al concluirse, a mediados de la década de 1860, el ciclo de las reformas liberales, se impone la necesidad de construir el Estado nacional. La herencia institucional de la colonia está desmantelada; la libertad política es un hecho. Pero la autoridad, tradicionalmente débil, de las dos instituciones nacionales, el Estado y la Iglesia, sale aún más endeble de esta ola de reformas. La reducción del Estado central y la descentralización de los recursos fiscales, ya bastante restringidos, se hicieron en provecho de los poderes locales y regionales; la abolición de los monopolios y la venta de los bienes del clero aceleraron la transferencia de las pocas fuentes de riqueza de las instituciones nacionales a intereses privados; la repetición de las guerras civiles con su cortejo de expoliaciones y de reclutamientos forzados profundizó aún más la desconfianza hacia la autoridad, y la tensión social, latente hasta mediados de siglo, demostró que podía también explotar y amenazar el poder político.

La conciencia de la necesidad de crear una autoridad capaz de luchar contra la disgregación social y política comienza entonces a ganar terreno entre los grupos dirigentes. Marginados por largo tiempo del poder central, los conservadores, inspirados en la renovación católica europea, trabajan por una reconstitución del tejido social en torno a la Iglesia; numerosos liberales, al comprender el *impasse* del liberalismo federal, formulan la necesidad de construir el Estado central y de homogeneizar la nación.

El liberalismo de mediados del siglo, con su retórica vanguardista y liberadora y su obsesión constitucional ya no aporta las respuestas que exige la reconstrucción política y social de Colombia. La fiebre

constitucional decrece: una sola nueva *Carta Magna* se diseñará antes de finalizar el siglo, contrastando con las cuatro constituciones nacionales, la decena de constituciones de los Estados Soberanos, y el sinnúmero de constituciones provinciales promulgadas en las dos décadas anteriores.

La experiencia del viaje a Europa revela entonces su pertinencia. Una vez consolidada la libertad política, las lógicas políticas latinoamericanas se aproximan a las lógicas europeas. No quedan más cadenas por romper, y los rutilantes héroes de la gesta liberadora, convertidos en indomables caudillos federalistas, dificultan en vez de facilitar la modesta y burocrática faena de la homogeneización nacional, que busca reequilibrar una sociedad quebrantada por su salida del orden colonial y del antiguo régimen. Europa, que después de la expedición mexicana abandona sus ambiciones imperiales en América, vuelve a aparecer como fuente de modelos políticos legítimos, en particular a la luz de los acontecimientos de 1870 y 1871. En fin, el descubrimiento hecho por los viajeros de la amenaza social existente en Europa los remite a la sorda tensión que enfrenta a ricos y pobres en Colombia y les plantea la ineludible cuestión de las *clases peligrosas*. Los instrumentos de organización social observados en Europa —las escuelas, las organizaciones de beneficencia, las congregaciones religiosas, las cárceles y los mecanismos de orden público— responden a la creciente preocupación de las elites liberales y conservadoras por hacer de Colombia una sociedad viable.

LA EDAD DE ORO DEL RADICALISMO COLOMBIANO (1867-1875)

El año de 1867 es por muchas razones un año decisivo en la historia del país. El regreso de Mosquera, quien comienza su cuarto mandato presidencial en 1866, reaviva el conflicto latente con el Congreso, en donde los diputados mosqueristas son minoritarios. El discurso paternalista de Mosquera hacia los artesanos reanima el fantasma *draconiano*; su decreto de revisión de la venta de los bienes eclesiásti-

cos aumenta la animosidad de los congresistas. A la inversa, Mosquera percibe como verdaderas provocaciones las leyes aprobadas por el Congreso: en 1866, el voto de la ley que declara la neutralidad colombiana ante el ataque de España a Perú y Chile, le llega como una afrenta personal, ya que en 1864, a diferencia de Murillo, se había declarado partidario de la guerra contra España en nombre de la solidaridad americana. Finalmente, temiendo cada vez más una desviación dictatorial de Mosquera, el Congreso se esfuerza por reducir jurídicamente los poderes del ejecutivo: el 16 de abril de 1867 se aprueba una ley que impide la intervención del Estado central en los conflictos entre estados soberanos, llevando así hasta el absurdo el principio federal. Una vez más, una maniobra política de corto plazo —el deseo de los radicales de debilitar a Mosquera— lleva a un debilitamiento adicional del poder central. Después de la aprobación de la ley, Mosquera intenta disolver el Congreso. El escándalo provocado por un acuerdo secreto pactado entre Mosquera y el gobierno peruano en 1866, en el cual Mosquera se comprometía a comprar armas y navíos para el Perú, sujeto a un embargo español, y que estalla en el momento de la compra de un navío de guerra por Eustorgio Salgar, ministro mosquerista de Colombia en los Estados Unidos, brinda a los adversarios de Mosquera un pretexto ideal. El Congreso solicita el desarme del navío y el enjuiciamiento de Salgar, a lo cual Mosquera responde el 29 de abril con la disolución del Congreso acusándolo de «traición a la causa de la República»[1]. Unas semanas después, el 23 de mayo, un puñado de radicales dirigido por Santos Acosta penetra en palacio a la alcoba de Mosquera y lo detiene. Condenado al exilio al término de su juicio, Mosquera pasará unos años en Lima antes de poder volver a Popayán. Su sombra, sin duda, continuará ciñéndose sobre la política colombiana hasta su muerte en 1878; será reelegido presidente del Cauca entre 1871 y 1873 y participará en el aplastamiento de la insurrección conservadora en 1876. Pero en esa

1. Cf. I. Liévano Aguirre, *El proceso de Mosquera ante el Senado*, Bogotá, Tercer Mundo, 1987, pp. 88-89.

noche del 23 de mayo de 1867, su verdadera carrera política ha terminado. Sin Mosquera, los radicales se encuentran en el poder con las manos libres.

En los años sesenta, Mosquera se había transformado, tanto voluntaria como involuntariamente, en un ingente obstáculo al fortalecimiento del poder central. Como presidente del estado del Cauca desde finales de los años cincuenta, había empuñado la bandera de la libertad federal ultrajada por los abusos del centralismo. Una vez en el solio presidencial, su autoritarismo y su relativismo en la interpretación de las leyes lo habían convertido en una amenaza permanente para el orden constitucional, haciendo que sus adversarios radicales y conservadores busquen reducir su poder por todos los medios legales a su alcance. El excesivo federalismo de la década de 1860, si bien refleja la fragmentación histórica del poder en Colombia, obedece también a la voluntad de reducir la amenaza dictatorial encarnada por Mosquera: la Constitución de 1863 y la ley del 16 de abril de 1867 son buenas pruebas de ello: un aparato estatal demasiado centralizado hubiera sido presa fácil de un Mosquera siempre ávido de poder. Su deslumbrante capacidad para volver al poder explica que su sombra haya pesado tanto sobre la política nacional. Después de su juicio y su exilio en 1867, la amenaza mosquerista se reanima momentáneamente en 1869, cuando ciertos conservadores desprovistos de aliados políticos le ofrecen a Mosquera, quien fuera una década antes su peor enemigo, convertirse en su candidato en las elecciones presidenciales para el período de 1870-1872. Pero la *Liga,* debilitada por la oposición de los conservadores antioqueños, se derrumba luego de la prisión de su principal artífice, Carlos Holguín, detenido en Panamá por conspiración revolucionaria cuando se embarcaba a Lima para reunirse con el viejo general[2]. En una carta en la que le conmina a no aliarse a esos «conservadores violentos» que querían utilizarlo como un simple instrumento de acceso al

2. Cf. J. W. Park, *Rafael Núñez and the politics of Colombian regionalism, 1863-1886,* Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1985, pp. 118-121.



Mosquera prisionero en el Observatorio de Bogotá, 1867.
En espera de su juicio por parte del Congreso que lo llevaría al exilio, Mosquera juega ajedrez en la terraza del Observatorio de Bogotá. Fotografía de José Gregorio Gutiérrez Ponce.
Museo de Arte Moderno, Bogotá.

poder, José María Samper escribe a Mosquera desde París: «Y es tan fácil, señor general, que U. acabe sus días gloriosamente! Le bastaría para eso estarse quieto»[3].

Inaugurada por la salida forzada del gran general, el período que va de 1867 a 1875 es la edad de oro del liberalismo radical colombiano. Durante esos ocho años, que concluyen, en 1875, con el nacimiento de una fracción *independiente* en torno a la disidencia de Rafael Núñez, el liberalismo goza de una unidad excepcional en su historia. El exilio de Mosquera aleja los riesgos de abusos de autoridad contra el gobierno federal. Los conservadores, a pesar de sus evidentes maniobras de unificación nacional no representan todavía un riesgo real para el poder central. Por último, un grupo de hombres —algunos de ellos ajenos a las maniobras políticas de los años sesenta y por lo tanto portadores de un mensaje de conciliación nacional— llegan al poder, convencidos de la necesidad de construir un Estado-nación moderno. Varios presidentes de la época como Santos Gutiérrez (1868-1870), Santiago Pérez (1874-1876) y sobre todo Eustorgio Salgar (1870-1872), no obstante cercano a Mosquera, se cuentan entre los dirigentes liberales más consensuales del siglo XIX. Empresarios liberales cercanos a los radicales y respetados tanto por el éxito de sus negocios como por su moderación política, como es el caso de Miguel Samper y de Salvador Camacho Roldán, llegan a ocupar cargos claves.

Un ambiente de conciliación política, desaparecido desde finales de los años cincuenta se impone de nuevo. Así, el presidente Santos Gutiérrez explica al Congreso en su mensaje de 1870:

> La nación ha entrado evidentemente en una vía de rejeneración; las pasiones políticas, calmándose, toman una dirección menos peligrosa; la confianza pública se ha restablecido; los capitales vuelven a dar vida a la industria: los hombres vuelven al trabajo, i una era de paz i de prosperidad se presenta, halagadora, delante de nosotros[4].

---

3. ACC, FM, D51803, Carta de J. M. Samper a T. C. Mosquera, París, noviembre 7, 1869, p. 7.

4. *Pres. 1870*, p. 5.

Durante esos años, en efecto, algunos conservadores como Manuel María Mallarino o César C. Guzmán se asocian con entusiasmo al proyecto educativo liberal; el arzobispo de Bogotá, monseñor Arbeláez, exiliado por Mosquera en 1864, ayuda al gobierno radical a realizar la reforma educativa; el conservador José María Torres Caicedo representa en París la Colombia liberal[5]. En la prensa se renueva la colaboración entre liberales y conservadores[6]. La aspiración a construir el Estado central, marginada desde la primera presidencia de Mosquera, vuelve a tomar fuerza, y los constructores del Estado liberal van de nuevo a buscar modelos de organización estatal en el ejemplo de las naciones *civilizadas*.

El anhelo unitario

La primera prioridad del plan de consolidación del Estado diseñado por los radicales es la corrección de los excesos del federalismo. El balancín político, que desde los años cincuenta se había inclinado hacia el modelo federal, comienza nuevamente a oscilar hacia el centralismo.

Retomando las palabras del radical Santiago Pérez, quien en 1866 había declarado al Congreso que: «el Gobierno de la Unión ha quedado reducido a las modestas funciones de testigo, en lo ordinario, del libre andar de los Estados»[7], el secretario del Interior, Carlos Martín, denuncia en 1868 el absurdo de la ley del 16 de abril de 1867 y propone reemplazarla por un artículo de la Constitución estado-

5. Carta de J. M. Torres Caicedo al secretario del Interior, París, julio 27, 1868, AGN, MI, t. 80, f. 681.

6. J. M. Vergara y Vergara, en su periódico *La Ilustración*, felicita desde París a M. M. Madiedo por haber incluido a varios liberales entre los colaboradores de su periódico *La Ilustración*: «Desde el momento en que veo nombres de liberales, hombres útiles i estimables, al lado de los de otros conservadores de iguales condiciones, comprendo que se quiere hacer algo nacional, algo duradero; i si para la faena menguadilla de los partidos soi moro al agua, para el servicio del país soi siempre materia dispuesta». *La Ilustración*, Bogotá, marzo 19, 1870, p. 177.

7. *Int. 1866*, p. 3.

unidense que preve la intervención del poder federal en los conflictos internos[8]. Tres años más tarde, Carlos Martín, esta vez como senador de Cundinamarca, presenta un proyecto de abrogación de la ley que, aprobado por el Senado, es rechazado en la Cámara, a raíz de la oposición de los conservadores de Antioquia y Tolima. Ese mismo año, Felipe Zapata, secretario del Interior del gobierno de Salgar aboga vehementemente contra la ley de 1867 en su informe anual al Congreso. Al denunciar el círculo vicioso en el que de manera infinita se suceden los pronunciamientos y la monopolización del poder por fraude electoral, Zapata concluye, en referencia al lema de la bandera colombiana, «Libertad y Orden»:

> El Gobierno jeneral debe garantizar el órden o borrar esta palabra del escudo nacional; porque parece una burla que la Nación que ostenta *órden* en sus armas sea precisamente la única que no lo sabe conservar. I al borrar la palabra *órden* debe suprimir también la palabra *libertad,* porque sin órden no hai derechos para los individuos ni soberanía para el pueblo[9].

A pesar de la elocuencia de Zapata, algunos radicales continuarán defendiendo la ley de 1867; pero habrá que esperar hasta 1876 para que, frente a una situación de emergencia —la insurrección conservadora en el Cauca— la ley sea finalmente abrogada[10] y hasta 1880 para que otra ley redefina el papel del Estado central en materia de conservación del orden en la federación. La historia de la ley de 1867, que simboliza el círculo vicioso del federalismo, muestra también las dificultades de los políticos favorables a la centralización frente a la inercia del sistema dispositivo federal, y revela hasta qué punto la Constitución, reformable únicamente bajo la unanimidad de los nueve Estados constituidos en 1863, pudo lle-

---

8. H. Delpar, *Red against blue. The liberal party in Colombian politics, 1863-1899,* Alabama, The University of Alabama Press, 1981, pp. 85-86.

9. *Int. 1871,* p. 16.

10. Cf. *Int. 1878.*

gar a constituir una cárcel jurídica para los dirigentes radicales sedientos de construcción nacional.

La codificación legislativa constituye uno de los frentes principales de la empresa liberal de homogeneización nacional. El impulso inicial en este campo proviene del gobierno de López, cuya voluntad de destrucción del orden jurídico colonial exigía una codificación legislativa. En 1852, el secretario del Interior, José María Plata, explica al Congreso:

> No tenemos código civil; el criminal, reformado ya por varias leyes dispersas, adolece de graves defectos; i los códigos de organización i procedimiento de los tribunales i juzgados, no existen en un sólo cuerpo, sino que se hallan diseminados en multitud de actos legislativos. Esto en cuanto a la forma: si entramos en la discusión de las disposiciones sustanciales cuyo conjunto constituye los actuales códigos, veremos que ellas en gran parte son contrarias a los principios que hoi profesamos; que se resienten de la época remota i atrasada en que se sancionaron; i que de ninguna manera son adaptables a las nuevas necesidades i a la nueva vida del país[11].

Plata propone así un proyecto de ley que preve la redacción de códigos de legislación civil y penal, y la extensión del jurado, introducido éxitosamente en los procesos criminales, a «otros muchos delitos que hoi son juzgados por los trámites antiguos, cuyos defectos os son demasiado conocidos»[12]. La mejora del sistema judicial, la mayor rapidez en los procesos y la reducción de los riesgos de evasión de los reos deben también llevar a suprimir la crueldad de las penas.

En su último mensaje presidencial, José Hilario López expresa la necesidad de establecer nuevos códigos —sólo existe el código penal de 1837 y el de procedimiento criminal adoptado en 1848—, y en 1855 el gobierno de Mallarino la reafirma. El secretario del Interior, el

---

11. *Gob. 1852*, p. 14.

12. *Ibíd.*, p. 14.

conservador Pastor Ospina, presenta un nuevo proyecto de ley, que prevé el establecimiento de una comisión legislativa de codificación[13], pero la proclamación de los estados soberanos a partir de 1855 lleva a aplazar *sine die* el proyecto de una legislación unificada.

No obstante, algunos estados emprenden rápidamente la tarea de codificación legislativa: Cundinamarca figura como el pionero en este terreno. Una comisión de juristas, compuesta por liberales —José María Rivas, Justo Arosemena— y conservadores —Pastor Ospina, Manuel Pombo— se crea en la capital, y emprende la elaboración de un código civil —adaptado del código de Andrés Bello, inspirado a su vez en el código civil napoléonico y adoptado por Chile en 1857— y de los códigos judicial, penal, electoral, policial, fiscal y militar. Muchos son entonces, como lo expresa Medardo Rivas, cuyo hermano, José María, forma parte de la comisión de juristas de Cundinamarca, los que recomiendan una inspiración jurídica francesa:

> En Inglaterra la legislación es un maremagnum de las viejas leyes, de las antiguas costumbres, de las sentencias de los jueces y de las medidas adoptadas para remediar males inmediatos, incomprensible para el extranjero, e indescifrable para los que no están iniciados en sus misteriosos arcanos. En Alemania, dividida en infinitos reinos, ducados y marquesados soberanos, ni hay una ley común, ni semejanza en la legislación, y en España apenas se están adoptando códigos, de acuerdo con los progresos de la ciencia y de la civilización. En Francia, no; en Francia existía la mejor legislación del mundo, clara, ordenada, filosófica y digna [...] Estos códigos son la legislación común en Francia: ellos han dado vuelta al mundo, se han adoptado en todos los países, y sobre ellos se fundó la nueva legislación en el Estado de Cundinamarca[14].

El código civil propuesto por la comisión de juristas es adoptado en 1859 por Cundinamarca, seguido por el Cauca en 1859 y Antioquia

13. «Podemos admirarnos de que una cosa tan importante i tan hacedera no se haya realizado durante treinta i cuatro años de independencia». *Gob. 1855*, p. 24.

14. M. Rivas, *Los trabajadores de tierra caliente*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1972, pp. 381.

en 1864. Pero habrá que esperar la década de 1870 para que el proyecto de una unificación de la legislación nacional sea retomado por los radicales. En 1871 se adopta un código de comercio de la Unión. Ese mismo año el secretario del Interior, Felipe Zapata, denuncia la inadecuación y el retraso de la legislación nacional en comparación con la de los estados. La necesidad de codificación es urgente: Zapata retoma la idea, aparecida en los años cincuenta, de una comisión permanente del Congreso consagrada a la codificación. El Congreso preferirá sin embargo delegar a profesores de derecho la redacción de los códigos: en junio de 1872 se publica un código jurídico de la Unión, redactado bajo contrato por Juan Manuel Pérez[15]. Los otros códigos son preparados por dos profesores de derecho, Agustín Núñez y José Belver. Gil Colunje, secretario del Interior, quien expresa en 1872 la inadaptación de una legislación civil anticuada[16], propone al Congreso adoptar los proyectos de código civil y penal elaborados por Agustín Núñez. Entre los códigos redactados por éste último, el civil, el fiscal y el penal son adoptados entre 1872 y 1874[17]. En cambio, los códigos administrativo y militar siguen aún sin aprobar en 1876[18]. En el terreno de la codificación como en muchos otros, la guerra civil de 1876-1877 pone fin al esfuerzo liberal de construcción del Estado. No obstante lo esencial de la tarea de codificación de las leyes será retomado por la Regeneración.

El ideal de la cárcel moderna, otra de las aspiraciones liberales que quedó en el limbo después del rechazo por el Congreso, en 1853, de los planos de la cárcel panóptica presentados por Thomas Reed, es retomado por el Estado central. El dispositivo penal sigue estancado desde la década de 1850. Los tres establecimientos de presidio

15. Cf. *Int. 1872.*

16. «En materia civil rigen los códigos españoles dados, como dice el señor Procurador Jeneral en su informe, para otra época i otra civilización; así es que muchas de las leyes que ella contienen han caído en desuetud, i vienen a ser un verdadero anacronismo en la República». *Int. 1872*, p. XV.

17. *Int.* 1874.

18. *Int.* 1876.

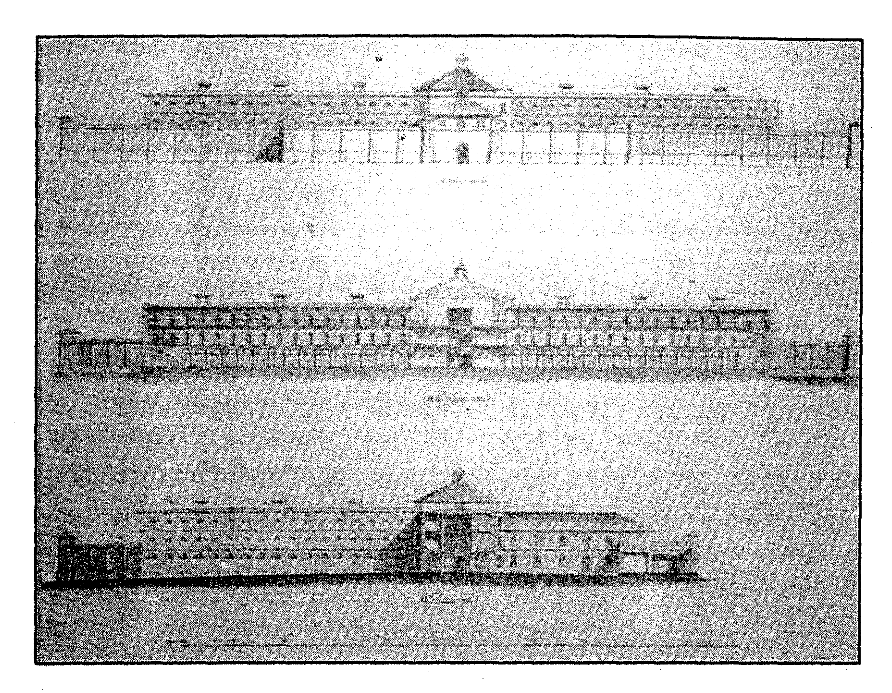
que tiene el país —en Bogotá, Cartagena y Buenaventura— emplean a sus presidiarios para abrir carreteras o realizar obras de cantería. Los prisioneros retenidos en las tres casas de reclusión ubicadas en Guaduas, Cartagena y Popayán trabajan el cuero, mientras que las prisioneras fabrican cigarros, todo en beneficio de una compañía privada[19]. El federalismo aleja aún más las perspectivas de modernización del sistema penal, ya que, según la Constitución de 1858, los establecimientos de castigo dependen de los Estados, y la cárcel federal no se construye por falta de fondos públicos[20]. El ideal de la cárcel moderna se desplaza entonces a los estados soberanos, aunque sólo Boyacá se dedicará a esa tarea: en 1863, el radical Sergio Camargo, presidente de Boyacá, y su secretario del Interior Ricardo Becerra encargan a Enrique Cortés el estudio de una penitenciaría reformadora para Tunja. Instalada en un convento, la penitenciaría pondrá en práctica los ideales liberales de reducción de penas y la rehabilitación por medio del trabajo. Se organizan talleres en los que los detenidos tejen tapices de fique[21]. La dirección de la penitenciaría de Cundinamarca, instalada en el antiguo convento de San Buenaventura en Bogotá, se orienta también hacia este método de rehabilitación. Su director, Carlos Sáenz, presenta los trabajos de los presidiarios en la exposición nacional de 1871, mientras que la Sociedad de San Vicente de Paúl se encarga de su educación moral y religiosa.

En los primeros años de la década de 1870 renace el proyecto de construir una cárcel panóptica en Bogotá: por solicitud del gobierno, los planos de Reed son modificados en 1872 por Ramón Guerra Azuola, mientras que Enrique Cortés se encarga de traducir del inglés algunos documentos «relativos a la organización y administración de las casas de prisión, con el objeto de que, circulando en Sur América, se preparase la opinión pública y se enviasen comisiona-

19. *Gob. 1856*, pp. 17-18.

20. Cf. *Gob. 1860*.

21. E. Cortés, «La penitenciaría en el estado de Boyacá», *Escritos varios*, París, Imprenta Sudamericana, 1896, pp. 399-407.



Planos del Panóptico, 1872.
Dibujos de Ramón Guerra Azuola basados en los planos de Thomas Reed, 1872. Museo Nacional, Bogotá (cliché: Juan Camilo Segura).

dos al Congreso Internacional sobre las Penitenciarías y Establecimientos de Reforma que se debe reunir en Londres en 1872»[22]. Finalmente, en 1875, luego de haber exaltado los progresos de las penitenciarías de Bogotá y de Tunja, el secretario del Interior Jacobo Sánchez anuncia el comienzo de los trabajos de la cárcel según los planos de Thomas Reed, en un terreno situado al norte de la ciudad, cerca del convento de San Diego[23]. En 1878, Eustorgio Salgar, entonces secretario del Interior, pone la primera piedra con la siguiente inscripción: «Honor al siglo XIX. Los distinguidos ciudadanos Dr. Eustorgio Salgar y Carlos Sáenz impulsaron con denuedo la cons-

22. Carta de E. Cortés al secretario del Interior, Bogotá, agosto 5, 1871, AGN, MI, t. 81, f. 485.

23. *Int. 1875.*

trucción de este panóptico en 1878»[24]. Sin embargo, no les corresponderá a los gobiernos radicales sino a los de la Regeneración la tarea de concluir la obra de la construcción de una cárcel moderna en Colombia[25].

El nacionalismo en ciernes

Otra faceta del proyecto liberal es la voluntad de crear un nacionalismo oficial. A través de la valoración de la producción nacional y de la organización del culto a los padres fundadores, los gobiernos radicales buscan fomentar el sentimiento patriótico.

En 1872, el gobierno de Salgar decide organizar una «gran fiesta de la patria» para celebrar la fiesta nacional del 20 de Julio, decretada en 1864 por Murillo Toro: «para que nunca mengüe el amor a la República, conviene fomentarlo por medio de demostraciones como la del 20 de julio de 1872, que bien podemos llamar civilizada, en contraposición a las que consisten en bárbaras corridas de toros i en abominables bacanales»[26]. Al año siguiente, el 20 de Julio es declarado día feriado en todo el territorio nacional y se concede un presupuesto de 2.000 pesos al poder ejecutivo para la organización de las festividades. La idea de la erección de una estatua de Santander, prevista en una ley de 1850 pero no realizada, se reactiva con la atribución de un presupuesto de 16.000 pesos, enviado al cónsul en Francfort, quien se encarga de hacerla fundir en Europa[27]. Entre 1870 y 1878 el gobierno decide erigir otras cuatro estatuas: dos en Bogotá —una de Nariño y la otra dedicada a los mártires de la Independencia— una en Medellín, de José María Córdova, y la última en Popayán, de José María Obando. Las exposiciones nacionales, ampliamente inspiradas por las exposiciones universales, completan las fiestas nacionales. Más que simples conmemoraciones, las grandes fechas

---

24. A. León Gómez, *Secretos del panóptico*, Bogotá, Imprenta de M. Rivas, 1905, p. 346.
25. Cf. capítulo 9, «El ideal civilizador de la represión».
26. *Int. 1872*, p. XXXVIII.
27. *Int. 1874*, p. 35.

de la patria deben también dar lugar a la presentación al público de las producciones de la nación. En 1866, el autor anónimo de un panfleto que critica el tono demagógico y estéril de las celebraciones del 20 de Julio organizadas por Mosquera, propone aplicar en Colombia el modelo civilizador de las exposiciones nacionales que, como bien lo advierte, «estimulan el trabajo, sostienen la actividad, despiertan el injenio, provocan la emulación, purifican el gusto, premian el mérito, estienden la producción, determinan el consumo»[28]. La producción nacional debe mostrarse a los ojos de todos:

> Respecto a libertad, a industria, a riqueza, a moralidad, a civilización, algo hemos de haber hecho también en más de medio siglo de soltura. Pero en cuanto a estas cosas, los adelantos no son siempre visibles. Hai que estudiarlos. Hai que provocar una especie de exhibición para que puedan salir a la superficie, saltar a los ojos, nuestros demás progresos sociales[29].

Mostrando riquezas naturales insospechadas o frutos del trabajo nacional, las exposiciones tendrán el papel de *revelar* las potencialidades del país. Así, la que se inaugura el 20 de Julio de 1871 ofrece una orientación esencialmente productiva, industrial y agrícola. La división en doce secciones —minerales, materiales de construcción, maderas, sustancias textiles, materiales de alumbrado, sustancias medicinales, granos, añil, animales y productos alimenticios— refleja la prioridad dada al crecimiento económico, al desarrollo del consumo interno, a la atracción de los capitales extranjeros y al fomento a las exportaciones. La sección miscelánea reúne productos artesanales (cigarros, zapatos, textiles), muestras de la producción de los talleres de la penitenciaría de Bogotá y trabajos artísticos y científicos: cuadros de pintores como Ramón Torres Méndez, Alberto Urdaneta y Epifanio Garay, un retrato de Bolívar por José María Espinosa y un

28. *Las fiestas nacionales*, Bogotá, Imprenta de Gaitán, 1866, p. 6.

29. *Exhibición del 20 de Julio de 1871. Distribución de premios*, Bogotá, Imprenta de M. Rivas, 1871, p. 3.

mapa geológico de la sabana de Bogotá. En su discurso de clausura, el presidente de la junta de comisarios señala que:

> La riqueza natural de nuestro país, que más por tradición que por conocimiento positivo, gozaba fama de maravillosa, ha empezado a revelar, hoi que se alza a medias el velo que la cubre, los tesoros que durante siglos enteros han estado perdidos o desconocidos[30].

Sin embargo, la figura de la exposición nacional demostrará rápidamente sus límites, frente a lo endeble de la producción nacional. En 1882, el secretario de Fomento explica las dificultades surgidas en la organización de una segunda exposición, un año apenas después del éxito de la de 1880: «tales concursos no pueden ser entre nosotros tan frecuentes como en otros países, por oponerse a ello lo defectuoso y tardío de nuestras comunicaciones internas i la lentitud del movimiento progresivo de la industria»[31]. Los redactores del *Papel Periódico Ilustrado* por su parte proponen que las exposiciones se organicen sólo cada cinco años[32].

Otros indicios revelan la preocupación de los radicales por la formalización de una cultura nacional. En 1868, el secretario del Interior, Carlos Martín, pretende revivir la idea de una Academia Nacional, abandonada desde el fracaso de la primera Academia en 1855. «Contribuyamos a conservar la unidad i la pureza clásica de la lengua [...] hagámonos dignos herederos del grandioso idioma de Castilla», explica a los congresistas[33]. Fruto de la acción decisiva de Vergara y Vergara, quien consigue en Madrid el beneplácito de la Real Academia Española, la Academia Colombiana, primera de su género en América, nace en 1871. Pese a las reticencias de algunos liberales en contra de lo que ellos denuncian esporádicamente como «los sol-

30. *Ibíd.*, p. 3.
31. *Fom. 1882*, pp. 60-61.
32. *Papel Periódico Ilustrado*, Bogotá, octubre 1, 1881, p. 32.
33. *Int. 1868*, p. LXVI.

dados póstumos de Felipe II»[34] —la mayoría de los académicos son conservadores— los radicales representados en ella por Santiago Pérez y Felipe Zapata, apoyan los esfuerzos de la Academia por fomentar la literatura nacional y la historia patria.

LA RENOVACIÓN DE LA ATRACCIÓN EUROPEA

El proyecto radical es también revelador de la profunda mutación, que a comienzos de los años setenta, transforma la relación política con Europa. El sentimiento de la libertad americana y el orgullo republicano, enarbolado por liberales y conservadores frente a un Viejo Mundo monárquico, constituía desde la Independencia la esencia del sentimiento nacional. Una vez dispersada la ola de las revoluciones europeas de 1848, el republicanismo se había impuesto nuevamente como representación central de la política colombiana, no solamente porque las revoluciones habían fracasado, sino también porque todo parecía indicar un nuevo despertar del imperialismo europeo en América: el ataque a Santo Domingo por la flota española en 1859, la expedición mexicana en 1861 y las agresiones españolas en el Pacífico, repetidas durante la década de 1860, confirmaban la realidad de la amenaza europea.

Durante los años sesenta, el ideal federalista americano deja sin embargo entrever algunas grietas ya que los Estados Unidos y México, emblemas del federalismo, son devastados por guerras internas. Si el ejemplo norteamericano muestra claramente los riesgos de secesión que induce el federalismo, el episodio mejicano

34. Citado en M. Deas, *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*, Bogotá, Tercer Mundo, 1993, p. 32. En una carta al periódico liberal parisino *El Americano* en 1872, el mosquerista José María Rojas Garrido ataca las artimañas de los académicos: «Creemos que hasta el idioma patrio tiene que regenerarse, lo mismo que la poesía, en el suelo americano [...] y la educación española, formada y nutrida con supersticiones de todo linaje, es la que menos conviene a los pueblos americanos. Así, ni a la Academia española damos importancia siquiera en asuntos de lenguaje». *El Americano*, París, septiembre 30, 1872.

demuestra que puede incluso llegar a favorecer una intervención imperialista y *liberticida*, apoyada desde el interior por los enemigos del poder central. Si bien la causa de la unidad nacional y de la libertad termina ganando en ambos países, se agranda la duda sobre el federalismo.

En Europa, la década de 1860 se cierra al contrario sobre considerables victorias de la república unitaria y el Estado-nación. La revolución española de 1868, la proclamación de la República en Francia en 1870 y la unificación de Alemania e Italia abogan por la centralización política. El Estado centralizado comienza a aparecer como el único instrumento de construcción nacional. Mientras que las potencias europeas renuncian, luego del fiasco mexicano, a toda aventura imperial en América, los acontecimientos de la política europea en los años setenta renuevan el interés de los dirigentes colombianos hacia el Viejo Mundo. Paralelamente, los gobiernos se fijan más en las posibilidades de observación institucional abiertas por la expansión de los viajes a Europa.

La percepción de los acontecimientos europeos

Primera señal de cambio, la revolución española de septiembre de 1868, causa sensación en Colombia, como lo escribe José María Samper al republicano español José María Orense: «un día resonó de súbito en nuestras selvas americanas esta gran palabra llena de electricidad: *Revolución en España*! [...] los hijos de Colombia, digo, sentimos una emoción profunda de alegría y esperanza, y desde allá de las alturas de los Andes, de los valles del Cauca y el Magdalena, de las llanuras del Orinoco y las costas del mar Caribe y del Pacífico, enviamos a nuestros hermanos del Viejo Mundo esta solemne aclamación: 'Salud a España! Viva la Revolución española!'»[35].

Sin embargo, el entusiasmo inicial no dura. En primer lugar, porque está claro de inmediato que los republicanos, luego de haber

35. J. M. Samper, *Cartas y discursos de un republicano*, Bruselas, Typographie de Veuve Parent et fils, 1869, pp. 6-7.

desempeñado un papel determinante en la caída de Isabel II, tienen inmensas dificultades para instaurar la República contra los partidarios de la monarquía constitucional; efectivamente la República, proclamada tardíamente tras la abdicación de Amadeo de Saboya en 1873, no logrará perdurar. En segundo lugar, porque el programa de la revolución española, que propone importantes reformas liberales —el sufragio universal, la libertad absoluta de prensa, culto, enseñanza, asociación, industria, la abolición de la pena de muerte y la abolición de los fueros— aparece como un pálido remedo de los programas de las reformas liberales hispanoamericanas. España, en otras palabras, apenas empieza a recorrer la vía del liberalismo, abierta desde mucho antes en América. Rafael Núñez, quien desde su consulado en El Havre sigue los desarrollos de la revolución española, comenta con una pizca de ironía: «El programa parece copiado de algunos de nuestros diarios reformistas de 1849, época en que tuvo glorioso principio nuestro segundo período de trasfiguración política i social»[36].

Mientras que José María Samper aboga por la instauración de la República en España[37], Núñez, ante los múltiples llamados a la proclamación de la República —los de Hugo o de Mazzini— manifiesta sus crecientes dudas sobre las calidades intrínsecas de las formas políticas. La República, explica, no representa garantía alguna de buen gobierno, del mismo modo que la monarquía no implica sistemáticamente un mal gobierno:

> Entre la república inglesa del tiempo de Cromwell i la monarquía tal como ha venido funcionando después de la caída de los Estuardos, toda comparación que en ese sentido se haga es evidentemente favorable a la monarquía. La actual monarquía italiana es superior también, en ese mismo concepto, a aquellas repúblicas donde güelfos i jibelinos lucharon sin tregua hasta despedazarlas i morir con ellas[38].

---

36. R. Núñez, *Ensayos de crítica social,* Rouen, Imprimerie de E. Cagniard, 1874, p. 99.
37. Cf. J. M. Samper, *op.cit.*
38. R. Núñez, *op. cit.*, p. 167.

La guerra franco-alemana, que estalla en 1870, es seguida con mucha atención en Colombia y la complejidad de sus implicaciones genera reacciones irreductibles a simples perspectivas partidistas. Las primeras noticias de la guerra desencadenan numerosas manifestaciones de simpatía por Francia, incluso antes de que llegue la noticia de la caída del Imperio, como lo muestra este episodio relatado por el cónsul de Francia en Bogotá:

> Aquí tuvimos una prueba muy clara de ello [de la simpatía hacia Francia] hace unos días: un alemán, quien tras la noticia de la derrota de nuestras tropas en Wissembourg se permitió izar en su casa la bandera de la Confederación de Alemania del Norte, no pudo dejarla sino unas cuantas horas ya que fue obligado a retirarla ante las amenazas de la gente[39].

Los sentimientos favorables a Francia crecen con el anuncio de la caída del Imperio. En París, el ministro Torres Caicedo, no obstante cercano a los círculos políticos imperiales, se apresura, sin esperar siquiera las instrucciones oficiales, a reconocer el gobierno provisional republicano, colocando así a Colombia entre los primeros países en hacerlo. Las manifestaciones oficiales de apoyo a Francia se multiplican. El arzobispo de Bogotá, monseñor Arbeláez, ofrece una misa por los muertos de la guerra franco-prusiana[40]. El gobierno ofrece una ayuda financiera a la representación diplomática francesa, incomunicada con su gobierno a raíz de la interrupción del servicio transatlántico[41]. La espontaneidad popular también se manifiesta con entusiasmo a pesar de que, como bien lo advierte el cónsul, sus expresiones no se deben en nada a los franceses de Bogotá, que se abstienen de tomar parte en esos desórdenes «y sólo deben ser atribuidas a la justa indignación del pueblo colombiano»:

---

39. Carta del cónsul general Goepp al M.A.E., Bogotá, septiembre 14, 1870, AMAE, CP, 32, ff. 87-88.

40. *Ibíd.*, julio 18, 1871, AMAE, CP, 32.

41. *Ibíd.*, marzo 8, 1871, AMAE, CP, 32.

> Hace algunos días, cuando de manera inopinada llegó aquí la fatal noticia de la capitulación de París y mientras que el presidente Salgar se apresuraba en expresarme con su visita qué parte tomaba en este doloroso evento, algunos alemanes establecidos en Bogotá tuvieron la imprudencia de circular por las calles de la ciudad con una banda de músicos (la música militar les había sido prohibida por las autoridades). Esta demostración exasperó tanto a la población que la gente dispersó violentamente a este grupo rompiendo parte de los instrumentos de música: no satisfechos con esta hazaña, decidieron venir en masa a mi casa para hacer una estridente demostración gritando «Viva la Francia», «Abajo los Prusianos», «Muerte a los Alemanes». De allí se dirigieron hacia la casa del Cónsul General de la Confederación de Alemania del Norte y rompieron las ventanas, así como también lo hicieron en otras casas habitadas por alemanes[42].

Los conservadores se muestran en general favorables a Francia. Aunque las simpatías imperiales eran escasas, la política católica de Napoleón III en Oriente y en Roma había ganado la aprobación de muchos conservadores. En octubre de 1870, el conservador antioqueño Joaquín Vásquez escribe inquieto a Mariano Ospina: «Parece que se confirman las noticias de Francia, agregando que el Papa ha sido echado de Roma. Dios nuestro señor nos asista»[43]. Otro conservador, Manuel María Madiedo, comenta en su periódico *La Ilustración*, que sería temible una victoria prusiana porque favorecería la causa monárquica en Europa[44]. Sin embargo, ciertos conservadores reconocen que su posición en favor de Francia no es muy racional. Entusiasmado por la noticia de una batalla ganada por los franceses, Francisco Vásquez escribe a Ospina: «Dicho triunfo nos complace sólo por razón de raza,

42. *Ibíd.*, f. 154.

43. Carta de J. Vásquez a M. Ospina, Medellín, octubre 12, 1870, FAES, AMOR/C/15, ff. 62-63.

44. *La Ilustración*, Bogotá, septiembre 21, 1870.

pues en efecto no son los republicanos franceses los llamados a proteger la relijión i la moral»[45].

A pesar de algunas dudas, un sentimiento de compasión hacia Francia, cuya victoria aparece entonces como el desenlace más favorable a los intereses del catolicismo, se confirma entre los conservadores, mientras se hace evidente que muchos liberales esperan de una victoria prusiana el impulso decisivo para la unidad italiana y la extinción del poder temporal del Papa. Aunque los liberales deploran el infortunio de Francia, se alegran en cambio de la derrota de los ejércitos imperiales, que conduce a la restauración de la República. El liberal santandereano José David Guarín escribe en un texto titulado *Ay de la Francia!*: «Afila de nuevo tu espada, porque tras la noche del Imperio asoma el día de la República»[46]. Durante los años setenta, los homenajes a la república francesa se multiplican. En 1873, Manuel Murillo Toro, sin duda mal informado sobre las preferencias monarquistas del nuevo presidente francés, el mariscal Mac-Mahon, lo felicita por su elección:

> Tengo el placer de asegurarle que, por mi parte, no perderé oportunidad ni medio alguno para contribuir a que las relaciones entre Colombia y su país sean cada día más estrechas, lo que se facilitará por el hecho de que las dos naciones se encuentran gobernadas por instituciones republicanas[47].

Los liberales saludan el regreso de Francia a la normalidad republicana luego del aciago episodio del Imperio. Aquileo Parra, aunque había conocido la Francia imperial de los años sesenta, había visto siempre en ella una «democrática nación»[48] y se alegra también por su evolución republicana. Medardo Rivas, quien asiste al lento

---

45. Carta de F. Vásquez a M. Ospina, Medellín, noviembre 12, 1870, FAES, AMOR/C/15, f. 72.

46. J. D. Guarín, *Artículos y novelas de David*, Socorro, Imprenta del Estado, 1872 p. 68.

47. Citado en L. C. Ortiz, *La correspondance politique des diplomates français en Colombie, 1860-1903*, Université de Paris I-Sorbonne, 1989, p. 125.

48. A. Parra, *Memorias*, Imprenta de La Luz, 1912, p. 453.

renacimiento republicano de Francia, la proclama «madre común de todos los republicanos»[49]. Considerando que la República moderada es la mejor garantía contra la amenaza comunista, Rivas ve con entusiasmo el nuevo régimen francés:

> La República radical de Gambetta no era un trastorno general en Francia, que pudiese inquietar al mundo, era sólo el advenimiento de un gobierno sin Césares ni Reyes; regular en su forma y en su desarrollo democrático; un progreso en el camino que todos los pueblos venían siguiendo, desde hacía tiempo, así en Alemania como en Italia o Inglaterra; camino seguro para llegar a gobernar por sí mismos y atender a sus propios intereses[50].

En 1879, la consolidación definitiva de la Tercera República francesa da lugar a un homenaje de la Cámara, que felicita al gobierno francés por la victoria de los republicanos, un acontecimiento «de la más alta trascendencia para el triunfo de la causa liberal en el mundo»[51].

Otro acontecimiento trascendente, la unidad italiana, portadora de la destrucción del poder temporal del Papa, atrae las miradas de liberales y conservadores. Mientras que éstos denuncian «la sacrílega invasión, el nefando latrocinio con que el Rei de Italia i los hijos del error han atacado últimamente, i una vez más, los sagrados derechos de la Santa Sede»[52], aquellos se entusiasman por las hazañas de los arquitectos de la unidad italiana. Nombrado cónsul de Colombia en Italia en agosto de 1870, Nicolás Pardo llega a Florencia y asiste a los primeros meses de la unificación italiana, confirmada por el ple-

49. M. Rivas, *Viajes por Colombia, Francia, Inglaterra y Alemania,* Bogotá, Imprenta de Fernando Pontón, 1885, p. 394.

50. *Ibíd.*, p. 673.

51. Carta de la Cámara de Representantes al secretario del Interior y de Relaciones Exteriores, marzo 18, 1879, AGN, Fondo Congreso, t. 6, f. 869. Cf. también *Int. 1880*, pp. 140-141.

52. V. A. Jiménez [obispo de Medellín], *Pastoral sobre los asuntos de Roma,* Medellín, febrero 8, 1871.

biscito de octubre de 1870, que incorpora Roma al reino de Italia. En su descripción de la fiesta de la unidad italiana celebrada el 8 de octubre, Pardo aclama la obra política de Victor Manuel: «El Papa revestido del poder temporal en una península que ha albergado en su seno el poderoso genio de Cavour, el profundo pensamiento de Mazzini y la invencible espada de Garibaldi era un absurdo, un contrasentido, una antítesis del Siglo XIX»[53]. La simpatía de los liberales colombianos por el monarca italiano no se desmentirá durante la década de 1870. José María Quijano Wallis exalta la obra de Victor Manuel durante su primer viaje a Italia en 1873. Próspero Pereira Gamba describe en 1874 desde Florencia los esfuerzos del nuevo régimen para organizarse políticamente y obtener el reconocimiento internacional[54]. En 1878, el anuncio de la muerte de Víctor Manuel dará lugar a un vibrante homenaje por parte de los parlamentarios colombianos:

> La Cámara de Representantes del pueblo de los Estados Unidos de Colombia, interpretando la opinión a la que representa, asienta con dolor la funesta noticia de la muerte del Rey de Italia, Victor Manuel, bajo cuyo mando se formó y consolidó la nacionalidad italiana, se extinguió el poder temporal del papado, y se reprimió con mano fuerte a los usurpadores del ultramontanismo, enemigos de la soberanía nacional y de los derechos de la sociedad civil[55].

Pero más aún que la novela de la unidad italiana o de la incierta victoria de la República en Francia, el espectacular surgimiento de Alemania fascina a los radicales colombianos. Alemania había ocupado hasta ese momento un lugar modesto en el imaginario político colombiano. Representada esporádicamente en el país por un puña-

53. N. Pardo, *Recuerdos de un viaje a Europa,* Bogotá, Imprenta de La América, 1873, p. 63.
54. P. Pereira Gamba, «Revista de Italia», *Revista Latinoamericana,* París, junio-noviembre, 1874.
55. Carta de Troplong al M. A. E., Bogotá, octubre 19, 1878, AMAE, CP, 32.

do de inmigrantes (Juan Bernardo Elbers, promotor en los años veinte de la navegación a vapor en el Magdalena, o Geo von Lengerke, constructor de carreteras en El Socorro, Santander), insignificante en el campo diplomático, Alemania había sido más marginal aún en las bibliotecas de los lectores colombianos que en los recorridos de los viajeros. Pocos eran los colombianos que, por haber seguido estudios superiores en Alemania, conocían el idioma alemán. Eustacio Santamaría —formado en Alemania a comienzos de los años cincuenta y casado con una alemana— y, en menor medida, Ezequiel Uricoechea —quien había publicado en 1854 en Berlín la primera obra nacional de arqueología precolombina— se destacaban como los dos escasos colombianos familiarizados con ese país. Viajando por Alemania a finales de los años cincuenta, José María Samper había dado su veredicto: un país de «reyezuelos»[56] en donde se respira la opresión de los pueblos por los príncipes. La patria de Humboldt, a mediados de los años sesenta, apenas atraía las miradas de las elites colombianas.

Los progresos de la unificación alemana comienzan, sin embargo, a despertar paulatinamente la curiosidad. En 1867 se publica en Bogotá la traducción de la obra francesa de Emile de Laveleye titulada *La Alemania después de la guerra de 1866*, hecha por un joven liberal residente entonces en Europa, Aureliano González Toledo. El texto, consagrado en gran parte a una descripción detallada del ejército y de la escuela en Prusia ofrece una apología de lo que comienza a ser percibido como un verdadero modelo nacional alemán:

> Instrucción obligatoria, servicio obligatorio para todos, ejercicio militar en los colegios, como en las escuelas de cadetes en Suiza, un pequeño número de soldados sobre las armas, pero millones de hombres en sus hogares, bien adiestrados, prontos a levantarse, para defender la patria; tales son las reformas que serían para la Europa un ejemplo a la vez que una prenda de sosiego, i para la Francia misma una garantía

56. J. M. Samper, *Viajes de un colombiano en Europa*, París, E. Thunot, 1862, t. 2, p. 299.

de sus libertades, una fuente de fuerza, de riqueza, de virilidad, de instrucción i de moralidad, cuyos saludables efectos es difícil medir[57].

En 1870 la lengua alemana entra a formar parte del programa de estudios de literatura y de filosofía de la Universidad Nacional, y el interés por Alemania crece con el anuncio de la guerra franco-prusiana. Eustacio Santamaría, entonces cónsul de Colombia en Saint-Nazaire, escribe en el *Diario de Cundinamarca*, bajo el seudónimo de John Wilkes, algunos artículos en los que compara la causa de la unidad alemana a la de las independencias hispanoamericanas:

> Los alemanes están defendiendo la causa más sagrada de todas, su independencia, su soberanía y la integridad de su territorio contra un enemigo audaz, ambicioso i presuntuoso; i quien defiende tal causa tiene que triunfar, como triunfaron los mejicanos, como triunfaron los dominicanos, como triunfaron los españoles sobre Napoleón I, i como triunfaron nuestros padres sobre los españoles[58].

Los conservadores comienzan entonces a denunciar sin tregua la fascinación que ejerce Alemania en los círculos liberales colombianos. Francisco Vásquez le escribe a Ospina: «Como es natural la mayor parte de los liberales de aquí son partidarios de la Prusia porque esperan que con la caída de la Francia vengan abajo los buenos principios católicos»[59]. Los periódicos conservadores fustigan las simpatías prusianas de los liberales. El cónsul Goepp señala que Francia recoge todas las simpatías colombianas con excepción de una «minoría perteneciente a la parte más exaltada del partido rojo»[60]. La crítica de la tendencia germanófila de los radicales persistirá en el

57. Emile de Laveleye, *La Alemania después de la guerra de 1866*, traducción de A. González Toledo, Bogotá, 1867.

58. *Diario de Cundinamarca*, Bogotá, septiembre 8, 1870.

59. Carta de F. Vásquez a M. Ospina, Medellín, septiembre 12, 1870, FAES, AMOR/C/15, ff. 52-53.

60. Carta del cónsul general Goepp al M. A. E., Bogotá, septiembre 14, 1870, AMAE, CP, 32, f. 87.

arsenal de la propaganda conservadora durante la década de 1870: así, en 1876, el obispo Rafael Celedón denuncia en un panfleto antimasónico la culpable condescendencia de los liberales hacia el imperio alemán y la monarquía italiana, que revela que su anticlericalismo prevalece finalmente sobre su convicción republicana: «¿No observáis que todos los demócratas anticatólicos simpatizan fraternalmente con Guillermo que es Emperador, y con el Victor que es Monarca?»[61].

Así, los acontecimientos de la década de 1870 van transformando profundamente la relación con Europa. Los ejemplos de España y Francia sugieren que la hora de la República ha sonado también para el Viejo Continente; la unidad italiana conforta la causa liberal; el surgimiento de Alemania y de Italia demuestran que los estados-nación se crean a fuerza de voluntarismo político. Si se pueden crear pujantes estados nacionales a partir de una multitud de principados y reinos, construir la coherencia nacional en Colombia debe ser infinitamente más fácil. Los ejemplos europeos ya no predican la simple destrucción del Antiguo Régimen, sino que se ofrecen ahora como herramientas concretas en la construcción del estado-nación.

Las misiones de observación administrativa

Estimulado por la nueva coyuntura europea, y deseoso de oficializar el estudio de las instituciones europeas, el poder radical comienza a organizar verdaderas misiones administrativas. Aníbal Galindo se destaca, a finales de los años sesenta, como uno de los pioneros en ese campo. Aprovecha su estadía en Europa como secretario de la legación colombiana en París para estudiar la organización del Banco de Inglaterra; luego, al dejar su cargo tras la destitución de Mosquera, se lanza en una misión de observación de la administración francesa[62].

---

61. Rafael Celedón, *La logia en Sud-América, Diálogos entre un masón y un católico,* París, J. E. Gauguet, 1885 [escrito en 1876], p. 87.

62. El ministro de Relaciones Exteriores francés recomienda entonces a Galindo a su colega encargado de los Correos: «En la actualidad se dedica a estudiar diversas ramas

Su estudio sobre el Banco de Inglaterra, publicado a su regreso a Colombia en 1869, proporciona, además de información técnica sobre el funcionamiento de un banco central, un verdadero manifiesto en favor del estudio de las *naciones civilizadas*. Al explicar que su decisión de estudiar el Banco de Inglaterra más que su homólogo francés se debe a su preferencia por «los rijidos principios de la escuela inglesa en materia de crédito, que no lo juega, que no lo espone jamás»[63], se pronuncia en el segundo capítulo de su opúsculo —«Sobre qué deben versar los estudios políticos i sociales de los sur-americanos en Europa; instituciones, no teorías»— sobre la necesidad de misiones de estudio en Europa enfocadas a la organización y a la práctica institucional:

> Si los publicistas de la América del Sur deben en jeneral huir de la tentación i de la vanidad de escribir libros elementales o puramente teóricos, pueden sí hacer con ventaja un estudio más modesto i más provechoso, el estudio práctico del mecanismo de las instituciones que puedan aclimatarse en nuestro país, o de las cuales pueda derivarse por comparación el perfeccionamiento i la mejora de las que ya tenemos: deberá estudiarse cómo funcionan sus correos, cómo está organizada su policía i el servicio municipal de sus principales ciudades, en qué términos se asocia el Gobierno a las compañías empresarias de trabajos públicos, caminos, canales &.a &.a para fomentarlas i protejerlas, cómo están servidas sus bibliotecas i sus museos, cómo se organizan i cómo trabajan sus innumerables compañías de aseguros, montes de piedad, bancos, institutos literarios i científicos, &.a &.a.
>
> En primer lugar esta clase de trabajos no son comunes: si los hai están redactados jeneralmente en la forma de manuales o de reglamentos para el uso de los directores i oficiales del respectivo

---

de nuestra administración con el fin de estudiar las aplicaciones que de ellas se puedan hacer en su país». AMAE, ADP, Colombia, Caja N°. 1.

63. A. Galindo, *Organización del Banco de Inglaterra. Estudio práctico hecho en las oficinas del Banco en 1866 y 1867, dedicado al Gobierno de los Estados Unidos de Colombia,* Bogotá, Imprenta de la Nación, 1869, p. 7.

> establecimiento: casi nunça salen al estranjero. En segundo lugar, aunque salieran, pocos los consultarían i casi nadie podría entenderlos por demasiado complicados i estensos: es preciso despojarlos de los detalles inútiles, a la medida de nuestras necesidades, hacerlos servir, en fin, a nuestro teatro político i social, como se corrije i se adapta una pieza del teatro inglés o francés al teatro español[64].

El estudio práctico de las instituciones europeas, además de ser útil, es de fácil alcance: Galindo señala la complacencia de los europeos para con aquellos que quieren estudiar sus instituciones con el fin de reproducirlas o inspirarse en ellas y el «pasaporte en blanco que en Europa dispensan los Gobiernos i la sociedad en jeneral al estranjero, pero mui especialmente al sur-americano que desea estudiar i aprender algo útil que importar en su país»[65].

Los gobiernos radicales saben que para alcanzar su meta de construir una sociedad liberal, les conviene sacar el máximo provecho de las experiencias de los viajeros y de sus redes cosmopolitas. Dos de los principales proyectos del poder radical, el desarrollo de la inmigración y la reforma educativa, reflejarán la intensidad de las esperanzas de modernización puestas en el factor europeo.

EL IDEAL LIBERAL DE LA INMIGRACIÓN

En 1871, el gobierno liberal retoma el camino de una política voluntarista de promoción de la inmigración. Los fracasos sucesivos de todos los proyectos de promoción de la inmigración —el plan de Ancízar a finales de la década de 1840, la política de concesión a las compañías de inmigración emprendida por sus sucesores en los años cincuenta, y varias iniciativas independientes de colonización extranjera— habían llevado progresivamente a aplazar cualquier política voluntarista de inmigración.

---

64. *Ibíd.*, pp. 11-12.
65. *Ibíd.*, p. 12.

Nuevas iniciativas, nuevas decepciones

Una vez más, sin embargo, la modernización de la sociedad a cargo de extranjeros competentes, preferiblemente europeos, se vuelve a inscribir entre las prioridades gubernamentales. En 1870, el gobierno central retoma la administración directa de los territorios de la Guajira y de la Sierra Nevada, anteriormente adscritos al estado del Magdalena, con la idea de contratar compañías privadas para abrir carreteras, desarrollar la navegación y favorecer de ese modo la colonización agrícola. La ley del 9 de junio de 1871 «sobre proteccion de los inmigrantes extranjeros», obra de Salvador Camacho Roldán, se diferencia de la ley de 1847 por su énfasis en la inmigración espontánea. El objetivo de Camacho es crear condiciones favorables, tanto jurídicas como prácticas, para aquellos inmigrantes que decidan venir a Colombia: «El objeto de la lei no es llamar, por medio de promesas mas o menos lisonjeras, a la emigración europea: es simplemente crear algunos medios para recibirla si espontáneamente quisiese dirijirse a nuestras playas»[66].

La nueva estrategia recuerda la que Ancízar iniciara un cuarto de siglo antes, pero pone más enfasis en la observación de las sociedades europeas. El gobierno solicita nuevamente a los cónsules en el exterior que se encarguen de establecer un diagnóstico sobre el fracaso de la inmigración en el país y que propongan soluciones para remediarlo; se les pide un análisis de las estructuras agrarias europeas —las relaciones entre terratenientes y aparceros, sus costos y beneficios, la duración de los contratos, las obligaciones del terrateniente, etc.—; un estudio de los criterios tomados en cuenta por los emigrantes europeos en el momento de elegir su destino (lengua, religión, instituciones políticas, clima, seguridad). Se les encarga, en fin, de informar al gobierno colombiano sobre los «alicientes o incentivos que ofrecen diversos países de América, Asia y Australia para atraer a los emigrantes»[67]. La ley prevé, además, la creación, en los

66. *Lei sobre protección de los inmigrantes estranjeros*, Bogotá, Medardo Rivas, 1871, p. 6.
67. *Ibíd.*, p. 4.

principales puertos de Colombia, de juntas encargadas de ayudar a los europeos pobres que quieran instalarse en el país. Éstas deberán proporcionar información a los inmigrantes a su llegada, procurarles vivienda, asistirlos, aconsejarlos y encontrarles un lugar para instalarse en el interior del país. Las juntas también deberán encargarse, con la ayuda del personal consular, de promover la inmigración en el extranjero y mantener al gobierno informado sobre las dificultades encontradas. Otras juntas establecidas en todo el país, se encargan de recibir a los inmigrantes enviados desde los puertos.

La ley de 1871 ofrece una definición más amplia del inmigrante anhelado que la imaginada por el legislador de 1847: será idealmente un labriego europeo, pero la circular de Camacho Roldán señala que los inmigrantes hispanoparlantes que hayan vivido en climas tropicales y subtropicales también serían bienvenidos. Los habitantes de las Antillas inglesas, francesas y holandesas, los suramericanos y sobre todo los canarios y cubanos, tendrían la ventaja de aclimatarse con mayor facilidad. Los cubanos, cuya patria está socavada por las luchas independentistas, se beneficiarán excepcionalmente de una dotación de 25 hectáreas de tierras por familia. Para captar el interés de los inmigrantes se aprueba un presupuesto de 20.000 pesos, de los cuales 1.500 se consagran a la publicidad en Europa.

A pesar de la relativa modestia de sus esperanzas, Salvador Camacho Roldán emprende una verdadera campaña internacional de promoción. Retomando la idea de ligar el reembolso de la deuda externa y la inmigración de extranjeros, Camacho escribe a Carlos O'Leary, vicecónsul en Inglaterra, para proponerle el pago de la deuda con terrenos en los Llanos Orientales, y al empresario americano Johathan Waters, a quien invita para organizar la inmigración en las tierras cedidas por el gobierno en esta misma región[68]. Respondiendo a la circular de Camacho, el cónsul de Colombia en Bélgica le señala que la emigración belga es insignificante pero que sería posible

68. Jane M. Rausch, *The Llanos frontier in Colombian History 1830-1930*. Albuquerque, Editorial Universidad de Nuevo México, 1993, pp. 100-101.

emprender la importación de mano de obra alemana a condición de organizar su recepción[69].

Las juntas de inmigración de Santa Marta, Barranquilla, Bogotá y Medellín son las únicas que resultan ser activas. La junta de Barranquilla expresa su deseo de atraer trabajadores canarios instalados en Venezuela, ansiosos de emigrar otra vez a raíz de la guerra civil que acaba de estallar. Camacho declara estar dispuesto a otorgar una ayuda financiera al proyecto. En 1872 se aprueba un presupuesto para apoyar la junta de inmigración de Santa Marta. Paralelamente, algunos colombianos que poseen empresas comerciales en Europa comienzan a interesarse en el negocio de la inmigración[70]. Unas familias originarias de Cuba se establecen en los estados de Magdalena y Bolívar donde siembran café, caña y tabaco.

El proyecto de colonización más ambicioso emana de un francés, Jean-Elie Gauguet, quien en mayo de 1872 solicita al gobierno de la Unión una concesión de 2.500 hectáreas de tierras baldías en la cuenca del río Santa Clara, en la Sierra Nevada de Santa Marta, para establecer allí una colonia francesa de varias familias, que vendrán a cultivar trigo y uvas[71]. El gobierno acepta la propuesta en 1873 y el prefecto del territorio de la Sierra Nevada i Motilones escribe el mismo año en su informe anual al secretario del Interior palabras alentadoras acerca del proyecto de colonización de Gauguet, cuyo embarque desde Francia ya está anunciado. El Congreso aprueba entonces una ayuda adicional a los inmigrantes europeos de la Sierra Nevada[72]. Esta vez el fracaso no se deberá a la penuria de fondos públicos ni al incumplimiento de las compañías de inmigración, sino a la dificul-

69. *Colección de los principales documentos relacionados con la administración de la Hacienda nacional en el año de 1871*, Bogotá, Gaitán, 1872, pp. 280-281.

70. Así, en 1874, la oficina napolitana de la empresa comercial Pereira Gamba y Cía. aparece, entre otras actividades, como «agencia del patronato de emigración en las provincias meridionales de Italia». Cf. *Revista Latino-americana*, París, junio 1, 1874.

71. Cf. Carta de Rafael de Porras, secretario de Hacienda, al secretario del Interior, Bogotá, junio 17, 1872, AGN, MI, t. 85, f. 562.

72. Cf. T. Carrasquilla, *op. cit.*, p. 16.

tad, ya expuesta por Codazzi y Reclus, de montar empresas de colonización agrícola en los aislados parajes de las cordilleras colombianas: la familia Gauguet, una vez instalada en la Sierra Nevada, será progresivamente diezmada por las endemias. En su informe de 1878, el prefecto del territorio evoca el «cuadro tan desgarrador como el que presentaba la familia Gauguet como colonos en el correjimiento de San Antonio, escasa de recursos i muerta en su totalidad, viendo levantarse en el lugar escojido por ella para cultivarlo, en vez de la dorada espiga, el triste espectáculo de un cementerio regado con amargas lágrimas»[73].

En Santander, un comienzo de inmigración alemana, atraída por la presencia del emprendedor Geo von Lengerke[74], es interrumpida abruptamente en septiembre de 1879 por los motines de Bucaramanga. El asesinato de dos *democráticos* luego de una victoria electoral radical desata la furia popular contra los ricos comerciantes conservadores, que deja un saldo de dos alemanes muertos, poniendo así un punto final a la inmigración alemana a Colombia[75].

El debate sobre la inmigración

La década de 1870, que desemboca en un nuevo fracaso, vuelve a desatar la polémica sobre la inmigración. Muchos son los que, desalentados, concluyen que cualquier esperanza de recibir inmigrantes es una quimera. Otros estudian los modelos de inmigración exitosos en los Estados Unidos o en otros países suramericanos, proponen una revisión realista de las expectativas y preconizan la captación de pueblos menos «cotizados» en el mercado internacional de la mano de obra, en lugar de seguir soñando con la venida de agricultores del norte de

73. Informe del prefecto de los Territorios Nacionales de la Sierra Nevada i Motilones, *Int. 1878, doc.*, p. 72. El instigador de la misión parece sin embargo haber escapado a la muerte ya que un libro de Rafael Celedón, obispo de Santa Marta, es impreso en 1885 en París por J. E. Gauguet.

74. Cf. H. Rodríguez Plata, *La inmigración alemana al estado soberano de Santander en el siglo XIX. Repercusiones socioeconómicas de un proceso de transculturación*, Bogotá, Kelly, 1968.

75. Cf. Mario Acevedo Díaz, *La culebra pico de oro (historia de un conflicto social)*, Bogotá, Biblioteca Colombiana de Cultura, Imprenta Nacional, 1978.

Europa. Los suizos, alemanes y suecos que poblaban en los años cincuenta el imaginario de la inmigración van a ser progresivamente reemplazados, por italianos y españoles, y la idea de recurrir a una mano de obra no-europea vuelve a agitar el debate público.

Las escasas propuestas favorables a una inmigración asiática no cosechan mucho entusiasmo. Después de Ancízar —cuya propuesta de considerar una inmigración de «indios coolies» es rechazada por el Congreso— y del veredicto negativo de Lino de Pombo sobre la inmigración china a Perú — «no se fuerza jamás impunemente la marcha peculiar i el encadenamiento lógico de los hechos: ahí está para comprobarlo el ejemplo del plan frustrado de colonización del Gobierno del Perú en los valles altos del Amazonas»[76]— otro plan de inmigración chino, presentado a Mosquera a comienzos de los años sesenta, es rechazado; su autor, para quien las políticas de inmigración de Perú y Ecuador habían sido al contrario un éxito, lamentará diez años después la pérdida de esa oportunidad[77]. Durante los años setenta algunos verán, sin embargo, en las poblaciones asiáticas una solución alternativa y más realista para la colonización de las tierras cálidas, como lo explica al Congreso en 1875 el secretario de Relaciones Exteriores Jacobo Sánchez: «Las razas asiáticas que habitan en climas más abrasadores que los de nuestros territorios son las adecuadas para colonizarlos i establecer industrias análogas a las que sostiene la densa población que mora en las riberas del Ganges»[78].

La inmigración africana es otra de las propuestas alternativas. Navegando en 1864 sobre las aguas del Magdalena, el liberal Felipe Pérez había señalado la contratación de mano de obra africana como una solución adaptada al poblamiento de las planicies ardientes del valle del Magdalena: «no esa inmigración europea de que suele hablarse entre nosotros sin criterio alguno, sino una inmigración africana, la cual, en

---

76. *Rel. 1856*, p. 26.

77. Joaquín Batis, *Inmigración: Apreciaciones sobre tan importante negociado que para su consideración presenta Joaquín Batis a sus conciudadanos*, Barranquilla, Imprenta de los Andes, 1875, pp. 3-4.

78. *Int. 1875*, p. 86.

cambio de las costas arenosas desiertas de su país, tendría acá un vergel por morada, y la libertad civil por regalo»[79]. Luego de la publicación de una propuesta en favor de una inmigración egipcia a Colombia[80], el botánico José Francisco Bayón, interesado en la colonización de los Llanos Orientales, redacta en 1881 un estudio sobre ese tema, que envía al presidente Núñez. Bayón explica que ni los ingleses ni los alemanes podrían habituarse al clima de los llanos de Casanare y de San Martín; que los franceses son, a pesar de la gloria de su país, un pueblo decadente y corrupto, incapaz de enfrentarse a las duras tareas de la colonización agrícola; que los italianos se adaptarían bien si su raza no hubiera «perdido de su vigor lo mismo que la francesa»[81], lo cual les impide resistir a los inevitables rigores de la naturaleza del llano. Amenizando su estudio con consideraciones climáticas, higiénicas y raciales, en el más puro estilo de la época, Bayón concluye que los pueblos más adaptados son los canarios y los mozambiqueños: acostumbrados a un entorno pantanoso, a la subalimentación y a enfermedades similares a las que serían expuestos en las planicies orientales, podrían colonizar con éxito esos parajes vírgenes: «No son hombres de ciencia ni de empresas grandiosas los que se necesitan para una inmigracion: son los que puedan llevar el azadón entre esos bosques...»[82].

Sin embargo, estas propuestas alternativas de inmigración no logran hacer olvidar que el objetivo primordial de los ideólogos de la inmigración es el de «europeizar» a la población colombiana, y si el sueño inicial de importar campesinos de Europa del Norte, honestos, laboriosos y democráticos en sus costumbres, se desvanece al tropezar con la realidad —por la presencia de países más «competiti-

---

79. F. Pérez, *Episodios de un viaje*. Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946 [1ª. ed., 1882], p. 35.

80. El folleto de A. E. Escobar y L. M. Girón titulado *Probabilidades de la venida de una emigración egipcia a América* no pudo ser consultado por el autor.

81. José Francisco Bayón, *Inmigración a los Llanos de Casanare y San Martín*, Chocontá, 1881, *ibíd.*, p. 12.

82. *Ibíd.*, p. 15.

vos» que Colombia para captar ese tipo de población— la esperanza migratoria se repliega netamente en los años setenta a sobre los españoles —peninsulares, canarios y cubanos— y los italianos.

> Italia i España deberán ser por consiguiente nuestros puntos privilejiados, por el momento para principiar a animar con inmigración nuestra atrasada agricultura; más tarde vendrá la de las demás naciones: hai que prepararles primero el banquete de recepción[83].

Después de Camacho Roldán, favorable a la inmigración de canarios y cubanos, José María Quijano Wallis, nombrado en 1878 encargado de negocios en Roma intenta fomentar la inmigración italiana a Colombia. En 1881, José Francisco Bayón incluso aconseja sólo tener en cuenta a los italianos como una segunda ola de inmigración a los Llanos Orientales, una vez que el primer desmonte haya sido efectuado por canarios y mozambiqueños: «Una segunda inmigración después de ésta debe poner al Llano a la altura de las naciones más civilizadas: los que se encuentran en estas condiciones son los Italianos»[84].

Ese repliegue sobre los pueblos latinos de Europa no se debe solamente a que la aceptación de Colombia resulta poco atractiva en el mercado de la inmigración, sino también al éxito de las teorías culturales, raciales y climáticas de la época: los italianos y los españoles ofrecen una mejor capacidad de adaptación, están acostumbrados al calor e incluso algunos de ellos a las ciénagas y el «vigor» de su «raza» es satisfactorio. La gran polémica sobre los latinos y los anglosajones que divide en ese momento el mundo occidental convence a las elites colombianas de que, inevitablemente latina, su patria debe contentarse con la esperanza de atraer pueblos latinos sin soñar con inalcanzables pobladores anglosajones.

Antes de que la suerte de la familia Gauguet pusiera un término trágico a la campaña voluntarista de Camacho Roldán, ya se habían alzado numerosas voces que denunciaban el ideal de la inmi-

83. J. Batis, *op. cit.*, p. 14.
84. J. F. Bayón, *op. cit.*, p. 16.

gración como una vana ilusión, por lo menos para las próximas décadas. Aunque algunos, como el viejo general Mosquera, continúan manejando la retórica inmigracionista, los analistas más lúcidos comienzan en efecto a formular la idea de que Colombia no será jamás un país de inmigración. En 1867, Miguel Samper vaticina el fracaso de la inmigración en el país: «es vano intento dirigir nuestras miradas hacia el Viejo Mundo en busca de auxiliares. La emigración europea impone condiciones que no podemos ofrecerle: climas sanos, acceso fácil o barato y seguridad»[85]. Muchos son los que están de acuerdo con su recomendación de no seguir con la quimera de la inmigración[86] y los sucesores radicales de Camacho critican el carácter irrealista de su plan y explican que el desfase entre lo que ofrece Colombia y lo que ofrecen países como Argentina o los Estados Unidos es demasiado grande como para seguir soñando con la inmigración.

El sueño de la inmigración resultará finalmente inefica en la realización del proyecto liberal, mientras que el repliegue operado durante la década de 1870 sobre la esperanza de una inmigración italiana y española volverá a la escena política en los años noventa, asociado esa vez a la voluntad de la Regeneración de instaurar un orden católico en Colombia[87]

LA REFORMA EDUCATIVA

El rápido fracaso de la política de inmigración recarga de expectativas la reforma educativa, que después de una notable inacti-

85. M. Samper, *La miseria en Bogotá*, Bogotá, Editorial Incunables, 1985 [1ª. ed., 1867], p. 13.

86. En 1880, en su viaje de regreso a Colombia, Ramón Gómez se aterra de la escasez de europeos observable en el vapor: «Para Colombia no venían sino cinco estranjeros i ninguno de ellos en condición de emigrante de Europa i como lo mismo sucede todo el año, hai que confesar con profunda pena que nuestro país está fuera de las corrientes de emigración con que el viejo mundo está abonando i enriqueciendo a las Américas [...] La Europa no nos enviará muchos brazos, pero sí nos puede prestar luces y capitales». R. Gómez, *Apuntes de un viaje*, Bogotá, Gaitán, 1880, p. 15.

87. Cf. capítulo 9, «La esperanza frustrada de una inmigración católica».

vidad oficial de los liberales en el campo educacional antes de la caída de Mosquera[88], se ve promovida en el transcurso de unos años al rango de principal herramienta de la construcción nacional, como lo sugiere Rafael Núñez desde Liverpool en 1871: «El problema de la inmigración por ejemplo, debe ceder evidentemente el paso al de la educación; porque por ministerio de ésta realizaremos aquella sólida i lógicamente. No son, en efecto, brazos lo que nos falta, sino brazos intelijentes»[89]. La reforma educativa llegará a simbolizar el proyecto radical hasta el punto de arrastrarlo en su caída; una vez paralizada la reforma educativa por la insurrección conservadora de 1876-1877, la hegemonía radical apenas llegaría a sobrevivirle unos años.

Los gobiernos radicales esperan obviamente de esa ambiciosa reforma educativa —que abarca la creación de la Universidad Nacional, de la Escuela de Artes y Oficios y de una enseñanza primaria, gratuita, obligatoria y laica— nuevos conocimientos, nuevas calificaciones y una reducción de las tensiones sociales; pero ante todo ven en ella un poderoso factor de unificación y de construcción nacional. Como lo explica Felipe Zapata al Congreso en 1871: «Entre los elementos que contribuyen a mantener i estrechar la unidad nacional, el más poderoso es la instrucción pública»[90].

La creación de la Universidad Nacional

La Universidad Nacional, fundada por una ley de septiembre de 1867, abre sus puertas en la capital a comienzos de 1868 con cuatro facultades: medicina, ciencias naturales, literatura y filosofía, ingeniería, a las cuales pronto se añade la de derecho. Su organización, explica su primer rector, Manuel Ancízar, refleja la voluntad de deshacerse

---

88. Cf. J. M. Loy, *Modernization and educational reform in Colombia, 1863-1886,* Ph. D. Dissertation, University of Wisconsin, 1969 [en adelante: *Modernization...*], p. 223. Publicado en español como Jane Rausch, *La educación durante el Federalismo: la reforma escolar de 1870,* Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1993.

89. R. Núñez, *op. cit.,* p. 334.

90. *Int. 1871,* p. 32.

de las carreras tradicionales de la enseñanza colonial y de proponer una educación universitaria adaptada de la evolución industrial del mundo, como ya lo han hecho las *naciones adelantadas:*

> Hace algunos años que en la Europa continental se persuadieron de que las grandes corporaciones docentes no debían mantenerse tales como se organizaron en la época del renacimiento de las letras, sino que era menester ensanchar el cuadro de sus enseñanzas llevándolas al vasto campo de los conocimientos industriales[91].

El sueño de una nación autónoma en el plano científico que no necesite, como lo había deplorado Mosquera en 1849, «mendigar conocimientos extraños»[92] para cualquier empresa que exija conocimientos técnicos, inspira a los fundadores de la universidad: es necesario que el conocimiento se nacionalice, que entre en el patrimonio cultural de Colombia. En 1872, el sucesor de Ancízar, Antonio Vargas Vega, ofrece un diagnóstico realista cuando recuerda que el bajo nivel de producción en el país y el lamentable estado de las finanzas públicas dificultan el acceso a especialistas extranjeros. En vez de atraer a los más honorables, es muy probable que sólo se presenten «hombres de mucho o mediocre valor que se aventuran a visitar estas rejiones en busca de fortuna»[93]:

> No puede esperarse que en un país tan atrasado como el nuestro, donde la vida carece de atractivos, donde los injenios no tienen ni aún el estímulo de la gloria, puedan tomar vivo interés en su prosperidad i riqueza los que, dejando en Europa, comodidad i porvenir, vienen a ocupar entre nosotros puestos precarios i escasamente remunerados: forzosamente han de buscar los medios de llegar pronto a una respetable fortuna con el menor trabajo posible, sin cuidar-

91. *Int. 1870*, p. 7.
92. *Pres. 1849*, p. 8.
93. Informe del rector de la Universidad Nacional, Antonio Vargas Vega, *Int. 1872*, sin paginación.

> se de si las obras que inician o terminan corresponderán a los miras de quien las emprendió, o de si se aprovecharán al menos los hijos del país de sus luces i esperiencia. Cuanto más útil i menos costoso sería educar jóvenes identificados con la patria e interesados en su gloria i progreso, i a quienes satisficieran los aplausos de sus compatriotas, i la moderada ganancia que entre nosotros alcanzan los trabajos de injeniería[94].

La creación de las facultades revela tanto el anhelo de escapar a la dependencia de aleatorios conocimientos foráneos, como la búsqueda de un nivel educativo similar al de las naciones adelantadas. Ancízar considera que el objetivo de la universidad es constituir «un campo de aclimatación de los métodos de enseñanza a que los Estados Unidos de América deben los prodijios de su cultura...»[95]. Los instrumentos que se necesitan en las facultades de medicina, ingeniería y ciencias naturales se compran en Europa[96] y los progresos de la universidad se miden en función de los cánones de la enseñanza superior europea. En 1869, Ancízar considera que «la Escuela de Medicina comprende las enseñanzas que se dan en las Universidades de Europa»[97] y en 1872 Vargas Vega anuncia triunfalmente que «la Escuela de Injeniería ha exhibido en el presente año actos literarios, que pueden parangonarse, en la parte téorica, con los de los mejores colejios de Europa i Norte-América»[98].

La Universidad Nacional no es concebida obviamente como una isla de saber en medio de un océano de ignorancia sino como «el centro de que irradie i se difunda la enseñanza rejenerada i vulgarizada según los métodos modernos, desconocidos entre nosotros»[99]. Antecámara, filtro y laboratorio, la universidad desempeña-

94. *Ibíd.*

95. Informe del rector de la Universidad Nacional, Manuel Ancízar, *Int. 1869,* p. IX.

96. Cf. carta de J. M. Torres Caicedo al secretario del Interior, París, junio 7, 1870, AGN, MI, t. 80, ff. 649-650.

97. Informe..., *Int. 1869,* p. VI.

98. Informe..., *Int. 1872,* sin paginación.

99. Informe..., *Int. 1869,* p. V.

rá así, un papel fundamental de transmisión entre los conocimientos que vienen del exterior y el resto del dispositivo educativo del país. Su cuerpo de profesores ofrecerá una pericia aplicable, según las necesidades, a los diferentes campos de la enseñanza nacional.

Además de garantizar la autonomía científica de la nación, se espera también del nuevo sistema educativo que desempeñe un papel motor en la formación de la nacionalidad. En este aspecto, Alemania e Italia, que surgen en ese momento como naciones unificadas por la racionalidad decimonónica, proveen modelos de naciones creadas en gran parte, particularmente en el caso de Alemania, gracias a la escuela. Colombia por tanto sólo necesita seguir el camino por ellas trazado:

> El profesor Lieber refiere que habiéndosele propuesto a Guillermo III [...] establecer la Universidad de Berlin «aplaudiré, dijo, y apoyaré con todos mis recursos la empresa, porque servirá para enaltecer la vida intelectual del pueblo i resucitar su abatida nacionalidad: cuanto más desarmados estemos físicamente, más nos debemos esforzar en educar al pueblo; porque de ahí nos vendrán la unión y la fuerza». Desde entonces ha figurado en el presupuesto prusiano una suma cada vez mayor destinada a la instrucción universitaria, junto con otra suma mui [...] consagrada a la instrucción primaria. En breve apareció Prusia rejenerada, sabiendo lo que hacía i lo que quería, i demostrando por fin en Sadowa lo que puede un pueblo educado[100].

Mientras que Prusia ofrece un magnífico modelo de enseñanza pública, el ejemplo italiano aboga en favor de la centralización de la educación superior. Ancízar, un gran defensor —frente a las críticas federalistas— de la centralización universitaria en Bogotá con el fin de evitar la dispersión de los esfuerzos, explica que la unificación italiana ha sido facilitada por una reorganización universitaria en contra de la fragmentación educativa heredada de los siglos anteriores. La aspiración a seguir el ejemplo de las universidades alemanas se consolida aún más con el reemplazo de Ancízar por Antonio Vargas

100. Informe..., *Int. 1869*, p. V.

Vega en 1870. Ancízar, al tiempo que valoraba el papel nacional y nacionalista de la educación prusiana, había manifestado frecuentemente su preferencia por la pedagogía norteamericana, fruto de sus estadías en Estados Unidos. La llegada de Vargas Vega confirma la tendencia germanista del proyecto universitario. Impregnado de numerosas lecturas francesas que atribuyen la derrota de 1871 a un sistema educativo deficiente en comparación con la escuela prusiana, Vargas exalta el espíritu de libertad y racionalidad de la educación alemana: «Imitemos esas universidades; i esperemos confiadamente que, poniendo en práctica los mismos medios, obtendremos idénticos resultados»[101].

El segundo frente de la empresa educativa liberal reside en la creación de una Escuela de Artes y Oficios, prevista también por la ley de 1867. Su creación no sólo responde a la convicción de los dirigentes liberales de que esta medida puede suavizar el conflicto social latente, sino también a la continua presión ejercida en ese sentido por los artesanos de Bogotá. En una carta dirigida en 1872 al presidente de la República, el secretario de la sociedad artesanal Los Amigos de la Luz, Eugenio López, reafirma la necesidad de tal institución para recuperar el atraso en ese campo: se debe, explica, asociar a los artesanos al progreso material de la nación y no contar únicamente con ingenieros: éstos tienen muy a menudo la tendencia a importar de Europa maquinaría agrícola que nadie sabe reparar cuando se daña[102]. En su informe de 1869, Manuel Ancízar expone las dificultades de los primeros meses de la existencia de la Escuela de Artes y Oficios. El local suministrado no está listo, los talleres no han sido terminados, y pocos alumnos han respondido al llamado del gobierno; el balance de los primeros meses de funcionamiento de la Escuela de Artes y Oficios es menos alentador que el de la misma universidad. Sin embargo, es crucial, explica Ancízar, lograr buenos resultados en sus comienzos.

101. Informe..., *Int. 1872*, sin paginación.

102. Carta de Eugenio López, secretario de la sociedad Los Amigos de la Luz, al presidente de la República, Bogotá, marzo 18, 1872, AGN, MI, t. 82, ff. 839-840.

La creación de una Escuela de Artes y Oficios pretende algo más que la simple mejora de los métodos de trabajo de los artesanos: según Manuel Ancízar, ella desempeñará un papel fundamental en la defensa del librecambio puesto que contribuirá a reducir la aspiración de los artesanos al proteccionismo. Retomando la inspiración que lo había llevado a fundar en 1847 el Instituto Caldas cuando fue secretario de Relaciones Exteriores de Mosquera, Ancízar explica cómo la educación de los artesanos, además de ser un instrumento de librecambio, constituye un poderoso factor de orden social:

> Sírvannos de algo la esperiencia de Europa en esta materia, i el ejemplo de las conmociones sociales que allí se han producido por haberse descuidado los Gobiernos en mirar por la suerte de los obreros: en Inglaterra se alzaron con aire amenazante pidiendo «Protección», en Bâle, 'Participación en las utilidades del empresario', en Jinebra, 'Alza del salario', en Suiza 'Disminución de las horas de trabajo', todo esto favorecido por los maestros i jefes de talleres, que no acertaban con la causa de su malestar, ni comprendían que así aceleraban su propia ruina[103].

El gobierno inglés comprendió antes que todo el mundo, explica Ancízar, que la respuesta a la agitación social de los artesanos reside en el establecimiento de escuelas industriales destinadas específicamente para ellos y comenzó a invertir en su construcción, hasta la reciente fundación del *South London Working Men's College*. Finalmente, en 1872, el sucesor de Ancízar, Antonio Vargas Vega anuncia la apertura de la Escuela de Artes y Oficios, que recibirá en los años posteriores el influjo de los conocimientos europeos[104], pero que a estas alturas no es más que una «modesta escuela industrial»[105]:

---

103. Informe..., *Int. 1870*, p. 8.

104. En 1874 el gobierno envía instrucciones al ministro en Francia y Gran Bretaña para contratar en Europa a un ingeniero mecánico capaz de dirigir los talleres modelo de mecánica, y a un fundidor para los talleres de metalurgia. *Int. 1875*, p. 124.

105. Informe..., *Int. 1872*, sin paginación.

> El instituto abrirá sus tareas con el modesto programa con que empezó las suyas en Francia el Conservatorio de Artes i Oficios, i en Berlín la Asociación de Obreros de la ciudad. Conferencias nocturnas dictadas por algunos profesores de la Universidad i por ilustrados patriotas que han ofrecido ya su cooperación, sobre puntos de física, química industrial, agricultura, jeometría aplicada, mecánica, jeografía comercial, hijiene, &a, relacionadas con las artes, llenarían útilmente las horas de ocio de los obreros, despertarían en ellos la afición al estudio de las ciencias, i les harían comprender la necesidad de mejorar sus procedimientos de trabajo, i de razonarlos, a fin de ejecutarlos con mayor precisión, facilidad i rapidez[106].

La misión pedagógica alemana

El prestigio de la pedagogía alemana imprimirá finalmente su sello sobre la tercera vertiente del proyecto educativo radical: la creación, como la evoca Ancízar en 1869, de una «verdadera Escuela Normal en que se formarán maestros de instrucción primaria conocedores del noble oficio a que irán destinados, empapados en los admirables métodos norte-americanos»[107]. En 1868, una primera ley prevé que el Estado central se encargará de promover «con los gobiernos de los Estados los arreglos que tengan por objeto reducir la instrucción pública primaria a un sistema uniforme en toda la nación»[108] pero no logra traer frutos debido a la apatía de los estados y las limitaciones presupuestarias. Luego de la aprobación de una nueva ley en julio de 1870, en la cual se prevé que el gobierno de la Unión se hará responsable de la organización y del financiamiento de la instrucción pública, el decreto orgánico de la instrucción pública primaria, promulgado el primero de noviembre de 1870 por el presidente Salgar, fija por fin los grandes principios de las escuelas primarias —éstas serán gratuitas, laicas y obligatorias— y el marco preciso de la in-

106. *Ibíd.*
107. Informe..., *Int. 1869*, p. V.
108. *Int. 1875*, p.131.

tervención del gobierno central en su creación. El decreto orgánico, que define los métodos pedagógicos, las materias y la administración e inspección de las escuelas en el nuevo sistema nacional, crea también una dirección de Instrucción Pública, adscrita al secretario del Interior de la Unión, y precisa las atribuciones respectivas del Estado central, de los Estados Soberanos y de las administraciones locales, en la ejecución del nuevo sistema educativo. Al tomar bajo su responsabilidad la publicación de los libros escolares, una ayuda financiera para la creación de las direcciones de instrucción pública en los estados y la organización de una red de escuelas normales de institutores, el Estado central asume un papel fundamental de impulso y financiación de la reforma educativa, aunque la implementación de la reforma en cada Estado esté sujeta a su aprobación.

Unas semanas después de promulgado el decreto orgánico y antes de que los Estados Soberanos hayan decidido aceptar o rechazar su aplicación en sus territorios, el gobierno central pide a los cónsules en el exterior que hagan un análisis detallado de los sistemas educativos en sus respectivos países de residencia, y que envíen al secretario del Interior, con la mayor frecuencia posible, informaciones sobre los métodos de educación más utilizados en Europa, la lista de las materias impartidas en las escuelas primarias, los textos pedagógicos de base para cada materia, los mecanismos de administración, mantenimiento e inspección de las escuelas, el número de escuelas primarias, el nivel de salario de los profesores, la lista de sus derechos y obligaciones, los incentivos para motivar a los jóvenes a escoger la carrera docente y la descripción más precisa posible de los salones, equipos e insumos utilizados[109].

Varios cónsules responden a la solicitud del gobierno. Proto Gómez, que envía desde París un informe detallado sobre la educación en Francia, aboga, siguiendo el modelo francés, por el carácter obligatorio de la educación primaria. Luego de exponer las materias enseñadas, Gómez describe con lujo de detalles las medidas sobre

109. Circular N°. 4 de enero 5, 1871, *Rel. 1883, doc.*, pp. 90-91.

ventilación e higiene en las escuelas y promete enviar en un próximo reporte algunas precisiones sobre el régimen interno de las escuelas y los métodos pedagógicos empleados[110]. Rafael Núñez, cónsul en Liverpool, emprende un estudio detallado sobre el sistema educativo inglés[111] y envía al gobierno textos de educación popular[112]. Sin embargo, su veredicto en favor del modelo educativo alemán es inequívoco. El sistema educativo británico no tiene comparación con el de Alemania:

> El Reino Unido en jeneral se encuentra en materia de instrucción popular casi al nivel de Francia, i debajo de todos los paises alemanes o escandinavos, así como de Bélgica, Holanda i Suiza. La ignorancia de las masas es mayor solamente en Italia, Austria, Rusia, Grecia i la Península ibérica[113].

Núñez, quien aboga también por una educación gratuita, laica y obligatoria, recomienda al gobierno colombiano privilegiar el estudio de la educación en Alemania, «el primero de los gobiernos de Europa que ha comprendido las ventajas de la educación popular»[114].

La preferencia alemana en la elección de un modelo pedagógico para Colombia se confirma. Incluso antes de encargar a los cónsules colombianos el estudio de los sistemas educativos de las *naciones adelantadas*, el presidente Salgar había dado a entender su inclinación por el modelo educativo alemán[115]. Una semana después del envío de la circular a los cónsules colombianos en el exterior, el más germanófilo

110. Carta del cónsul en París, Proto Gómez, al secretario del Interior, París, octubre 7, 1871, AGN, MI, t. 78, ff. 871-873.

111. R. Núñez, *op. cit.*, pp. 271-350.

112. Carta de la dirección general de correos al secretario del Interior, Bogotá, septiembre 27, 1871, AGN, MI, t. 80, f. 352.

113. Núñez, *op. cit.*, pp. 281-282.

114. *Ibíd.*, p. 285.

115. Cf. J. M. Loy, "Primary education, during the Colombian federation: the school reform of 1870" [en adelante: *Primary...*] HAHR, 1971 (mayo, 51:2), p. 286.

de los colombianos de la época, «versado en la lengua alemana, i él mismo aventajado institutor»[116], Eustacio Santamaría, entonces en el cargo de El Havre, es nombrado cónsul en Berlín. Su misión es clara: comprobar la superioridad de la educación alemana y, en la medida en que ésta se confirme, conseguir pedagogos que ayuden a crear la educación primaria pública en Colombia.

Un año después de su nombramiento en Berlín y luego de haberse sumergido en el estudio del sistema educativo alemán[117], Santamaría contrata los servicios del primero de los nueve institutores prusianos llamados a organizar una red de escuelas normales en Colombia, adelantándose a la decisión final del gobierno: «propasando esa orden [la orden del gobierno], he resuelto mandar inmediatamente una persona competente, de aquellas a quienes he estado enseñando el español, con la esperanza de que se me diera algún día orden de envíar uno o más maestros prusianos para las escuelas normales de Colombia»[118].

En los términos del contrato firmado en Berlín con Santamaría el 4 de enero de 1872, el maestro prusiano Alberto Blume se compromete a instalarse en Bogotá para «fundar i dirigir i [...] subdirigir una escuela normal i una elemental modelo a ella adjunta, i a dar en la primera las enseñanzas que se dan en las escuelas normales de Prusia, e indicar al maestro o maestros que dirijan la segunda el método de enseñanza pestalozziano, como se practica en las escuelas de Prusia»[119]. El contrato, firmado por seis años, prevé que Blume recibirá un viático de 220 pesos, un salario anual de 1.200 pesos, y gozará de todas las garantías otorgadas a los extranjeros en Colombia

116. *Int. 1872*, p. 38.

117. Los textos de E. Santamaría sobre la educación pública en Alemania están reunidos en el tomo III de su obra *Conversaciones familiares sobre industria, agricultura, comercio, etc, etc, etc...*, Le Havre, A. Lemâle Aîné, 1871, t. 1, p. V.

118. Carta al *Diario de Cundinamarca*, citada en *La Caridad*, Bogotá, noviembre 16, 1871, pp. 391-392.

119. Contrato firmado entre E. Santamaría y A. Blume, Berlín, enero 4, 1872, AGN, MI, t. 6, f. 362.

siempre y cuando no se mezcle «directamente ni de otro modo en las cuestiones políticas ni religiosas del país»[120].

Una vez instalado en Bogotá, Blume organiza la Escuela Normal del Estado de Cundinamarca mientras llegan otros ocho institutores alemanes —Hotschick, Meisel, Pankow, Radlack, Uttermann, Wallner, Weiss y Wirsing— con contratos similares al suyo; cada uno de ellos con la misión de crear una escuela normal en alguno de los otros ocho estados de la federación. Llevado por el entusiasmo de la reforma educativa, el gobierno radical parece subestimar las dificultades previstas por el secretario del Interior Felipe Zapata, quien el año anterior había declarado en el Congreso:

> A la realización de un plan jeneral de instrucción pública, el mayor obstáculo que se presenta es la desconfianza que inspira la intervención del Gobierno jeneral en todo asunto que se roce con la administración interior de los Estados[121].

Las dificultades no tardan en aparecer. Según los términos de la Constitución de 1863, un decreto tomado por el gobierno central, como lo era el decreto orgánico de instrucción pública, no podía ser aplicado en los Estados Soberanos sin su explícita aprobación. Los debates generados en cada uno de los estados sobre el problema de aceptar o rechazar el decreto orgánico, desembocan en una amplia aceptación. Sólo el estado de Antioquia rechaza formalmente su aplicación, pero permite al mismo tiempo fundar una escuela normal en Medellín. Todos los demás estados lo aceptan, aunque a veces con enmiendas que tienden a desvirtuarlo: mientras que el estado de Magdalena expresa sus reservas acerca del carácter obligatorio de la educación, Tolima y Cauca incluyen desde el comienzo la enseñanza de la religión católica en las escuelas oficiales.

Independientemente de sus resultados, los debates suscitados por el decreto orgánico generan grandes polémicas en los Estados Sobe-

120. *Ibíd.*
121. *Int. 1871*, p. 31.

ranos. El decreto orgánico, al buscar la homogeneización nacional de la educación, provoca la hostilidad de los políticos regionales siempre dispuestos a empuñar la bandera de la libertad federal ultrajada por los abusos del poder central. El acento puesto en el carácter obligatorio de la enseñanza primaria provoca críticas entre quienes anticipan la resistencia de las familias campesinas a enviar a sus hijos a estudiar, cuando aportan una apreciable ayuda en las faenas agrícolas. Pero, sobre todo, la proclamación del carácter laico de la educación oficial provoca una onda de descontento en las filas conservadoras.

El decreto orgánico establece el carácter laico de la educación en las escuelas primarias oficiales pero otorga a los Estados que lo quieran avalar la libertad de organizar una enseñanza religiosa no obligatoria, a cargo de profesores laicos o eclesiásticos que tendrían acceso en determinadas horas a los salones de clase de las escuelas oficiales. Esa medida garantiza al gobierno el apoyo de numerosos conservadores y clérigos favorables al progreso pedagógico. El ex presidente conservador Manuel María Mallarino es nombrado por el gobierno de Salgar primer director de Instrucción Pública de la Unión; César Guzmán, otro eminente conservador, se dedica con entusiasmo a la preparación de los textos escolares previstos por el decreto orgánico. Y por último, el arzobispo de Bogotá, monseñor Arbeláez, acompañado de varios obispos y prelados interesados en la modernización pedagógica, sobresale como el principal artífice de la adhesión del clero colombiano a la reforma educativa. Arbeláez obtiene del gobierno que la educación religiosa en las escuelas públicas sea impartida exclusivamente por sacerdotes católicos y no por profesores laicos, buscando prevenir así posibles desviaciones anticlericales en los estados liberales[122]. Monseñor Arbeláez encuentra sin embargo la oposición de los sectores más intransigentes del clero y del conservatismo, impacientes por utilizar el argumento movilizador

122. Monseñor Arbeláez consigue así la anulación de una ley aprobada en 1872 por la asamblea del estado de Cundinamarca en la que se prohibía a los sacerdotes, pese a las disposiciones del decreto orgánico, entrar en las escuelas públicas para enseñar la religión católica. J. M. Loy, *Primary...*, p. 282.

de la resistencia a la reforma educativa, sinónimo a sus ojos de impiedad y amenaza protestante, para adelantar la hora del enfrentamiento con el poder liberal.

EL FRACASO DEL PROYECTO RADICAL

La reforma educativa, a pesar de ser apoyada por notables prelados y dirigentes conservadores, provoca una reacción tanto más violenta cuanto que se ataca a uno de los terrenos privilegiados de la estrategia de los conservadores y de la Iglesia: la educación. Excluidos del poder central y del gobierno de los estados —excepto en Antioquia— desde comienzos de la década de 1860, los conservadores han venido basando su estrategia en una acción política y social no muy conspicua pero muy eficaz en términos de movilización política: la construcción de una red, activamente apoyada por la Iglesia, de asociaciones católicas educativas o caritativas.

El lanzamiento de la reforma educativa da a numerosos conservadores y clérigos la convicción de que ha llegado el momento de poner a prueba su verdadera fuerza política. El *modus vivendi* propuesto por el arzobispo de Bogotá comporta el riesgo de pasar por alto una valiosa oportunidad de hacer vacilar el poder liberal. El conflicto civil de 1876-1877, aunque perdido por las armas conservadoras, acentuaría la debilidad de los radicales, comenzado en 1875 con la escisión del liberalismo *independiente* de Rafael Núñez, quien desde su regreso de Europa preconizaba un acercamiento con los conservadores y la Iglesia. Tras una larga espera, el momento de la llegada al poder de los conservadores se acerca.

El auge del movimiento católico

La voluntad conservadora de ocupar el terreno en el área de la *cuestión social* y de la educación, esbozada en los años cincuenta, no ha hecho sino consolidarse en las siguientes décadas, consagradas a la lucha contra el liberalismo.

El gobierno radical, incitado por la pujanza de la red de las organizaciones caritativas y por la participación en ella de numerosos liberales, comienza a reconsiderar el no-intervencionismo tradicionalmente profesado en ese campo por el liberalismo. La toma de conciencia de la amenaza de las *clases peligrosas*, tal como se da en Europa, renueva también el interés de los radicales por la cuestión social, pero la razón fundamental de ese cambio es la toma de conciencia de que la inacción estatal en materia social ha abierto un campo de expansión indefinida a las organizaciones de caridad dirigidas por los conservadores, y de que el crecimiento de obras como las de la Sociedad de San Vicente de Paúl se debe ante todo a la ausencia de instituciones estatales encargadas del bienestar de las clases populares. Preocupados por corregir ese error estratégico, los gobiernos radicales inauguran así una política de ayuda financiera a las instituciones caritativas.

La Junta General de Beneficencia, creada en 1869 bajo los auspicios de la Sociedad de San Vicente de Paúl y del arzobispado de Bogotá[123], es el instrumento central de esta política de apoyo oficial a las obras caritativas, a través de los presidentes liberales de la junta, como lo ilustra el caso de «El Sapo» Ramón Gómez, benefactor de la junta y gran artífice de la manipulación electoral liberal[124]. Así, el proyecto del lazareto de Cundinamarca, cuya construcción en Tocaima está prevista desde 1857, es confiado a la junta, con un presupuesto de 6.000 pesos anuales[125]. En 1873 el Estado central asigna al estado de Bolívar una ayuda de 2.400 pesos anuales para fundar un nuevo lazareto[126]. Las ayudas a los hospitales, hospicios y asilos se multiplican en todo el país.

---

123. A. J. Uribe (ed.), *Sociedad Central de San Vicente de Paúl de Bogotá, Celebración del quincuagésimo aniversario (1857-1907)*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1908, p. 92.

124. Cf. documentos R. Suárez Lacroix, BLAA, Mss. 104, pieza 30.

125. Cf. Informe del Presidente de la Junta Jeneral de Beneficiencia e Informe del Administrador del Lázareto de Agua de Dios, *Int. 1872, doc.*, sin paginación.

126. *Int. 1873*, p. XL.

La nueva tendencia liberal a apoyar la acción de la Iglesia y de las sociedades caritativas provoca simpatías conservadoras y eclesiásticas, pero no basta para crear el consenso. En primer lugar, porque la ayuda financiera del Estado sigue siendo limitada; pero sobre todo, quizá, porque las intenciones de un gran sector del clero y del conservatismo van más allá de la búsqueda de favores por parte de un Estado que combaten. El deseo de implantar en el país congregaciones religiosas europeas, que comienza a dar sus frutos en los años setenta, persigue algo más que la simple consolidación de la caridad: busca reemplazar el incipiente orden liberal por un orden nacional católico. El éxito de esos primeros intentos de reconquista católica de la sociedad colombiana convencerá a la mayor parte del clero de la necesidad de continuar apoyando a los conservadores en su búsqueda del poder.

Durante los años setenta, el movimiento católico colombiano comienza a registrar logros notables. Las fórmulas de la renovación católica europea, francesa en particular, demuestran su eficacia en el contexto nacional. Las Conferencias de la Caridad de San Vicente de Paúl, cuya creación es promovida por los miembros de la Sociedad Central creada en Bogotá en 1857, se difunden en todo el país. En 1868 se crean algunas sociedades de San Vicente de Paúl en Ibagué (Tolima), Zapatoca (Santander) y Sopetrán (Antioquia); en 1869 en Socorro, San Gil y Aratoca (Santander) y Nemocón (Cundinamarca); a éstas les siguen otras en el Cauca, Tolima y Boyacá. En 1880, Colombia cuenta con 27 sociedades de San Vicente de Paúl, que multiplican en todo el territorio nacional actividades caritativas y educativas[127].

Otro movimiento se inicia en 1867: las Asociaciones del Sagrado Corazón, otro modelo de sociabilidad religiosa nacido en Francia en 1844 para difundir la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y rápidamente propagado en Europa y en América a través del periódico *Le Messager du Sacré-Cœur*, fundado en 1861. Colombia, el primero

127. A. J. Uribe (ed.), *op. cit.*, pp. 266-267.

entre los países latinoamericanos, comienza en 1867 su empresa de devoción al Sagrado Corazón de Jesús. El clérigo Eulogio Tamayo obtiene la autorización de uno de los promotores franceses de la devoción, el padre jesuita Ramière, para fundar en el país un Apostolado de la Oración[128]. Entusiasmada con el éxito de la devoción en Francia —donde los diputados de la «Orden Moral» votan la consagración de la nación al Sagrado Corazón y la construcción de la basílica de Montmartre— la Iglesia colombiana estimula el movimiento con fervor, y las asociaciones se multiplican en todo el país.

Los promotores del orden católico, además de dedicarse a adaptar a Colombia fórmulas de movilización religiosa europea, consagran crecientes esfuerzos a traer al país las congregaciones de la renovación católica. La voluntad de importar órdenes religiosas europeas, obviamente, no es nueva. El «regreso» de los jesuitas a la Nueva Granada, organizado en 1842 por Mariano Ospina, entonces secretario del Interior, para dirigir misiones, un seminario y varios colegios superiores había sido, más que un regreso, una nueva contratación de misionarios europeos, españoles en su mayoría[129]. Después de la segunda expulsión —decretada por los gólgotas en 1850— e incluso de la tercera, decretada por Mosquera en 1861, de algunos jesuitas contratados en 1858 por monseñor Herrán para la reapertura del Colegio de San Bartolomé en Bogotá, Ospina había continuado, desde su exilio guatemalteco, su esfuerzo por traer a los jesuitas al país, aunque fuera sólo a Antioquia. Sus proyectos no siempre le habían parecido acertados a Manuel Gil, el superior español de los jesuitas expulsados en 1850, quien respondiendo a su propuesta de enviar sacerdotes de la misión de América Central a Antioquia le había escrito desde Italia en 1871: «Pero qué seguridad presenta la Nueva Granada?» explicándole que entre los numerosos colombianos que tuvo la oportunidad de conocer en Roma, ninguno le había

128. C. Henríquez, *Estudio iconológico del Sagrado Corazón. Su protagonismo en la historia de Colombia (1867-1960)*, Magister en Historia, Universidad Nacional, Bogotá, 1992, p. 46.

129. Cf. J. J. Borda, *Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva Granada*, Poissy, Imprimerie de S. Lejay & Cie, 1872, t. 2, pp. 172 y sigs.

hecho la descabellada propuesta de volver a enviar jesuitas a Colombia[130]. Mientras tanto, los allegados de Ospina se seguían quejando por el contrario del exceso de prudencia del clero colombiano en relación con sus planes de hacer venir religiosos europeos al país[131]. Pero la situación evoluciona rápidamente. En 1873 el padre Gil comienza a ser más conciliador con la idea de que algunos jesuitas ingresen discretamente en Colombia como sacerdotes auxiliares. El auge del movimiento católico en el país lo anima a ello:

> Veo efectivamente que en Nueva Granada se va haciendo poco a poco una reacción religiosa la cual hará grandes progresos si los buenos salen de su apatía ordinaria, y trabajan eficazmente por todos los medios que las Asociaciones Católicas se proponen, principalmente en un país todo católico y tan bien dispuesto[132].

Los años setenta inauguran en efecto una coyuntura favorable para la llegada de religiosos europeos. En 1870, bajo el impulso del obispo de Popayán, monseñor Carlos Bermúdez, tres padres lazaristas son contratados en Francia para encargarse de la dirección del seminario de la ciudad:

> [...] obligándose a organizar, administrar y regir el Seminario Mayor y Menor en todo, dando las clases que alcanzaran, y poniéndoles auxiliares para las que no pudieran. Para ajuar de viaje hasta 300 francos a cada uno, y los gastos de transporte, siendo ellos favorecidos en ferrocarriles y vapores por el Gobierno. Las utilidades del Seminario y pensiones, etc., etc., quedaban a favor

---

130. Carta de Manuel Gil a Mariano Ospina, Roma, noviembre 12, 1871, FAES, AMOR/C/15, ff. 108-109.

131. Ese mismo año, en una carta a Ospina, Julián Vásquez deplora la timidez del obispo de Medellín que no se atreve, explica, a hacer venir a las hermanas de Nuestra Señora y recomienda paciencia. Carta de Julián Vásquez a M. Ospina, Medellín, enero 4, 1871, FAES, AMOR/C/15, f. 80.

132. Carta de Manuel Gil a M. Ospina, Fiesole, diciembre 10, 1873, FAES, AMOR/C/15, f. 186.

del Colegio, debiendo anualmente rendir las cuentas correspondientes al Obispo[133].

Tres años más tarde, en 1873, las primeras hermanas de la Caridad llegan a Bogotá, cerca de veinte años después del intento fallido de la Congregación de Caridad de Bogotá. El síndico del hospital San Juan de Dios, Pedro Navas Azuero, con la colaboración de Ramón Gómez, miembro de la Junta Suprema de Beneficencia de Cundinamarca y apoyado desde Francia por Manuel Vélez Barrientos y José María Torres Caicedo, había logrado organizar su llegada en condiciones adecuadas[134]. Esta llegada es acogida con entusiasmo unánime, que abarca inclusive a los periódicos más anticlericales[135]. Las seis hermanas, una vez instaladas en Bogotá, se encargan de mejorar el funcionamiento del hospital, abren un hospicio en 1874, y extienden rápidamente sus actividades creando el noviciado de la Presentación en 1875 y un colegio, además del hospital militar de Bogotá en 1876. En 1878, el síndico del hospital San Juan Dios, Roberto Suárez Lacroix, recibe una carta de la superiora de la congregación, quien desde Tours lo felicita por su trabajo en el hospital y su buen trato de las hermanas[136]. Entusiasmados con el éxito de esos primeros establecimientos religiosos europeos en Colombia, las iniciativas se multiplican. Así, en 1874, Manuel Uribe Ángel le propone a Mariano Ospina y a Julián Vásquez unirse a él para reunir los 40.000 pesos que servirán para establecer en el país a las hermanas de María, cuya sede está en Namur, y ofrece poner a su disposición una casa que él

133. Carta de José Benigno Perilla a Ángel y Rufino Cuervo, Bogotá, marzo 10, 1887, citada en G. Hernández de Alba (ed.), *Epistolario de Rufino José Cuervo con Luis María Lleras y otros amigos y familiares*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1969, p. 291.

134. Cf. Carta de Pedro Navas Azuero al secretario del Interior, Bogotá, agosto 14, 1871, AGN, MI, t. 81, f. 444.

135. Es el caso de *El Tolerante*, Bogotá, julio 1°., 1873.

136. Carta de la superiora de las hermanas de la Caridad, Tours, junio 30, 1878, documentos Suárez Lacroix, BLAA Mss. 104, pieza 31.

tiene en Envigado, cerca de Medellín[137]. Al año siguiente, los esfuerzos de varias asociaciones católicas de la capital llevan a iniciar en Chapinero la construcción de una nueva iglesia consagrada a Nuestra Señora de Lourdes: «El estilo es gótico-morisco. Quedará muy semejante al de Lourdes en Francia», aseguran los comentaristas[138].

El ambiente consensual que acompaña la llegada de las primeras órdenes de caridad europeas no oculta, sin embargo, el crecimiento de las tensiones generadas por el trasfondo político del movimiento católico colombiano. A pesar de las numerosas declaraciones de intención en cuanto al apolitismo de las obras caritativas, la relación entre conservatismo y caridad se hace cada vez más clara. Obviamente, hasta finales de siglo y más allá, destacados liberales irían a brindar sus esfuerzos a las empresas de mejora del bienestar de las clases menesterosas, sin que la violencia de los conflictos políticos influya en su participación. Sin embargo, la caridad se afirma netamente como el terreno predilecto de los conservadores. Mientras que para los liberales el compromiso caritativo no llega nunca a ser más que un compromiso personal, dictado por una visión propia de las relaciones sociales y de las responsabilidades cristianas, se convierte en un elemento constitutivo fundamental de la acción política y social de los conservadores. La red de asociaciones de caridad que se teje en el país a partir de los años sesenta desempeña, por estar en la encrucijada entre el Estado, la Iglesia y la sociedad, y por su presencia nacional a través de asociaciones y periódicos, un papel esencial dentro de la estructuración del conservatismo. Los promotores de las escuelas de San Vicente de Paúl son perfectamente conscientes de la función militante que les corresponde frente al anticlericalismo recurrente de Mosquera. La sección docente de la Sociedad de San Vicente de Paúl asume desde el comienzo un papel de difusión de la enseñanza cristiana puesto que

137. Carta de Manuel Uribe Ángel a M. Ospina, Medellín, marzo 25, 1874, FAES/AMOR/C15, ff. 200-201.

138. *Colombia Cristiana*, Bogotá, diciembre 7, 1892.

«consagrando sus esfuerzos a la defensa y a la propagación de la verdad, dejó de ser estrictamente doctrinera para hacerse polemista y misionera»[139]. En los primeros años de la década de 1870 el movimiento de las Sociedades Católicas, nacido en el Cauca en reacción a la reforma educativa, constituye la principal herramienta de movilización conservadora y católica contra el poder radical:

> Las Sociedades Católicas están llamadas a hacer una guerra al liberalismo combatiendo sus doctrinas religiosas, cuya principal y más funesta manifestación es en la actualidad la enseñanza de Dios [...] Las Sociedades Católicas están llamadas a deslindar completamente los dos partidos, caracterizando y distinguiendo a los verdaderos católicos de los que no lo son [...] Creemos que el día en que sobre las almas caucanas se disparen algunos tiros, eso será el de su verdadera función[140].

La estrategia del conflicto

El lento auge del movimiento católico en Colombia da indudablemente a los sectores más intransigentes de la Iglesia y del conservatismo la convicción de que un ataque frontal contra el gobierno es por fin posible gracias al argumento legitimador que constituye la resistencia a la reforma educativa, y que ésta es la mejor estrategia para vencer al liberalismo. Además de la coyuntura nacional concurre también el sentimiento de un contexto internacional propicio que empuja a la Iglesia y a los conservadores a la ofensiva. En 1864, la publicación del *Syllabus*, con su tajante condena del liberalismo como uno de los errores de los tiempos modernos, ha significado la renovación de la combatividad de la Iglesia en su papel de reguladora de la vida social. Por otra parte, la experiencia del gobierno de García Moreno en Ecuador ha confirmado la posibilidad de establecer en América re-

139. A. J. Uribe (ed.), *op. cit.*, p. 118.

140. Artículo del periódico *Los Principios*, Cali, 1876, citado en B. Castro Caicedo, "Caridad y beneficiencia en Cali, 1848-1898", *BCB*, vol. 27, N°. 22, 1990, p. 72.

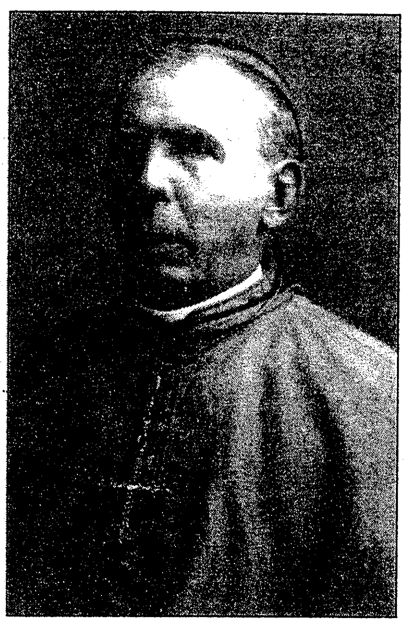
públicas católicas. Los dos principales artífices de la revuelta conservadora, monseñor Restrepo y monseñor Bermúdez, asisten al Concilio Vaticano de 1870 y, émulos católicos de un Bolívar que jurara en la ciudad eterna liberar América, se prometen a su vez sustraerla a la opresión liberal. La hora del enfrentamiento ha llegado.

La tensión entre los partidarios y los opositores de la reforma educativa estalla en 1872 con una ofensiva de los obispos de Pasto y de Popayán, quienes publican casi simultáneamente dos pastorales invitando a los católicos a la resistencia contra las escuelas oficiales. El primero, Carlos Bermúdez, obispo de Popayán, acaba de regresar de Roma; el segundo, Manuel Canuto Restrepo, exiliado por Mosquera en 1864, se encuentra todavía en el Vaticano, pero, nombrado obispo de Pasto, se prepara a volver a Colombia. El viejo general Mosquera, recién llegado a Popayán después de su exilio limeño, se alarma por lo que él percibe como un llamado a la rebelión, y escribe a Murillo, entonces presidente de la Unión, anexándole el texto de las dos pastorales y prediciendo una conflagración generalizada. Murillo, acostumbrado al frenético anticlericalismo de Mosquera, a su temor obsesivo de las invasiones papistas, y atribuyendo sin duda su reacción a su avanzada edad, le escribe palabras apaciguadoras: «Tales documentos [las pastorales de monseñor Bermúdez y monseñor Restrepo] no me han inspirado el más leve temor de que por ellos pueda producirse alguna perturbación del órden público»[141]. Esta vez, sin embargo, la historia dará la razón a Mosquera.

En su pastoral de 1872, en efecto, monseñor Bermúdez, quien afirma que las condenas del *Syllabus* recaen sobre el programa de educación laica de los radicales, amenaza con excomulgar a los padres que envíen a sus hijos a las escuelas públicas[142]. Como líder de la oposición a la reforma educativa, consigue en los meses que siguen el apoyo de monseñor Restrepo, ya instalado en Pasto, y del obispo de Medellín, monseñor Montoya. El movimiento de las Sociedades Ca-

141. Carta de M. Murillo a T. C. Mosquera, Bogotá, noviembre 21, 1872, *Int. 1873, doc.*, p. 4.
142. J. M. Loy, *Primary...*, p. 284.





Monseñor Carlos Bermúdez y monseñor Manuel C. Restrepo.
Galería de Notabilidades Colombianas, Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá.

tólicas, creadas como instrumento de movilización contra las escuelas públicas y en favor de la exclusividad de la Iglesia en el campo de la educación se va difundiendo rápidamente por el país, especialmente en el estado del Cauca. La Juventud Católica de Cali es creada en agosto de 1872 por una asociación de católicos dirigida por el conservador Tomás Olano, y desde sus comienzos publica un periódico; otra asociación es creada poco después en Buga por Teófilo Valenzuela y Luciano Rivera Garrido[143]. En 1873, una primera asamblea católica, que reúne en Medellín a los miembros de unas treinta sociedades católicas, establece las bases de una organización nacional. A partir de entonces comienza a contemplarse el recurso de la

143. A. Valencia Llano, *Estado soberano del Cauca, federalismo y regeneración*, Bogotá, Banco de la República, 1988, pp. 134-135.

insurrección, en caso de que la acción pacífica por la defensa de la educación católica no dé frutos. Tres años después se contarán tan sólo en el estado del Cauca 35 sociedades católicas. En 1874, monseñor Bermúdez franquea una nueva etapa al prohibir a los alumnos de las escuelas públicas participar en las procesiones de Semana Santa. La tensión crece: en una conversación con José María Quijano Wallis, entonces director de Instrucción Pública del estado del Cauca, que lo visita para tratar de bajar la tensión, monseñor Bermúdez le habría dicho: «No importa [...] que el país se convierta en ruinas y escombros, con tal de que se levante sobre ellas triunfante la bandera de la religión»[144]. El arzobispo de Bogotá, quien permanece firme en su voluntad de conciliación con el gobierno liberal, escribe al Soberano Pontífice en marzo de 1876 con el propósito de evitar la creciente división del clero en torno al problema educativo. La respuesta evasiva de Pío IX, quien cautelosamente evita decidir entre una u otra posición tomada por los religiosos colombianos, llega de todas formas demasiado tarde[145]: mientras tanto, la disolución de las Sociedades Católicas, decretada en agosto por el presidente liberal del Estado, César Conto, había dado la señal de las hostilidades. La guerra que, desencadenada por el sublevamiento de los conservadores del Cauca en agosto de 1876, se extiende a Tolima, Antioquia y Cundinamarca, sólo dura unos meses, a raíz de los decisivos reveses que el ejército regular logra rápidamente inflingir a las tropas conservadoras. Pero la victoria de los radicales será de corta duración, puesto que el artífice de la victoria, el general Trujillo, es un partidario de Núñez. Elegido presidente en 1878, Trujillo se distanciará rápidamente del radicalismo para abrir el camino a la elección de Núñez en 1880.

La guerra de 1876-1877, si bien les impone una derrota militar, brinda a los conservadores la oportunidad de afinar su discurso de corte anticosmopolita, que se convertirá en discurso oficial del Esta-

---

144. J. M. Quijano Wallis, *Memorias autobiográficas, histórico-políticas y de carácter social*, Grottaferrata, Tipografía Italo-Orientale, 1919, p. 221.

145. J. M. Loy, *Modernization...*, p. 171.

do colombiano en las dos últimas décadas del siglo XIX. Amplios fragmentos de la nueva retórica política, impuesta por Núñez después de su llegada al poder en 1880, se encuentran ya en la retórica de los conservadores opuestos a la reforma educativa. Núñez, elegido presidente del estado de Bolívar luego de su fracaso como candidato presidencial de 1875, se mantiene en una posición de estricta defensa del gobierno central —frustrando así a los conservadores, quienes esperaban que los nuñistas se unirían a ellos en la insurrección— y, a pesar de haber recomendado en 1871 la adopción del modelo alemán de educación primaria y ratificado la reforma educativa para el estado de Bolívar, presta la mayor atención a la nueva retórica conservadora.

La lenta incubación del conflicto civil de 1876-1877 revela en efecto una interesante evolución del discurso de legitimación, manejado por los clérigos y los conservadores: la naturaleza, la vocación, la identidad profunda del país, explican ellos, es ser católica y, por ende, conservadora. En 1864, el *Syllabus* había confirmado la intuición de que el liberalismo y el catolicismo no eran compatibles, abriendo el paso a la censura de los radicales acusados de querer sofocar la autenticidad nacional bajo modelos importados ajenos a la esencia profunda de la sociedad. El discurso culturalista de la autenticidad nacional engañada por la imitación y la importación se afianza más que nunca como el eje central de la estrategia de legitimación conservadora. Este discurso, cuyos delineamientos se fijan en los años setenta, va a atravesar la historia política colombiana, mucho más allá de los límites del siglo XIX.

A comienzos de la guerra franco-prusiana, la preferencia de muchos liberales por la victoria de la Prusia laica contra la Francia imperial y católica ya había suscitado críticas acerbas por parte de los conservadores. La decisión liberal de organizar la educación primaria nacional según el modelo prusiano brinda un argumento adicional a los detractores de la moda germanófila, que buscan combatir la referencia política a una potencia «anticatólica». En 1872, el cónsul de Francia, Mancini, vinculado por su matrimonio con una renom-

brada familia conservadora de Bogotá, los Tanco, fustiga la ola de «tudescomanía» liberal:

> Desde hace algún tiempo cierta tudescomanía invadió el partido liberal que gobierna actualmente a Colombia. Un señor Santamaría, cónsul general de Colombia en Berlín ha enviado aquí a varios institutores alemanes, quienes sin entender una sola palabra de español están obligados a volverse ellos mismos alumnos. El partido conservador, eminentemente católico, ve con muy malos ojos esta invasión germánica y protestante[146].

La germanofilia liberal incomoda a las sensibilidades conservadoras. En 1874, otro conservador, el bugueño Luciano Rivera Garrido, describiendo a los pasajeros del vapor que lo lleva a Europa, evoca burlonamente a ese «jovencillo de uno de los Estados de la Costa que, obedeciendo a la manía de la época, se dirige a un colegio de Alemania, como si por el hecho de haber vencido esa nación a la culta y hermosa Francia, sólo ella tuviera colegios»[147]. Pero, más que la moda, lo que incomoda a los conservadores es el inevitable mensaje de racionalismo teñido de protestantismo que el nombre de Alemania sugiere en su imaginación y que se suma a las numerosas denuncias contra el complot de los masones europeos, quienes a través de la Liga de la Educación creada en 1864 trabajan, ayudados por los radicales colombianos, en la destrucción de la educación católica como preludio a la erradicación del cristianismo[148]. La amenaza protestante y masónica no sólo incomoda: también sirve para movilizar, y los adversarios de la reforma educativa utilizarán incansablemente el argumento de la inadaptación fundamental del modelo educativo prusiano en una sociedad católica como Colombia. En noviembre de 1871, Soledad Acosta advierte a los lectores de su periódico *La Caridad* contra la ola de racionalismo prusiano que amenaza con in-

146. Carta de Mancini, Bogotá, junio 5, 1872, AMAE, CP, t. 32, f. 141.
147. L. Rivera Garrido, *De América a Europa*, Palmira, Imprenta de Materón, 1875, p. 18.
148. Cf. J. M. Loy, *Modernization...*, p. 132.

vadir el país. En un artículo titulado *¡Ya somos prusianos!* denuncia las maniobras del cónsul en Berlín, Eustacio Santamaría, quien contrata a un profesor alemán adelantándose a la decisión del gobierno. Fustigando la falta de patriotismo de Santamaría, cuyos discursos no hacen más que revelar una idolatría excesiva por Alemania y una convicción abusiva de la incuria de los profesores colombianos, Soledad Acosta anuncia en un tono dramático la inminente llegada de un «maestro prusiano, luterano o materialista, por de contado» y hace un llamado al despertar de los católicos frente al invasor: «Mayoría católica de Colombia, ¿todavía no oís la sentencia contra vuestros hijos?»[149].

Antiliberal, antiluterano y antimasónico, el discurso conservador de la década de 1870 es sin embargo un discurso republicano. La creciente tendencia de los políticos colombianos al relativismo institucional, que contrasta con el republicanismo convencido de las generaciones pasadas, no impide un recurso táctico a la vieja cuerda del republicanismo que ellos saben hacer vibrar en el corazón de sus partidarios. Soledad Acosta denuncia el «absolutismo» del sistema educativo prusiano que los radicales quieren introducir; Manuel Briceño, cronista conservador de la guerra de 1876-1877 denuncia por su parte a «esas escuelas plagiadas a la Prusia monárquica»[150]. Retomando ampliamente la temática desarrollada desde los años cincuenta por Sergio Arboleda, apologista del papel del clero en las luchas de Independencia, Briceño se erige en defensor de la República católica como «destino manifiesto» de Colombia. En la obra que consagra a la guerra, expresa su indignación frente a las acusaciones de «teocráticos» que los radicales dirigen a los conservadores:

> Bien saben los liberales que el partido conservador no acepta ni apoyaría lo que ellos llaman gobierno teocrático, la confusión

149. «¡Ya somos prusianos!», *La Caridad*, Bogotá, noviembre 16, 1871, pp. 391-394.

150. M. Briceño, *La revolución 1876-1877, Recuerdos para la historia*, Bogotá, Imprenta Nueva, 1878, p. 84.

> de la potestad civil y la eclesiástica, sistema que la Iglesia misma no aprueba[151].

Briceño presenta así la insurrección de 1876 como una revolución clerical llamada a salvar la República. Bajo su pluma, los símbolos de fe llevados a las batallas —como los estandartes del Sagrado Corazón de Jesús o los hombres quienes, vestidos de Jesucristo, acompañan a las tropas conservadoras— no indican que los conservadores sean, como pretenden los liberales, «soldados de Pío IX» sino que, por el contrario, se lanzan en una guerra santa para salvar la patria de aquellos que quieren someterla a modelos extranjeros.

La denuncia del invasor extranjero, que había sido utilizada durante años por Mosquera, eterno fustigador de las maniobras ultramontanas supuestamente encaminadas a someter la patria a los dictámenes de Roma, se invierte para ofrecer ahora a los conservadores su discurso de combate contra los liberales. Esta temática, obviamente, no es nada nueva en el debate público colombiano; pero los años de la Regeneración demostrarán hasta qué punto los conservadores logran captar en beneficio propio el discurso de la denuncia de la imitación, convirtiéndolo en el fundamento de su discurso legitimador.

151. *Ibíd.*, p. 83.

Capítulo 8

El discurso nacionalista de la Regeneración (1880-1900)

El gobierno de Rafael Núñez, elegido presidente en 1880, retoma bajo otro emblema político la misma labor de construcción nacional dejada inconclusa por los radicales; la novedad reside en que la edificación del Estado-nación emprendida por la Regeneración se lleva ahora a cabo bajo el signo del orden. Las razones de la victoria de Núñez son múltiples: el deterioro del poder radical, debilitado desde 1875 por la escisión de los *independientes*; el acercamiento de Núñez a un partido conservador más sólido que en la década de 1860; la crisis económica, generada por la caída de las exportaciones de la quina, del añil y del tabaco, que exige un Estado más intervencionista en materia económica; los intereses regionales que hacen del cartagenero Núñez un candidato idóneo para los costeños, caucanos y antioqueños, exasperados por el predominio de los políticos de la cordillera Oriental en los gobiernos radicales; y en fin, la creciente aspiración de los grupos dirigentes a la consolidación de la autoridad política y social.

El régimen de la Regeneración se caracteriza por lo tanto por la importancia que otorga a la construcción de la autoridad: Miguel Antonio Caro, uno de sus principales arquitectos, la califica de «república autoritaria»[1]. Unos meses antes de su elección, Núñez le escribía a su amigo Luis Carlos Rico: «El país entero pide que el timón de la

1. M. Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia, Colombia, 1875-1994*, Bogotá, Editorial Norma, 1995, p. 48.

nave no vacile ni una línea. El dilema actual es éste: fuerza o anarquía»[2].

Fundar el orden. La consigna de la Regeneración exige de entrada dos empresas prioritarias: la instauración del centralismo político y la rehabilitación de la Iglesia como principal actor social. El primer mandato de Núñez (1880-1882) sólo le permite iniciar esta evolución, puesto que la Constitución federalista de 1863 reduce su margen de maniobra, de la misma manera que lo había hecho con los gobiernos radicales. Pero en 1885, en medio de su segundo mandato (1884-1886) el estallido de una insurrección liberal, finalmente aniquilada por las tropas gubernamentales, le brinda la oportunidad de proclamar el fin del federalismo y convocar un Consejo de Delegatarios encargado de redactar una nueva Constitución. La Constitución, adoptada en 1886, convierte al país en una República unitaria, conformada por departamentos dirigidos por gobernadores que son designados por el poder ejecutivo, y quienes a su vez designan a los alcaldes; los recursos fiscales vuelven a ser centralizados; el mandato presidencial es extendido de dos a seis años; el sufragio es limitado a los hombres que sepan leer y escribir; las libertades públicas, especialmente la de prensa, son restringidas y la pena de muerte es restablecida. En 1887, la firma de un Concordato con el Vaticano completa la tarea normativa de la Regeneración, devolviendo a la Iglesia sus propiedades confiscadas por el Estado, indemnizándola por las que fueron vendidas a particulares en cumplimiento de los decretos de desamortización, restableciendo su privilegio de jurisdicción —el fuero eclesiástico— y confiándole el estado civil, los cementerios y sobre todo la inspección educativa. El Concordato contribuye a hacer nuevamente de la Iglesia un actor de primera importancia en la sociedad colombiana.

El sueño del orden, tan presente en la Regeneración, y la voluntad de limitar la violencia generada por los conflictos políticos —una violencia que la federación parecía haber llevado a su apogeo— re-

2. Carta de R. Núñez a L. C. Rico, Cartagena, abril 17, 1879, BLAA, Mss. 99, pieza 49.

velan la profunda aspiración de los grupos dirigentes a ver fortalecida la autoridad social. La impresión de progresivo deslizamiento hacia una sociedad incontrolable y la sensación de pérdida de poder que experimentan entonces los grupos dirigentes dan su tonalidad distintiva a la atmósfera política de los últimos veinte años del siglo.

La consolidación del Estado y la recuperación del poder social de la Iglesia anuncian, para los partidarios de la Regeneración, una nueva era, definida por el imperio de la autoridad. La construcción del nuevo orden pasa también por una completa mutación del discurso del poder. Para luchar contra la anarquía que amenaza con disgregar el país, se debe prohibir la entrada de las «ideas disociadoras» que llegan de ultramar. Mientras que en el discurso político se perfila una nueva Europa de referencia, en la que sobresalen Inglaterra y sobre todo España, y que seduce por su conservatismo social, la Europa de las experiencias impías y subversivas —sean francesas o alemanas— será sistemáticamente fustigada. En el campo abierto por la crítica de la imitación liberal se irían a fijar, por mucho tiempo, las figuras de la retórica nacionalista.

LA DENUNCIA DE LA EUROPA SUBVERSIVA

La conformación de un nuevo orden pasa ante todo por la inauguración de un nuevo discurso. El mismo término de *Regeneración* que Núñez viene esgrimiendo desde 1880 —su lema principal es «Regeneración administrativa fundamental o catástrofe»— implica de por sí un renacimiento, un retorno a la esencia y una completa ruptura con las experiencias políticas precedentes, culpables de haber conducido el país por el camino de su propia desintegración. Esa mutación discursiva es la primera marca característica de la Regeneración, haciendo de ella, ante todo, una formidable empresa retórica que introduce una profunda transformación de la referencia discursiva a Europa[3].

3. Al destacar la dimensión retórica de la Regeneración, M. Deas escribe: «Núñez empieza una campaña que es básicamente periodística. Gastó su plata en periódicos y

Varios elementos ideológicos se mezclan en el discurso de la Regeneración: la corriente conservadora que critica las utopías importadas por los liberales, el relativismo institucional que va ganando terreno, el positivismo y el espiritualismo hispanista entonces en plena expansión. Pero otros elementos completan su semblanza: más que el temor a las sacudidas políticas, de las cuales rebosa la Colombia decimonónica, es el temor a la conflagración social —inminente según lo que sugiere la actualidad europea— lo que da su perfil característico al discurso de la Regeneración. En 1871 Núñez escribía desde Liverpool:

> No es de estrañarse, pues, que el llamado «problema social» esté más o menos francamente a la órden del día aquí en Inglaterra i en todo este Viejo Mundo; i cuando por allá en nuestra América tratamos de implantar sin criterio las instituciones (no hablo únicamente de las políticas) de aquende, podemos inocentemente preparar los elementos de un porvenir tan lleno de dificultades casi insolubles como esta actualidad peligrosa en que se encuentran las poblaciones europeas[4].

La experiencia del poder fortalece su convicción: «si el gobierno no es muy fuerte, el desborde social (más que el político) se nos viene encima» escribe Núñez a Miguel Antonio Caro unos años después[5]; el mismo Caro va más lejos en 1900 en una carta dirigida a Manuel Sanclemente: «el gran Pío IX, en nuestros días, declaró a los

---

en labor periodística más que en ninguna otra forma de campaña política. Es una campaña ideológica, con muchos argumentos dados a la prensa», y más adelante "hubo mística [...] Núñez insistía en lo de la mística». M. Deas, «La Regeneración y la guerra de los Mil Días», *Aspectos polémicos de la historia colombiana del siglo XIX. Memoria de un seminario,* Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1983, pp. 60 y 62.

4. R. Núñez, *Ensayos de crítica social* [en adelante: *Ensayos....*], Rouen, Imprenta de E. Cagniard, 1874, p. 206.

5. *Epistolario de Rafael Núñez con Miguel Antonio Caro,* Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1977, p. 15.

errores concernientes al órden social, profesados so capa de piedad, más perniciosos que las revueltas comunistas»[6].

El esfuerzo retórico de la Regeneración se concentra en la lucha contra la difusión en el país de la subversión europea. La restricción de la libertad de prensa aportará una ayuda eficaz a esta empresa de reacción ideológica; pero, más que prohibir, hay que oponerse con argumentos y erradicar la amenaza social mediante la victoria del verbo. Núñez y Caro, en dos estilos muy diferentes, se erigen como los campeones de la lucha retórica en contra de los *errores* provenientes del extranjero. Les seguirán en su tarea innumerables periodistas y escritores partidarios de la Regeneración.

La crítica de las «utopías importadas»

La revolución de mediados de siglo constituye el blanco predilecto de los detractores de los *errores* del liberalismo. Una vez demostrado el *impasse* de la germanofilia radical de los años setenta queda por hacer otra tarea: ofrecer una nueva lectura del ideario liberal de la generación del 49, un ideario que ya no ofrece, según explican los promotores del nuevo régimen, soluciones a los problemas del país y que, por el contrario, los agrava. La presencia en las filas de los regeneradores de numerosos políticos —empezando por Núñez, Camacho Roldán y José María Samper— que habían sido en la década de 1850 destacados partidarios del liberalismo radical, exigía esta reinterpretación. Nicolás Tanco, un veterano de la oposición conservadora, quien había optado por el exilio en 1851, amenazado por la violencia de sus diatribas contra el gobierno de López, describe en un fascículo de 1882 la influencia devastadora de la revolución francesa de 1848 en Colombia:

> La revolución francesa de 1848 tuvo gran influencia en la caída del conservatismo en América, y los excesos del comunismo en aque-

6. Carta de M. A. Caro a Manuel A. Sanclemente, Bogotá, septiembre 4, 1900, BLAA, Mss. 650, pieza 5.

> lla época, empezaron a preparar una nueva escuela política en nuestra Patria: el tercer partido de que hemos hablado, el disolvente radicalismo. Las sangrientas jornadas de Junio, anunciadas por Luis Blanc y Raspail en Paris, prepararon el 24 de Enero en Caracas, el asesinato del Congreso y el 7 de marzo entre nosotros, que llevó al poder, contra la voluntad del pueblo y sus Representantes, al general José Hilario López. Fué esta administración, desde su origen, una reacción violenta, un desborde terrible de las pasiones políticas que volvieron a traernos la guerra con todo su cortejo de calamidades. Vimos entonces la majestad del Congreso ultrajada, perseguidos todos los escritores públicos, atacadas todas las libertades, desterradas multitudes de notabilidades; y si al son de la Marsellesa se cometían en Francia toda clase de atentados, aquí les sobrepujaron, y al chasquido del látigo o perrero, los retozos democráticos llevaban la disolución y el escándalo de un confín a otro de la República[7].

Los principales ideólogos de la Regeneración se niegan a ver en la situación política de 1849 otra cosa que el producto directo de la influencia revolucionaria francesa. Núñez describe en 1889 a los liberales colombianos de 1849 como simples émulos de Girardin —quien «hizo gran fortuna con el expendio de paradojas impresas»[8]— y Caro, en su último discurso presidencial en 1898, vuelve a su tema favorito de la contaminación revolucionaria desde Francia: no solamente la joven generación liberal de 1849 sino también el viejo general Mosquera quien «despojó a la Iglesia de sus bienes, y persiguió al clero por los métodos de la Revolución Francesa»[9] fueron culpables del pecado de imitación política.

Que Miguel Antonio Caro, ajeno durante toda su vida al más mínimo asomo de liberalismo político, elabore tal crítica no es nada

7. N. Tanco, *Los partidos y la nación* [en adelante: *Los partidos...*], Bogotá, Imprenta de Silvestre y Cía., 1882, p. 11.

8. «Rectificamos», *El Porvenir*, Cartagena, octubre 6, 1889, en R. Núñez, *La reforma política en Colombia* [en adelante: *La reforma...*], t. 3, Bogotá, Editorial ABC, 1945, p. 109.

9. N. Tanco, *Los partidos...*, p. 19.

sorprendente. Pero varios antiguos radicales, convertidos en independientes —Salvador Camacho Roldán, Aníbal Galindo— o en conservadores —José María Samper— examinan también sus errores de juventud en un gran movimiento de autocrítica retrospectiva. La atmósfera política de la época es frecuentemente invocada para explicar los disparates del liberalismo del medio siglo. Más aún, la estrechez del horizonte intelectual colombiano y la imposibilidad de pensar con otros esquemas que los de las revoluciones de 1789 y de 1848 explican el carácter inevitable de la tentación jacobina:

> Esa generación tenía casi el deber de ser jacobina, en lugar de liberal, porque en su alma no podían naturalmente desarrollarse otras ideas de las que daba de suyo el medio intelectual en que vivíamos; [...] el radicalismo había dicho, como su congénere de Francia en el Senado de 1879: «No queremos la libertad para nuestros enemigos»[10].

La importación del miedo a la plebe

Pese a la profunda huella impresa por las utopías de 1848 sobre la política colombiana, la crítica de la imitación no se restringe a un balance de los errores del pasado. La victoria contra el liberalismo radical es un hecho, pero todavía es frágil. La difusión por parte de los liberales de *ideas disociadoras* procedentes de ultramar continúa amenazando el tejido social colombiano, quizás entonces más que nunca.

La representación de una Europa en estado de descomposición social y política coge por lo tanto mucha fuerza durante los años ochenta. El indudable aumento de la presión política y social de las *masas* en Europa, redoblado por la difusión de las imágenes amenazantes de la plebe incontrolable, contribuye a generalizar la representación de una Europa subversiva.

---

10. C. Calderón Reyes, *Núñez y la Regeneración*, París, Biblioteca de la Europa y América, 1894, pp. 77-78.

Desde la aparición de los relatos de viaje a finales de los años cuarenta, la evocación de la *cuestión social* se había impuesto como un inevitable lugar común del discurso sobre Europa. La miseria material y moral de la clase obrera, la disolución de los lazos familiares, la delincuencia, la prostitución, la impiedad, el suicidio, el socialismo, la anarquía, el nihilismo, la Comuna, todo es descrito, amalgamado, como un solo y único fenómeno. La evocación de los sufrimientos del pueblo responde obviamente a una sensibilidad liberal alimentada por las lecturas románticas europeas. Felipe Pérez anota durante su viaje de 1864: «Que desengaño para los que están creyendo que en Europa no hay una calle torcida, un trapo viejo, un dolor social...»[11]. Pero esa generosa emoción de tono hugoniano da paso rápidamente, más que a la denuncia de las desigualdades sociales, a un discurso alarmista sobre las monstruosidades engendradas por la miseria europea: el socialismo, el comunismo y la anarquía.

Inglaterra y Francia se imponen sin duda alguna como los dos países más emblemáticos de la descomposición social y política que corroe Europa. Menos industrial pero más revolucionaria, Francia es, en última instancia, la que encarna para las elites colombianas la quintaesencia del mal europeo y el arquetipo de la corrupción social y moral. En 1861 Nicolás Tanco denuncia desde París la influencia destructora de los utopistas —Fourier, Saint-Simon, Cabet— como absurdos e ineficaces, y de los socialistas —Proudhon, Leroux—, quienes hacen de Francia un país perpetuamente amenazado por «los crímenes del socialismo bárbaro»[12]. Las dos décadas que siguen le dan la oportunidad de ahondar su análisis de la amenaza subversiva:

> Si el liberalismo tiene muchos puntos de contacto con el radicalismo, éste a su turno los tiene con el rojismo, jacobinismo y

11. F. Pérez, *Episodios de un viaje*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946 [1ª. ed., 1882], p. 175.

12. N. Tanco Armero, *Viaje de Nueva Granada a China y de China a Francia*, París, Simon Raçon, 1861, p. 183.

> nihilismo moderno. Robespierre y Marat son sus padres; Bentham, Diderot, Tracy, Draper sus maestros y oráculos; Prud'hon *[sic]* y Rochefort sus modelos y semidioses. La furiosa Michell *[sic]*, predicando en los clubs de Paris la guerra a la sociedad, o Roussel con la tea en la mano, pegando fuego a los monumentos de la civilización y de las glorias francesas, he aquí los ejemplos, los tipos del acendrado radicalismo[13].

El episodio de la Comuna de París cristaliza entre las elites colombianas el horror del peligro social europeo. Todo indica que la Comuna inspira en Colombia un espanto ilimitado, inquietando tanto a liberales como a conservadores. En 1873, el liberal Nicolás Pardo, de paso por Francia en pleno gobierno del Orden Moral, anhela el día en que la idea republicana en Francia sea una realidad y no más «la presa de los comunistas, de los verdugos y de los agitadores...»[14]. Medardo Rivas, apóstol en Colombia de la participación del pueblo en la vida política señala en las páginas que consagra a Francia en su libro de viaje publicado en 1885 que las ideas comunistas y socialistas tan difundidas en Europa «tienden a acabar con la civilización»[15] y pinta a las *pétroleuses* de la Comuna como esperpentos sociales. Sólo Núñez reflexiona sobre sus verdaderas causas y escribe desde Liverpool, que «no era un saqueo brutal lo que se proponía la insurrección, sino la realización de la preponderancia del interés de los obreros en sus relaciones con el capital»[16]. Al señalar que las simpatías despertadas por la Comuna de París en Inglaterra y Alemania la convierten en un paso fundamental en el avance del socialismo, expresa sus reservas acerca de la despiadada justicia de clase aplicada a los partidarios de la Comuna porque sólo logra ahondar, explica, la zanja entre el poder y las clases populares: «para las multi-

13. N. Tanco, *Los partidos...*, p. 8.

14. N. Pardo, *Recuerdos de un viaje a Europa*, Bogotá, La América, 1873, p. 171.

15. M. Rivas, *Viajes por Colombia, Francia, Inglaterra y Alemania*, Bogotá, Imprenta de F. Pontón, 1885, p. 372.

16. R. Núñez, *Ensayos...*, p. 208.

tudes ella aparece con frecuencia como aliada de crueldad o de persecución; como emblema de ira i venganza más que de protección i consuelo»[17].

Además de la Comuna, varios indicios revelan a los viajeros colombianos la inmoralidad de la sociedad francesa. La imagen de París como una nueva Babilonia, ciudad de placeres, vicios y corrupción, inspira durante todo el siglo XIX el imaginario colombiano. La sociedad francesa no sólo está corroída por la prostitución sino que además la fomenta. «Las novelas sólo saben deíficar a las mujeres públicas», escribe Felipe Pérez a propósito de la literatura francesa durante su viaje de 1863 a 1865[18], señalando que esta tolerancia hacia la corrupción moral es una tara propia de Francia:

> La prostitución en Inglaterra es una llaga social pero hay que hacer a esta noble nación la justicia que procura sanarla, y no la excita y la fomenta, ni la reglamenta ni con ella especula, como acontece en Francia[19].

En Francia, el adulterio es generalizado; los suicidios también[20]; la morgue se ha convertido en un espectáculo público. Los bailes públicos, en particular el famoso *Mabille*, del cual numerosos relatos de viaje ofrecen descripciones detalladas, son lugares de perdición que mientras más repugnan más atraen a los viajeros colombianos. En 1865, Núñez, en la primera carta que escribe desde París a su amigo Salvador Camacho Roldán, recuerda la compasión que le inspiran

17. *Ibíd.*, p. 255.

18. F. Pérez, *op. cit.*, p. 228.

19. M. Rivas, *op. cit.*, p. 170.

20. Al evocar el suicidio colectivo de los indios del Valle de Aburrá durante la conquista, Soledad Acosta señala en uno de sus discursos de 1892: «Esto prueba una vez más que la extrema barbarie y la extrema civilización se tocan: hoy en Francia el suicidio es generalísimo: por cualquier motivo se matan hombres, mujeres y hasta niños». S. Acosta de Samper, «Los aborígenes», *Memorias presentadas en Congresos internacionales que se dieron en España durante las fiestas del IV Centenario del Descubrimiento de América, en 1892* [en adelante: *Memorias...*], Chartres, Durand, 1893, p. 20.

las *loretas* de *Mabille*, pobres campesinas perdidas dentro de la perversidad urbana:

> Casi todas vienen de las provincias, seducidas por alguno, o vendidas por sus padres, o fascinadas por perspectivas que jamás se tocan. (Confidencia) Me dijo una: 'Ud no puede idear cuantos tormentos, cuanto fastidio, cuantas humillaciones he sufrido'. Tenía una hija de cinco años de un padre católico (polaco) que la abandonó desde muy temprano en Besançon[21].

El padre jesuita Federico Aguilar, quien deplora que el progreso europeo en Constantinopla haya traído consigo el crecimiento de la inmoralidad revela que, como en *Mabille* y en la *Alhambra* de Londres, las mujeres entran gratuitamente a los bailes de Constantinopla[22]. Toda Europa, explica, sufre del alcoholismo, de la decadencia moral y de la pornografía[23].

En 1881, Carlos Holguín, ministro de Colombia en Inglaterra ofrece en un artículo publicado en la revista conservadora *El Repertorio Colombiano* la mejor ilustración de esta representación amenazante de Europa. Al querer responder a la pregunta de si los europeos son o no más felices que los colombianos, Holguín recurre a todos los ingredientes de la miseria y del peligro social para describir el lado oscuro de la prosperidad europea. La miseria es infinitamente más profunda en Europa que en Colombia; en Francia se han registrado más de 7.000 suicidios en el solo año de 1880; la inseguridad civil aumenta vertiginosamente[24]. Los atentados nihilistas en Rusia, la

21. Carta de R. Núñez a S. Camacho Roldán, El Havre, agosto 11, 1865, citada en A. Cacua Prada, *Salvador Camacho Roldán*, Tunja, Biblioteca de la Academia Boyacense de Historia, 1989, p. 173.

22. F. C. Aguilar, *Recuerdos de un viaje a Oriente*, Bogotá, El Tradicionista, 1875, pp. 140-141.

23. El padre Aguilar señala que en el museo de Trieste «no faltan los cuadros indecentes o cínicos, que por todas partes se ven en los museos de Europa». *Ibíd.*, p. 30.

24. C. Holguín, «Revista de Europa», *El Repertorio Colombiano*, Bogotá, diciembre, 1881, p. 443.

amenaza irlandesa, la agitación agraria en Inglaterra y el espectro rojo en Francia hacen del trabajo de los gobiernos en Europa «una labor sobrehumana»[25]:

> «Nosotros o el Terror y la Guillotina», decían los Borbones; «La monarquía de Julio o el Rojismo» se decía en tiempo de Luis Felipe; «El Imperio o los descamisados», se repetía en tiempo de Napoleón III; y «nosotros o la Comuna» gritan hoy los oportunistas. Siempre el espectro rojo, siempre la perspectiva de algo peor como unico alivio para el mal presente. Triste destino el de Francia[26].

La retórica conservadora de los años ochenta se caracteriza, contrastando con el entusiasmo liberal sobre ese punto, por un discurso de desconfianza hacia la incipiente Tercera República. En 1880, Carlos Holguín presenta un severo balance de los comienzos de la joven República francesa y relata la indignación de la Francia cristiana contra las medidas anticlericales de los gobiernos radicales. La Francia de los «radicales» —la homonimia con los liberales colombianos basta para desacreditarlos a los ojos de Holguín— es una República de opereta que no se puede tomar en serio. La falta total de cultura republicana en Francia hace sumamente incierta la consolidación del nuevo orden:

> Aquí no hay sentimientos, tradiciones, ideas, costumbres, aspiraciones ni gustos que no sean monárquicos. Se llama republicanismo al odio contra los privilegios de la aristocracia y cierta vaga aspiración a un gobierno de plaza pública para tener otros esos mismos privilegios. Pero bajo el régimen actual existen las mismas desigualdades que bajo las anteriores dinastías. Nada se comprende fuera del monopolio y del privilegio, y desde el ómnibus hasta los fósforos, todo está monopolizado. Cuando se viene a Francia

25. *Ibíd.*, p. 429.
26. *Ibíd.*, p. 440.

viendo antes los Estados Unidos e Inglaterra, palpa uno que aquí no han llegado todavía al ABC de la República[27].

En realidad, las dudas en cuanto a la capacidad republicana de Francia no son exclusivas de los conservadores, y se entremezclan con la tradicional denuncia liberal de la tendencia monárquica de la sociedad francesa. Medardo Rivas se interroga en una carta a Murillo sobre las causas de la decadencia de Francia, de lo que ha hecho de ella una «nación enervada» en comparación con Alemania, y concluye que perdurará siempre una amenaza monárquica en ese país: «En Francia, los tradicionistas, los imperialistas y los legitimistas harán siempre guerra a la República, y mantendrán el país en eterna ansiedad...»[28].

El episodio del *boulangisme*, prueba de la falta de espíritu republicano, contribuirá, a finales de los años ochenta, a confirmar el riesgo de un desliz despótico en Francia. En 1889, el periódico conservador *El Orden* publica un soneto titulado «La Francia Revolucionaria»: sus dos tercetos sugieren la oscilación de Francia entre la ideología democrática, encarnada en la Torre Eiffel, construida con ocasión del centenario de la Revolución Francesa y la tentación del despotismo, esta vez encarnada por el caballo negro del general Boulanger:

> Presidentes anónimos elijo,
> Comicios democráticos reuno,
> Mas ya este juego me parece eterno.
>
> Fastídiome, y cual loca andando, erijo
> Colosal torre sin objeto alguno,
> O ante un negro caballo me prosterno[29].

El más espantoso de las espectros imaginarios viene finalmente de los anarquistas, quienes desde finales de los años ochenta multi-

---

27. C. Holguín, «Revista de Francia», *El Repertorio Colombiano*, Bogotá, enero, 1881, p. 81.

28. M. Rivas, *op. cit.*, pp. 501-502.

29. *El Orden*, Bogotá, agosto 3, 1889.

plican sus atentados en Francia. El asesinato del presidente francés Sadi-Carnot en 1894, relatado con lujo de detalles por los periódicos colombianos, confirma la magnitud de la subversión francesa. Hábil manipulador de las amenazas exteriores, Caro no vacila en multiplicar las metáforas que asocian las prácticas de los liberales colombianos con las de los anarquistas franceses. Así, en 1896, comparándolas a la bomba lanzada en 1895 en la Cámara de Diputados francesa por el anarquista Edouard Vaillant, Caro fustiga ante los congresistas esas «acusaciones contra el Poder Ejecutivo [que] hábilmente preparadas, y lanzadas de pronto y con estrépito, cual bomba explosiva en medio de la Cámara, agitan y perturban el Congreso, desde el principio hasta el fin de sus sesiones»[30].

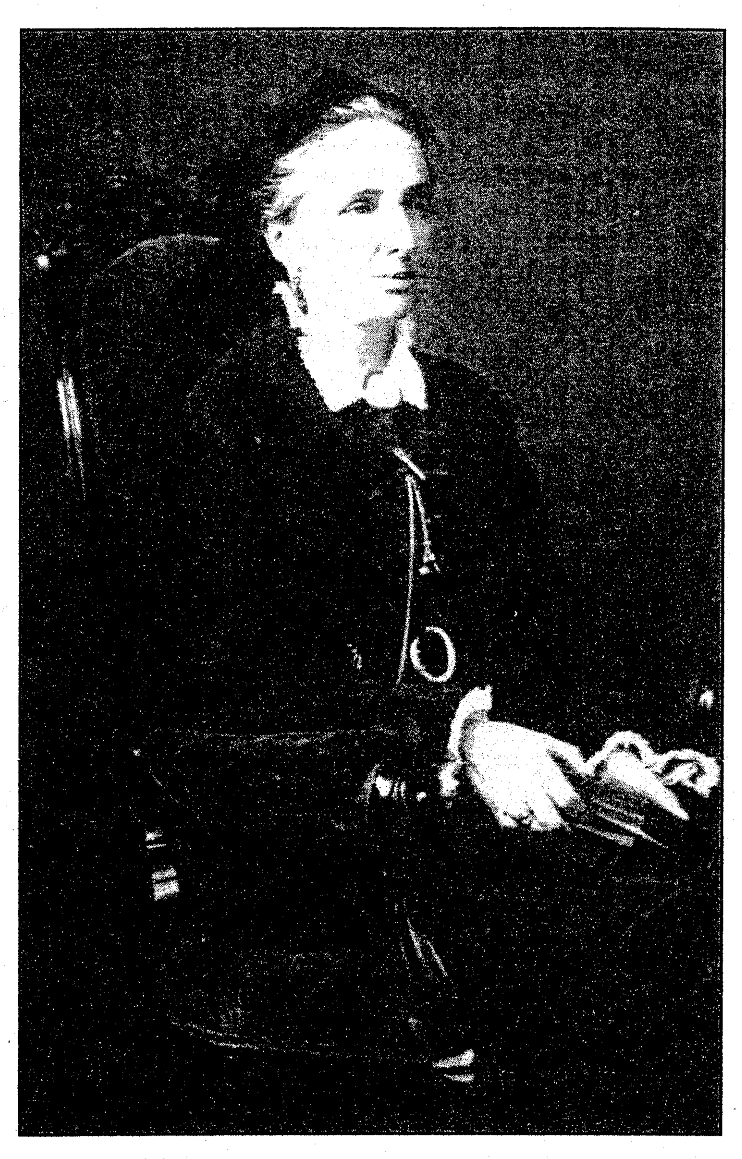
De la subversión europea a la subversión nacional

Más allá de los efectos retóricos de Miguel Antonio Caro, la gran atención dada por la opinión pública de la época al peligro social europeo nace de la convicción de que la subversión se puede trasladar en muy poco tiempo a Colombia: los ideólogos de la Regeneración persuaden entonces a sus compatriotas de que la influencia subversiva europea se advierte ya en Colombia, en las explosiones de cólera popular, en las conspiraciones políticas y en la propagación del suicidio y de la prostitución.

La prensa es frecuentemente acusada de ser el principal difusor de la subversión: para los gobiernos de la Regeneración, los más temibles enemigos del orden público son los periódicos que divulgan en sus columnas peligrosas doctrinas europeas, como lo escribe Soledad Acosta en 1892:

> El periodismo es hoy, —como nadie lo ignora— la potencia intelectual que tiene mayor influencia en la civilización del mundo: pero en las Repúblicas americanas esta influencia es mayor aún que en

30. *Pres. 1896*, p. 45.



Soledad Acosta de Samper.
Hija del general Joaquín Acosta, de origen británico por su madre y esposa de José María Samper, Soledad Acosta reside en varias oportunidades en Europa. A finales del siglo XIX se impone, gracias a su intensa labor editorial, como una de las más conspicuas representantes del hispanismo conservador.
Galería de Notabilidades Colombianas, Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá.

> Europa, porque allí, por lo general, se considera la palabra impresa como una verdad irrefragable. La prensa es una arma ofensiva, que puede ser peligrosísima, no solamente entre las manos del perverso, sino también en las de aquellos que no comprenden el valor, la fuerza que tiene la palabra publicada en hoja volante: la prensa es un instrumento defensivo excelentisímo y de gran provecho para aquellos países recientemente organizados que necesitan dar alcance a otras naciones más avanzadas en la vía del progreso ¡Y sin embargo en ninguna parte del mundo se ha descuidado tanto este elemento, bueno y malo al mismo tiempo, como en las Repúblicas Hispano-Americanas![31].

El estudio de los periódicos de la época sugiere sin embargo que lo que la prensa colombiana difunde en el país es, más que la subversión en sí, el miedo a la subversión. Entre los periodistas colombianos, el crimen y la descomposición social que corroen las sociedades europeas es tema predilecto. En 1882, en la introducción de una obra de teatro titulada *La policía de París,* adaptada de un folletín francés, Aquilino León evoca «esos grandes crímenes que suelen cometerse en las ciudades populosas a la luz meridiana, y que, envueltos en los complicados sucesos de una transformación política, no dejan huella alguna que pueda dar idea del autor, y confunden o exasperan a la más activa policía»[32]. El crimen parece experimentar en Europa una curva exponencial; en 1892, el semanario católico *Colombia Cristiana* publica un artículo extraído de la prensa parisina sobre la delincuencia juvenil que reina allí, en el que se anuncia que la cárcel de la Roquette ya es demasiado pequeña; el editor de la revista se apresura en atribuir el aumento de criminalidad a la educación laica impuesta por Jules Ferry[33]. Si la evolución del crimen en Francia hace temer una evolución comparable en Colombia, la amenaza socialista

31. S. Acosta, «El periodismo en Hispano-América», *Memorias...*, p. 86.

32. *La policía de París. Drama en cinco actos en prosa por Aquilino León*, Bogotá, Imprenta de Torres Amaya, 1882, p. 3.

33. *Colombia Cristiana*, Bogotá, octubre 26, 1892, p. 47.

se acerca con más peligro aún y comienza a obtener sus primeras victorias en el Nuevo Mundo; «El socialismo impera en el mundo, es de prepararnos para cuando nos invada seriamente. Sabrá que el candidato de esa secta por Alcalde de Nueva York obtuvo 67.000 sufragios contra los esfuerzos de los partidos políticos nacionales», escribe Núñez a Marceliano Vélez en 1886[34].

Los dirigentes creen ver una prueba inequívoca de la difusión en Colombia de los ideales y de los medios de acción de la Internacional Socialista en la utilización de una referencia europea «alternativa» —aunque fundamentalmente simbólica— en las revueltas populares. En efecto, la referencia a la Comuna de París aparece regularmente en las proclamas y lemas que acompañan las sublevaciones urbanas. En 1875, los habitantes de Bogotá, en protesta contra el aumento repentino de los precios del pan concluyen su proclama con «¡Viva Rovespierre *[sic]* ! ¡Viva Danton! ¡Viva Marat! ¡Viva Ronsell *[sic]*! ¡Viva Delécluse!»[35]. En la insurrección de Bogotá los días 15 y 16 de enero de 1893[36], el pueblo armado que pasea «banderas negras y coloradas» en las calles de la capital, recurre a la misma simbología revolucionaria: «Las partidas eran numerosísimas: por todas las calles recorrían considerables grupos gritando vivas a 'la Comuna'; al '93'; mueras al Gobierno; a la Policía»[37]; a un siglo de distancia —asombrosa coincidencia del calendario— la referencia al 93 espanta. En cuanto a los dirigentes liberales que preparan una insurrección armada, también recurren a una simbología capaz de inquietar al gobierno, como lo demuestra el ejemplo de la Sociedad de Salud Pública creada en 1881 por Ricardo Vanegas como brazo armado del liberalismo: «En una sesión pública se proclamó la necesidad de matar a Núñez [...] En 1882 se fijaron en las esquinas carte-

34. Carta de R. Núñez a Marceliano Vélez, Cartagena, diciembre 2, 1886, BLAA, Mss. 674, pieza 34.

35. Cf. Eugenio Gutiérrez Cely, «Nuevo movimiento popular contra el *laissez-faire*: Bogotá, 1875», *Universitas Humanística*, Bogotá, año XI, N°. 17, marzo, 1982, p. 189.

36. Cf. capítulo 9, «El desprestigio de la autoridad».

37. Informe del comisario de la cuarta división, AGN, PN, t. 2, f. 471.

les con los nombres de los senadores amigos del Dr. Núñez a quienes se debía degollar. La casa del senador Becerra fue atacada a balazos y él escapó milagrosamente. El gobernador general Daniel Aldana, amigo también del Dr. Núñez, fue atacado por asesinos en la calle en pleno día, quedando gravemente herido él y muerto su compañero»[38]. Unos años más tarde, al evocar la corta vida de la Sociedad de Salud Pública —es desmantelada en 1882 por estar implicada en los atentados—, Carlos Holguín denuncia su aparición como el producto de la reaparición en Colombia del espíritu del Terror:

> Las formas de la revolución francesa se reproducen en el acto, y vuelven los clubs políticos con las camarillas que los dirigen. En aquella ocasión, se quiso, con el nuevo nombre hacer más palpable la semejanza, y para eso se adoptó el nombre que traía a la memoria el comité de Robespierre, Saint-Just y compañía, de donde salieron las proscripciones principales y las grandes matanzas colectivas: el Comité de Salud Pública[39].

La propagación en Colombia de la prostitución[40] y el suicidio es percibida también como el producto de la contaminación europea. En 1896, al anunciar a los hermanos Cuervo, instalados en París, el suicidio del poeta José Asunción Silva, Rafael Pombo lo atribuye no solamente al atavismo sino también a sus lecturas: «Tenía a la mano el *Triunfo de la muerte* por D'Annunzio y otros malos libros»[41]. La estadía de Silva en Europa, la atmósfera fin de siglo de su novela *De sobremesa* que transcurre en el viejo continente, contribuyen a hacer de él, a los ojos de sus compatriotas, la primera víctima nacional de

38. C. Holguín, *Cartas políticas*, Bogotá, Editorial Incunables, 1984 [1ª. ed., 1893], pp. 151-152.

39. *Ibíd.*, 1893, p. 151.

40. El director de la Policía Nacional la denuncia en términos elocuentes en 1892. Carta de J. M. Gilibert al ministro del Interior, marzo 9, 1892, AGN, PN, t. 1, f. 201.

41. Carta de mayo 25, 1896, Bogotá, M. G. Romero (ed.), *Epistolario de Ángel y Rufino José Cuervo con Rafael Pombo*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1974, p. 202.

ese mal europeo. Pombo denuncia entonces la «literatura de suicidio»: Baudelaire, Richepin, Rollinat. El año siguiente, el suicidio del joven Julio Gutiérrez genera comentarios del mismo tipo: «Quien sabe si también ésta es, entre nosotros, otra víctima más de la escuela de Paul Verlaine y de la apoteosis del suicidio», escribe el editorialista del periódico *La Época*[42].

El último fruto del miedo a la contaminación europea es la aparición, a comienzos de la década de 1880, de un discurso opuesto a la inmigración. El consenso reinante desde la Independencia en cuanto a las ventajas de un aporte europeo se resquebraja: en lugar de una desventaja, el fracaso de la inmigración europea, visto hasta entonces como una desgracia, comienza a aparecer como una bendición. Los ejemplos de Argentina y Brasil, por más que encarnen modelos de inmigración exitosa, dejan entrever los riesgos de subversión social inducidos por los inmigrantes europeos. Durante una misión diplomática en Uruguay en 1884, José María Samper anota que la inmigración es un fenómeno natural, querido por Dios, pero que acarrea una seria amenaza social:

> También contienen las inmigraciones extranjeras, en los pueblos nuevos, como los americanos, un gran peligro: el de comprometer la unidad nacional del pueblo que las recibe. [...] Si no se adoptan correctivos eficaces, un pueblo joven puede perder, dominado por las ondas de los inmigrantes extranjeros, lo más noble i lo más íntimo de su ser colectivo: su espíritu nacional y su lengua[43].

El discurso oficial comienza a denunciar sistemáticamente los peligros de una inmigración que de todas maneras sigue sin asomarse a las costas colombianas. El ideal, a veces ingenuo, del progreso material comienza a ser sacrificado en el altar del orden social. En su

42. *La Época*, Bogotá, marzo 2, 1897, citado en *ibíd.*, p. 221.

43. José María Samper, *Filosofía en cartera* [en adelante: *Filosofía...*], Bogotá, Imprenta de La Luz, 1887, pp. 111-112.

último discurso presidencial en 1888, Rafael Núñez alerta a los miembros del Congreso sobre los riesgos de la inmigración:

> La inmigración en larga escala debe, por consiguiente, ser precursora de la multiplicación de los rieles; y sólo Dios sabe —como lo hacen temer ejemplos contemporáneos— si el problema de la inmigración no guarda en su seno amenazadoras incógnitas, que pueden ser causa de relativo consuelo de su retardo, mientras logramos fortificar elementos propios suficientes para la defensa de nuestra nacionalidad[44].

LA EUROPA IDEAL DE LOS REGENERADORES

La denuncia de la Europa peligrosa, que sugiere la necesidad de proteger el país en contra de las influencias nocivas del exterior, implica también una creciente exaltación de los logros de la Europa conservadora. Frente a una Alemania cuyo modelo educativo, adoptado en Colombia, sólo generó males, y frente a una Francia condenada a ser descuartelada entre el despotismo y el comunismo, dos países europeos se distinguen como dignos de referencia para los promotores de la Regeneración: España e Inglaterra.

La preeminencia de estos dos países en la Europa ideal de los regeneradores obedece primero a la experiencia personal de varios de ellos. Rafael Núñez, quien reside cinco años en Liverpool, impone la preferencia inglesa. Carlos Holguín, sucesivamente nombrado ministro en Londres y en Madrid es un admirador de ambos países, al igual que Soledad Acosta, incansable publicista conservadora: de origen británico por su madre —Carolina Kemble, a quien su padre Joaquín Acosta había conocido durante su primer viaje a Europa a finales de la década de 1820— sobresale por su ferviente defensa de la hispanización de la cultura colombiana en contra de la nefasta influencia de Francia. En fin, la preferencia latina e hispánica de Miguel Antonio Caro es notoria.

---

44. *Pres. 1888*, p. 11.

Otro factor que favorece la referencia a esas dos monarquías es el auge del relativismo institucional, presente en el pensamiento conservador pero inexistente en el credo liberal. A comienzos de los años setenta, Núñez había roto el tabú liberal explicando desde Europa que no había por qué esperar que España fuera republicana, sabiendo que no existen verdades absolutas en materia política y que la monarquía constitucional ha probado en varias circunstancias su superioridad frente a la república dictatorial. La era del republicanismo intransigente llega a su fin. En 1879, Pablo Arosemena retoma los argumentos de Núñez en el discurso pronunciado en el Congreso como secretario del Interior: el ejemplo de Bélgica e Inglaterra, explica, aboga por el reconocimiento de las virtudes de la monarquía constitucional[45].

Inglaterra: la atracción del liberalismo conservador

Si los liberales colombianos apreciaban en ella las libertades públicas y la tolerancia religiosa, la monarquía británica no figuraba sin embargo en su panteón político. En 1851, Manuel Murillo, defensor del modelo unicameral francés inaugurado por la Convención, había declarado en una polémica con Julio Arboleda, quien loaba las virtudes del bicameralismo inglés:

> El ejemplo de Inglaterra de nada puede servir en un país que ha proclamado instituciones democráticas. La Inglaterra es una nación esencialmente aristocrática i su Gobierno, naturalmente, es un Gobierno oligárquico en su más alta significación. El sistema aristocrático, que tiene por punto de partida el adoptado para la propiedad i esplotación de la tierra, hace de aquel país un país de las mayores desigualdades sociales[46].

La Regeneración reivindica la sabiduría política de Inglaterra, que hace de ella el país arquetípico del «liberalismo conservador» exalta-

45. *Int. 1879*, p. 50.

46. *Mensaje del presidente de la Cámara de Representantes a la del Senado*, Bogotá, 1851, p. 17.

do por José María Samper. Holguín, quien en 1881 se instala en Londres como ministro de Colombia, descubre con entusiasmo el régimen político británico: «Cada día es mayor mi cariño por esta isla afortunada que he admirado y que ha excedido un tanto a lo que esperaba encontrar en ella. Aquí sí que ve uno país y Gobierno, y opinión pública, y libertad y discusiones y cuanto hay»[47]. Núñez, deseoso de alejarse de la influencia política de Francia, deja correr la idea, generalizada en la época, de que él habría vivido diez años en Inglaterra cuando en realidad pasó los primeros cinco años de su estadía europea en Francia, como cónsul de Colombia en El Havre[48]. En la magistral disertación política presentada al Congreso en 1885 por Diógenes Arrieta, secretario del Interior de Núñez, Inglaterra ocupa un lugar preponderante en la evolución política de Europa así como en la inspiración fundamental de la Regeneración. Primero, explica él, porque Inglaterra es la cuna de la libertad de los modernos:

> Antes que Thomas Payne proclamara los derechos del hombre en Norte-América, antes que los votaran los legisladores franceses de 1789, antes que Nariño los enunciara en las colonias de los Reyes de España, se les encuentra en los filósofos y pensadores ingleses, en las reclamaciones de los súbditos británicos a los Parlamentos y a los Reyes, en los programas de los jefes de partido y en los prospectos de los reformadores, en las costumbres y en las revoluciones inglesas[49].

Pero Inglaterra es, sobre todo, el país donde el espíritu de libertad está contrabalanceado por la conciencia de la necesidad del orden, equilibrando así esos «dos grandes principios necesarios a la felicidad de las naciones». Citando a Macaulay, Arrieta explica al Con-

---

47. Citado en A. Holguín y Caro, *Carlos Holguín. Una vida al servicio de la República.* Bogotá, 1981, t. 2, p. 667.

48. Cf. capítulo 6, «La ideología del viaje: mérito, prestigio y patriotismo».

49. D. Arrieta, *La Regeneración. Exposición preliminar a la Memoria de la Secretaría de Gobierno*, Bogotá, 1885, p. CIII.

greso el armonioso contrapeso entre los dos partidos que conforman la vida política británica:

> Es el uno (el liberal o *whig*) el custodio de la libertad, y el otro (el conservador, o *tory*), el del orden: fuerza motriz aquél, y fuerza conservadora éste del Estado: vela el uno, sin la cual no avanzaría nunca nada la sociedad: lastre el otro, sin el cual ni sería prudente navegar, ni posible tampoco resistir a la tormenta[50].

La valiosa combinación de libertad y orden, de estabilidad y progreso que caracteriza la vida política inglesa ha comenzado a difundirse por toda Europa, explica Arrieta, otorgándole así cierta unanimidad al lema del liberalismo conservador reivindicado por la Regeneración. La política de Cavour en Italia o la de Gambetta en Francia lo demuestran; es más, España, luego de siglos de excesos, toma también el camino, con la restauración de los Borbones, del equilibrio político encarnado por Inglaterra. Arrieta cita abundantemente al dirigente liberal español Emilio Castelar: «No basta con asegurar la libertad: es preciso asegurar también la autoridad. No basta con asegurar el derecho de cada individuo: es necesario asegurar el orden y norma en que han de coexistir estos derechos»[51]. Otra reflexión de Castelar acerca de los países desprovistos de todo radicalismo político —al contrario de Francia y España, sujetas a los asaltos de los *Communards* o de los *Cantonalistas*—, inspira a Arrieta: «Registrad los pueblos libres por excelencia: Suiza, Inglaterra, los Estados Unidos, y no encontraréis partido intransigente»[52].

Inglaterra no sólo ofrece el necesario contrapeso al impacto desestabilizador de la política francesa, sino que también ofrece un promontorio desde donde observarla en detalle y juzgarla bajo el punto de vista de otra nación civilizada. Después de Núñez, quien se consagra a ella en sus crónicas escritas desde Liverpool, Holguín, en Londres a co-

50. *Ibíd.*, p. CIV.
51. *Ibíd.*, p. CVI.
52. *Ibíd.*, p. XXVI.

mienzos de los años ochenta, se dedica al análisis de la sociedad francesa a través de la opinión británica. La condena de la política anticlerical de Gambetta, de su falta de dignidad frente a Alemania, la burla de la comedia parlamentaria, la descripció n, en una palabra, de Francia como una república de opereta que caracterizan a su *Revista de Francia* de 1881, son ampliamente tomados de la prensa inglesa y en especial del *Times*. En tanto fuente del principio de equilibrio y de moderación, Inglaterra se impone en los primeros años de la Regeneración como el contrapeso necesario a una Francia todavía desgarrada entre la tiranía y la anarquía. La España de la restauración, otro modelo alternativo a la subversión francesa, lograría sin embargo aventajar a Inglaterra en la retórica de la Regeneración.

España: orden católico y espiritualismo

Hasta la década de 1870, España había quedado marginada tanto en el imaginario político como en los viajes de los colombianos a Europa. Visitada por muy pocos viajeros, ella había dado lugar a escasas referencias políticas dentro del debate público colombiano. Las profecías de José María Samper, quien a finales de la década de 1850 le había vaticinado un futuro republicano, no habían despertado la curiosidad de la opinión, mientras que los periódicos conservadores, estimulados por los dos principales apologistas del legado español —Sergio Arboleda y José María Vergara y Vergara— se habían confinado a la denuncia, alimentada con los artículos de la prensa española, de la «triste situación política y relijiosa de la península»[53], debido a la política anticlerical de los liberales españoles: «La antigua madre patria de esta tierra americana está actualmente más loca que sus hijas en puntos relijiosos relacionados con la política», deploraba en 1855 el redactor de *El Catolicismo*[54]. Un buen número de panfletos antiliberales publicados en España venía a engrosar el ar-

53. *El Catolicismo*, Bogotá, septiembre 4, 1855.

54. *Ibíd.*, julio 10, 1855, p. 148.

senal retórico de los conservadores colombianos como esa obra titulada *Las ruinas de mi convento* —que relata las persecusiones antirreligiosas en la península durante las décadas de 1810 y 1820—, reimpresa varias veces en Colombia durante los años sesenta[55]. La reticencia de España a reconocer Colombia, el imperialismo de su política americana entre 1859 y 1866 y la ausencia de lazos transatlánticos directos entre las costas colombianas y la península ibérica, contribuían sin embargo a confinar a España en el papel de una figura antipática y, sobre todo, marginal de la escena europea. Son muy pocos los viajeros colombianos que van a España en los años cincuenta y sesenta: fuera de José María Samper, quien luego de haber colaborado con el periódico *La América* de Madrid, conserva sus amistades republicanas en España, algunos viajeros —entre los cuales están Domingo Arosemena y Filomeno Borrero— la recorren brevemente. Exiliado por Mosquera en 1861, Ignacio Gutiérrez Vergara figura entre los primeros colombianos que fijan su residencia europea en Madrid, donde vive hasta 1865. Desde París, Torres Caicedo trabaja en mantener sus relaciones con los medios políticos y literarios: colabora con varios periódicos madrileños —*El Nuevo Mundo, La América, La Reforma*— y, como Samper, desarrolla relaciones epistolares con Emilio Castelar, antes de ser nombrado corresponsal de la Real Academia. Por lo demás, el cuadro de los intercambios entre España y Colombia es pobre. De manera más profunda, el sentimiento de que un republicano colombiano no tenía nada que aprender de España —ni modernidad política, ni modernidad económica— reforzaba todavía más el desinterés general hacia ella, como lo revela Ramón Gómez a finales de los años setenta:

> No somos de la opinión de los que afirman que un viaje a la península no vale la pena, porque equivale a anticipar la vuelta a cualquiera de las Repúblicas de América del Sur[56].

---

55. F. Patxot y Ferrer, *Las ruinas de mi convento*, Bogotá, Imp. del Constitucional por N. Pontón, 1866.

56. R. Gómez, *Apuntes de viaje*, Bogotá, J. B. Gaitán, 1880, p. 68.

Sin embargo, las cosas cambian a comienzos de la década de 1870. La pizca de curiosidad que despierta la revolución española de 1868 —aún si el programa de los republicanos españoles de 1868 parece «copiado» del de los liberales colombianos de 1849 como lo señala Núñez— contribuye a esa evolución, al igual que la llegada en 1870 a Bogotá de José María Gutiérrez de Alba, un literato español encargado por su gobierno de una misión confidencial, la de difundir el legado literario peninsular entre los círculos cultos de Colombia, con el fin de crear un sentimiento de proximidad entre los dos países. Paralelamente, José María Vergara viaja ese mismo año a Madrid en compañía del publicista Adriano Páez, se vincula a varios escritores españoles —Campoamor, Hartzenbusch, Bretón de los Herreros, Castelar— y regresa a Colombia con la aceptación de la Real Academia española para fundar en Bogotá la primera academia correspondiente en América[57].

La evolución política de España, sobre todo, comienza a interesar a los políticos colombianos. Los avatares de la revolución española, el movimiento federalista que libera, los debates que rodean la elaboración de la Constitución de 1869, los tropiezos de Amadeo de Saboya y la proclamación de la Primera República en 1873 contribuyen a reanimar la curiosidad hacia la antigua metrópoli, a darle una nueva pertinencia en la vida política colombiana. España, atrasada en su proclamación de las reformas liberales, hundida en la anarquía tras la revolución, alcanza a Colombia en su aspiración a restaurar el orden. Los conservadores y los nuñistas siguen con interés los comienzos de la Restauración de los Borbones. El paralelo entre las fórmulas políticas colombianas y españolas comienza a ser evidente en la década de 1880. La Sociedad de la Salud Pública, creada en Bogotá en 1881 por los liberales beligerantes remite, además de la Revolución Francesa, al Comité de Salud Pública fundado en Madrid en 1873 por el cantonalista Roque Barcia. El término de *república autoritaria* utilizado por Caro para

57. Cf. capítulo 7, «El nacionalismo en ciernes».

designar la Regeneración remite al mismo calificativo aplicado, en 1874, al viraje conservador de los últimos meses de la Primera República española. La fórmula del *liberalismo conservador* que reivindican los regeneradores remite a la formación política creada en los primeros años de la estauración española por Cánovas. Una referencia española que traspasa el mero campo de la semántica política para extenderse a varios de los principios fundamentales de la Regeneración. La restricción de la libertad de prensa, la consolidación administrativa, la modernización del ejército y la restricción del sufragio que figuran en el programa de la Restauración española, se encuentran unos años más tarde en el programa de los nuevos dirigentes colombianos. Los trabajos constitucionales se responden: mientras que la Constitución española de 1876 es esbozada por una Asamblea de Notables, la nueva Constitución colombiana va a ser elaborada, diez años después, por un Consejo de Delegatarios reunido por Núñez; las dos tendrán en común las limitaciones a la libertad de prensa y al sufragio: en 1884, Miguel Antonio Caro señala que varios liberales españoles defendían el principio según el cual «el sufragio de las capacidades vale más que la brutalidad del número»[58].

El éxito en la Regeneración de varias de las fórmulas retóricas de la Restauración española contribuye a aumentar el número de los colombianos que visita a España. Aunque sigue siendo generalmente una excursión de unas semanas desde la capital francesa, el viaje a la península ibérica llega a ser menos excepcional; a finales de los años setenta, liberales como Justo Arosemena, Ramón Gómez, José María Quijano Wallis, o conservadores como Alberto Urdaneta lo emprenden. Éste último publica en 1879, por primera vez en las letras colombianas, el relato de su viaje a España[59], seguido por María Teresa Arrubla en 1886 y Soledad Acosta en 1893[60].

58. M. A. Caro, *Artículos y discursos, primera serie*, Bogotá, Librería Americana, 1888, p. 357.

59. A. Urdaneta, «Una excursión a España», *El Repertorio Colombiano*, Bogotá, diciembre, 1879, pp. 457-464; enero, 1880, pp. 20-28; marzo, 1880, pp. 161-163.

60. Cf. M. T. Arrubla, *Viajes por España e Italia*, Bogotá, Imprenta de la Ilustración, 1886, y S. Acosta de Samper, *Viajes...*

Las relaciones intelectuales y literarias se multiplican: en 1881, al mismo tiempo que Carlos Holguín, primer representante de Colombia en la península, José María Quijano Otero, director de la Biblioteca Nacional de Bogotá se dirige a España en calidad de invitado al Congreso de los Americanistas de Madrid y pasa a ser miembro de la Real Academia de Historia. El año siguiente, el joven Filemón Buitrago, nombrado secretario de la legación colombiana que acaba de abrir sus puertas, participa en las sesiones del Ateneo de Madrid. José María Quijano Wallis y Santiago Pérez Triana frecuentan la tertulia del escritor Juan Valera, donde conocen a Alcalá Galiano, Núñez de Arce y Menéndez y Pelayo. En 1878 Miguel Antonio Caro entabla con éste último una correspondencia que, rica en intercambio de libros y de ideas, durará catorce años[61].

El establecimiento de relaciones diplomáticas con España, finalmente logrado por Carlos Holguín en 1881 —que hace de Colombia la última república americana reconocida por la antigua metrópoli— anuncia una ola de hispanidad literaria y oficial. Unos años después del establecimiento de las relaciones diplomáticas, una comisión encargada de organizar en Bogotá la conmemoración del 20 de julio de 1882, preve la lectura en la plaza de Bolívar de un poema en honor a España por el periodista conservador José Joaquín Ortiz. Alberto Urdaneta escribe en su periódico, el *Papel Periódico Ilustrado*:

> La Comisión recuerda a los habitantes de la ciudad que la fiesta de mañana no será como la de ayer, y que nuestras buenas relaciones con la España hoy, nos recuerda que si fuimos sus enemigos, hoy somos sus amigos como siempre hemos sido sus hermanos por la lengua y por la sangre[62].

La difusión de la literatura española en las revistas colombianas se amplifica, promovida por publicistas como Miguel Antonio Caro,

61. Cf. C. Restrepo Canal (ed.), *Menéndez y Pelayo en Colombia*, Bogotá, Kelly, 1957.
62. *Papel Periódico Ilustrado*, Bogotá, julio 10, 1882.

José Joaquín Ortiz o Soledad Acosta. Desde Madrid, José María Gutiérrez de Alba continúa junto con sus amigos bogotanos la empresa de promoción literaria iniciada en Colombia en 1870. En 1884, Soledad Acosta publica en su periódico *La Familia* un homenaje a los escritores españoles y a los que trabajan en Colombia por la difusión de sus obras injustamente desconocidas:

> Algunos literatos –los miembros de la Academia correspondiente de la Real Española– algunos aficionados a buenas lecturas empiezan ya, hace unos pocos años, a ocuparse y a cultivar su ingenio con lecturas de obras de peninsulares modernos: pero la generalidad, el vulgo de los lectores, conocen poco los verdaderos literatos de la madre patria. Aquí se leen tan sólo novelones indigestos, cuentecillos a la violeta –escritos por literatos de tercera y cuarta clase– o traducciones por lo general inmorales, hechas a destajo y de prisa de obras francesas de la peor clase[63].

En los años siguientes, la apertura en Bogotá en 1887 de una oficina de la Unión Iberoamericana —apadrinada por nombres prestigiosos entre los que figuran Rafael Núñez, José María Samper, Aníbal Galindo, Felipe Angulo, Joaquín Camacho, Liborio Zerda— y de un periódico del mismo nombre, y la firma, al año siguiente, de un tratado hispano-colombiano sobre la propiedad intelectual que garantiza a los escritores el respeto a sus derechos de autor y de traductor en los dos países por un período de quince años[64], consolidan el dispositivo oficial de difusión cultural hispánica: «Hoy entre España y América española se inicia un canje de obras literarias, y se observa mutuo acatamiento por las opiniones que allá o acá se emitan sobre dichas obras», escribe en 1889 el editor del periódico conservador *El Heraldo*. En medio de ese apogeo de hispanidad oficial, la participación de Colombia en las celebraciones del IV Centenario del descu-

---

63. «Escritores modernos españoles», *La Familia*, Bogotá, octubre, 1884, p. 320.
64. Cf. *Rel. 1888, doc.*, pp. 75-76.

brimiento de América da lugar, por parte de los representantes oficiales —Soledad Acosta y Ernesto Restrepo Tirado— a numerosas manifestaciones de entusiasmo hispanista: «Parece llegado el tiempo de que se haga alguna justicia a los conquistadores españoles. Aquellas fábulas de la caprichosa destrucción de la raza indígena por los españoles deben ya desaparecer. Por lo tocante a las tribus colombinas puede asegurarse que estaban entregadas a tales vicios, que no parecía lejano el momento de su desaparición y exterminio de las unas por las otras», declara Restrepo Tirado en una sesión del Congreso de Huelva, desencadenando así una salva de aplausos[65].

El espectacular avance, en las décadas de 1880 y 1890 de la referencia hispánica en el debate público colombiano obedece evidentemente a su carácter endógeno, que permite incluirlo como elemento constitutivo de la definición nacional. La retórica de la Regeneración abre un espacio a las letras españolas del siglo XIX, pero la referencia hispánica se impone ante todo como un culto a los ancestros, a aquellos que llevaron la cruz, más que la espada, en los Andes ecuatoriales. En 1859, José María Samper, relatando la complejidad de sus impresiones durante su primer viaje a España, patria de su abuelo paterno, había escrito:

> Qué sensación tan profunda la que uno experimenta cuando, después de algún tiempo de ausencia, vuelve a pisar el suelo patrio! Y es acaso ésta la impresión que siento al llegar al primer puerto de España? Es algo semejante, pero complicado [...] Es que hay una patria de lo pasado, como la hay de lo futuro, y que cada hombre está ligado a las tradiciones y glorias de su raza, como el retoño del árbol nace ligado al tronco![66].

La inspiración hispanista, fuente de muchas fórmulas, no desembocará, sin embargo, en la adopción de las instituciones de la España

---

65. *Congreso Internacional de Americanistas, Actas de la 9a. reunión, Huelva, 1892*, Madrid, M. G. Hernández, 1894, p. 137.

66. J. M. Samper, *Filosofía...*, p. 29.

moderna: unos intercambios embrionarios en el campo militar, unos vanos intentos de importación de agricultores ibéricos y la llegada de algunas congregaciones constituirían todo el aporte de España al proyecto político de la Regeneración[67]. El debate internacional que opone entonces los seguidores de la eficacia anglosajona a los defensores de la espiritualidad latina, a pesar de representar un factor de acercamiento hacia la península, tiende a acreditar la idea de que España es poco atractiva como modelo de construcción estatal.

En 1897, uno de los heraldos del hispanismo bogotano, el lingüista Rufino José Cuervo, confía en efecto desde París a su amigo Rafael Pombo sus dudas sobre la capacidad de España de imponerse como modelo en vísperas del siglo XX:

> Será posible la regeneración de España y de sus hijos? Corresponden sus cualidades de raza a lo que llamamos civilización moderna? Es un punto que no sé resolver. Las glorias españolas pertenecen al género de aventuras, que hoy ya no pegan. En sus tiempos de gloria hubo en realidad grandes sabios, pero aislados; por más que digan, ellos no constituyeron el ápice de una pirámide[68].

El papel de la referencia hispánica durante la Regeneración aparece entonces claramente: el homenaje a los padres fundadores de esta lejana colonia que iba a convertirse un día en la Colombia independiente, y la afirmación de la hispanidad colombiana, apuntan principalmente a apoyar otro discurso: el que tiende a afirmar que la esencia católica de la sociedad debe constituir la base de todo programa político. Los regeneradores se lanzan a revelar al país su verdadera naturaleza, que las importaciones inconsideradas de los liberales, según explican, terminaron ocultando. Quitando el velo que las deformes producciones del liberalismo moderno le pusieron al país, se proponen revelar la imagen de una nación rural y cristiana: una Colombia que, alejada de las perni-

67. Cf. capítulo 9, «La construcción del orden católico».

68. Carta de R. J. Cuervo a Rafael Pombo, París, enero 25, 1897, citada en M. G. Romero (ed.), *op. cit.*, pp. 218-219.

ciosas influencias del cosmopolitismo del siglo, podría por fin gozar de la inmensa felicidad de vivir en armonía consigo misma.

AUTENTICIDAD NACIONAL Y ORDEN SOCIAL

El positivismo, extrañamente, suministra el marco conceptual, *científico*, de ese discurso de rechazo a las importaciones extranjeras. La retórica de los primeros años de la Regeneración revela efectivamente una inspiración positivista. En 1880, Núñez anuncia en su mensaje presidencial al Congreso: «nos acercamos gradualmente al fecundo reinado de la paz científica»[69]. La convicción, repetida en sus artículos y afirmada desde su primer discurso presidencial, de la necesaria intervención del Estado en el campo económico revela no sólo la observación de las prácticas gubernamentales europeas sino también la inspiración sansimoniana del nuevo presidente[70]. En su discurso de 1885, Diógenes Arrieta anuncia la llegada de una nueva edad, en una secuencia inspirada por las tres edades del positivismo comtiano: luego del liberalismo de Santander —la edad de la organización administrativa— y del de Murillo —la lucha contra el Antiguo Régimen— es el momento de una «nueva época para la patria», es decir, la tercera edad del liberalismo, la de la Regeneración, que se caracteriza por la inclusión del conservatismo:

> Es, pues, un absurdo positivo pensar que son servidores de la civilización únicamente los partidos liberales porque representan la impulsión, y que los partidos conservadores, que representan la acción reguladora del elemento ponderador de la sociedad, no contribuyen a la obra de la civilización[71].

---

69. *Pres. 1880*, p. 3.

70. «Debe, por ejemplo, imprimirse vigoroso impulso a las obras públicas, que no sólo ocupan numerosos brazos, que la ociosidad hace peligrosos, sino que preparan el crecimiento de la riqueza y son, así, doblemente reproductivas, como cualesquiera otros gastos dedicados a empresas industriales». *Pres. 1880*, p. 33.

71. D. Arrieta, *op. cit.*, p. CXXXVIII.



Rafael Núñez.
Galería de Notabilidades Colombianas, Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá.

El positivismo contra la importación

La ausencia de exclusión política aparece como la mejor garantía de un programa nacionalista: la Regeneración es, según los términos de Arrieta, un «movimiento nacional, es decir: patriótico»[72]. La idea positivista de un lento avance hacia el progreso en etapas idénticas para todas las sociedades humanas, pero según el ritmo propio de cada sociedad, apoya la denuncia de la importación institucional. Al importar prematuramente modelos foráneos, los liberales no hacen sino llevar al país al camino de su perdición. En 1888, en su mensaje al Congreso, Núñez recuerda que: «Tampoco es dado a la mano del hombre acelerar el cronómetro providencial del destino de cada pueblo, como no le es posible anticipar el cambio de las estaciones»[73]. La previsible decadencia de Europa, anunciada por la enturbiada atmósfera de fin de siglo sólo puede, finalmente, reforzar la desconfianza frente a los modelos importados, como lo escribe Rafael Núñez al año siguiente:

> Se navega contra la corriente cuando pretendidos pilotos hispano-americanos ponen la proa en dirección de las playas donde ya se percibe el sedimento de una civilización que, no obstante, su brillo superficial, se encuentra insensiblemente marcada con las arrugas indicativas de la decadencia[74].

Mientras que la denuncia de los trasplantes políticos antinaturales comienza una larga carrera en la retórica de la Regeneración, la crítica de los defectos inherentes a los pueblos hispánicos[75]

---

72. *Ibíd.*, p. CXLII.

73. *Pres. 1888*, p. 11. En 1880 Núñez habría tal vez hablado de un «cronómetro científico» más que de un «cronómetro providencial», pero la firma del Concordato en 1887 y la atmósfera de renovación católica reinante en el país explica que haya preferido el empleo del término «providencial» para calificar el ritmo de cada sociedad humana, confirmando así la tendencia a la desaparición del discurso positivista de los comienzos de la Regeneración.

74. Artículo de Núñez en *El Porvenir* de Cartagena, agosto 18, 1889, *La Reforma...*, t. 3, p. 74.

75. Carlos Nicolás Rodríguez, secretario del Interior en 1877 había denunciado sin equívoco la causa principal del conflicto de 1876-1877: «el exagerado espíritu de partido,

desaparece rápidamente de la retórica oficial, reemplazada por un discurso que presenta la fe católica como la esencia del sentimiento popular colombiano. Así, en 1892, el semanario *Colombia Cristiana* critica con vehemencia un discurso de Camacho Roldán en el que rinde homenaje a la tolerancia religiosa, a la Revolución Francesa y a la declaración de los derechos del hombre y el ciudadano: «Decida el lector si el ilustrado estadista D. Salvador Camacho Roldán supo interpretar en aquella solemne fiesta las ideas y los sentimientos del *pueblo colombiano*»[76].

Autenticidad nacional, resignación y felicidad

Liberada de las quimeras y espejismos con que el Viejo Mundo amenazaba llevarla a la decadencia, Colombia puede por fin, explican los ideólogos de la Regeneración, ser feliz; volver, sobre todo, a ser ella misma. La representación de una Colombia rural, aislada, pobre pero digna y feliz se impone progresivamente en el arsenal de la retórica conservadora. En 1874, el presidente de la Sociedad de Caridad de Chiquinquirá había recordado a los notables de la ciudad el verdadero significado de la palabra *civilización*:

> Mal se entiende por el vulgo lo que es la civilización. Muchas veces se ha abusado de esta palabra, invocándola en horas de insensatez y en excenas *[sic]* de exterminio. [...] Un pueblo rico, pero inmoral, merecerá el título de civilizado? No. [...] Una nación sabia, pero inmoral, merecerá el título de civilizada? Tampoco. [...] Una

---

que es uno de los más perniciosos defectos de nuestra raza, i el que tal vez ha contribuído en mayor escala a impedir que los pueblos de oríjen español, tanto en Europa como en América, hayan logrado aliar el órden con la libertad, i fundar instituciones libres al lado de gobiernos fuertes i estables». *Int. 1877*, p. 4, y Diógenes Arrieta, considerando la conquista española como «punto de partida de nuestra enfermedad social» había hablado en 1885 de los «defectos inherentes a nuestra raza». D. Arrieta, *op. cit.*, p. XCVII.

76. *Colombia Cristiana*, Bogotá, noviembre 2, 1892, p. 36.

nación pobre, ignorante, pero profundamente moral, merecerá ser llamada civilizada? Sí[77].

En su artículo escrito en París en 1880 sobre el nivel de felicidad de que se goza respectivamente en Europa y Colombia, Holguín, afecto al discurso conservador de la felicidad, concluye que: «bajo muchos aspectos, son mejores las condiciones de nuestra existencia»[78]. Mejores tal vez para todos, pero sobre todo —Holguín lo reconoce abiertamente— para los grupos dirigentes. Comparada con la labor sobrehumana que es el manejo del poder político en Europa, la de sus homólogos colombianos «parece y es juego de niños»[79].

Una vez sentado en el solio presidencial dejado por Núñez, Holguín retoma el discurso de la felicidad nacional que había elaborado, frente a la realidad europea, diez años antes, cuando la urgencia de rechazar los espejismos de la modernidad y de encontrar la felicidad en la vida rural apenas comenzaban a formar parte del imaginario conservador. Inspirado en gran medida en las reflexiones de su cuñado Miguel Antonio Caro, quien predica sin cesar la paciencia frente a las ilusiones de la modernidad, Holguín repetirá, antes de dejar la presidencia, las condiciones en las que Colombia podrá ser feliz:

> Debemos aprender también a vivir con lo que tenemos, y a no vivir atormentados con el espejismo del extraordinario progreso material de otros paises. Ni la riqueza es por sí sola elemento de felicidad para los pueblos, como no lo es tampoco para los individuos, ni a su consecución se pueden sacrificar otros bienes de orden superior. Colombia sería uno de los países más felices de la tierra, con sólo que nos diéramos cuenta de nuestra felicidad. [...] Veo un peli-

77. *Discurso pronunciado en la sesión solemne de la Sociedad de Caridad por su presidente, señor Enrique Álvarez, el día 31 de mayo de 1874*, Chiquinquirá, Imprenta de Luis J. Fajardo, 1874, p. 3.

78. C. Holguín, «Revista de Europa», p. 450.

79. *Ibíd.*, p. 430.

gro serio en la impaciencia que se ha apoderado de algunos espíritus por que lleguemos de un salto a ser millonarios, a decuplicar nuestras rentas, a ver nuestro territorio cruzado por ferrocarriles, y a decuplicar también nuestra población trayendo los sobrantes de otras regiones. Y todo esto para que seamos felices! Para que no haya pobres! Para que no haya desgraciados! Como si la desgracia y el dolor no fueran en todas partes el lote de la humanidad, y le fuera dado al hombre suprimirlos en la tierra! Yo querría que muchos de nuestros conciudadanos fuesen a los grandes centros de la civilización, no a deslumbrarse con las exterioridades del lujo de unos pocos y la brillantez de las exposiciones, sino a penetrar algo en el fondo de aquellas sociedades, y nos dijeran si habían hallado la felicidad en el seno de aquellas multitudes encorvadas por el trabajo, hambreadas por las contribuciones, que sucumben por millares bajo la intèmperie de los climas y desesperadas por emigrar. Yo las he visto de cerca durante años enteros, y puedo deciros que somos muy felices, que no cambiaría nuestro atraso por la prosperidad de ninguno de los países que he visitado. Cuando uno conoce el mundo, no puede, sin sonreir, oir al espíritu de partido hablar de nuestras desgracias y enumerar entre ellas las enormes contribuciones que pagamos. Nuestra gran necesidad aquí es la paz, para que a su sombra se vayan desarrollando paulatinamente, pero de modo estable, los gérmenes de nuestras diversas industrias. Y esto sin gravar a las generaciones venideras con el pago de empréstitos, y sin poner en peligro nuestros derechos señoriales con grandes masas de inmigrantes[80].

El mensaje de los ideólogos de la Regeneración es diáfano: mientras Colombia permanezca al margen del movimiento que conduce el Viejo Mundo a la era de las masas democráticas y mientras no dirija su mirada a los espejismos de la civilización moderna, podrá, viviendo en armonía con su ser más profundo, ser feliz. Ese consejo de Holguín al pueblo colombiano, esa invitación a buscar en sí mismo las respuestas anheladas —que recuerda el discurso de la felicidad

80. *Pres. 1892*, pp. 48-49.

republicana difundido por los liberales en las décadas anteriores— no iba sin embargo a ser escuchado por los propios dirigentes de la Regeneración: la prioridad dada a la consolidación del orden social los llevaría, al igual que sus predecesores radicales, a dirigir cada vez más sus miradas a Europa en busca de instituciones importables a Colombia.

Capítulo 9

El sueño del orden importado (1888-1900)

Cuando en 1888 Rafael Núñez se retira a su ciudad natal de Cartagena, la construcción del Estado esbozado por él apenas comienza. En los ocho años que transcurrieron desde su primera elección, Núñez logró establecer las bases de la «regeneración administrativa fundamental» que predicaba. La oposición liberal, aplastada por la guerra de 1885, está debilitada por mucho tiempo. El país está dotado de una Constitución duradera —logrará vivir más de un siglo— que establece el centralismo político, la limitación del sufragio y la restricción de las libertades públicas. El Concordato, firmado en 1887, sanciona la restitución a la Iglesia de su misión educativa, evangelizadora y reglamentadora de la vida social. El marco institucional del nuevo orden está establecido.

Sin embargo, la obra política de Núñez no basta en sí para engendrar el orden prometido por la Regeneración; en la mayoría de los casos estableció tan sólo las líneas generales y un marco jurídico nacional, que requiere otros esfuerzos[1]. La tarea de crear los instrumentos políticos y sociales necesarios al nuevo orden delineado por la Constitución de 1886 y el Concordato de 1887, les corresponderá a los dirigentes conservadores *nacionalistas*[2], a quienes Núñez deja en

1. Marco Palacios ve en Rafael Núñez el tipo exacto del «líder que propone pero no ejecuta»: «Produce la visión, omitiendo si se quiere la ideología; escribe permanentemente, da realmente la línea política general, pero no está implementándola». *Aspectos polémicos de la historia colombiana del siglo XIX. Memoria de un seminario* [en adelante: *Aspectos...*], Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1983, p. 84.

2. El término de *nacionalistas* designa, en las dos últimas décadas del siglo, a los conservadores favorables al régimen, por oposición a los conservadores *históricos*,

el poder: Carlos Holguín (1888-1892) y Miguel Antonio Caro (1892-1898). Una nueva fase comienza para la Regeneración: la importación de los instrumentos del orden social.

El orden social se impone efectivamente como la prioridad absoluta de los dirigentes políticos. En 1869, Núñez ya había escrito a Mosquera desde Francia: «Lo más grande es el problema social, que es el fondo del problema político. El *miserabile vulgus* no se conforma ya con cambios de superficie, i la cuestión de la forma de gobierno no creo que le interese tanto como pudiera acaso suponerse»[3]. En la mente de los sucesores de Núñez, ansiosos de recuperar el tiempo perdido, el nuevo orden debe ser por lo tanto un orden autoritario. La Regeneración, que se presenta como un ejemplo de «modernización conservadora» acude al recurso de los modelos importados para acelerar el proceso de reestructuración de una sociedad aparentemente en vía de disgregación. La urgencia es doble: *contener* la sociedad para evitar a corto plazo la explosión del conflicto social; y, a largo plazo, transformar esta sociedad inculcando a las generaciones futuras el respeto a la autoridad. La Iglesia deberá, a través de la educación, crear una generación formada en la aceptación del principio de autoridad; mientras tanto, las nuevas políticas de orden público permitirán evitar a corto plazo la explosión social. En ambos casos, los modelos se van a buscar en Europa: el tiempo apremia[4], y el recurso de instituciones ya probadas por las naciones adelantadas aparece, una vez más, como la mejor garantía de éxito.

---

quienes se oponen al autoritarismo y al centralismo del gobierno. En 1900, los *históricos*, aprovechando el debilitamiento del gobierno provocado por la insurrección liberal que iría a desembocar en la guerra de los Mil Días (1899-1902), destituyen al viejo Manuel Antonio Sanclemente —sucesor de Caro en 1898— poniendo así un término a la experiencia política de la Regeneración.

3. Carta de R. Núñez a T. C. Mosquera, El Havre, julio 4, 1869, ACC, FM, D51724.

4. M. Garrido evoca así ese proceso de aceleración, ese sentimiento de urgencia que caracteriza la evolución política de la Regeneración: «Ante las dificultades encontradas para llevar adelante las reformas políticas y económicas, el discurso del *nuevo orden* que habrá sido expuesto principalmente entre 1880 y 1882, va sufriendo una evolución *transdiscursiva* hacia el discurso *autoritario de urgencia*». M. Garrido, *La regeneración y la cuestión*



Carlos Holguín en Londres.
Fotografía tomada en Londres a comienzos de los años 1880.
Galería de Notabilidades Colombianas, Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá (cliché: Ernesto Monsalve).

La Regeneración muestra en eso más continuidad con los gobiernos radicales que lo que sugiere el nuevo discurso oficial. La nueva retórica plantea una ruptura total con la época radical; pero la voluntad de instaurar una autoridad estatal gracias a la importación institucional revela una gran estabilidad respecto de los gobiernos radicales, aunque los instrumentos escogidos difieran. Consciente de que el Estado colombiano no es lo suficientemente fuerte como para imponer la disciplina social sin la ayuda de la Iglesia, Núñez se alía con ésta y le delega casi por entero la educación. La preocupación por el orden público, que induce la consolidación del ejército, la creación de la policía y el endurecimiento de la justicia penal contrasta también con los principios dominantes de la época liberal. Radicales y regeneradores, obviamente, no fundamentan su proyecto de construcción estatal sobre los mismos pilares, pero más allá de ciertas diferencias ideológicas, se desprende una misma inspiración: construir un Estado-nación recurriendo a herramientas importadas.

Los gobiernos de Holguín y Caro demuestran en efecto un creciente interés por la importación institucional. Todos los instrumentos del nuevo orden se derivan de modelos europeos: congregaciones religiosas, educación, medidas de restricción de las libertades públicas, ejército, policía, derecho civil y contabilidad pública. Una vez más, el estímulo a la inmigración, esta vez hispánica y católica, despertará el ideal de una transformación, con sangre europea, de la sociedad colombiana.

La importación de modelos organizacionales concierne en primer lugar al Estado: los gobiernos de Holguín y Caro ponen en marcha un programa de misiones de observación en Europa con una intensidad hasta entonces desconocida en el país. En contradicción con la retórica oficial del gobierno, es principalmente en la Tercera Repú-

---

nacional estatal en Colombia, Bogotá, Banco de la República, Programa Centenario de la Constitución, 1986, p. 66. Al punto de que Núñez llegará a expresar sus temores de haber ido demasiado rápido: «Cada día me persuado más de que anduvimos demasiado aprisa cuando cambiamos de cucarda: el gorro frigio por el león», le escribirá a Caro. *Ibíd.*

blica francesa que los dirigentes políticos colombianos van a buscar modelos institucionales. Más allá del hispanismo que rige la retórica oficial, la experiencia de la República «oportunista» francesa, sometida a la presión de las masas, parece tras bastidores ser una fuente de inspiración política más idónea. Embarcado para Bogotá en 1880, ¿no había dedicado Núñez largas jornadas de viaje sobre las aguas del Magdalena a la lectura del libro de Littré sobre los primeros años de la Tercera República francesa?[5] Bajo su pluma, como en la de muchos otros autores liberales, Thiers y Gambetta aparecen como héroes:

> En Francia, nuestro modelo, ha ocurrido, *mutatis mutandis,* la misma historia. Los delirios de los republicanos enterraron la primera y la segunda República; y los cándidos impenitentes que se encargaron de dirijir el tercer ensayo, en 1871, la habrían conducido a una nueva fosa sin el cambio fundamental introducido en el viejo programa por Thiers y Gambetta[6].

Una caja de archivos del ministerio de Relaciones Exteriores francés que conserva las solicitudes enviadas durante los años noventa por la legación colombiana en París para facilitar las misiones oficiales de estudio revela ese creciente interés por las instituciones de la Francia republicana. La educación francesa sigue despertando la curiosidad: en 1890 el encargado de negocios de Colombia en París, Gonzalo Mallarino, solicita la ayuda del ministro de Relaciones Exteriores francés para que Arturo Campuzano pueda realizar su estudio sobre «el movimiento y la organización de la enseñanza primaria y secundaria en Francia»[7]. El capitalismo de Estado también intere-

5. Cf. J. M. Quijano Wallis, *Memorias autobiográficas, histórico-políticas y de carácter social,* Grottaferrata, Tipografía Italo-orientale, 1919, pp. 407-408.

6. R. Núñez, *La reforma política en Colombia,* t. 3, Bogotá, Editorial ABC, 1945, p. 111. Cf. también el elogio a Gambetta por M. Rivas, *Viajes por Colombia, Francia, Inglaterra y Alemania,* Bogotá, Imprenta de Fernando Pontón, 1885, p. 672, y a Thiers por J. M. Quijano Wallis, *op. cit.,* pp. 179-182.

7. Carta de G. Mallarino al M. A. E., junio 12, 1890, AMAE, ADP, Colombia, caja N°. 3.

sa: Carlos Calderón, agente fiscal de Colombia en Europa, obtiene en 1893 una autorización para visitar la *Manufacture Nationale des Tabacs*. En diciembre del mismo año un grupo de siete colombianos visita la *Manufacture de Porcelaines de Sèvres*, la *Manufacture des Gobelins* y la *Conciergerie*. En 1895 Gonzalo Mallarino solicita varios documentos relativos a la contabilidad pública en Francia.

En la Iglesia se advierte la misma tendencia a recurrir a Europa. Contando ahora con el apoyo del aparato estatal, el clero colombiano tiene toda la libertad de poner en práctica una política de contratación masiva de congregaciones misioneras, caritativas y educadoras europeas. Por ser el mayor proyecto de construcción estatal en la Colombia decimonónica, la Regeneración también representa el apogeo de la importación institucional.

LA CONSTRUCCIÓN DEL ORDEN CATÓLICO

Desde el comienzo de su primer mandato Núñez había expresado su convicción sobre la importancia de la religión católica como factor de cohesión social:

> Constitucionalmente hablando, el Gobierno general debe ser, ante todo, un poder esencialmente moderador y justiciero, toda vez que necesita, a cada instante, del concurso de varios elementos que no sólo no son homogéneos, sino que, de ordinario, divergen en opiniones, intereses y tendencias. Al necesario concierto no puede llegarse sino inspirando completa confianza a las entidades representativas de tales elementos. Figuran entre ellos, en nuestro país, en lugar prominente, las creencias religiosas; y persuadido profundamente de su gran valor efectivo en el mecanismo social, he hecho considerables y permanentes esfuerzos para establecer con esa poderosa fuerza moral y sus autorizados ministros sincera armonía[8].

8. *Pres. 1880*, p. 3.

Una vez aplastada la insurrección liberal de 1885, y mientras se comenzaba a elaborar la nueva constitución, Núñez había reiterado su preocupación por evitar el error cometido por los dirigentes radicales de «pretender expulsar del mecanismo político el grande elemento de moralidad y concordia que la fe en Dios constituye, y especialmente cuando es una misma esa fe»[9]; y concluye, en su último mensaje al Congreso en 1888 que «el Concordato ha sido, pues, el complemento obligado de la Constitución, por no decir su alma»[10]. Consagrada como factor esencial de la unidad nacional, la religión católica tendría ahora que demostrar su eficacia como factor de disciplina social.

La esperanza frustrada de una inmigración católica

La preferencia católica se manifiesta en primer lugar en la evolución del sueño inmigracionista. La denuncia, a partir de 1880, de los peligros de una inmigración subversiva no significa que los dirigentes de la Regeneración rechacen cualquier importación de población extranjera, sino que consideran exclusivamente una inmigración católica e hispánica, quedando definitivamente descartadas las propuestas de importación de chinos o de peligrosos proletarios europeos. Una vez más, los dirigentes políticos colombianos intentan atraer al país inmigrantes encargados de antemano de transformar la sociedad, esta vez en el sentido de ayudar a los gobernantes a implantar la religión y la disciplina social.

La contratación por Ferdinand de Lesseps de mano de obra china para la excavación del Canal de Panamá[11] preocupa a los colombianos por razones que van mucho más allá de la intolerancia religiosa. Medardo Rivas, gran defensor del laicismo liberal, evoca en su paso

9. Discurso de Rafael Núñez al *Consejo de Delegatarios*, Bogotá, noviembre 11, 1885, citado en *Núñez y Caro 1886. Documentos del Simposio Núñez-Caro, Cartagena, mayo de 1986*, Bogotá, Banco de la República, 1986, p. 46.

10. *Pres. 1888*, p. 14.

11. Cf. documentos de F. de Lesseps, 1887, AMAE, ADP, Colombia, caja N°. 2.

por Colón, a finales de los años setenta, su inquietud frente al *peligro amarillo*[12], lo que, sumado a la convicción de que los asiáticos son unos bárbaros inasimilables, extraños a toda idea de progreso[13], y a las objeciones, tanto económicas como éticas, suscitadas por el hecho de que la inmigración china se acerca a una semi-esclavitud, contribuye a la aprobación en 1887 de una ley que restringe la entrada de los trabajadores de aquel país[14]. La ley, que tolera no obstante la mano de obra china ya empleada en la construcción del Canal de Panamá, tranquiliza a los detractores de la inmigración china. En 1900, un redactor del periódico *El Conservador*, explicando que la guerra en China va a traer como consecuencia el aumento de la emigración desde ese país, se alegra de que Colombia haya formalizado ya la prohibición de la inmigración china[15]. Ironía de la historia: Colombia, el país de América que quizá menos inmigrantes recibió durante el siglo XIX, fue también el más rápido en tomar medidas antiinmigracionistas.

En los años noventa, el sentimiento antiinmigracionista se dirige a los inmigrantes italianos quienes, por ser latinos y católicos, brindan, sin embargo, más garantías a un gobierno obsesionado por la cohesión cultural y religiosa. Pero la propensión de los emigrantes italianos a difundir en el Nuevo Mundo —como lo demuestra el ejemplo argentino— la ideología y las formas de acción del anarco-sindicalismo, contribuyen progresivamente a descalificarlos, convirtiéndolos en el símbolo de los riesgos de la subversión europea. En 1892, el semanario *Colombia Cristiana* condena terminantemente la importación de chinos, japoneses y anglosajones y recomienda una inmigración de españoles, franceses o italianos; éstos últimos, sin embargo,

12. M. Rivas, *op. cit.*, pp. 123-124.

13. El conservador Nicolás Tanco Armero, quien fue el único colombiano de la época que viajó al Extremo Oriente para organizar la inmigración china hacia Cuba, contribuyó con sus obras a reforzar en la mente de los colombianos cultos la idea de la barbarie asiática. Cf. N. Tanco Armero, *Viaje de Nueva Granada a China y de China a Francia*, París, Simon Raçon, 1861, y *Recuerdos de mis últimos viajes: Japón*, Madrid, Rivadeneyra, 1888.

14. R. Méndez, *Emigración e inmigración*, Cartagena, Mogollón Editor, 1915, p. 177.

15. *El Conservador*, Bogotá, octubre 11, 1900.

deben ser seleccionados con prudencia. Esas reservas se van a convertir muy pronto en una hostilidad abierta hacia la inmigración italiana. En agosto de 1892, la comisión parlamentaria encargada de estudiar un proyecto propuesto al gobierno por un tal Carlo Vedovelli para la introducción de 8.000 inmigrantes italianos en la Sierra Nevada, da un fallo favorable pero mitigado. A pesar de ser fervientes partidarios de la inmigración, los diputados conservadores Pedro Nel Ospina y Andrés Obregón no están muy entusiasmados con el origen italiano de los candidatos:

> No deja de ser deplorable que el contrato no haya tenido por objeto la traída al país de emigrantes de alguna otra nacionalidad más asimilable a nuestra raza y de mejores condiciones para el fin especial a que aquella se destina. Lo ocurrido recientemente en la Argentina, donde entre el elemento extranjero prevalece el italiano, y el concepto predominante respecto a éste en nuestro país nos evitan entrar en largas demostraciones. Ni estará por demás recordar que no es Italia de los países europeos en que esté más adelantada la agricultura[16].

La hostilidad hacia Italia, alimentada por un viejo litigio diplomático ocasionado por el conflicto entre un comerciante italiano, Cerruti, y el gobierno del Cauca durante la guerra civil de 1876, se cristaliza en el rechazo de una inmigración proveniente de ese país. Unos meses más tarde, los redactores de *Colombia Cristiana* atacan directamente el proyecto de inmigración italiana a la Sierra Nevada:

> Ocho mil *Cerrutis* diz que serán traídos a poblar la Sierra Nevada de Santa Marta. Si un *Cerruti* nos ha bastado para darnos la carga que nos ha dado, que haremos con ocho mil? Valía más que nos trajesen culebras o alacranes. En la Argentina, ya no saben qué camino tomar con los *italianísimos*. Pero nosotros siempre seremos tontos e inexpertos[17].

---

16. *Anales de la Cámara de Representantes*, Bogotá, septiembre 20, 1892, p. 240.
17. *Colombia Cristiana*, Bogotá, diciembre 7, 1892.

La preferencia hispánica se impone entonces. «En favor de España militan no sólo la unidad de religión y de lengua, sino también la semejanza de costumbres» escribe el editorialista de *Colombia Cristiana*[18]. En 1888, Núñez anuncia en su mensaje presidencial el inicio en España de una campaña de promoción de la inmigración a Colombia[19].

Los esfuerzos oficiales tardan, sin embargo, en dar frutos. Confrontado a la ausencia de una verdadera necesidad de mano de obra en el país, fuente de indiferencia y de desconfianza frente a las iniciativas oficiales de inmigración, el proyecto migratorio de la Regeneración encuentra en España una acogida cortés pero reservada. En 1889, un oficial superior de la marina española, Arturo Llopis, escribe a Núñez, que se compromete a promover la idea de mandar a Colombia una parte de los emigrantes españoles que generalmente parten para Argentina, Chile o Brasil[20], que el proyecto gubernamental exige algunas mejoras, en especial la apertura de un enlace marítimo directo entre los dos países. En 1893, un decreto posibilita el nombramiento de agentes de inmigración en Europa y prevé la instalación de un agente en Tenerife con un sueldo mensual de 250 pesos. El general conservador Leonardo Canal es nombrado unos meses después agente general de inmigración en Europa. Canal acepta el cargo pero, enfermo, no puede salir de Bogotá donde muere en mayo de 1894[21]. En octubre del mismo año, un tal Augusto Raemy, instalado en Barranquilla, obtiene del gobierno una promesa de ayuda financiera para un proyecto de inmigración canaria que finalmente no se concretará[22].

Así, tras una serie de iniciativas oficiales frustradas y de proyectos truncados se confirmará el fracaso de la inmigración hispánica y

18. *Ibíd.*, noviembre 9, 1892, p. 46.

19. «Esa especie de inmigración es la única que me parece posible y de buenos efectos por ahora». *Pres. 1888*, p. 2.

20. Carta de A. Llopis al presidente de la República de Colombia, Barcelona, julio 27, 1889, documentos A. B. Cuervo, BLAA, Mss. 31, pieza 112.

21. *El Orden*, Bogotá, abril 14, 1894.

22. *El Agricultor*, Bogotá, N°. 6, diciembre de 1894, p. 272.

católica anhelada por los promotores de la Regeneración. Colombia, por suerte, no había sido invadida por bárbaros asiáticos ni por peligrosos proletarios europeos portadores de subversión y anarquía; pero tampoco iba a ser regenerada por virtuosos y católicos agricultores españoles.

La importación de las congregaciones europeas

Una vez más, el fracaso de la inmigración contribuye a hacer de la enseñanza el principal instrumento de transformación de la sociedad. Puesto que no pueden contar con esos piadosos inmigrantes españoles a quienes habrían convertido en punta de lanza de la recatolización del país, los promotores del nuevo orden deben concentrar todos sus esfuerzos en la educación.

Inmediatamente después de la elección de Núñez, en 1880, se abre en el sistema educativo un espacio más amplio para la educación religiosa. La Universidad Nacional, descrita por los regeneradores como en un estado de «palpable decadencia» debido a que había sido «del rango de institución nacional apeada al subalterno y mezquino de mera institución de partido»[23], había revelado su capacidad para generar la agitación política «hasta el extremo de haber tenido lugar asonadas de alumnos en las barras del Congreso, heridas y muertes de estudiantes en las calles de Bogotá, y sublevaciones escolares»[24]. Debilitada por la guerra civil de 1876-1877, la falta de fondos públicos y la salida de la mayor parte de los profesores alemanes, la red de escuelas primarias oficiales vivía un lento declive a pesar de los esfuerzos de Eustacio Santamaría y del pedagogo prusiano y católico Christian Siegert por defender su obra. Mientras que Siegert explica en una carta dirigida al secretario de Instrucción Pública en 1880 que «si los textos fueran inútiles, como parece que se pretende establecer, no se concibe el objeto con que se hacen de ellos ediciones suce-

23. *Ins. 1882*, p. 7.

24. *Ins. 1883, doc.*, p. 7.

sivas, i por millares de ejemplares en los países civilizados, i de un modo tan notable en el mío»[25], Santamaría recuerda el alcance de la reforma educativa colombiana:

> De orden del Gobierno, con el carácter de Cónsul jeneral en Berlín, permanecí dos años estudiando en Alemania con la mayor consagración los métodos de enseñanza elemental usados en aquel país, i esta misión fue causa de un grande i fecundo movimiento instruccionista en toda la América del Sur, en donde soi conocido por mis escritos sobre la materia i en donde, como ha sucedido recientemente en la República Arjentina, la prensa se ha ocupado de mí i ha defendido con calor el fruto de mis observaciones[26].

A pesar de la vehemente defensa de la enseñanza laica emprendida por Santamaría y Siegert, una ley de 1880, que otorga al Estado central amplias atribuciones en materia de enseñanza pública, consagra la inclusión de la religión católica en la educación dispensada por las escuelas públicas[27]. El Concordato, en fin, confirma la orientación católica de la educación. Invirtiendo la secuencia de las tres edades del positivismo comtiano, Núñez había confiado a Marceliano Vélez, en 1886: «Tengo la convicción de que sin cambiar a fondo esa enseñanza, habremos 'arado en el mar'. Comprendo además que todo el mundo converge hacia la metafísica, y que las soluciones futuras serán en cierto modo teológicas»[28]. En 1890 Holguín recuerda que «la educación viciada de utilitarismo, materialismo e impiedad que nos legó el régimen anterior es el gran cáncer de la patria, que nada habremos hecho mientras no lo hayamos extirpado, y que no hay otro

25. Carta de C. Siegert al secretario de Instrucción Pública, Bogotá, junio 28, 1880, *Ins. 1881, doc.*, p. 85.

26. Carta de E. Santamaría al secretario de Instrucción Pública, Bogotá, julio 5, 1880, *Ins. 1881, doc.*, p. 88.

27. *Ins. 1882*, p. 4.

28. Carta de R. Núñez a M. Vélez, diciembre 2, 1886, Cartagena, Cartas a Marceliano Vélez, 1885-1891, BLAA, Mss. 674, pieza 34.

medio de extirparlo que educar generaciones nuevas en el Santo temor de Dios sobre principios sólidos de moral y de religión»[29].

La contratación de congregaciones docentes en Francia, Italia y España se impone a los dirigentes de la Regeneración como el mejor medio para lograr la reforma de la educación y de la sociedad. Los primeros éxitos de importación de congregaciones europeas conseguidos durante la década de 1870 marcan la pauta, pero numerosas dificultades, entre las cuales la disponibilidad de los religiosos europeos no es la menor, no tardan en aparecer. En esos tiempos de renovación católica y de expansión colonial, las solicitudes a las congregaciones y órdenes religiosas europeas se multiplicaban y pocas conseguían respuesta. En 1856 el ministro de Colombia en Europa, Manuel María Mosquera, provisto con fondos enviados por las devotas damas de la Congregación de Caridad de Bogotá, había experimentado las desilusiones de la importación religiosa[30]. En 1875, la solicitud hecha al superior de las Escuelas Cristianas en París por la Sociedad de San Vicente de Paúl de Bogotá, en el sentido de traer a tres hermanos para que se hicieran cargo de las escuelas de San Vicente de Paúl, había fracasado «por no haber en Francia uno solo de aquellos religiosos en disponibilidad para ser enviado a este país ni a ningún otro de los muchos que habían dirigido la misma solicitud»[31]. Lo mismo sucede con numerosos intentos de contratación de religiosas que, realizados durante la Regeneración, no se lograrán concretar sino después de varios años de espera.

El lento proceso de contratación de los hermanos salesianos es un buen ejemplo de ello. La obra salesiana, fundada en Turín en 1859 por Don Bosco, debía su notoriedad en Colombia a numerosos artículos de la prensa católica, entre los cuales una traducción de la

29. *Pres. 1890.*

30. Cf. capítulo 3, «La modernización de la caridad».

31. Informe del presidente de la Sociedad de San Vicente de Paúl, citado por A. J. Uribe (ed.), *Sociedad Central de San Vicente de Paúl de Bogotá. Celebración del quincuagésimo aniversario (1857-1907). Memoria histórica,* Bogotá, Imprenta Nacional, 1908, p. 98.

biografía del fundador publicada en las columnas del periódico *La Nación*, así como a la curación milagrosa en 1883 en París de una dama colombiana que lo había visitado. En 1886 el representante del gobierno colombiano ante el Vaticano, Joaquín Florencio Vélez, escribe a Don Bosco con el propósito de traer un grupo de salesianos al país, pero su solicitud es rechazada debido a la insuficiencia de personal disponible a raíz de una larga lista de misiones en el exterior. Vélez es secundado en su gestión por el arzobispo de Bogotá, José Telésforo Paúl, quien escribe al año siguiente a Don Bosco para expresarle de nuevo su deseo de ver a los salesianos fundar una misión en Colombia y crear una escuela para los artesanos de Bogotá. La respuesta es nuevamente negativa. Núñez, retomando la propuesta de Vélez y de Paúl, obtiene en 1887, con ocasión de la firma del Concordato, el apoyo del cardenal Rampolla, secretario de Estado del Vaticano, quien intercede ante Don Bosco en favor de Colombia[32]. La muerte en 1888 del fundador de la orden retrasa el proceso pero el contrato se firma finalmente en 1889.

Otro ejemplo de esas dificultades es el fracaso de la primera gestión colombiana ante la congregación de los Hijos del Inmaculado Corazón de María —los claretianos—, una congregación misionera española fundada en 1849. En 1888, el arzobispo de Bogotá, monseñor Paúl, y el obispo de Tunja, monseñor Perilla, hacen llegar al superior de los claretianos, por intermedio del ministro en España, Antonio B. Cuervo, una carta informándole que les gustaría confiar a esta congregación el establecimiento de una misión en Casanare[33]. Monseñor Perilla proporciona una descripción detallada de la situación, del estado de abandono en el que han caído las antiguas misiones jesuitas en esta región, del clima, se compromete a garantizar buenas condiciones a los misioneros y precisa el modo de pago del viaje por

32. J. J. Ortega Torres, *La obra salesiana en Colombia. Los primeros cincuenta años: 1890-1940*, Bogotá, Escuelas Gráficas Salesianas, 1941, t. 1, pp. 3-4.

33. E. Nebreda, *Los claretianos en Colombia*, Medellín, 1981, p. 67.

adelantado desde París[34]; pero a pesar del interés de los claretianos, el proyecto no se concreta [35].

La correspondencia de monseñor Perilla con los hermanos Cuervo en París revela todas las dificultades encontradas en un intento de contratación de religiosos europeos. En 1887, el obispo les informa de su voluntad de traer algunos padres lazaristas —por lo menos cuatro, precisa— con el objeto de que se encarguen del seminario de Tunja. Recordándoles los términos del contrato firmado con los primeros lazaristas llegados al país para encargarse del seminario de Popayán[36], agrega: «Estas son poco más o menos las bases que pueden servir a Uds. para el contrato, sin que dejen de mejorarlas, aumentando su remuneración anual»[37]. Monseñor Perilla pide entonces a los hermanos Cuervo que negocien lo mejor que puedan para contratar a los religiosos: «quedan autorizados para el contrato en los términos que lo juzguen convenientes con tal que logren conseguirlos y enviarlos»[38]. En el caso de que fuera muy difícil contratar a los lazaristas, las congregaciones españolas del Espíritu Santo, de los escolapios o de los redentoristas, de quienes Perilla cree recordar que tienen establecimientos en París, ofrecen interesantes alternativas. Por último, luego de haber expresado su preferencia por clérigos españoles o hispanoparlantes, les precisa el modo de transferencia del dinero —a través de una letra de cambio pagadera a la vista por una agencia comercial en París— antes de reiterar su esperanza de ver que la contratación llegue a buen término:

---

34. Carta de José Benigno Perilla al padre Xifré, Tunja, diciembre 17, 1888. *Ibíd*, pp. 70-73.

35. Las misiones de Casanare serán confiadas a los agustinos recoletos; habrá que esperar hasta 1909 para que los claretianos lleguen finalmente a Colombia en donde se encargarán de las misiones del Chocó.

36. Cf. capítulo 7, «El auge del movimiento católico».

37. Carta de José Benigno Perilla a Ángel y Rufino Cuervo, Bogotá, marzo 10, 1887, en G. Hernández de Alba (ed.), *Epistolario de Rufino José Cuervo con Luis María Lleras y otros amigos y familiares*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1969, p. 291.

38. *Ibíd.*, p. 291.

> Quiera la buena suerte sernos propicia [...] y que Uds. tomen todo interés y toquen todo resorte para el caso, que Dios les pagará los pasos que den, pues que esta obra es de absoluta necesidad para la Iglesia y nuestra tierra[39].

El tono de la carta siguiente, escrita dos semanas después, es más apremiante. Habiendo obtenido de los lazaristas de Popayán un modelo de contrato de quince artículos para entregar al superior de la congregación en París, monseñor Perilla explica a los hermanos Cuervo que el salario del superior podrá ser de 1.200 a 1.500 francos anuales, el de los profesores un poco menos elevado, que 7.000 francos están a su disposición con el agente comercial y que es urgente que le adviertan si se necesita más dinero. Perilla comunica a los hermanos Cuervo el nombre de un padre lazarista que vivió en Popayán y que podría tal vez acelerar el proceso de contratación. «Si no hubiere Lazaristas, entonces, Escolapios o de otra Congregación que llene el objeto, para Seminario Mayor y Menor», insiste el obispo en el colmo de la impaciencia. Al conocer la noticia del retorno inminente a Colombia de Carlos Holguín le pide reunirse con los hermanos Cuervo: «le encargo se vea con Uds. y de acuerdo, hagan cuanto puedan para el asuntico... ¡Qué bueno, si él los trajera!»[40].

Pese a esas dificultades, los católicos colombianos logran por lo general convertir en realidad su deseo de atraer al país clérigos europeos. La Regeneración desencadena así, un movimiento de inmigración religiosa en Colombia que continuará durante las primeras décadas del siglo XX. Numerosas congregaciones y órdenes religiosas se implantan —o se reimplantan, como los jesuitas que retoman en 1883 sus colegios bogotanos de San Bartolomé y del Rosario. La congregación de Jesús y María, una orden educativa francesa fundada en el siglo XVII, llega al país en 1880, seguida por los redentoristas en 1884, los maristas en 1889, los salesianos, los hermanos de las Es-

39. *Ibíd.*, p. 292.
40. *Ibíd.*, pp. 294-295.

cuelas Cristianas y la congregación de novicias de Nuestra Señora del Buen Pastor de Angers en 1890. En 1891 llegan los padres candelarios, seguidos por las hermanas visitandinas francesas en 1892, la congregación italiana de las hijas de María Auxiliadora en 1897, y por último, en 1899, las hermanitas de los pobres, también venidas de Francia[41].

Francesas, italianas y españolas, las congregaciones que se establecen en ese entonces en Colombia son también, en buena parte, de fundación reciente: es el caso de los salesianos, una orden fundada en 1859, de la congregación de las hijas de María Auxiliadora creada en 1872, de la Sociedad de María de Lyon, de la congregación de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor fundada en Angers en 1829, o de las hermanitas de los pobres, una congregación nacida en Bretaña en 1839. Las instituciones de la renovación católica europea y en particular francesa serán los principales protagonistas, a finales del siglo XIX, de la empresa de fomentar la religión católica en Colombia organizada por la Regeneración[42].

La caridad es la actividad predilecta de las congregaciones femeninas instaladas en Colombia desde la llegada en 1873 de las primeras hermanas de la Caridad. Las hermanas de la Caridad, cuyas responsabilidades no dejan de aumentar en la capital, extienden sus actividades a otras ciudades. En 1884, a raíz de una petición de 500 habitantes de Cali, se contratan tres hermanas en Francia para tomar la dirección del hospital de la Caridad de la ciudad. Hacia finales de

41. Este censo sobre las congregaciones y órdenes religiosas que se establecieron en Colombia en los años que van de 1880 a 1900 fue realizado con la ayuda de la bibliografía religiosa existente y completado con el valioso concurso de Patricia Londoño. Cf. P. Londoño, *Sociability among classes in Antioquia (Colombia), 1850-1930*, Oxford, 1997.

42. Elisabeth Dufourcq señala al respecto la «paradoja francesa»: Francia suministró más del 50% de la emigración religiosa europea cuando representaba menos del 2% del total de los emigrantes que dejaron el Viejo Continente entre 1848 y 1900. Cf. E. Dufourcq, *Une forme de l'expansion française: les congrégations religieuses féminines hors d'Europe de Richelieu à nos jours: histoire naturelle d'une diaspora*, Thèse de Doctorat en Sciences Politiques, IEP, París, 1991, t. III, pp. 660-673.

siglo, las hermanas dirigen 54 establecimientos en todo el país: hospitales, hospicios, colegios y orfanatos. Sólo en la ciudad de Bogotá tienen a su cargo dos hospitales, un hospicio, un orfanato, un manicomio, un noviciado, un colegio y un taller. Las secundan en sus tareas las hermanas del Buen Pastor quienes toman la dirección de la cárcel de mujeres a partir de 1890, y las hermanitas de los pobres, que llegan en 1899 para encargarse de un asilo de ancianos que comienza a funcionar ese mismo año[43].

A pesar de la firma en 1892 de un nuevo convenio de misiones, que va a renovar las tareas de evangelización, la mayoría de las congregaciones llegadas durante la Regeneración se dedica a la educación. Renovación católica, en primer lugar, de una educación primaria que no fructificó debido a la ruina progresiva de las escuelas, especialmente de las escuelas normales creadas por los radicales. En el Cauca, la acción de los hermanos maristas es decisiva. A su paso por Popayán a finales de los años ochenta, el visitador general de los padres lazaristas, el padre Réveillère, habla a los miembros de la Sociedad de Padres de Familia de las obras maristas. Entusiasmados con sus relatos, los miembros de la sociedad se dirigen a Joaquín Florencio Vélez, ministro de Colombia en el Vaticano, quien contacta en su nombre a los maristas. El 17 de abril de 1889 el superior de la congregación, el hermano Théophane, anuncia al obispo de Popayán la aceptación de los maristas. El contrato, firmado el 26 de marzo de 1889 en Roma entre Vélez y el hermano Théophane será publicado unos meses después en el principal periódico católico de Popayán, *La Semana Religiosa*[44]. El acuerdo prevé que seis hermanos maristas se encarguen de crear dos escuelas, o más, de enseñanza primaria, oficial y gratuita: «queda establecido que la enseñanza tendrá por base los principios de la religión católica, el amor a la Patria

43. A. J. Uribe (ed.), *op. cit.*, pp. 78 y 283-287.

44. Artículo de *La Semana Religiosa*, Popayán, diciembre 14, 1889, citado en F. Paz Medina, *Monografía de la Comunidad Marista en Popayán, 1889-1989*, Popayán, Talleres Editoriales del Departamento, pp. 10-11.

y el respeto por las Instituciones Nacionales»[45]. Su salario será de 40 pesos mensuales y los gastos de viaje correrán por cuenta del gobierno colombiano: se les da un adelanto de 1.500 francos para su partida de Europa. Finalmente, siete hermanos maristas —franceses, suizos y españoles— salen de Burdeos en septiembre de 1889. Desembarcados en Buenaventura, llegan a Cali donde los padres lazaristas los alojan, y luego a Popayán, allí, a pesar de la muerte del superior de la misión, toman inmediatamente la dirección de dos escuelas que suman 360 alumnos. En su primera distribución de premios, el redactor de *La Semana Religiosa,* exaltando la inspiración meritocrática de la educación marista escribirá:

> Lo más interesante de este acto fue ver presentarse el niño de aristocrático porte y pulcro vestido, a recibir quizá el segundo o tercer premio, detrás del niño del pueblo que llegaba, con los pies descalzos y el vestido remendado, a recibir el primero, sin que para nada se advirtiera el orgullo ni la envidia, sino la sencillez y la caridad fraternal[46].

Luego de haber abierto un noviciado en Popayán al año siguiente, los maristas comienzan a expandirse en el Cauca: en 1893 se les confía la dirección del Colegio de Santa Librada en Cali, así como otras escuelas en las principales ciudades de la región: Palmira, Pasto y Santander de Quilichao. La afluencia de los hermanos maristas continuará durante toda la década: en 1898 Colombia cuenta con 70 hermanos europeos y con 59 maristas colombianos[47].

Otra congregación importante dentro de la empresa educativa de la Regeneración es la de los hermanos de las Escuelas Cristianas —los lasallistas—, una congregación docente fundada en Francia en el siglo XVII. Por instigación de un grupo de partidarios de la enseñanza católica —entre ellos Vicente Restrepo, quien en su juventud había

45. *Ibíd.*, p. 10.
46. Citado en *ibíd.*, p. 14.
47. *Ibíd.*, p. 20.

justamente sido alumno de su colegio en Passy— los hermanos de las Escuelas Cristianas se instalan en Antioquia en 1890 y fundan escuelas en Medellín y Marinilla. El entusiasmo que acompaña su llegada convence rápidamente al gobierno de la necesidad de expandir sus escuelas a todo el país y primero que todo a la capital. En 1892, el Congreso aprueba la firma de un contrato con los lasallistas para consolidar su establecimiento en el país. Los hermanos, que se instalarán en el antiguo convento de Santa Clara en Bogotá, tendrán la responsabilidad de «formar jóvenes colombianos hábiles, de todos los departamentos, que secunden su labor, en calidad de directores en las Escuelas y demás Establecimientos de educación e instrucción pública de la Nación»[48]; en otras palabras, el sustituto católico a las escuelas normales laicas importadas de Prusia. Los ponentes del proyecto en la Cámara explican en efecto:

> La gran necesidad de Colombia, en lo relativo a Instrucción Pública, sobre todo cuando se trata de la primaria, es la formación de institutores idóneos. Las Escuelas Normales, tales como funcionan hoy, no satisfacen esa necesidad vital, y conviene ir preparando gradualmente su completa transformación. [...] en las últimas décadas de nuestro siglo, ha vuelto a reconocerse la necesidad social de poner las Escuelas bajo la dirección de institutores religiosos[49].

La educación popular no es menos importante que la instrucción primaria, puesto que constituye el arma principal de neutralización política de los artesanos y de las clases pobres urbanas, cuya esporádica turbulencia viene inquietando el poder político desde mediados de siglo. El delicado tratamiento de la *cuestión social* había encontrado un primer elemento de respuesta en la expansión de las actividades caritativas: prueba de ello es la Sociedad Protectora de Niños Desamparados, creada en 1878 en Bogotá, con el fin de brindar a los niños abandonados amparo, educación y conocimiento de

---

48. *Anales de la Cámara de Representantes*, agosto 20, 1892, p. 92.
49. *Ibíd.*, pp. 199-200.

los oficios manuales. En 1883, el asilo dirigido por la sociedad acoge 112 niños quienes, además de tener acceso a una biblioteca y a una educación primaria, aprenden la zapatería, la talabartería, la carpintería, la confección, la imprenta y la fabricación de sombreros[50]. Financiada esencialmente con fondos privados, la sociedad busca también, por intermedio de su periódico *La Abeja*, difundir el modelo de las sociedades protectoras de la infancia tales como existen en las *naciones adelantadas*: como en Estados Unidos (en primer lugar, en 1882, cuenta con 41 sociedades de ese tipo), en Francia, en Italia y en España. Al publicar la defensa de un senador francés en favor de la aprobación de una ley sobre la protección de la infancia, el periódico señala la importancia de ese tipo de acción caritativa en la búsqueda de la paz social: «La empresa no es sólo caritativa y filantrópica, es también social: es uno de los medios, el más eficaz de que podamos disponer, para establecer en el porvenir la paz social, para prevenir el socialismo y el crímen»[51]. La caridad, en efecto tiene que ser completada por la educación para los más necesitados, a fin de que el trabajo erradique el crimen. El secretario del Interior, Ricardo Becerra, preocupado por limitar los posibles excesos de la «caridad legal en grande escala»[52], tan costosa para el Estado como estéril a largo plazo, había declarado en 1884 al Congreso: «Muy bueno es auxiliar hospitales, casas de asilo, &a..., pero es mejor disminuir por el órden, por la seguridad que él engendra, y por el trabajo y el bienestar que de ambos proceden, el número de aquellos establecimientos»[53].

La creación en la capital, dos años más tarde, del Instituto Nacional de Artesanos revela esta voluntad de asumir la educación de los artesanos a nivel oficial con el propósito de brindarles a éstos y a sus hijos una formación de base completa. El Instituto, dirigido por el

50. *La Abeja, Organo del Consejo Directivo de la Sociedad Protectora de Niños Desamparados*, Bogotá, junio 1°., 1883.

51. *Ibíd.*, septiembre 1°., 1883, p. 74.

52. *Ibíd.*

53. *Ibíd.*

padre Pedro María Briceño, se limitará, sin embargo, a difundir fundamentalmente entre los artesanos de Bogotá una educación religiosa, como se advierte en los títulos de la primera entrega de su revista *El Instituto*, publicada el día de la Inmaculada Concepción: «La Inmaculada Concepción»; «La Virgen de Lourdes»; «8 de Diciembre»; «A María»; «A la Virgen Inmaculada»[54]. Las denuncias a la masonería, al socialismo y al protestantismo, la crónica de las victorias del catolicismo en Europa, así como los incesantes elogios a los prohombres de la Regeneración en sus columnas, contribuyen a hacer de *El Instituto*, más que un instrumento de formación de los artesanos, un canal de difusión de la retórica católica hacia las *clases peligrosas* de la capital.

Por último, la contratación en Italia de un grupo de nueve salesianos que llegan a Bogotá en 1890 «con la mira de crear y organizar convenientemente escuelas de artes y oficios para la educación popular», responde a la misma lógica de control de los artesanos de la capital adoptada por la Iglesia[55]. En Colombia se les une Evasio Rabagliati quien dirigirá la misión y el grupo es instalado en el Convento del Carmen en Bogotá. El ministro de Instrucción Pública pone a su disposición al director del Instituto Nacional de Artesanos, Pedro María Briceño[56]. El primero de septiembre de 1890, el Colegio Salesiano de León XIII de Artes y Oficios abre sus puertas con 40 alumnos inscritos. Rabagliati regresa a Italia para buscar refuerzos y vuelve al país en abril de 1891, acompañado de seis salesianos, cuatro maestros laicos respectivamente de encuadernación, mecánica, zapatería y horticultura, y 175 cajas de herramientas pagadas por el gobierno. La donación de una máquina por parte de Miguel Samper permite además abrir un taller de imprenta. De 40 en 1890, los alumnos del Colegio Salesiano pasan a 140 en 1892. En esta época funcionan nueve talleres: tipografía, encuadernación, mecánica, metalurgia,

54. *El Instituto, Organo de la Escuela de Artesanos*, Bogotá, diciembre 8, 1886.
55. *Rel. 1888*, p. 134.
56. J. J. Ortega Torres, *op. cit.*, p. 40.

zapatería, decoración, confección, carpintería y panadería[57]. Entusiasmados con la fundación de otro colegio en Cartagena, así como con la dirección del lazareto de Agua de Dios en Tocaima, los salesianos preven también abrir una colonia agrícola.

En 1892, el cuadro de la actividad salesiana trazado por Rabagliati sugiere un éxito total. Sin embargo, algunas tensiones en torno a su presencia en el país no tardan en aparecer. La desconfianza de los artesanos de la capital constituye una primera fuente de tensiones. La importación de instrumentos, conocimientos y especialistas europeos en los campos tradicionalmente ocupados por el artesanado bogotano contribuye a difundir la sensación de que esos extranjeros calificados y equipados representan una competencia desleal para los talleres de la ciudad. En la revuelta urbana de 1893[58], el Colegio Salesiano es una de las instituciones atacadas por los insurgentes. Mientras las piedras vuelan contra las paredes del colegio acompañadas con los gritos de «¡Abajo los Salesianos!», «¡Abajo los frailes extranjeros!», el periódico *El Artesano* publica violentos ataques verbales en contra de la nueva institución[59].

El hecho de que los sectores populares, sublevados en enero de 1893, incluyan a los salesianos entre los objetos de su encono revela la existencia de una relación delicada entre la institución y el gobierno de Miguel Antonio Caro. El ministro de Instrucción Pública Liborio Zerda, utilizando los argumentos de los artesanos, le reprocha a Rabagliati el alto nivel de los salarios de los salesianos y la competencia desleal de sus productos con los modestos talleres de la ciudad. Rabagliati le responde en una carta que no es cierto que haya una competencia con los artesanos bogotanos, puesto que los productos de los salesianos no se venden al público sino en cantidades insignificantes. La razón de la hostilidad de los artesanos, continúa Rabagliati, reside en el hecho de que perciben muy bien la voluntad

57. *Ibíd.*, pp. 79-85.

58. Cf. en este capítulo, «El desprestigio de la autoridad».

59. *Ibíd.*, p. 100.

del gobierno de hacer del Colegio Salesiano un instrumento de adoctrinamiento en favor del régimen, cosa que él critica sin rodeos: «Lo que hay aquí, por decirlo claro, es que se quiere hacer de los Salesianos un arma política; y los enemigos del orden actual odian a los Salesianos como odian al gobierno»[60].

En efecto, las críticas dirigidas a los salesianos están esencialmente motivadas, más que por la genuina convicción de que su presencia es nociva, por el deseo de los opositores del gobierno de desacreditarlo en todo donde pueda percibirse su intervención. Si no todos los liberales son hostiles a la acción de los padres italianos —los dos principales dirigentes liberales de aquellos años, Miguel Samper y Rafael Uribe Uribe, son benefactores del colegio— todos los enemigos de los salesianos, sean liberales, conservadores *históricos* o artesanos, son opositores del gobierno. No es cierto, como lo pretende el periódico conservador *El Telegrama,* que la prensa radical haya mostrado siempre «hostilidad marcadísima contra todas las comunidades extranjeras de religiosos» pero es indudable que en su afán de desacreditar a los gobiernos regeneradores, insiste en «presentar esa orden ante los ojos del pueblo como una asociación de extranjeros que venía a perjudicar a las diversas industrias del país»[61]. Los temores de Rabagliati en cuanto a una politización creciente de la institución se confirman rápidamente: en efecto, tanto el gobierno como el arzobispado esperan del Colegio Salesiano un apoyo explícito al régimen. La tensión entre la Iglesia colombiana y los padres italianos aumenta en 1895 cuando, en medio del levantamiento liberal, el arzobispo Herrera Restrepo le pide a Rabagliati que utilice su influencia educativa y moral para hacer sermones en contra del liberalismo, lo cual genera en él, consciente obviamente del apoyo de numerosos liberales a la institución, una profunda reticencia. Desde Turín, el superior de la orden aconseja a Rabagliati obeceder pero le recuerda los peligros de la politización: éste encuentra un térmi-

60. *Ibíd.,* p. 105.

61. Artículo de *El Telegrama,* Bogotá, mayo 22, 1895, citado en *ibíd,* pp. 144-145.

no medio y acepta abordar el tema del liberalismo pero guardando cierta neutralidad verbal[62].

A pesar de esas tensiones, la obra de fomentar la religión católica en el país está bien encaminada[63]. Pero la reforma educativa, preludio de la reforma social, sólo traerá frutos con el tiempo: «En este país, el principio de autoridad no reaparecerá sino cuando venga una generación educada para comprenderlo y aceptarlo» escribía Núñez a Marceliano Vélez en 1886[64]. Mientras tanto, le corresponderá a la política de orden público reprimir a las generaciones irremediablemente perdidas para el principio de autoridad.

LA BÚSQUEDA DEL ORDEN PÚBLICO

El orden público constituye el eje privilegiado de la construcción estatal emprendida por la Regeneración. Hay obviamente otros ejes: la recentralización de los poderes y de los recursos fiscales, una mayor intervención del Estado en la economía, el aumento del presupuesto[65] y de los medios del Estado[66]. Pero entre todas esas orientaciones que revelan la voluntad de un mayor control estatal sobre

62. *Ibíd.*, pp. 150-151.

63. Mucho más allá de los estrictos límites cronológicos de la Regeneración, el movimiento de implantación de las congregaciones europeas en Colombia continuará marcando profundamente la educación y la sociedad colombiana en el siglo XX. Cf. M. Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia, Colombia 1875-1994,* [en adelante: *Entre...*], Bogotá, Norma, 1995, pp. 110-111.

64. Carta de R. Núñez a Marceliano Vélez, Bogotá, enero 29, 1886. BLAA, Mss. 674, pieza 16.

65. El desarrollo del aparato estatal, recuerda M. Deas, era en efecto un proyecto bastante costoso para un Estado tan pobre como el colombiano: «una receta tan ambiciosa como la de la paz científica [...] costaba mucha plata: costaba mucho esfuerzo administrativo y no eran cosas que se pudieran hacer de la noche a la mañana. Cambiar el nombre de las cosas no significa cambiar las cosas. Hacer diagnósticos no significa traer remedios», *Aspectos...*, p. 69.

66. M. Palacios señalaba, en una ponencia dada en un seminario realizado en diciembre de 1992 en el *Institute of Latin American Studies* de la Universidad de Londres, la

la sociedad, la creación de un dispositivo de orden público constituye sin duda la más característica y la más importante para la historia política del país.

Los liberales nunca habían demostrado mucho interés por el orden público, y habían expresado su hostilidad al cambio desde el voto en 1880 de la nueva ley de orden público por el nuevo Congreso. Por el contrario, la Regeneración se empeña en hacer realidad el eterno ideal conservador del orden. Así, evocando las realizaciones de la Regeneración en cuanto a orden público, Carlos Holguín declara en 1890 al Congreso:

> Hoy tenemos las garantías y la libertad reservadas para el hombre honrado, para el ciudadano pacífico, para la industria, el trabajo y el progreso; el revolucionario, el perturbador, el delincuente, saben que le esperan la represión, el castigo y la expiación[67].

El discurso de la civilización ha cambiado: el ideal liberal de libertad, tolerancia y aligeramiento de las penas es reemplazado en la Regeneración por el discurso del orden como la mejor expresión de la civilización. «Un cuarto de siglo de anarquía había sido prueba demasiado evidente de que habíamos errado en el camino y de que siguiendo así, no podíamos entrar económica ni políticamente en el concierto de los pueblos constituidos por razas disciplinadas» explica Caro al Congreso en 1896[68]; garantizando el reino del orden público, la solidez del edificio social y la eficacia del principio de autoridad, Colombia iba por lo tanto a lograr unirse al concierto de las *naciones civilizadas*.

La instauración del orden público en Colombia, lejos de ser presentada como la restauración de una hipotética edad de oro, se

---

gran expansión burocrática generada por la Regeneración y los gobiernos conservadores que le sucedieron. De 4.000 personas en 1870 el plantel de empleados públicos alcanzaría un total de 40.000 en 1916.

67. *Pres. 1890*, pp. 4-5.

68. *Pres. 1896*, p. 24.

presenta como un proyecto político radicalmente nuevo, civilizador y moderno. Aunque algunos, Caro en particular, sigan exaltando el legado de la colonización española, la creación del orden no es restauración; es más bien innovación. Conscientes del débil dominio que desde la Colonia ejercían la Iglesia y el Estado sobre la sociedad colombiana, los promotores del orden anuncian su llegada como un paso fundamental hacia el acceso del país a la civilización moderna: a pesar del constante rechazo retórico a los modelos importados, el discurso de la *civilización* continúa imponiéndose como fuente principal de legitimación política.

Allí también, los nuevos modelos de referencia son europeos. La multiplicidad de peligros a los que están expuestos los Estados del Viejo Mundo garantiza la calidad de sus aparatos represivos: expuestos a la subversión, al socialismo y al anarquismo, los Estados europeos se imponen como expertos en orden público:

> En las naciones europeas, teatro de avanzada civilización, el peligro de un conflicto internacional o de una conflagración producida por el anarquismo, es causa de enormes gravámenes para los pueblos durante largos años de paz. A gran precio se conserva el órden, pero se considera que el bien asegurado excede al precio[69].

A pesar de todo, Colombia es un país menos contaminado por la subversión que Europa; la adopción de políticas europeas de orden público promete por lo tanto brillantes resultados.

El ideal civilizador de la represión

Después de dos decenios de libertad absoluta, la restricción de la libertad de prensa constituye la primera etapa de construcción del orden civilizador. La prensa —de oposición, obviamente— figura en el primer renglón de la lista de factores de desorden denunciados por

69. *Pres. 1896*, p. 6.

la retórica oficial y es sistemáticamente señalada como culpable de incitar a la rebelión, como lo manifiesta este telegrama enviado por Núñez a Caro después de los desórdenes ocurridos en Barranquilla en agosto de 1893: «Bueno comunicar a todas partes autor responsable: incendiaria prensa»[70]. Los periódicos de los liberales y de los conservadores *históricos*, en efecto, llaman frecuentemente a la resistencia contra el gobierno. Pero persistir en denunciar a los periódicos liberales colombianos de las décadas de 1880 y 1890 como difusores de socialismo, anarquismo y revolución social revela un sesgo que hace poco caso de la realidad. La retórica antiliberal de la Regeneración se fija sobre la revolución de mediados de siglo por ser ésta la época en que los liberales tenían la imprudencia de manejar una retórica teñida de socialismo. Las diatribas de Caro apuntan sistemáticamente a los excesos retóricos de los *gólgotas:* en su último discurso al Congreso en 1898, Caro estigmatiza la perniciosa influencia de las «sociedades secretas o clubs jacobínicos»[71], citando nuevamente el episodio en el que, en el momento más álgido del conflicto entre el gobierno de López y la Iglesia, un miembro de la sociedad democrática de Bogotá se había postulado para ser el verdugo del arzobispo[72]. Los que siguen «las pisadas de legislaciones extranjeras, suelen no distinguir la imitación inteligente de la imitación servil»[73] critica Caro, denunciando la prensa de oposición como principal enemigo del orden público:

> En pueblos nuevos los instrumentos menos vulgarizados, como es el de la imprenta, tienen mayor poder; el apostolado en todo sentido encuentra más vasto campo; los periódicos de un gran centro producen vivísima impresión en el país; surgen gamonales de pluma,

70. Citado en M. Garrido, *op. cit.*

71. *Pres. 1898*, p. 33.

72. Cf. capítulo 1, «La legitimación contra el exterior». Holguín esgrimirá de nuevo este ejemplo en un artículo de 1893. Cf. C. Holguín, *Cartas políticas*, Bogotá, Editorial Incunables, 1984 [1ª. ed., Bogotá, 1893], p. 151.

73. *Pres. 1894*, p. 20.

más fieros y terribles que los gamonales de garrote; y cualesquiera que sean las causas, es el hecho que aquí estamos acostumbrados a ver en el periodismo incubados el pronunciamiento, la revolución[74].

Es precisamente en Europa donde los dirigentes de la Regeneración —convertidos, en términos de Caro, en los protagonistas de una «imitación inteligente»— van a buscar los modelos de la restricción de la libertad de prensa. En los países habitados por «razas disciplinadas», en efecto, la prensa, en lugar de incitar al crimen o de llamar constantemente a la insurrección desempeña un papel constructivo de oposición al gobierno. «En los países civilizados aún la prensa oposicionista debe contribuir a formar la opinión pública y a ilustrar el criterio de los gobernantes»[75], explica Holguín en 1892. Este equilibrio sólo ha sido alcanzado con la implementación de un dispositivo represivo contra los abusos de los periódicos, el cual, aunque muy poco utilizado, no deja de tener un importante papel de disuasión. Caro explica que en Inglaterra existen leyes represivas en materia de prensa:

> En Inglaterra, el país clásico de la libertad de imprenta, donde la prensa política es verdaderamente modelo, existen leyes antiguas que penan la publicación de libelos que contengan imputaciones falsas o calumniosas contra una persona pública o privada, con un año de prisión, y dos años si a la publicación presidió la intención de ofender o lastimar, fuera del pago de daños o perjuicios causados a la parte agraviada; y con deportación perpetua o pena de muerte, los abusos de la palabra o de la imprenta que constituyan actos de felonía, como provocaciones a la destitución del Rey, o al uso de la fuerza contra él o contra el Parlamento, o a la invasión del territorio, o a la guerra civil[76].

74. *Ibíd.*, p. 21.
75. *Pres. 1892*, p. 33.
76. *Pres. 1898*, pp. 30-31.

Pero esas disposiciones nunca se utilizan puesto que la prensa inglesa, justamente, no comete abusos, continúa Caro. Holguín recuerda que «es claro que en países como Inglaterra, Bélgica o los Estados Unidos, donde lo fundamental del orden social no está en discusión, la prensa política puede disfrutar de mayor suma de libertad que en países que están bregando por constituirse»[77]. Francia, tantas veces denunciada por los republicanos colombianos por el autoritarismo de su tradición política y su incapacidad para el *self-government* ofrecerá en este caso un modelo más idóneo, por estar también más sujeta a la presión revolucionaria de las masas; la preocupación por el orden que revela la evolución de los republicanos *oportunistas* en Francia, proveerá dentro del campo de la prensa, como en otros, un marco de referencia adaptado a las intenciones políticas de la Regeneración.

La Constitución de 1886 había previsto una disposición transitoria de restricción de la libertad de prensa en espera de la aprobación de una ley sobre prensa. En virtud del Artículo K —así llamado por ser la K la «letra con que los antiguos romanos marcaban a los calumniadores»[78]—, era obligación del gobierno prevenir y reprimir los abusos de la prensa. En 1887, Eliseo Payán, temporalmente encargado del poder ejecutivo por Núñez, decide ampliar de nuevo la libertad de prensa y otorga la amnistía a muchos prisioneros liberales arrestados ese mismo año. Núñez retoma entonces las riendas del poder antes de confiarlas a Carlos Holguín, esta vez seguro que con él no volverán a ocurrir esos deslices liberales.

En 1889, la promulgación del decreto 286 permite al ministro del Interior prohibir la venta y circulación de algunos periódicos extranjeros «perjudiciales a la paz pública, al orden social o a las buenas costumbres»[79], detener a los vendedores de periódicos extranjeros prohibidos, e instituye la previa autorización del gobierno para la

77. *Gob. 1888*, p. 20.
78. *Pres. 1894*, p. 15.
79. *Gob. 1890*, p. 7.

venta de periódicos. La medida, según explica el ministro Evaristo Delgado, es ampliamente justificable por la restricción de la libertad de prensa en Francia:

> El partido que había defendido hasta ahora la libertad ilimitada de imprenta, como baluarte obligado de la libertad civil, empieza ya a retroceder en ese camino y así vemos que el Gobierno francés, presidido hoy por los más notables corifeos de aquella escuela, ha presentado y sostenido en las Cámaras la tesis de que es medida indispensable para la conservación de la paz y la estabilidad de la República, la intervención gubernativa en los asuntos de imprenta[80].

La política de restricción de la libertad de prensa traerá los frutos esperados por los dirigentes de la Regeneración: a pesar de la gran cantidad de acusaciones lanzadas a la prensa liberal, el mismo Caro reconocerá que la campaña de difusión de las ideas anarquistas en Colombia, de cuyo lanzamiento él acusa a la oposición, ha tenido muy poco éxito en el país:

> Merced a la índole de nuestro pueblo y a nuestras condiciones sociales, no se ha presentado aquí el anarquismo organizado en la forma siniestra que reviste en Europa, más no porque deje de ser efecto de una propaganda doctrinaria que confronta la que aquí se sostiene por la prensa[81].

La transformación del derecho constituye otra vertiente de la obra civilizadora de los regeneradores, quienes, conservando la mayor parte del esfuerzo de codificación de los radicales, se empeñan, sin embargo, en acelerar la modernización jurídica —una ley de 1887 anula de un plumazo toda la legislación española que había sido conservada hasta ese momento, y seguía rigiendo en caso de ausencia

80. *Ibíd.*, p. 9.
81. *Ibíd.*, p. 35.

de una legislación posterior a la Independencia[82]— y sobre todo, en dar un giro más represivo a la legislación penal. La Constitución de 1886 restablece la pena de muerte, abolida en Colombia desde 1863; Holguín se pronuncia por una definición restrictiva del delito político, la misma que había llevado a Francia a no reconocer los crímenes de la Comuna como crímenes políticos. En otros términos, explica Holguín, «se ha pasado pues, del antiguo sistema de dejar impunes a los delincuentes al serio régimen del justo castigo que corrigiendo con eficacia moraliza al hombre y puede sacar de él un ser útil para la sociedad»[83]. Irónicamente, de un poder radical tan criticado por su tendencia a dejar los crímenes impunes, los regeneradores van a heredar uno de los más poderosos instrumentos de represión: una cárcel moderna, el panóptico de Bogotá. En esta cárcel, prevista inicialmente como la contrapartida a la abolición de la pena de muerte, portadora de la esperanza de un sistema carcelario más humano, se acabará el siglo en una pesada atmósfera de represión política.

A finales de la década de 1880 los prisioneros detenidos en la antigua cárcel de Bogotá son transferidos al panóptico, incluso antes de que se terminen las obras de construcción: la psicosis de una insurrección liberal explica entonces el renovado interés de los gobernantes por las cárceles en las que anhelan ver aherrojados a todo tipo de conspiradores. La represión del gobierno de Caro contra sus opositores transforma progresivamente el panóptico en una prisión política, en un símbolo del arresto arbitrario cuya sombra siniestra contrasta con el ingenuo entusiasmo liberal por la cárcel moderna. Las predicciones de Murillo Toro, quien habría dicho al gobernador

82. La ley 153 de 1887 estipula: «Todas las leyes españolas están abolidas». Para completar el trabajo de unificación y modernización de la legislación, el gobierno colombiano contrata en Francia en 1893 un profesor de derecho civil de la Facultad de Derecho de París, Edmond Champeau, para enseñar el derecho y trabajar junto con Antonio José Uribe en la redacción del primer tratado de derecho civil colombiano que será publicado en 1899: E. Champeau & A. J. Uribe, *Tratado de derecho civil colombiano*, París, Larose et Forcel, 1899.

83. *Gob. 1888*, p. 42.

de Cundinamarca a finales de los años setenta: «Ha construido Usted una magnífica cárcel para que los conservadores, cuando triunfen, encierren a los liberales»[84], parecen confirmarse.

Durante los motines de 1893 las cárceles constituyen el blanco privilegiado de los manifestantes, quienes expresan simbólicamente su rechazo a la represión y a la autoridad estatal: después de haber abierto las puertas de la cárcel de mujeres dirigida por las hermanas del Buen Pastor, los manifestantes tratan de hacer lo mismo con el panóptico pero sin éxito[85]. En 1896, uno de los grandes defensores de la modernización de las cárceles, Enrique Cortés, señala que el funcionamiento de la cárcel de Tunja se ha degradado hasta el punto de convertirse en una prisión cualquiera que sirve entre otras cosas para encerrar prisioneros políticos[86]. El mismo año, un empleado del panóptico de Bogotá, que prefiere conservar el anonimato, alerta al ministro del Interior sobre todas las irregularidades que él constata dentro de la cárcel: los guardias crían marranos y gallinas en los patios destinados a los paseos de los convictos, se apropian de los productos que éstos últimos fabrican en los talleres vendiéndolos como suyos, hacen salir con frecuencia a uno de los prisioneros para que les toque el tiple, y además, un guardia liberal, cuyo nombramiento atribuye al director «porque el Gobierno no lo ha podido hacer»[87] experimenta un placer maligno en hostigar y humillar a los prisioneros conservadores.

Unos años después de la guerra de los Mil Días, el liberal Adolfo León Gómez publicará en su obra *Secretos del panóptico* la lista de malos tratos inflingidos a los prisioneros: la picota, el cepo, el *mico* —un tronco sujeto al tobillo—, los grillos, las cadenas, la *guillotina* —un cuello de

---

84. *Centenario de Murillo Toro. Homenaje de la Junta Nacional*, Bogotá, Águila Negra Editorial, 1916, pp. 289-290.

85. Cf. en este capítulo, «El desprestigio de la autoridad».

86. E. Cortés, *Escritos varios*, París, Imprenta Sudamericana, 1896, p. 399.

87. Carta anónima al ministro del Interior Robayo, octubre 23, 1896, AGN, PN, t. 4, f. 605.

hierro— y los *solitarios* —los calabozos—. Los prisioneros políticos —liberales o conservadores opuestos a los *históricos* que llegan al poder gracias al golpe de estado del 31 de julio de 1900— son quienes sufren los peores tratos. Su lista de prisioneros políticos encerrados en el Panóptico entre el 18 de octubre de 1899 y el primero de marzo de 1903, suministrada por el director de la cárcel, sobrepasa los 4.000 prisioneros y ocupa 64 páginas[88]. A finales del siglo XIX el ideal de la cárcel moderna había progresivamente dado paso, retomando la expresión de una de sus víctimas, a las «injusticias de la Justicia»:

> Desgraciadamente las lecciones que han recibido muchas veces los presos del panóptico —sobre todo, durante las guerras civiles— han sido las de la delación, el espionaje, la embriaguez, el juego, y las injusticias de la Justicia, que son las más abominables[89].

El sueño de un ejército profesional

La profesionalización del ejército, abandonada desde la primera presidencia de Mosquera, se inscribe también en el programa regenerador de construcción del orden público. La amenaza militar revelada por el golpe de Melo en 1854, así como el costo de mantenimiento de un ejército para un Estado pobre como la Colombia federal habían convencido a los liberales de reducir la guardia nacional al mínimo[90]. Ningún otro cambio fundamental se había presentado en las décadas siguientes; así mismo, las tropas insurgentes y los ejércitos que defendían a los gobiernos de turno se formaban según las adhesiones partidistas y los enrolamientos forzados característicos de las

---

88. A. León Gómez, *Secretos del panóptico*, Bogotá, Imprenta de M. Rivas, 1905, pp. 363-426.

89. *Ibíd.*, p. 348.

90. Bajo los gobiernos radicales la guardia nacional fluctúa entre 1.000 y 2.500 hombres armados. Cf. H. Delpar, *Red against blue. The liberal party in Colombian politics, 1863-1899*, Alabama, The University of Alabama Press, 1981, p. 87.

guerras civiles del siglo XIX colombiano. A finales del período radical, sin embargo, se había manifestado un nuevo interés por la modernización del ejército. En 1877, el cónsul de Francia describía así el paso de revista de la guardia colombiana con ocasión de la fiesta del 20 de julio durante la presidencia interina de Sergio Camargo:

> Tuvo lugar en la Plaza de Bolívar entre las 4 y 6 horas de la tarde una muy notable revista de tropas de la guarnición. Fue de admirar el batallón de artillería de la guardia colombiana con sus cañones de acero recientemente llegados de Inglaterra, sus carabinas Remington y sus uniformes franceses[91].

Nombrado al año siguiente ministro en Europa, Camargo participa a su amigo Salvador Camacho Roldán su deseo de aprovechar la estadía en el Viejo Continente para perfeccionar sus conocimientos en el arte de la guerra[92]; pero esos conocimientos nunca se pondrán al servicio del gobierno, ya que en 1885 Camargo será uno de los cabecillas de la insurrección liberal contra Núñez. Es precisamente la sublevación de 1885 la que convence a Núñez de la necesidad de crear un ejército profesional; y la tarea le corresponderá finalmente al gobierno de Carlos Holguín, generando un flujo de contactos, intercambios y misiones oficiales para acercarse a los ejércitos europeos. En 1880, la propuesta del gobierno español —deseoso de sustentar con intercambios militares la Unión Iberoamericana, inaugurada el año anterior— de recibir jóvenes colombianos en las academias militares de la península es acogida con entusiasmo por el gobierno colombiano[93]. Al año siguiente un oficial de la marina real española acepta una misión de cuatro años al servicio de la marina colombiana y explica que «no sería muy difícil encontrar oficiales de

91. Carta de Troplong al M.A.E., Bogotá, julio 31, 1877, AMAE, CP, t. 32, f. 55.

92. «En el año entrante pienso dedicarme al estudio de la milicia para ayudar a formar la nuestra i a expedir el código militar de la Unión, a mi regreso al país». Carta de Sergio Camargo a Salvador Camacho Roldán, Londres, octubre 31, 1878, ACH, FSCR.

93. *Rel. 1888, doc.*, pp. 103-104.

artillería que entraren al servicio de esa república, por la sencilla razón de hallarse muy paralizadas las escalas de ascenso en dicho cuerpo, lo mismo que en lo demás del ejército»[94], debido a la desmovilización tras la última guerra civil española. Sin embargo, España sólo iría a tener un papel secundario en la reorganización del ejército colombiano: en 1891 se crea una Academia Militar cuyo director, Lemly, es norteamericano y el instructor de artillería, Warming, alemán[95]. La creación de la academia no implica que la fiebre de observación de la organización militar de los países europeos, Francia en particular, se reduzca. En 1892 el encargado de negocios en París, Gonzalo Mallarino, pide, a solicitud del ministro de Guerra colombiano, al ministro francés de Relaciones Exteriores que le mande las «leyes, ordenanzas, decretos o cualquier otra disposición en vigencia actualmente en Francia en materia militar para un estudio comparativo que dicho ministerio está efectuando»[96]. El jefe de despacho de Freycinet, ministro de Guerra y presidente del Consejo, responde con cierta irritación a una solicitud tan poco precisa:

> No es posible satisfacer una solicitud formulada en términos tan vagos como la del señor Mallarino porque para tal efecto sería necesario suministrar al señor Encargado de Negocios de Colombia la colección completa del Boletín Oficial del Ministerio de la Guerra, el cual contiene, en sus sucesivas publicaciones, todas las disposiciones concernientes a la legislación, administración y demás del ejército, y cuya consulta sería sumamente difícil para los extranjeros. Ahora, si por la expresión «legislación militar» se refiere él al

94. Carta de A. Llopis a R. Núñez, Barcelona, julio 27, 1889, documentos A. B. Cuervo, BLAA, Mss. 31, pieza 112.

95. O más precisamente se la recrea: la Academia ya había sido fundada por Mosquera durante su primer mandato presidencial. Cf. capítulo 1, «Los instrumentos importados de la construcción nacional» y A. León Atehortúa & H. Vélez, *Estado y Fuerzas Armadas en Colombia*, Bogotá, Tercer Mundo, 1994, p. 36.

96. Carta de G. Mallarino al M.A.E., febrero 5, 1892, AMAE, ADP, Colombia, Caja N°. 3.

código de justicia militar, con mucho gusto se lo proporcionaría de inmediato para que usted pueda responder a su solicitud[97].

Pese a los malentendidos, el gobierno colombiano logrará tener un acceso satisfactorio a las instituciones castrenses francesas al enviar a París en 1894 al coronel Isaías Luján, para que siga estudios militares[98]. El año siguiente, por el contrario, un joven suboficial del ejército colombiano, Luis Suárez Castillo, enviado por el gobierno, verá cerrársele las puertas de la Escuela de Artillería de Fontainebleau, por decisión de Cavaignac, ministro de Guerra. El rechazo es motivado por el carácter confidencial de muchas de las informaciones que circulan en la Escuela: «la presencia de oficiales extranjeros en la Escuela de Fontainebleau es una molestia considerable para la instrucción. Por otra parte, a pesar de todas las precauciones tomadas, los documentos que se ponen en manos de los alumnos y las conversaciones que tienen lugar entre ellos les da a los oficiales extranjeros una información que sería preferible no publicar»[99].

En 1896, las ambigüedades del gobierno francés en cuanto a la admisión de oficiales extranjeros en las escuelas militares nacionales se obvian finalmente con la contratación en París, por el ministro Rafael Reyes, de una misión militar francesa: tres capitanes franceses, Drouhard, Sabarthez y Lévêque, se instalan entonces en Bogotá para dar un nuevo impulso a la Academia Militar e introducir la conscripción. En su visita a la capital colombiana en 1897, el francés Pierre d'Espagnat notará: «El soldado colombiano evoca tanto a nuestro soldado raso: la estatura, el uniforme, la gorra, la formación y las órdenes en nuestro idioma: no falta nada»[100].

Sin embargo, los esfuerzos por modernizar el ejército con modelos militares extranjeros terminarán en relativo fracaso. Mientras que

97. Carta del jefe de despacho del ministro de Guerra al M.A.E., febrero 12, 1892, *ibíd.*
98. Carta de G. Mallarino al M.A.E., febrero 2, 1894, *ibíd.*
99. Carta del ministro francés de Guerra al M.A.E., París, diciembre 5, 1895, *ibíd.*
100. Pierre d'Espagnat, *Souvenirs de la Nouvelle-Grenade*, París, Eugène Fasquelle, 1901, p. 216.

por falta de fondos públicos la Academia Militar debe cerrar en 1899, el conflicto iniciado ese mismo año, y que iría a convertirse en la guerra de los Mil Días, renueva el viejo recurso de las influencias partidistas, los generales improvisados y los «enrolamientos» forzados.

La creación de la Policía Nacional

El intento de crear una policía moderna, que emprende Carlos Holguín en 1888, simboliza más que cualquier otro la voluntad regeneradora de imprimir una nueva autoridad a la sociedad colombiana. Como lo explica Holguín a los miembros del Congreso:

> Deseo que le consagréis preferente atención al importante ramo de Policía que en todos los países civilizados se considera como uno de los agentes más poderosos para el buen gobierno de los pueblos. En Europa como en los Estados Unidos, es objeto de grande esmero y minucioso cuidado la organización de estos Cuerpos, porque ellos son la avanzada, por decirlo así, de los ejércitos para la conservación de la paz pública y la tranquilidad social, al mismo tiempo que la fuerza imponderable para todo lo que tiene que ver con la moralidad y las buenas costumbres[101].

A finales de los años ochenta, en efecto, las ciudades colombianas no están todavía dotadas de una verdadera fuerza policial. En la capital, la antigua institución de los serenos, encargados de vigilar los comercios durante la noche, se había completado en 1873 con un embrión de policía municipal compuesto por 25 agentes. El alcalde de Bogotá, Cenón Figueredo, consideraba sin embargo imposible el mantenimiento del orden en la ciudad, que contaba entonces con cerca de 100.000 habitantes, con una fuerza pública tan diminuta, que contrastaba con la obsesión de la amenaza social cristalizada sobre el

101. *Gob. 1888*, p. 65.

proletariado urbano y las clases peligrosas agazapadas en la sombra de las ciudades[102].

En 1888, Holguín tiene al contrario una idea muy precisa de la fuerza policial que requiere la capital, y aborda en detalle, en su mensaje al Congreso, los problemas esenciales del reclutamiento, de la probidad, de la instrucción y de la lealtad de los agentes. Una buena remuneración, fundamental para atraer a la función policial personas honestas, deberá asegurarles interés y prestigio. Se hacen cálculos acerca del número necesario de policías para la vigilancia de la capital: a partir de un estudio de la densidad de las fuerzas de policía en ciudades como Londres, París y Nueva York se concluye que se necesitan por lo menos doscientos policías en Bogotá. Estos policías deberán recibir una formación complementaria en derecho penal y ser sensibilizados al uso de la violencia como último recurso. Optimista, Holguín promete a los futuros policías colombianos, a cambio de grandes sacrificios personales, sustanciales gratificaciones morales:

> El empleado de policía debe saber que pertenece al Estado en absoluto, que debe vivir y dormir en el edificio destinado a su Cuerpo, que su vida ha de ser de fatigas y peligros, pero que en cambio le esperan las bendiciones de la sociedad agradecida[103].

Las recomendaciones para el reclutamiento de policías y las recompensas prometidas apuntan, sin embargo, a un obstáculo identificado ya con mucha claridad: «Es opinión muy generalizada en Colombia la de que los destinos en el ramo de policía deprimen la dignidad de la persona y rebajan al individuo a la triste condición de un vil denunciante»[104].

---

102. Cf. Óscar de J. Saldarriaga Vélez, «Bogotá, la Regeneración y la policía, 1880-1900», *Revista Universidad de Antioquia*, Medellín, enero-marzo, 1988, vol. LV: 211, pp. 37-55, e *Historia de Bogotá*, Bogotá, Fundación Misión Colombia, Villegas Editores, 1988, t. II, capítulo IV: «Delincuentes policías. La Policía y sus problemas», pp. 113-128.

103. *Gob. 1888*, p. 65.

104. *Ibíd.*, p. 66.

Dos leyes, aprobadas respectivamente en 1888 y 1890, definen el marco de la organización del cuerpo de policía; la segunda ley otorga al gobierno un presupuesto de 300.000 pesos para su creación gracias a la contratación en el exterior de un hombre experimentado en la función policial, quien tendrá la responsabilidad de organizarla. La tarea de encontrar al candidato ideal es delegada por el ministro del Interior al encargado de negocios en París, Gonzalo Mallarino:

> Como no hay práctica en el asunto, ni se tienen agentes que puedan desarrollarlo convenientemente, he recibido orden para suplicar a Usía que contrate y haga venir lo más pronto posible un Profesor hábil, capaz y experimentado, que se encargue de organizar el Cuerpo mencionado, y de educar hasta donde lo permitan las circunstancias y aptitudes respectivas, a los particulares que se destinen a desempeñar las funciones de policiales[105].

El ministro detalla las condiciones materiales del contrato, que será de un año renovable, —1.000 francos de salario mensual y 1.500 francos de viático— e insiste sobre la severidad de los criterios —experiencia, honorabilidad, conocimiento de la lengua española— que deben aplicarse en la contratación del funcionario.

Mallarino escribe entonces al ministro francés de Relaciones Exteriores para solicitarle ayuda en su misión, que consiste en «conseguir en Francia una persona competente y honrada que se encargaría de reorganizar el cuerpo de policía de Bogotá», detallándole las condiciones salariales y la duración del contrato[106]. El ministro de Relaciones Exteriores comunica la petición del gobierno colombiano a su colega del Interior, motivándolo a responder positivamente[107]. Una vez difundida la oferta del gobierno colombiano en el seno de la policía francesa, las candidaturas comienzan a llegar. La primera, la de

105. *Gob. 1892, doc.*, p. 116.

106. Carta de G. Mallarino al M.A.E., mayo 28, 1891, AMAE, ADP, Colombia, Caja N°. 3.

107. Carta del M.A.E., Ribot, al ministro del Interior Constans, junio 4, 1891, *ibíd.*

un comisario destituido en 1889 por deudas sin pagar, es rechazada[108]. Los dos candidatos siguientes se desaniman porque el salario les parece insuficiente, lo que empuja a Mallarino a aumentarlo a 1.250 francos mensuales. El 6 de agosto, el director de la Seguridad General francesa anuncia que un cierto Jean-Marie Marcellin Gilibert, comisario de primer rango en Lille, acepta la misión[109]. El contrato es firmado por Constans, ministro del Interior y Mallarino el 13 de agosto[110]. El 8 de septiembre, Gilibert se embarca en Saint-Nazaire y llega a Bogotá el 14 de octubre. Recibido por el cónsul de Francia, Mancini, Gilibert es inmediatamente presentado al ministro del Interior de Colombia. La organización de la Policía Nacional puede comenzar.

El primer informe dirigido por Gilibert al ministro en julio de 1892 ofrece un relato detallado de los primeros meses de existencia de la Policía. El 19 de octubre —cinco días después de su llegada a Bogotá— Gilibert comienza a trabajar asistido por un subdirector, Pedro Corena. A pesar de su total inexperiencia en materia de orden público, Corena es rápidamente apreciado por Gilibert, quien elogia su eficacia y dedicación[111]. Los dos dividen la ciudad en seis circunscripciones de policía; encuentran los locales que servirán para instalar cada una de las seis divisiones y mandan a realizar en ellas, así como en el inmueble otorgado por el Estado para la dirección de la policía, trabajos de reparación; a pesar de las dificultades del proceso, presentidas anteriormente por Holguín en 1888, proceden al reclutamiento de 400 policías —el doble de la cifra mínima propuesta por Holguín— y de 48 oficiales, y mandan a confeccionar los uniformes. El 12 de diciembre el ministro firma el reglamento general de la policía, elaborado por Gilibert. Las funciones del nuevo cuerpo, las

---

108. Carta de Léon François Mouchot al director de la Seguridad General francesa, junio 10, 1891, *ibíd.*

109. Carta del director de la Seguridad General francesa al M.A.E., *ibíd.*

110. Una copia del contrato en francés se encuentra en la caja N°. 3 de la serie AMAE, ADP, Colombia. Una versión española está publicada en *Gob. 1892, doc.*, pp. 120-121.

111. *Gob. 1892, doc.*, p. 152.

atribuciones del director, del subdirector, de los comisarios y agentes, la estructura jerárquica, la repartición en divisiones y los estatutos de la caja de pensiones se definen detalladamente en las 67 páginas que conforman el reglamento[112]. El primero de enero de 1892, el cuerpo de policía, armado y en uniforme, ofrece su primer desfile en la capital.

Entusiasmado con la magnitud de la labor efectuada con Corena, Gilibert ofrece un balance optimista de los primeros meses de existencia de la Policía Nacional. El impacto de su presencia en la ciudad ya es visible: las elecciones presidenciales de 1892 transcurren en paz. Corena lanza la cifra de una reducción del 52% de los crímenes «de naturaleza personal» en la capital[113]. En una carta en la que solicita al ministro del Interior comunicar al gobierno francés su apreciación en cuanto al trabajo realizado, Gilibert escribe que se siente capaz de «formar un Cuerpo de Policía modelo, de la clase de los que existen en Europa»[114].

A pesar del optimismo inicial se perfilan desde los primeros reportes de 1892 varios obstáculos que no irían sino aumentando durante la década de 1890: el desprestigio de la función policial, el poco margen de selección para el reclutamiento, la insuficiente calidad del personal y un contingente demasiado reducido generalizarán rápidamente la idea de una policía, no sólo poco eficaz, sino también culpable de muchos abusos.

El reclutamiento constituye desde el comienzo una de las principales dificultades. La necesidad de incorporar desde el comienzo más de 400 funcionarios de policía exige una campaña ambiciosa de «enrolamiento» en la que las recomendaciones personales desempeñan un papel importante. El ministro del Interior, con el fin de acelerar el

112. *Reglamento general de la policía nacional de Bogotá*, Bogotá, Imprenta de El Telegrama, 1891.

113. *Gob. 1892, doc.*, p. 157.

114. Carta de Gilibert al ministro del Interior colombiano [en adelante: M. I.], febrero 27, 1892, AGN, PN, t. 1, f. 182.

proceso, firma decretos de nombramiento sin consultar siquiera a los interesados, lo que provoca una oleada de cartas de rechazo. Para evitar su integración al cuerpo de policía, los funcionarios nombrados autoritariamente invocan problemas de salud, edad avanzada, nombramiento a otros cargos, enfermedades de la esposa, o de otros familiares. Pero no todos disfrazan sus verdaderas motivaciones. Un cierto Alejandro Becerra, al enterarse de su nombramiento para un cargo de comisario, manifiesta su rechazo al ministro en términos perfectamente claros: «Como yo no he solicitado esta colocación, ruego muy respetuosamente a Su Señoría se sirva hacerme borrar del Decreto correspondiente, por perjudicarme *[sic]* tal vez a mi posición social»[115].

La degradación que representa el hecho de estar asociado a la institución policial se extiende igualmente a aquellos que son víctimas de rumores tendientes a relacionarlos con ella. En 1897, un ciudadano bogotano que se define como «liberal y por consiguiente enemigo del Gobierno», le escribe al ministro del Interior para informarle que «se ha afirmado que yo soy o fui policía secreto y policía de seguridad, que equivale a tratárseme de *delator infame* [...] tal aseveración me ha herido en el fondo del alma porque soy hombre de aspiraciones y de honor»[116]. El solicitante pide una certificación que pruebe que no pertenece y no ha pertenecido nunca al cuerpo de policía, que el ministro acepta entregarle.

La indignidad que cada vez más se revela asociada, a los ojos de la opinión colombiana, con el ejercicio de funciones policiales hace que el reclutamiento sea particularmente difícil. En 1891 Gilibert se queja al ministro de que no ha podido entrevistarse con la mitad de los 500 «candidatos» que figuran en su lista puesto que los otros no se han presentado[117]. Luego de conseguir a duras penas el número de agentes requeridos, Gilibert y Corena se ven rápidamente enfren-

115. Carta de A. Becerra al M. I., diciembre 17, 1891, *ibíd.*, t. 1, ff. 78-79.
116. Carta de Carlos Oramas Uscátegui al M. I., abril 27, 1897, *ibíd.*
117. Carta de Gilibert al M. I., diciembre 21, 1891, *ibíd.*, t. 1, ff. 90-91.

tados al problema de la calidad del personal. El ausentismo es frecuente: «Existe actualmente en el cuerpo de la Policía un número considerable de enfermos; muchos lo están realmente, pero otros sólo tienen enfermedades ficticias», le escribe Gilibert al ministro[118]: éste le propone suspender los salarios durante los períodos de «enfermedad» de los agentes. Seis años después, al redactar su carta de retiro definitivo, Gilibert escribirá entre muchas de sus últimas recomendaciones: «que también no se nombre en el Cuerpo por recomendaciones e influencias especiales individuos que no tienen la capacidad necesaria y cuyo oficio en su mayor parte se reduce a cobrar su sueldo»[119].

Gilibert y Corena descubren rápidamente que las múltiples recomendaciones no representan la más mínima garantía sobre la seriedad de los individuos recomendados. «Predominan la embriaguez y la pereza, tan comunes hoy, entre las faltas cometidas por los agentes», escribe Corena en su primer informe de 1892[120]. A pesar de la firmeza del diagnóstico, el tono de los informes de 1892 deja todavía lugar al optimismo. Gilibert relata algunos abusos, atribuyéndolos fundamentalmente a que la formación del personal es todavía insuficiente. Una buena formación impartida a los policías y un sistema de selección riguroso para determinar los ascensos sobre la base exclusiva del mérito, de los conocimientos, de la buena conducta y de un examen «como se practica en Francia»[121], permitirán con el tiempo corregir esos errores y abusos. Como lo señala Corena en su reporte, la construcción de la Policía Nacional no puede ser perfecta después de seis meses apenas; una policía como la francesa se beneficia de más de cuarenta años de experiencia.

Sin embargo, más allá de la ineficacia, la embriaguez y la pereza denunciadas por el subdirector en 1892, muchos agentes de policía demuestran rápidamente una tendencia a cometer faltas mucho más

---

118. *Ibíd.*, febrero 6, 1892, t. 1, f. 47.
119. Carta de Gilibert al M. I., citada en Óscar de J. Saldarriaga Vélez, *op. cit.*, p. 55.
120. *Gob. 1892*, p. 157.
121. *Ibíd.*, p. 153.

graves. Una de las primeras quejas recibidas por Gilibert en cuanto al comportamiento de los policías emana de una modesta tendera, Eudora Moreno, quien denuncia a un inspector por sus relaciones adúlteras con una mujer casada y, sobre todo, por haber arrestado y encarcelado al marido engañado que había tratado de interponerse[122]. A partir de este episodio desfilan en las cartas dirigidas al director de la policía o al ministro del Interior, los relatos de arrestos arbitrarios, de «forzamiento, estupro, seducción de sirvientas y otros semejantes»[123]. Peor aún: la prensa de oposición no pierde oportunidad para denunciar las ilegalidades cometidas por los representantes de la autoridad. En 1892, un periodista observa en un baile de La Candelaria al comisario Forero divirtiéndose con «una de aquellas grisetas con la cual vebía *[sic]* brandi a más y mejor, olvidándose por entero de su carácter de autoridad»[124]. Un buen ejemplo de esas faltas repetidas figura en la hoja de servicio del agente Siervo González, quien es condenado a palos y a repetidas estadías en el calabozo por una larga serie de faltas entre las que se encuentran «haber penetrado en pleno medio día en un cuarto de mujeres públicas donde permaneció treinta minutos», «abandonar su puesto de vigilancia para ir a una tienda a tomar trago», «haberse dormido estando de centinela dejándose quitar la cachucha sin apercibirse»[125].

Ante los numerosos abusos cometidos por los policías, el equipo dirigente no duda en ordenar despidos. En su informe de 1892, Corena explica que en los cinco primeros meses y medio de funcionamiento del cuerpo de policía más de la tercera parte de los funcionarios de policía fueron removidos de sus cargos: 141 agentes y 14 oficiales «quienes fueron colocados, la mayor parte de ellos, en virtud de muy honorables recomendaciones»[126]. En 1894 Gilibert confirma su política de despidos disciplinarios al ministro:

122. Carta de Eudora Moreno a Gilibert, enero 9, 1892, AGN, PN, t. 1, f. 113.
123. Carta de Gilibert al M. I., marzo 1°., 1894, *ibíd.*, t. 3, ff. 739-740.
124. Carta de A. Pomareda Tanco a Gilibert, julio 17, 1892, *ibíd.*, t. 1, f. 382.
125. Hoja de servicio del agente Siervo González, *ibíd.*, t. 6, f. 68.
126. *Gob. 1892, doc.*, p. 156.

> Por causa de las malas disposiciones del personal, inclinado a la embriaguez y a cometer otras muchas faltas de gravedad, me he visto obligado a remover frecuentemente los agentes, y a pedir también la separación de los comisarios que no han correspondido a la confianza que en ellos ha depositado el Gobierno[127].

No obstante, esta política de remociones sistemáticas para luchar contra la delincuencia policial crea más puestos vacantes, sin que sea posible encontrar personas capaces de ocuparlos a causa de la escasez de candidatos. En 1894, el ministro del Interior, Luis María Holguín, señala en su informe al Congreso el círculo vicioso que nace de la renovación permanente del personal de policía, sabiendo que la eficacia del cuerpo de policía es de por sí reducida por la insuficiencia numérica de su contingente, que, a pesar de los constantes reclamos de Gilibert, no logra rebasar los 600 agentes durante la década de 1890, incluso después de las revueltas de enero de 1893 o las de junio de 1894, cuando el pueblo de Bogotá ataca la casa del ex presidente Carlos Holguín.

El desprestigio de la autoridad

A pesar de la abundante literatura sobre el tema de la amenaza social que producen políticos y periodistas amantes del orden público, no se puede concluir que se haya dado un aumento exponencial de la criminalidad en la Colombia de fines de siglo. Las estadísticas sobre crímenes, delitos y contravenciones elaboradas por la Policía Nacional a partir de 1892 tienden a probar que el aumento de la delincuencia es moderado. En los primeros siete meses de 1892 el promedio mensual de crímenes, delitos y contravenciones registrados por la policía es de 319 para la ciudad de 100.000 habitantes que es entonces Bogotá. En 1893 y 1894 sobrepasan los 700, pero descien-

127. Carta de Gilibert al M. I., julio 24, 1894, AGN, PN, t. 3, ff. 866-869.

den a un punto en que se estabiliza entre 500 y 600 entre 1895 y 1898[128]. En segundo lugar, los problemas urbanos descritos por la prensa y las autoridades no son nuevos: más que por un súbito aumento de la delincuencia urbana, la década de 1890 se caracteriza por la toma de conciencia del déficit de orden público que afecta a todo el país, a medida que se va ahondando la brecha entre ricos y pobres. Mientras que el poder adquisitivo de los trabajadores agrícolas experimenta una tendencia regular a la baja en la segunda mitad del siglo XIX[129], muchos artesanos de las ciudades que deben competir con los productos europeos, más baratos y de mejor calidad, conocen también las angustias de la pobreza. En 1875, la revuelta popular estalla en Bogotá como respuesta al repentino aumento de los precios del pan[130]. Durante la guerra de 1876, cuando las tropas liberales toman a Cali, se repiten las escenas de persecución de los ricos que remiten a la violencia ritual del *zurriago* de los años cincuenta. En 1880, cerca de un décimo de la población de Medellín vive en la calle, en situación de extrema pobreza[131]. El problema social, sin duda alguna, es muy real en Colombia.

La asimilación hecha entre pobreza, artesanos, *guacherna*, subversión y violencia revela un miedo a las turbas que se alimenta más de los discursos alarmistas procedentes de Europa que de la observación realista de la situación colombiana. Mientras que la agresividad de los pobres contra los ricos pocas veces desemboca en violencia, el recurso de las armas sí figura indiscutiblemente en el arsenal de los partidos, como lo demuestran los llamados a la violencia lanzados en 1882 por la Sociedad de Salud Pública[132]. La atmósfera política de los años no-

128. Cf. *Gob. 1892, Gob. 1894, Gob. 1896,* y *Gob. 1898.*

129. «Las pocas estadísticas sugieren que en la segunda mitad del siglo XIX el poder de compra de los jornales de los altiplanos cayó a la mitad, frente a cuatro productos básicos de la dieta (maíz, carne, harina de trigo y papa)». M. Palacios, *Entre...*, p. 28.

130. Cf. E. Gutiérrez Cely, «Nuevo movimiento popular contra el *laissez-faire*: Bogotá, 1875», *Universitas Humanística*, Bogotá, marzo, 1982, pp. 177-212.

131. M. Palacios, *Entre...*, p. 54.

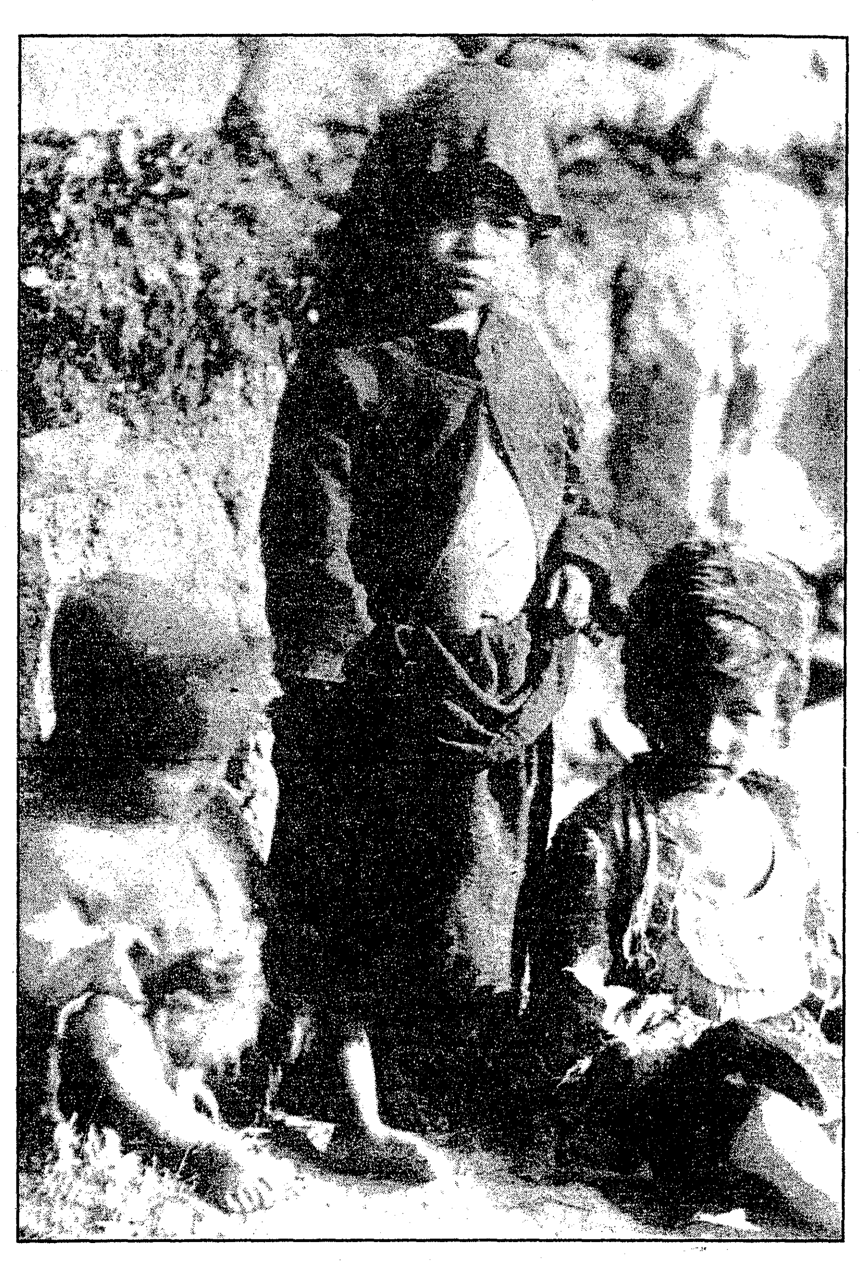
132. Cf. capítulo 8, «De la subversión europea a la subversión nacional».

venta se carga de rumores de insurrección liberal, hasta dar finalmente paso en 1895 a un conflicto armado de cierta envergadura.

Si la violencia sigue siendo esencialmente política, la percepción del peligro social aumenta en el seno de los grupos dirigentes: ésta se agrava con la aparición de una segregación espacial entre ricos y pobres, hasta ese momento desconocida, en las ciudades colombianas. El modelo urbano colonial, que cobijaba en un mismo techo a ricos y pobres —éstos en las tiendas oscuras de la planta baja y aquéllos en los cuartos más claros y mejor ventilados de los pisos superiores— comienza a desaparecer: el alza de los arriendos lleva a los pobres a abandonar los centros urbanos y a instalarse en los barrios periféricos —en Bogotá, por ejemplo, Belén o Las Cruces— creando de este modo espacios donde los ricos no se atreven a aventurarse, lo que favorece la aparición de una imagen aterrorizante de los barrios peligrosos. La ciudad de los pobres comienza a escapar a la vista y al control de los ricos; el pueblo se hace anónimo, confirmando así la sombría predicción sobre la amenaza de las clases peligrosas que desde varias décadas viene emanando de Europa. Avivado por la literatura y las experiencias europeas, el miedo a los pobres es cada vez más fuerte y alimenta esta recurrente confusión, característica de los años noventa, entre pobreza, inmoralidad y violencia. La degradación de la moralidad popular es considerada entonces como la causa fundamental de la criminalidad. En 1892 un funcionario de la Policía Nacional escribe en estos términos al ministro del Interior:

> En esta capital principia en proporciones alarmantes la *[enfermedad]* que ofrece la multitud de muchachos que pululan por todas partes, unos robando, no ya en cantidades poco apreciables, sino tomando algunas de consideración, certera y sagazmente; otros, riñendo y destrozándose a mano y con armas; y muchos entregados al vergonzoso y degradante vicio de la sodomía[133].

133. Carta de Ignacio Caycedo al M. I., enero 7, 1892, AGN, PN, t. 1, f. 107.



Niños pobres.
Fotografía de Julio Racines, c. 1885.
Museo de Arte Moderno, Bogotá.

En 1897, Gilibert llama la atención del ministro del Interior sobre el desarrollo de la prostitución y del alcoholismo, contribuyendo así a hacer de las chicherías el símbolo de la degradación moral y la indisciplina social:

> De ellas salen los asesinatos, y fraguan en sus oscuros y nauseabundos rincones los complots más horribles para los golpes de mano, como robos, palizas y homicidios y finalmente se van embruteciendo sus comensales de la manera más rápida y lastimosa[134].

La confusión de las amenazas lleva a describir en términos de moral y de civilización a los enemigos del orden social y político, en una palabra: a los *bárbaros*. Así concluye Wenceslao Jiménez, director de la División de Seguridad, su informe sobre la insurrección de enero de 1893:

> Espectáculos de sangre, de saqueo, de escándalo y de libertinaje como los que hemos presenciado, exhibidos en una sociedad cristiana, llevan al ánimo la convicción de que aún no se hallan suficientemente desarrollados los gérmenes y elementos de civilización y de moralidad y de que aún existe en el seno de nuestros pueblos la tradición de la barbarie, que es necesario reprimir con mano vigorosa, y cuán necesario es inculcar el respeto a la autoridad que vela por todos[135].

Sin embargo, la represión civilizadora ejecutada por la Regeneración se concentra ante todo en las conspiraciones políticas. Es obviamente difícil ver en Gilibert a un feroz partidario de la represión, ya que parece más bien haber defendido cierta neutralidad política de la institución —el hecho por ejemplo de saber que un policía es un militante liberal no constituía para él, incluso en los momentos marcados por el peligro de una insurrección liberal, un motivo suficiente de despido[136]— pero es un hecho que la policía es percibida por el

134. Carta de Gilibert al M. I., agosto 25, 1897, AGN, PN, t. 5, ff. 708 y sigs.

135. Informe de Wenceslao Jiménez a Gilibert, enero 22, 1893, *ibíd.*, t. 2, f. 476.

136. En 1893, un vecino de Facatativá denuncia la presencia de un liberal, ex partidario del dirigente liberal R. Gaitán Obeso, escondido bajo una falsa identidad en las filas de

público como un instrumento de defensa de las instituciones consagradas por el régimen. En 1897, Pedro Corena escribe una larga carta al ministro del Interior para asegurarle que no fue en ningún caso, y contrariamente a lo que se rumoraba, un policía vestido de civil quien habría gritado «¡Abajo los frailes!» durante una manifestación de artesanos liberales en Bogotá[137]. Acusado por el periódico *El Rayo X*, en diciembre de 1897, de haber efectuado un viaje a Barranquilla «en la caza de alguna conspiración»[138], Gilibert rectifica indignado en una carta dirigida al periódico: «Protesto al propio tiempo que nunca me he mezclado y que jamás me mezclaré en asuntos de política de este país, de la que he estado enteramente alejado desde que pisé las playas de Colombia»[139].

La persistente amenaza de una insurrección liberal implica sin embargo que la vigilancia de las conspiraciones políticas sea la primera prioridad de la Policía Nacional a lo largo de la década de 1890. En febrero de 1893 la policía irrumpe en una reunión secreta de conspiradores radicales en el barrio popular de Belén[140]. En 1894, Gilibert participa al ministro un plan de insurrección previsto para el mes de mayo bajo el liderazgo de Daniel y Vicente Aldana. Con la lista de 31 jefes de guerrilla en mano, la policía realiza los arrestos[141]. Las advertencias en contra de una insurrección liberal que tendrá finalmente lugar al año siguiente, se multiplican en 1894[142]. En 1896, Gilibert se

---

la Policía Nacional. Puesto que el agente era apreciado por su jerarquía esta denuncia no tuvo ningún efecto. Cf. AGN, PN, t. 2, f. 744.

137. Carta de P. Corena al M. I., diciembre 23, 1897, *ibíd.*, t. 6, f. 864.

138. «Todavía Gilibert», *El Rayo X*, Bogotá, diciembre 24, 1897.

139. Rectificación de Gilibert dirigida al periódico *El Rayo X*, enero 13, 1898, AGN, PN, t. 6, f. 20.

140. Carta de Wenceslao Jiménez a Gilibert, febrero 8, 1893, AGN, PN, t. 2, ff. 520-521.

141. Carta de Gilibert al M. I., abril 3, 1894, *ibíd.*, t. 4, f. 779. Cf. Mario Aguilera Peña y Renán Vega Cantor, *Ideal democrático y revuelta popular. Bosquejo histórico de la mentalidad política popular en Colombia, 1781-1948*, Bogotá, Fondo Editorial Instituto María Cano, 1991, pp. 172-174.

142. Cartas de Gilibert al M. I., agosto 12, 1894, AGN, PN, t. 4, f. 882 y Teófilo Vélez a Gilibert, octubre 28, 1894, *ibíd.*, t. 4, ff. 998-999.

congratula por la eficacia del trabajo de información de la policía en contra de las amenazas de sublevación liberal[143].

Además del espionaje de las conspiraciones armadas, la policía es cada vez más utilizada como órgano político del gobierno. La prensa de oposición denuncia su instrumentalización política a través de redes partidistas. El periódico *El Conservador*, portavoz de los conservadores *históricos*, revela su intervención en las operaciones electorales. Al denunciar los votos múltiples hechos por los policías en favor de los candidatos oficiales durante la elección de los diputados y concejales municipales de 1896 en Bogotá, el periódico revela por ejemplo los casos del «policial nº. 154, que votó veintiséis veces» y del teniente de policía Daniel Niño, quien se presentó en todos los puestos de votación de la Plaza de San Francisco con nombres diferentes, y concluye en tono sarcástico: «Damos traslado de lo dicho al Jefe respectivo para los efectos del ascenso a que se ha hecho acreedor»[144].

La División de Seguridad —una división de policías civiles que se convierte rápidamente en el principal instrumento de vigilancia política puesto que entre sus atribuciones figura la de «tomar notas especiales de aquellos que pretendan trastornar el orden y la tranquilidad por medio de maquinaciones secretas»[145]— se distingue por sus abusos de todo tipo y sus intervenciones en los asuntos políticos. En marzo de 1897 estalla un escándalo cuando los miembros de la división son sorprendidos, en su propia oficina, «recogiendo firmas para la candidatura del Dr. Miguel Antonio Caro»[146]. Poco después, en abril del mismo año, un decreto ministerial suprime la División. La razón por la que era tan detestada por la población, según los propios términos del ministro del Interior, se debía a que sólo se veía

143. «En el año pasado fue la Policía Nacional la que impidió en gran parte el inaudito atentado que se tramaba en la capital contra los poderes públicos establecidos y residentes en ella». Informe de Gilibert, *Gob. 1896, doc.*

144. «Crónica electoral», *El Conservador*, Bogotá, abril 28, 1896, p. 106.

145. *Gob. 1892*, p. XLVII.

146. AGN, PN, t. 6, f. 940.

en ella una «partida de forajidos que cometían a mano salva toda clase de crímenes»[147].

Si la intervención de la policía para frustrar los planes revolucionarios y asegurar el fraude electoral enfurece a los adversarios del régimen, la intensidad de los enfrentamientos entre el pueblo capitalino y la policía durante la revuelta urbana ocurrida en Bogotá el 15 y 16 de enero de 1893 revela el vigor de la hostilidad popular contra la institución policial. Un artículo sobre la mendicidad escrito por un cierto José Ignacio Gutiérrez, imprudentemente publicado por el semanario católico y conservador *Colombia Cristiana* en diciembre de 1892, inicia el incendio. Interrogándose sobre las causas de la mendicidad, el autor describe con gran violencia verbal los medios populares de Bogotá. La visita a las viviendas de los indigentes de la ciudad recuerda extrañamente, explica el autor, los bajos fondos de Londres. Los lazos familiares en esta clase social son inexistentes, la palabra no tiene valor y los padres no se preocupan en absoluto de la educación de sus hijos:

> La honradez les es desconocida; son embusteros, incumplidos en los tratos, cínicos en sus raterías; para ellos no existe el séptimo mandamiento, que han borrado del Decálogo[148].

La pobreza se debe esencialmente, según Gutiérrez, al alcoholismo, puesto que en lugar de ahorrar, los artesanos dilapidan todos sus ingresos en las tabernas. A pesar de tanta irresponsabilidad de los pobres, Gutiérrez no recomienda la fuerza en contra de la mendicidad sino más bien seguir reforzando las instituciones caritativas. Explícitamente inspirado en el ejemplo de la caridad inglesa, exalta también el papel del hospital de San Vicente de Paúl y de la Sociedad de Beneficencia de la capital, y propone la creación de una Sociedad Protectora de la Clase Obrera que, asistida por consejos

---

147. *Gob. 1898*, p. XXV.

148. *Colombia Cristiana*, Bogotá, diciembre 14, 1892, pp. 84-85.

auxiliares en cada barrio, compuestos por el cura, el inspector de policía y una persona notable por su espíritu cívico, reglamentaría la vida de los humildes[149].

Poco entusiasmados por las propuestas paternalistas de Gutiérrez, los artesanos bogotanos se sienten propiamente insultados por sus comentarios ofensivos acerca de su moralidad. El 13 de enero, un grupo de artesanos cerca a Gutiérrez en una calle de la capital: «Señor Gutiérrez, Ud. ha cometido una acción infame, quizá todavía es tiempo de repararla»[150].

En realidad, ya es demasiado tarde. El 15 de enero un grupo de artesanos y de jornaleros atacan la casa de Gutiérrez. La insurrección se generaliza con los gritos de «¡Abajo el Gobierno!», «¡Muerte al Gobierno!», y «¡Viva el partido radical!». Los policías que intentan contener el motín son desbordados. La cólera popular se vuelve entonces contra la Policía Nacional y las comisarías son el primer blanco. Cinco de las seis comisarías de barrio con que cuenta la ciudad son saqueadas, dejando un agente muerto y 20 gravemente heridos. La muchedumbre se lanza contra la sede de la Policía en donde Gilibert está atrincherado con 120 hombres. Gilibert relatará en estos términos en una carta al director de la Seguridad General francesa los tres ataques sucesivos al puesto de policía:

> Una multitudinaria horda de salvajes —ese es el calificativo que se merecen— arremetió contra ella [la dirección de la policía nacional] con todo tipo de armas, y quería invadirla. Después de haber empleado todos los recursos de la moderación y para evitar que nos masacren me vi en el apuro de ordenar el fuego; porque debo decirle que todos los agentes llevan remingtons. Es este acto de energía lo que también salvó los archivos del inmueble de la Dirección. Yo no conozco con precisión el saldo de heridos; en cuanto a los muertos fue de 21. Durante todo el día y al día siguiente reinaba el terror en la ciudad, que fue declarada en estado de sitio. Por todas

149. *Ibíd.*, diciembre 28, 1892, pp. 101-102.
150. *El Heraldo*, Bogotá, enero 14, 1893.

partes bandas de fieras gritaban: «¡abajo el gobierno, abajo la policía, muera el francés Gilibert!»[151].

El gobierno, que decide mandar la tropa, retoma progresivamente el control de la situación. Miguel Antonio Caro, quien estaba descansando en Ubaque, decreta el estado de sitio el 16 y la represión es aplastada la misma noche. Caro le envía entonces un telegrama a Núñez: «Motín no político sofocado. Reina tranquilidad completa»[152].

Las dos jornadas de disturbios arrojan el siguiente balance: cuatro comisarías destruidas, un buen número de casas saqueadas entre las cuales figuran la de Gutiérrez Isaza, la del alcalde de Bogotá, la del general A. B. Cuervo, ministro del Interior, y la de un juez de paz, así como el edificio de las religiosas del Buen Pastor donde se encontraban 270 detenidas[153]. El Panóptico, atacado varias veces desde el exterior sin éxito, es también teatro de un amotinamiento de los prisioneros, en el que uno de ellos mata a un guardia. Juzgado militarmente, el prisionero es condenado a muerte y fusilado en el patio de la cárcel el 24 de enero. Después de la ejecución, el capellán de la prisión se dirige a los prisioneros: «Hermanos míos, la sociedad bogotana está profundamente conmovida desde hace algunos días; en casos como éste, la autoridad tiene que recurrir a medidas extremas para salvar el órden social»[154].

---

151. Carta de Gilibert al director de la Seguridad General francesa, enero 25, 1893, AMAE, ADP, Caja N°. 3.

152. Telegrama de M. A. Caro a R. Núñez, enero 22, 1893, *Epistolario de Rafael Núñez con Miguel Antonio Caro*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1977, p. 126.

153. «Quedó igualmente comprobado que los amotinados, convertidos en lapidadores, atacaron a la Policía Nacional en sus cuarteles, destruyeron sus archivos e inutilizaron los locales de algunas comisarías; que abrieron las puertas de las prisiones correccionales de donde se fugaron más de doscientas mujeres que purgaban allí sus faltas con arreglo a la ley; que rompiendo puertas y ventanas penetraron en casas de funcionarios públicos, destruyeron mobiliarios y perturbaron el bienestar de las familias; y que en las calles de la ciudad destruyeron muchos elementos del alumbrado público». *Gob. 1894*, p. V.

154. *El Heraldo*, Bogotá, enero 25, 1893.

Las fuentes oficiales no ofrecen ninguna información acerca del número de muertos causados por la represión de la insurrección[155]. Según las mismas fuentes, entre 200 y 300 personas fueron detenidas y muchas de ellas deportadas. A pesar de la prohibición de la Sociedad Filantrópica, una sociedad liberal acusada de haber incitado a la revuelta, el gobierno se negará a considerar la insurrección como producto de una conspiración política. El 16 de enero, Caro escribe desde Ubaque que sólo se trata de una «exaltación pasajera» de la clase obrera[156]. El general Cuervo, quien dirige la represión, declara al día siguiente: «No se trata, evidentemente, de ningún movimiento político ni de plan alguno comparable a los que el socialismo y el espíritu de anarquía suelen engendrar en las sociedades»[157].

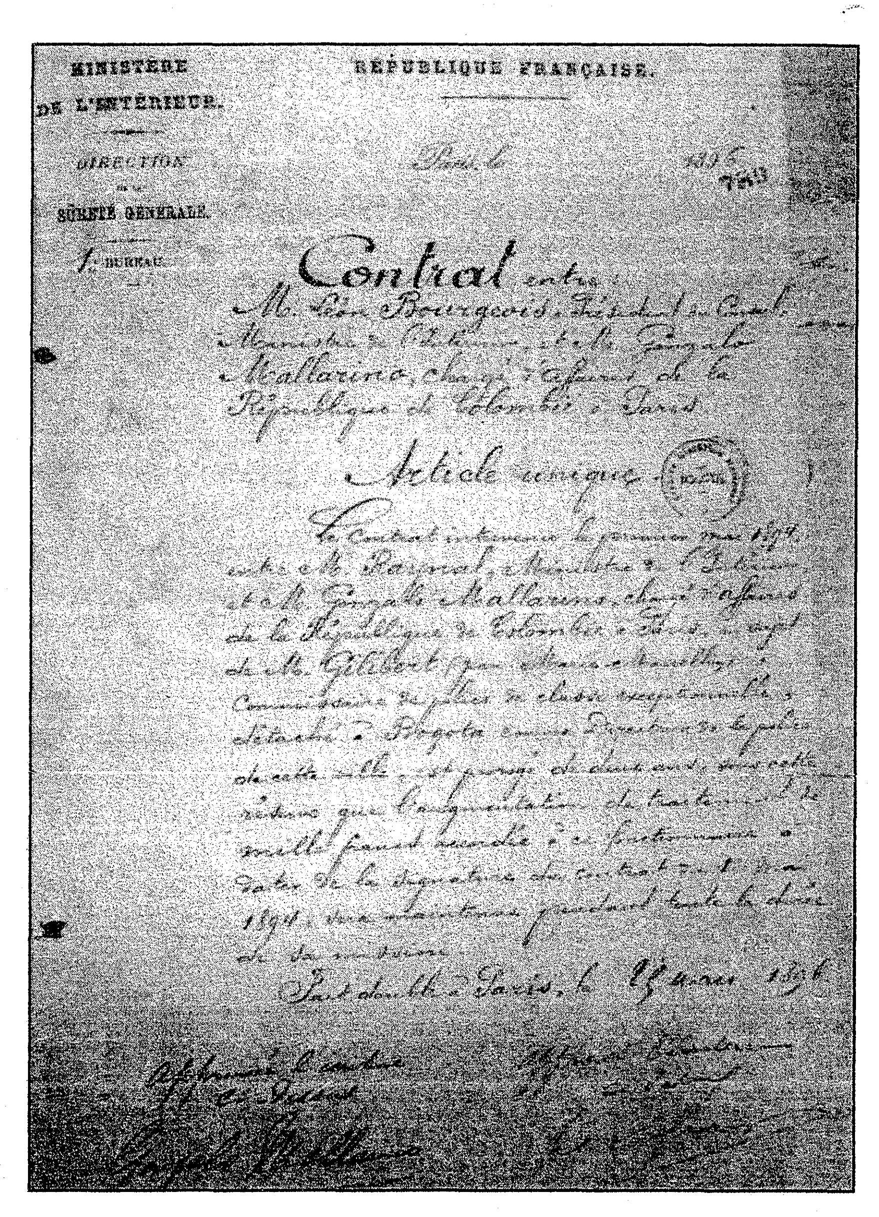
El hecho de no atribuir ese primer *bogotazo* de enero de 1893 a una maquinación partidista demuestra cierta sensatez; sin embargo, es difícil no ver en la apreciación gubernamental la voluntad de aminorar, disfrazándola bajo la apariencia de una explosión de cólera irracional, la expresión del profundo rechazo popular del dispositivo de orden público de la Regeneración. El estudio de los blancos de los manifestantes, además de la casa de Gutiérrez Isaza, muestra hasta qué punto el pueblo busca destruir los símbolos del orden público: las instalaciones de la Policía Nacional, la casa del ministro del Interior y de varios funcionarios de justicia, el colegio de los salesianos y las cárceles[158].

155. David Sowell estima que el número de muertos del lado de los insurgentes es de 40 a 45 hombres. Cf. D. Sowell, «The 1893 Bogotazo: Artisans and Public Violence in Late Nineteenth-Century Bogotá», *Journal of Latin American Studies*, Londres, N°. 21, mayo, 1989, p. 275.

156. *El Orden*, Bogotá, enero 23, 1893.

157. *Ibíd.*

158. Evocando una carta en la que José Leocadio Camacho, presidente de la Sociedad Filantrópica hace notar a Rafael Núñez que los insurgentes atacaron solamente los símbolos de la autoridad gubernamental, David Sowell concluye que la reorganización acrecentó las tensiones sociales en la capital: «Por su acción colectiva la multitud buscó hacer justicia en diferentes niveles: censurar a Gutiérrez por sus ataques contra los artesanos, castigar a la policía por su protección al autor y tal vez también como una conse-



MINISTÈRE DE L'INTÉRIEUR.

DIRECTION DE LA SÛRETÉ GÉNÉRALE.

1er BUREAU.

RÉPUBLIQUE FRANÇAISE.

Paris, le 189

Contrat entre M. Léon Bourgeois, Président du Conseil, Ministre de l'Intérieur, et M. Gonzalo Mallarino, chargé d'affaires de la République de Colombie à Paris

Article unique

Le Contrat intervenu le premier mai 1894 entre M. Raynal, Ministre de l'Intérieur et M. Gonzalo Mallarino, chargé d'affaires de la République de Colombie à Paris, au sujet de M. Gilibert [illegible], Commissaire de police de classe exceptionnelle, détaché à Bogota comme Directeur de la police de cette ville, est prorogé de deux ans, sous cette réserve que l'augmentation de traitement de mille francs accordée à ce fonctionnaire à dater de la signature du contrat [illegible] 1894 sera maintenue pendant toute la durée de sa mission.

Fait double à Paris, le 17 mars 1896.

[illegible]

Renovación del contrato de Jean-Marie Gilibert, 1896.
A pesar de sus dudas y frecuentes veleidades de renuncia, el comisario Gilibert acepta en tres ocasiones la renovación de su contrato por dos años, lo que lo lleva a dirigir la Policía Nacional hasta 1898.
Fondo de la Policía Nacional, t. 4, f. 789, Archivo General de la Nación, Bogotá.

Cuando Gilibert renuncia finalmente en junio de 1898, el balance de los primeros años de funcionamiento de la Policía Nacional es bastante desalentador. La ineficacia, el alcoholismo, los abusos cometidos por los policías, el círculo vicioso de los despidos por motivos disciplinarios, las manipulaciones políticas, la hostilidad popular, la resistencia del gobierno a aumentar los efectivos de la policía y las dificultades cotidianas de todo tipo habían erosionado progresivamente su entusiasmo. Su primera renuncia de 1894 no había sido aceptada por el ministro y su contrato, renovado cada dos años, lo llevó a dirigir la Policía Nacional hasta 1898. En su carta de renuncia definitiva justifica su decisión por el hecho de no querer «asumir por más tiempo responsabilidades con que no puedo gravarme»[159] y señala que el reclutamiento es un problema prioritario para evitar que la policía sea «una constante amenaza para la sociedad, como desgraciadamente ha habido varios ejemplares»[160].

Los promotores oficiales del orden público comienzan a entender la dificultad de crear una autoridad aceptada por la sociedad. La reticencia de los colombianos a trabajar en la policía, el progresivo desprestigio de la institución debido a su ineficacia, su politización y los abusos de sus agentes plantean serios obstáculos a la realización del sueño del orden público. En 1898, poco después de la renuncia de Gilibert, el ministro Antonio Roldán ofrece un elocuente retrato de los siete primeros años de funcionamiento de la policía y del desprestigio reinante sobre la función policial:

> Esta creencia, emanada de una falsa idea de lo que es la Policía, y acaso también de una suspicacia política que pretende ver siempre y en todas partes agentes del Gobierno espiando conspiracio-

cuencia más profunda de la alienación que surge de la reorganización del cuerpo de policía y, finalmente, censurar al gobierno por su fracaso en aplicar la restricción de la libertad de prensa y en proveer un ambiente económico estable para vivir y trabajar». D. Sowell, *op. cit.*, pp. 280-281.

159. Carta de Gilibert al M. I., junio 3, 1898, *ibíd.*, t. 6, ff. 160-161.

160. *Gob. 1898, doc.*, p. 62.

nes, ha causado ya graves contrariedades; pues al propio tiempo que la dignidad personal —que algunos imaginan ser cualidad exclusiva de las clases privilegiadas— aleja a los hijos del pueblo de una colocación en que prestarían a su patria útiles servicios, se obliga al Gobierno las más de las veces, a enganchar individuos que carecen de las condiciones indispensables para desempeñar el empleo. No debemos, sin embargo, desesperar[161].

Mientras se acerca el final del siglo XIX, las desilusiones del orden importado se vuelven ineludibles. Las sucesivas iniciativas de importación institucional lograron en raras oportunidades producir los resultados esperados por sus promotores, insuficientemente atentos a analizar sus probabilidades de éxito en el contexto nacional. En este sentido, la dificultad inicial de la importación institucional —la contratación en Europa de los agentes de la modernización, sea educativa, militar, policial o religiosa— había ocultado otra dificultad mucho mayor: la aceptación de estas instituciones por la sociedad colombiana.

Entre las diversas importaciones institucionales, la de las congregaciones religiosas es sin duda la que más rápidamente satisface a sus promotores y responde a sus objetivos. A los diez años de su firma, la supresión del Concordato desaparece del programa político liberal. En eso, la importación católica puede considerarse exitosa. Núñez había comprendido que el Estado por sí solo no tendría la fuerza de construir el orden en Colombia y, a pesar de las tensiones políticas y sociales provocadas por el establecimiento de congregaciones europeas en el país, un relativo *modus vivendi* en torno a la labor de los clérigos europeos se perfila. El resto del cuadro es más pobre, y el naufragio de la importación estatal contrasta notablemente con la eficacia de la importación religiosa. En la búsqueda del orden público, la impresión de fracaso, de desilusión, se impone a pesar del optimismo de la retórica oficial.

161. *Gob. 1898*, p. XXIV.

La exageración de las esperanzas depositadas en los modelos importados parecía de entrada prometer a sus promotores algunas desilusiones. Para oponerse a los conservadores y a la Iglesia, quienes basan su estrategia de poder en una reconstitución del tejido social a través de una red de asociaciones caritativas, religiosas y educativas, los radicales tratan de derrotarlos en su propio terreno imponiendo una educación laica, organizada y controlada por el poder central. Pero es demasiado tarde ya: el instrumento recién importado revela su debilidad frente a una fuerza de movilización construida durante dos décadas por los conservadores. Por otra parte, la insistencia de los gobiernos de la Regeneración en imponer a la sociedad instituciones represivas que no logran hacer funcionar satisfactoriamente, revela también un serio error de apreciación sobre la posibilidad de crear autoridad con la sola reproducción de las instituciones europeas en Colombia.

Los modelos importados revelan también su capacidad para generar efectos exactamente inversos a los esperados. Pensar que la imposición, en todo el país, de un sistema educativo único iba a engendrar la homogeneidad requerida por el Estado radical revela un serio error de diagnóstico: el sublevamiento en 1876 de los conservadores del Cauca en contra de la nueva política educativa prefigura por el contrario la pérdida del poder por los liberales y su larga exclusión del juego político. Pensar que el establecimiento de un aparato represivo iba automáticamente a crear autoridad y obediencia revela también otro gran error de diagnóstico, cometido esta vez por los regeneradores. El autoritarismo, esencialmente intencional, de los gobiernos de Holguín y Caro, justificado incansablemente con el ejemplo de las *razas disciplinadas*, contribuirá a hacer insoportable el dominio conservador para los liberales excluidos del poder y a prender así el fuego que llevaría al incendio generalizado de la guerra de los Mil Días (1899-1902), la más destructora de las guerras civiles del siglo XIX colombiano.

En 1897, Miguel Samper, candidato liberal para las elecciones presidenciales, denuncia en un artículo titulado *Las reformas y el cesarismo* las verdaderas influencias políticas de Núñez:

> El primero de ellos *[de los factores del cesarismo en la Regeneración]* fue el Jefe de la Regeneración, en cuya mente estaba todo el sistema que logró implantar, mezclando en él el autoritarismo y el cesarismo, con el socialismo de Estado. Fruto fue eso de largos años de residencia en Europa, en puesto lucrativo, que dejaba ocios suficientes para estudiar, tanto en Inglaterra como en Francia, los dos sistemas opuestos que allá luchan por el predominio: el cesarismo y el parlamentarismo. De esperarse era que este último fuera el preferido...[162].

Sin embargo, no fue así, explica Miguel Samper, ansioso de investir otra vez el liberalismo del prestigio de una inspiración inglesa desviada por la Regeneración en beneficio propio: entre todos los modelos que Núñez tuvo oportunidad de observar, el que más influencia tuvo en él, y por eso mismo, más impacto en la vida pública colombiana, mucho más que el parlamentarismo inglés, fue el cesarismo francés. En la Regeneración se encuentra la intransigencia jacobina, que hace de Holguín o de Caro jacobinos blancos: «También allí ostentó sus doctrinas intransigentes y sus cóleras, el que podemos llamar jacobino *blanco*»[163]. Las medidas represivas de la Regeneración no son más que imitaciones de los decretos de Napoleón III: Samper denuncia el «decreto sobre prensa que ha sido edición aumentada y corregida de los que dictó Napoleón III al consumar la traición de convertir en Imperio la Presidencia que la Nación francesa le había confiado»[164]. Al disfrazar a Núñez con la irrisoria panoplia de un tirano francés olvidado —pero quien había cristalizado durante su reino la hostilidad de la mayor parte de la opinión colombiana—, Samper contribuye a tumbar algunos de los mitos políticos creados por la Regeneración; pero también contribuye a revivir, en favor del liberalismo, la crítica de la imitación como piedra angular del discurso de la legitimidad en Colombia.

162. M. Samper, «Las reformas y el cesarismo», *Selección de escritos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977, p. 280.

163. *Ibíd.*, p. 281.

164. *Ibíd.*, p. 289.

CONCLUSIÓN

A la hora de crear naciones, hay una necesidad de modelos. En la Hispanoamérica decimonónica, esos modelos son ante todo europeos. Si bien la ruptura del vínculo político con Europa se consuma con la Independencia, la ruptura del vínculo de identidad apenas comienza: se dará lentamente en el transcurso del siglo XIX. La brusquedad de la Independencia política contrasta con la lentitud del proceso de distanciamiento de las identidades. El universo de referencia de los nuevos dirigentes, en cuyas manos está la construcción de las nuevas naciones, sigue siendo europeo, y el postulado de la autoridad europea, por más que sea permanentemente cuestionado en la efervescencia del debate público, constituye todavía el telón de fondo del imaginario político hispanoamericano. El sentimiento colonial de los criollos, quienes mucho después de la Independencia continúan percibiéndose como europeos de ultramar —la identificación por un origen europeo que los distingue de la plebe tiene prelación sobre una identificación por la nacionalidad— contribuye a mantener viva, por largo tiempo, la autoridad de Europa.

En contraste con el tiempo corto de la emancipación política, la *nacionalización* de la identidad se inscribe en el largo plazo, y, en el transcurso del siglo XIX hispanoamericano, Europa constituye una fuente de inspiración política central, inevitable, múltiple, movediza. Las nuevas repúblicas hispanoamericanas —nacidas a comienzos del siglo XIX en un mundo atlántico que es testigo de los primeros pasos del Estado-nación— movidas por una necesidad de modelos, ejemplos, experiencias políticas, no podían evitar referirse a Europa. Una larga tradición de crítica de la imitación ha tendido a hacer olvidar esta evidencia.

Los factores de ese cosmopolitismo inicial son múltiples: la existencia de varios modelos nacionales ya constituidos al comienzo del

siglo XIX; la magnitud y variedad de la tarea de construcción nacional que invita naturalmente a tomar modelos institucionales ya probados en otros países; y la tendencia de los nuevos dirigentes a considerar la civilización como un producto de importación, que revela el origen colonial de su cultura política.

El cosmopolitismo inicial

En este sentido, el Estado-nación aparece como un proyecto necesariamente cosmopolita. El nacionalismo, esbozado lentamente al ritmo de las luchas políticas, revela también ese cosmopolitismo inicial: en sus fuentes y en sus modelos de inspiración, en el recorrido de sus artífices, y en su articulación esencial con el exterior, el nacionalismo es, inevitablemente, cosmopolita. La poca integración de un país como Colombia en la economía mundial podría llevar a pensar en un verdadero aislamiento: el estudio histórico, sin embargo, lo desmiente. Desde el comienzo, Colombia participa de la modernidad occidental, por lo menos en su vertiente más universal: los debates.

Consecuencia de ese cosmopolitismo original, la referencia a las naciones europeas invade el debate público y se impone como componente central de la política colombiana. Central, porque ofrece a los actores políticos respuestas, argumentos, discursos, normas, modelos e instrumentos útiles para su doble ambición: construir su propia legitimidad y construir el Estado.

La recurrencia de la referencia europea en el debate público colombiano revela por tanto una dinámica interior, nacional. Quienes trabajan por captar, adaptar, transponer y difundir los discursos europeos son actores nacionales. La referencia a Europa es un patrimonio compartido: ningún grupo político la monopoliza. Todos, en modalidades distintas, hacen referencia a las *naciones adelantadas* de Europa: artesanos, liberales radicales, draconianos, mosqueristas o independientes, conservadores históricos o nacionalistas; en el siglo XIX no existe ninguna fuerza política colombiana que no recurra a los argumentos importados de la *civilización*. El europeísmo no tiene

bandera: bajo distintas modalidades, todos los programas políticos llevan la marca de un inevitable cosmopolitismo; todos los actores políticos son *europeístas*. Difundida por actores nacionales, la referencia europea se impone, bajo múltiples facetas, como un fenómeno endógeno, inscrito en el corazón de la dinámica política colombiana: en una palabra, como un objeto de historia nacional.

Si la presencia de la referencia a Europa es tan obsesiva, si es tan manoseada por los actores del debate público colombiano, es porque es útil y funcional para sus estrategias. La necesidad de argumentos, de herramientas y de modelos explica la participación de los actores nacionales en las tareas de difusión política: la circulación de noticias, de ideas, de modelos europeos es obra de los colombianos que leen, viajan, observan, traducen, publican, escriben, debaten. La referencia a Europa, práctica, pragmática, responde más a un interés bien comprendido que a una ciega voluntad de imitación. El «genio imitador» no existe, de la misma manera que no existe una hipotética «influencia» directa de tal o cual país europeo sin la mediación de los actores nacionales; lo que sí existe, es el genio instrumental de la política, que lleva a los protagonistas del debate público a escoger libremente en el arsenal de normas y discursos que ofrecen entonces los países europeos.

La referencia a Europa, instrumental y manejada por los actores de la política colombiana, refleja inevitablemente los conflictos nacionales. Es en los terrenos conflictivos donde los ejemplos europeos se esgrimen con mayor intensidad: la Europa que se invoca en el debate político es, por esencia, una Europa polémica. La lógica del conflicto engendra una avalancha de argumentos importados de Europa; un mecanismo observable desde los tumultuosos años de mediados de siglo, en los que la creciente práctica de movilizar al pueblo, por el voto o por la guerra, alimenta la necesidad de una afluencia permanente de argumentos de combate. La manipulación del pueblo exige, desde luego, poder material; pero también exige consignas y denuncias del adversario. La referencia europea viene a reforzar las líneas divisorias trazadas por toda empresa de movilización popu-

lar: la precoz politización de la sociedad colombiana garantiza una incesante renovación de discordias importadas. Si se denuncia con tanta vehemencia la amenaza de la impiedad europea o, al contrario, del complot papista, tal vez no sea tanto porque estas amenazas sean reales para el país, sino porque les sirven a los dirigentes políticos para cerrar las filas en su propio campo. A la hora de disputarle al partido adverso el control del pueblo, la función movilizadora de la denuncia se pone a prueba. Para dar más solidez a una pirámide social frágil, se necesita, ante todo, una representación diabolizada del enemigo; y aunque el pueblo, de manera general, no logra imponerse como actor político autónomo, suscita en cambio, en tanto objeto de movilización, la suficiente competencia entre los grupos políticos protagonistas como para engendrar una verdadera inflación retórica. Durante todo el siglo XIX, tanto la invocación de Europa como su denuncia desempeñan ese papel esencial en la política colombiana.

La estela del conflicto político delinea una Europa necesariamente antagónica, dividida y binaria. La referencia a Europa se convierte en una guerra de las representaciones europeas. En efecto, toda referencia positiva a Europa llama su contrario: enfrente de cada Europa ideal hay una Europa amenazante. Déspotas, papas, jacobinos, burgueses, aristócratas, proletarios, nihilistas, suicidas y comuneros se codean en el esperpento europeo enarbolado en el debate político nacional. La permanencia de Europas imaginarias, aún una vez asentada la costumbre del viaje transatlántico entre los grupos dirigentes, revela que es conveniente para ambos bandos conservar su arsenal de representaciones amenazantes.

La referencia europea no sólo es una herramienta partidista; también es un instrumento útil para las elites, deseosas de defender una jerarquización social todavía rígida, pero cuya fragilidad comienza a percibirse. La búsqueda de la distinción social a través del viaje a Europa lo revela: la indiferenciación social evocada por la política moderna y la conciencia tocquevilliana de una evolución ineluctable hacia más igualitarismo crean también una necesidad renovada de referencias. Habiendo renunciado, cuando los tenían, a sus títulos

nobiliarios, los patricios hispanoamericanos recurren a otros modos de distinción social. Desde luego, innumerables signos materiales los distinguen de la plebe; pero el acceso a Europa incrementa su distinción, su prestigio, al mismo tiempo que ofrece un santuario donde sustraerse a la siempre amenazante barbarie nacional. Así, la búsqueda de la legitimidad social brindada por Europa aumenta a medida que se desvanecen, lentamente, las rígidas estructuras sociales heredadas de la Colonia, aunque la crítica de esta inflación de referencias exteriores emane precisamente de quienes ven con mayor inquietud borrarse las jerarquías coloniales. La historia de la competencia por la adquisición de signos de distinción social evoca una incesante carrera: los signos de distinción reservados en un comienzo a las elites se democratizan progresivamente, al ser apropiados a medida que quienes aspiran a que se reconozca su ascenso social los van utilizando. Las elites los abandonan o los reivindican de manera diferente, tratando de desacreditar el uso que de ellos hacen los *advenedizos*. La historia del viaje a Europa en la sociedad colombiana del siglo XIX ofrece una perfecta ilustración de este fenómeno.

General pero conflictiva, la referencia a Europa revela así una complejidad suplementaria, vinculada con su ambivalencia, con su inevitable ambigüedad. A la hora de denunciar a sus adversarios mediante la utilización del ejemplo europeo, los actores políticos, antes que reprobar el *objeto* de la referencia opuesta, tienden a condenar el *mecanismo* de la referencia externa en su conjunto, aun cuando todos hacen uso de ella: allí está la trampa que nos tienden los discursos políticos del siglo XIX colombiano, al igual que todas las críticas de la imitación en la Latinoamérica contemporánea. La crítica de la imitación nunca es más, en definitiva, que la denuncia de la utilización, hecha por el adversario, de la *autoridad* de Europa, pero esta denuncia siempre tiende a presentarse como una reprobación de principio de un cosmopolitismo político que es, sin embargo, consustancial a la historia latinoamericana. El discurso nacionalista nace en el crisol ambiguo de la crítica de la imitación.

En la Colombia del siglo XIX la referencia europea es fundamentalmente ecléctica; un eclecticismo que refleja más que todo su carácter funcional. Los actores políticos recurren con flexibilidad y destreza a la referencia externa que más se adecúa a sus intereses, en función de las fluctuaciones del debate nacional y de las estrategias de sus adversarios políticos. De allí surgen combinaciones sorprendentes a primera vista: a primera vista solamente porque no existen en realidad estrategias de legitimación basadas en la referencia exclusiva a un solo país europeo. No hay más anglófilos que francófilos, germanófilos o hispanófilos: las escuelas de referencia no existen, a pesar de las percepciones sesgadas de los diplomáticos extranjeros, siempre sensibles a las lisonjas protocolarias. Los republicanos más convencidos van a buscar modelos educativos en la Prusia imperial; los «hispanistas» más intransigentes, que admiran la combinación inglesa de libertad política con jerarquía social, importan modelos de construcción estatal desde una Francia republicana, cuya impiedad fustigan incansablemente. A los intereses propios de cada estrategia política responde una hábil mezcla de referencias exteriores.

La referencia europea fluctúa entonces, durante la segunda mitad del siglo XIX, entre las dos principales funciones que le son asignadas en el debate público: fundamentar los discursos de legitimación y proveer modelos de organización nacional. De los dos problemas políticos cruciales que se les plantean a los nuevos dirigentes —la legitimidad del poder y la construcción del Estado— el primero encuentra más rápidamente sus armas en la referencia europea: la retórica es más veloz, más fluida y volátil que la circulación de modelos institucionales. Sirve para la formulación de los conflictos, la definición de las lealtades, la denuncia de los adversarios, la consolidación de las legitimidades, la movilización del pueblo; y más adelante, al final del siglo, servirá para forjar un discurso nacionalista. La riqueza de la referencia retórica contrasta casi siempre con la dificultad de la construcción estatal emprendida con ayuda de modelos importados. Mientras que constantemente se recurre a la retórica europea, las fases de construcción estatal son, en cambio, esporádi-

cas; y cada uno de los tres grandes proyectos estatales de la segunda mitad del siglo XIX —la primera presidencia de Mosquera, los gobiernos radicales de la década de 1870 y la Regeneración— revela que la implantación de modelos institucionales importados es más difícil que el manejo retórico de los ejemplos y contraejemplos europeos. Determinante en la formación del nacionalismo, la referencia europea ofrece un balance mucho más pobre en el campo de la construcción estatal.

En los orígenes del nacionalismo

El viaje al Viejo Mundo significa el desvanecimiento de la ilusión europea de los letrados colombianos: descubren que los europeos están infinitamente menos dispuestos a reconocerlos como iguales por el origen y la cultura de lo que ellos, imbuidos desde la infancia en un universo literario e intelectual europeo, habían secretamente imaginado. El viaje a Europa, que pone un punto final al espejismo europeo de las elites criollas, constituye por lo tanto una intensa experiencia de americanidad; la más intensa, probablemente, que haya sido posible vivir en la época. La Independencia había confirmado la ruptura del vínculo político; el viaje a Europa, al sancionar la ruptura del vínculo de identidad, acaba dándole todo su sentido a la emancipación política. El derrumbe de la comunidad imaginada de la *civilización*, en la cual los letrados colombianos habían creído participar en pie de igualdad con los europeos, les invita también a replegarse sobre una comunidad imaginada más estrecha y que todavía está por crear: la nación colombiana. La expansión del viaje coincide también con el agotamiento de la inspiración del patriotismo republicano, que se va desacreditando al mismo ritmo que el federalismo liberal, el ascenso de los nacionalismos en Europa y la reconstitución en Colombia de un conservatismo de oposición que tiene en mira la conquista del poder. Opuestos a la importación liberal, los conservadores, inspirados en la crítica del viaje, elaboran un discurso culturalista de rechazo a las influencias exteriores que constituirá el fundamento de su retórica de legitimación, y que los lleva a fundar, una vez obtenida la victoria polí-

tica gracias a su acercamiento con los liberales independientes, la primera ideología nacionalista que se haya forjado en Colombia: el nacionalismo de la Regeneración. Irónicamente, es la experiencia real del mundo cosmopolita la que lleva al declive de la legitimidad cosmopolita. A mediados de siglo, los dirigentes políticos colombianos eran ciudadanos del mundo que no conocían el mundo. A finales de siglo, son verdaderos cosmopolitas que operan un giro estratégico hacia una legitimidad «arraigada».

El nacionalismo forjado por los dirigentes de la Regeneración —su alcance traspasará con creces los límites del siglo XIX— aparece como un producto característico de la expansión del viaje a Europa. Una triple evolución ilumina los orígenes de este primer nacionalismo: el auge, en el mundo occidental de finales del siglo XIX, de la legitimidad fundada en el rechazo al otro, propia de los nacionalismos europeos; el modo de legitimación escogido por los conservadores colombianos en su estrategia de lucha contra el poder liberal; y su creciente percepción de un peligro social que es necesario canalizar asignando a las masas un papel de sumisión compensado con un discurso de felicidad nacional, en lugar de continuar haciéndoles creer en el advenimiento de las libertades. El fracaso del modelo liberal en la Colombia decimonónica corresponde también a una toma de conciencia exacerbada de los peligros a largo plazo de la manipulación electoral del pueblo. A finales de la década de 1870, los liberales *independientes* y los conservadores elaboran un discurso que, si bien está dirigido a las masas, expresa más que todo su propio interés: Colombia ya no se describe como un país de avanzada republicana —sólo las utopías importadas, se explica, condujeron el país por la vía de un discurso político tan desconsiderado— sino como un país caracterizado por su disciplina social y su cohesión cultural bajo las riendas del Estado y de la Iglesia. El inmenso esfuerzo retórico desplegado bajo la Regeneración sugiere hasta qué punto podía parecerle difícil a los nuevos dirigentes eliminar de la sociedad colombiana los gérmenes de aspiración igualitaria y democrática que la «demagogia liberal» había podido sembrar en ella.

El nacionalismo colombiano, que nace inicialmente de la necesidad de definición exigida por el anhelo de figurar en la escena de las naciones con otra cosa que un republicanismo de intención que ya no convence mucho en Europa, se orienta así, desde el exterior, donde encuentra su razón de ser, hacia el interior: se ofrece entonces como un instrumento de estructuración de las masas, orientado más a *contener* que a *integrar*. Este esquema de un discurso para el pueblo, dirigido y paternalista, sugiere la existencia de una precoz inspiración populista entre los ideólogos de la Regeneración.

La Regeneración se impone así, ante todo, como una admirable empresa retórica. Al igual que en las instituciones legadas por ella, su alcance reside en el discurso nacionalista de rechazo a las influencias extranjeras que supo imponer. La identificación estratégica hecha por cada uno de los partidos con una determinada versión de la nación —los unos con el discurso del patriotismo republicano, los otros con un culturalismo precoz que promueve el aislamiento como un valor nacional frente a los peligros de la sociedad de masas aparecida en Europa— conduce al entierro prematuro del patriotismo republicano, luego de la pérdida del poder por parte de los radicales. Con la Regeneración, el patriotismo republicano cede el paso a un discurso de la unidad y de la autenticidad nacional, a un verdadero discurso nacionalista en su espíritu, independientemente de la pobreza de su contenido.

La evolución de las ideas dominantes en Europa —el declive del liberalismo político y el ascenso de nacionalismos más agresivos— invitaba sin duda a ello. Pero la temprana orientación de Colombia hacia un discurso nacionalista y neotradicionalista contrasta con el resto de Latinoamérica. A la inversa, cuando mirando hacia el siglo XX, el impacto del nacionalismo hispanista, forjado por los ideólogos de la Regeneración, parece sorprendentemente durable y contrasta con su poca «credibilidad».

Una baja credibilidad que se debe, en primer lugar, a una definición vaga, a un contenido poco consistente: la desconfianza hacia los espejismos de la sociedad moderna e industrial, la espiritualidad

hispánica y la fe católica. El elemento más consistente de esta definición es sin duda el catolicismo, impreso eficazmente en la sociedad colombiana mediante el fortalecimiento de la Iglesia, emprendido principalmente por clérigos europeos. Los otros elementos son más tenues. La desconfianza hacia la modernidad material nunca constituyó un verdadero sentimiento unificador de los colombianos, incluso durante el siglo XIX. Siendo una construcción ideológica de letrados urbanos en un país en que las dificultades de acceso a la modernización han reforzado más bien su poder de atracción, el ideal de una edad de oro pastoral, sumisa y feliz apareció desde el comienzo como una representación dotada de poco poder de convicción y de pocas probabilidades de éxito. Su aroma de orden social que debe mantenerse a toda costa invitaba desde el comienzo a la desconfianza. Los conflictos en torno a la tierra, la búsqueda de una reforma agraria durante la década de 1930 y luego el masivo éxodo rural provocado por la violencia de las décadas de 1940 y 1950 demostrarían el carácter quimérico de esta ideología del orden rural. En cuanto a la espiritualidad hispánica, cuyo surgimiento como representación dominante está fuertemente marcada con el sello de una época, la de finales de siglo —que ve florecer en el mundo occidental la gran disputa sobre las respectivas cualidades de los latinos y de los anglosajones—, ofrece también un contenido muy pobre para esta protodefinición nacional. A la inversa de otros países que disponían por lo menos de un discurso indigenista para esbozar una definición nacional, Colombia, mediante sus ideólogos de la nación, sólo logra agarrarse de la borrosa imagen de la esencia primordial de los ancestros peninsulares. La definición por la hispanidad era, desde el comienzo, una representación fosilizada; fue no obstante, sorprendentemente duradera, revelando así, en el transcurso del siglo XX, una pobre dinámica de cuestionamiento de esos mitos de la identidad, aunque hayan demostrado poca adecuación con la realidad nacional.

El estudio del discurso nacionalista forjado por los dirigentes de la Regeneración, conduce a entrever el predominio de la definición negativa, de la definición por el enemigo. Colombia no era industrial

y debía dejar de querer serlo; no estaba sometida a la influencia subversiva europea y era lo mejor que le podía suceder. Con excepción del catolicismo, que constituye sin duda la única definición afirmativa, positiva, los otros elementos de definición son negativos y aparecen deduciendo lo que Colombia no es. La empresa, muy hábil, de los ideólogos de la Regeneración consiste en reivindicar como representación nacional precisamente aquello que Colombia no es. La habilidad de esta empresa no conduciría, sin embargo, a dar un verdadero contenido a los grandes rasgos de la autodefinición nacional. El discurso nacionalista de la Regeneración se ajusta mal a un país ya caracterizado por una politización precoz de las masas, por una débil autoridad del Estado y de la Iglesia y por la búsqueda incesante de una inspiración cosmopolita por parte de los grupos dirigentes. Sumisión, respeto a la autoridad eclesiástica, sentimiento de unidad, rechazo a la modernidad material, aislamiento y voluntad de protegerse de las influencias externas: estos elementos de una definición nacional, impuesta a la sociedad colombiana a finales del siglo XIX, se chocan con la realidad, la cual, si no les es totalmente contraria, les plantea serias objeciones, como si la definición nacional propuesta al país debiera servir para contrabalancear su realidad por el verbo, debiera exorcizar, por la magia de la palabra, las características —los *defectos*, las *taras*, habrían dicho los regeneradores— de la sociedad colombiana. Además de este truco retórico, de esta transformación en elementos de autodefinición nacional de las características sentidas como taras por los liberales —la ausencia de industrialización, el insuficiente contacto con la modernidad exterior, la *superstición* y la herencia hispánica—, la obra de los regeneradores consiste también en construir un discurso nacionalista precisamente en los lugares donde la sociedad colombiana no corresponde a su ideal de sociedad. El espíritu de disciplina es débil: es necesario convencer a los colombianos de que ellos son disciplinados. La percepción de una unidad nacional es casi inexistente: es necesario elaborar un discurso que los convenza de que están unidos por un nacionalismo común. El sentimiento religioso es insufi-

ciente, a pesar de los esfuerzos de educación y de evangelización: es necesario reforzarlo por medio de un discurso sobre la nación católica. En otras palabras, la empresa regeneradora trata de llenar con el discurso el vacío dejado por la debilidad del Estado y de la Iglesia. El verbo compensa las insuficiencias de la construcción nacional y se impone en algunos terrenos como una herramienta alternativa de creación del Estado-nación.

No se trata, evidentemente, de invertir el discurso de la Regeneración, que afirma que la esencia católica y tradicional del país fue violentada por la tiranía de las utopías importadas y de afirmar por el contrario que se trata de un país ya sumergido en la modernidad política, pero refrenado por un neotradicionalismo tardío. Esto, además de ser inexacto, no tendría sentido: la Colombia decimonónica no es por esencia ni liberal ni conservadora. Se trata más bien de llamar la atención sobre el hecho de que su trayectoria política particular —hecha con poco Estado, un liberalismo precoz y mucha manipulación del pueblo—, se acomoda mal con un intento de construcción nacional basado en el mito de la homogeneidad cultural y la disciplina social. El discurso de la cohesión nacional tenderá más bien, al asignar autoritariamente al pueblo una postura de sumisión, a agravar la violencia de la explosión social en el momento en que la estructura jerárquica de la sociedad comenzaría realmente a disgregarse: es la historia del siglo XX colombiano.

Las desilusiones del orden importado

El análisis del discurso nacionalista remite por lo tanto a la construcción del Estado-nación. Al hablar de Estado-nación se debe incluir la Iglesia que con la Regeneración pasa a ocupar un lugar esencial en el proceso de construcción nacional. La Regeneración es considerada como el comienzo del Estado fuerte, pero es principalmente porque la Iglesia, —que logra mejor construirse y afirmar su poder a comienzos del siglo XX— da la ilusión de que el poder del Estado está finalmente afianzado. Pero al apoyarse en la Iglesia para infundir el principio de autoridad y al fracasar en su voluntad de implantar un

orden estatal, la Regeneración deja sin solución, a pesar de la perennidad de muchas de sus reformas institucionales, el problema de la aceptación de la autoridad estatal en Colombia. La historia de la segunda mitad del siglo XX, que es también la historia del progresivo reflujo del papel de la Iglesia en la regulación de la vida social, dejará ver, por el contrario, un Estado cuya fuerza real y cuya capacidad regulatoria siguen siendo, más allá de su desarrollo técnico y cuantitativo, extremadamente débiles. El Estado aumentó, creció y se especializó gracias a modelos institucionales importados; pero no logró aumentar su influencia en la sociedad ni su capacidad de reglamentar la vida social. El esfuerzo retórico de los regeneradores, su infatigable voluntad de convencer a sus compatriotas del éxito de su política de fortalecimiento del poder estatal parece haber ocultado por largo tiempo sus innegables fracasos. El postulado de una Regeneración exitosa en su tarea de imponer la autoridad estatal les convino en realidad tanto a los representantes de la historiografía conservadora como a los de la historiografía liberal: mientras que los primeros encontraban allí los fundamentos de un discurso hagiográfico sobre las grandes realizaciones del régimen, los otros se complacían en denunciar su autoritarismo *liberticida*. Juntos, invitaban a subestimar los fracasos de la Regeneración en su búsqueda de una consolidación de la autoridad estatal. En otras palabras, si la Regeneración no consolidó de manera duradera la autoridad del Estado no es porque no quiso hacerlo, sino porque no alcanzó a hacerlo. Es así como el apogeo de la importación institucional que encarna la Regeneración desemboca prematuramente en las desilusiones del orden importado. El sueño de un orden aceptado, compartido, se aleja. La Regeneración se termina con la más larga y trágica de las guerras civiles del siglo XIX. ¿Cómo analizar entonces este fracaso del orden estatal, una vez disipada la ilusión de que fue construido de forma duradera al final del siglo XIX?

La comprensión del modo de construcción del Estado privilegiado por la Regeneración es aquí esencial. Que las empresas precedentes, en particular la de Mosquera en la década de 1840 y más tarde la

de los radicales durante la década de 1870, no hayan respondido a las esperanzas de sus promotores es evidente; comprender en qué fracasó el proyecto de la Regeneración, a pesar de ser el más construido y el más elaborado del siglo XIX, puede en cambio aportar un rayo de luz a la historia colombiana del siglo XX.

En primer lugar, los dirigentes de la Regeneración se encuentran confrontados con las dificultades estructurales ligadas a los escasos recursos del Estado: recaudar los impuestos, pagar sus sueldos a los funcionarios, restablecer la credibilidad de las funciones del Estado, luchar contra la reticencia general a trabajar en ciertos niveles del dispositivo estatal, constituyen tareas difíciles a las que la importación institucional no aporta ninguna respuesta: el Estado importador no es menos débil que el Estado no importador. La excesiva esperanza puesta en las instituciones importadas, particularmente notable en Carlos Holguín, sin duda el máximo importador institucional de la Colombia decimonónica, tiene como consecuencia ocultar en la mente de los dirigentes esta debilidad fundamental del Estado. Esto explica el sorprendente desfase en la Regeneración, entre el autoritarismo de la ideología oficial y el débil poder del Estado. Es que, a pesar de lo que se espera, la importación de las mismas herramientas no crea los mismos efectos: la exageración de las expectativas puestas en el modelo importado es un defecto característico de la importación institucional. Impregnados por las representaciones amenazantes de la peligrosa Europa, los gobernantes de la Regeneración están convencidos de que la adopción de los instrumentos europeos de orden público podrá engendrar automáticamente la relación de autoridad entre el Estado y la sociedad que buscan establecer. Pero están equivocados.

Como se ha visto, la debilidad del Estado genera el hábito de gobernar por el verbo, más tal vez que en otras sociedades en donde el Estado tiene objetivamente un margen de acción más importante. La debilidad del Estado —eso se advierte tanto en los gobiernos liberales como en la Regeneración— trae como consecuencia la hipertrofia de la retórica política.

Sin embargo, este hábito político constituye otro factor de error para los dirigentes de la nación. De la confusión entre palabra y acción del Estado nace una confianza excesiva en las posibilidades de éxito de los modelos importados. La referencia a los debates europeos es infinitamente más fácil que la implantación de instituciones importadas. Los gobernantes de la Regeneración, cegados por su propia retórica sobre el orden público en las *naciones adelantadas*, no son menos ingenuos que sus predecesores liberales, a quienes estigmatizaron sin descanso por su inclinación a las utopías importadas: el orden promovido por la Regeneración pertenece también a la categoría de las utopías importadas.

El recurso sistemático de los modelos importados, si bien revela errores de percepción, muestra también errores en cuanto a los remedios aplicados. La concepción profundamente instrumental del vínculo político por parte de los grupos dirigentes constituye, más allá de la debilidad financiera del Estado, el más serio obstáculo para la construcción estatal. En efecto, el recurso de los modelos importados tiene lugar ante una sensación de emergencia, por lo general cuando es demasiado tarde. Y la importación ofrece la peligrosa ilusión de que es posible saltar las etapas, ir rápido, avanzar hacia la civilización a marchas forzadas, puesto que el modelo está dado. En el orden importado, el fin justifica los medios; pero parece haber olvidado que los medios no siempre conducen al fin buscado.

Existe efectivamente en la política colombiana del siglo XIX, una relación esencialmente instrumental con el pueblo: el papel político del pueblo consiste ante todo en ser manipulado por los dirigentes, en las guerras civiles como en las elecciones, y esta modalidad esencial de la cultura política no se borra fácilmente —incluso si la historia de la Colombia decimonónica es también la de un pueblo que, politizado por la manipulación de los grupos dirigentes, comienza a ser progresivamente menos maleable y menos controlable.

El mismo esquema instrumental es reproducido por los grupos dirigentes cuando recurren a las instituciones importadas. Más aún, la profusión de modelos institucionales existentes a finales del siglo

XIX y, en resumidas cuentas, la relativa facilidad para reproducirlos y para reclutar a los agentes para su ejecución, constituyen un factor agravante de la concepción instrumental que impera en la política. La abundancia de modelos da una ilusión de facilidad e invita a prestar menos atención a las dinámicas propias de la sociedad en la que se quieren implantar. En la Colombia de finales de siglo, el hecho de que varias tentativas anteriores de control de la sociedad por el Estado —la de los Borbones o la de los «Neoborbones» reunidos alrededor de Mosquera entre 1845 y 1849— hayan fracasado, constituye un telón de fondo poco alentador.

Pero, entusiasmados por la aparente adaptabilidad de estos modelos, los gobernantes colombianos, radicales o regeneradores, prestan insuficiente atención a las dinámicas propias, a la autonomía de los actores y de los sistemas. Ellos piensan que pueden dirigir con toda libertad, y cuando quieren dirigir, descubren con ingenuidad que las cosas se les salen de las manos. A veces perciben el riesgo con anticipación, pero no hasta el punto de modificar su enfoque. La historia de la utilización de los modelos exteriores revela la permanencia de esa concepción fundamentalmente instrumental de la política, heredada de la relación colonial, y que postula que la *civilización* no se construye sino que se *impone*. Los errores de los dirigentes de la Regeneración no son, en este sentido, muy diferentes de los cometidos un siglo antes por los representantes de Carlos III, quienes tratando de recurrir a la autoridad para asegurar la ejecución de las reformas impuestas por la Corona, incitaron a la revuelta, preparando así involuntariamente el terreno para el movimiento independentista.

El primer obstáculo al éxito de la importación institucional reside, en efecto, en una profunda y antigua desconfianza de la sociedad frente a la autoridad del Estado; una desconfianza ya patente en la época colonial. A fines del siglo XIX, el desprecio general que encuentra la Policía Nacional durante sus primeros años de existencia brinda la mejor prueba de ello.

A esta profunda reticencia a la autoridad —cuya persistencia es subestimada por los dirigentes políticos— se añade otro gran esco-

llo: su propia dificultad de entender el aparato estatal como otra cosa que un arma del poder político. Los dirigentes de la Regeneración subestiman claramente las consecuencias de su propia tendencia a utilizar el Estado como un instrumento esencialmente político. Lejos de ser ejemplos de neutralidad política y social, las instituciones represivas europeas de esta época evidencian, sin embargo, un proceso más avanzado de reconocimiento de la autonomía del Estado frente al poder político. Al contrario, los gobiernos de Holguín y Caro conciben el dispositivo represivo del Estado como una herramienta directa del poder político, sin medir bien hasta qué punto la politización del aparato estatal constituiría un obstáculo a la consolidación de su autoridad.

La tendencia de los gobiernos a imponer en Colombia, un país marcado por la debilidad histórica de su Estado, modelos provenientes de países dotados de un Estado fuerte, es otro obstáculo importante a la consolidación de la autoridad estatal. Los radicales van a buscar en Alemania el modelo educativo que constituirá la punta de lanza de su proyecto político; los regeneradores encuentran en Francia sus modelos de orden público. Como si la fuerza del ejemplo fuera suficiente por sí misma. Pero en la Colombia decimonónica el aparato estatal no es ni tan fuerte ni tan imparcial como para permitirse forzar con éxito la estructura social. Por el contrario, perpetuará su debilidad y la legará al siglo XX, fracasando en sus sucesivos intentos por afirmar su dominio sobre la sociedad a través del recurso de modelos importados sobrecargados de expectativas. El neotradicionalismo de la Regeneración revela así el predominio de una modernidad de ruptura, esta vez bajo la forma invertida de un tradicionalismo importado que busca borrar radicalmente un pasado liberal, un pasado, al menos, marcado por la «ficción democrática». La tentación de la *tabula rasa* que anima a los neoconservadores de la Regeneración —esos «jacobinos blancos» según la expresión de Miguel Samper— revelaría una vez más sus límites. Su cálculo pudo haber sido bueno a corto plazo aunque se pagó muy caro con la guerra de los Mil Días: una vez asegurada la victoria en 1902, los

conservadores iniciarían un período de casi treinta años de poder ininterrumpido. A largo plazo, sin embargo, el cálculo no sería tan bueno: las líneas divisorias fijadas en la época de la Regeneración irían a convertirse en los catalizadores esenciales de la incontrolable explosión de violencia política y social que ensangrentaría la década de 1950.

Al comienzo de la Regeneración, en 1881, Carlos Holguín había escrito, analizando la política europea durante su viaje al otro lado del Atlántico, que en comparación, la tarea de los dirigentes políticos en Colombia «parece y es un juego de niños». Dos décadas más tarde, la experiencia de la Regeneración había demostrado definitivamente que crear un orden estatal en Colombia era todo menos un juego de niños.

Bibliografía

1. MANUSCRITOS

1.1 Archivos personales

1.1.1 Biblioteca Nacional, Bogotá, Sección Manuscritos

Tomos consultados: 194, 314, 328, 435, 437, 438, 439, 440, 441, 443, 445, 446, 447, 456, 457, 464, 523.

BORDA, José Joaquín, Carta a Anselmo Pineda, París, marzo 15, 1850, BNB, Man., t. 447, ff. 130-132.

CUERVO, Rufino, Participación de viaje a Europa, Bogotá, enero 2, 1844, BNB, Man., t. 437, f. 226.

DUQUE, Mariano, Cartas a Anselmo Pineda durante su viaje a Europa, Londres, Liverpool, 1852-1853, BNB, Man., t. 440, ff. 124, 126-27, 135-36, 142-43 y 259-60.

GONZÁLEZ, Florentino, Participación de viaje a Europa, Bogotá, s. f. [década de 1840], BNB, Man., t. 446, f. 213.

HUGO, Víctor, Carta a Antonio María Pradilla, Hauteville House, Guernesey, octubre 2, 1863, BNB, Man., t. 523.

ISAACS, Jorge, Apuntamientos de lectura en viaje, 1881, BNB, Man. t. 314.

OSPINA, Pastor, Cartas a su hermano Mariano desde París, 1853, BNB, Man., t. 194, ff. 61-68.

TORRES CAICEDO, José María, Carta a Anselmo Pineda, París, mayo 15, 1858, BNB, Man., t. 439, f. 65.

________ Carta a Anselmo Pineda, París, septiembre 15, 1858, BNB, Man., t. 440, f. 457.

1.1.2 Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá

ARBOLEDA, Julio, Cartas a Camilo A. Ordóñez, 1859-1860, BLAA, Mss. 170.

CARO, Miguel Antonio, Carta a Manuel A. Sanclemente, Bogotá, septiembre 4, 1900, BLAA, Mss. 650, pieza 5.

CARO, Félix V., Borrador del Diario de la Revolución del 17 de abril de 1854, BLAA, Mss. 96.

CUENCA, Tomás, Diario de Lectura, 1855-1860, BLAA, Mss. 5.

CUERVO, Antonio Basilio, Documentos, 1845-1893, BLAA, Mss. 30-31.

________ Carta a Indalecio Saavedra, Madrid, febrero 25, 1887, BLAA, Mss. 301.
CUERVO, Luis María, Documentos, 1849-1884, BLAA, Mss. 66.
GUTIÉRREZ DE ALBA, José María, Diario de impresiones de mi viage a la América del Sur, 1870 [enero a mayo], BLAA, Mss. 506.
MARROQUÍN, José Manuel, Carta a Luis Carlos Rico, s. f. [1890], BLAA, Mss. 348.
MARTÍN, Carlos, Cartas a Felipe Pérez, 1871, BLAA, Mss. 349.
NÚÑEZ, Rafael, Cartas a Marceliano Vélez, 1885-1891, BLAA, Mss. 674 [94 cartas].
________ Cartas a Luis Carlos Rico, 1876-1893, BLAA, Mss. 99.
NÚÑEZ, Ricardo, Cartas a Felipe Paúl, Bruselas, Roma, 1895, BLAA, Mss. 679 [2 cartas].
OTÁLORA, José Eusebio, Documentos, BLAA, Mss. 374.
OSPINA, Mariano, Cartas a Lino de Pombo, BLAA, Mss. 373.
PARDO, Andrés María, Diario de viaje a Europa, 1866, BLAA, Mss. 10.
RICO, Luis Carlos, Carta a José Manuel Marroquín, s. f., BLAA, Mss. 348.
SALGAR, Eustorgio, Correspondencia, BLAA, Mss. 183.
SUÁREZ LACROIX, Roberto, Documentos, 1870-1884, BLAA, Mss. 104.
ZAPATA, Felipe, Cartas a Aquileo Parra, 1875-1880, BLAA, Mss. 426.

1.1.3 Academia Colombiana de Historia, Bogotá

Archivo Salvador CAMACHO ROLDÁN.

1.1.4 Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales, Medellín

Archivo Mariano OSPINA RODRÍGUEZ.
Archivo Pedro Nel OSPINA.

1.1.5 Biblioteca Pública Piloto, Medellín

Archivo Marcelino RESTREPO.

1.1.6 Archivo Central del Cauca, Popayán

Archivo ARBOLEDA.
Archivo MOSQUERA.

1.2 Archivos institucionales

1.2.1 Archivo General de la Nación, Bogotá

Fondo República. Ministerio de lo Interior y Relaciones Exteriores, 1831-1891 (107 tomos). Tomos consultados: 6, 20, 30, 39, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 85, 88, 89.
Fondo República. Policía Nacional (7 tomos). Tomos consultados: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7.
Fondo República. Establecimientos de Castigo (3 tomos). Tomos consultados: 1, 2, 3.
Fondo Congreso. Tomos consultados: 4, 6.

1.2.2 *Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá*

Atentados contra los ministros extranjeros en 1854, BLAA, Mss. 151.

1.2.3 *Archivo del* Ministère des Affaires Etrangères, *París.*

Affaires Diverses Politiques, Colombia (3 cajas). Cajas consultadas: 1, 2, 3.
Correspondance Politique, Colombia, volumen 32 (1870-1878).
Série A, caja N°. 9.

1.2.4 *Archives Nationales, París.*

Série F 18 Imprimerie, librairie, presse, censure.

2. FUENTES PRIMARIAS IMPRESAS

2.1 Impresos oficiales del Estado colombiano

2.1.2 *Mensajes del Presidente de la República al Congreso, 1848-1898*

MOSQUERA, Tomás Cipriano, *Mensage del Presidente de la Nueva Granada al Congreso Constitucional de 1848*, Bogotá, 1848.

________ *Mensaje del Presidente de la República al Congreso de 1849*, Bogotá, Imprenta de Ancízar i Pardo, 1849.

LÓPEZ, José Hilario, *Mensaje del Presidente de la República al Congreso Constitucional de la Nueva Granada*, Bogotá, Echeverría Hermanos, 1853.

OBANDO, José María, *Mensaje que el Presidente de la Nueva Granada dirije al Congreso de 1854*, Bogotá, Imprenta del Neogranadino, 1854.

OBALDÍA, José de, *Mensaje que el Vice-Presidente de la República, encargado del Poder Ejecutivo, dirije al Congreso en sus sesiones ordinarias de 1855*, Bogotá, Imprenta del Neo-Granadino, 1855.

MALLARINO, Manuel María, *Mensaje del Vicepresidente de la Nueva Granada, encargado del Poder Ejecutivo, al Congreso Constitucional de 1856*, Bogotá, 1856.

OSPINA, Mariano, *Mensaje del Presidente de la Nueva Granada al Congreso Nacional en sus sesiones de 1858*, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1858.

________ *Informe del Presidente de la Confederación Granadina al Congreso Nacional de 1859*, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1859.

________ *Informe del Presidente de la Confederación Granadina al Congreso Nacional de 1860*, Bogotá, 1860.

________ *Informe del Presidente de la Confederación Granadina al Congreso Nacional de 1861*, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1861.

MOSQUERA, Tomás Cipriano, *Informe del Presidente de los Estados Unidos de Colombia al Congreso en 1867*, Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 1867.

GUTIÉRREZ, Santos, *Mensaje del Presidente de los Estados Unidos de Colombia al Congreso de 1869*, Bogotá, Imprenta de Gaitán, 1869.

_________ *Mensaje del Presidente de los Estados Unidos de Colombia al Congreso de 1870*, Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1870.

SALGAR, Eustorgio, *Mensaje del Presidente de la Unión al Congreso Nacional de 1871*, Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1871.

_________ *Mensaje del Presidente de la Unión al Congreso Nacional*, Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1872.

PÉREZ, Santiago, *Mensaje del Presidente de la Unión al Congreso de 1875*, Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1875.

_________ *Mensaje del Presidente de la Unión al Congreso de 1876*, Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1876.

TRUJILLO, Julián, *Mensaje del Ciudadano Presidente de la Unión sobre el fomento de la enseñanza de la industria agrícola*, Bogotá, 1878.

_________ *Mensaje del Ciudadano Presidente de la Unión sobre varios puntos relacionados con la cuestión relijiosa bajo su aspecto legal*, Bogotá, 1878.

_________ *Mensaje del Presidente de los Estados Unidos de Colombia al Congreso de 1879*, Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 1879.

NÚÑEZ, Rafael, *Mensaje del Presidente Constitucional de los Estados Unidos de Colombia al Congreso Federal de 1882*, Bogotá, 1882.

OTÁLORA, José Eusebio, *Mensaje del Presidente de la Unión a las Cámaras Legislativas en sus sesiones de 1883*, Bogotá, Imprenta de Zalamea Hermanos, 1883.

NÚÑEZ, Rafael, *Mensaje del Presidente de Colombia al Congreso Constitucional instalado el 20 de julio de 1888*, Bogotá, 1888.

HOLGUÍN, Carlos, *Mensaje del Presidente de la República al Congreso Nacional*, Bogotá, Zalamea Hermanos, 1890.

_________ *Mensaje del Presidente de la República a las Cámaras Legislativas*, Bogotá, Imprenta de «La Luz», 1892.

CARO, Miguel Antonio, *Mensaje que el Vice-Presidente de la República, encargado del Poder Ejecutivo, dirige al Congreso Nacional en la solemne apertura de las sesiones ordinarias de 1894*, Bogotá, Imprenta de «La Luz», 1894.

_________ *Mensaje que el Vicepresidente de la República encargado del Poder Ejecutivo dirige al Congreso Nacional reunido en Bogotá el 20 de julio de 1896*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1896.

_________ *Mensaje del Vicepresidente de la República encargado del Poder Ejecutivo al Congreso de 1898*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1898.

2.1.3 *Informes ministeriales*

Tres reorganizaciones importantes de la administración central colombiana tienen lugar durante el período estudiado: entre 1861 y 1863, en 1880 y en 1886. El primer período corresponde a una reducción de la administración central en

provecho de la administración de los Estados Soberanos; los de 1880 y 1886 corresponden, por el contrario, al refortalecimiento de la administración central, así como a la recentralización de numerosas atribuciones. Por tanto, la bibliografía de los informes ministeriales se divide en tres grandes períodos.

2.1.3.1 Hasta 1861

Secretaría de Gobierno, 1851-1861.

CAMACHO, Manuel Dolores, *Informe del Secretario de Estado del Despacho de Gobierno de la Nueva Granada al Congreso Constitucional,* Bogotá, 1851.

PLATA, José María, *Informe del Secretario de Estado del Despacho de Gobierno de la Nueva Granada al Congreso Constitucional de 1852,* Bogotá, 1852.

CUÉLLAR, Patrocinio, *Informe del Secretario de Estado del Despacho de Gobierno de la Nueva Granada al Congreso Constitucional de 1853,* Bogotá, 1853.

REAL, Antonio del, *Informe del Secretario de Estado del Despacho de Gobierno de la Nueva Granada al Congreso Constitucional de 1854,* Bogotá, 1854.

OSPINA, Pastor, *Esposición del Secretario de Estado del Despacho de Gobierno de la Nueva Granada al Congreso Constitucional de 1855,* Bogotá, 1855.

PINZÓN, Cerbeleón, *Esposición del Secretario de Gobierno al Congreso Constitucional de 1856,* Bogotá, 1856.

ORTEGA, José María, *Informe que el Secretario de Estado del Despacho de Gobierno de la Nueva Granada dirije al Congreso de 1857,* Bogotá, 1857.

SANCLEMENTE, Manuel Antonio, *Informe que el Secretario de Gobierno de la Nueva Granada dirije al Congreso Nacional de 1858,* Bogotá, 1858.

________ *Informe que el Secretario de Estado del Despacho de Gobierno i Guerra de la Confederación Granadina dirije al Congreso Nacional de 1859,* Bogotá, 1859.

________ *Memoria del Secretario de Estado del Despacho de Gobierno i Guerra de la Confederación Granadina presentada al Congreso Nacional de 1860,* Bogotá, 1860.

________ *Memoria del Secretario de Gobierno i Guerra de la Confederación Granadina presentada al Congreso Nacional en sus sesiones de 1861,* Bogotá, 1861.

Secretaría de Relaciones Exteriores, 1844-1861.

ACOSTA, Joaquín, *Informe del Secretario de Estado del despacho de Relaciones Exteriores de Nueva Granada al Congreso Constitucional de 1844,* Bogotá, Imprenta de José A. Cualla, 1844.

MALLARINO, Manuel María, *Informe del Secretario de Estado en los despachos de Relaciones Exteriores i Mejoras Internas al Congreso de 1848,* Bogotá, Imprenta de Nicolás Gómez, 1848.

PINZÓN, Cerbeleón, *Informe del Secretario de Relaciones Exteriores al Congreso Constitucional de 1849,* Bogotá, Imprenta de Ancízar i Pardo, 1849.

PAREDES, Victoriano de Diego, *Informe del Secretario de Estado del Despacho de Relaciones Esteriores de la Nueva Granada al Congreso Constitucional de 1851,* Bogotá, Imprenta del Neogranadino, 1851.

PLATA, José María, *Informe del Secretario de Estado del Despacho de Relaciones Esteriores de la Nueva Granada a las Cámaras Legislativas de 1852,* Bogotá, Imprenta del Neogranadino, 1852.

________ *Informe del Secretario de Estado del Despacho de Relaciones Esteriores de la Nueva Granada al Congreso Constitucional de 1853,* Bogotá, Imprenta del Neogranadino, 1853.

PINZÓN, Cerbeleón, *Informe que el Secretario de Relaciones Esteriores de la Nueva Granada presenta al Congreso de 1854,* Bogotá, Imprenta del Neogranadino, 1854.

________ *Informe que el Secretario de Relaciones Esteriores de la Nueva Granada presenta al Congreso de 1855,* Bogotá, Imprenta del Neogranadino, 1855.

POMBO, Lino de, *Esposición del Secretario de Relaciones Esteriores al Congreso de la Nueva Granada en sus sesiones ordinarias de 1856,* Bogotá, Imprenta del Neogranadino, 1856.

________ *Esposición del Secretario de Relaciones Esteriores al Congreso de la Nueva Granada en sus sesiones ordinarias de 1857,* Bogotá, Imprenta del Estado, 1857.

PARDO, José Antonio, *Esposición del Secretario de Relaciones Esteriores de la Nueva Granada al Congreso de 1858,* Bogotá, Imprenta de la Nación, 1858.

________ *Informe del Secretario de RR.EE. de la Confederación Granadina al Congreso Nacional de 1859,* Bogotá, Imprenta de la Nación, 1859.

________ *Memoria del Secretario de RR.EE. de la Confederación Granadina al Congreso Nacional de 1860,* Bogotá, Imprenta de la Nación, 1860.

________ *Memoria del Secretario de RR.EE. de la Confederación Granadina al Congreso Nacional de 1861,* Bogotá, Imprenta de la Nación, 1861.

2.1.3.2 De 1861 a 1880

Entre 1861 y 1880, las atribuciones respectivas de la *Secretaría de Relaciones Exteriores* y de la *Secretaría de Gobierno* son reagrupadas en la *Secretaría de lo Interior y Relaciones Exteriores.*

Secretaría de lo Interior y Relaciones Exteriores, 1865-1880.

VALENZUELA, Teodoro, *Esposición del Secretario de lo Interior i Relaciones Esteriores al Congreso de los Estados Unidos de Colombia en sus sesiones ordinarias de 1865,* Bogotá, Imprenta de la Nación, 1865.

PÉREZ, Santiago, *Esposición del Secretario de lo Interior i Relaciones Esteriores de los Estados Unidos de Colombia al Congreso de 1866,* Bogotá, 1866.

ROJAS GARRIDO, José María, *Memoria de la Secretaría de lo Interior y Relaciones Esteriores,* Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 1867.

MARTÍN, Carlos, *Memoria del Secretario de lo Interior y Relaciones Exteriores de los Estados Unidos de Colombia al Congreso federal de 1868,* Bogotá, Imprenta de la Nación, 1868.

PÉREZ, Santiago, *Memoria del Secretario de lo Interior i Relaciones Esteriores al Congreso Nacional de 1869,* Bogotá, Imprenta i estereotipía de El Liberal, 1869.

PRADILLA, Antonio María, *Memoria del Secretario de lo Interior i Relaciones Esteriores al Congreso de Colombia,* Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1870.

ZAPATA, Felipe, *Memoria del Secretario de lo Interior i Relaciones Esteriores al Congreso de Colombia,* Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1871.

_________ *Memoria del Secretario de lo Interior i Relaciones Esteriores al Congreso nacional de 1872,* Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1872.

COLUNJE, Gil, *Memoria del Secretario de lo Interior i Relaciones Esteriores de los Estados Unidos de Colombia para el Congreso de 1873,* Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1873.

_________ *Memoria del Secretario de lo Interior i Relaciones Esteriores para el Congreso de 1874,* Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1874.

SÁNCHEZ, Jacobo, *Memoria del Secretario de lo Interior i Relaciones Esteriores de los Estados Unidos de Colombia para el Congreso de 1875,* Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1875.

RUEDA, Francisco de Paula, *Memoria del Secretario de lo Interior i Relaciones Esteriores de los Estados Unidos de Colombia para el Congreso de 1876,* Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1876.

RODRÍGUEZ, Carlos Nicolás, *Memoria del Secretario de lo Interior i Relaciones Esteriores de los Estados Unidos de Colombia al Congreso de 1877,* Bogotá, Imprenta de Rafael Pérez, 1877.

SALGAR, Eustorgio, *Memoria del Secretario de lo Interior i Relaciones Esteriores dirijida al Presidente de la Unión para el Congreso de 1878,* Bogotá, Imprenta de J. B. Gaitán, 1878.

AROSEMENA, Pablo, *Memoria del Secretario de lo Interior i Relaciones Esteriores dirijida al Presidente de la Unión para el Congreso de 1879,* Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 1879.

RICO, Luis Carlos, *Memoria del Secretario de lo Interior y Relaciones Exteriores dirigida al Presidente de la Unión para el Congreso de 1880,* Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 1880.

2.1.3.3 De 1880 a 1886

En 1880, las áreas del Interior y de Relaciones Exteriores son nuevamente separadas en *Secretaría de Gobierno* y *Secretaría de Relaciones Exteriores.* También se crean dos nuevas entidades: la *Secretaría de Instrucción Pública,* una dirección adscrita hasta ese momento al Interior, y la *Secretaría de Fomento,* derivada de la *Secretaría de Hacienda.*

Secretaría de Gobierno, 1881-1885

ARAÚJO, José, *Memoria del Secretario de Gobierno dirijida al Presidente de la República para el Congreso de 1881*, Bogotá, 1881.

REINALES, Buenaventura, *Memoria del Secretario de Gobierno dirigida al Presidente de la Unión para el Congreso de 1883*, Bogotá, 1883.

BECERRA, Ricardo, *Memoria del Secretario de Gobierno dirigida al Presidente de la Unión para el Congreso de 1884*, Bogotá, 1884.

ARRIETA, Diógenes, *La Regeneración. Exposición Preliminar a la Memoria de la Secretaría de Gobierno*, Bogotá, 1885.

Secretaría de Relaciones Exteriores, 1881-1885.

SANTAMARÍA, Eustacio, *Memoria del Secretario de Relaciones Esteriores dirijida al Presidente de la Unión para el Congreso de 1881*, Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 1881.

CALDERÓN, Clímaco, *Memoria del Secretario de Relaciones Exteriores presentada al Congreso Nacional de 1882*, Bogotá, Imprenta de Colunje y Vallarino, 1882.

BECERRA, Ricardo, *Memoria de Relaciones Exteriores presentada al Presidente de la Unión por el Secretario que estuvo encargado de dicho departamento, en el período trascurrido desde el 11 de febrero hasta el 23 de julio de 1881*, Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 1882.

QUIJANO WALLIS, José María, *Memoria del Secretario de Relaciones Exteriores dirigida para el Congreso de 1883*, Bogotá, Imprenta de «La Luz», 1883.

PÉREZ, Julio E., *Memoria del Secretario de Relaciones Exteriores presentada al Congreso Nacional de 1884*, Bogotá, Imprenta de «La Luz», 1884.

TANCO, Mariano, *Memoria del Secretario de Relaciones Exteriores dirigida al Presidente de la Unión para el Congreso de 1885*, Bogotá, Imprenta de Zalamea Hermanos, 1885.

Secretaría de Instrucción Pública, 1881-1884.

PÉREZ, Rafael, *Memoria del Secretario de Instrucción Pública dirijida al Presidente de los Estados Unidos de Colombia para el Congreso en sus sesiones de 1881*, Bogotá, 1881.

BECERRA, Ricardo, *Memoria del Secretario de Instrucción Pública correspondiente al año de 1881*, Bogotá, 1881.

URUETA, Rufo, *Memoria del Secretario de Instrucción Pública*, Bogotá, 1882.

URIBE, José Vicente, *Memoria del Secretario de Instrucción Pública correspondiente al año de 1883*, Bogotá, 1884.

Secretaría de Fomento, 1881-1885.

OBREGÓN, Gregorio, *Memoria que el Secretario de Fomento dirije al Presidente de los Estados Unidos de Colombia*, Bogotá, 1881.

GONZÁLEZ LINEROS, Narciso, *Memoria que el Secretario de Fomento dirije al Presidente de los Estados Unidos de Colombia*, Bogotá, 1882.
REINALES, Buenaventura, *Memoria que el Secretario de Fomento dirije al Presidente de la Unión*, Bogotá, 1884.
BORRERO, Napoleón, *Memoria del Secretario de Fomento, dirigida al Presidente de la Unión para el Congreso de 1885*, Bogotá, 1885.

2.1.3.4 Después de 1886

Con la adopción de la nueva Constitución en 1886, las *Secretarías de Estado* creadas en 1881 pasan a ser *Ministerios*, con responsabilidades nacionales mucho más amplias.

Ministerio de Gobierno, 1888-1898.

HOLGUÍN, Carlos, *Memoria del Ministro de Gobierno de Colombia al Congreso Constitucional de 1888*, Bogotá, 1888.
OSPINA CAMACHO, José Domingo, *Informe presentado por el Ministro de Gobierno al Congreso de la República en 1890*, Bogotá, 1890.
DELGADO, Evaristo, *Informe del Ministro de Gobierno de Colombia al Congreso Constitucional de 1892*, Bogotá, 1892.
HOLGUÍN, Luis María, *Informe que presenta el Sub-Secretario encargado del Ministerio de Gobierno de Colombia al Congreso Constitucional de 1894*, Bogotá, 1894.
ROBAYO, Antonio W., *Informe que el Sub-Secretario encargado del Ministerio de Gobierno de Colombia presenta al Congreso Constitucional de 1896*, Bogotá, 1896.
ROLDÁN, Antonio, *Informe presentado por el Ministro de Gobierno de Colombia al Congreso Constitucional de 1898*, Bogotá, 1898.

Ministerio de Relaciones Exteriores, 1888-1898.

RESTREPO, Vicente, *Informe que el Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Colombia dirige al Congreso Constitucional de 1888*, Bogotá, Casa editorial de J. J. Pérez, 1888.
ROLDÁN, Antonio, *Informe del Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Colombia al Congreso Constitucional de 1890*, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1890.
SUÁREZ, Marco Fidel, *Informe que el Sub-Secretario de Relaciones Exteriores encargado del Despacho de Relaciones Exteriores dirije al Congreso de 1892*, Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 1892.
_________ *Informe dirigido al Congreso de 1894 por el Ministro de Relaciones Exteriores*, Bogotá, Zalamea Hermanos, 1894.
HOLGUÍN, Jorge, *Informe del Ministro de Relaciones Exteriores al Congreso de 1896*, Bogotá, Imprenta de Antonio M. Silvestre, 1896.
GÓMEZ RESTREPO, Antonio, *Informe que el Sub-Secretario de Relaciones Exteriores encargado del Despacho presenta al Congreso de 1898*, Bogotá, Imprenta de Luis M. Holguín, 1898.

Ministerio de Instrucción Pública, 1888-1890.

CASAS ROJAS, Jesús, *Informe presentado al Congreso de la República en sus Sesiones ordinarias de 1888 por el Ministro de Instrucción Pública,* Bogotá, 1888.

———— *Informe que el Ministro de Instrucción Pública presenta al Congreso de Colombia en sus sesiones ordinarias de 1890,* Bogotá, 1890.

Ministerio de Fomento, 1890-1894.

CANAL, Leonardo, *Informe del Ministro de Fomento al Congreso de la República de Colombia en sus sesiones ordinarias de 1890,* Bogotá, 1890.

URIBE, Carlos, *Informe que el Ministro de Fomento presenta al Congreso de Colombia en sus sesiones ordinarias de 1892,* Bogotá, 1892.

DE BRIGARD, Juan, *Informe que el Ministro de Fomento presenta al Congreso de Colombia en sus sesiones ordinarias de 1894,* Bogotá, 1894.

2.1.4 *Periódicos oficiales de la Nación*

Anales de la Cámara de Representantes, Bogotá, 1892.

Anales del Congreso, Bogotá, 1890, 1892, 1893.

Anales de Instrucción Pública. Periódico Oficial destinado al fomento y a la estadística de los Establecimientos de enseñanza pública, Bogotá, 1883, 1886, 1887.

2.1.5 *Otras publicaciones oficiales*

ARBOLEDA, Julio, *Mensajes cruzados entre los presidentes de las Cámaras del Senado y de Representantes sobre naturalización de extranjeros,* Bogotá, s. f.

CADENA, Pedro Ignacio (ed.), *Anales diplomáticos de Colombia,* Bogotá, Imprenta de Manuel José Barrera, 1878.

CARRASQUILLA, Tomás, *Inmigración y colonización. Informe que presenta Tomás Carrasquilla H. al Señor Ministro de Obras Públicas y Fomento,* Bogotá, Imprenta Nacional, 1906.

Colección de documentos sobre inmigración de extranjeros reimpresos de la Gaceta de la Nueva Granada, Número 611 del 13 de setiembre de 1847, Bogotá, Imprenta de J. A. Cualla, 1847.

Colección de los principales documentos relacionados con la administración de la Hacienda Nacional en el año de 1871, Bogotá, Imprenta de Gaitán, 1872.

F. LINCE, J. M., *Informe del gobernador de Medellín,* Medellín, 1852.

Lei sobre protección de los inmigrantes estranjeros, Bogotá, Imprenta de M. Rivas, 1871.

MURILLO TORO, Manuel, *Mensaje del Presidente de la Cámara de Representantes a la del Senado,* Bogotá, 1851.

PINZÓN, Cerbeleón, *Catecismo republicano para instrucción popular,* Bogotá, Imprenta de «El Mosaico», 1864.
Reglamento general de la Policía Nacional de Bogotá, Bogotá, Imprenta de El Telegrama, 1891.
SOLANO, J. N., *Exposición que dirige Juan N. Solano, cesante en la Presidencia del Estado de Boyacá, a su sucesor,* Duitama, Imprenta del Colejio de Solano, 1867.
URIBE, José Antonio (ed.), *Anales diplomáticos y consulares de Colombia,* Imprenta Nacional, 1901, 9 ts.
VARGAS VEGA, Antonio, *Informe relativo a las enseñanzas universitarias,* Bogotá, Imprenta de Gaitán, 1878.
ZAPATA, Dámaso, *Informe del Superintendente de Instrucción Pública a la Asamblea Legislativa de 1871,* Socorro, 1871.

2.2 Periódicos

2.2.1 *Periódicos colombianos*

Abeja, La, Órgano del Consejo Directivo de la Sociedad Protectora de Niños Desamparados, Bogotá, 1883, 1884.
Alacrán, El, Bogotá, 1849.
América, La, Bogotá, 1872.
Anales de los establecimientos de educación y beneficiencia de Bogotá, Bogotá, 1865.
Bogotano libre, El, Bogotá, 1855.
Boletín Industrial. Revista Comercial de la Casa de Pereira Gamba & Compañía, Barranquilla, 1872.
Boletín Industrial. Órgano de la Casa de Pereira Gamba y Compañía, Medellín, 1873, 1874.
Boletín Masónico. Órgano de la Gran Lojia de Bogotá, Bogotá, 1874, 1875, 1876.
Boyacense, El, Tunja, 1866, 1870.
Bruja, La, Bogotá, 1866, 1867.
Caridad, La, Bogotá, 1870, 1871.
Catolicismo, El, Periódico oficial del arzobispado, Eco de las poblaciones católicas de la Nueva Granada, Bogotá, 1849, 1850, 1855, 1856.
Civilización, La, Bogotá, 1849, 1850.
Colombia Cristiana, Bogotá, 1892, 1893.
Colombia Ilustrada, Bogotá, 1889, 1890, 1891, 1892.
Conservador, El, Bogotá, 1893, 1896, 1900.
Día, El, Bogotá, 1851.
17 de Abril, El, Bogotá, 1854.
Familia, Las Lecturas para el hogar, Bogotá, 1884, 1885.
Gaceta Mercantil, La, Santa Marta, 1847.
Gaceta Mercantil, La, Barranquilla, 1882.
Heraldo, El, Bogotá, 1893, 1894, 1895, 1896.
Hoja Noticiosa, La, Barranquilla, 1882.

Ilustración, La, Bogotá, 1870.
Instituto, El, Órgano de la Escuela de Artesanos, Bogotá, 1886 a 1892.
Mosaico, El, Bogotá, 1860.
Mujer, La, Bogotá, 1880, 1881.
Nación, La, Bogotá, 1885.
Neogranadino, El, Bogotá, 1849 a 1852.
Observador, El, Panamá, 1892.
Opinión, La, Periódico Oficial, Bogotá, 1900.
Orden Público, El, Bogotá, 1900.
Orden, El, Bogotá, 1893, 1894.
Papel Periódico Ilustrado, El, Bogotá, 1881 a 1883.
Repertorio Colombiano, El, Bogotá, 1878 a 1884.
Revista de Colombia, La, Bogotá, 1868.
Semana Literaria de «El Hogar», La, Bogotá, 1869.
Semana Religiosa de Popayán. Periódico de la Diócesis, Popayán, 1886 a 1888.
Semanario Comercial, El, Barranquilla, 1881.
Tolerante, El, Bogotá, 1872, 1873.
Tolima, El, Ibagué, 1890.
Viajero, El, Bogotá, 1897.

2.2.2 *Periódicos publicados en Europa*

Altar y Trono. Revista hispano-americana, redactada por conocidos escritores católico-monárquicos, y dirigida par los señores D. A. J. de Vildósola y D. Valentín Gómez, Madrid, 1869, 1870, 1871.
América, La, Crónica hispano-americana, Madrid, 1859, 1860, 1861, 1862.
Americano, El, París, 1872, 1873, 1874.
Andes, Los. Semanario americano ilustrado, París, 1878.
Correo de Ultramar, El, Periódico político-literario, mercantil e industrial, París, 1860, 1880.
Correo hispano-americano, El, París, 1870.
Deux Amériques, Les, París, 1892, 1893, 1894.
Europa y América. Revista quincenal ilustrada de literatura, artes y ciencias, París, 1880, 1881.
Ilustración hispano-americana, La, París, 1857.
Mundo americano, El, París, 1875, 1876, 1877.
Revista latino-americana, París, 1874.

2.3 Libros, artículos, folletos y hojas sueltas

Acontecimientos de Turmequé, desde el 11 de setiembre último, hasta la fecha, octubre 10, 1853.
ACOSTA DE SAMPER, Soledad, *Memorias presentadas en congresos internacionales que se dieron en España durante las fiestas del IV Centenario del descubrimiento de América, en 1892,* Chartres, Imprenta de Durand, 1893.

_________ *Novelas y cuadros de la vida sur-americana,* Gante, Imprenta de Eug. Vanderhaegen, 1869.

_________ *Viaje a España en 1892,* Bogotá, A. M. Silvestre, 1893, 2 ts.

AGUILAR, Federico Cornelio, *Colombia en presencia de las repúblicas hispano-americanas,* Bogotá, Ignacio Borda, 1884.

_________ *Recuerdos de un viaje a Oriente,* Bogotá, Imprenta de El Tradicionista, 1875.

Al Público. El Redactor del Porvenir, Bogotá, noviembre 10, 1857.

Almanaque curioso para el año de 1861. Contiene datos estadísticos, recetas, anécdotas i avisos importantes. Calculado para la Confederación Granadina, Bogotá, Imprenta de El Mosaico, 1860.

Almanaque de la Imprenta de «La Luz» histórico, astronómico y eclesiástico para el año bisiesto de 1884, Bogotá, Imprenta de «La Luz», 1883.

Almanaque para el año bisiesto de 1852 acompañado de algunas máximas jenerales que deben observar los ciudadanos a quienes toca desempeñar el cargo de jurados, por el General Joaquín Acosta, Bogotá, Imprenta de El Día, [1852].

Almanaque para el año de 1862 calculado por un intelijente, Bogotá, Imprenta de Nicolás Gómez, [1862].

ÁLVAREZ, Enrique, *Discurso pronunciado en la sesión solemne de la Sociedad de Caridad por su Presidente, Señor Enrique Álvarez, el día 31 de mayo de 1874,* Chiquinquirá, Imprenta de Luis J. Fajardo, 1874.

AMÉZQUITA, Antonio M., *Oración fúnebre pronunciada por el señor doctor Antonio M. Amézquita en las honras que por el alma del señor D. José María Vergara y Vergara tuvieron lugar en la Iglesia de San Francisco el día 22 de febrero de 1873,* Bogotá, Imprenta de «La América», 1873.

ANCÍZAR, Manuel, *Anarquía y rojismo en la Nueva Granada,* Santiago, Imprenta de Julio Belin, marzo 21, 1853.

ANDRADE GONZÁLEZ, Gerardo, (ed.), *Prosa de Julio Arboleda. Jurídica, política, heterodoxa y literaria,* Bogotá, Ediciones del Banco de la República, 1984.

Annuaire du Comité d'Archéologie Américaine, París, 1863 a 1865.

ARAÚJO VÉLEZ, Angelina (ed.), *Epistolario de Ángel y Rufino José Cuervo con corresponsales colombianos,* Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1990.

_________ *Epistolario de Rufino J. y Ángel Cuervo con corresponsales colombianos. Segunda parte,* Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1993.

ARBOLEDA, Sergio, *La república en la América española,* Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1972.

AROSEMENA, Domingo, *Sensaciones en Oriente o impresiones bíblicas de un granadino en la tierra santa,* Nueva York, Robert Craighead, 1859.

ARRUBLA, María Teresa, *Viajes por España e Italia,* Bogotá, Imprenta de La Ilustración, 1886.

BATIS, Joaquín, *Inmigración. Apuntaciones sobre tan importante negociado que para su consideración presenta Joaquín Batis a sus conciudadanos,* Barranquilla, Imprenta de los Andes, 1875.

BAYÓN, José Francisco, *Inmigración a los llanos de Casanare y San Martín*, Chocontá, 1881.

BETA Y OMEGA (seudónimo), *Anarquía y rojismo en Nueva Granada. Contestación al folleto publicado en Chile por Manuel Ancízar, sobre esta materia*, Nueva York, Imprenta de S. W. Benedict, 1853.

BORDA, Francisco de Paula, *Conversaciones con mis hijos*. Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1974, 3 ts.

BORDA, José Joaquín, *Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva Granada*. Poissy, Imprimerie de S. Lejay & Cie, 1872, 2 ts.

BORRERO, Filomeno, *Recuerdos de viaje a América, Europa, Asia y Africa, en los años de 1865 a 1867*, Bogotá, Ortiz Malo, 1869.

BRICEÑO, Manuel, *La revolución, 1876-1877. Recuerdos para la historia*, Bogotá, Imprenta Nueva, 1878.

Bulletin de la Société de Géographie, París, 1851 a 1870

Bulletin du Congrès de la Paix à Genève, Ginebra, 1867.

CALDERÓN REYES, Carlos, *Núñez y la Regeneración*, París, Biblioteca de la Europa y América, 1894.

CALDERÓN, Clímaco y BRITTON, Edward E., *Colombia 1893*, Nueva York, 1893.

CAMACHO ROLDÁN, Salvador, *Artículos escogidos*, Bogotá, Librería colombiana, 1927.

__________ *Memorias*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946, 2 ts.

CARO, José Eusebio, «El 7 de marzo de 1849», *Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros*, Bogotá, Librería Nueva, 1895, t. XI, pp. 124-179.

CARO, Miguel Antonio, *Artículos y discursos. Primera Serie*, Bogotá, Librería Americana, 1888.

CARRASQUILLA, Francisco de Paula, «Tipos de Bogotá. El recién llegado de Europa», en *El Orden*, Bogotá, N°. 421, febrero 6, 1894.

CARRASQUILLA, Juan de Dios, «Un recuerdo (a bordo del paquebote 'France')», en *Colombia Ilustrada*, Bogotá, diciembre 15, 1890, pp. 314-319.

Catálogo de las obras en español existentes en la Biblioteca Nacional, formado i publicado de órden del Poder Ejecutivo, Bogotá, Imprenta del Estado, 1856.

Catálogo de las obras en francés existentes en la Biblioteca Nacional, formado i publicado de órden del Poder Ejecutivo, Bogotá, Imprenta del Neo-Granadino, 1855.

Catálogo de las obras en inglés existentes en la Biblioteca Nacional, formado i publicado de órden del Poder Ejecutivo, Bogotá, Imprenta del Estado, 1856.

Catálogo de los objetos que presenta el gobierno de Colombia a la Exposición Histórica-Americana de Madrid, Bogotá, 1892.

CAYO CALIGULA (seudónimo), *Ensayo político i literario. Diálogo entre Polidoro i Ramiro.* Marinilla, 1857.

CELEDÓN, Rafael, *La logia en Sud-América. Diálogos entre un masón y un católico*, París, J. E. Gauguet, 1885.

CODAZZI, Agustín, «Apuntes sobre Inmigración y Colonización», en *Gaceta Oficial*, N°. 1181, diciembre 21, 1850, pp. 692-695.

Congrès International des Américanistes:
Compte-rendu de la première session, Nancy, Crépin-Leblond, 1875, 2 ts.
Compte-rendu de la seconde session, Luxemburgo, V. Bück, 1878, 2 ts.
Compte-rendu de la troisième session, Bruselas, Librairie Européenne C. Muquardt, 1879, 3 ts.
Actas de la cuarta reunión, Madrid, Imprenta de Fortaner, 1882.
Compte-rendu de la cinquième session, Copenhague, Thiele, 1884.
Compte-rendu de la septième session, Berlín, Kühl, 1890.
Compte-rendu de la huitième session, tenue à París en 1890, París, Ernest Leroux, 1892.
Actas de la 9ª. reunión, Huelva, 1892, Madrid, M. G. Hernández, 1894.
Compte-rendu de la XIIe. session tenue à París en 1900, París, Ernest Leroux, 1902.
CORDOVEZ MOURE, José María, *Un viaje a Europa,* Bogotá, Librería Americana, 1911.
CORDOVEZ MOURE, Manuel Ignacio, *La primera visita de un granadino a la tierra santa,* Bogotá, José A. Cualla, 1847.
Corona fúnebre del coronel D. José Cornelio Borda, ingeniero civil y militar, Lima, Montemayor, 1866.
CORONADO, Carlos Eduardo, «Nostalgia en la patria», en *El Repertorio Colombiano,* Bogotá, septiembre, 1879, pp. 210-223.
CORTÉS, Enrique, *Escritos varios,* París, Imprenta Sudamericana, 1896.
Cosas de artesanos, Bogotá, Echeverría Hermanos, marzo 22, 1866.
CRUZ BALLESTEROS, *La Teoría i la Realidad,* Bogotá, Echeverría Hermanos, diciembre 17, 1851.
CUERVO, Ángel, *Como se evapora un ejército,* Bogotá, Editorial Incunables, 1984
__________ *Curiosidades de la vida americana en París,* Chartres, Imprenta de Durand, 1893.
__________ *La Dulzada. Poema en ocho cantos y un epílogo, por el postrer santafereño,* Santafé de Bogotá, Imprenta de Nicolás Gómez, 1867.
«Diario llevado en la Universidad de Antioquia por el estudiante Pedro P. Betancourt el año de 1894», en *Estudios Sociales* (FAES), Medellín, Nº. 8-9, junio, 1995, pp. 145-173.
Documentos importantes sobre la espulsión de los Jesuítas, Bogotá, Imprenta de El Día, 1850.
DUNCOMBE, G. F. y HARMAN, F. M., *Catalogue officiel de la Grande Exposition des produits de l'industrie de toutes les nations, 1851,* Londres, Spicer & Clowes, 1851.
DUQUE URIBE, Rafael, *Recuerdos de la tierra santa,* Bogotá, Echeverría hermanos, 1869.
El álbum de los pobres, Bogotá, Imprenta de Gaitán, 1869.
El programa radical i el órden social, Bogotá, Imprenta de La Nación, 1858.
Epistolario de Rafael Núñez con Miguel Antonio Caro, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1977.
ESGUERRA O., Joaquín, *Nota de un delegado correspondiente por Colombia al Congreso Internacional de Americanistas,* Bogotá, Imprenta de la Nación, 1891.
ESPAGNAT, Pierre de, *Souvenirs de la Nouvelle-Grenade.* París, Eugène Fasquelle, 1901.
Estatutos de la Biblioteca de Honda, Honda, 1875.
Estatutos de la Sociedad de San Vicente de Paúl, Medellín, 1884.

Exhibición del 20 de Julio de 1871. Distribución de premios, Bogotá, Imprenta de M. Rivas, 1871.
FRANCO, Constancio, *Apuntamientos para la historia. La guerra de 1876 i 1877*, Bogotá, Imprenta de la Época, 1877.
FRÍAS, Félix, *Muerte del arzobispo de Bogotá*, París, diciembre 12, 1853.
GALINDO, Aníbal, *Recuerdos históricos*, Bogotá, Imprenta de «La Luz», 1900.
_________ *Organización del Banco de Inglaterra. Estudio práctico hecho en las oficinas del Banco en 1866 y 1867, dedicado al Gobierno de los Estados Unidos de Colombia por Aníbal Galindo*, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1869.
GÓMEZ, Ramón, *Apuntes de viaje*, Bogotá, J. B. Gaitán, 1880.
GUARÍN, José David, *Artículos y novelas de David*, Socorro, Imprenta del Estado, 1872.
Guide illustré de l'Exposition Universelle de 1889 comprenant 50 gravures et 20 plans, París, E. Dentu, 1889.
GUTIÉRREZ PONCE, Ignacio, *Asociación de la Biblioteca Bolívar. Informe del presidente Ignacio Gutiérrez Ponce*, París, Noirot, 1889.
_________ *Reminiscencias de vida diplomática (1879-1923)*, Londres, The White Friars Press, 1926.
HARKER MUTIS, Adolfo, *Mis recuerdos*, Bogotá, Cosmos, 1954.
HELGUERA, J. LEÓN y DAVIS, Robert H. (eds.), *Archivo epistolar del general Mosquera. Correspondencia con el General Ramón Espina, 1835-1866*, Bogotá, Kelly, 1966.
HERNÁNDEZ DE ALBA, Guillermo (ed.), *Epistolario de Rufino José Cuervo con Luis María Lleras y otros amigos y familiares*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1969.
HOLGUÍN, Carlos, «Revista de Europa», en *El Repertorio Colombiano*, Bogotá, diciembre de 1881, pp. 427-453.
_________ «Revista de Francia», en *El Repertorio Colombiano*, Bogotá, enero de 1881, pp. 74-88.
_________ *Cartas políticas*, Bogotá, Editorial Incunables, 1984 [1a. ed., Bogotá, 1893].
ISAACS, Jorge, *La revolución radical en Antioquia*, Bogotá, Gaitán, 1880.
_________ *María*, Madrid, Cátedra, 1993 [1a. ed., Bogotá, Gaitán, 1867].
ISAZA, Emiliano, «Viaje por Italia», en *La Nación*, Bogotá, septiembre 25, 1885-octubre 9 1885.
JIMÉNEZ, Valerio Antonio, *Pastoral del Sr. Jiménez sobre los asuntos de Roma*, Medellín, 1871.
KASTOS, Emiro (seudónimo) [RESTREPO, Juan de Dios], *Artículos escogidos*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1972.
LA ROTA, M., *Lijeras indicaciones de interés público presentadas al ciudadano jeneral José María Obando como presidente futuro de la República. Autor de este opúsculo político M. La Rota, Senador de la República, electo por la provincia de Tunja*, Bogotá, Torres Amaya, 1853.
Las fiestas nacionales. 1866, Bogotá, Imprenta de Gaitán, 1866.
LAVOLLEE, Charles, «L'émigration européenne dans le Nouveau-Monde», *La Revue des Deux Mondes*, París, octubre 1°., 1852, pp. 92-129.
LEÓN GÓMEZ, Adolfo, *Secretos del Panóptico*, Bogotá, Imprenta de M. Rivas, 1905.

Liceo Granadino. Colección de los trabajos de este instituto, Bogotá, Imprenta de Ortiz y Compañía, 1856.
LÓPEZ, José Hilario, *Memorias.* Medellín, Bedout, 1969 [1a. ed., París, 1857].
_________ *Las cartas cruzadas entre el señor Manuel Murillo i el jeneral José Hilario López i la réplica del señor José María Torres Caicedo,* Neiva, Imprenta de «La Luz», 1858.
Los masones de Cartagena ante los hombres sensatos, Cartagena, Imprenta de Ruiz e hijo, abril 25, 1869.
MARROQUÍN, Lorenzo, «Ocho días en Grecia», en *El Repertorio Colombiano,* Bogotá, noviembre de 1883, pp. 216-240; enero de 1884, pp. 392-402.
MARTIN DE MOUSSY, V. M., *L'Amérique Centrale et l'Amérique Méridionale à l'Exposition Universelle,* París, Paul Dupont, 1867.
MAZADE, Charles de, «Le socialisme dans l'Amérique du Sud», en *La Revue des Deux Mondes,* París, abril-junio de 1852, pp. 641-666.
MELO, Jorge Orlando (ed.), *Orígenes de los partidos políticos en Colombia. Textos de Manuel María Madiedo, José María Samper y Tomás Cipriano de Mosquera,* Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978.
MERCADO, Ramón, *Memorias sobre los acontecimientos del Sur, especialmente en la provincia de Buenaventura, durante la administración del 7 de marzo de 1849,* Bogotá, 1853.
MONTEJO, Isaac, *Nuestro estado social bajo el punto de vista político, moral i relijioso,* Bogotá, J. B. Gaitán, 1878.
MORELI (seudónimo) [CUERVO, Ángel], *Conversación artística,* París, Imprentas reunidas, 1887.
MOSQUERA, Manuel José de, *Cartas.* París, Imprenta española de Dubuisson, 1853.
_________ *Lettre à Pie IX,* París, Dubuisson, 1853.
MURILLO TORO, Manuel, «Inmigración», *La Gaceta Mercantil,* Santa Marta, N° 9, diciembre 15, 1847, pp. 1-2.
_____ «Población», *La Gaceta Mercantil,* Santa Marta, N° 3, octubre 12, 1847, pp. 1-4.
Museo de Cuadros de Costumbres. Biblioteca de «El Mosaico», Bogotá, Impreso por Foción Mantilla, 1866.
NIETO, Máximo, *Recuerdos de la Regeneración,* Bogotá, Marconi, 1924.
NÚÑEZ, Rafael, *Ensayos de crítica social,* Rouen, Imprimerie de E. Cagniard, 1874.
_________ *La reforma política en Colombia,* t. 1, Bogotá, Imprenta Nacional, 1944, ts. 2 y 3, Bogotá, Editorial ABC, 1945.
NÚÑEZ, Ricardo y JALHAY, Henry, *La République de Colombie,* Bruselas, Imprimerie Désiré Stevenlinck, 1893.
ORTIZ, José Joaquín y FERNÁNDEZ MADRID, Pedro, *Recuerdos necrológicos,* Madrid, 1885.
ORTIZ, José Joaquín, *El libro del estudiante, colección de tratados elementales. Contiene: moral y urbanidad; doctrina cristiana; historia santa; gramática castellana; aritmética; cálculo de memoria; jeografía jeneral; teneduría de libros por el método de partida doble,* París, Imprimerie de E. Blot, 1866.
ORTIZ, Juan Francisco, *Reminiscencias,* Bogotá, Librería Americana, 1914.
ORTIZ, Venancio, *Historia de la revolución del 17 de abril de 1854,* Bogotá, Imprenta de Francisco Torres Amaya, 1855.

OSPINA RODRÍGUEZ, Mariano, *Artículos escogidos,* Medellín, Imprenta Republicana, 1884.

PÁEZ, Adriano, «La Exposición de Viena, Cartas de un colombiano», en *El Americano,* París, noviembre 30, 1873; diciembre 28, 1873, noviembre 30, 1873, pp. 586-587; diciembre 28, 1873, pp. 653-654.

Panteón Universal, Medellín, Imprenta de Gutiérrez Hermanos, 1874.

PARDO, Nicolás, *Impresiones de viaje de Italia a la Palestina y Egipto,* París, Barthier et Cie., 1872.

——— *Recuerdos de un viaje a Europa,* Bogotá, Imprenta de La América, 1873.

PARRA, Aquileo, *Memorias,* Bogotá, Imprenta de «La Luz», 1912.

PEÑA, José Santiago de la, *Noticias de Jerusalén,* Bogotá, Francisco Torres Amaya, 1860.

PERDOMO NEIRA, Miguel, *La Iglesia católica en presencia del siglo XIX,* Bogotá, Tipografía de Nicolás Pontón i Compañía, 1872 [1ª. ed., Medellín, Silvestre Balcázar, 1870].

PEREIRA GAMBA, Próspero, «Revista de Italia», en *Revista Latinoamericana,* París, junio-noviembre, 1873.

——— *Congreso americano,* Bogotá, 1884.

PEREIRA, Ricardo S., «Inmigración y emigración», en *Colombia Ilustrada,* Bogotá, N° 3, mayo 15, 1889.

PÉREZ TRIANA, Santiago, *Reminiscencias tudescas,* Madrid, Librería de Fernando Fé, 1902.

PÉREZ, Felipe, *Anales de la revolución,* Bogotá, 1862.

——— *Jeografía de los Estados Unidos de Colombia, escrita de órden del Gobierno por Felipe Pérez,* París, Librería de Rosa y Bouret, 1865.

——— *Episodios de un viaje,* Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946 [1ª. ed., Bogotá, 1882].

POSADA ARANGO, Andrés, *Viaje de América a Jerusalén, tocando en París, Londres, Loreto, Roma i Ejipto,* París, A. E. Rochette, 1869.

POSADA, Eduardo, *Viajes y cuentos,* Bogotá, Imprenta de «La Luz», 1896.

QUIJANO WALLIS, José María, *Memorias autobiográficas, histórico-políticas y de carácter social,* Grottaferrata, Tipografia Italo-orientale, 1919.

——— *Homenaje a España,* Bogotá, Casa editorial J. J. Pérez, 1895.

Rapport sur l'Exposition Universelle de 1855 présenté à l'Empereur par S.A.I. le Prince Napoléon, Président de la Commission, París, Imprimerie Impériale, 1857.

RECLUS, Elisée, «Les républiques de l'Amérique du Sud: leurs guerres et leurs projets de fédération», en *La Revue des Deux Mondes,* París, octubre 15, 1866, pp. 953-980.

——— «Un voyage à la Nouvelle-Grenade, Paysages de la Nature Tropicale», en *La Revue des Deux Mondes,* París, diciembre 1º., 1859, pp. 624-661; febrero 1º., 1860, pp. 609-635; marzo 15, 1860, pp. 419-452; mayo 1º., 1860, pp. 50-83.

RESTREPO, José Manuel, *Diario político y militar. Memorias sobre los sucesos importantes de la época para servir a la historia de la Revolución de Colombia y de la Nueva Granada desde 1849 para adelante,* Bogotá, Imprenta Nacional, 1954, t. 4 (enero 1º., 1849-julio 28, 1858).

RESTREPO, Juan Pablo, *La Iglesia y el Estado en Colombia.* Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1987, 2 ts. [1ª. ed., Londres, 1885].

RESTREPO, Manuel Canuto, *Carta pastoral que el ilustrísimo señor obispo de Pasto dirige a sus diocesanos desde Roma, fuera de la Puerta Pía,* París, Imprenta de Jorje Kugelmann, 1870.

_________ *Viaje a Roma y a Jerusalén,* París, Paul Dupont, 1871.

RESTREPO, Vicente, *Apuntes autobiográficos con comentarios y notas del padre Daniel Restrepo S. J.,* Bogotá, Editorial Centro, 1939.

_________ *Sobre la muerte del pbro. Manuel Tirado Villa,* Medellín, 1869.

Resúmen de la prensa respecto de las funciones de optorama exhibidas en Colombia por el Señor Camilo Farrand, Medellín, Imprenta del Estado, 1871.

RESTREPO CANAL, Carlos (ed.), *Menéndez y Pelayo en Colombia,* Bogotá, Kelly, 1957.

REYES, Rafael, *Memorias,* 1850-1885, Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1986.

RIVAS, Medardo, *Los trabajadores de tierra caliente,* Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1972.

_________ *Obras,* Bogotá, Imprenta de Fernando Pontón, 1883.

_________ *Viajes por Colombia, Francia, Inglaterra y Alemania,* Bogotá, Imprenta de Fernando Pontón, 1885.

RIVERA GARRIDO, Luciano, *De América a Europa,* Palmira, Imprenta de Materón, 1875.

ROJAS GARRIDO, José María, *Obras selectas,* Jorge Eastman (ed.), Bogotá, Imprenta Nacional, 1979.

ROMERO, Mario Germán (ed.), *Epistolario de Ángel y Rufino José Cuervo con Rafael Pombo,* Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1974.

SAFFRAY, Charles, *Viaje a la Nueva Granada,* Bogotá, Incunables, 1984 [1ª. ed., *Le Tour du Monde,* París, 1872].

SAINT-AMOUR (seudónimo), «Don Filomeno Borrero, viajero colombiano», en *La Caridad,* Bogotá, julio 7, 1870.

_________ «Viajes del Sr. Filomeno Borrero», en *La Caridad,* Bogotá, enero 27, 1870.

SAMPER, José María, «Cartas de un americano», en *El Comercio,* Lima, 1862.

_________ «Un paseo a Londres», en *El Comercio,* Lima, 1862.

_________ *Cartas y discursos de un republicano,* Bruselas, Typographie de Veuve Parent et fils, 1869.

_________ *El programa de un liberal, dedicado a la convención constituyente de los Estados Unidos de Nueva Granada,* París, E. Thunot, 1861.

_________ *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas,* Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, s. f. [1ª. ed., París, 1861].

_________ *Filosofía en cartera. Colección de pensamientos sobre religión, moral, filosofía, ciencias sociales, historia, literatura, poesía, bellas artes, carácteres, viajes, etc., en prosa y en verso*, Bogotá, Imprenta de «La Luz», 1887.

_________ *Historia de una alma*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1948 [1ª. ed., Bogotá, 1881], 2 ts.

_________ *Los partidos en Colombia*, Bogotá, Editorial Incunables, 1984 [1ª. ed., Bogotá, 1873].

_________ *Viajes de un colombiano en Europa*, París, E. Thunot, 1862, 2 ts.

SAMPER, Miguel, *La miseria en Bogotá*, Bogotá, Editorial Incunables, 1985 [1ª. ed., Bogotá, 1867].

_________ *Selección de escritos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977.

SANTAMARÍA, Eustacio, *Conversaciones familiares sobre industria, agricultura, comercio, etc, etc, etc..., por Eustacio Santamaría, consul de los E.U. de Colombia en el Havre, promovido por decreto de 12 de enero de 1871 al consulado general en Berlin*. Le Havre, A. Lemâle aîné, 1871, 3 ts.

_________ *Cosas del señor J. M. Torres Caicedo*, Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1870.

Sueño de un Granadino, Bogotá, Imprenta de El Día, 1851.

T. A.M. [Tanco Armero, Mariano] «Cartas de un viajero», en *La Semana Literaria de «El Hogar»*, Bogotá, Imprenta de Nicolás Pontón, 1869, pp. 97-235.

TANCO ARMERO, Nicolás, «Los viajes», *El Repertorio Colombiano*, Bogotá, diciembre, 1880, pp. 446-460.

_________ *Recuerdos de mis últimos viajes: Japón*, Madrid, Rivadeneyra, 1888.

_________ *Viaje de Nueva Granada a China y de China a Francia*, París, Simon Raçon, 1861.

TANCO, Nicolás, *Los partidos y la Nación*. Bogotá, Imprenta de Silvestre y Cía., 1882.

_________ *El banquete al Jeneral Pedro Herrán i los recalcitrantes*. Bogotá, 1860.

TAUREL, R. M., *De la question religieuse en France et de la Compagnie de Jésus. Lettre à Sa Grandeur Monseigneur Mosquera, Archevêque de Bogotá, Métropolitain de Nouvelle-Grenade*, Lima, Imprimerie de Joseph Marie Massias, s. f. [1850].

TORRES CAICEDO, José María, *Calle Bolívar en París*, París, Imprimerie française et anglaise de Ch. Schlaeber, 1880.

_________ *Les principes de 1789 en Amérique*, París, Dentu, 1865.

_________ *Mis ideas y mis principios*, París, Imprenta Nueva, 1875, 3 ts.

TORRES, J. F. Ezequiel, *República i América. Alta política*, Bogotá, Impreso por Foción Mantilla, 1865.

Trabajos de la sociedad de Padres de familia de Pasto para el establecimiento de Escuelas Cristianas, Pasto, Tipografía de Ramírez, 1873.

TRIANA, José Jerónimo, *La Colombie à l'Exposition Universelle de 1889*, París, Lahure, 1889.

———— *Exposition Universelle de 1867. Nouvelle-Grenade ou Etats-Unis de Colombie. Catalogue de l'Exposition de M. José Triana*, París, Imprimerie de Mme. Veuve Bouchard-Huzard, 1867.

URDANETA, Alberto, «Una excursión a España», en *El Repertorio Colombiano*, Bogotá, diciembre, 1879, pp. 457-464; enero, 1880, pp. 20-28; marzo, 1880, pp. 161-163.

URIBE, Antonio José (ed.), *Sociedad Central de San Vicente de Paúl de Bogotá. Celebración del quincuagésimo aniversario (1857-1907). Memoria histórica*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1908.

VÁSQUEZ DURAN, José María, *Memoria sobre la Exposición Universal de Amberes, dirigida a su gobierno por J. M. Vásquez Durán, cónsul de los Estados Unidos de Colombia en Amberes*, Amberes, J. Theunis, 1885.

VERGARA Y VERGARA, José María, *Las tres tazas y otros cuentos*, Bogotá, Minerva, 1936.

———— «De Santafé a París», en *La Caridad*, Bogotá, 1869-1871.

———— *Almanaque de Bogotá y guía de forasteros*, Bogotá, J. B. Gaitán, 1866.

———— *Cuestión española, Cartas dirijidas al doctor M. Murillo*, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1859.

———— *Olivos y aceitunos todos son unos*, Bogotá, Academia Colombiana, 1972 [1ª. ed., Bogotá, Foción Mantilla, 1868].

VILLA Y VILLA, Juan N., *Máximas cristianas*, Medellín, Imprenta del Estado, 1869.

3. FUENTES SECUNDARIAS

3.1 Biografías

ACOSTA DE SAMPER, Soledad, *Biografía del general Joaquín Acosta. Prócer de la Independencia, historiador, geógrafo, hombre científico y filántropo*, Bogotá, Librería Colombiana Camacho Roldán & Tamayo, 1901.

ANCÍZAR SORDO, Jorge, *Manuel Ancízar*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1985.

ARANGO MEJÍA, Gabriel, *Genealogías de Antioquia y Caldas*, Medellín, Imprenta Departamental, 1942, 2 ts.

Biografía del jeneral Acosta, Bogotá, Imprenta del Neo-Granadino, febrero 21, 1853.

CACUA PRADA, Antonio, *Salvador Camacho Roldán*, Tunja, Biblioteca de la Academia Boyacense de Historia, 1989.

CAMARGO PÉREZ, Gabriel, *Sergio Camargo, el Bayardo colombiano*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1972.

CAPARROSO, Carlos Arturo, *Arboleda*, Bogotá, Ed. Revista Colombiana, s. f.

CASTRILLÓN ARBOLEDA, Diego, *Tomás Cipriano de Mosquera*, Bogotá, Litografía Arco, 1979.

Centenario de Murillo Toro. Homenaje de la Junta Nacional, Bogotá, Águila Negra Editorial, 1916.

CUERVO, Ángel y Rufino José, *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época,* París, A. Roger y F. Chernoviz, 1892, 2 ts.

DELPAR, Helen, «Soledad Román de Núñez: A President's Wife», en EWELL, J. y BEEZLEY, W. H. (eds.), *The Human Tradition in Latin America. The Nineteenth Century,* Wilmington, Delaware, SR Books, 1989.

DÍAZ PIEDRAHÍTA, Santiago (ed.), *José Triana, su vida, su obra y su época,* Bogotá, Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, 1991.

DUARTE FRENCH, Jaime, *Florentino González. Razón y sin razón de una lucha política,* Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1982.

GÓMEZ BARRIENTOS, Estanislao, *Don Mariano Ospina y su época,* Medellín, Imprenta Editorial, 1913, 2 ts.

GUTIÉRREZ PONCE, Ignacio, *Vida de don Ignacio Gutiérrez Vergara y episodios históricos de su tiempo (1806-1877),* t. 1, London, Bradbury and Agnew, 1900; t. 2, Editorial Kelly (Guillermo Hernández de Alba, ed.), Bogotá, 1973.

HERRERO MEDIAVILLA, Víctor y AGUAYO NAYLE, Lolita Rosa (ed.), *Índice biográfico de España, Portugal e Iberoamérica,* Múnich, K. G. Saur, 1990, 4 ts.

HOLGUÍN Y CARO, Álvaro, *Carlos Holguín. Una vida al servicio de la República,* Bogotá, 1981, 2 ts.

JARAMILLO ISAZA, Manuel, «Don Emiliano Isaza. Rasgos biográficos», en *Boletín de Historia y Antigüedades,* Bogotá, N°. 226, noviembre, 1932, pp. 773-775.

LAVERDE AMAYA, Isidoro. *Fisionomías literarias de colombianos.* Curaçao, A. Bethencourt e hijos, 1890.

LIÉVANO AGUIRRE, Indalecio, *Rafael Núñez,* Bogotá, El Áncora, 1985.

LLINÁS, Juan Pablo, *Felipe Angulo y la Regeneración,* Bogotá, Tercer Mundo, 1989.

MARTÍNEZ DELGADO, Luis, *Carlos Martínez Silva, Noticia biográfica,* Bogotá, Kelly, 1971.

——— «Carlos Holguín», en *Boletín de Historia y Antigüedades,* Bogotá, N°. 278, diciembre, 1937, pp. 705-722.

MOLINA LONDOÑO, L. F. y CASTAÑO ZULUAGA, O., «'El burro de oro'. Carlos Coriolano Amador, empresario antioqueño del siglo XIX», en *Boletín Cultural y Bibliográfico,* Bogotá, vol. 24, N°. 13, 1987 pp. 3-27.

ORTIZ VIDALES, Darío, *José María Melo. La razón de un rebelde,* Bogotá, Ed. Alcaraván, 1980.

ORTIZ, Sergio Elías, *Santiago Pérez Triana,* Bogotá, Kelly, 1971.

OSPINA, Joaquín, *Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia,* Bogotá, Águila, 1939, 3 ts.

OTERO MUÑOZ, Gustavo, «Soledad Acosta de Samper», en *Boletín de Historia y Antigüedades,* Bogotá, N°. 271, mayo, 1937, pp. 257-283.

——— «Don Ángel Cuervo», en *Boletín de Historia y Antigüedades,* Bogotá, N°. 281, marzo, 1938, pp. 129-136.

PALACIO, Julio H., *Núñez. Recuerdos y memorias (1893-1894),* Barranquilla, Tipografía Mogollón, s. f.

PARÍS DE LA ROCHE, José Joaquín, *Una familia de próceres. Los parises.* Bogotá, Imprenta y Litografía de Juan Casis, 1919.

PÉREZ, Enrique, *Vida de Felipe Pérez,* Bogotá, Imprenta de «La Luz», 1911.
POSADA, Eduardo e IBÁÑEZ, Pedro M., *Vida de Herrán,* Bogotá, Imprenta Nacional, 1903.
RESTREPO SÁENZ, José María y RIVAS, Raimundo, *Genealogías de Santafé de Bogotá,* Bogotá, Librería Colombiana, 1928.
RIVADENEIRA VARGAS, Antonio José, *El bogotano José María Torres Caicedo,* Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1989.
RIVAS, Raimundo, *La familia Santa María de Antioquia,* Bogotá, Cromos, 1933.
________ «Familias bogotanas. Época del establecimiento en Santafé de Bogotá de doscientas de sus familias, 1538-1850», en *Boletín de Historia y Antigüedades,* Bogotá, N°. 285-286, julio-agosto, 1938, pp. 516-534.
RODRÍGUEZ, Gustavo Humberto, *Ezequiel Rojas y la primera república liberal.* Miraflores, Publicación del Club Social Miraflores, 1970.
________ *Santos Acosta, caudillo del radicalismo,* Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1972.
SORIANO LLERAS, Andrés, *Lorenzo María Lleras,* Bogotá, Editorial Sucre, 1958.
SOWELL, David, «José Leocadio Camacho: Artisan, Editor and Political Activist», en EWELL, J. y BEEZLEY, W. H. (eds.), *The Human Tradition in Latin America. The Nineteenth Century,* Wilmington, Delaware, SR Books, 1989.
TORRES ALMEIDA, Jesús C., *Manuel Murillo Toro, caudillo radical y reformador social,* Bogotá, Ediciones El Tiempo, 1984.
VILLALBA BUSTILLO, Carlos, *Entre Núñez y Uribe (dos estilos y un pensamiento),* Bogotá, Tercer Mundo, 1979.
ZAPATA, Ramón, *Dámaso Zapata o la reforma educacionista en Colombia,* Bogotá, El Gráfico, 1961.

3.2 Libros y Artículos

ACEVEDO CARMONA, Darío, «Consideraciones críticas sobre la historiografía de los artesanos del siglo XIX», *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura,* Bogotá, N°. 18-19, 1990-1991, pp. 125-144.
ACEVEDO DÍAZ, Mario, *La Culebra Pico de Oro (Historia de un conflicto social),* Bogotá, Imprenta Nacional, 1978.
AGUILERA PEÑA, Miguel y VEGA CANTOR, Renán, *Ideal democrático y revuelta popular. Bosquejo histórico de la mentalidad política popular en Colombia 1781-1948,* Bogotá, Fondo Editorial Instituto María Cano, 1991.
ANDERSON, Benedict, *Imagined Communities, Reflections on the origin and spread of nationalism,* Nueva York, Verso, 1991.
ANTEI, Giorgio, *Los héroes errantes: historia de Agustín Codazzi, 1793-1822,* Bogotá, Planeta, 1993.
ANTEI, Giorgio, *Mal de América: las obras y los días de Agustín Codazzi, 1793-1859,* Bogotá, Museo Nacional, Biblioteca Nacional, 1993.
ARANGO, Gloria Mercedes, *La mentalidad religiosa en Antioquia. Prácticas y discursos, 1828-1885,* Universidad Nacional, sede Medellín, 1993.

Aspectos polémicos de la historia colombiana del siglo XIX. Memoria de un seminario, Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1983.

ATEHORTÚA CRUZ, Adolfo León y VÉLEZ RAMÍREZ, Humberto, *Estado y Fuerzas Armadas en Colombia,* Bogotá, Tercer Mundo, 1994.

BADIE, Bertrand, *L'Etat importé. L'occidentalisation de l'ordre politique,* París, Fayard, 1992.

BEJARANO, Jesús Antonio (ed.), *El siglo XIX en Colombia visto por historiadores norteamericanos,* Bogotá, La Carreta, 1977.

BERGQUIST, Charles W., «The political economy of the Colombian presidential election of 1897», en John J. Johnson, Peter J. Bakewell y Meredith D. Dodge (eds.), *Readings in Latin American history, vol. II, The Modern Experience,* Durham, Duke University Press, 1985.

BERNABEU ALBERT, Salvador, *1892: el IV Centenario del descubrimiento de América en España,* Madrid, CSIC, 1987.

BOTERO HERRERA, Fernando, «La Sociedad de San Vicente de Paúl de Medellín y el mal perfume de la política, 1882-1914», en *Historia y Sociedad,* Medellín, N°. 2, diciembre de 1995, pp. 39-74.

BRAUDEL, Fernand, *Le modèle italien,* París, Arthaud, 1989.

BUISSON, Inge; KAHLE, Günter; KÖNIG, Hans-Joachim y PIETSCHMANN, Horst (eds.), *Problemas de la formación del Estado y de la Nación en Hispanoamérica,* Colonia, 1984.

BUSHNELL, David, «Voter participation in the Colombian election of 1856», *Hispanic American Historical Review,* 1971 (mayo, 51:2), pp. 237-249.

________ *El régimen de Santander en la Gran Colombia,* Bogotá, El Áncora, 1985.

________ *Colombia, una nación a pesar de sí misma, de los tiempos precolombinos a nuestros días,* Bogotá, Planeta, 1996.

CARNICELLI, Américo, *Historia de la masonería colombiana,* t. 2: 1833-1940, Bogotá, 1975.

CASTRO C., Beatriz, «Caridad y beneficencia en Cali, 1848-1898», en *Boletín Cultural y Bibliográfico,* Bogotá, vol. 27, N°. 22, 1990, pp. 67-80.

COLMENARES, Germán, «Formas de conciencia de clase de la Nueva Granada (1848-1854)», en *Boletín Cultural y Bibliográfico,* Bogotá, vol. 9, N°. 10, 1966.

________ *Partidos políticos y clases sociales,* Bogotá, Ediciones Universidad de los Andes, 1968.

DAVIS, Robert H., «Education in New Granada: L. M. Lleras and the Colegio del Espíritu Santo, 1846-1853», en *Academy of American Franciscan History,* Washington, N° 33:3, 1977, pp. 490-503.

DEAS, Malcolm, *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas,* Bogotá, Tercer Mundo, 1993.

________ «La influencia inglesa —y otras influencias— en Colombia (1880-1930)», *Nueva Historia de Colombia,* Bogotá, Planeta, 1989, vol. III, pp. 161-182.

DE LA VEGA, José, *La Federación en Colombia, 1810-1912,* Madrid, Editorial América, s.f.

DELPAR, Helen, «Aspects of liberal factionalism in Colombia, 1875-1885», en *Hispanic American Historical Review,* 1971 (mayo, 51:2), pp. 250-274.

——— *Red against blue. The liberal party in Colombian politics, 1863-1899,* Alabama, The University of Alabama Press, 1981.

DEMELAS, Marie-Danielle, *L'Invention Politique, Bolivie, Equateur, Pérou au XIXe siècle,* París, Editions Recherche sur les Civilisations, París, 1992.

DEMELAS, Marie-Danielle y SAINT-GEOURS, Yves, *Jérusalem et Babylone, Politique et religion en Amérique du sud, L'Equateur, XVIIIe-XIXe siècles,* París, Editions Recherche sur les Civilisations, 1989.

ESCORCIA, José, *Sociedad y economía en el Valle del Cauca. Desarrollo político, social y económico, 1800-1854,* Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1983.

ESPAÑA, Gonzalo, *La guerra civil de 1885. Núñez y la derrota del radicalismo,* Bogotá, El Áncora, 1985.

FISHER, John R.; KUETHE, Allan J. y MCFARLANE, Anthony (eds.), *Reform and Insurrection in Bourbon New Granada and Perú,* Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1990.

GARNICA MARTÍNEZ, Manuel Alberto, «Guarapo, champaña y vino blanco. Presencia alemana en Santander en el siglo XIX», en *Boletín Cultural y Bibliográfico,* Bogotá, vol. 29, N°. 29, 1992, pp. 41-55.

GEERTZ, Clifford, *The interpretation of cultures: selected essays,* Nueva York, Basic Books, 1973.

GELLNER, Ernest, *Naciones y nacionalismo,* Madrid, Alianza Editorial, 1988 [1ª. ed., Oxford, 1983].

GERBI, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo, Historia de una polémica, 1750-1900,* México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

GIBSON, William M., *The Constitutions of Colombia,* Durham, Duke University Press, 1948.

GILMORE, Robert L., «Nueva Granada's Socialist mirage», en *Hispanic American Historical Review,* vol. 36, N°. 2, mayo, 1956, pp. 190-210.

GIRALDO JARAMILLO, Gabriel, *Estudios Históricos,* Bogotá, Editorial Santafé, 1954.

——— *Viajeros colombianos en Alemania,* Bogotá, Imprenta Nacional, 1955.

GÓMEZ DE CAICEDO, Patricia, «Consideraciones sobre el origen tipológico del Panóptico del Estado de Cundinamarca», en *Revista Lámpara,* Bogotá, vol. XXXI, N°. 122, 1993, pp. 24-37.

GÓMEZ MULLER, Adolfo, «Las formas de la exclusión. La perspectiva de J. M. Samper», en *Gaceta,* Bogotá, agosto-septiembre, 1991, pp. 31-34.

GONZÁLEZ, Fernán, «Relaciones entre identidad nacional, bipartidismo e Iglesia católica, 1820-1886», en GUERRERO RINCÓN, Amado (ed.), *Cultura política, movimientos sociales y violencia en la Historia de Colombia, VII Congreso Nacional de Historia de Colombia,* Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander [1993].

GUERRA, François-Xavier, «Révolution française et révolutions hispaniques: filiations et parcours», *Problèmes d'Amérique latine,* París, N°. 94, 1989.

——— «La lumière et ses reflets: París et la politique latino-américaine», en A. Kaspi y A. Marès (eds.), *Le Paris des Etrangers,* París, Imprimerie Nationale, 1989.

_________ «Introducción: Epifanías de la Nación», en *Imaginar la Nación, Cuadernos de Historia Latinoamericana,* AHILA, N°. 2, 1994.

GUILLÉN MARTÍNEZ, Fernando, *El poder político en Colombia,* Bogotá, Editorial Punta de Lanza, 1979.

_________ *La Regeneración, primer frente nacional,* Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1986.

GUTIÉRREZ CELY, Eugenio, «Nuevo movimiento popular contra el laissez-faire: Bogotá, 1875», en *Universitas Humanística,* Bogotá, marzo de 1982, pp. 177-212.

GUTIÉRREZ SANÍN, Francisco, *Curso y discurso del movimiento plebeyo (1849-1854),* Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, El Áncora Editores, 1995.

HALPERIN DONGHI, Tulio,«España e Hispanoamérica: miradas a través del Atlántico (1825-1975)», en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas hispanoamericanas,* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1987.

HELGUERA, LEÓN Joseph, «The problem of liberalism versus conservatism in Colombia: 1849-85» en Fredrick B. Pike (ed.), *Latin America: Select problems. Identity, integration and nationhood,* Nueva York, Harcourt, Brace and World Inc., 1969.

HERRERA DE LA TORRE, Roberto J., *75 años de fotografía, 1865-1940: personas, hechos, costumbres, cosas,* Bogotá, Editorial Presencia, 1970.

Historia de Bogotá. Tomo II. Siglo XIX, Bogotá, Fundación Misión Colombia, Villegas Editores, 1988.

HOBSBAWM, Eric, *Nations et Nationalisme depuis 1780, Programme, mythe, réalité,* París, Gallimard, 1992.

HOBSBAWM, Eric y RANGER, Terence (eds.), *The invention of tradition,* Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

JARAMILLO URIBE, Jaime, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX,* Bogotá, Temis, 1982 [1ª. ed., 1963].

_________ *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos,* Bogotá, El Áncora, 1994, [1ª. ed., 1977].

JOHNSON, David Church, *Santander siglo XIX. Cambios socioeconómicos,* Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1984.

KNOWLTON, Robert, «Una comparación. La expropiación de los bienes de la Iglesia en México y Colombia», en *Siglo XIX, Revista de Historia,* Monterrey, N° 10, julio-diciembre de 1990, pp. 149-167.

KÖNIG, Hans Joachim, *En el camino hacia la Nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación de la Nueva Granada, 1750-1856,* Bogotá, Banco de la República, 1994.

LIÉVANO AGUIRRE, Indalecio, *El proceso de Mosquera ante el Senado,* Bogotá, Tercer Mundo, 1987.

LONDOÑO VÉLEZ, Santiago (ed.), *Colombia 1886,* Bogotá, Banco de la República, Programa Centenario de la Constitución, 1986.

LONDOÑO, Patricia, «Las publicaciones periódicas dirigidas a la mujer, 1858-1930», en *Boletín Cultural y Bibliográfico,* Bogotá, vol. 27, N° 23, 1990, pp. 3-23.

LOY, Jane Meyer, «Primary education during the Colombian federation: the school reform of 1870», en *Hispanic American Historical Review,* 1971 (mayo, 51:2), pp. 275-294.

MARIENSTRAS, Elise, *Nous, le Peuple. Les origines du nationalisme américain,* París, Gallimard, 1988.

MARQUINEZ, Germán, *Benthamismo y antibenthamismo en Colombia,* Bogotá, El Búho, 1983.

MARROQUÍN OSORIO, José Manuel, «Orígenes de la Sociedad de San Vicente de Paúl», en *Boletín de Historia y Antigüedades,* Bogotá, vol. XXV, N° 280, febrero de 1938, pp. 108-109.

MARTÍNEZ, Frédéric, «Apogeo y decadencia del ideal de la inmigración europea en Colombia», en *Boletín Cultural y Bibliográfico,* Bogotá, N° 44, 1997, pp. 3-45.

________ «En busca del Estado: de los radicales a la Regeneración (1867-1899)», en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura,* Universidad Nacional, Bogotá, N° 23, 1996, pp. 115-142.

________ «Los viajes a Oriente en el debate político colombiano (1847-1875)», en *Historia y Sociedad,* Universidad Nacional, Medellín, N° 3, 1996, pp. 103-115.

________ «En los orígenes del nacionalismo colombiano: europeísmo e ideología nacional en Samper, Núñez y Holguín (1861-1894)», en *Boletín Cultural y Bibliográfico,* Bogotá, N° 39, 1995, pp. 27-59.

________ «¿Cómo representar a Colombia? De las Exposiciones Universales a la Exposición del Centenario, 1851-1910» en G. Sánchez Gómez y M. E. Wills (eds.), *Memoria, Museo y Nación, Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro,* Bogotá, Museo Nacional de Colombia, 2000.

MARTÍNEZ CARRENO, Aída, *Mesa y cocina en el siglo XIX,* Bogotá, Planeta, 1990.

MCGREEVEY, William Paul, *Historia económica de Colombia, 1845-1930,* Bogotá, Tercer Mundo, 1989.

MEISEL ROCA, Adolfo (ed.), *Historia económica y social del Caribe colombiano,* Bogotá, Ediciones Uninorte, 1994.

MELO, Jorge Orlando, *Predecir el pasado: ensayos de historia de Colombia,* Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek, 1992.

________ (ed.), *Historia de Antioquia,* Medellín, Editorial Presencia, 1988.

MEMMI, Albert, *Portrait du colonisé,* París, Gallimard, 1985 [1ª ed., 1957].

MOLINA, Gerardo, *Las ideas socialistas en Colombia,* Bogotá, Tercer Mundo, 1987.

________ *Las ideas liberales en Colombia,* Bogotá, Tercer Mundo, 1988, t. 1: 1849-1914.

NEBREDA, Eleuterio, *Los claretianos en Colombia,* Medellín, 1981.

NIETO ARTETA, Luis Eduardo, *Economía y cultura en la historia de Colombia,* Bogotá, El Áncora, 1983 [1ª. ed., 1942].

Núñez y Caro 1886. Documentos del Simposio Núñez-Caro, Cartagena, mayo de 1986, Bogotá, Banco de la República, 1986.

OCAMPO LÓPEZ, Javier, «El positivismo y el movimiento de 'La Regeneración' en Colombia», en *Latinoamérica, Anuario de Estudios Latinoamericanos,* México, 1968, pp. 81-109.
OCAMPO, José Antonio, *Colombia y la economía mundial, 1830-1910,* Bogotá, Siglo XXI, 1984.
_________ (ed.), *Historia económica de Colombia,* Bogotá, Tercer Mundo, 1994 [1ª. ed., 1987].
ORTEGA TORRES, José J., *La obra salesiana en Colombia. Los primeros cincuenta años: 1890-1940,* Bogotá, Escuelas Gráficas Salesianas, 1941.
ORTIZ MESA, Luis Javier, *El Federalismo en Antioquia, 1850-1880. Aspectos políticos.* Universidad Nacional, Sede Medellín, 1985.
ORTIZ MESA, Luis Javier, «Elites en Antioquia, Colombia, en los inicios de la Regeneración 1886-1896», en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura,* Bogotá, N° 20, 1992.
OSPINA SÁNCHEZ, Gloria Inés, *España y Colombia en el siglo XIX. Los orígenes de las relaciones,* Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1988.
OTERO MUÑOZ, Gustavo, *Historia del periodismo en Colombia,* Bogotá, Editorial Minerva, 1936.
PACHECO, Margarita, *La fiesta liberal en Cali,* Ediciones Universidad del Valle, Cali, 1992.
_________ «El pueblo soberano. Sociabilidad y cultura política popular en Cali (1848-1854)», en *Siglo XIX Revista de Historia,* México, Segunda época, N° 13, enero-junio de 1993.
PALACIOS, Marco, *El café en Colombia, 1850-1970. Una historia económica, social y política,* Bogotá, El Áncora Editores, 1983 [1ª. ed., 1979].
_________ *Estado y clases sociales en Colombia,* Bogotá, Procultura, 1986.
_________ *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia, 1875-1994,* Bogotá, Norma, 1995.
PARK, James William, *Rafael Núñez and the politics of Colombian regionalism, 1863-1886,* Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1985.
PAZ MEDINA, Francisco, *Monografía de la Comunidad Marista en Popayán, 1889-1989,* Popayán, Talleres Editoriales del Departamento, s. f.
PAZOS, Antón, *La Iglesia en la América del IV Centenario,* Madrid, Mapfre, 1992.
POSADA CARBÓ, Eduardo, «Elections and civil wars in nineteenth Century Colombia: The 1875 Presidential campaign», en *Journal of Latin American Studies,* Cambridge, N°. 26, 1994, pp. 621-649.
PRATT, Mary Louise, *Imperial eyes, Travel writing and transculturation,* Londres, Routledge, 1992.
QUIJADA, Mónica, «¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano del siglo XIX«, en *Imaginar la Nación, Cuadernos de Historia Latinoamericana,* AHILA, N°. 2, 1994.
RAMA, Carlos, *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina, siglo XIX,* México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
RAUSCH, Jane M., *The Llanos frontier in Colombian History, 1830-1930,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1993.

REAU, Louis, *L'Europe française au siècle des Lumières*, París, Albin Michel, 1971.

REID, John T., *Spanish American Images of the United States, 1790-1960*, Gainesville, The University Press of Florida, 1977.

RESTREPO POSADA, José, «La Sociedad Católica de Bogotá. 1838», en *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá, vol. XLIII, N° 499-500, mayo-junio de 1956.

RESTREPO, Daniel, S. J., *La Compañía de Jesús en Colombia. Compendio historial y galería de ilustres varones*, Bogotá, Imprenta del Corazón de Jesús, 1940.

RIVAS, Raimundo, *Historia diplomática de Colombia (1810-1934)*, Bogotá, 1961.

RODRÍGUEZ PIÑERES, Eduardo, *Diez años de política liberal, 1892-1902*, Bogotá, Editorial Incunables, 1985.

________ *El Olimpo radical*, Bogotá, Editorial Incunables, 1986 [1ª. ed., 1950].

RODRÍGUEZ PLATA, Horacio, *La inmigración alemana al estado soberano de Santander en el siglo XIX. Repercusiones socio-económicas de un proceso de transculturación*, en Bogotá, Kelly, 1968.

ROSANVALLON, Pierre, *Le moment Guizot*, París, Gallimard, 1985.

SAFFORD, Frank, «Colombia. There was no lack of individual enterprise», en Lewis Hanke (ed.), *History of Latin American civilization, sources and interpretations, vol. II The Modern Age*, London, Methuen, 1969.

________ *Aspectos del siglo XIX en Colombia*, Medellín, Ediciones Hombre Nuevo, 1977.

________ *El ideal de lo práctico. El desafío de formar una elite técnica y empresarial en Colombia*, Bogotá, El Áncora, 1989.

________ «Race, integration and progress: Elite attitudes and the Indian in Colombia, 1750-1870», en *Hispanic American Historical Review*, 1991 (febrero, 71:1), pp. 1-33.

SALDARRIAGA VÉLEZ, Óscar de J., «Bogotá, la Regeneración y la policía, 1880-1900», en *Revista Universidad de Antioquia*, Medellín, enero-marzo de 1988, vol. LV: 211, pp. 37-55.

SÁNCHEZ, Efraín, *Gobierno y geografía: Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada*, Bogotá, El Áncora Editores, 1998.

SHULGOVSKI, Anatoli, «La 'Comuna de Bogotá' y el socialismo utópico», en *América Latina*, Moscú, N° 8, 1985, pp. 45-56; N° 9, 1985, pp. 47-56.

SILVA, Renán, «La educación en Colombia, 1880-1930», en *Nueva Historia de Colombia*, Bogotá, Planeta, 1989, vol. IV, pp. 61-86.

SOWELL, David, *The early Colombian labor movement. Artisans and politics in Bogotá, 1832-1919*, Philadelphia, Temple University Press, 1992.

________ «The 1893 bogotazo: Artisans and Public Violence in Late Nineteenth-Century Bogotá», en *Journal of Latin American Studies*, Cambridge, N° 21, mayo de 1989, pp. 267-282.

________ «La Teoria i la Realidad': the Democratic Society of Artisans of Bogotá, 1847-1854», en *Hispanic American Historical Review*, 1989 (noviembre 67:4), pp. 611-630.

TIRADO MEJÍA, Álvaro, *Colombia en la repartición imperialista 1870-1914*, Medellín, Ediciones Hombre Nuevo, 1979.

———— *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1976.

URIBE DE HINCAPIÉ, María Teresa y ÁLVAREZ, Jesús María, *Poderes y regiones: problemas en la constitución de la nación colombiana, 1810-1850*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1987.

———— *Índice de prensa colombiana 1840-1890. Periódicos existentes en la Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia*, Universidad de Antioquia, Medellín, 1984.

VALDERRAMA ANDRADE, Carlos, *El centenario de «El Tradicionista». Datos para la biografía de Miguel Antonio Caro*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1972.

VALENCIA LLANO, Alonso, *Estado soberano del Cauca. Federalismo y Regeneración*, Bogotá, Banco de la República, 1988.

VALENCIA VILLA, Hernando, *Cartas de batalla. Una crítica del constitucionalismo colombiano*, Bogotá, Cerec, 1987.

VARGAS MARTÍNEZ, Gustavo, *Colombia 1854: Melo, los artesanos y el socialismo*. Bogotá, La Oveja Negra, 1972.

VÉLIZ, Claudio, *La tradición centralista de América Latina*, Barcelona, Ariel, 1984.

VICUÑA MACKENNA, Benjamín, *Los girondinos chilenos*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1989 [1ª. ed., 1876].

VILLEGAS, Jorge y YUNIS, Jorge, *La guerra de los Mil Días*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1979.

VILLEGAS, Jorge y RESTREPO, Antonio, *Baldíos, 1820-1936*, Medellín, CIE, Universidad de Antioquia, 1978.

VIÑAS, David, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1964.

VIROLI, Maurizio, *For Love of Country. An essay on patriotism and nationalism*, Oxford, Clarendon Press, 1995.

WILLIAMS, Raymond L., *Novela y poder en Colombia: 1844-1987*, Bogotá, Tercer Mundo, 1991.

3.3 Trabajos inéditos

BERMÚDEZ, Suzy, *La prensa femenina en Santa Fe de Bogotá (1849-1885). Una primera aproximación sobre la condición de la mujer y la familia*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1990.

DUFOURCQ, Elisabeth, *Une forme de l'expansion française: les congrégations religieuses féminines hors d'Europe de Richelieu à nos jours, histoire naturelle d'une diaspora*. Thèse de Doctorat sous la direction de René Rémond, París, Institut d´ Études Politiques de Paris, 1991.

GAMBRELLE, Fabienne, *Publier à París sous le Second Empire: l'apostolat de journalistes espagnols d'inspiration comtiste*. Mémoire de DEA sous la direction de F. X. Guerra, París, Université de Paris I-Sorbonne, 1990.

GARRIDO, Margarita, *La Regeneración y la cuestión nacional estatal en Colombia*, Bogotá, Banco de la República, Programa Centenario de la Constitución, 1986.

GRUSIN, Jay Robert, *The revolution of 1848 in Colombia*. Ph. D. Dissertation, University of Arizona, 1978.

HELGUERA, LEÓN Joseph, *The first Mosquera administration in New Granada, 1845-1849*. Ph. D. Dissertation, Chapel Hill, University of North Carolina, 1958.

HENRÍQUEZ, Cecilia, *Estudio iconológico del Sagrado Corazón. Su protagonismo en la historia de Colombia (1867-1960)*. Magíster en historia, Bogotá, Universidad Nacional, 1992.

HINDS, Harold E., *José María Samper: the thought of a Nineteenth Century New Granadan during his radical-liberal years (1845-1865)*. Ph. D. Dissertation, Vanderbilt University, Nashville, 1976.

LONDOÑO, Patricia, *Sociability among classes in Antioquia (Colombia), 1850-1930*, Oxford, 1997.

LOY Jane Meyer, *Modernization and educational reform in Colombia, 1863-1886*. Ph. D. Dissertation, University of Wisconsin, 1969.

MARTÍNEZ, Frédéric, *Le nationalisme cosmopolite. La référence à l'Europe dans la construction nationale en Colombie, 1845-1900*, Thèse de Doctorat en Histoire sous la direction de F. X. Guerra, París, Université de Paris-I Sorbonne, 1997.

ORTIZ, Luis Carlos, *La correspondance politique des diplomates français en Colombie, 1860-1903*. Thèse de Doctorat de 3ème cycle sous la direction de F. Chevalier, París, Université de Paris-I Sorbonne, 1989.

RAQUILLET, Pauline, *Le milieu diplomatique hispano-américain à Paris de 1880 à 1900*. Mémoire de maîtrise en histoire sous la direction de F. X. Guerra, París, Université de Paris-I Sorbonne, 1993.

Índice de ilustraciones

Colombia en la época federal, mapa 12
Los hermanos Mosquera 59
El general José María Melo 97
Tomás Cuenca 119
La América, Crónica Hispano-americana, Madrid, 1859 129
Sergio Arboleda 179
Vapores en el Magdalena 203
Adriano Páez 263
Primera entrega de la revista *Los Andes,* París, 1878 266
Itinerario de José María Samper en Francia y España en 1859 311
Dos visiones del Viejo Mundo:
Jerusalén y el *Crystal Palace* de Londres 325
Nicolás Tanco Armero en China 355
Mosquera prisionero en el Observatorio de Bogotá, 1867 371
Planos del Panóptico, 1872 379
Monseñor Carlos Bermúdez y monseñor Manuel C. Restrepo 425
Soledad Acosta de Samper 445
Rafael Núñez 463
Carlos Holguín en Londres 471
Niños pobres 516
Renovación del contrato de Jean-Marie Gilibert, 1896 525